

"LA CULTURA ARGENTINA"

ADÁN QUIROGA

CALCHAQUÍ

Con una introducción de
LEOPOLDO LUGONES



ADMINISTRACION GENERAL:

TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO
SARMIENTO 779 -- BUENOS AIRES

1928



PRINTED IN ARGENTINE



CALCHAQUÍ

ADAN QUIROGA

Nació en San Juan el 6 de marzo de 1863; vivió desde la niñez en Catamarca, completando sus estudios en la Universidad de Córdoba, hasta graduarse en leyes y regresar a Catamarca. Allí desempeñó el cargo de fiscal federal, fué miembro del Superior Tribunal de Justicia y diputado a la Legislatura provincial.

Sus numerosos escritos jurídicos, literarios, políticos, arqueológicos, constituyen una nutrida labor, iniciada con su tesis "Delito y pena" (1887) y en la que se destacaron los libros "Flores del aire" (1893), "Calchaquí" (1897), "La cruz en América" (1902); dejó, además, inéditos, un drama en verso y tres libros de arqueología.

Falleció en el Hospital Militar de Buenos Aires el 10 de Noviembre de 1904.

"LA CULTURA ARGENTINA"

ADÁN QUIROGA

CALCHAQUÍ

CON UNA INTRODUCCIÓN DE

LEOPOLDO LUGONES



BUENOS AIRES

«La Cultura Argentina» — Belgrano 475

1923

ADÁN QUIROGA

Manos filiales, lo que es decir como fragantes de piadosa ternura, han preparado la reedición de este libro, el más importante en la producción científica de Adán Quiroga, y uno de los más interesantes con que cuentan la historia regional y la arqueología argentinas. Pero no me propongo su crítica, ajena, por lo demás, a mi competencia, sino expresar un recuerdo del mismo carácter íntimo que la inspiración editorial, en homenaje al amigo, malogrado, para emplear el término como nunca exacto esta vez, cuando su obra, tan madura ya, era un prólogo todavía. Que el talento de aquel escritor, como todos los verdaderos, manifestaba la gallarda juventud del árbol fuerte, más pronto en el descuello que en la plenitud frutal.

Fué sobre todas las cosas un artista aquel ser amable. Sentimental hasta lo apasionado, su propia obra científica nació del culto a la patria de sus amores. Y así como tituló la colección de sus poesías, que había ido derramando sin más propósito que aliviarse el corazón — tal cual sus melodías de la soledad el flautista serrano — con el nombre delicado de la flor del aire, por ser ella tan propia de la montaña natal donde anuncia la primavera, puso a este libro el de la trágica nación de los cerros, no menos ríspida en su heroísmo, y no menos desolada en la inmensidad de su desventura.

Quería entrañablemente esa tierra calchaquí de los contrastes, donde el peñón más rudo alberga en la grieta todavía

439865

BOUND Oct 2 1939

MAR 16 1939

hollinada por el fuego primordial, el enjambre de abejas inermes. Y sondeando la tumba antigua donde yace la momia en su tinaja, o la ruina de la encumbrada fortaleza que fué el pucarao donde se defendía la libertad hasta morir, conforme al voto del rayo, formulado por las hachas de piedra; estudiando en la decoración del cántaro pintado el enigma jeroglífico; aplicándose a indagar la petrografía de la gruta; explorando también de monte en monte la geología formidable; extrayendo la tradición genuina como una peca de oro entre la ya bastarda superstición de los labriegos, su alma sensible ponía en todo, a semejanza de la abeja montaraz, aquella gota de miel que entenece el corazón del peñasco.

Así, pero sin mengua de la precisión, de la honradez laboriosa, de la ciencia bien sabida, de la solidez con que trabaja el industrioso insecto. Erudito en muchas ramas del estudio, el derecho constitucional, por ejemplo, ninguna inquietud mental encontrábale indiferente. Era aquéllo, por decirlo así, su cera poligonal, aunque siempre inferior a la substancia fina de las flores asiduamente visitadas.

La anécdota de nuestro conocimiento es característica.

Fué a visitarme espontáneo, presentándose por su cuenta: "Soy Adán Quiroga" — y bastaba — en el hotel donde acababa yo de apearme para una inspección postal.

Invítome, modesto de sus letras como todo buen escritor, a visitar en su casa aquella noche la magnífica colección arqueológica que había formado. Era el motivo inicial, acaso el pretexto, como que después de ver algunas piezas capitales, pusímonos a hablar de versos hasta las tres de la mañana. Y al despedirnos, buenos amigos ya, epilogó con dulce ironía:

— Cuando viene un mal poeta, ocurre precisamente lo contrario: pasamos la noche hablando de arqueología...

Minado ya por el mal funesto, pasó en mi compañía, según la prolongada visita que me pagó, uno de sus últimos días gratos. Proyectaba un nuevo libro de versos, una edición aumentada de su grande obra "La Cruz en América".

— Yo nací poeta, díjome con verdad. Mis "Flores del Aire" me serán siempre más queridas que todo.

Hubo en aquella frase, ajena ciertamente a todo sentimentalismo, la melancolía de algo que se despide. Presentimiento

vago, sin duda, pues en aquel momento acababa de obtener una situación honorable en la Capital de la República adonde iba a trasladarse contento.

La flor del aire!

Qué otra cosa es, en efecto, el alma humana, soplo fugaz, leve perfume tan pronto desvanecido.

LEOPOLDO LUGONES.

INTRODUCCIÓN

I. El mundo precolombiano y el suelo argentino. — El Continente Austral sumergido.— II. El autóctono americano.— Fósiles de Patagonia, Ceará y Lagoa Santa.— La teología y el Génesis.— III. De Continente a Continente.— Inmigración de razas.— IV. Asiáticos y pelasgos en América. —Comparaciones filológicas.— Mitos, tradiciones, lengua, arqueología.— El cristianismo precolombiano.

I

El Inca Garcilaso en la primera página de sus “Comentarios Reales”, manifiéstanos que los escritores clásicos, al tratar de asuntos de historia del Nuevo Mundo, acostumbraban, por vía de exordio, ocuparse del origen de este Continente y de sus habitantes, “y otras cosas semejantes que los filósofos antiguos muy larga y curiosamente trataron, y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual la opinión que más le agrada.

Yo, que quiero continuar con la práctica de los viejos cronistas, ya que este libro trata de una de las razas extintas seguiré el ejemplo del Inca, y antes de tocar el fondo del asunto, dedicaré, por vía de introducción, unas páginas a esta ardua cuestión de los orígenes, enunciada por la cosmogonía griega, debatida teológicamente por el criterio de la filosofía medieval, y hoy arduo problema para las ciencias naturales, especialmente para la geología y la antropología.

Grande fué la sorpresa que el expirante siglo XV ofreció al Viejo Mundo, cuando el inmortal genovés dió con el mundo ignorado, que resolviendo la tan debatida cuestión de los antípodas, completó el planeta.

La ciencia griega había hecho referencias del mundo recién descubierto. Platón, en su Timeo, a quien tanto impugnara Tertuliano en el Apologético, presintió su existencia, y los sabios Crantor, Tisino, Arnabio, Proclo, entre otros, confirmaban el presentimiento del visionario de Engina. Es, asimismo, conocido el pasaje de la Medea, de Séneca.

T. U

... Quibus Oceanus
Víncula rerum laxet, et ingens

**Pateat tellus Typisque Novos
Detegat Orbés... (1).**

Parce, asimismo, que Aristóteles, y según otros Teophrasto, presintió su existencia, haciendo alusiones a una gran isla del Atlántico, que no era Europa, Asia o Africa. Plinio refiere que un navegante antiguo arribó a tierras nunca vistas. Después, la más densa obscuridad envolvió al mito geográfico de la ciencia griega, aunque la existencia del mundo ignorado no dejó de tener ardientes partidarios, como Justo Lipsio, quien creía firmemente en el presentimiento del divino Platón.

La ortodoxia cristiana, rechazando a la ciencia griega, hizo de Platón, el divino, un visionario. Sin embargo, después del descubrimiento, los católicos aseguraron que el Papa Clemente, inmediato sucesor de San Pedro, escribía a los corintios "sobre la existencia de un *nuevo mundo*"; pero aun cuando pudiera ser cierta la afirmación, no se debe olvidar que la idea de los antípodas fué una herejía, y que el Papa Zacarías, con motivo de haber un obispo católico admitido la vieja idea, declaró que: "En cuanto a la perversa doctrina de Virgilio, si se prueba que él sostiene que hay otro mundo y otros hombres sobre la tierra, arrojado de la Iglesia, en un concilio, después de haberlo despojado del sacerdocio". Ya se sabe lo que pensaron San Agustín, San Crisóstomo y San Gerónimo, manifestando el primero que la creencia en los antípodas implicaba la de otra creación que la de Adán, como lo repetía el más profundo de los teólogos, Nicolás Lira; y aun después de descubierto el mundo nuevo, los escritores católicos temblaban al enunciar la cuestión, no dejando de ser curioso que el buen Garcilaso, por ejemplo, la rehuyese, diciendo que no pueden "las fuerzas de un indio presumir tanto".

El descubrimiento de Colón, por consiguiente, produjo una verdadera revolución científica, especialmente en la teología, que estuvo a punto de fulminar anatemas en el Convento de San Esteban, en la vieja Salamanca. ¿De dónde salía aquel mundo ignorado? ¿Cómo podía ser habitado por seres humanos? ¿Por qué las Sagradas Escrituras no hacían alusión a él, ni los apóstoles, a quienes el divino maestro impuso la misión de enseñar a todas las gentes, habíanse acordado del continente descubierto? ¡Y en tanto el mundo de América, exuberante de vida, existía en los confines occidentales del océano, y grandes imperios dominaban la tierra arrancada al secreto

(1) El Dante, en la salida del infierno, hace referencia a los antípodas. Un poeta italiano anterior a Colón, escribía:
"Debajo de nuestros pies existen ciudades
Y reinos poderosos, por Hércules nunca presentidos".

del mar de Atlante!... ¡Aquí el Perú, Méjico allá, los quíchuas y los aztecas!

Desde el día del descubrimiento, la América fué el tema obligado de teólogos, geógrafos, historiadores y náuticos, especialmente de los primeros, que ejercían dominio en el campo científico, como en los tiempos clásicos los filósofos, esos teólogos paganos. Naturalmente que alrededor del problema, de suyo impenetrable, surgieron las más extravagantes teorías, fundadas en cimientos deleznales, que un día estaban en boga, y al siguiente derrumbábanse por sí mismas, al peso de sus propios absurdos.

Ya tendré muchas ocasiones donde hacer referencias a estas extravagantes teorías.

Sin embargo, hay que confesar que por más peregrinas que sean todas estas ideas, los hombres del presente siglo no tenemos derecho a menospreciarlas tanto, cuando aun hemos adelantado tan poco en la solución de un problema tan arduo para aquellos buenos tiempos.

Como en aquel entonces, las opiniones son tan variadas como divergentes, porque hoy día mismo, como dice un distinguido científico argentino, "es un estudio tan nuevo el de América y sus habitantes, tan lleno de vaguedades y misterios, que requiere un examen previo de cada una de las manifestaciones vitales que tenga relación directa con el hombre que la habita, para poder formar luego un conjunto armónico que sirva de trama para ese estudio, y que esta es la única manera de acercarse con seguridad a nuestros orígenes".

Para la solución del problema, en el presente siglo llevamos una ventaja inapreciable: la teología ya no tiene cartas en el asunto, pues franca y categóricamente el Abate D'Enviu mismo, ha dado el grito de independencia: "dejemos a cada uno su dominio, dice, al sabio la ciencia, al teólogo la teología". La cuestión es hoy debatida con el criterio de las ciencias naturales. Los teólogos del día, se llaman Cuvier, Lamarque, Darcin, Jeuffroy de Saint Hilaire. Estos hanse apoderado del planeta, para estudiarlo en sus formaciones; y horadando la tierra, descubren que el hombre tiene más de cien mil años, y extraen de su centro el esqueleto de las razas étnicas y rehacen el armazón de las generaciones anteadámicas. Es por medio de este procedimiento científico cómo se ha llegado hasta el autóctono americano, por más que hayan dudado de su existencia sabios como Quatrefages, Virchow, Hauxley y Haekel.

Es de advertir que el profesor Helmoltz calcula que sólo para enfriarse la tierra y poder sustentar los primitivos seres animados, han debido transcurrir trescientos millones de años.

Los estudios relativos a este continente, tan impropia-mente llamado niño, han evidenciado su vejez secular (1).

Consta por esa misma ciencia, que examina las capas geológicas de la tierra, que el mundo americano de ahora centenares de siglos era completamente distinto de lo que ha sido el mundo colombiano. Las más grandes y lentas o bruscas transformaciones seculares han modificado, como los años la faz humana, su fisonomía geográfica. Platón hacía comenzar el continente de Atlante en las columnas de Hércules, al que dilataba por todo el océano en mayores proporciones que el Asia y el Africa, del cual las islas Terceras, Canarias y de Cabo Verde eran restos sobrevivientes a la catástrofe; Teophrasto hablaba de una inmensa isla, que no era Asia, Africa o Europa; Deodoro Sículo hace referencias a este inmenso continente, al cual fueron arrojados por la tempestad unos marinos cartagineses que navegaban por las columnas de Hércules.

La idea, repito, de que antes existía un Continente de mayores proporciones que el actual, extendido en las regiones australes, es en lo que la geología y la paleontología modernas están contestes. Lo que no deja de ser una singular coincidencia es que un autor del primer tercio del pasado siglo nos dé noticias de un gran continente sumergido, del cual las tierras actuales no son sino fragmentos insepultos; y esta opinión coincidiría con los descubrimientos de la ciencia moderna, si en vez de colocar al norte al supuesto continente, hubiéralo ubicado al sur. Este mismo autor, con científico presentimiento, veía restos de un continente de más de mil leguas de extensión, que unía la Tartaria con la actual California de los Estados Unidos, continente desaparecido, por donde en remotas épocas los tártaros invadieron nuestra América.

Centenares de siglos antes del descubrimiento de Colón existió, al parecer, en América, con su flora y fauna especiales, el inmenso Continente Sur o Austral, que es posible se extendiera hasta cerca de las costas africanas. Las Malvinas, Patagonia, la América de sur austral, Australia, Tasmania, Islas Polinésicas, Nueva Zelandia y Nueva Caledonia, serían los restos colosales del continente desaparecido, alargado de Este a Oeste. Grandes cataclismos, catástrofes terráqueas, hun

(1) El abate de Boursbourg, hablando en su *Bibliothèque Guatemaliene*, sostiene que la cuna de la civilización sería el occidente, y no el oriente, como se cree; que de América siguió el camino a Atlántida el movimiento civilizador de que dan testimonio sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican o han de explicar de una manera distinta los de los egipcios, como las lenguas clásicas y los mitos universales; y no sólo esto, sino también las revelaciones geológicas del globo y sus grandes cataclismos olvidados o desconocidos antes y después del diluvio, encontrándose consignado todo ello en los jeroglíficos mexicanos y los símbolos guatemaltecos — (*Arqueología Americana*, Mitre, La Biblioteca, cntg. 1.ª, pág. 35).

dimientos y levantamientos, produjeron, sin duda, la desmembración de este continente, quizá allá a fines de los tiempos secundarios, desapareciendo como tal en la era terciaria mediana. Las faunas de las regiones que he citado, especialmente patagónicas y australianas, son muy semejantes, acusando un origen común.

A consecuencia de los continuos levantamientos y hundimientos, lo que era costra terrestre en muchas regiones forma hoy el lecho de los océanos, y las altas serranías, como nuestra cordillera de los Andes, fueron al revés, lechos de mar, y la prueba irrefutable de ello es que hasta la altura de quince o veinte mil pies encuéntrase en la cordillera conchas fósiles secundarias, de la propia manera que el fondo de la tierra sepulta las viejas selvas y los fósiles, entre los cuales descuellos por sus gigantescas proporciones, el *Mesembratherium Brocae*, o *Astrapotherium patagonicum*, como le denominó el ilustre Burmeister.

En las *Bad-Lands* del Norte, hanse descubierto animales monstruosos, como el *Elasmosaurio*, *Pythómorphi*, los lagartos *Pterodáctilos*, el *Peridáctico*, el *Atlamosuario*, *Cerotosaurio*, *Brontozoo*, etc.

Nuestro Anconquiya, teatro de la epopeya calchaquí, es una montaña eruptiva, relativamente de poca edad geológica.

La idea científica de la existencia del continente austral sumergido, fué recibida al principio con desconfianzas; pero al fin parece ser admitida como un problema tal vez resuelto. "Aun cuando, dice el doctor Francisco P. Moreno, la idea del gran continente sumergido y limitado a la región que ocupan hoy las islas del Pacífico, ha sido combatida enérgicamente, los últimos descubrimientos la apoyan y le dan patente de veracidad. En las islas Salomón, al Este de Nueva Guinea, se ha descubierto la tibia de un gran mamífero que algunos atribuyen al gran Mammouth, una muela de Mastodonte y restos del Dronte, la gran ave extinguida hace dos siglos en la isla de Borbón. En Nueva Caledonia, el señor Filhol ha encontrado, en los terrenos sedimentarios de la región del Oeste, huesos fósiles de un gran paquidermo" (1).

En las antiguas tradiciones de las razas extintas hay recuerdos imperecederos de cataclismos, erupciones, hundimientos, diluvios, hombres refugiados en lo alto de las montañas, así como la seguridad de las tierras dilatadas al occidente de la Cordillera Nevada. Las tradiciones polinesas y las del continente son las mismas: religión, costumbres, cosmogonías, todo es parecido; los grandes monumentos de las islas del Pa-

(1) *Anales del Museo de La Plata.*

cífico hacen pensar en los monumentos peruanos; el uso de quipus, la semejanza craneológica, así como la estatura pampa y polinésica, todo esto indica la comunidad de vida entre polineses y americanos, allá en tiempos en que la inmensa sábana del mar Pacífico era la tierra que servía de unión a las islas con la parte austral de nuestro continente. Entre muchas otras pruebas geológicas, no debe despreciarse aquella que se refiere a la repercusión de los temblores americanos en las referidas islas. "Si examinamos, dice el ya citado naturalista argentino, la lista de los efectos de los temblores americanos, encontramos que ellos son sensibles hasta en la Oceanía y vemos que sus efectos levantan o hunden las orillas marinas arrasando ciudades enteras; aumentemos la importancia de esos efectos, y encontraremos confirmada la tradición. Esta, sin embargo, añade, no abraza sino un período muy pequeño, relativamente, si se la compara con la alta antigüedad del hombre, en una era social bastante adelantada, en que ya el Continente Austral se había desmembrado formando inmensas islas, algunas ligadas por istmos que más tarde se sumergieron, pero que los sondeos descubren".

Tales son las noticias que la ciencia moderna nos suministra de las tierras australes, que hoy poblamos, entre otros, nosotros los argentinos. De lo que fuera en los lejanos períodos geológicos la América Septentrional, daré noticia en otro lugar.

II

Ardua y penosa es la tarea de reunir los eslabones de la larga cadena orgánica hasta dar con el autóctono americano. Este asunto ni es obra de la historia, ni entra en mis propósitos: lo que quiero es repetir en esta ocasión oportuna lo que en síntesis dice la ciencia respecto al hombre americano, al que estupefacto contempló el europeo habitando el suelo de ambas Américas.

En este asunto parto de la base, axiomática para mí, de que la especie humana es distinta, así como de que no es uno el tipo americano, como erradamente pensó Morton, y en lo cual han consentido Quatrefages y Virchow, quienes con tantas reservas tratan de los asuntos de antropología americana.

Después de los preciosos hallazgos de la ciencia en las tierras del sur de nuestro continente, no ha mucho que Topinard, en Francia, escribía que nada asomaba en el campo de la antropología moderna tan interesante como el descubrimiento de la raza dolicocefala autóctona en América, llegando este sabio a poner en duda si el tipo del hombre de Neanderthal, que

hizo revolución en las ideas científicas europeas, "no sería accidental en Europa en el tiempo cuaternario, y si su patria real no sería la América del Sur Austral".

Para todos los sabios del siglo XVI adelante, la única base racional del problema del hombre americano era la inmigración de razas, bien del Asia o de la Europa, que dió por resultado la población de nuestro continente, porque para esa ciencia era un axioma que la cuna genésica del linaje humano, uno e indivisible, era el Asia, la cual se convirtió luego en centro de dispersión de las razas. La ciencia, basada puramente en la teología y en las interpretaciones cosmogénicas del Génesis, preocupábase en determinar el período en que la inmigración se produjera, el cual debía ser posterior al diluvio, "pues es de fe que feneció todo el humano linaje, excepto Noé y su familia que se salvó en el Arca", y macho y hembra de cada especie animal.

El asunto, a pesar de todo, no llegó en ocasión alguna a ser satisfactoriamente resuelto, y razón había en ello para aquellos tiempos, pues como dice el doctor Andrés Lamas, "esta cuestión, tomada en sus términos más simples, era, sin embargo, muy compleja: se relacionaba con la física de nuestro planeta, con todas las influencias sidéricas a que está sometido, con el origen de todo lo que en él existe, en una sola palabra, con la creación entera, porque el hombre americano ofrecía una variedad del tipo humano originario: esta variedad aparecía rodeada de especies animales y vegetales que presentaban alteraciones típicas o tipos desconocidos; y estas especies, modificadas o nuevas, parecían en relación, si no en dependencia, con la distribución del calor y de la humedad en las zonas en que se encontraban, porque no existían naturalmente fuera de esas zonas que las encerraban en sus límites cual si fueran creaciones locales, propias de la localidad y adheridas a ella, formando, diremos así, dentro de cada zona, un centro especial de creación y de vida" (1).

Naturalmente que sólo hipótesis produciría la ciencia de los siglos XVI y XVII, y que todo lo que se avanzaría sería enmarañar más el asunto, acumulando contradicciones. No faltó, sin embargo, quien pensara que la América fué poblada antes del diluvio universal, pues como nos manifiesta el P. Lozano, "algunos lo infieren por vestigios que se han descubierto, como es una embarcación de extraña hechura totalmente diferente de cuantas conoció la antigüedad, la cual se halló en la jurisdicción de Lima abriendo una mina... como un poderoso diente de elefante, animal que no crían estas Indias,

(1) *Revista de Buenos Aires* — Monog. el Padre P. Lozano.

descubierto en el distrito de Méjico en las entrañas de una altísima montaña; en otra mina junto a la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, en el Nuevo Reino de Granada, dieron los cavadores con un barril entero y una silla de madera incorruptible. . . ”

Las hipótesis multiplicáronse asombrosamente, al grado de que cada autor emitía la suya propia, desarrollándola, discutiéndola, y rebatiendo al mismo tiempo todas las que hasta entonces se habían emitido. Veamos algunas de ellas.

Arias Montano sostenía que el primer poblador de América fué un nieto de Heber, Ophir Indico; Piedrahita, que los pobladores fueron los descendientes de Jafet; Montesinos, que los de Salomón; otros, que los trabajadores dispersados de la torre de Babel; Juan de Pinedo, que fueron los hebreos; y con éste diez más, que yo conozca, del mismo parecer; González Fernández de Oviedo, que Tubal, hijo de Jafet; Genebrardo, que los americanos descenden de aquellas diez tribus que Salmanazar esclavizó y desterró a tierras lejanas; Pedro Simón, que descenden de la tribu de Isaachar; Ulloa, que pertenecen a la extirpe de Noé. . .

A nadie ocurrió en aquellos buenos tiempos imaginar, siquiera, que los americanos muy bien podían ser hijos de su propia tierra, y que las supuestas emigraciones de continente a continente pudieran haberse verificado en sentido inverso, de la América al Asia o la Europa.

Las más insuperables dificultades presentábanse al ávido espíritu de los sabios. Un argumento, sobre todo, desbarató cuanta hipótesis habíase emitido: de cómo existía toda especie de animales en América, y de cómo éstos podían sobrevivir al diluvio universal. “Todos estos pareceres, escribe el P. Lozano, a quien también atormenta la duda, tienen contra sí, excepto el de Platón, una dificultad casi insuperable, y es como pasaron a la América los animales, pues aunque de los mansos fuera fácil decir que los trajeron los mismos pobladores, como sabemos vinieron muchas especies en las naos españolas; pero de las fieras ¿quién creará que hubiese hombres tan enemigos de sí mismos, que las quisieran traer para padrastrós de su quietud y corsarios crueles de sus vidas, como son los tigres, onzas, y otros semejantes?” “¿Cómo, preguntase Garcilaso, sobre el mismo asunto, o para qué los embarcaron siendo algunos de ellos antes dañosos que provechosos? . . . ¿por qué no llevaron de los que acá quedaron, que se han llevado después acá? . . . y lo misuo se puede decir de las mieses, legumbres y frutas, tan diferentes de las de acá, que con razón le llamaron Nuevo Mundo”. El P. Acosta se ocupó de poner peor la dificultad, haciendo recordar que en América

existían animales desconocidos en el viejo continente, y decía: “Mayor dificultad hace averiguar qué principio tuvieron diversos animales que se hallan en las Indias y *no se hallan en el mundo de acá*”.

Los buenos jesuítas, sin pensarlo, iban, como de la mano, a la creación *ex-nihilo*.

Los liberales enciclopedistas del siglo XVIII sorprendieron a la teología en el campo de sus propias contradicciones y dificultades cosmogénicas irresolubles, y hallaron hermosa coyuntura para herirla con la daga afilada de su dialéctica.

“Si no se admiran de que existan moscas en América, decía Voltaire, por ejemplo, es una estupidez admirarse de que existan hombres... Puesto que el negro de Africa no saca su origen de nuestros pueblos blancos, ¿por qué los rojos, los aceitunados y los cenicientos de América procederían de nuestras comarcas?; y por otra parte, ¿cuál sería la comarca primitiva? La naturaleza que cubre la tierra de flores, de frutos, de arbustos, de animales, ¿los colocó todos sobre un solo pedazo de terreno, para que desde allí se esparcieran por el resto del mundo? ¿Dónde estaría ese terreno que tuvo primitivamente todas las yerbas, y todas las hormigas, y que las envió al resto de la tierra? ¿Cómo los musgos y los abetos de la Noruega habrían pasado hasta las tierras australes?”

Cuando todos los sistemas, todas las hipótesis y conjeturas cayeron por su propio peso, el estudio del hombre americano comenzó a hacer por la observación paciente de la vida y manifestaciones sociales del mismo, comparando sus creencias, leyes, usos y costumbres con los de los otros pueblos del viejo continente. Este nuevo criterio, independizado un tanto de los textos sagrados, fué indudablemente, infinitamente más real. Solorzano, valiéndose de él, estableció las analogías que hay entre americanos y asiáticos; y dejando a Noé y su prole a un lado, hace descender a aquéllos de los tártaros y los chinos.

Este nuevo género de estudios ha producido verdaderos resultados, y nadie, después de haberse penetrado de ellos, negará su importancia ni vacilará en aceptar la idea de las emigraciones asiáticas hacia América; pero no emigraciones del Asia de tiempos del diluvio, porque todo lo que se diga de esas épocas remotas no pasará de hipótesis.

Pero estos hermosos y útiles estudios no resuelven la cuestión capital, y el problema queda en pie, formulado en esta pregunta: ¿existía o no el hombre de América antes de esas emigraciones?

Esta pregunta es la única que en la materia debe hacerse a la ciencia moderna. Su solución para ella no es imposible,

auxiliada por el poder incontrastable de sus fuerzas actuales.

El hombre ha aparecido en el planeta después de una evolución de millares de años, al parecer en la capa terrestre que la geología clasifica de miocena, cambiando con los siglos de fisonomía, del mono antropomorfo al hombre actual; ignorándose dónde fué su cuna, y dudándose si tuvo más de una.

Del estudio que hasta no hace mucho se había hecho de los tipos americanos, parecía incontrovertible que el hombre nativo había emigrado del viejo mundo, habiéndose únicamente dado con un tipo original, pero al que no tardó en hallarse su semejante. Luego aparece un otro tipo, al que se encontró idéntico al antiquísimo fósil de Constand, pero con la singularidad de que parecía constatarse que éste era más frecuente en el mundo nuevo que en el viejo.

Por fin, el problema científico, sin duda, podrá estar resuelto al darse con los fósiles de Lagoa Santa y Ceará, en el Brasil, y posteriormente con el famoso de Patagonia (1).

Este tipo no tiene antecedentes entre las razas; es él una variedad del tipo humano originario, y en el esqueleto que la tierra nativa guardaba para entregarlo intacto a la ciencia, quizá saludemos, por fin, al hombre primitivo de nuestra América.

Desde ese día para muchos quedó sentado, como lo sintetizó Agassiz, que las razas humanas han nacido separadamente, cada una en su propia patria (2).

Burmeister es también en *poliphytete*, y fúndase especialmente en la diferencia de colores.

El problema parece solucionado, y ya no es necesario, como dice este naturalista, hacer emigrar al hombre de un mundo al otro.

Es el nuevo tipo, que la ciencia ha recogido del centro de la tierra, el que hizo pensar a Topinard en la idea de una raza delicocéfala autóctona en América, y el que hizo exclamar a Broca: "Se busca el secreto de los orígenes a nuestro lado. ¿Quién sabe si la luz no nos vendrá del lado de la América, por el contrario?" (3).

Dónde y cuándo nacieron los hombres de nuestra América, es el grave problema a resolverse.

1) El naturalista dinamarqués Lund encontró en Lagoa de Sumitairo huesos de más de treinta personas junto con más de cuarenta especies de animales antediluvianos.

Ameghino, a orillas del río Frías, hizo en menor escala un descubrimiento semejante.

(2) Haeckel cree que la patria originaria del hombre hay que buscarla en la India o Afganistán.

(3) Le Plongeon, ocupándose de las ruinas de Yucatán, hablando de los antiguos Mayas, sostiene que en Centro América está la cuna de la civilización egipcia (*Queen Máo and the Egyptian Sphinx — New York, 1896*).

En los tiempos terciarios parece que los mamíferos americanos tomaron sus formas actuales, y, sin duda, que en lo que son hoy nuestros polos comenzó la vida, por el calor excesivo del resto de la corteza terrestre, lo que tiene una prueba más en la singular coincidencia de que los fósiles más antiguos encuéntrase en los extremos del continente, y parecen pertenecer a formas australes o boreales. Sentado esto, iríamos derechamente a pensar que, a medida que se producía el enfriamiento, y el fuego interno dejaba de caldear la costra terrestre, los seres caminaban hacia el Ecuador, buscando climas adaptables al desarrollo de sus formas orgánicas.

Las condiciones físicas del continente en la época terciaria eran más avorables en el sud para el desarrollo del hombre; y así el norte carece hasta ahora de representantes, del tipo de Ceará y Patagonia, mientras que en el sud no sólo se da con el tipo original primitivo, sino que tiene representantes, más o menos puros o perfectos, en otras tribus, como en los tobas, botocudos, tehuelches y onas, unos mismos estos dos últimos, según Spegazzini.

En el norte no tenemos que hacer excepción sino de los esquimales (1).

Según Hutchinson los mejicanos son una raza posterior a las del sud.

El tipo primitivo americano, repito, es el hombre dolicocefalo, y la craneología enseña al hombre del sud completamente emparentado con los pobladores de las islas oceánicas, otra prueba que abona en favor de la existencia del Continente Austral sumergido.

De dónde vino el braquicefalo, no es cuestión que se resuelve.

Finalmente, la raza primitiva tiene representantes en Tierra del Fuego, Patagonia prehistórica, Chaco y Brasil.

El doctor Moreno, descubridor del fósil de Patagonia, después de dedicar atrevidas páginas al origen del hombre de América, ha llegado a esta tesis científica, cuya constatación sería un paso gigantesco para las ciencias de observación:

“En la región central de Bolivia y Norte de la República Argentina está el núcleo de donde irradiaron las sociedades americanas. En el Territorio Argentino han vivido los hombres más antiguos que se conocen, iguales, físicamente, a los Europeos cuaternarios y a los Australianos actuales. Este país es un resto del Continente Austral sumergido, donde se inició

(1) Desde hace algún tiempo los paleontólogos han hecho notables descubrimientos en las *Bad-Lands* o *Mauvaisés Terres*, que se encuentran en Dakota, Nelevasca Wyoming Utah, etc. — Cope Marak' y otros hanse ocupado de ellos.

el desarrollo humano, y de donde partió para extenderse sobre el globo”.

Repito, para terminar, que el hombre americano primitivo pudo estar ya modificado a la llegada de los conquistadores, pues es indudable que hubo emigraciones de razas del viejo continente. Los quichuas del Perú, por ejemplo, es muy posible que tengan mucho de asiáticos (1).

De las relaciones internacionales de continente a continente en los tiempos precolombianos, así como de las emigraciones a América, que han podido modificar la raza autóctona, pero no que la han engendrado, como pretenden los monegenistas, paso a ocuparme en seguida.

III

Cuando se estudian con serio detenimiento las tradiciones de los indios americanos, especialmente de los de Méjico, Muyscas y Quichúas, y el espíritu investigador se inicia y penetra en las cosmogonías, lenguas, instituciones, monumentos y costumbres de los antiguos habitantes de América, encárnase en nuestra mente la convicción de que nuestro continente ha sido visitado en más de una ocasión por hombres del Viejo Mundo, y por emigraciones de razas venidas del otro lado de los océanos.

Lo único que contraría esta convicción, es la idea de las grandes dificultades que se opondrían a los pueblos antiguos para realizar los largos viajes por el océano, lanzándose a lo desconocido y a la ventura, tanto más si se tiene en cuenta lo que era la navegación en aquellos tiempos, juguete del capricho de las tempestades y de las olas embravecidas.

Sin embargo, la duda cede en su tenacidad cuando recordamos que las flotas de la Fenicia y de Cartago habían surcado los mares en todas direcciones, y que, por otra parte, el mismo atraso en la náutica haría fácil que las tempestades del océano arriasen a las endebles carabelas hasta el mundo ignorado. “Habiendo mostrado, dice el P. José de Acosta, que no lleva camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para ese fin, bien se sigue que si vinieron por mar haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haber llegado a Indias; lo cual por inmenso que sea el mar Océano no es cosa increíble. Porque pues así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos, cuando aquel

(1) Por lo demás, que el hombre americano vivió en el tiempo que aparecen los mastodontes, no hay duda pues a los fósiles de County-Benton y la Isla Petit Ause, de Norte América, se les ha encontrado clavadas puntas de pedernal, con las cuales vese que fueron muertas.

marinero (cuyo nombre aun no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor sino a Dios) habiendo por un terrible e importuno temporal reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande". Dicho sea de paso que el nombre del navegante a que aúde el P. Acosta, es Alonso Sánchez de Huelva, quien es fama llegó hasta la isla de Santo Domingo, y a su regreso dió a Colón todas las noticias sobre el nuevo continente, al cual le llevó la borrasca, todo lo cual no es sino una fábula para el criterio histórico de Washington Irving, inventada por la envidia, para empañar la gloria de Colón.

En el mar, por otra parte, hay numerosas corrientes que, como el *gulf stream*, arrastran navíos y objetos a distancias remotas. Quatrefages menciona, entre otras, la corriente impetuosa de un río submarino, que pasando por el sur del Japón se dirige a las costas americanas; la corriente de Tressan, que va hasta las costas de California y arrastra naves chinas abandonadas; la corriente ecuatorial del Atlántico, desde las costas del Africa al golfo de Méjico (1).

Nada difícil es, pues, que en los tiempos remotos las corrientes del mar y las tempestades, venciendo el brazo de los remeros, arrastrasen las naves hasta nuestra América, como indudablemente ha sucedido, cuando en los tiempos modernos los huracanes dispersaron la grande armada.

Si alguien se obstinara, esto no obstante, en poner en duda que las emigraciones hayan arribado a nuestra América por las vías marítimas, ninguna dificultad hay para que lo fuera por las vías terrestres, creyendo que no se duda hoy en día que aquéllas tuvieron lugar en lejanas épocas, como lo prueba la misma configuración terrestre de la extremidad boreal del continente. La geología moderna ha constatado que antiguamente ambos mundos estuvieron unidos o tuvieron fáciles comunicaciones. "Ya en el plioceno, las comunicaciones entre Europa, Asia y América eran fáciles; la Groenlandia se comunicaba con Europa; el estrecho de Behering había vuelto a cerrarse después de haberse abierto y cerrado en el mioceno; pasaban del viejo al nuevo mundo los mastodontes, el elefante, el almizcle, el reno, los zorros, las martas, etc."

Entre estas tradicionales emigraciones, las asiáticas son

(1) Está evidenciado actualmente, que Kuro Sirwo (río Negro) más de una vez condujo embarcaciones del Japón hacia el lado de América. En muchas ocasiones se han encontrado en playas norteamericanas *dschoukas* japonesas que tripulaban una de ellas desembarcándolos en las islas Sand-Wich, — y en el cabo Flattery (Est. Washington) naufragaron en 1833 unos japoneses. En 1855 el capitán Brooks encontró en medio del mar varios naufragos de aquel país (Véase periódico *Overland Monthly*. San Francisco 1873).

las que menos duda han ofrecido, y no así las europeas o africanas.

IV

Un idioma es una revelación y la filología ha sido siempre inseparable compañera de la historia, más importante muchas veces aquélla que la arqueología en estos asuntos.

El arqueólogo con sus solos esfuerzos, difícilmente podría emprender la obra magna de la investigación de los orígenes. El podría, indudablemente, evidenciar, como ya lo ha hecho, que la arqueología y la escultura americanas tienen mucho de común con la egípcia y la asiática en general, así como con la pelasga, por las grandes construcciones de piedra que se hallan en el continente, pues nuestros *Atumrunas* no son otra cosa, al parecer, que los *Cíclopes* o *Kiklops*, los hombres de un solo ojo, como refiere la mitología helena, o “los guerreros que al apuntar cerraban el ojo izquierdo”, para hacer más verídica la fábula; pero las formas arquitectónicas pueden ser más o menos casuales por su semejanza y derivar su similitud de necesidades comunes a todos los hombres, desde el salvaje hasta el habitante civilizado, lo que no sucede con el idioma, que es un arte que tiene mucho de convencional, y que en la estructura artística de la palabra o la frase puede darse con el origen o cuna, como se ha evidenciado. “Los monumentos indígenas descubiertos hasta ahora, dice Prescott, han suministrado pocos materiales para construir el puente que atraviesa el oscuro abismo que aun separa el mundo antiguo del nuevo” aunque, a pesar de esta aseveración, es preciso que el americanista medite mucho en lo que pedía Humboldt, de “que a algún sabio viajero visite las orillas del Titicaca, el distrito del Callao y las elevadas llanuras de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilización americana”. Este Tiahuanaco es el centro de la civilización de los *atumrunas*, pueblo inmenso subyugado por los Incas.

Las palabras dispersas de una lengua son lo que los restos no desmenuzados del esqueleto. Con un solo hueso reconstruye Cuvier el mundo geológico; con una sola palabra pueden reanudarse los hilos de la existencia de un pueblo desaparecido. Una voz, una partícula, un sonido, muchas veces han sido lo que el hilo de Ariadna en el laberinto de las razas. El idioma, en síntesis, es la clave segura de todos los misterios, y por eso decía el doctor Vicente F. López: “el secreto que buscamos está quizá en una letra escondida, como raíz, en el polvo de los sepulcros donde se habló esa lengua: cientos de siglos han pasado sobre ese signo, sobre ese sonido, y es pre-

ciso reconducirlo con la paciencia de la hormiga, por las series sucesivas de su remoto enlace con el pasado, hasta hallarle su raíz y su sentido, y, pieza por pieza, es preciso reconstruir con los trozos acumulados en las vastas ruinas de la raza y de su genio, la prueba de que ella se ha hallado ligada al mundo de los vivos, y de que ha representado su papel en las escenas primitivas de la vida de la civilización y de las tradiciones que forman el punto presente en que respiramos nosotros, llevados también por las espirales de la vorágine”.

La lengua salva, generalmente, del desastre de la raza o de su muerte, porque no es posible que esta raza no haya tenido contactos políticos o comerciales con otra, y su lengua no se haya transmitido, aunque sea en parte, a la que le sobrevive y con quien estuvo relacionada. Y nada importa que esas relaciones no hayan sido amistosas o que un pueblo con otro no tenga más vinculaciones que la dominación: España, tan reacia al imperio de la media luna, tan adversaria a la cultura musulmana, no ha podido, con todo, menos de conservar en su idioma infinidad de voces sarracenas, aun las de sus divinidades: la interjección *¡ojalá!* no es otra cosa que la exclamación *¡oh Allah!* Antes que España, Grecia y Roma tienen sus vocabularios empapados en las lenguas orientales, a pesar de la repulsa de los hijos del Lacio y del Atica a estas civilizaciones, con las que han luchado brazo a brazo.

El estudio de los idiomas nativos no es, pues, una vana curiosidad, toda vez que con su conocimiento el filólogo americano quedará apto para convertirse en historiador, porque “las formas gramaticales, mudas e insípidas al parecer, cuando son iluminadas por el genio de la historia viva, hacen hablar a los pueblos; y ellos mismos, en los escombros de la palabra, vienen a revelarnos con una poesía sublime, los secretos de su vida y de su marcha en las peregrinaciones de la historia”.

Al tratar, pues, de la tradición, mitología y dioses nativos, cuando lo crea oportuno, recordaré palabras indígenas, que por sí solas son una revelación, y en las exposiciones que haga buscaré el auxilio de la lingüística.

Todos estos estudios de los orígenes no deben hacerse en la historia y tradición del Viejo Mundo, toda vez que lo que al respecto nos trasmite la antigüedad puede no pasar de fábula o ser alusivo a otros países, como sucede con el Ophir de Salomón, generalmente tomado por los historiadores por la Península Ibérica, a pesar de que las especies variadas a que alude la Biblia no pueden haber venido de este solo país por la calidad de los productos. El estudio debe hacerse en América misma, analizando sus civilizaciones y comparándolas

las con las del viejo continente; y es del parentesco de las voces, dioses, ritos, monumentos, y costumbres de América con el Asia, especialmente, como podemos llegar a saber del origen de las emigraciones de continente a continente y del génesis de la cultura americana.

Este estudio comparativo nos ha llevado a asegurar, sin temores casi, que la civilización asiática, o más bien las antiguas civilizaciones del orbe conocido, son las germinadoras de las nuestras. La tierra y el cielo, el mar y el sol, el viento, el relámpago, los árboles, las serpientes, los seres animados o inanimados, cuántas divinidades ha adorado la América, al aire libre, bajo las criptas de piedra o el *Inti-huasi*, adoradas han sido también por los antiguos. En la ritualidad sucede idéntica cosa. En las costumbres, una es pelasga, otra india, otra egipcia. En la vieja arquitectura sucede lo mismo, y monumentos americanos hubo del todo semejantes a los de Java. Y ¿qué diremos de las misteriosas vinculaciones de las lenguas nativas con los idiomas de la antigüedad? Y, lo que es más misterioso y sorprendente aún, ¿qué cúmulo de revelaciones no es para los hombres del presente encontrar en los idiomas americanos del pasado, partículas, voces y palabras que tienen el mismo valor, la misma significación que las partículas, voces y palabras de los idiomas vivos que habló la Europa misma? ¿qué no diremos al darnos, no ya con ritualidades semejantes a las gentílicas, sino con prácticas religiosas del cristianismo, y, lo que es aún más asombroso, con el uso de prácticas del catolicismo, con sus misterios y hasta con sus sacramentos?

Yo, francamente, creo que el cristianismo ha sido conocido por las razas aborígenes, sin darme cuenta cómo haya sido propagado en el Continente, haciendo a un lado, como es natural, todo lo que dogmáticamente quiera resolverse sobre este punto, como desde el siglo XVI lo han intentado Montesinos y otros escritores católicos (1).

Como las tradiciones incásicas son las más completas, la civilización Inca la más adelantada, y como las razas han estado subyugadas a los del Perú, y el idioma de los peruanos se aprendió por nuestros calchaquíes, al estudiar la enmarañada y difícil cuestión de los orígenes, voy a referirme con preferencia al Perú, pues todo lo que interesa o se relaciona con los monarcas del Cuzco, es común, bajo algunos puntos de vista, a nuestros indios, dependientes y tributarios de ellos. A más de esto, hay que observar que es natural que el idioma.

(1) Sobre este tema Ximénez de la Espada ha escrito capítulos admirables, no creyendo en todo cuanto se ha dicho sobre cristianismo precolombiano.

fueron la fuente principal de los acontecimientos, se conservara en toda época con mayor pureza en la metrópoli que en las colonias o países conquistados.

La tradición peruana se remonta a muchos siglos atrás de la conquista española. De aquélla puede lógicamente deducirse que más de una vez nuestra América ha sido objeto de invasiones asiáticas o de hombres venidos de los mares de Occidente.

Es tradición antiquísima de los *amautas* del Perú, y lo repiten sus poetas o *haravecs*, en numerosas leyendas, que vinieron *por mar* cuatro hermanos y cuatro hermanas a establecerse en el país, hacia dos *capachautus*, dos *largos soles* o sea dos mil años: “y *sa ay intipiallis campin cay cay cavia*”. Los varones asiáticos son: Ayar Mancatopa, Ayar Cachi Topa, Ayar Toca Topa y Ayar Uchotopa, siendo sus hermanas: Mama-Cora, Hipa Huacum, Mama-Huacum y Pilco Acum. Refieren, además, los poetas nativos, que el mayor de los varones subió al Huana-cauri, y, tomando una honda, arrojó cuatro piedras a los cuatro vientos, señalando las cuatro partes del mundo, declarándose poseedor de la tierra, a semejanza de lo que hacían los romanos en la época simbólica de su derecho. Añadían que Ayar Uchotopa, el menor, haciendo desaparecer por medios violentos o misteriosos a sus demás hermanos, se declaró señor del Perú, *Capac*, titulándose *Hijo del Sol*, *Intip-Churin*. Los *amautas* aseguran que este *Capac* es el fundador del Cuzco, cuyas fortificaciones Garcilaso atribuía *al demonio*.

No se debe pasar adelante sin observar que los emperadores de la China también son hijos del Sol o “del Cielo”; que *Magha*, el sabio de la India, lleva el título de “vástago del sol”; que los sacerdotes de Egipto consultaban “el Sol”, y que éste era el objeto de las supersticiosas investigaciones de los *Amautas* del Perú; que Prometeo encadenado, en su monólogo de imprecación, invoca al sol omnividente.

La tradición agrega que Uchotopa sucedió a Manco Capac I, fundador de la idolatría peruana; que después de él vienen: Huana-cavi-*Pirhua*, (de donde algunos, erradamente, piensan que origina el nombre de Perú), desposado con Mama-Micay; Sinchi Cosque, su hijo; el gran guerrero Inticapac Yupanqui, hasta Manco Capac II, su sucesor.

Tal es la genealogía oriental de los Incas, según Montesinos, advirtiendo respecto de Ayar Uchotopa, el primer *Capac*, que aquel autor asevera que no es otro que un *hijo de Noé*, que de Armenia dirigióse a nuestro continente. Esto de los descendientes de Noé en América no debe tomarse tan a broma, cuando el buen Garcilaso nos dice que era corriente “que

aquellos indios tuvieron noticias de la historia de Noé, de sus tres hijos, mujer y nueras, que fueron cuatro hombres y cuatro mujeres que Dios preservó del diluvio, que son los que dicen en la fábula, y que por la ventana del arca de Noé dijeron los indios la de Paucartampu, y que el hombre poderoso que la primera fábula dice que se apareció en Tiahuanacu, que dicen repartió el mundo en aquellos cuatro hombres, quieren los curiosos que sea Dios que mandó a Noé y a sus tres hijos que poblasen el mundo". Según Guevara, *Tamanduaré* es el Noé de los guaraníes, quien "tuvo anticipada noticia del futuro diluvio".

Existen, a más de éstas, otras tradiciones confusas sobre el origen oriental de los pueblos quichuas y convecinos, tradiciones incompletas para nosotros, por no haber podido penetrar las de *Popol-Vuh*, de *Chima'popoca* (el perdido), *Bochica* o *Idacanza*, de los Muyscas, *Pay Zumé*, de los Guaraníes, *Qetzalcohuatl*, de México, y las leyendas del Profeta *Tohotan*, hijo de la serpiente, "corazón del pueblo", de quien nos habla el Obispo Nuño de la Vega.

Codrero y Filon, en sus "Antigüedades" refiérennos muchas otras tradiciones, relativas a hombres "venidos por la mar"; y Montesinos, ocupándose de este asunto, dice: "Es tradición antigua entre los indios de Quito que por el Sud y por el Septentrión vinieron varias veces *grandes tropas de gentes* tanto por tierra como por mar"; y poblaron las costas del mar Océano, y entrando por la tierra adentro se llenaron estos esparcidos reinos del Perú".

Muchos otros autores, que me merecen el más profundo respecto, encuentran en América precolombiana rastros vivos de las civilizaciones china, india, egipcia, tártara, griega, mongólica y aun rusa, especialmente en la cultura quichua.

El conde Carli ha señalado grandes semejanzas entre los ritos, las creencias y las costumbres *peruanas y chinas*. El Emperador de China, por ejemplo, es "hijo del cielo", y el Inca "es hijo del sol"; tanto aquél como éste manejaban el arado una vez al año en presencia del pueblo, en señal de protección de la agricultura; en China, como en el Perú, se señalaban los solsticios y los equinoccios para determinar los períodos de las festividades religiosas. Como los asiáticos, los peruanos contaban el tiempo por lunas.

De la descripción de los viajes de Hoci Shin *Fusang* (que suponen varios la América, y que Klaproth probó en 1831 ser el Japón) se ha pretendido que los mejicanos eran chinos, participando de esta opinión sabios como Paravey, D'Hervey, Neumann, D'Eichthal, etc.

Un otro escritor, M. Ranking, ocupándose del gran *Kan*

Kublai, sostiene que el Perú fué conquistado por los mongoes. (1)

Pero, sin duda, con los egipcios es con quienes hay mayor parentesco de civilización, dejándonos sorprendidos la gran similitud que entre una y otra cultura existe. Los Incas, como los Faraones, eran reyes y pontífices; unos y otros en sus grandes medidas de estado o en sus decisiones políticas, valíanse de arriolos, auripicios y hechiceros; como los sacerdotes egipcios, los Amautas tenían su lengua especial. En los oficios, ritualidad y ceremonias del culto, el parecido es completo. En tiempo de Pirhua Manco ofrecíanse a la divinidad sacrificios de ovejas (de la tierra); los sacerdotes leían en las entrañas de la víctima. Eran los puritanos sabeístas, como los egipcios. Antes de entrar aquéllos en guerra, como éstos, consultaban a sus dioses, suministrándonos un ejemplo notable de ello el hijo de Sinchicosque, Inti-Capac Yupanqui, al entrar en guerra con los Antiguaylas. Tenían, además, templos llenos de ídolos idénticos a los egipcios; conservaban el fuego de los altares; durante el oficio llenaban el templo los coros de vestales. La adoración a la serpiente, que describe Heródoto en Egipto, existía también entre los Incas, y en todas estas regiones calchaquíes, y de allí, sin duda, que en grabados de estos indios aparecen serpientes de una o más cabezas. La adoración a la serpiente es probable que viene desde Manco Capac II, a estar a los cantares peruanos con motivo de "un león y una serpiente que querían comerse la luna". En artes, es sabido que los mejicanos tenían la escritura de los jeroglíficos, como los egipcios, que solían trazar en las piedras cuando no los escribían en hojas de plátano, a estar al relato de Cctovicto. Otro escritor asevera que en Quino, cerca de Guamanga, hallóse una piedra con escritura jeroglífica. Huancavi Pirhua, como si fuera un famoso médico egipcio, enseñó a los Amautas a embalsamar cadáveres, haciéndolo así con el de su padre. A propósito, es ocasión de recorddar cuánto se admiraban los españoles al contemplar las momias de los Incas, sentados en sus sillones de oro y plata, conservando sus fisonomías.

En Singuil (Catamarca) se ha hallado un pequeño, perfecto y hermoso *ibis*, color negro reluciente.

De la India hay mucho en el Perú, y en los Andes abundan las fantásticas tradiciones y leyendas del Himalaya.

El hecho de haber observado Lewis Mitchel en Uximal (Méjico) animales de largas trompas en los petroglyphos, y no

(1) Ran King escribió en 1827, bajo el título de *Historical recherches in the conquest of Perú, Méjico, etc.*

existiendo fuera del mammoth el elefante en América ha hecho pensar a más de un arqueólogo que los mejicanos son oriundos de la India o del Siam.

Algunos sabios filólogos e historiadores, han encontrado en los peruanos usos y costumbres de la Rusia antigua. Los carros indígenas se dice que son los mismos que tenían los rusos, y no falta quien asegure que el maíz, alimento principal de los aborígenes, es oriundo de la Rusia. Se ha observado, asimismo, la semejanza de los trajes rusos y peruanos.

Los rastros del Asia pueden encontrarse en los nombres mismos de los pueblos o divinidades. El nombre *Perú* ha sido objeto de muchas investigaciones: unos dicen que viene del Inca *Pirhua* (asiática, según se asevera); Montesinos piensa que el verdadero nombre es *Phiru* o *Piru*, manifestando que es éste el país del oro, el *Peru-cu*, “Perú dorado”, o sea el Ophir de Salomón; Garcilaso dice que es *Pelú*, “nombre apelativo que significa río en común”; *Perú*, escribe Cieza de León, y *Piru*, Acosta, diciendo que la tierra tiene este nombre porque fué la primer palabra que oyeron de los indios los castellanos al llegar a ella, lo que no es difícil, pues Gomara refiere que el nombre de Yucatán viene de *tectetan*, palabra que aquéllos oyeron por vez primera en esa tierra.

Para otros escritores, *Andes*, que según Garcilaso deriva de *anta* (cobre), es una palabra sánscrita que significa *montañas*. Tiahuanaco, o *Tia-huañuk*, parece nombre de origen polinés, pues en estas islas las esculturas gigantes llámanse *Tü*, *Tü-oui*, *Tüpapa*. A propósito, es notable que, tanto en polinés como en araucano, *toki* signifique hacha de piedra.

De las mitologías griega y romana hay notables rastros. *Icona*, es Saturno, “el padre de los dioses”; Juno, la esposa de Jove, es *Chiripia*; Neptuno es *Tlaloc*, “dios de las aguas”; Eolo, es *Estrauc*, “dios del aire”; Venus (varón), es *Tlazolteult*, “dios de la lujuria”; Marte, es *Vitcilopuctli*, “dios de la milicia o del homicidio”. Las manchas lunares, en vez de Diana cazando, eran una zorra enamorada de la luna, que había subido a robarla. La *Cora*, quichua, por su tradición, es de mucho parecido a Proserpina; *Con*, quichua, se dice que es *Chon* o Cadmo, el mito de las colonias griegas; *Supay*, el diablo parece tener parentesco con el *Sepek* griego.

Todavía nos falta, y lo dejo para luego, comparar el idioma pelasco con el quichua, llenándose la mente de la idea de que los primitivos habitantes de Grecia mucho tuvieron que hacer en América.

Entre todas las divinidades peruanas, Viracocha, Huiracocha o *Huiracocha*, sin duda que es una deidad importantísima, y como tal una verdadera revelación para la historia.

La traducción de su nombre parece ser *varón del mar*, "luz que sale del mar", o la "aurora", nacida en occidente, en el mar, lo que diría que no se trata de aurora peruana sino asiática.

Pero nada es el nombre de la divinidad sino su tradición como tal en la cosmogonía peruana.

Mucho han hecho los *vira-cocha* en la historia del imperio incásico. La única vez en que un Inca es destronado, Viracocha se apodera del trono. El fantasma Viracocha, según el Inca mismo, "tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios... y tenía el vestido hasta los pies". Este fantasma Viracocha es la causa de la caída de Yahuar Huacac, el príncipe "hora sangre", y este fantasma que lo tumba fué nunca visto, usaba largas barbas, gastaba larga túnica y apareció de una manera misteriosa.

¿Que hay con este Huiracocha? ¿Quién es este personaje, tan fantástico y tan misteriosamente aparecido, transformador de todo un orden de cosas? ¿Por qué aquel aparecido, aquella sombra, aquel fantasma, mereció llamarse Dios de los peruanos, y tuvo regio templo? ¿Por qué los indios llaman *viracocha* a los castellanos aparecidos? ¿Por qué Atahualpa, lejos de hacer frente a Francisco Pizarro, extranjero, blanco y barbado, recíbele con sumisión, y lo llama Viracocha?

"Los historiadores españoles, escribe Garcilaso, aludiendo al nombre de Viracocha que se daba a los conquistadores, y aún todos ellos, dicen que los indios llamaron así a los españoles, porque pasaron allá *por la mar*".

Yo no sé quién no pueda ver algo de extraordinario en ese fantasma o Dios Huiracocha, mucho más cuando se tiene en cuenta la manera cómo esta deidad estuvo representada en su templo del pueblo de Cacha, a diez y seis leguas al sud del Cuzco. He aquí cómo describe Garcilaso la imagen de este Dios, que ocupaba el tabernáculo del templo: "Era, dice, un hombre de buena estatura, con una barba larga, de más de un palmo; los vestidos largos y anchos como túnica o sotana, llegaban hasta los pies... La estatua (que era de piedra) semejaba a las imágenes de nuestros bienaventurados apóstoles, y más propiamente a la del señor San Bartolomé, porque la pintan con el demonio atado a sus pies como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido".

Pachacamac o *Pacha - Camac* es otro mito importantísimo, y como Huiracocha dícese que es un varón venido *del mar*.

Es ésta la oportunidad de tener muy en cuenta la tradición, tan viva y acentuada, de los *hombres barbados* venidos *por mar*.

En esta tradición nada me parece tan notable como los

presentimientos de Huayna Capac moribundo. Hombres barbados deberían aparecer en el imperio y dar en tierra con la gran monarquía incásica.

La predicción de Huayna Capac salvó los límites del Perú y era también conocida en Méjico, y de aquí la recepción que los mejicanos hicieron a los españoles (barbados), creyendo a aquéllos que eran éstos los mitos de la tradición incásica.

“En otras relaciones, dice Prescott en su “Historia del Perú”, aceptadas por el vulgo, se refiere que la primera aparición de los blancos en el país, estaba de acuerdo con *antiguas predicciones*, y que coincidió con ocurrencias sobrenaturales que llenaron de pavor a todos los peruanos... Huayna Capac, cuando conoció que iba a morir, convocó a sus grandes dignatarios, y les anunció la destrucción del imperio por esa raza de *extranjeros blancos y con barbas*, como el cumplimiento de lo que *habían pronosticado los oráculos*, para después del reinado del duodécimo Inca.

Manifiesta el antiguo cronista Cieza de León que a él le refirió la predicción de Huayna Capac una noble de la raza de los incas, quien lo oyó de los labios del monarca.

Muy curiosos son los rastros de civilización latina que pueden encontrarse en el gran imperio quichua, tanto en las leyes y sistema de administración del Estado, como en algunas tradiciones. Admirable es, en este sentido, lo que nos refiere Montesinos de una piedra muy venerada de los incas, encontrada en Carenque. Tenía dos letras latinas grabadas con perfección, y que él mismo tuvo ocasión de ver con sus propios ojos. “Del pedernal blanco a la pizarra (de la piedra), dice este historiador, sale una cinta que forma estas letras con perfección: A, O, — todo curioso; el que las ve lee al punto *alfa y omega*, principio y fin... El Inca tenía en mucha veneración estas piedras. El diablo llevaba delante de él cuando caminaba una, haciendo cabriolas”.

Manifesté, asimismo, que en la nación quichua y otras de América, había huellas vivas de civilización judaica; y aunque voy a limitarme a señalar afinidades entre las religiones nativa y judaica, hago intencionalmente uso de la palabra civilización, porque entre los judíos la religión absorbía todas las esferas de la vida. (1)

Escritores serios del tiempo de la conquista piensan que Salomón tenía relaciones comerciales con las tribus americanas; otros son de parecer que los judíos en tiempo de Vespasiano

(1) Sobre la identidad de israelitas e indios americanos, Jorge Jones ha escrito una obra titulada *Identity of the aborigines of America with the people of Tyre and Israel*. Esta escuela americano-judía ha tenido por último propagador a Kingsborough.

siano y Tito invadieron nuestro continente. Lo cierto es que hay tradiciones sobre los contactos de aquel pueblo con las razas americanas.

En la parte norte de América meridional *Ataherzic, Jouskeka, Tohovitzaron y Massu*, la generadora y madre de todos los hombres, el hermano fratricida y el asesinado, y el patriarca del diluvio, no parece sino que son Eva, Abel, Caín y Noé. Los Incas tienen su diluvio: Ondogardo y Acosta lo refieren, relatándonos este último de cómo se volvió a poblar la tierra. Córdoba y Figueroa ha escrito la tradición chilena del diluvio. (1) Ya di cuenta de lo que Guevara nos dice del diluvio guaraní.

Cielo e infierno conocían los americanos; y en el centro del averno, como Dante a Satanás, colocaban a Çupay. Los sacerdotes americanos, como los profetas, hablaban de un modo parabólico.

No puede pensarse que sea coincidencia puramente casual darnos entre las tribus aborígenes con nombres de cacique, como *Jonaiso, Jonasetel, Jonapain*, del profeta Jonás; ni mucho menos que hayan existido otros a este tenor, menos desfigurados, si hemos de dar crédito a don José de Sosa y Lima en sus recientes estudios, quien añade: "entre los *calchaquíes* existían los nombres de *David, Sanson, Salomón, Enoe* por *Enoc*. (2)

Pachacamac es el Jehovah americano. Es éste el hacedor del mundo, "que hace con el universo lo que el ánima con el cuerpo". "Esta verdad que voy diciendo, escribe el Inca Garcilaso, que los indios rastrearon con este nombre, y se lo dieron al verdadero Dios nuestro, lo testificó el demonio, mal que le pesó, aunque en su favor como padre de mentiras, diciendo verdad disfrazada con mentira o mentira disfrazada con verdad que luego que vió predicarse nuestro evangelio, y vió que se bautizaban los indios, dijo a algunos familiares suyos, en el valle que hoy llaman Pachacamac, que el Dios de los españoles predicaban y él era todo uno". Hablando de Pachacamac, antes que Garcilaso, dijo Cieza: "el nombre de este demonio quería decir hacedor del mundo, porque *Cama* es hacedor y *Pacha* mundo.

Montesinos, al escribir con tanta atrayente fantasía sobre Ophir, que para él es el *Picuru* o *Pirucu* (Perú dorado) manifiesta que la tierra prodigiosa en riqueza del rey sabio fué esta, "y fué por lo que asemejó Salomón a la esposa a esta do-

(1) "Historia de Chile" (1492-1717) — "Colec. de Historiadores de Chile", Tom. II.

(2) *Carta de D. I. de Sosa y Lima al Presb. José Salustí* ("Revista de la Biblioteca", Tom. I, N.º 3).

rada tierra. Vió la mucha cantidad que de aquí le llevaban y le quiso dar esta semejanza misteriosa”.

Genebrardo opina que las naves de Salomón visitaban frecuentemente nuestros mares y grandes ríos; y es aludiendo a ellas y al tiempo que tardarían en hacer el viaje, que dice: “Si hubiera sólo de ir al Brasil y volver, sólo les bastaría uno (año)”. El mismo Montesinos, refiriéndose a estas naves, dice: “El principal puerto era río Amazonas o Para, habiendo tocado antes y dejado algún navío en el Marañón. Los de Salomón tenían por aquellas provincias sus tratados, y en lo interior recogían el oro y otros géneros. La laguna de Maracaibo, nombre propio y natural, tiene algunos indicios de haber llegado a ella los de Salomón”. Es de advertir de paso que Herrera, el gran cronista, asegura que los indios regalaron oro a los españoles, pesándolo en *balanzas*, “de las que todas partes dexarían los de Salomón”, como lo repite Pedro Simón, en su “Historia de tierra firme”.

Algunos escritores, por fin, han tomado a Huiracocha por el Dios de los judíos.

Reunidos todos estos datos, por más aventurada que parezca la invasión judaica a nuestra América, no puede negarse, a lo menos, la coincidencia de numerosas creencias, de ritos y de tradiciones judaicas y americanas, y que tanto por su multiplicidad como por su similitud, nos vemos arrastrados a creer, en último caso, que el cristianismo, y según algunos el catolicismo, conocidos en el Continente antes del descubrimiento de Colón, han propagado los ritos y tradiciones hebraicas, toda vez que el antiguo testamento es la base fundamental de la religión del crucificado. De esta manera, lo que en América parece ser tradición hebraica, no será sino tradición cristiana o católica, y posible es que los americanos hayan tenido idea de la ritualidad y creencias judaicas el día en que la Cruz pisó por vez primera las playas americanas, y en que el nombre sublime de Cristo fuera pronunciado en esta tierra, como la palabra o el verbo del génesis de sus destinos futuros.

De los más antiguos a los más modernos escritores, entre los que pueden citarse tantos, como López de Gomara, Valera, Zárate, Román, Garcilaso, Montesinos, Cieza de León, Guevara, Lozano, Montejo, Remesal, Rivadeneira, Buturini, Bercera, Sigüenza, Mier y Noriega, Nicoll de la Croix, Campa. Prescott y tantos otros, está arraigada la convicción de que el cristianismo fué traído a América por el oleaje de los mares, diluyéndose poco a poco con los siglos en los torrentes de las creencias nativas, a las que, con la idolatría y superstición por bases, tenía que reñir en la más crudalid.

El célebre cura Mier y Noriega, ocupándose de la tradi-

ción de los indios sobre los *hombres barbados*, de que ya he dado cuenta, decía que las tribus indígenas recordaban “que un hombre venerable, barbado, blanco, pelo y barba largos, con un báculo en la mano, predicó en América la ley santa y el ayuno de cuarenta días, y levantó cruces que los indios adoraban, y les anunció que vendrían del oriente hombres de la misma religión a enseñarlos y dominarlos”; y aludiendo a este mismo punto, Sosa y Lima, en carta reciente a don José Salusti, decía que “el lo es un hecho tan constante en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los jeroglíficos mejicanos, y quipus peruanos, que es necesario creerlos o entregarse a un ciego pirronismo”. (1)

Respecto del venerable barbado, que predicó en América los católicos discuten, a mi juicio sin base real y positiva alguna, si fué Santo Tomás o Thomé, o San Bartolomé el apóstol de la predicación. Piedrahita, el historiador de los Muyscas, decídese por este último, lo mismo que Garcilaso, quien, describiendo la estatua de Huiracocha, dice: “La estatua semejaba a las imágenes de nuestros bienaventurados apóstoles y más propiamente a la del señor San Bartolomé, porque la pintan con el demonio atado a sus pies como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido”. El P. Lozano, al revés, se decide por el apóstol Santo Thomé, y entre otras cosas interesantísimas escribe el historiador jesuíta, que en Chachapoyas “se ve una piedra muy grande, alta más de un estado y ancha más de seis varas, en cuya planicie están estampados dos pies juntos de a catorce puntos cada uno; delante de estas huellas, se registran dos concavidades, en cada una de las cuales cabe una rodilla que demuestran se hincaba allí el Santo a orar, juntas y levantadas las manos al cielo, para lo cual soltaba el bordón o báculo que sería de dos varas de largo, y también quedó impreso a un lado en la misma peña”. En 1552 el padre Manuel de Nóbrega, hablando de este asunto, escribía: “Tienen noticia los naturales brasíles de santo Thomé, a quien llamaban *Pay Zumé*, y es tradición recibida de sus mayores que anduvo por estas regiones y las huellas de este santo apóstol, dicen verse junto a un río”. El célebre don Francisco de Alfaro contaba también de esta tradición que existía entre los indios del santo predicador, *Pay Zumé*, el cual había venido del Paraguay. Nuestro famoso P. Techo es también partidario de esta idea.

Lo cierto es que este extraño personaje barbado, que vestía larga túnica y caminaba con el báculo en la mano, este *Pay Zumé* de los brasíles, es en Méjico *Quetzacohuatl*, *Hui-*

(1) “Carta” de D. I. Sosa y Lima, cit.

raccocha en el Perú, *Bochica* o *Idacanza* entre los muyscas, y *Equiara* en otras tribus.

Ahora, respecto a las cruces de que habla el cura Mier, Montesinos confirma su existencia, entre la ciudad de Lima y el pueblo de Canta, camino de Cuenca a Río Bamba, donde "hay formadas cruces que parecen hechas a propósito". "Tuviron los reyes Incas en el Cuzco, dice Garcilaso, una cruz de mármol fino de color blanco y encarnado que llaman jaspe cristiano... yo la dejé el año de mil y quinientos y setenta en la sacristía de la iglesia catedral de aquella ciudad... La cruz era cuadrada, tan ancha como larga, tendría de largo tres cuartas de varas, tres dedos de ancho y casi tanto de grueso... No adoraban en ellas mas de que la tenían en veneración". Cruces, y cruces veneradas, hubo en Casumel y Yucatán. En Cumaná adoraban "con ceremonias de gran devoción a la santa cruz". Gregorio García cuenta de una cruz venerada en Guatulco, que la había dado Santo Thomé. Según Fernández, los candidatos a Inca vestían una camisa blanca "con cosa que se asemejaba a una cruz bordada en el pecho". En nuestro Calchaquí yo no sé que haya tradición alguna de cruces veneradas por los naturales, y de aquí se dice que los apóstoles no predicaron en esta nación. Sin embargo, conviene hacer notar que hase descubierto en Santa María, Belén y Andalga á, muchas tinajas con hermosísimas cruces, las cuales han sido remitidas al Museo de La Plata, de las que haré mención a su tiempo, y que en mi excursión a Tinogasta encontré tinajas con cruces rojas y negras.

En esto de la Cruz, nada habrá tan notable como el grupo de la Cruz en el famoso templo de Palenque. La Cruz está perfectamente grabada en la roca, lo mismo que personas humanas a su lado, trayéndole ofrendas. Para mayor coincidencia, encima de la Cruz está un gallo, que cualquiera tomaría por el de la pasión.

La idea de Jesucristo, el Redentor, asegúrase haber existido en las tribus americanas. Escritores respetables opinan que *Méjico*, *Meschico* o *Mecchico*, quiere decir Cristo *ungido*. Según Cieza de Leon, *Yucanqu* significa "rico en todas las las virtudes"; *Capac*, según Garcilaso, es "rico de ánimo, de mansedumbre, piedad, clemencia, liberalidad y justicia". *Theotlatal*, es el "coronado de espinas", así como *Theohuitinahuac* el "hijo de madre virgen", una de las personas de la *Trinidad* americana; y respecto a esta última un antiguo escritor dice que en Chuquisaca se adoraba a *Tangatanga*, (1) y "que los

(1) Sobre *Tangatanga* nada se ha escrito como el artículo al respecto de Ambrosetti, describiendo el fetiche de la Trinidad Calchaquí, ("Boletín del Inst. Geográf.", Tom. XVII, Nos. 7 a 9, pág. 454).

indios decían que en uno eran tres y en tres uno". Pedro Martín y el Obispo de Cchiapa aseguran que los indios de esta jurisdicción "tuvieron noticia de la Santísima Trinidad y de la Encarnación de nuestro Señor".

Algunos antiguos escritores como Blas Valera y otros muy poco respetables dicen que *Icona*, *Bacab* y *Estrauc* son Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; que *Bacab*, muerto por *Eopuco*, es Cristo muerto por Pilatos; que *Chiripia* es María Santísima, a todo lo que Garcilaso dice: "son todas invenciones y ficciones de algunos españoles que los naturales totalmente lo ignoran".

Parece que los amautas del Perú tuvieron exacto conocimiento del alma y de la resurrección de la carne. Tuvieron, dice un viejo escritor, los Incas amautas que el hombre era compuesto de cuerpo y *ánima* y que el *ánima* era espíritu inmortal, y que el cuerpo era hecho de tierra porque le veía convertirse en ella y así le llamaban *Allpacamasca*, que quiere decir *tierra animada*". Respecto a la resurrección de la carne y su unión al espíritu en el juicio final, bástanos recordar lo que cuentan Lozano y Garcilaso cuando los castellanos abrían las huacas en busca de tesoros, o como dice el viejo López de Gomara: "cuando españo'es abrían estas sepultas y desapareían sus huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resucitar: bien creen la resurrección de los cuerpos y en la inmortalidad de las almas".

Estas mismas creencias, ceremonias y ritualidades en América, han hecho pensar a muchos en la existencia del catolicismo. Parece que la *confesión* y la *comunión* entraban a formar parte de los sacramentos americanos, como, asimismo, a estar a lo que refiere el Padre Acosta, "los demás sacramentos instituídos por N. S. J. C. y que usa la Iglesia", pues que "Satanás no sólo falsificaba en idolatría y sacrificios sino también en ciertas ceremonias".

Otras analogías pueden hallarse en la institución de los conventos americanos, formados de jóvenes doncellas para atender el culto, bajo la dirección de las viejas *mamaconas*; lo mismo la "distribución del pan y el vino" en la gran festividad en honor de Raymi, durante la cual había grandes bailes, orgías y sacrificios, las prácticas de la confesión y la penitencia, aunque en una forma irregular, etc.

Estos vestigios, no obstante, no creo que pueden servir de fundamento serio para sostener que el catolicismo fuera conocido y practicado, aunque sea en parte, por las tribus americanas, antes del descubrimiento. Lo que hay es que los sacerdotes católicos, pretendiendo demostrar la universalidad de la religión, buscaban parentesco obligado entre las prácticas

católicas y las indígenas, y los creyentes cronistas, siempre dispuestos a ayudarles en la obra, dirían lo que no era cierto, siempre que la fe sacara de ello algún provecho. Así lo dice Garcilaso mismo.

No parece, a mi juicio, suceder otro tanto con el cristianismo, propiamente dicho.

Basta, para no pecar tanto de difuso, lo que me perdonará el lector, con lo apuntado hasta aquí en la difícil cuestión de los orígenes o de los asuntos directamente vinculados con ella. Dejo mucho a un lado, por considerarlo de segundo orden o porque sólo serviría más bien para corroborar lo que en páginas anteriores he dicho.

Ahora paso a ocuparme ligeramente del material que la lengua, especialmente la quíchua, nos suministra, siguiendo las huellas que en materia de asuntos de lingüística americana nos ha dejado trazadas el filólogo argentino doctor Vicente F. López (1).

Ya hemos tenido ocasión de ver las interpretaciones a que se prestan las palabras *Piru*, *Pirucu* o *Perú*, que en esta última forma, según se asevera, significaría en sánscrito "montañas de oriente" o "doradas por el Sol"; la revelación que nos suministran las palabras *Huiracocha* o *Huiracocha* y *Pachacamac*, *Andes*, que en sánscrito es "montaña"; *Con*, que parece *Chom*, griego, y otras.

Inca, jefe de estado, es *ina*, *inaca* en el sánscrito, con la significación también de jefe o príncipe. Y ya que hablo de Inca, diré que el nombre de uno de ellos, *Atahualpa*, o *Atahualpa*, tiene, asimismo, fácil traducción en el sánscrito, pues según la autorizada opinión de nuestro doctor Larsen, en este idioma es *atta*, "hijo de Buda", *hya*, "sacrificio" y *pa*, "jefe", lo que daría: *Atahyalpa*, "jefe del sacrificio de los hijos de Buda", es decir: Rey-Pontífice, como efectivamente eran los Incas (2).

Respecto de los *quipos* o *kauipos*, como debiera escribirse en quíchua, Pichard refiere que uno de los emperadores chinos inventó los *kaupa*, o cuerdas con nudos, como medio de conservar la historia, antes de los jeroglíficos.

El nombre mismo del idioma peruano, el *keshua* o *kyshua*, se dice ser el *kysh-ahuas* de las razas turánicas y fenicias. Es oportuno advertir que el doctor López, sosteniendo que los quichuas son los pelasgos mismos, hace derivar la voz *quichua* o *keshua* de tres raíces griegas: *gé*, tierra; *ies*, forma dórica del

(1) Interesante es el "Estudio Filológico de los Idiomas de los Antiguos Incas del Perú", por Agustín Matienzo (Buenos Aires, 1895), a quien también seguiré en lo relativo a comparaciones con el hebreo y sánscrito.

(2) "Revista de Buenos Aires", VI.

indicativo de *eimi*; *yios*, hijo, raza, lo que daría: *Geusyios*, "hijo de la tierra indígena", explicando en seguida cómo el *gé* se convierte en *ke*.

Sosteniendo este orden de ideas, este mismo filólogo dice en otra parte: "El idioma *keshua* es el idioma griego... El vocabulario de los *keshuas*, de estas tribus tan antiguas como célebres, al pie de los Andes, se traduce todo entero y se explica por el vocabulario de la lengua famosa en que cantó Homero".

Estas afirmaciones, de suyo tan aventuradas, han sido recibidas con aplauso, no obstante, permitiéndome con el doctor Larsen, criticar la confusión que se hace entre griego y pelasco.

López sostiene, que en el quíchua hay raíces *arianas* y Van Rudolf Falb que las hay *semíticas* en los idiomas quíchua y aimará, con sus conjugaciones por *inflexión*, de modo que pueden estos idiomas ser mixtos, como clasificaba Fr. Lenormanta al *sehlevi*, si fuese efectivo lo que uno y otro sostienen. Conto de Magalhães, en Brasil, reconoce el origen *ariano* de los *tupys* (1).

A todo esto hay que añadir la coincidencia de opiniones con Pockoke y Aunboldt, quienes, como aquéllos, sostienen las grandes analogías del quíchua y el sánscrito, siendo éste, como se sabe, fuente del pelasco.

Las palabras principales del idioma: Perú, Andes, Inca, Atahualpa, etc., son sánscrito puro. Aún en las palabras más vulgares, como *china*, de la raíz *chin*, que es el *skid* sánscrito, las analogías se repiten con rara profusión. Entre los nombres numerales quichuas, el *huc* (uno) es el *ekae*, sánscrito, el *pi-chca* (cinco) es equivalente al *pencka*, etc.

Sé que el Padre Mossi ha dejado inédita una obra de comparación de quíchua y hebreo, que será sin duda toda una revelación. Y a la verdad que el contacto de los dos idiomas es todo una singularidad. Van, al acaso, estos ejemplos:

QUICH. <i>muna</i> (querer)	HEBR. <i>mun</i> (reflexionar)
" <i>chay</i> (persona)	" <i>chay</i> (ser viviente)
" <i>auki</i> (padre)	" <i>av</i> (padre)
" <i>mayu</i> (río)	" <i>mayin</i> (río)
" <i>hara</i> (falda de cerro)	" <i>har</i> (montaña)
" <i>yacu</i> (agua)	" <i>yam</i> (mar)
" <i>kelka</i> (escribir)	" <i>kethav</i> (escritura)
" <i>khata</i> (cubrir)	" <i>khatah</i> (cubrir)
" <i>samana</i> (descanso)	" <i>zaman</i> (tiempo de fiesta)
" <i>qala</i> (sin vegetación)	" <i>qalah</i> (despreciable)
" <i>ristcha</i> (memoria)	" <i>resch</i> (cabeza)
" <i>zara</i> (grano)	" <i>zarakh</i> (semilla)

(1) Silvio Romero (*Etnografía Brasileira*) y José Verissimo (*Religión de los Tupys-Guaranyes*), combaten a Magalhães y Barbosa.

QUICH.	<i>khona</i> (murmurar)	HEBR.	<i>hthonah</i> (responder)
"	<i>chama</i> (felicidad)	"	<i>schameh</i> (regocijo)
"	<i>qana</i> (encender)	"	<i>qana</i> (brillar)
"	<i>chana</i> (época)	"	<i>schana</i> (año)
"	<i>taka</i> (machucar)	"	<i>daka</i> (machucar)
"	<i>tchata</i> (acusar)	"	<i>schatan</i> (perseguir)

(etc., etc.)

Aparte de los ejemplos antes citados, hay mucho en el quichua y aimará del sánscrito; y, para no fatigar al lector, tomo algunos ejemplos de la obra de Matienzo, antes citada (1):

QUICH.	<i>ñavi</i> (ojo)	SÁNSCR.	<i>navi</i> (ojo)
"	<i>wairi</i> (viento)	"	<i>vaiti</i> (viento)
"	<i>puri</i> (caminar)	"	<i>pari</i> (estar apresurado)
"	<i>niri</i> (dar órdenes)	"	<i>ni</i> (dirigir)
"	<i>naqa</i> (matar)	"	<i>nakus</i> (cadáver)
"	<i>punchau</i> (día)	"	<i>pushan</i> (el sol)
"	<i>sumak</i> (bueno)	"	<i>sumanas</i> (benevolente)
"	<i>mayu</i> (río)	"	<i>mayya</i> (sumergirse)
"	<i>tupa</i> (chocar)	"	<i>tup</i> (golpear)
"	<i>tiri</i> (herir)	"	<i>tur</i> (herir)
"	<i>wata</i> (año)	"	<i>yatu</i> (tiempo)
"	<i>taripa</i> (alcanzar)	"	<i>tar</i> (alcanzar)
"	<i>llalli</i> (vencer)	"	<i>yay</i> (vencer)
"	<i>pis</i> (también)	"	<i>api</i> (también)
"	<i>wira</i> (robusto)	"	<i>si</i> (reposar)
"	<i>siri</i> (acostar)	"	<i>pi</i> (beber)
"	<i>upi</i> (beber)	"	<i>has</i> (reir)
"	<i>asi</i> (reir)	"	<i>tâtas</i> (protector)
"	<i>tata</i> (padre)	"	<i>sad</i> (sentarse)
"	<i>saya</i> (parar)	"	<i>und</i> (inundar)
"	<i>unu</i> (agua)	"	<i>tus</i> (regocijarse)
"	<i>tusu</i> (ballar)	"	

A más de esto, hállanse analogías completas entre el quichua y otros antiguos idiomas. Comenzando por el sonido mismo de las letras y la pronunciación quichua, no hay duda de los contactos de esta lengua con los idiomas antiguos de China, India, Egipto, Fenicia, Grecia, Etruria romana y Polinesia, así como con los más modernos. Tenemos, por ejemplo, que la *a* se pronuncia como el *ai*, griego; la *b* o *v* a veces como el *wau*; la *h* tiene también, a menudo, la aspiración de la *yain*, hebreoárabe, como la *j*; la *k*, es la *kappa* grecolatina; *sk*, sánscrito, es semejante al *cs*, quichua; *qa*, quichua, es muy parecido al *khi*, griego, y así generalmente sucede con la pronunciación de las demás letras, flexiones, partículas, sílabas o raíces; y para no hacer más citas respecto de estas últimas, tenemos, por ejemplo, que la raíz quichua *phi* parece latina,

(1) Cap. VI — "Aproximaciones para indagar la etimología", Fr. Lenormand (*Histoire ancienne de l'Orient*), Von Rudolf Falb (*Die Andes Sprachen*). Renan (*De l'origine du langage*), etc., le han servido de guía en estos asuntos.

griega y brahmánica; *wan*, *ina*, *manta*, son a la vez latinas, con pequeñas modificaciones, como sucede con el *ina*, que es semejante al *enim* latino, y con el *manta*, que se asegura equivaler al *mente*. La flexión *ta*, quíchua, dicese ser la misma de los idiomas antiguos.

Todo este conjunto de revelaciones descubre la filología, por lo cual su estudio se hace interesantísimo, aplicado a nuestros idiomas antiguos.

Es verdaderamente atrayente e ingenioso el ya mentado descubrimiento filológico del doctor López, de la semejanza de los números quíchuas con los de los idiomas antiguos, de los enales, para no fatigar al lector, citaré algunos. El *huc*, (uno), quíchua, es el *ue* kamítico, el *ukt* de Laponia, el *hek* de Java, el *ekae* sánscrito, el *eicheia* hebreo, el griego *ecus*, el pelvio *ekked*, el zenda *eve*. El *kimza* (tres) y el *taqwa* (cuatro), son raíces de idiomas indoeuropeos. El *pichcca* (cinco) es *pente* en los griegos, *pickk* en la India, etc., etc.

Es también por demás singular el parecido, y casi la identidad, entre muchas de las palabras quíchuas de nuestros indios y de los vocabularios de lenguas vivas de Europa, tanto por la manera de escribirse, cuanto por la significación. *Huasi* (casa, en quíchua) es *house* en inglés y *haus* en alemán; *ma-ma*, quíchua, es *madre*, *mater*, *mother*; *yaman* (unir) es *gamba* (unión, en italiano) y *jambe* en francés; *kanchay* (alumbrar) es semejante a *chandelle*, francés; *lloqay* (montar) es *jockey* (cabalgar) en inglés. *Papá*, según Prescott, es en algunos idiomas un sacerdote de alta jerarquía, o jefe religioso, semejante en significación al *papa* castellano, jefe de familia. En nuestra misma palabra *Catamarca*, con que designamos la provincia, el *marca* es *mark*, campo, del antiguo alemán. Es de advertir, de paso, que *cata*, en hebreo es *kata* o *qatan*, y significa pequeño, y de aquí que en nuestra escuela de franciscanos se enseña hasta hoy el *catón* o *pequeño* libro, según el padre Mossi, de Santiago del Estero, ya fallecido (1).

Todo este conjunto de datos que acabo de suministrar, así como muchos otros; el parecido de la mitología quíchua con la asiática y griega; las revelaciones del idioma nativo; lo parecido, y aun la identidad en los ritos, monumentos, hábitos y costumbres, todo, repito, nos lleva como de la mano a asegurar que antes del descubrimiento del inmortal genovés, nuestra América fué objeto de emigraciones del Viejo Mundo y visitantes asiáticos, que especialmente han pisado su suelo, dejando indelebles rastros, sobre todo en la América Meridional.

(1) Mossi. *Gramática quíchua*, II.

LIBRO PRIMERO

- V. Importancia de la historia y geografía catamarcanas.— Valles Calchaquinos.— Reseña de las fundaciones.— El verdadero Tucumán.— VI. Orígenes calchaquinos.— La raza de la montaña.— VII. Rastros araucánicos.— Comparaciones filológicas.— Posibilidad de una irrupción araucánica.— VIII. Las lenguas extintas.— Kakan y Araucano.— IX. Lule y Tonocote.— El Lule de Machoni, no es el Lule de Tucumán.— Opiniones de Lafone Quevedo.— La verdad lingüística.—X. Lengua keshua.— Su estructura artística.— Formas gramaticales.— XI. Las *naciones* tucumanas.— Calchaquíes. —Diaguitas y Xuries.— XII. Nombres de lugares.— Su importancia.— Inconveniencia de los cambios de nombres.— XIII. La historia de las razas.— Una opinión de Sarmiento.— XIV. La montaña y el genio de la raza.— El Ambato y Aconquija.

V

He dedicado parte no despreciable de mi tiempo al estudio de la vida y la muerte de las razas, especialmente la calchaquina, que habitaron las montañas de estos países andinos del Norte de la República.

El trabajo ha sido más que penoso, porque del pasado sólo quedan fragmentos truncos, y obra paciente es la de reconstrucción. Sin embargo, visible está aún el rastro de la planta calchaquí en la clásica tierra catamarcana, sobre todo, centro de la vida y la cultura nativas, así como panteón inmenso de la raza, casi extinguida en la misma generación de origen que le sobrevive, por la fusión y consiguientes transformaciones en el período de la colonia, en que los tipos se cruzan, hasta producir ese nuevo elemento *criollo*, tan curioso de ser estudiado por más de un motivo.

Que todo haya sido calchaquí, o lo fuera parte pequeña o insignificante en esta cultura tan vasta, tan variada y a la vez tan típica, no es el tema oportuno, reservándome hablar de ello en otros lugares, a medida que suministren el tema la ilación de los sucesos o las cosas.

Es en esa larga dilatación y sucesión de valles, del Famatina a los confines occidentales de Salta, y aun Jujuy, en donde con especialidad puede reconocerse la planta de la raza extinta; en donde a veces se escucha algo de su tradición olvidada, aunque con la fantasía con que el tiempo viste en el

presente los sucesos del pasado; en donde se ven, por acá, por allá, los restos de sus pueblos, de sus fortalezas, de sus murallas de defensa, de sus caminos militares, de sus panteones.

Pero lo más interesante de todo lo relativo a antigüedades, arqueología y sucesos, tanto del Tucumán de los Incas, cuanto del Tucumán de la conquista castellana, es la región catamarcana, desde las caídas y valles de Pomán (*Puma-an*), Abaucán y Tinogasta, hasta el pueblo en ruinas de Quilmes. ya dentro de lo que actualmente constituye la jurisdicción de dominio de San Miguel. El valle de Yocavil (*Yoca-huill*) o valle santamariano, es el verdadero "valle calchaquí" de la conquista, en la acepción estricta de la palabra geográfica, por más que igual denominación se hiciese extensiva a los otros valles contiguos del Norte y especialmente del Sud. En seguida, el nombre de "valles calchaquíes" cuadra especialmente a los valles de Andalgalá, Famaifil (Belén), Abaucán y Tinogasta, lo que se ha de establecer más claramente cuando se trate de la extensión y límites de Calchaquí, debiendo desde ya adelantar que nada tenemos que hacer con los titulados *Valles Calchaquíes* de Salta, a los que es necesario olvidar al tratarse de la ubicación geográfica de los acontecimientos históricos del Tucumán.

Relativamente, pocas investigaciones, dada la magnitud del material arqueológico e histórico, se han hecho aún en esas dilatadas comarcas; y este trabajo, en el cual la materia es desenvuelta hasta donde dan los propios conocimientos del autor, seguido al de ensayos valiosos de algunos hombres de ciencias, no es otra cosa que una tentativa de estudio de esa raza típica, que ha desempeñado tan alto papel en la historia de los heroísmos humanos, pues como ninguna de sus hermanas de América, ha defendido palmo a palmo su tierra, como si en sus propias fuerzas de vitalidad y en sus energías étnicas tuviera algo de las montañas en donde creció, y como si a los defensores clásicos del suelo de sus mayores se les hubiera ofrecido con sus guerreros de *Antis*, como *Ollantay* ante el soberano, con el *champi* o alabarda y la *masccapaicha*, exclamando: "Sapa Inca: tengo el alto honor de presentaros y poner a vuestros pies el contingente de bravos *antis* que habéis mandado se apresten para la presente campaña".

Los estudios del americanista señor Samuel Lafone Quevedo, aunque parciales, y las excursiones arqueológicas a los valles calchaquíes, bajo la dirección de Juan B. Ambrosetti y del doctor Francisco P. Moreno, con las colecciones del Museo de La Plata y Nacional, tanto de alfarerías como de cráneos, son en la época contemporánea, aparte de colecciones particulares, como la mfa, los más valiosos contingentes que

se nos ofrecen a los que estudiamos los tesoros de la historia anticolonial y las antiguüedades de nuestras montañas.

He dicho, y lo repito nuevamente, que nada hay que se compare, siquiera, en importancia, a los valles del Oeste de Catamarca. Allí pueden aún admirarse los pueblos indígenas, y allí se levantaban también las fundaciones primeras de la estrategia castellana, los Barco, los Londres, los Fuerte de Andalgalá, Pantano, etc. Es allí donde se admiran las nativas construcciones, sin rival en otros valles. Pomán, que también albergó a la ciudad portátil de Londres, cuenta con recuerdos históricos, y a unas cuadras de Saujil (*Sahuill*) se ven las diseminadas ruinas de lo que hoy denominan la *Ciudadcita*, pueblo indígena de importancia. No está muy distante *Tucumanao*, más allá, en el desierto, que mucho dará aún que hablar. Los valles de Tinogasta y Abaucan, al occidente, ofrecen, asimismo, valiosas riquezas arqueológicas: siempre llamará la atención la renombrada fortaleza de la Troya, en posición tan estratégica, antiguamente denominada Batungasta (*Watum-gasta*), con su extenso pueblo al pie de sus reductos y torres cilíndricas de barro y paja, como las consistentes casas que trabaja el hornero. Los viejos valles de Famaifil presentan a la cerámica indígena espéndidas alfarerías, y en sus derruidos hornos fundíase el metal que desmenuzaba el pesado *maray* de piedra. Andalgalá, con la doble majestad del desierto y del Aconquija, parece, por muchos indicios reveladores, que fué en el siglo de la conquista peruana la metrópoli incásica, tanto más si se tiene en cuenta que en la célebre altiplanicie se elevan las majestuosas ruinas del *Pukara del Inca*, que como construcción arqueológica no tiene rival, y que es necesario contemplarla con detenimiento, con sus macizas murallas de piedra (*parkas*) y líneas de defensa, sus reductos y fuertes, elevándose como una atalaya de la guerra a la entrada de Calchaquí y a las puertas del amplio y hermoso campo del Pucará, en posición más estratégica respecto a las demás fortalezas indígenas que he visitado. El Campo del Arenal, con su desierto y sus médanos, es, no obstante de importancia hacia las faldas de la montaña: la extensión de huacas y pircas es considerable, encontrándose de estas últimas algunas que miden 4 m.10 de ancho y de alto hasta 8 m. 50. La región santamariana es la más importante de todas por sus reliquias arqueológicas. Desde que se llega a Punta de Balasto ya tiene que hacerse con ruinas, pues una antiquísima fortaleza elévase en la cima de la montaña: es una especie de centinela a la puerta de los valles de Yocavil. Andalguala es notable por los centenares de alfarerías que ha suministrado al Museo de La Plata, especial-

mente durante la renombrada expedición Mathefessel. San José, asimismo, es rico en antigüedades, particularmente hacia el Noroeste, a corta distancia, donde se encuentra un pueblo indígena sobre una colina, el que consta de algunas decenas de casas y pircas sólidamente construídas, de piedra tallada algunas de ellas, al parecer. El *Fuerte Quemado*, las fortalezas de Cerro Pintado, y cuánto oportunamente se detallará, hacen famosas estas secciones calchaquinas.

Verdad es, también, que en otras regiones, más allá de la provincia de Catamarca, hay inapreciables riquezas arqueológicas: el pueblo de Quilmes, al que dedicaré un capítulo especial al tratar de la resistencia de sus bravos hijos, es una gran fundación indígena; y tienen, además, importancia: Amaicha, no lejos de aquel lugar, los Cardones, el Valle del Cajón, en el cual son notables las pircas de La Hollada. No debe pasarse por alto, en la provincia de Catamarca, el pueblo de Huasamayo con sus setenta casuchas. Tolombón, en territorio salteño, es renombrado, tanto por la participación que tomaron sus indios en la guerra de la conquista, cuanto por la riqueza de sus alfarerías. Cafayate, hoy pintoresco pueblo cubierto de viñedos, ha suministrado, asimismo, bellas antigüedades a los estantes de los museos: llaman la atención sus petroglyphos sobre rocas verticales, lo que hace decir al explorador doctor Herman de Ten Kate: "el carácter de la localidad me hace suponer que allí también había en los tiempos pasados una caverna de sacrificio, al estilo de pueblos antiguos y modernos, y que estas petrografías constituyen como las de Chapi (Cajon), rituales". La quebrada de Escoipe ha de figurar en la historia por más de un motivo. Son bastante buenas las pircas de Hurvina.

Si en el suelo catamarcano son notables sus fortalezas, pueblos indígenas y demás restos arqueológicos, así como sus alfarerías, objetos de cobre, piedra y hueso, o ya sus huacas, que tanto están dando que hacer a la antropología, no menos notables son sus recuerdos históricos del tiempo de la conquista, aún desde el descubrimiento de Diego de Roxas, pero muy en especial desde Juan Núñez de Prado hasta D. Alonso de Mercado y Villacorta, en un período secular de alzamientos y guerras continuas, que más de una vez han puesto en inminente peligro la obra castellana.

Si exceptuamos a quilmes, colalao, pacciocas, tolombones, humahuacas y alguna otra tribu valerosa, fuera de territorio catamarcano no hay *naciones* belicosas que hayan opuesto verdaderamente resistencia al enemigo blanco.

En los valles catamarcanos, asimismo, tiene origen toda esa leyenda de Garcilaso sobre la embajada de los tucumanos

al soberano del Cuzco, que dió por resultado la entrada de la civilización quíchua a los valles calchaquíes y otras regiones de Tucumán, pues ésta parece haberse dilatado al Sud, de un lado de la sierra hasta el Famatina, y del otro hasta Capayán (*Ccapac-ñan*), donde parece que concluía la *marka* del Inca.

En el corazón de los valles del Oeste de Catamarca existió la corte de Tucma, hoy arenal ardiente, de seculares algarrobos, y uno que otro rancho a su sombra, que a nadie haría pensar que allí estuvo ubicado el viejo Tucumanao (*Tucumanao*) (1).

El verdadero Tucumán de la historia clásica son aquellos valles catamarcanos, y el Tucumán de la jurisdicción de San Miguel no es sino lo que una porción insignificante respecto del todo. Cuando se habla del Tucumán incásico no se habla de este Tucumán de San Miguel, ni cosa que se parezca, el que ha usurpado el nombre del viejo Tucumán, trayendo, por lo mismo, errores crasos, como aquellos en que ha incurrido un eminente historiador chileno. Asimismo, este Tucumán de San Miguel no tiene que ver con el Tucumán propiamente dicho, donde estaba ubicado Tucumanao, y donde existió el Tucumangasta de los llanos andalgalenses: es a este Tucumán al que me referiré al tratar de asuntos relativos a la conquista; y cuando hable de la región de los lules y tafies, lo llamaré por su nombre: la jurisdicción de San Miguel de Tucumán, o simplemente San Miguel.

Es por el Tucumán catamarcano por donde hicieron sus entradas los aventureros castellanos, y por donde el descubridor D. Diego de Almagro pasó a Chile. Son las tribus indígenas de sus valles y sus sierras las que han sustentado la guerra de la conquista, con brazo nervudo, valor y constancia. Es allí donde han actuado los dos personajes épicos más notables: D. Juan de Calchaquí y Chelemín; y allí es también donde el *embaydor* Pedro Chamijo, titulado *Huallpa Inca*, desarrolló sus planes de traición, descubiertos por el cacique de Machigasta, y donde se encendió la guerra.

Hay más: en ninguna región de Sud América como en esta parte del Tucumán la resistencia ha sido más enérgica, más eficaz, ni más duradera. Con efecto: apúntanse generalmente cuatro epopeyas en la América Meridional: las del Perú, Arauco, Paraguay y Río de la Plata, añadiéndose, por último, la Calchaquí. Pero, a mi juicio, las epopeyas, en el sentido de esta palabra, no son sino dos. En la conquista del Perú lo único que en este sentido es digno de admiración, es el atre-

(1) Yo sospecho que el verdadero Tucumanao es el actual *Pucará*.

vimiento castellano desde el desembarco de Tumbes hasta la muerte de Atahualpa Inca; pero no hay resistencias de parte de los nativos, a no ser los proyectados movimientos de Calicuchima y Quizquiz. Es verdad que merece, posteriormente, rememorarse el alzamiento del Inca Manco, desde la acción en los llanos de Yuncay; pero todo lo empequeñece la cobardía de sus soldados, como que un puñado de castellanos desbarató el ejército en el sitio del Cuzco, al que rodearon doscientos mil guerreros nativos, al decir de los cronistas de la época. Las resistencias del Paraguay y Río de la Plata no pueden tampoco constituir hechos trascendentales en la historia de los heroísmos épicos. Arauco, desde la gran batalla de Andalien, sí que es una epopeya (1). Pero lo que adquiere mayores proporciones es, sin discusión, la epopeya tucumana, especialmente en los valles catamarcanos, tanto por el teatro, la intensidad de la lucha, la resistencia opuesta, los planes de guerra, el número de los combates y la duración de aquélla.

En un olvidado libro, escrito con madurez y criterio históricos, recordándose de las epopeyas continentales, se escribe lo siguiente: "Sin embargo, dice el autor tratando este tema, la conquista del Tucumán, que se hallaba en el centro, sobrepasa a las otras dos que quedan a su lado. Sobresale por la extensión del teatro, abarcando desde las fronteras de Bolivia hasta el Carcarañal, y desde el Chaco hasta los Andes y las Pampas: y podemos decir hasta las tierras Magallánicas porque hasta allá marcharon por tres veces las tropas de Tucumán en busca de la fabulosa ciudad de los Césares o Trapalanda. Sobresale por el número de las ciudades fundadas, importantes y subsistentes, como son Salta, Jujuy, San Miguel, Santiago, Catamarca, Rioja y Córdoba. Sobresale por el número y excelencia de generales y guerreros que figuran en aquella conquista. Sobresale por el número de batallas y luchas sangrientas, por el indomable heroísmo del adversario. Y desde el fondo de la grande epopeya se destaca la figura de los tremendos Calchaquies, que con su caída final cierran el sangriento drama de ciento cuarenta años. Sobresale por haber asegurado la grande arteria de tránsito y comercio entre el litoral argentino y el Perú. Sobresale por haber marchado ocho veces la tropa tucumana a la defensa de Buenos Aires, y ahora basta decir, que el año de 1573, el día 19 de Septiembre, en las aguas de Coronda, por el valor de pocos soldados tucumanos fué salvado el general Garay con su tropa y la nueva Santa Fe, y con ellos el destino de toda la conquista y

(1) Véase Toribio Medina, *Los Orígenes de Chile*, sobre asuntos de prehistoria de esta país.

la fundación de Buenos Aires, que se siguió siete años más tarde" (1).

De muchos de los hechos citados, y otros no apuntados, he de ocuparme detenidamente en las páginas de este libro. Los acontecimientos históricos han de hacer resaltar la virilidad de la nación calchaquí y la importancia del suelo catamarcano por sus recuerdos clásicos en la lucha de las dos civilizaciones y de las dos madre-razas.

VI

El más denso velo cubre la cuna de cualquiera de las razas americanas; la mayor confusión reina entre los tipos aborígenes, y la antropología, a la que principalmente están reservadas estas cuestiones, tropieza a cada instante con escollos insuperables, de modo que al alejarse de ellos para seguir la ruta de sus investigaciones, tiene que tomar por nuevas y extraviadas sendas.

Sin embargo, la antropología, auxiliada por la arqueología, va recorriendo poco a poco el velo de la América antecolombiana.

En nuestra América hay irrupciones de razas de Norte a Sud, y de Sud a Norte; las unas han desalojado a las otras, que, o han perecido, o se han transformado por la cruz, después del avasallamiento.

La diversidad de tipos es un hecho constante; y los tipos craneológicos de una región van a encontrarse a centenares de leguas, en toda su semejanza y pureza primitivas. En estas regiones hay fisonomías del Norte; a su vez el tipo craneológico puro del Perú y Bolivia es el mismo que después aparece en Méjico; el Tehuelche de la Pampa puede encontrarse en otras regiones, como en la tierra de los fueguinos.

Si avanzamos más a las edades primitivas, dámonos con el inmenso pueblo de los adoradores de la luna, los caldeos americanos, los Atumrunas, de cuyo seno parece que se han desprendido casi todas las ramas de la gran familia sudamericana.

Si leemos los estudios que sabios antropólogos y arqueólogos han hecho de las razas peruanas, Humboldt, Angrand, Tschudi, D'Orbigny, Squier, Miener, etc., la confusión se hace más grande, por la multiplicidad misma de los innumerables rayos de luz que sus observaciones arrojan, de tal manera que nos ciegan los ojos de la investigación.

¿Qué podemos saber, entonces, de la cuna de los antiguos

(1) Prash, P. Soprano. "Hist. de las guerras con los Terribles Calchaquíes", etc. (Buenos Aires, 1896.)

habitantes de los valles del Nord-Oeste de la que es hoy República Argentina, de los famosos Calchaquíes, a los cuales recién comienza a estudiarse?

Encontrar el génesis de estas familias, desaparecidas o muy modificadas, tarea será difícilísima para la ciencia antropológica, que en las regiones calchaquinas se da con una craneología que varía a veces de un punto a otro, y que lo único que demuestra claramente es el origen híbrido de las razas andinas, pues mientras en Catamarca se encuentra al hombre de cráneo largo, con la deformación llamada generalmente aimará o microcéfala, el Huarpe de San Juan es de la familia de los hombres de cráneo cuadrado y achatado artificialmente en la frente y en la nuca.

En nuestros calchaquíes mismos encuéntranse tipos de todas o casi de todas deformaciones artificiales, y yo poseo muchos cráneos típicos en mi colección.

Cuando hable, pues, de orígenes calchaquinos, quiero referirme a sus orígenes más inmediatos, a fin de saber, siquiera, si la raza de nuestras montañas es originaria del país; y, caso que no lo sea, a qué familia conocida puede pertenecer, y de dónde y cómo vino a enseñorearse del país.

A este respecto, asimismo, bien poco se puede contestar, y hay que ceder mucho campo a la conjetura científica.

Puede que la primitiva nación kakana, a la que hacemos figurar como oriunda y dueña de estas tierras, sea distinta de la nación calchaquí, por su origen étnico, contextura física, lengua, costumbres y métodos de vida. Es una cuestión resuelta que naciones bárbaras hicieron una gran irrupción, no hará muchos siglos, que, a semejanza de los bárbaros que asolaron la Europa, dieron en tierra con la primitiva civilización de estos valles; que esta civilización (sea o no kakana) fué relativamente adelantada, no hay duda alguna: las pirkas, los restos de pueblos que hoy comienzan a exhumarse, los objetos de arte diariamente encontrados, son los restos preciosos de esa civilización desaparecida, destruída por los bárbaros, que probablemente fueron los calchaquinos (1).

Estos objetos de arte son tan importantes, tienen tal valor comparados con otros de las antiguas civilizaciones del Viejo Mundo, que muchas veces les superan por lo admirable de la obra artística. En una de las regiones de la gran provincia tucumana, en Santiago del Estero, hanse hecho preciosos hallazgos. En esta región, dice el doctor Moreno, "vivió

(1) Añádase a esto los *menhires* últimamente descubiertos por Ambrosetti en Taff (Yo más antes, había visto ya estas piedras paradas en la Quebrada del Molle. Agua del Quebracho, cerca de la Loma Overa, en un pequeño pueblo en ruinas. Está en el camino de Tucumán, yendo del Oeste de Catamarca por Colpas).

un pueblo dotado de un sentimiento artístico muy avanzado; la alfarería allí es aún más fina, más elegante, que las de Troya y Micenas en la Grecia antigua; sus colores persisten con una viveza admirable" (1). Aludiendo este mismo naturalista a las ruinas de la antigua civilización catamarcana, escribe lo siguiente, que es interesante transcribir: "En Catamarca, dice, el terreno está sembrado de ruinas; por valles, laderas y montañas no se da un paso sin encontrar sepultada alguna hacha de piedra o de cobre, ídolos, alfarerías espléndidas, cimientos de ciudades arrasadas, murallas de altas fortalezas".

La tradición de los valles calchaquíes es interesante en más de un sentido. Esta, por ejemplo, nos habla de gigantes venidos al país, y yo no dudo que así haya sido: estos gigantes no pueden ser otros que los *patagones*, pueblo del que hay rastros de diseminación, aunque el naturalista a quien he citado manifiesta que no pudo obtener, en su viaje a los valles calchaquíes el 76, los jalones que ligaran a sus tribus con las patagónicas, y completaran el cuadro de la vida pasada.

Distintas familias sudamericanas parece que han poblado el país.

Es de sospecharse que tribus análogas en raza a las del Chaco hayan penetrado en épocas remotas a los valles catamarcanos, y acaso dos o más de estas tribus. La lengua *kakana*, sin duda, es de las del tipo de las del Chaco, familia *Abipona*.

La craneología, repito, acusa gran mezcla de tipos, y muchos de los cráneos que la tierra ha conservado hasta hoy, ostentan deformación artificial, *aimarítica* o *puquina*. Conviene hacer notar que la palabra *Catamarca* tenga traducción aymará: *Catan* es pequeño, y *marca*, es pueblo, como *Cajamarca* en Perú, *Machamarca*, pueblo de la cueva; *Andinamarca*, y otros.

Es indudable, de la misma manera, que se encuentran cráneos de tipos *araucánicos*. La inhumación de cadáveres en tinajas, de lo que también se han visto tantos casos en el país, es costumbre *guaranítica*, que aun dura.

Si pudiéramos penetrar el *kakano*, la cuestión se despejaría mucho. La palabra *Titaquin*, y otras más que se conocen, inducen a creer que se trata de una lengua *caríbico-abipona*.

La prueba concluyente de la diversidad de razas que han poblado nuestro Calchaquí, está, asimismo, en los nombres de los lugares, los que tienen, etimológicamente considerados, orígenes diversos, siendo un hecho evidente que responden a cua-

(1) Dr. Francisco P. Moreno, *Anales del Museo de La Plata*, 1892.

tro lenguas: araucana, quíchua, aimará y kakana, como tendré lugar de indicarlo en este libro, en repetidas ocasiones.

La verdad es que es muy grande el misterio étnico-lingüístico de Calchaquí, pues hasta me parece encontrar rastros de los viejos *Atumrunas*, por las soberbias construcciones de parentesco arqueológico con las del Perú y Bolivia.

Tales son los datos truncos y dispersos que he podido recoger, relativos a las razas que formaron ese pueblo híbrido, de elementos heterogéneos, que habitó los valles calchaquinos.

La verdad de estas afirmaciones, así como las futuras novedades científicas en esta materia, obra serán exclusivamente de la antropología y arqueología, aquélla dando vida al esqueleto de las huacas y ésta removiendo las ruinas del gran panteón histórico de nuestras montañas.

VII

Al estudiar la historia del Tucumán, y cuando necesidades imperiosas de la investigación histórica nos hacen penetrar en el laberinto de la lingüística de las viejas razas, instantáneamente llámanos la atención el hecho de darnos con marcados y visibles rastros *araucánicos*, los que, indudablemente, se parecen a una nueva revelación.

Nadie aún, que yo sepa, ha examinado con ojo atento e investigador esas pisadas araucánicas en esta tierra, tan virgen para la historia, como para la ciencia.

Nombres de lugares esparcidos aquí y allá, palabras del idioma usual de nuestros indios, y hasta tradiciones, al estilo de las de los quilmes de Santa María, cuya procedencia del otro lado de la Cordillera no puede ponerse en duda, dícnos claramente que algo o mucho ha tenido que hacer la cultura araucana en la formación del pueblo tucumano.

Si se comienza por la terminación o radical *ao*, de la lengua kakana, en los nombres de lugar, que como Tucumano abundan por decenas en nuestro país, y se concluye por muchas de las palabras usuales dámonos con bien marcados rastros araucánicos en el idioma nativo.

La región araucánica de Patagonia, en donde el ranquel es el araucano mismo, llena está de nombres de lugares terminados en el *ao* de los nuestros. Desde luego, en el mentado mapa de Cano y Olmedilla pueden verse inmediatamente nombres como *Terao*, *Quitao*, *Quinchao*, *Ahuitao*, *Aliao*, etc., tan abundantes como en nuestra geografía catamarcana, en la que contamos, por ejemplo, con *Anguinahao*, *Fiambalao*, *Animanao*, *Julanao*, *Pilciao*, etc.

Esta notable coincidencia no puede ser una mera casualidad; y razones poderosas, veladas para nosotros, ha de haber que expliquen el parentesco entre el kakano y el araucano, que para mí es indiscutible.

Idéntica cosa que con el *ao*, acontece con la radical *huill*, terminación de una buena cantidad de nombres de lugar. De *huill*, es conocida su procedencia araucánica, y significa "aglomeración, todo", y así, *huillpan*, por ejemplo, es *sarta*, aglomeración o acopio.

En la provincia de Catamarca, especialmente, hay varios nombres de lugar que indefectiblemente son araucánicos o están emparentados por consanguinidad con la lengua de allende la Cordillera. De estos nombres citaré algunos, que aun llevan dichos lugares, casi todos conocidos de nosotros, no distantes de la ciudad de Catamarca algunos de ellos.

Nombres araucánicos son, por ejemplo: *Coneta*, *Tipioli*, *Cigali*, *Ongoli*, *Polco* o *Motimu*. El nombre de *Coneta* descompónese fácilmente de este modo: *Con* y *etad*, indicando *con*, la idea de que "algo se pone". En *Tipioli*, la partícula *ioli* está emparentada con otra araucánica del mismo valor. En araucano *yeln* o *yuln* es "llevar a otro" y *yoli*, usado hasta hoy, es una *árgana* en que se acarrea cualquier cosa. *Cigali* u *Ongoli*, por su terminación en *li*, acusan un origen araucánico.

En el oeste de la Provincia de Catamarca encuéntrase el renombrado valle de *Conando*, que más de una vez figura en la epopeya calchaquí; y, sin duda, ya que no tiene traducción en la lengua general del Perú, es *Conantu*, que sería puramente araucano, descomponiéndose de este modo: *Con* y *antu*: *con*, signica "puesta" o "que se pone", como más antes lo dije, y *antu*, tan semejante a *inti*, cuzqueño, es "sol"; de modo que el nombre en cuestión equivaldría a "sol que se pone", o tal vez "valle de occidente", en un sentido más lato.

En La Rioja es notabilísimo el nombre *Arauco* (agua de la greda), cuya procedencia, a juicio de cualquiera, no puede ponerse en duda.

Con esto de nombres, que sólo en araucano tengan explicación, puede uno darse en otras provincias, y en Buenos Aires hay dos notables: los de Chivilcoy y Areco.

Nada digo de la Pampa, en donde casi todo es araucánico, inclusive los nombres de dos de sus últimos caciques: *Calucurá* y *Namuncurá*.

La palabra *Pucará*, nombre genérico de las fortalezas indígenas, y nombre de la famosa altiplanicie del Aconquija catamarcano, tampoco tiene traducción quichúa, mientras que en araucano la palabra puede descomponerse así: *Pu* y *cara* o *kara*; *pu* quiere decir "que suben y bajan", y *cara* se tra-

duce por "población", y al parecer también por "murallas".

Thipan es palabra eminentemente araucana, y significa "salir". El nombre de *Machigasta*, de los pueblos de La Rioja, es araucano; *machi*, significa "médico, adivino, brujo". En el límite con esta misma provincia, en el Pantano, hay una tribu indígena denominada *picon*, que a mi juicio es la *piconche*, familia araucánica.

Han sido araucanas muchas de las palabras del idioma que hablaron nuestros indios, de las cuales consérvanse hasta el día algunas en idioma vulgar, como *cuncuna*, *hualicho*, *upite*, etc. El estudio de la lengua nos lo prueba. Razón tenía el señor Juan M. Larsen, cuando en un prólogo al "Al Arte General de la lengua de los Indios de Chile", del P. Andrés Febrés, ha escrito: "En cuanto a la utilidad del araucano, o mejor dicho, su indispensable necesidad, no es menester decir que por él se explican también un sinnúmero de vocablos de uso común, como por ejemplo: *laucha*, *guasca*, *chicha*, *chiripá*, *choclo*, *chuchoca*, *chuño*, *chacra*, *chala*, etc., etc."

En el diccionario de *chilenismos* del señor Zorobabel Rodríguez, están apuntadas muchas de esas palabras, de uso común.

Podría citarse una buena cantidad de palabras araucanas usadas por los indios del Tucumán, algunas de las que persisten en el idioma vulgar, bastándonos para ejemplo éstas: *cumé* es "bueno", y tal vez de allí viene *cuma* "amiga"; *pichi* es "chico"; *michi* es "gato"; *pirka* es "muralla", etc. *Talca*, "liebre" en Tinogasta, sin duda que tiene parentesco con *Talcahuano*, de Chile. Lo mismo digo de *huaspana*, siendo *huc* "maíz" en araucano.

Todo esto, y mucho más, demuéstranos que los viejos idiomas nativos de Catamarca, principalmente el kakano, están emparentados con la lengua general de los indios de Chile.

Cuanto dejo apuntado, relativo a huellas de la cultura araucana en nuestro país, coincidencia, consanguinidad o afinidades de lengua a lengua, formas craneológicas, dícenos claramente, a mi juicio, que las razas tucumanas forzosamente han tenido contactos con la chilena; y, no es, entonces, hipotético pensar que algunos siglos antes de la conquista castellana los valerosos araucanos invadieran nuestro país, siendo éstos arrojados posteriormente por los naturales, tal cual aconteciera con los árabes de España, o por la irrupción calchaquí.

Esta conjetura histórica hácese más verosímil cuando se tiene en cuenta el odio de los tucumanos a los chilenos. Sabido es que cuando los *Quilmes* cruzaron la Cordillera, al pisar tierra tucumana, nuestros calchaquíes recibieronlos con las armas en la mano, y que recién después de reiteradas satisfac-

ciones, dieron éstos a los proscriptos hospedaje en sus tierras.

Hay otro hecho histórico consignado por los cronistas, y de mucha trascendencia para el asunto: cuando la expedición incásica, los tucumanos enseñaron al Inca los caminos que conducían a Chile, ponderándole sus riquezas, con el propósito deliberado de precipitar a sus capitanes a la conquista de ese país.

Este incidente histórico no prueba otra cosa que la pertinaz odiosidad de parte de los tucumanos a los indios de Chile, sus temidos vecinos, que causas políticas muy serias debieron haber fomentado y originado, tanto más cuanto que la inmensa Cordillera separaba un pueblo del otro, como una colosal barrera de olvido a las viejas querellas.

El gran fuerte de Huatungasta o la Troya, sin duda que está destinado a atajar el paso a los indios chilenos. De este fuerte hablaré con detenimiento en otro lugar.

Un otro hecho incontrovertible prueba que araucanos hubo en el país: la delatación que de ello hace la craneología, la que acusa haber esqueletos araucanos en el suelo de los calchaquíes.

La fundada opinión que acabo de emitir paréceme, en vista de los antecedentes que he apuntado, más aceptable que la que con este motivo emite el señor Lafone Quevedo, de que en un tiempo muy remoto existía una gran nación andina que hablaba un idioma que sería el tronco de todas estas lenguas, semejantes las unas a las otras, lo que implicaría una explícita negación de la supuesta invasión araucánica a nuestro país. Son éstas las palabras de este distinguido americanista "Aquí corresponde hacer una advertencia: el usar la palabra *Araucano* como calificativo de idioma, de ningún modo quiero decir que los indios de Chile, que nosotros conocemos bajo este nombre, hayan impuesto el todo o parte de su vocabulario a las naciones que hablaban la lengua de Cuzco u otra cualquiera de las que abundan en voces semejantes a las de aquella rama lingüística: lo que yo pretendo únicamente es que algún tiempo muy remoto, antes que naciera la tal Lengua General en la forma que a nosotros ha llegado, existió una gran nación, que por lo menos ocupaba toda la región andina de nuestra América y hablaba un idioma que fué el tronco del que el Cuzco, Kakan, Araucano de Chile y tantos otros dialectos eran ramas; por esto, y la proximidad geográfica se explica la comunidad de voces".

VIII

El idioma nativo, la lengua primitiva de nuestros indios, tanto del Oeste de la provincia de Catamarca, como de la región diaguita del Sud, Este y Centro, es el *Kaka* o *kakan*.

La lengua *cacana*, *serrana* o *montañesa*, es una misma cosa, pues que *cacá* significa "montaña".

De esta lengua, que parece tener su origen en las del Chaco, conservamos rarísimos antecedentes, pues casi era ignorada de los españoles, o más bien dicho de los misioneros, que son los que nos han dejado en sus crónicas luminosas casi todo cuanto sabemos de las viejas razas. Esto no obstante, el célebre Padre Techo nos ha transmitido algunas relaciones sobre el kaká, y entre los pocos que poseían la lengua hay que recordar al P. Bárcena, quien se asegura que predicó con acierto en kaká a los indios del Alto y Ancaste.

Es verdad que casi era imposible poseer esta lengua, por las dificultades naturales de la pronunciación de las palabras; y así Lozano dice de ella, con singular exactitud, "que sólo la percibe quien la mamó de leche", añadiendo que "es en extremo revesada, pues se forman sus voces en *solo el paladar*". Y, en efecto, según lo manifiestan todos, que el *kakan* es completamente gutural y áspero.

Infinidad de voces que hasta hoy persisten, indudablemente que han tenido un origen kakano, pues no se les encuentra significación en los otros vocabularios; por lo menos, lo repito, la lengua kakana es para nosotros lengua casi del todo desaparecida, y sólo tenemos certeza de que pertenecen a ella algunas pocas palabras.

En el idioma existen hasta hoy las siguientes palabras, por ejemplo, que muy probable es que casi todas ellas sean kakanas: Aloja, ancoche, amicho, aibe — *Cacuy*, cachufo, cata, caranche, cochucho, cachilo, chuña, coñatero, chamisa, chumingo, chumuco, chambao, chifle, chui, chano, chango, chunchula, churqui — *Higuana*, huairao, esturaque — *Lechico*, lampaso — *Mogote*, mocho, mato, moto, macal, fianca — *Patay*, pilcha, pingo, pita, pacará — *Quechupay*, quililo, quitilipe, sotreta — *Tuna*, tashy, totola, tuco — *Urqui*, ulpa, ura, yuchán, y muchas otras que podría citar.

Hasta hoy existen en nuestra provincia otros rastros indelebles del idioma nativo. Parece que el *gasta*, terminación tonocote de los nombres de lugar, que significa pueblo, era también palabra kakana. El *ahaho*, pueblo, como el *gasta*, es palabra de esta lengua, siendo *ao* corrupción de *ahaho*, a estar a las referencias de Lozano.

Nombres de pueblos con terminaciones kakanas tenemos muchos, como Tucumanao, Colalao, Pichijao, Sumalao Pilciao, Julamao, Culamao, etc.

Respecto al *gasta* hay que advertir que los diaguitas, la tribu más kakana, conserva nombres de lugares con esa terminación, lo que corroboraría lo que acabo de decir respecto a su origen kakano.

Se cree que *Coneta*, lugar distante tres leguas de Catamarca, haya sido de la metrópoli cacana, y que *Ongoli*, muy cerca, perteneciera a esa misma familia.

A propósito de que muchos de estos nombres de lugar sean cacanos, y no lleven el nombre de los caciques o jefes de los mismos, debe observarse que como el kaká desapareció con el quichúa, que propagaron los Incas, y era éste el idioma del tiempo de la conquista, quichúa debían ser los nombres de sus caciques, pues que los lugares tendrían ya centenares de años de existencia y generalmente los indios gustaban conservar los nombres clásicos, cosa que nosotros, con culpable impresión, desdeñamos.

El kaká tiene muchos puntos de contacto, y aún de parentesco, con el quichúa y araucano, lenguas que parecen derivar, según Lafone, de algún otro idioma madre, muy anterior a ellas. En Catamarca el kaká se inclinaba mucho al araucano, y se le consideraba con tanta semejanza al quichúa, que no ha faltado quien pensara que no era sino un dialecto de la lengua general.

Según el P. Lozano (1), "a tres naciones de Indios penetró (la Compañía) en esta ocasión: a los Tonocotés, a los Diaguitas, *que ambos hablan la lengua Kaká...*" Asimismo los Lules, a los que Lafone califica de *alárabes* de muchas nacionalidades (2), hablaban Tonocoté, *Cacan* y Quichúa, y de ahí, sin duda, viene la confusión hecha entre *Kaka* y Lule.

Lafone, en el trabajo precitado, ocupándose de investigaciones cacanas, nos trae varias palabras de esta lengua desaparecida. Comienza con el *ao* o *ahaho* de Lozano, y sigue con el *gasta*, que según éste es Tonocote. Son asimismo, al parecer, cacanas muchas otras palabras, como *caylle* (ídolo de cobre), *cocavi* (oca secada al Sol), *aquín* (raíz que se encuentra en *Titaquín*, *Aquiringasta*, *Aquinchay*, etc.), *Enjasimajo* (papeles de la familia González, que dicen querer decir: *Cabeza mala*), *ango vel*, *anco* (terminación de nombre de lugar), *panaco* (vul-

(1) *Hist. de la Compañía*. Tom. I. pág. 85. El P. Techo, en igual sentido, *Hist. Paraguaya*, Lib. II, Cap. XX, quien dice que el P. Viaña evangelizó a los Lules valiéndose del Quichúa y Tonocoté y con los que sólo entendían la kakana, se valió de intérpretes, prueba de que los Lules hablaban kakana.

(2) Lafone, *Tesoro de Catamarqueñismos*, Bs. Aires, 1895.

va de la mujer: en Poman hay un *Pipanaco* y un *Pisapanaco*), *jasi* (tosca), *patay* (pan de algarroba) y varios otros nombres apelativos y de lugar.

De la lengua *araucana* ya he dado todas las noticias que hace a mi propósito, al referirme a la posibilidad de una irrupción araucánica al país.

El araucano, añadiré, está emparentado con el quichúa, así como el kakán, y algunos son de opinión que el primero de estos idiomas no es sino el antiguo quichúa mezclado con alguna otra lengua, dada la similitud entre uno y otro. A más de eso, juntos han existido el quichúa y el araucano, muy especialmente en el país de los diaguitas catamarqueños.

Todos los nombres terminados en *ancu* o *ancun*, son araucanos.

Se asegura que el nombre de *Coneta* es araucano de pura sangre: *Con* es "puesta" (de Sol, por ejemplo), *etad*, "mojinete"; de manera que la palabra se escribirá *Conetad*, y "acaso algún mojinete destruido o imperfecto, o algún adorno colocado por la primera vez, pudo ser causa por que este nombre se diese al lugar".

El *ao*, es asimismo, araucano, y se le halla con frecuencia en las regiones fronterizas de Arauco.

"Esta semejanza, dice Lafone Quevedo, en los nombres de lugares me llamó mucho la atención y me hizo acudir al diccionario Araucano con el objeto de ver si en esos vocabularios hallaba alguna explicación satisfactoria de muchos de los nombres catamarqueños, que se resisten a la traducción por la lengua del Cuzco.

"Quiso la casualidad que al abrir el libro diese con la palabra *cuncuna*, que significa gusano, y es muy usada en Tinogasta para expresar el insecto que apesta las alfalfas: en vano la había buscado en los diccionarios quichúas. La palabra que yo necesitaba era *Conando*, nombre que fué del valle en que refundó la ciudad de Londres después que Castañeda la retiró de Quinmivil; por suerte mía hallé y con una interpretación muy completa que casi determina con fijeza la ubicación de este valle. *Conantu* en la lengua del Sud significa *al ponerse el Sol...*" (1).

Hay, asimismo, comunidad de origen en la famosa radical *huill*, de tantísimos nombres de lugar en la Provincia.

(1) Lafone, *Londres y Catamarca*.

IX

Nos falta dar una ligera idea del idioma *tonocoté* o *lule*, que no parece ser uno mismo (1).

Aunque los lules son oriundos del gran Chaco, no por eso han dejado de influir en las lenguas catamarcanas, pues que pueblos lules habitaban una porción de territorio al este de la Provincia, y, sobre todo, cerca de San Miguel de Tucumán. Eran fronterizos de *Talavera de Madrid* o *Esteco*.

Hay, por otra parte, que recordar las dos invasiones lules en el siglo pasado. El célebre Paramas refiere que en 1735 los lules invaden las fronteras de Salta, en número de mil quinientos, y matan, a tres leguas de la Capital de la Provincia, a cuatrocientos colonos. Posteriormente, en 1740, vencen a los españoles, que tenían más soldados que ellos, arriándose mil caballos, como fruto del botín. Recién en 1752 el Padre Pedro Juan Andreu los trasladó por su propia voluntad a su vieja residencia de Miraflores.

Es de advertir que el P. Andreu era muy considerado de los lules; conocía su idioma, pues que en 1737 predicábales en su propia lengua.

El famoso Padre Antonio Machoni, autor del "Día Virgineo o Sábado Mariano", y rector mucho tiempo del Colegio Máximo de Córdoba, poseía, asimismo, con perfección este idioma, que aprendiera en 1711 en las misiones lules, entre cuyos indios permaneció el largo espacio de nueve años.

Machoni nos ha hecho el bien de dejarnos su "Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocoté", impreso en 1732.

Nuestro célebre P. Alonso Bárcena, mucho antes que Machoni, en 1589, predicó el Evangelio a los lules, acompañado de los jesuitas Hernando Monroy y Juan Viana. El P. Bárcena también nos ha dejado una "Gramática y vocabulario en lengua Tonocoté".

Ya que hablo de misiones, es oportuno recordar que el siempre venerable y piadoso San Francisco Solano predicó también a estos indios del Río Grande del Chaco, hoy Bermejo.

El lule es de los idiomas más pobres y de más difícil pronunciación.

Faltan a esta lengua infinidad de palabras en su vocabulario, y en su alfabeto son totalmente desconocidas las letras

(1) El señor Matías Calandrelli, en su artículo "Filología Americana Lule y Tonocoté", publicado en *La Biblioteca* (Año I, Oct. 1896 n.o 5, pág. 261), confunde ambas lenguas. Después, comete el error de creer que el Luis de Machoni es el Lule de Tucumán, aparte de otras cosas.

b, d, f, g, r. Sin embargo, tiene todas las partes de la oración; sus verbos son invariables en la conjugación, y su raíz es generalmente una *ç*. Como el quíchua, tiene algunos adverbios en calidad de partículas de ornato. Carece absolutamente de nombres abstractos. Son las interjecciones como vocablos mudos, y solo señal e índice de los afectos del alma.

Ludwig ha encontrado parentesco entre el lule y el *bilela*.

El lule es notable por sus onomatopeyas. Voy a citar algunas: *to aquelp*, agua hirviendo; *suucleuc*, ahogarse; *niewyy*, arrullar; *ucucup*, aullar; *cocó*, buho; *istactasc*, dar palmadas; *tatasc*, dar bofetadas; *taclupupç*, batir huevos; *tacatacaa*, golpear; *pulump*, gordo; *zololóc*, gotera; *yheump*, hueco; *zalá quiquips*, lechuza; *tactóc*, quebrar nueces; *ucc*, beber, etc.

De las palabras lules, aún usadas en nuestro idioma, como si fuesen castellanas, no recuerdo por el momento sino *yapaa*, añadidura, y *sancu* o *sanco*, comida de salvado de maíz. La palabra *poroto* o *poloto*, también es lule, por más que la tengan por española de raza.

Todos los numerosos *gasta* de nuestros pueblos son lules.

Groussac piensa, ligera y erróneamente en sus apuntes históricos, que la lengua del antiguo Tucumán era el quíchua, basado en gramática lule.

Hasta aquí el P. Machoni y los que le siguen, que no hay que hacer nada con este lule en el Tucumán. Sea esto dicho para salvar mi opinión al respecto, lo mismo que si *lule* o *tonoceté* son una misma lengua.

En esta materia, son dos los puntos a considerar: si los Lules del P. Machoni, son los mismos Lules del P. Techo y otros, y si Lule y Tonocoté son una misma lengua.

Ambos puntos han sido dilucidados por el señor Lafone Quevedo, en su monografía "Los Lules" (1), a la que, repito, sigo en estas líneas, haciendo solamente las transcripciones más indispensables, para no adulterar el texto.

Que Machoni carecía de todo dato que pudiese encaminarlo a una acertada identificación del Lule y Tonocoté de Bárcena, y de los otros misioneros, prueba lo que dice el P. Machoni al N.º V: "El Arte y vocabulario del idioma de estos indios, que ha más de cien años compuso el R. P. Alonso de Bárcena, cuando evangelizó a los Tonocotés y Lules; el cual arte por no haberse impreso, no ha quedado más que la

(1) *Boletín Inst. Geog. Argentino*, Tm. X, págs. 185 y sigtes.

noticia que de él se dá en la vida de este Misionero, Apostólico, etc., etc.”.

El abate Hervas, en su “Catálogo de las Lenguas”, ha desbaratado lo de Machoni.

“Veamos ahora, dice Hervas, si las cuatro tribus Lules, antes nombradas (Lules, Insistinés, Toquistinés y Oristinés) descienden de los Lules convertidos, y si tenían origen común con los Tonocotés, etc.

“Las palabras *Toconot* y *Tonocoté* no tienen significación alguna en el idioma *Lule*; según el parecer de los Misioneros de la nación *Lule*, los cuales me han dicho no haber oído jamás de ésta, ni de los *Matarás* (que son los verdaderos *Tonocotés*) que estas naciones sean parientas suyas; y los indios llaman *parientes* a todas las naciones que hablan su idioma de ellos. Tampoco se puede saber si la lengua *Cacana* de los *Lules* antiguos es la que hablan actualmente los Lules, porque éstos, como antes dije, no descienden probablemente de los Lules convertidos antiguamente como afirma Machoni. Los Lules modernos se dan el nombre de *Pelé*, que significa hombre, y la palabra *Lule* nada significa en su lengua. Ultimamente en las historias de los Jesuítas, en las que se tratará de la conversión de los *Lules* antiguos no se hace mención de las tribus *Insistiné*, *Toquistiné* y *Oristiné* antes nombradas”.

Hervas es de los padres que estuvieron como misioneros entre los Lules.

El abate Jolis es tan acerbo en su crítica de la etnología de Machoni como lo es Hervas. Jolis hacía una obra descriptiva, Hervas filológica, y la de Machoni era para la predicación a los indios que él confunde, y llama erróneamente Lules. De aquí que tenga más autoridad la palabra de los primeros.

Para Lozano, estos Lules hablaban *Cacan*, y no el de Machoni; para Techo los Lules hablaban *Quíchua*, *Tonocoté* y *Cacan*.

La voz *lule* solo puede corresponder al *Mataco*, o dialecto afín. La partícula *le* es conocida en el *Chaco*, muy especialmente entre las lenguas del tipo *Mocoví* y *Mataco*. En estas lenguas, *le* o *lek* corresponde a nuestras terminaciones *ero*, *eño*, etc.

Pelleschi, en sus “Ocho Meses en el Chaco”, dice refiriéndose a las frases recogidas, que “donde quiera que se hace referencia a la persona que habla, el vocablo comienza con *nu*; cuando a quien se habla, comienza con *a*, y la tercera persona con *lu* o con *lo*”.

Es este el *lu* que precede al *le* en el nombre *Lule*. *Iu*, dice lo que nuestros *los*, y la voz entera equivale a “los hijos del lugar”, o sea los indígenas. *Lule*, pues, sería un nombre

que el matakó aplicaría indistintamente a toda tribu que hallase en los países de sus inmigraciones, siendo muy posible que los españoles hubiesen sabido ese nombre de los Mataráes.

“Pues, bien, las tribus matakas eran y son las más numerosas de todas en los Chacos, y las que más en contacto han estado con el Español, — desde luego por conducto de ellos es que mucho se sabe de otros Indios. Supongamos ahora que al entrar en relaciones con los tales Indios Lules, cuya lengua mal pudieron conocer esos Españoles, fuese un Matakó el lenguaraz. ¿Qué cosa más natural que la contestación — *Lule* — a una pregunta de ¿Qué indios son estos? “Lules”, — Indígenas — contestaría el preguntado, y al punto los convertirían en los Lules de la historia; con más razón Machoni, mejor impuesto como estaba, los aceptaría como de la misma nación que evangelizara el apostólico Bárcena en el siglo anterior”.

“Esta hipótesis libra al P. Machoni de todo cargo de mistificación voluntaria, porque explica cómo él y los Misioneros anteriores pudieron oír y dar el nombre de Lules a dos familias de Naciones muy distintas: ambas eran *Lules* o Indígenas del lugar para los indios que así los apellidaban. Los *Lules* de Machoni entre sí decían *Pelé* — hombres”.

Estos Lules de Machoni, pues, representarían un resto de las tribus, que Matakos y Tobas hallaron, cuando tuvo lugar su inmigración al Chaco.

Respecto al Tonocoté, que no es tampoco sinónimo de Lule, una gran región del Tucumán y sus Chacos lo hablaban y entendían, entre otros, por indios Mataráes y Mataguayos, lengua de la cual no parece haber quedado sino el *gasta* — pueblo.

Como los padres no hablan de la lengua de los Matakos, que por aquí merodeaban, parece deducirse que la lengua Tonocoté sea dialecto Matakó.

X

Réstame, por fin, hablar del *keshua* o *quichua*, al que voy a dedicar algunas páginas, por ser el idioma de gran parte del Tucumán en tiempo de la conquista castellana, con tanta más razón cuanto que es la más perfecta e importante de las lenguas que haya hablado la América.

El quichua, como se sabe muy bien, no es la lengua nativa de Calchaquí, pues fué el idioma del país recién cuando las huestes cuzqueñas penetraron triunfantes a estas regiones (1).

(1) En cuanto a' quichua de Santiago y de otros lugares, no tengo duda alguna que los misioneros lo importaron, para instruir a los indios en la fe católica. Por eso, gran parte del quichua del Tucumán es emigrado después de la conquista; y sin duda que más fué el quichua que los jesuitas importaron, que el que hablaban estos indios.

Oriundos del Cuzco, los Incas desparramaron la lengua en los países conquistados, a quienes se obligaba a olvidar para siempre su idioma, de buen o mal grado. Con este propósito los Incas acostumbraban llevarse al Cuzco a los caciques y principales de la corte del país conquistado, a los mismos que no se permitía regresar hasta que poseyesen bien el cuzqueño, que luego debiera desparramarse en su pueblo. Aparte de eso, la enseñanza era obligatoria, y así dice el viejo cronista Cieza de León: "Aún la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre, cuando le comenzase a mostrar la lengua que había de saber; aunque el principio fué dificultoso y muchos se pusieron en no querer aprender más lenguas que las suyas propias, los reyes pusieron tanto que salieron con su intención, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandato, y tan deveras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se sabía y usaba una lengua en más de mil y doscientas leguas".

Estas mil doscientas a que alude el cronista Cieza de León, son los dominios incásicos, en los cuales tenían los Incas como doce millones de vasallos. Por el Sur, Topa Inca Yupanqui, cruzando el Atacama, señaló sus dominios hasta el Maule. Por el Norte, su hijo Huayna Capac, padre de Atahualpa, llevó sus conquistas hasta más allá del Ecuador, y agregó el reino de Quito al imperio, ciñendo en la capital extranjera el *llautu*. La madre de Atahualpa era hija del último *Scyri* de Quito.

Se ha indagado mucho sobre los orígenes del quíchua, creyéndose hijo de una lengua madre primitiva, que quizá sería asiática, y tal vez pelassa, como asevera el doctor López.

Si el quíchua es dialecto de alguna lengua madre, parece seguro que ese dialecto nació con la civilización incásica, y que el Cuzco fué su cuna. Es por esto, sin duda, que el idioma de los peruanos denominábase *cuzqueño*.

Sin embargo, escritores serios aseveran que el quíchua llegó a hablarse en países desconocidos para los Incas. Velasco, por ejemplo, refiere que al llegar los Incas a Quito con sus legiones conquistadoras, sorprendiéronse al oír que allí se hablaba su lengua quíchua.

Por lo demás, el quíchua parece emparentado o tener muchas afinidades con el kakán y araucano. Con el *aimará* parece hermano.

Pasando ahora a los caracteres especiales de la lengua, el quíchua, como los idiomas orientales, es adversario a toda variación o forma gramatical que pueda tener excepciones, de tal modo que esta es generalmente fija. Es de una regularidad inalterable.

Los elementos que llegan a faltarle son suplidos por las partículas "de ornato", y las "interpuestas al verbo", que

llegan hasta cambiar la significación de las palabras, como luego veremos.

La lengua tiene repulsión por todas las letras y sílabas de sonido indeciso: un quíchua no pronuncia jamás *ce*, *ci*, sino *ke*, *ki*, siendo bien determinado el valor fónico de la *k*. No tiene sino una sola declinación y conjugación. La construcción de las oraciones es singular.

El quíchua, para decirlo todo de una vez, forma entre esa numerosa clasificación filológica de lenguas que se denominan *turánicas*.

Carece de nombres abstractos, o, más bien dicho, no existen por sí mismos. Estos se componen del concreto y el infinitivo *ser*, hecho lo cual las partículas posesivas *mi*, *tú*, etc., califican el nombre. Así, para expresar las ideas de "blancura" y "bondad", se diría: *Yurac caniy*: "mi blancura"; *alli cay niyqui*: "tu bondad".

Sin embargo, hay palabras que parecen tener carácter de abstractas. *Pachacamac* es ejemplo notable de ello. Según Garcilaso significa "que da ánima al mundo universo", pues que *Pacha* es "mundo universo", y *camac* participio presente del verbo *cama* que es "ánima" (1).

Curioso es observar que en esta lengua, que tiene tanto de gutural, la mayor o menor expresión en la manera de pronunciar las letras o sílabas, hace variar completamente el significado de las palabras. Para demostrarlo con claridad, me valdré de un ejemplo del Padre Jesuíta Juan de Figueredo: "Hay muchísimos vocablos, dice, que significan cosas muy diversas por sola la diferente guturación con que se pronuncian, como este nombre *ttanta*, que si se le pronuncia hiriendo con fuerza la lengua en los dientes, significa el *Pan*, si se le pronuncia con alguna aspiración después de la primera T, tocando blandamente los dientes *thanta*, significa andrajo o andrajoso; pronunciada sensiblemente como en Castellano *tanta*, significa junta o congregación. Y de aquí *tantani* es juntar o recoger. Asimismo este vocablo *Cara* tiene tres significaciones, según la guturación blanda en lo último de la garganta, *Kara* significa el Cuero o la Piel, guturando, con alguna más fuerza en lo más exterior de la garganta, *Ccara* significa pelada, calva: y de aquí: *Cccaravina* significa hombre calvo. Guturando en lo hondo del paladar con mucha fuerza: *Kcara* significa escozor, y de aquí *Kccarammi*, escuerzo. Este nombre *Pacha*, si se pronuncia rompiendo los labios al aire con fuerza, *Ppacha*, significa ropa o vestido, pero si se le pronuncia sencillamente *Pacha*, el lugar".

(1) *Comentarios Reales*, I.

Por lo demás, luego, al hacer un estudio de la guturación propia del idioma, daré una idea más cabal de la lengua; y desde ya puedo anticipar que este idioma nativo, por su estructura artística, sus combinaciones gramaticales, su melodía, sencillez y claridad, es la más perfecta y pura de todas las lenguas americanas. Armonioso y suave, el quíchua derrama en el acento melancólico de la *quena*, toda la poesía, todo el sentimentalismo del alma que cree, ama o espera. ¡Cuán blandos y entusiastas no eran, según el testimonio de los cronistas, esos himnos de *hailli* o de triunfo, que los españoles mismos entonaban en sus noches de insomnio, y que escuchaban los pobres indios en las vísperas del suplicio, estrellándose en su oído los viejos y dulces cantares de la patria como la maldición a la raza!

Refiriéndose al hermoso idioma quíchua, tal vez con cargado entusiasmo, un distinguido quichuista contemporáneo, escribía poco ha: “es una lengua de la cual pocos filólogos se han preocupado hasta ahora, creyéndola quizá algún resto de barbarismo, siendo ella la lengua más perfecta, la más armoniosa, la más elegante de cuantas se conocen. En ella no hay irregularidad alguna, ninguna anomalía; ella es muy clara y sencilla, grandemente expresiva, dulce, sentimental y melodiosa, cuya prosa si se habla con propiedad, es una poesía continuada y se presta con facilidad para cualquier composición, ya se tenga presente el pie, ya la rima; todas sus partículas son significativas sin que tenga cosa que se oculte a la inteligencia: en fin, es una lengua propia que se maneja por sí misma sin mendigar palabras o frases, como hacen otras; que si el uso o trato continuo ha introducido ya varios términos españoles, no es porque ella carezca de modo para expresar dichas palabras, sino que al contrario, sabe acomodarlas a su propio estilo con tanta precisión, como si fuesen suyas!”

Tratando el señor Agustín Matienzo del origen del quíchua y aimará, escribe lo siguiente al respecto (1):

“No se ha hallado en América el tronco del cual proceden esos idiomas *ingásicos*. Ellos son inmensamente superiores a todos los que se hablaban en América en el tiempo de la conquista por España, incluso el *guaraní* y los de Méjico, con los cuales no tienen analogía alguna, ni en su vocabulario, ni en su gramática.

“Es lógico inferir que ese tronco común no ha existido en América. Hay que escudriñar'o en otra parte. Forzoso es buscarlo en Asia, o en Africa. Si se examinasen los restos de

(1) *Estu. Filológ. de los idiomas de los antiguos Ingas, etc.*, Buenos Aires, 1895' Cap. II' págs. 16 y 17.

los idiomas antiguos de Europa, lo que sería autorizado por la opinión de escritores que sostienen que hubo inmigraciones remotas del Norte de Europa a América, no se haría más que buscar un intermediario; porque está demostrado que los idiomas europeos tienen su principal origen en Asia.

“Es imposible que los idiomas ingásicos sean originarios de América. Idiomas tan desarrollados, cuya evolución ha llegado al estado en que estuvo el hablado por los Vedas, necesitan muchos miles de años para su formación. Todo filólogo sabe eso.

“Mas si un pueblo ha ocupado un país por muchos miles de años, ha debido crecer en relación a su antigüedad, y ha tenido que subir gradualmente en su mismo territorio por todas las escalas de su civilización alcanzada. El imperio de los Ingas, aunque tuviese algunos millones de habitantes, que tal vez jamás llegaran a diez millones, no poseía población compacta en tal cantidad como habría sido necesario que tenga, si ella hubiese habitado el territorio desde tiempos prehistóricos, durante los cuales se hubieran formado sus idiomas.

“La existencia de las ruinas, de sus monumentos, como los de Tiaguanaco a orillas del Titicaca, prueba una época muy avanzada en el progreso. Sin embargo, en la antiplanicie de los Andes, en la que se hallan esas ruinas, no hay vestigios de que la arquitectura que ha servido para construir esos monumentos al estilo egipcio, se haya formado por gradación, como sucede en todos los conocimientos humanos. El hombre no inventa una civilización. Esta es una herencia acumulada, de los esfuerzos de las generaciones pasadas. Nada hay perdido en trabajo humano; el hombre muere, individualmente, pero su heredera, la humanidad, subsiste. Los Ingas heredaron, de consiguiente, su idioma y su civilización. ¿De quiénes?...”

Al hacer una rápida reseña de las particularidades de la lengua quíchua, se debe comenzar por el alfabeto, respecto del cual debemos observar que su traducción a los caracteres castellanos no es del todo exacta, pues muchas veces nuestras letras no son equivalentes a los sonidos propios y guturación especial del quíchua.

Es también de advertir que en la lengua cuzqueña no existen las letras *B, D, F, G* (1), *J, L, X*; y que aunque los cronistas escriban palabras quíchuas como *Inga, Cochabamba,*

(1) Sin embargo, hay una especie de *G*, como la *gain*, árabe.

Matienco (Op. y lug. cit., pág. 23) dice que debe escribirse *Inga*, en lugar de *Inca*: “El lector habrá notado, que yo no escribo *Inca* sino *Inga*. La razón es, que en ese apelativo de los antiguos reyes del Perú la última sílaba no es *ka*, sino *ga*; dando a la *g* el sonido gutural y duro de la *gain* árabe, que se aproxima a la *r* gutural de algunas provincias de Francia. Los primeros histo-

Lanafca, Xauza, y entre nosotros se habla de Chumbicha, Gualfin, etc., todo esto, por las letras introducidas, es quíchua falseado o corronpido al adaptarse a nuestra lengua, debiendo la *b* pronunciarse y escribirse *p*, así como *h* la *g*, en los ejemplos propuestos, advirtiéndose respecto de la *h* que en quíchua tiene una ligera aspiración. Respecto a la *L*, hágola figurar entre las letras que no existen, por cuanto su pronunciación o valor eufónico es siempre *Ll*, doble. Sin embargo, encuentro en el famoso quichuista, el jesuíta Diego de Torres Rubio, en su "Vocabulario" de 1610, que la *l* muy especialmente no tiene sonido doble, como en *ppalta, lampa, laricaxa*.

Hay, por otra parte, que añadir que como a veces la pronunciación de las letras es diversa, variando el significado de la palabra, pues ora aquella se hace en la garganta, ora pegando la lengua en el paladar, o apretando los dientes, en el alfabeto latino correspondiente al quíchua, convencionalmente los diferentes sonidos de una misma letra, se traducen añadiéndole una otra, del mismo o distinto valor eufónico. Así se explica cómo en muchas ocasiones las letras *a, c, ch, h, ll, p, t*, etc., se escriban en esta forma: *Aa, Cc, Ch^{ch}, Chh^{chh}, K^h, Kh^{kh}, Ljk^k, Ll^l, Pp, Pp^{pp}, Tt, Thth*, etc.

Cuando se dice *Capac*, por ejemplo, la *Cc* se hace en lo último de la garganta; *C-comer* en la más exterior, al principio del paladar; *Chhasca*, hiriendo con la lengua el comienzo del paladar, cerca de los dientes.

Respecto a la guturación hay que añadir que las sílabas más empleadas en ella son: *ca, co, cu, que, qui, cha, che, chi, cho, chu, ta, te, ti, to, tu, pa, pe, pi, po, pu*.

Hechas estas ligeras advertencias, he aquí el valor que comúnmente tienen las letras del abecedario quíchua:

A: es siempre abierta, y su sonido corresponde filológicamente al *fa* natural; *C*: un poco más fuerte que en castellano; *D*: esta letra propiamente no existe, pues se pronuncia como el *th* anglo-sajón; *E*: es la *i* semivocal; *H*: como la *j*, con más suavidad; *I*: siempre fuerte como la *y*; *K*: se emplea como la *c*, y se escribe *kc* cuando la palabra se pronuncia formando la guturación en lo más interior de la garganta; *Ll*: como en castellano, si comienza con ella la palabra; *M*: con pronunciación latina; *N*: como en castellano; *Ñ*: como en nuestro idioma; *O*: generalmente como *u*; *P*: como en castellano; *Q*: su

riadores españoles que estuvieron en la conquista del Perú han escrito *Inya*. Sólo posteriormente, por no existir en el castellano, ni en italiano, la *gajn árabe*, y como éste es un sonido entre *k* y *g*, se ha tomado la práctica de desterrar la *g* del alfabeto de los idiomas *ingásticos*. Los quichuas y aimaras no confunden jamás la *g* dura con la *k*. Hay tanta diferencia en esas consonantes, que su empleo forma vocablos distintos: por ejemplo, *gaga*, roca, peñasco, no se puede confundir con *kaka*, sucio, repugnante".

pronunciación es muy variable, pues a veces suena sobre el glotis o exófago; R: siempre suave, como en italiano, y en ningún caso como *rr*; S: tan suave como la *z*; T: su sonido varía con la guturación, y por eso se escribe a veces *Tt*; U: como en español; Y: con sonido fuerte, aunque a veces se confunde con la *e*; Z: con mucha suavidad, y comúnmente como *chh*.

La manera cómo suenan las letras que acabo de indicar, no es siempre constante, como lo dejé manifestado, pues hay casos excepcionales en que la guturación cambia el va or eufónico de aquellas, el que varía también según que la letra sea inicial, se halle en medio, al lado de vocales, o al fin de las palabras. Otras veces una misma letra, como la *Q*, se pronuncia glótica o epiglótica, "parecido al *qaqarreo* de la galina o del gallo cuando hace su punto cromático en el gáznate al terminar su canto".

Respecto a la pronunciación de las sílabas, dice Garcilaso: "La primera sea que (el quíchua) tiene tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como la pronuncia la lengua española, en las cuales pronunciaciões consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo: que unas sílabas se pronuncian en los labios, otras en el paladar, otras en el interior de la garganta".

A estos motivos para explicar la dificultad de traducir exactamente los sonidos quíchuas, hay que tener en cuenta lo que con tanta verdad dice D. Vicente Fidel López, de que "la equivalencia de los signos usados por los quíchuas, respecto de los nuestros, son sonidos que cada pueblo representa con la equivalencia de sus peculiaridades ortográficas. La organización fónica de las palabras indias, añade, muchas veces no es bien traducida a los signos y sonidos castellanos, por las grandes diferencias de la pronunciación".

El quíchua (1), como nuestro idioma, tiene todas las partes de la oración. En aquel, como en los idiomas primitivos, los sustantivos y pronombres son neutros.

Para el nombre no hay más que una sola declinación;

(1) *Keshua*, escribe el Dr. Vicente Fidel López, y Matienzo (Op. cit. Cap. V., pág. 51) dice al respecto: "El apelativo *quíchua* que se ha dado a uno de los idiomas *ingáuticos*, es la transcripción castellana de *keshua*. Como la primera consonante *kh* no es exactamente el sonido de la *f* española sino que es una gutural aspirada hecha en las fauces, esto es la aspiración de la *g* dura, que se aproxima a la *k*, los conquistadores españoles han pronunciado solamente *k* dura en vez de *gáin* hebrea y árabe cuyo sonido no hay en el idioma español. El sonido de *sh* que es igual al del inglés, tampoco existe en el castellano, y es por eso que los conquistadores lo han pronunciado como si fuera la *ch* paludial española. A causa de la falta de esas consonantes en la fonética española, se escribió y pronunció *quíchua*, en vez de *keshua*. El vocablo *keshua*, significa idioma y toma análogos significados también *lengua* en el sánscrito y en el zendá. Según la transcripción que hace Bopp, el sánscrito *gihva* corresponde al zendá *hisra*, lengua".

carece de género, y para distinguir la hembra del masculino, se anteponen al sustantivo las palabras *orko* (macho) y *china* (hembra). Se quiere, por ejemplo, hablar del macho o la hembra de la *visckacha*, el *Ccuchi* o la *alpaca*: entonces se dice en quíchua *orko-visckacha* o *china-visckacha*, *orko-ccuchi* o *china-ccuchi*, *orko-allpaca* o *china-allpaca*. Para hacer el plural, se añade a los nombres la partícula *cuna* (*los, las*). En la declinación del nombre los casos no se conocen por las terminaciones, como en el latín, sino por la proposición hecha al nombre de las partículas: *p, pac, pa, cta, ta, man, y, pi, huan*, debiéndose en la aplicación de alguna de estas partículas distinguir si el nombre a que van puestas termina en vocal o consonante.

He aquí la forma de la declinación, que en singular carece de nominativo:

Singular	Plural
.	<i>cuna</i>
<i>p o pa</i>	<i>cunap</i>
<i>man</i>	<i>cunaman</i>
<i>eta</i>	<i>cunacta</i>
<i>ah!</i>	<i>ah!</i>
<i>manta</i>	<i>cunamanta</i>

Tomamos, como ejemplo, la muy conocida palabra quíchua *coya*, y de acuerdo con las terminaciones anteriores, la declinamos en todos sus casos:

	Singular	Plural
Nom.	<i>Coya</i>	<i>Coyacuna</i>
Gen.	<i>Coyap</i>	<i>Coyacunap</i>
Dat.	<i>Coyaman</i>	<i>Coyacunaman</i>
Acus.	<i>Coyacta</i>	<i>Coyacunacta</i>
Vocat.	<i>Ah! Coya</i>	<i>Ah! Coyacuna</i>
Ablat.	<i>Coyamanta</i>	<i>Coyacunamanta</i>

En los nombres sustantivos son muy usados los diptongos *au, ao, ay, ya, uay, etc.*

El *adjetivo* carece de género, número y caso, y se antepone al sustantivo, como si quisiéramos decir: mujer (*huarmi*) hermosa (*sumac*): *sumac-huarmi*.

Por lo demás, es rarísimo encontrar en quíchua un nombre monosílabo, y el acento prosódico siempre va cargado en la penúltima sílaba. De aquí lo poético del lenguaje quíchua.

He aquí como se escriben los nombres *numerales*:

<i>Huc</i> (o <i>shuc</i>)	1	<i>Zocta</i> (<i>Socta</i>)	6
<i>Iscay</i>	2	<i>Chanchis</i>	7
<i>Kinza</i> (<i>Quinza</i>)	3	<i>Puzac</i> (o <i>Pusac</i>)	8
<i>Tawa</i> (o <i>Tahua</i>)	4	<i>Iscon</i> (<i>Iscon</i>)	9
<i>Pichecca</i> (o <i>Pischa</i>)	5	<i>Chunca</i>	10

Los pronombres *posesivos*, mío, tuyo, nuestro y vuestro, no se declinan, sino que se forman con la adición de ciertas partículas especiales, que para los pronombres citados son: *y*, *yquí*, *n*, *nchic*, *yquichic*. Así, por ejemplo, si queremos decir "mi alpaca", "tu alpaca", escribiremos: *alppacay*, *alppacayqui*, etc., del sustantivo *alpacay* (carnero de la tierra). Las partículas citadas, cuando van a unirse a un nombre terminado en consonante, se cambian en: *níy*, *níyqui*, *nín*, *nínchi*, *níyquichic*. Si queremos decir: "mi cáñamo", "tu cáñamo", añadiremos al sustantivo *Chhahuar* (cáñamo) estas partículas, escribiendo: *Chhahuarníy*, *chhahuarníyqui*. El pronombre varía aún en dos ocasiones más si el nombre fuera participio de presente o si se hace uso del pronombre *quiquiy*, que significa *mismo*, como *quiquiy*, "yo mismo", *quiyuuyqui*, "tú mismo".

El *verbo*, a semejanza del nombre, no tiene sino una conjugación y es activo, pasivo o sustantivo. Tiene los modos indicativo, subjuntivo, imperativo, infinitivo y el denominado optativo.

En quíchua hay que distinguir entre verbos simples y compuestos, pues a estos últimos se agrega la partícula *chi*, como si en vez de *munani* (yo amo), se dijese *munachini* (yo soy amado). Puede además el verbo en sus transformaciones, llevar partículas epentéticas y afijas.

En la conjugación del verbo quíchua, a semejanza del verbo regular castellano, aquél como éste tiene una terminación invariable.

Como mi propósito no es otro sino evidenciar que el quíchua obedece a una verdadera estructura artística, dejando los otros tiempos voy a limitarme a poner un ejemplo del presente de indicativo del verbo *muna* (amar), estableciendo la comparación con el correspondiente verbo castellano:

am-o	muna-ni
am-as	muna-qui
am-a	muna-n
am-amos	muna-ychu
am-ais	muna-nquichic
am-an	muna-n o nc

El quíchua, como nuestro idioma, tiene también verbos irregulares, como *huaccan*, *tian*, etc.

El *adverbio* se forma de diez modos, generalmente, añadiendo al nombre las partículas: *hina*, *cayninqui*, *cayninhuan*, *manta*, *lla*, *mana*, etc.

Casi todas las denominadas *partículas de ornato* son también adverbios.

La *preposición* se pospone siempre. Las principales son: *man, ña, pa, caylla, hahua, vra, etc.*

La conjugación es también copulativa o disyuntiva, perteneciendo a la primera categoría las conjugaciones: *huan, pas, ri, ca*; y a la segunda, las *cayri, mana, ñispa, chu, etc.*

Las *interjecciones* quíchuas son numerosas y expresan todos los afectos del ánimo; entre las más comunes pueden citarse las siguientes: *huaa, aha, akh, attatay, hayhay, pactach, achusto, hik, ihiki, añallau, achallay*, hasta hoy tan usada, *achalay!* (qué oloroso!), *aa, munaylla añáy, abb, yaa acaylla, atha, achoc, ah, etc.*

La construcción de la oración quíchua es diferente de la nuestra. La persona que hace y las partes determinadas anteceden a aquella a quien determinan. La frase, por ejemplo: "Yo voy a Calchaquí a confesar al hijo del Curaca", diríase en quíchua: "Del Curaca su hijo a confesar a Calchaquí voy": "*Curacap churinta confessachicmi Calchaquiman rini*".

Las denominadas "partículas de ornato", a que más antes me he referido, son una singularidad en el idioma quíchua, pues muchas de ellas, si no son adverbios, no pertenecen a ninguna de las partes de la oración.

Las partículas de ornato que añadidas a las palabras, ora modifican su significado o introducen una novedad en las mismas, son: *ari, cca ch* (para los terminados en vocal), y *cha* (para los en consonante), fuera de algunas otras. La partícula *chu*, por carecer de significado propio, se asemeja mucho al *pas* de los franceses.

Del Padre Diego de Torres Rubio extracto lo siguiente sobre el uso y valor de las partículas de que hablamos, sirviéndonos para mayor inteligencia de los ejemplos siguientes: si se interroga: *¿maypin yayaiquí?* (¿dónde está tu padre?), añadiendo la partícula *cha*, llamada de dubitación, se contesta: *muyman-cha*, (no sé donde); *cca*, entra en las oraciones condicionales como *mnnas-cca ccohunqui* (me lo dirás si quieres); *chu*, que sirve para negar, o más bien para forzar la negativa, se usa de esta manera: Pedro *manamicun chu* (Pedro no come), *amaruray chu* (no lo hagas). No hay que confundir estas partículas con las *cha, cu yaccacha, ycu, paya, rac, etc.*, que se denominarán "partículas interpuestas al verbo", las que mudan la significación o le hacen decir lo contrario. Así tenemos: *apani*, llevar, interponiéndole la partícula *mu*, significa traer: *apamuni*; — *cconi*, dar, con la interposición de la partícula *pu* se convierte en restituir: *copuni*.

Cuanto sucintamente he expuesto sobre el clásico idioma, nos basta para formarnos una exacta idea de él, conocer su estructura artística y su belleza incomparable.

“El idioma quíchua, dice el Padre Mossi, en su gramática y sintaxis, es riquísimo, lleno de artificio y reglas muy precisas, fecundo en variar los nombres y los verbos, suave y nada bárbaro, capaz de energía y número, armonioso y elegante, y que manifiesta y arroja de sí mucha luz filológica para los aficionados al estudio de las lenguas, al mismo tiempo que acredita el talento de su autor y la cultura de los que contribuyeron a su lustre y perfección: y, finalmente, es un idioma completo, perfecto, sin anomalía, y acabado en todo su mecanismo: un idioma que en sus voces presenta la más viva pintura del mundo primitivo, y que la serie de muchos siglos no ha sido capaz de corromper ni alterar un ápice su primera formación, que sabe dibujar los pensamientos más sublimes de la filosofía con la finura que le es propia y natural, y que por lo mismo es digno de ser cultivado, practicado y aún admirado de los más sabios literatos del siglo XIX”.

Estas palabras, de cuya veracidad no pueden abrigarse dudas siempre que se conozca aunque sean los rudimentos del quíchua, hablan bien alto del idioma de nuestros naturales y nos suministran la más completa idea de su civilización, toda vez que el idioma es el modo de ser de un pueblo, el reflejo de su vida, la síntesis de todos sus progresos, que tiene palabras que lo revelan en la lengua de los hombres.

He dicho más antes, que el quíchua, por carecer de palabras agudas, es por sí mismo una poesía continuada, y que los conquistadores deleitábanse escuchando la poesía y los cantares armoniosos de los indios. Pues bien: el entusiasmo por el quíchua llegó a ser tal, que los castellanos mismos en más de una ocasión compusieron idilios, cantos, himnos, odas, y hasta dramas en quíchua, si es cierto que el *Ollantay*, representado delante de Tupac-Amaru en 1780, es tragedia castellana y no figura en el catálogo de las piezas del teatro peruano, lo que a no dudar es así por el carácter semi-europeo de los personajes y lo cristiano de las pasiones, que como la del amor, sería lasciva, lujuriosa y tropical, como la tierra en que se nace. Según Ricardo Palma la crítica ha venido a demostrar que el cura de Sicuani, D. Antonio Valdés, gran conocedor de los teatros griegos y español, fué el poeta autor del *Ollantay* (1).

(1) En un manuscrito publicado no hace mucho en el tomo V de la “Revista del Museo de La Plata”, el *Ollantay*, del doctor Justo Apu Sahuaraura Inca, dice: “no encuéntrase otra narración escrita de este antigüísimo suceso que la comedia que en lengua *quíchua* formó pocos años ha el Dr. D. Antonio Valdés, cura que fué de Sicuani”.

Sea de ello lo que fuese, “las piezas peruanas, como dice un distinguido americanista, aspiraban a los honores de la composición dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter ligero y social corresponden a la comedia”.

Los *aravecs*, como los cantores populares de Grecia, como los bardos de las baladas inglesas, como los poetas del romance castellano, como el *trouvère* normando y los cantores medievales, no solo han tomado como asuntos, para cantarlos en quíchua, el amor y la naturaleza, el cielo con su sol y sus estrellas, la tierra con sus auroras, crepúsculos y melodías, sino que los bardos nativos, en unión de los *amautas*, cantaban, como aquellos, a sus héroes y a sus Incas, y entregaban a la tradición y la leyenda las glorias de su estandarte de arco iris, los triunfos de los vencedores, mientras la dulce *quena* acompañaba al armonioso *harilli*, el canto de los triunfos, suave como el arrullo de la *urpila*, ardiente como la corola de la *achicra*, candente como los rayos del *Inti* o templado como el fuego sin calor del *tucu-tucu!*

A Garcilaso debemos una de las más ligeras y sencillas composiciones líricas de los peruanos, la que no resisto a transcribir, para que el lector regale su oído con la armonía del quíchua puesto en metro:

Cumac Nusta
 Toralláyquim
 Puyñuy quita
 Paquir cayan
 Hina Mántara
 Cunuñaunun
 Illac pántac
 Camri Nusta
 Unuy quita
 Para munqui
 Muy ñimpiri
 Chichi munquim
 Riti munqui
 Pacha rúrac
 Pachacamac
 Viracocha
 Cay hinápac
 Churasunqui
 Camasunqui

He aquí, para mayor abundamiento, el texto de un fragmento de himno que en el siglo XVII entonábase en los festivales religiosos:

Virgen Mariácta capay mamayquictam
 Yallitachirccanqui Angel cunamanta
 Inti, Coyllurmanta Ima, hayccamamantapas,
 Ashuanmi cumayachirccanqui

Llumqpac viccanmantam paccarimurcanqui:
 Gruzpi huafiuspari, cquespichihuarccanquim:
 Quinza ppunchhaumanta causerimpuspatac
 Gloriaman fiatac ripurccanqui...

Ccampac gloria cachun, Dios Santa Trinidad
 Viñay cay Dios Yaya: Jesús Dios Churiunhuan
 Espiritu Santo huan: quinza persona, huc Dios,
 Ccampac viñay glora Cacchum.

La quena, ya lo he dicho, era el instrumento favorito de los dulces cantares quíchuas, y cuando la india apasionada la escuchaba a la media noche, decía al importuno castellano: "Señor, déjame ir donde voy, sábetete que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza ir allá, que el amor me lleva arras-trada..."

Para terminar, réstame decir cuatro palabras sobre el signo de transmisión o vehículo de la idea, de la escritura, des conocida de los quíchuas, que solo usaban los *quipus*, al pa-recer empleados por nuestros andalgalenses del siglo XVII, los que quizá tendrían su *quipucamayus*.

Era el quipus una faja de hilos de diferentes colores, como medio metro de largo perfectamente retorcida, como una trenza. Los colores del hilo eran la indicación de la idea: un hilo rojo, por ejemplo, decía guerra; otro blanco, significaba plata; el amarillo, oro, etc. Los nudos eran los números.

Fácilmente se comprende que semejante medio de tras-misión era lo más rudimentario que pudiera imaginarse en materia de escritura, e infinitamente más indescriptible de-bería ser un quipus que el más complicado y enigmático de los jeroglíficos. En efecto: no era posible que los colores, por más combinados que fuesen, pudieran expresar los miles de palabras del vocabulario quíchua; y si se objetase que a cada color correspondería una idea o serie de ideas, ya puede com-prenderse la inmensa dificultad, si no la imposibilidad de aprender semejante escritura, mucho más ante la multiplici-dad de los colores. Pero el objeto verdadero de los quipus era llevar cuentas, y nada más, como ya lo ha dejado establecido Ricardo Palma (1).

(1) Sin embargo, el Dr. Apus Sahuaraura, citado en la nota anterior, pone estas palabras, que se refieren á los quipus, en boca de Ollantay: "Esta verdad es un dogma de nuestros anales, y nuestros quipus un testimonio auténtico de lo que digo".

Los quíchuas mismos, sin poderse entender con sus quipus, usábanlos como un gráfico resumen de lo que oralmente deberían transmitir a sus oyentes, tal como hacían nuestros paisanos del Oeste en sus confesiones, cuando llevaban a los pies del confesor un atado de piedras en el *poncho*, representando las más pesadas, o de colores más vivos, los pecados mortales, y los pedruzcos los veniales.

Y a la verdad, por más que este sistema mueva a risa, salían al fin satisfechos confesor y confesado: el uno sabiendo que el paisano nada olvidaba, y el otro sin tener cuenta que pagar ni culpa que guardar.

XI

No es raro en las viejas crónicas encontrar algunas veces la denominación de *Tucumán Juríes y Diaguitas*, aplicada a la gran provincia tucumana, y preciso es que nos demos cuenta cabal de esta denominación.

Otras veces, especialmente en las páginas de los cronistas chilenos, designase al Tucumán con los nombres: "país de los juríes" y "país de los diaguitas", tomando en tal designación la parte por el todo.

Indudablemente que estas denominaciones no han sido hechas caprichosamente por los cronistas, como pudiera suponerse, cuando a más de diaguitas y juríes, propiamente dichos, hay en el Tucumán muchas otras *naciones* no comprendidas bajo una u otra dominación, por pertenecer a familias distintas. Y es que el nombre de *diaguitas* hase aplicado a las gentes de pueblo o indios urbanos, e intertanto reservábase el de *juríes* a los indios pobladores de las dilatadas campañas de la Provincia.

Con efecto: la palabra *diaguita* puede escribirse de este modo: *tiac-y-ta*, que nos suministraría las fáciles traducciones de "morador, localidad", trayéndonos inmediatamente la idea de "indios de pueblos" o "gente que mora en pueblos" o "que frecuenta pueblos". *Jurí*, sería al revés: "gente de campo, rural", o sea *xuri*, *suri* o *jurí*, avestruz, que con el agregado de la partícula, pluralizando el nombre daría *juri-ys* "lleno de *suris*" o "lleno de avestruces", lo que nos suministraría una clara idea de lo que son estos indios, pues que los avestruces viven en lo más desierto, alejándose siempre de lugares frecuentados por el hombre (1).

(1) Despues de escrito esto, encuentro en el cronista Oviado un párrafo en que dice lo mismo: *jurí*, es *suri*; lo que era, pues, conjetura, se vuelve una verdad.

Refiriéndose a esta división de juríes y diaguitas, que explica a las claras cuánto los cronistas querían significar con "Tucumán Juríes y Diaguitas", Lafone Quevedo, generalizando más la idea, dice: "Diaguitas serían los kakanes que se habían sometido al modo de vivir de los del Cuzco y habían adquirido su Lengua General; juríes, los que permanecieron en un kakanismo más puro de idioma y de costumbres".

Indudablemente que como los *suris* han dado nombre a los *juríes*, estos animales serían un tanto sagrados para los tucumanos, lo que al parecer es así, pues que las cabezas de los *suris* no figuraban entre las de las aves y demás animales que los indios empleaban en las ruidosas bacanales del *Chiquí*, y además se los ve grabados en las urnas cinerarias.

La denominación propia de *juríes* y *diaguitas* está especialmente reservada para dos grandes tribus tucumanas: *juríes*, son los indios que vivían en el territorio comprendido entre el río Salado (de Santiago del Estero) y la actual provincia de La Rioja. Estos constituían una nación salvaje, muy belicosa, entregada sin freno a la embriaguez. *Diaguitas*, eran los indios que habitaban parte considerable de La Rioja, la región sud y sudoeste de la provincia de Catamarca, el valle del mismo nombre, en el centro, y tras del Ambato toda la zona que se extiende hasta el valle de Abaucán, así como una parte de lo que es hoy Tucumán.

Los diaguitas eran mucho más civilizados que los juríes, y constituían un pueblo numeroso, el que era poseedor de grandes tierras de labradío, dedicadas a la agricultura, como se recordará de los maizales en berza de los capayanes, cuando la llegada de Diego de Rojas.

Tan importante sería la nación diaguita, que gustaba a algunos gobernadores castellanos llevar el título de "Gobernador de los Diaguitas".

En 1591, Velasco se titulaba "Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor en estas provincias y gobernación de Tucumán Juríes y Diaguitas y todo lo a ello incluso".

Poblado era el territorio de La Rioja por *diaguitas*, *fatiminas* y *guandacoles*, vecinos estos últimos de los *huarpés* de San Juan.

Propiamente es Tucumán la región *tonocote*, y su suelo era casi en su totalidad habitado por *lules*, *tafies*, *colalao*s,

Córdoba es la nación de los *comechingones*, y el sitio en que se encuentra la actual ciudad del mismo nombre, constituía el centro de esta vasta nación indígena, que comenzaba en nuestras grandes salinas, habitadas de este lado por *escalánitas* y *yamanaes*, indios con los cuales se dió el celeberrimo general Tejada.

Más allá, en las regiones del Chaco, vivían los *chiriguanos*, *mocovíes*, *tobas* y *guaicurúes*.

En Jujuy y Salta vivían los *humahuacas*, *huachuacas*, los *pulares*, aliados de los españoles, y al sud de Salta los famosos cuanto desgraciados *tolombones*. En seguida vivían los heroicos *quilmes*, ya en la región santamariana, persistiendo aún con su nombre uno de sus pueblos. Los *calíanes*, en la línea divisoria de Catamarca, constituyeron la valerosa tribu condenada al destierro, juntamente con los quilmes.

En nuestro Calchaquí, comenzando por el valle de Yocahuill o Santa María, vivían numerosas y belicosas tribus, que tanto han actuado en la epopeya de las cumbres. Este valle era poblado por *quilmes*, *yocaviles* e *incamanas* o *encamanas*.

En el Aconquija, en la gran antipáncie del Pucará, vivían los indios de Malli o *mullengues*. En seguida los de *Singuil*.

Los mallis fueron transportados a Andalgalá, y *Malli* se denomina una de las fincas de viña más importantes de este pueblo.

Pobladas eran las demás regiones calchaquíes de Catamarca, que hoy constituyen en la misma los departamentos de Andalgalá, Belén, Tinogasta y Pomán, por belicosas tribus. Habitaban el valle de Andalgalá los *andalgalenses*, y entre éstos los *tucumungastas*, *mallis*, *huachasch's*, y *huasanes*. En los valles de Bisvil y Famayfíl, hoy Belén, vivían los *hualfines*, *culampajuhos*, *malfines* y *famaifiles*. Es de advertir que también había hualfines en el valle santamariano. Siguen los *tucumanos* y *paccipas*, en el anchuroso valle de este nombre. Habitaban lo que es hoy jurisdicción de Pomán, los *pomanes*, *pipanacos*, *colpeños* y *bilichas*, estos últimos una legua al sud del pueblo de Colpe. En Tinogasta vivían los *abaucanes*, en el valle del mismo nombre, los de *Pituil* (Copacabana), *hualtungasta*, *mayo-pucos* y *fambalaos*.

Vienen en seguida los *diaguitas*, propiamente dichos, que continúan poblados en La Rioja, encontrándose un poco más allá de la línea divisoria los indios *pueblistas*, como los de Machigasta y Aimogasta.

Cruzando las sierras de Sijún o del Ambato, dámonos ya con nuestros diaguitas *capayanes*, que habitaban todo el sud de Catamarca. Es preciso tener en cuenta que de origen diaguita eran también todas las tribus del oeste, excepción hecha de las santamarianas.

Era diaguita el centro de la Provincia, y en los actuales departamentos de Ambato, Valle Viejo, Piedra Blanca y Paclín, vivían *choyanos*, *motimos*, *huilichas*, *paclingastas*, etc. Son

puramente *juries* los indios que poblaban los hoy denominados departamentos de Santa Rosa, Alto, Ancaste y La Paz.

Esta ligera reseña de las principales tribus o *naciones* tucumanas, por más sucinta que ella sea, ha de servirnos mucho como clave para darnos cuenta exacta de los pueblos indígenas, actores de la epopeya de las cumbres.

XII

Por todo cuanto anteriormente se ha escrito, ya podrá juzgarse de la importancia que los clásicos nombres de lugar tienen para la historia de los viejos y casi olvidados acontecimientos. Si estos nombres de lugar descienden de un idioma determinado o tienen relaciones de parentesco con el mismo, ya sabemos, casi con seguridad, que los nombres tienen mucho que hacer con la raza que habló ese idioma.

Los nombres de lugares no se ponen al acaso, y consecuente con ellos suele ser su tradición histórica; por algún motivo se dió tal nombre, y por tanto, alguna significación tiene, especialmente si coincide con el desarrollo de grandes sucesos. De aquí que si se introducen cambios, toda una tradición puede perderse con el transcurso de los siglos, y aún de los años. En este sentido, las razas aborígenes nos dan elocuentes lecciones por su afán de conservar su tradición e historia, pues que ellas, y muy especialmente los conquistadores incásicos, tenían profundos respetos por la antigüedad, tratando estos últimos de no hacer innovaciones trascendentales, dejando al pueblo que subyugaban con sus dioses y su cultura, siempre que no riñese abiertamente con la propia, y los nombres de sus lugares, más si alguna tradición querida del pueblo representaban.

En medio del enmarañamiento histórico, movimiento, diseminación y dispersión de razas, los nombres de lugar son como los restos de las tiendas de descanso, o como los jalones de las marchas y peregrinaciones.

La tradición suminístranos a cada paso datos incompletos o poéticas leyendas, que fantasean el criterio histórico; pero los nombres de lugar todo lo iluminan, y con el auxilio de la crónica, y aún de la tradición, puede recomponerse un largo período histórico.

No hay documentación tan valiosa como los nombres de los lugares históricos. Por ellos, por ejemplo, encuéntranse en el Tucumán rastros araucánicos, así como huellas visibles de la dominación cuzqueña y de la civilización kakana. Las solas

raíces *ahaho*, *huill* y *gasta* en los nombres de lugar, son toda una revelación, pues indican el tránsito o alojamiento de culturas distintas.

Los rastros de la invasión y dominación incásicas encuentranse en los nombres quíchuas de lugar, y en particular en aquellos que tienen una directa vinculación con los mismos, como sucede con lugares que se denominan *Tambo del Inca* (*tambo*: posta, parada), *Inca-huasi* (casa del Inca), *Rio Inga*, *Pucará del Inca*, *Ccapac-ñan* (hoy Capayán: camino del Capac, o camino real); así como acontece con las *markas* y las *catas* del soberano del Cuzco.

Verdad es que el tiempo y la mezcla de lenguas han modificado o corrompido muchos de esos nombres indígenas; pero, esto no obstante, siempre que se hayan salvado algunas partículas o raíces de los mismos, fácil es reconstruirlos o volverlos a sus formas gramaticales de origen y a su significación primitiva. Lo que apena, es, por el cambio de nombres, no poder ubicar los acontecimientos o resolver problemas relativos a las razas y a sus evoluciones de vida, desarrollo y dispersión en el tiempo y el espacio.

Por consiguiente, cambiar o modificar los clásicos nombres de lugar, máxime si alguno de ellos representa hechos trascendentales, es como borrar intencionalmente los rastros que dejan la tradición y la historia en su paso por nuestras montañas; es como apagar el foco de las revelaciones, que brilla para el espíritu meditador y perspicaz; es como arrancar los jalones, representantes de la historia, que los siglos mismos han respetado. Obra estéril de destrucción es, pues, el cambio de nombres de lugar, que tantas confusiones acarrea, que tanto enmarañamiento ocasiona y que da lugar a investigaciones infructuosas en busca de lo mismo que tan fácilmente podíamos conservar, con no hacer otra cosa que no seguir la manía de cambiar los nombres de lugares porque sí o por halagar la vanidad de personajes contemporáneos.

El nombre desaparecido de *Calian*, por ejemplo, pueblo de los indios *calianes*, ha traído una ardua cuestión de límites con Brasil, que vino a resolver Cleveland, y que en más de una ocasión ha estado para causar un conflicto internacional.

Es necesario, en este sentido, que hagamos caso de las enseñanzas de los pueblos orientales, que conservan a través de los siglos los nombres de sus lugares o territorios históricos.

Cambios recientes y lamentables se han hecho en algunos puntos del Tucumán. En Pomán, por ejemplo, no hace mucho que a Pisapanaco, Colana y Mutquin se les ha bautizado respectivamente con los nombres de San Miguel, Rosario y Bolívar. Pero quienes han hecho un abuso censurable de cambiar

los nombres de sus lugares, son los riojanos: comenzaron por sus *Hediondas*, lo que se les pudo perdonar, hasta que han concluido por borrar los nombres de Vinchina, Tama, Chamental, Olta, Malanzan, Catuna, Patquia, Sanagasta, Chepe, Ulape, etc., los que vivirán protestando de que hoy se les llame Castro Barros, General Sarmiento, Vé ez Sársfield, Juárez Celman, General Belgrano, Rivadavia, Independencia, Santa Rita, San Martín, Villa Bustos, y qué sé yo qué más...

Es necesario protestar enérgicamente contra estos abusos, que solo se avienen con la petulancia o la ignorancia, y producir una reacción inmediata a fin de que cada lugar reivindique su nombre de pila. Los gobiernos debieran recomendar a personas ilustradas la tarea de hacer las investigaciones consiguientes, a fin de dar a cada lugar su nombre clásico.

Recién, con los estudios históricos de las viejas razas, nos estamos dando cuenta del daño que se nos ha hecho cambiando los nombres de lugar. A varios de estos ya no nos es posible darles su correspondiente ubicación geográfica.

XIII

El señor José Victorino Lastarria escribió en Chile, por los años de 1844, una obra que llevaba por título: "Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles", hermoso compendio de la tradición araucánica, en el cual el historiador vanagloriábase de "la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolicán, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painenancu".

Nuestro distinguido publicista, el señor Domingo Faustino Sarmiento, tan conocido por su americanismo, esta vez, en su precipitada crítica de la obra de Lastarria, reprochábale con marcada insistencia haberse ocupado de los indios de nuestra historia americana". Luego con todo el desdén de la crítica, manifiesta que no se debiera "principiar la historia de nuestra existencia, por la historia de los indígenas, que nada tienen de común con nosotros". "Sobre todo, añade en otro lugar, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invisible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son mas que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y colgaríamos ahora, si reaparecieran en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla".

Sarmiento, el mismo que esto escribe, dedicó largas páginas a sus guarpes de San Juan, como incitando a los historiadores a escudriñar los secretos de las razas primitivas.

Estoy en la más completa disconformidad con las ideas de nuestro gran publicista, que, atendidas, quitarían a nuestra naciente historia la más rica e inextinguible fuente de sus investigaciones, a la ciencia elementos valiosos y a la poesía luminosos motivos.

Nada es más interesante para nosotros los americanos que el conocimiento perfecto de lo que fueron e hicieron las razas primitivas, cuando más no fuera que porque somos hijos del suelo que ellas habitaran antes que nosotros.

Fueron los indígenas los dueños de la tierra, en la cual nosotros hemos constituido naciones y gozamos de los beneficios de la libertad; y, tenga o no la civilización derecho a las conquistas a mano armada, arrebatando a los poseedores de siglos las tierras en que nacieron y vivieron, algo, siquiera, no podrá negarse que se les queda debiendo, cuando más no sea que un recuerdo, a fuer de que no seamos sino usurpadores vulgares.

La historia de las razas primitivas es nuestra propia tradición, algo peculiar al suelo que habitamos, y que una instintiva y natural curiosidad, cuando más no sea, nos obliga a conocer. Si nuestros geólogos se afanan por saber de la tierra que habitamos; si nuestros naturalistas estudian con ahinco la fauna y la flora del país, ¿por qué se ha de dejar al hombre, el rey de la tierra, el genio pensante de la naturaleza, ante el cual inclina su frente cuando siente sus pasos?

Muchas de esas razas son las generadoras de nuestros pueblos actuales, los que llevan aún su sangre, con sus virtudes y sus vicios; triste sería la condición humana si no quisiera conocerse a sí misma en el pasado, viviendo solo para el egoísmo del presente.

“Un pueblo sin tradiciones de su origen, ha dicho muy bien un escritor argentino, encareciendo el estudio de las razas nativas, me parece que debe sufrir los mismos desconuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar a los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternos. Por eso las naciones que no tienen tradición, añade, la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya savia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.”

Pueblos bárbaros han sido los generadores de las razas que habitan la Europa actual, y en mucho tienen los europeos a

los historiadores que se dedican a estudiar la vida de sus antepasados, porque desdeñarlos por el hecho de que hayan sido bárbaros o salvajes, es como despreciar a nuestros padres o nuestros abuelos porque fueron incultos o rústicos, quiénes, por lo menos, nos han dado existencia, descartando todo lo demás.

¿Por qué ese afán de los historiadores de Inglaterra, Alemania, Francia y España, por ejemplo, en conocer la historia de los bárbaros, sobre los que han escrito centenares de volúmenes? Porque esos bárbaros que se llamaron anglo-sajones, normandos, francos, visigodos, son los abuelos de aquellos pueblos, y porque todo lo que hicieron sus antepasados, aunque no sea más que crímenes, interesa a sus descendientes. Hasta por egoísmo, hasta por propia conveniencia, a fin de atinar respecto a las inclinaciones, tendencias, vicios o defectos de cada pueblo, es indispensable la historia de sus generadores. La historia del desarrollo de nuestra raza argentina, por ejemplo, nos ha suministrado las más provechosas lecciones de sociabilidad, como aquella de que debemos fomentar la inmigración caucásica para modificar el carácter típico de nuestra raza, pues sin duda de que nuestro espíritu revoltoso y anarquista es herencia de la sangre de los indígenas, nuestros antepasados. “La anarquía crónica de la América del Sud, escribe el señor José F. López, es la anarquía de la sangre mezclada de dos razas opuestas en su espíritu y en sus instintos”.

Con esto mismo ya se ve bien claramente que es forzoso ocuparse del indio en nuestras cuestiones sociales, y que no es posible desligarlo de ellas. Su sangre, que corre torrenciosa por las venas de la generación actual, ha contribuido a darle su carácter típico, el que no es humanamente posible modificar sin cambiar de base química de la sangre. Entonces, pues, lo que quiere Sarmiento, por más que le repugnen nuestros indígenas, de separarlos de toda cuestión social, es imposible, por los gérmenes que ellos han legado a la sociabilidad americana. Si nosotros fuéramos una raza que nada tiene de nativa; si nuestra sangre fuera puramente castellana, está bien, muy bien que prescindiéramos del hijo de la tierra en toda cuestión social. Así podrán hacerlo los Estados Unidos, que conservan la pureza de su sangre de raza, y que han exterminado al indio de sus estepas; pero en este sentido son diversas las condiciones de la América Meridional.

El señor Sarmiento parte de un error lamentable: considerar a los indios como asquerosos salvajes, cuando ellos han tenido su cultura relativamente adelantada, pues que todo lo que se ha dicho al respecto de las civilizaciones pe-

ruana y mejicana, es aún poco. La cultura araucana, es cierto, distaba mucho de la cultura quíchua; pero de todos modos, sean lo que hayan sido Colocolo, Caupolicán o Lautaro, éstos son altos representantes del heroísmo humano, a quienes la historia debe ensalzar, toda vez que cuando se trate de cualidades geniales ésta no distingue entre negros o blancos, nobles o plebeyos.

La historia de las razas americanas es, pues, nuestra propia historia; su tradición, la tradición de nuestra tierra y de nuestra raza; y, por lo mismo, al revés de lo que piensa el señor Sarmiento, yo digo con un escritor argentino contemporáneo: "¡qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las niebla: permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica!"

Apartar al indio de la historia, es desdeñar nuestra tradición y renegar de nuestro nombre de americanos.

XIV

Hermosas, elevadas, imponentes, son las montañas que atraviesan en todas direcciones el suelo catamarqueño.

No bien el viajero ha pisado el suelo de esta hermosa Provincia, cuando ya divisa en lontananza la franja azulada de sus sierras, y a medida que avanza acércase a ellas y las contempla más grandes, más imponentes, ataviadas de lujo vegetal, con sus picos a veces coronados de nieve. En medio de la aridez de la llanura, abrasada por los rayos de un sol ardiente, la montaña es una especie de esfuerzo ciclópeo de la tierra que se acerca a las nubes, las cuales empapan las elevadas cimas con su húmedo sudor, dándolas vida y lozanía, y cubriéndolas de yerba.

Recién es ocasión de admirar la hermosura de la montaña cuando se penetra en su seno. Cada una de esas fajas azuladas de tintes sombríos, más o menos cargadas, que a veces parecen de la distancia láminas superpuestas, es un cerro o una lomada a cuya espalda se abre un valle, lleno de vida y movimiento; cada una de esas negras arrugas de la sierra es una ancha quebrada, que desde la altura semeja una inmensa y verde sierpe, deslizándose de las eminencias de granito a la llanura. En el recinto misterioso de la montaña

hierve la vida y canta la naturaleza. Torrentes, aves y brisas, combinan una no interrumpida serenata. El ruido que hace la naturaleza en la montaña, es vago, indefinido, hurraño, mezcla confusa de rumores, cantos y zumbidos. Solo cuando se ha ascendido a la cumbre cesa el ruido, y el silencio comienza a acentuarse, hasta que se llega a un punto en que el espíritu fatigado se repliega en sí mismo y medita en las luchas cruentas de la tierra, que parece dilatarse a sus plantas en un océano de verdura. En la cumbre ya no hay torrentes, ni árboles, ni aves: allí únicamente habita el señor de la montaña, el majestuoso cóndor, que a lo mejor rompe el silencio y llena el aire de silbidos, cuando despliega las alas y comienza a ascender en vuelos espirales, arqueado el cuello y reluciente y volviendo a uno y otro lado la cabeza nerviosa.

El panorama que desde lo alto de la montaña se abre a la ansiedad de la mirada, es verdaderamente atrayente. El llano se presenta a la vista como un mar terminado en polvorosas brumas: las colinas y mesetas se nos figuran el oleaje de aquel mar de verdura; las aldeas y pueblos apartados hacen islas de formas geométricas de un verde más resalante que el de la llanura; los lejanos caminos parecen blancos hilos que caen verticalmente del cielo a la tierra, siendo en todo singular y extraño el fenómeno de las perspectivas.

En una ocasión, de una de esas elevadas cumbres, a la que trepé con muchas dificultades, al volver la vista al occidente contemplé en el confín del horizonte una larga y azulada franja, apenas perceptible, que de trecho en trecho confundíase con el fondo del cielo; eran los Andes, la gran Cordillera, alguna vez tan ponderada como el viejo Himalaya, y de la cual escribía entusiasmado el cronista chileno Córdoba y Figueroa: "Y si célebre es Olimpo porque a las nubes excede, como ponderó el poeta, no deben ser menos plausibles estos montes que a ellos y a él se aventajan."

Los Andes son el altar de todas las religiones de América, y en ellos el misterioso Dios Pillán tenía su regio trono entre el fuego y el humo de los volcanes, y el Sol de los Incas, para dormir, sus grutas de granito y sus alcázares de nieve eterna.

No puede, a mi juicio, ponerse en duda que la región de las montañas es la porción más hermosa del país. Bella es, en efecto, la región de los ríos y de las islas, con sus costas y sus movibles camalotes; grande es el cuadro de la Pampa, con sus horizontes dilatados. En los ríos y en la Pampa contemplamos cuadros hermosos y variados. Pero, ¿quién, des-

pués de conocer nuestras montañas, las cumbres y los valles, pueden dudar que la religión de aquellas es la que ofrece mayores y más varios atractivos?

En la región occidental y norte de la Provincia encuéntrase los dos soberbios cordones de serranías, Ambato (*ampato* como *sapo*) y el Aconquija, (*Anconquiha* o *Anconquihacca*:) (1) separándose este último de las otras serranías algunas leguas al norte, para internarse a la provincia de Tucumán.

Son estos dos renombrados cordones de sierras, de bello y salvaje aspecto, de grande estatura, las montañas de la historia catamarcana, cuyas cumbres, valles y faldas fueron el teatro principal de la epopeya.

El Ambato y el Aconquija estuvieron habitados en siglos anteriores por numerosas y turbulentas tribus, que vivían de las riquezas naturales que guardaban, de los árboles frutales, las aves y las especies de animales de la tierra, que el indio apacentaba y domesticaba en grandes rebaños. En los valles de la tierra era cultivada, y el maíz daba pingües cosechas.

El hombre es hijo de la naturaleza, en cuyos moldes parece que su espíritu se ha vaciado.

Las montañas de Calchaquí han impreso su carácter a las razas que las habitaron. En su espíritu parece como si hubiera algo de la dureza del granito, de la fragosidad de la cumbre, de lo inaccesible del abismo.

Si comparamos con la naturaleza los rasgos geniales de raza, todo lo que en ella encontramos de típico tiene alguna semejanza con la montaña o con algunos de sus fenómenos físicos, desde su inalterable rigidez hasta sus repentinos estremecimientos. ¿Quién, en efecto, no percibe una secreta relación entre el carácter del indio: altivez, virilidad, superstición, misterio, concentración, astucia, orgullo y constancia, mucho de lo que le es peculiar a la montaña? La contemplación diaria, desde que el indio abriera los ojos, de la montaña, de la cumbre, del abismo, del torrente despeñado, de la tempestad, del cóndor volador, naturalmente ha tenido que influir en el carácter del hijo de la tierra. “En el genio de toda esta gente parece,, dice el P. Lozano en su “Historia de los jesuítas del Paraguay”, que influía barbaridad la misma aspereza de sus eminentes serranías...”

La lucha no interrumpida, casi diaria con una naturaleza salvaje, abrupta, llena de accidentes y de asperezas, hace

(1) En documentos originales de Tucumán, está escrito Anconquija. (Escritura de 1699-archivo Lauro Román legajo 4.º f. id de 1720, empadronamiento de Judíos de Anconquija y Uchicha, id. id.) Véase Apéndice.

del indio un ser superior en todas las arriesgadas empresas, y le da ese característico coraje para vencer dificultades y obstáculos que se oponen a su paso.

El hijo de la tierra de tal modo ha asimilado en su espíritu la naturaleza que le rodea, que su vida fuera de las montañas es un constante suplicio. Prisionero en la batalla, en la vida de las ciudades, de los llanos, el indio se consume de asfixia y de tristeza. En las encomiendas se vuelve una bestia insensible, y trabaja cuando siente en sus espaldas el látigo de sus amos. De ahí que los indios de las encomiendas, a pesar de la vigilancia y amenazas de sus señores, escapan el día menos pensado, y en larga caravana cruzan la llanura, sin reposar un instante, hasta no haber llegado a sus montañas. La fuga de Esteco de pueblo tan lejano, es un ejemplo palpitante y conmovedor. Así como la salvaje vicuña, la oveja de la tierra, el indio no puede vivir sino en la montaña, fuera de la cual el mundo ha concluido para él. Antes que la vida monótona de las ciudades, prefiere la vida trabajosa de la montaña.

El indio en la montaña, es valor, entereza, bravura, en el llano se vuelve silencioso y abatido. En la guerra y su estrategia, ha mostrado siempre su carácter. Rara vez el viejo cacique reunía en la llanura sus huestes y presentaba batalla: la montaña es generalmente su baluarte; sus rocas sirven de parapeto, las piedras de proyectiles. Si es vencido escúrrase por un desfiladero, llega a la altura, siéntase a descansar de la fatiga y desde allí contempla impasible al vencedor, quien padece de asfixia si intenta seguir sus pasos. En la cumbre, el indio vencido y aterrorizado por el desastre cobra nuevos bríos, cura sus heridas, medita en la guerra, fragua nuevos planes, y en una noche de luna, a la voz del jefe de las tribus, desciende otra vez a la falda de la sierra, a presentar nueva batalla al vencedor. Si el castellano ha podido trepar a la cumbre, como aconteció en los cerros de Hualfin, el indio tiene a sus plantas el abismo salvador.

Por todos estos motivos los naturales construían sus fuertes en las alturas. La fortaleza de Chelemin elevábase en las sierras andalgalenses; el gran Pucará del Inca, que mide algunos kilómetros de extensión, en la antiplanicie del mismo nombre, sobre el Anconquiya. El Ambato hasta hoy está cubierto de fragmentos de torres, murallas y trincheras de defensa.

La montaña es la cuna de la raza y la nodriza de sus caracteres geniales. Fué también su tumba. Allí donde nació y vivió libre, encontró esclavitud y muerte.

LIBRO SEGUNDO

XV. Tradición de la raza. Ruinas y leyendas. La epopeya Calchaquí. — XVI. El Tucumán de la conquista. Límites geográficos. Tucma, Tucumanao y Tucumán. — XVII. Calchaquí. Extensión de los valles Calchaquinos. Sus acepciones geográficas. — XVIII. La invasión incásica. Embajada a Huiracocha. El Inca Yupanqui. — XIX. La civilización quíchua. Sus caracteres. Los quíchuas en Calchaquí. — XX. Andalgalá. Cultura andalgalense. Andalgalá y la política incásica. — XXI. La vida Calchaquí. La raza de las montañas y su genio guerrero. Cultura nativa. — XXII. El Cóndor. La deidad alada. El cóndor y la leyenda andina.

XV

En el seno de los valles que forman las altas montañas del nordeste de la República, tan ramificadas y tan variadas, existió en tiempos no lejanos, como ya se dijo, la raza más viril de la América, la que luchó más de siglo y medio con la raza conquistadora pecho a pecho y brazo a brazo, hasta que cayó vencida por la fuerza dominatriz de la superioridad de civilización. Los cronistas nos relatan, en páginas muchas veces heladas, el heroísmo de la primera de estas razas, que ha engendrado, a pesar de haber caído vencida, una parte considerable de la población nacional, con sus caracteres geniales y sus defectos orgánicos. Esa raza, por lo mismo, debe interesarnos, tanto más cuanto que nuestras montañas conservan aún su tradición; y si bien es verdad que el tipo primitivo casi ha desaparecido por completo, también es cierto que nos ha legado sus caracteres étnicos, al trasmitirnos su sangre, que corre aún abundosa por nuestras venas, influyendo no solo en nuestro modo de ser, costumbres, hábitos, supersticiones, sino hasta en la propia lengua que hablamos. los mismos que queremos renegar de sus contactos. No hay casi una sola familia de la clásica nobleza tucumana que no lleve sangre indígena en sus venas: los Prado, los Zurita, los

Castañeda, los Aguirre, los Lerma, los Cabrera, los Bazán y Pedraza, los Tejada, los Ramírez de Velasco, los Villacorta, los Nieva y Castilla, los de la Peña, los Soria Medrano, los Mate de Luna, y otros, sin duda que cuando han dejado descendientes ha sido con la cruzada de las dos razas madres, la castellana y la nativa, pues que mujeres europeas no podían andar corriendo los azares de la conquista o las turbulencias de la colonia.

A esta última raza, de tan pronunciados lineamientos épicos, es a la que debemos estudiar los hombres del norte, y en general los que hemos nacido al pie de la montaña.

En cada uno de estos pueblos dámonos con tesoros históricos y arqueológicos que hoy son de mucha valía. Los viejos libros de los cronistas, tanto tiempo olvidados, los manuscritos de nuestros archivos y las ruinas de la cultura nativa, suministrannos las fuentes fecundas de nuestras investigaciones.

En la cumbre de la montaña, en la quebrada o en la llanura, se destacan las siluetas imponentes de las ruinas, los escombros de un templo, y donde quiera los restos de pueblos arrasados, de murallas de defensa, de fortalezas estratégicas o las líneas de piedra que trazan las *huacas* de los cementerios indígenas, verdaderas minas y tesoros arqueológicos. Al cavar la tierra, aquí y allí, cada día se hace un descubrimiento nuevo: objetos de cerámica, de metal fundido, de piedra, muchos de ellos llenos de grabados, que yo no dudo que son jeroglíficos, inexplicables para nosotros, ya sea de las civilizaciones quíchua, calchaquina, kakana o cualquiera otra. Los misteriosos grabados de las tinajas de tierra cocida, no son, no pueden ser simples adornos caprichosos, pues el ojo perspicaz puede hallar relación entre grabados y contenidos de los objetos. En nuestro Calchaquí hay ejemplos notables de ello.

Para emprender con éxito la tarea del estudio de nuestras razas es necesario remontarnos a la tradición nativa, y principiar desde el estudio de los dioses criollos hasta el último de los minuciosos detalles de la vida de sus adoradores. Los nativos dioses calchaquíes son una revelación a veces quíchua: Pachacamac, Huiracocha y el Inti: el alma del universo, la fantasma misteriosa y el que vierte oro en "las lágrimas que llora". Es también necesario conocer las divinidades secundarias, — el lucero, el rayo, el cóndor, el águila y la serpiente.

La raza de nuestras cumbres tiene su hermosa tradición a la par que su épica historia. Este país debe haber sido nido de leyendas, si tenemos en cuenta la poesía de la tierra

y el genio característico de la raza que la habitó. Hablando del espíritu supersticioso de las tribus americanas, dice el P. Guevara: "Los Calchaquíes eran al parecer más supersticiosos al trueno y al rayo. Los adoraban por dioses y les tenían levantados templos y chozuelas, cuya interior circunferencia rodeaban con varas rociadas con sangre de carnero de la tierra, y las llevaban a sus casas y sembrados, prometiéndose de su virtud, contraída a presencia del numen, toda felicidad y abundancia". Y no es solamente el trueno y el rayo: cualquier fenómeno de la naturaleza, cualquier acontecimiento que pareciera salir de las leyes ordinarias, el más mínimo accidente, que no sobresaltaría al menos supersticioso, agitaba al instante el espíritu del indio calchaquí. Brujas, aparecidos, deidades funestas, adivinos, había tantos en Calchaquí como en la leyenda germánica. Aún corren de boca en boca de los descendientes de las tribus calchaquinas infinidad de tradiciones fantásticas, de leyendas seculares que escuchamos hoy día, muchas veces con desdén, por más hermosas que ellas sean.

Los pueblos riojano, catamarqueño y salteño actuales, especialmente los supersticiosos de la región andina, están empapados en tradiciones cuyos orígenes arrancan de no se sabe qué tiempo. Entre tanta leyenda, o más bien dicho superstición, puedo en el momento recordar de las siguientes: los funestos presagios del bramido de los vientos de las *huacas*, en Andalgalá; los cuentos fantásticos de apariciones en las casas ruinosas de Becubel, llenas de tesoros y de espíritus malignos; las devastaciones y pillaje del *Dueño de las aves*, al que cualquiera un tanto versado en mitología, encontrará, por más de un rasgo característico, un parecido con el Dios Pan de los bosques helénicos; los fuegos del espíritu malo, hace siglos ya descritos por el Padre Techo; las fábulas de la Casa Blanca y el relato de los tesoros de Quimivil y Culumpajao, que tanto han dado qué hacer, como en los tiempos de la conquista las riquezas imaginarias de los Césares o Trapalanda, Paititi y la Sal; las leyendas fantásticas forjadas a la luz del *farol* e iluminadas por el rojizo centelleo del *carbuncho*, que metía miedos al P. Juan de León, aquel hombre tan supersticioso y timorato que, según Lozano, "se tragaba la muerte asustado por los cardones"; las terribles carnicerías del tigre *uturuncu*; las aterradoras maquinaciones de *Supay* y *Mikilo*; los relatos sobre el *Chiqui*, de cuyas salvajes fiestas hasta hoy existen rastros en las costumbres campesinas; los fuegos de la Chaya; la veneración de *Pacha-Mama*; los silbos nocturnos, espantos, apariciones, brujerías y hechicerías de espíritus malignos, que vagan en el aire o moran en la montaña...

Entre tantas creencias fantásticas de los indios hay que tener en cuenta la de los *gigantes* de estatura colosal. Hay, sin duda, mucho de misterioso en esta tradición, y no está distante, tal vez, el día en que la antropología dé con esos gigantes, y entonces sabremos si los patagones fueron huéspedes obligados de nuestro Calchaquí. Por lo demás, nada de extraño hay en esta creencia de los gigantes de nuestros indios, cuando los cronistas mismos creían en ellos, sin duda al encontrarse con esqueletos de los grandes animales de la fauna desaparecida. Oigamos al P. Guevara: "Yo no me empeñaré en probar, dice, que los hubo antes del diluvio... Lo cierto es que se sacan de este sitio muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas que desentierren las avenidas, y se descubren fortuitamente. Hacia el año de 1740 vi una muela grande como un puño, casi del todo petrificada, conforme en la exterior contextura a las muelas humanas, y sólo diferente en la magnitud y corpulencia. El año de 1755 D. Ventura Chavarría mostró en el Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrat una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga, que según reglas de buena proporción, a la estatura del cuerpo correspondían ocho varas!... Puede ser que el estipendio aliente para este y otros descubrimientos, que proporcionarían al orbe literario novedades para amenizar sus tareas."

De todas estas creaciones de la fantasía indígena y de todas estas supersticiones que aun se conservan, puede sacarse un partido inmenso, compilando todo lo que sea digno de servir de asunto para una tradición antigua, tal cual lo ha hecho el renombrado escritor peruano Ricardo Palma, creador de un género literario histórico, desconocido antes de él en nuestra América latina.

Y aun sin penetrar a ese laberinto de tradiciones, leyendas, supersticiones y cuentos populares de marcado origen indígena, el estudio sólo del idioma nativo nos suministraría una enseñanza de oro, mostrándonos y descubriéndonos el pasado en carne y hueso.

La palabra, ha dicho Mr. de Lamartine, "es la materia del pensamiento", y en esta gráfica expresión está expuesta la importancia de la lengua de raza. "Un genitivo, dice el Dr. Vicente F. López, un ablativo, contiene la historia entera de los pueblos que han consagrado su uso en su lenguaje. Las letras que lo componen están regadas de sangre y fecundadas por el espíritu tradicional de las razas que las emplean... "Esas formas gramaticales, mudas e insípidas al parecer, cuando son iluminadas así por el genio de la historia viva, hacen hablar a los pueblos; y ellos mismos en los escombros

de la palabra, vienen a revelarnos, con una poesía sublime, los secretos de su vida y de su marcha en las peregrinaciones de la historia." (1)

La sola voz *huill*, repetidamente citada, para no hacer más enumeración, la que va desapareciendo juntamente con la forma arcaica de muchos de esos nombres, o que en estos ha sido sustituida por las partículas *vil*, *fil*, *mil*, *jil*, *juil*, etc., es para nosotros una verdadera revelación. La voy *huill*. que significa *nación*, *muerte*, *grandeza*, *sol* (quizá Dios), es de muchos quilates para el filósofo y para el historiador.

Infinidad de otras voces y palabras, así como la estructura de los idiomas, son curiosísimas y se prestan a interpretaciones de todo género.

Es, más que nada, ya lo dije en otro lugar, por el idioma cómo podremos llegar a conocer, en día no lejano, mucho relacionado con los orígenes de nuestra América. Pero, indudablemente, el estudio de estos idiomas apenas si es obra de un hombre; y eso con la constancia británica de aquellos sabios lingüistas que sacrificaron en la India los mejores años de su vida a fin de llegar un día a la posesión de los tesoros literarios y mitológicos del Ramayana, o la resignación cristiana de aquel famoso fray Luis Bolaños, quien en 1586 predicaba en el idioma de los naturales del Paraguay, sujetándolo a principios y reglas gramaticales; y para no ir más lejos recordemos al P. Torreblanca, el único que, como dice Lozano, sabía la lengua de los Calchaquíes, el cual predicó ante los ciento diez y siete caciques de Bohorquez sobre el Evangelio del día, que era la Domínica XI, *post Pentecosten*.

Pero como tan difícil es sacar partido de edades desconocidas; como es obra magna reunir e hilvanar todas las tradiciones y todas las leyendas de nuestro Calchaquí, que como un velo cubre los orígenes y la mitología de nuestro pueblo indígena, más que satisfechos debiéramos estar los contemporáneos con saber bien cuánto pasara en nuestra tierra ahora tres siglos.

Contentémonos con saber de la lucha de las dos culturas, y de cuanto hizo esa raza que ni siquiera llegaba a escuchar las exhortaciones de Manco Inca, hechas por medio de su hermano Paullu y el gran sacerdote Villac Umu, lanzándoles flechas al pecho, acusándoles de timoratos y traidores.

Con el perfecto conocimiento de los siglos XVI y XVII podríamos penetrar, hasta en su último rasgo genial o pasional, el carácter impetuoso de las razas extintas, calcular la

(1) *Revista de Buenos Aires*, IV.

potencia de sus fuerzas morales y físicas, los grados de su valor, y trazar el cuadro vivo de sus grandes pasiones.

El arte americano estaría de felicitaciones, toda vez que a la magnitud de los temas abrieríanse nuevos horizontes a la originalidad, y la imitación servil a las literaturas extranjeras iría muriendo lentamente. Con nuevas escenas aparecerán personajes nuevos. Con una mitología propia; con dioses, semidioses y héroes nativos tendrá que desarrollarse prontamente un arte nativo. Entonces veráse cómo se añaden otros monumentos literarios a la *Araucana*, al *Gonzalo de Oyon* de Julio Arboleda, y al contemporáneo *Tabaré* de Zorrilla de San Martín.

La lucha es grande, y grandes los actores.

De parte de los invasores, Diego de Rojas, a la cabeza de tres centenares de bravos, se lanza desde el Perú a las desconocidas regiones del Tucumán, presenta batalla al señor de Capayán y muere en la travesía de la herida de una flecha envenenada; quince años más tarde Juan Núñez de Prado emprende la misma expedición de Rojas, y después de sufrir contrariedades en el territorio salteño llega a Tucumanahao, y luego inicia las fundaciones, concluyendo por ser conducido prisionero de guerra a Chile; Juan Pérez de Zurita muéstrase hábil diplomático y se capta las simpatías de D. Juan de Calchaquí; con Gregorio de Castañeda se inicia la guerra secular; Alonso de la Rivera vence y pacifica a los naturales; en 1627, bajo el despótico Felipe de Albornoz recrudece la guerra, destacándose la gallarda figura de D. Gerónimo Luis de Cabrera; Alonso de Mercado y Villacorta inicia su desgraciado gobierno de 1655, y todas sus glorias son eclipsadas por su culpable credulidad, y el Emperador andaluz pone en jaque la conquista castellana; Soria Medrano y Francisco de Nieva y Castilla se hacen personajes; la figura de Mercado y Villacorta agigántase en su segundo gobierno de 1664, y entonces todo lo subyuga, y vence al pueblo de los Quilmes, especie de Troya calchaquí.

De parte de la resistencia hay héroes también: Juan de Calchaquí y Chelemin llenan la historia: sus dos grandes alzamientos no se han olvidado en ocasión alguna.

Quilmes es el compendio del heroísmo; Sagunto se parece a este pueblo. Me olvidaba del valeroso e infeliz Coronilla, descuartizado por cuatro potros: el pobre indio fué el Atahualpa de la tierra: de nada le valió ofrecer cargamentos de oro; la venganza castellana venció a la avaricia.

Tal es el teatro y tales los personajes que luego entraremos a estudiar.

XVI

Para podernos dar aquí cuenta exacta de lo que en este libro escribimos relativo a la epopeya tucumana o tucumanense, preciso es decir algo siquiera, sobre lo que es el *Tucumán* y *Calchaquí* históricos, geográfica y políticamente considerados. De otro modo nos exponremos a caer en lamentables errores en la ubicación de los acontecimientos históricos.

Cualquier persona que no ha leído a los cronistas, y acostumbándose a la terminología geográfica de aquel entonces, puede caer en inocentes confusiones, que harían falsear por su base la cronología geográfica de la historia. Estas confusiones pueden tener principio en una errada interpretación de lo que es el *Tucumán* de la conquista, que nada tiene que ver con el *Tucumán* actual, como ya se dejó establecido.

Más bien la actual provincia de Catamarca hubiera tenido privilegios históricos para apropiarse el nombre de *Tucumán*, tanto por la tradición del gran cacique *Tucma*, el de la supuesta embajada a Huiracocha, cuanto por la existencia, hasta hoy, del lugarejo de *Tucmanaho*, al oeste de la Provincia, en uno de los actuales departamentos, y en el antiguo valle de los Paccipas. A más de esto, es en la región occidental de esta última provincia donde principalmente se desarrolla la gran epopeya tucumanense, en esa memorable región calchaquina, como ya se dijo.

En esta misma hiciéronse las principales fundaciones estratégicas: Barco, Londres, Cañete, Fuerte del Pantano, Fuerte de San Pedro de Mercado.

El *Tucumán*, geográficamente considerado, no es uno mismo, y su extensión varía con las épocas.

El verdadero *Tucumán* de los Incas es el menos dilatado, y Garcilaso, tratando del *Tucumán* del tiempo de la embajada del Inca Huiracocha, decía que distaba "doscientas leguas de Charcas, hacia el sureste". El *Tucumán* de los Incas es sabido que no comprendía sino quizá parte muy pequeña de La Rioja, ni, al parecer, el valle *Jibijibé*, actual Jujuy. En la región catamarcana sabido es que el valle de Capayán no entraba en la *marca* del Inca. Este *Tucumán*, según el P. Machoni, comprendía la zona de las cinco naciones *lules*, que abarcaban la parte sud de Salta, este de *Tucumán* y Santiago del Estero, hasta Matará.

Dilatadísimo es el *Tucumán* de la conquista, la "gobernanación de *Tucumán*", en contraposición a las otras grandes gobernaciones, como las del Perú y Paraguay. Voy a indicar los límites que le dan los cronistas.

Herrera dice: "Esta Gobernación y Provincia de Tucumán por una parte tiene a Chile y la mar del Sur; y por otra la mar del Norte, y Río de la Plata; y por la otra parte los Reinos del Perú; y por el Oriente las Provincias del Río Bermejo, que es caudaloso, y ensancha, y engrandece el de la Plata". Montesinos dice "que confina en Tucumán el reino del Paraguay". Lozano da al Tucumán los siguientes límites: "confina al sud, dice, con la tierra magalánica o el país de los patagones; por el norte con el Perú; por el oriente con el famoso Río de la Plata y la Provincia del Paraguay, confinando por este rumbo con la jurisdicción de la ciudad de la Concepción del Bermejo. Por la banda de occidente, se extiende hacia las espaldas de los reinos de Chile y el Perú, desde la derecera de Coquimbo a la del despoblado de Atacama". El P. Guevara, plagiando a Lozano (como siempre lo hace), trae este párrafo sobre los límites del Tucumán: "Parte término con el Río de la Plata y Paraguay, y por el oriente se dilata al poniente, hasta las Cordilleras chilena y peruana, al sud deslinda con Buenos Aires en la Cruz Alta, llegando a confinar por este lado con la tierra de Patagones por las interminables campañas que le corresponden, y al norte se interna hasta las vecindades del Perú por el corregimiento de Chichas, y varias provincias de infieles que nunca subyugó el valor español".

El Tucumán de la conquista castellana, no el de Prado, sino el verdadero Tucumán de la epopeya, comprendía solamente lo que hoy son las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Rioja. La Rioja, país esencialmente diaguita, fué anexado al Tucumán por el valeroso Juan Ramírez de Velasco en 1591.

En la cédula de don Juan Núñez, concediéndole esta conquista, están fijados los límites del Tucumán; pero como no he podido conseguirla, auxiliareme, para fijarlos, de los datos de los cronistas en sus historias. Herrera, tratando en su Década octava de las instrucciones del Presidente La Gasca a Prado, consigna lo siguiente, referente al límite norte de la gran Provincia: "Esta Gobernación de Tucumán, dice, Juries y Diaguitas comienza pasado el Distrito de los Pueblos de los Chichas, que sirven en la Villa Imperial de Potosí en otros pueblos, que se dicen Moreta, Cochinoa, Sacochoa, y Casavindo; y pasando estos pueblos se atraviesa un despoblado de quince, o veinte leguas, que es tierra muy fría, que propiamente se llama Cordillera y luego se baja a Tierra templada, y caliente, por donde pasa el camino, que va del Perú a Tucumán, apartado de las poblaciones de los Indios, por la seguridad de los que entran y salen en esta Gobernación..."

Por el oriente, Herrera da'e por límites "las provincias del Río Bermejo". Por la parte oriental hacia el Chaco, según el Abate Hervás, el Tucumán extendíase hasta parte de él. He aquí la referencia que hace este último, aludiendo a dos poblaciones del Chaco en que se hablaba el lule: — "Estas dos poblaciones se llaman Miraflores y Valbuena, pertenecen a la diócesis de Tucumán, hacia el 25° de latitud y entre los grados 313 y 314 de longitud". El P. Lozano, fijando los límites que a Córdoba dió don Gerónimo Luis de Cabrera, dice que la Provincia hacia el lado del litoral, extendíase "hasta donde hoy está fundada la ciudad de Santa Fe"; más la Cruz Alta fué considerada por este lado el límite. El occidental ya se sabe que era la *Cordillera Nevada*, los *Antes* o Andes, y el verdadero límite Norte es el recogimiento de los Chicas, más o menos hasta Yaví, hacienda del marqués del Valle de Tojo.

Pertenecía el Tucumán de la conquista a la jurisdicción del Perú, dependiendo directamente de la Real Audiencia de la Plata. Sin embargo, el Gobernador de Chile, don Pedro de Valdivia, valiéndose de sus capitanes Villagra y Aguirre, incluyóla en su gobernación, acatando más de una vez los gobernadores tucumanos la autoridad de don Pedro. Lo que sirvió de título a Chile para apropiarse forzosamente del Tucumán, fué la concesión a Valdivia de la gobernación chilena, en la que establecíase, según Herrera, que aquella abarcaba desde el Valle de Copiapó hasta el cuarenta y un grados de Norte a Sur, y "*Leste Oeste cien Leguas de Tierra adentro*".

Los conflictos entre tucumanos y chilenos, que tanto daño acarrearón a la conquista, fueron en más de una ocasión resueltos en favor de la independencia del Tucumán respecto a la pretendida jurisdicción chilena, que comenzó desde la conquista de Prado. La cuestión llevóse hasta S. M.; y el rey Felipe II, por real provisión de Guadalajara de 2 de Agosto de 1563, declara que el Tucumán es del "Distrito de la Real Audiencia de la Plata". En 1564 el Gobernador del Perú, López García de Castro, lo desmembró de Chile, nombrando a Francisco de Aguirre, con dependencia de la Real Audiencia del Perú. En 1575 prodújose una decisión aún más categórica en este sentido, la que, por fin, cortó toda cuestión.

En el propósito de no incurrir en errores históricos, al darnos con documentos de aquellos tiempos, es preciso tener muy en cuenta las diversas denominaciones que en épocas muy distintas se han dado al Tucumán de la conquista. *Nuevo maestrazgo de Santiago*, denominó a la Provincia Juan Núñez de Prado en 1551; *Nueva Inglaterra*, llamóla Juan

Pérez de Zurita en 1558; Castañeda dióle el nombre de *Nuevo Estremo*. En 1573 don Gerónimo Luis de Cabrera la bautizó con el nombre de *Nueva Andalucía*, con el mismo que ha persistido más de cuarenta años.

Los cronistas chilenos generalmente designan al Tucumán con los nombres de *los Diaguitas* y *los Juríes*, por las tribus que lo poblaban.

Otras veces úsanse indistintamente por los cronistas las denominaciones de *Tucumán*, *Tucuma*, *Tucumánn*, *Tacuy-ma*, *Tacumanao*, etc. (1).

El verdadero nombre es, sin duda, *Tucumán*, que deriva del cacique *Tucma*, y así dice el P. Lozano: "El nombre de Tucumán se tomó de un cacique muy poderoso del Valle Calchaquí llamado *Tucma*, en cuyo pueblo que decía *Tucumanahaho* plantó su primer Real el capitán Diego de Roxas". Ya sabemos que *Tucumanahaho* se descompone de este modo: *Tucuman-ahaho*, siendo *ahaho* pueblo, en kakano, por lo que *Tucumanao* es: *pueblo del cacique Tucma*.

Pero ¿qué es *Tucu*?; ¿qué significa la partícula *man*?

En el idioma cuzqueño, *tucu* quiere decir *que acaba*, y *mán*: *en dirección a*; luego la palabra podría traducirse literalmente por: *dirección adonde acaba*, y quizá se diría porque el Continente, en forma cónica, "va a acabar luego", o también porque en el Tucumán "acaba la dominación o marka del Inca". *Tucu*, o más bien *tacu* asimismo, es *algarrobo* o *algarrobal*, y tal vez la palabra propuesta tradujérase por *hacia* o *el lugar de los algarrobos*". Es de advertir que el pueblo de *Tucumanao* está rodeado de algarroba'es.

Curioso es, y alguna vez me ha preocupado, observar en esta cuestión que en Catamarca y demás provincias contiguas hay un coleóptero de ojos muy brillantes que se denomina *tucu* o *tuco*, y que muy bien *Tucu-man* pudiera traducirse por "hacia los *tucus*", o "el país donde hay *tucos*". El *tuco* nuestro es especialísimo, y no es la conocida luciérnaga, que en el idioma quíchua se llama *ninaqueru*, y a la cual hasta hoy se denomina *linaquero*. La especialidad de este coleóptero pudo haber dado su nombre a la provincia, pues que los indios tomaban los nombres de cacique o de los pueblos, de las mayores frivolidades. (2).

He aquí una otra traducción de la palabra *Tucumán*, consignada en el P. Guevara: "Unos, dice, la hacen dicción

(1) En documentos de 1684 y 1705 se lee: *San Miguel del Tucumán* (Arch. L. Román). Lo mismo en otros de 1759.

(2) En Santiago del Estero, el país de los *tucos*, hasta hoy el paisano al verles, pregunta: "*Tucu-tucu, ¿maipi tako tiam?*" (*Tucu-tucu ¿dónde está algarroba?*) P. Lascano, "*En el país de los "Tucos"*, *La Provincia*, Agosto 1896, Tuc).

compuesta de *tucu* que significa todo, y de la negación *mana*: esto es, "nada de todo", añadiendo que con estas palabras respondieron al Inca sus exploradores enviados a registrar si estas tierras eran fecundas en minerales. Otros afirman, que preguntando los soldados de Pizarro si en estos países se hallaba plata, respondían los indios: no hay, *manan*; si oro, *manan*, tampoco. Entonces irritados los españoles dijeron: *tucuimana, tucuimana*: "a todo respondéis que no hay".

Según Mr. Hutchinson, el nombre de esta provincia es tomado del que llevaba uno de los antiguos Incas del Perú, que se llamaba *Tukú-Uman*, *Cabeza luminosa*. Coincide esta opinión, más o menos, con la del doctor Nicolás Avellaneda.

El señor Pablo Groussac, en su "Tucumán Antecolonial", da a la palabra Tucumán una otra traducción, que no deja de ser ingeniosa, por más que pudiera ser vulnerable por muchos conceptos. El la traduce por *país del algodón*, dada la ponderada abundancia del algodón en el viejo Tucumán, y teniendo muy en cuenta la relación de Garcilaso, de que en estos países trabajábase "mucho ropa de algodón". Pero para traducir de este modo, el señor Groussac se ve obligado a escribir *Utcuman*, siendo la raíz *utcu*, algodón, que también figura en la lengua lule. (1)

Para hacer la transformación eufónica de Utcumán por Tucumán, este escritor manifiesta que ella es de derecho común en todas las lenguas, aunque en muchas ocasiones no haya ganancia eufónica, sino que se traduzca por simple capricho o tendencia a la desviación. "Nuestros paisanos de Tucumán, dice, no sólo dicen *pader, vedera, Grabiél*, etc., sino que cambian las letras por *espíritu de perversidad* lingüística, como diría Edgardo Poe, y sin razón explicable diciendo por una parte *piegra, lagrillo, Pegro*, y luego *badre, brama, lódrima*, etc. Es probablemente así como el *utcumá* — región del algodón — vino a ser el Tucumán".

Sea de todo ello lo que fuere, yo me doy por muy satisfecho al saber con certeza que el nombre de la provincia, Tucumán, está directamente emparentado con el de Tucma, cacique.

XVII

Ocupémonos ahora de Calchaquí, nombre que puede también traer confusiones.

La confusión puede ocurrir desde el primer momento, ante el hecho de que en nuestra geografía moderna no hay otro

(1) El de Machoni, que Groussac cree erradamente que es el Tucumán.

Calchaquí que el del hermoso valle de Salta, designado con este nombre, tanto más cuanto que por esa provincia hacían los castellanos sus entradas al Tucumán. No es sólo este: contribuyen a la confusión los relatos de los historiadores clásicos al llegar las expediciones a este país, donde ya soporaban los rigores de la lucha. Lozano, por ejemplo, refiriéndose a la entrada de Almagro, de tránsito a Chile, y aludiendo a los juríes, dice que éstos “debieran dar aviso a sus *vecinos* los ferocísimos *calchaquíes*”, lo que a cualquiera haría creer, por la vecindad geográfica, que se trata única y exclusivamente de los calchaquíes del Valle Calchaquí salteño.

Pero los que nos empapamos en los relatos de los cronistas, comprendemos claramente que los salteños no son los únicos calchaquíes, y que los hay tanto en territorio de Salta, como en Jujuy o Catamarca, y que no sólo en los valles de estas provincias vivía la raza de los alzados. El hecho mismo de repetirnos los cronistas en cada capítulo que la más grande de las epopeyas ha sido la Calchaquí, y que los hijos de la montaña fueron los más obstinados en resistir el yugo castellano, pruébanos hasta la evidencia que no se hace alusión a los indios de Salta o sus convecinos, pues es por demás sabida la poca o escasísima resistencia de las tribus salteñas, que luego no más se rinden a discreción, y que más al sud tolonbones y pacciocas decláranse aliados voluntarios de los españoles en las guerras, especialmente en la que se llevó contra el heroico pueblo de Quilmes, en el valle de Santa María, hollado por los mismos hijos de la tierra.

El Calchaquí de la epopeya es un Calchaquí bien distinto.

Cuando en los alzamientos se habla de guerra a los Calchaquíes, alúdese principal y especialmente a hualfines, quilmes, yocahuiles, anginaos, tucumangastas, abaucanes, andalgalás, etc., *naciones* casi todas ellas que vivieron en lo que es hoy la provincia de Catamarca, especialmente en los departamentos denominados de Santa María, Belén, Andalgalá, Tinogasta y Pomán, como asimismo en la zona septentrional del territorio riojano. Estos indios, como dice muy bien el señor Lafone Quevedo, “fueron los iniciadores de todas las guerras de Calchaquí, destruyeron la primera ciudad de Córdoba en Calchaquí, la de Cañete, la de Londres dos veces, pusieron en peligro a la Rioja y a la nueva Londres, refundada en Pomán, y llegaron hasta amenazar la existencia de la Colonia Española, durante los cinco años que transcurrieron desde la entrada de Zurita, el fundador de ciudades, hasta el último gobierno de Mercado y Villacorta, vencedor de Calchaquí y último y definitivo conquistador del Tucumán”.

Es cierto que Calchaquí, en su acepción más lata, es todo

el valle de los alzados o de los indios rebeldes al yugo castellano, y en este sentido comprende toda esa larga corrida de valles, de Jujuy hasta los diaguitas de la Rioja, de Norte a Sur, estando encerrado por el versante oriental de los Andes y el sistema del Aconquija y otros montes, que separan a Calchaquí de la región de los llanos.

Hacia la parte norte, sin duda que el Calchaquí de los cronistas comenzaba, más o menos, por los pueblos de los ocloyas, Casabindo, Cochinocha y otros. Esto explica por qué Lozano, en el párrafo que antes transcribí de él, dice que los jujuíes eran *vecinos* de los calchaquíes, y que el valle de Chicoana caía en la jurisdicción de estos indios. En un otro pasaje dice que el valle de "Cachi está a la *entrada* de Calchaquí".

Las llanuras que comienzan en las faldas orientales de los cordones de sierras que hacen valles con la Cordillera, no forman parte de lo que se denominaba Calchaquí, y así el Padre Lozano hablando de las penurias de los castellanos, dice: "entró el hambre a las ciudades de la *Frontera de Calchaquí*, como Salta, Tucumán y Jujuy." En otro pasaje, refiriéndose a la fundación del perverso Lerma, escribe: "consultó si sería más conveniente fundar la nueva ciudad en el *valle de Calchaquí* o en aquellos parajes de Siancas..."

Estas citas, a más de probar que los llanos no formaban parte de Calchaquí, evidencian que eran fronterizos del mismo, lo que da completa luz para la ubicación geográfica de aquél.

Pero, en el sentido más restringido de la palabra, el verdadero valle de Calchaquí, al que se dan algunas decenas de leguas de extensión, es el Calchaquí que encierra el valle de Ycahuill (Santa María) y se extiende hasta el valle de Andalgalá. (1) De aquí que la ciudad de Córdoba en Ycahuill denominárase *Córdoba de Calchaquí*; y es refiriéndose a este pueblo, al hablar de los aprietos de Castañeda, que Lozano dice que el gobernador partió "de Cañete a *Calchaquí* a vengar la destrucción de Córdoba" y en otro lugar, aludiendo al mismo Castañeda: "encaminóse otra vez, dice, desde Londres (el de 1553, en el actual departamento de Belén) *Castañeda a Calchaquí*"; y, en fin, hablando del general, refiere lo siguiente: "comprendió sujetar el valle de Andalgalá, que es a espaldas de Calchaquí".

En el acta de jurisdicción de Londres, levantada en San Juan de la Rivera, en 17 de Septiembre de 1632, dando a la nueva fundación sus límites jurisdiccionales al norte, encuen-

(1) Singuil también está incluido en los valles, pues dice Lozano que el río Escaba "nace en el Valle de Calchaquí".

trase lo siguiente: "... Y asimismo hacía en Norte que confina con el valle *Calchaquí* el de Yocahuill". Este pasaje es muy interesante.

El valle santamariano, el valle Yocahuill, háse apropiado generalmente el nombre del valle Calchaquí.

Por las citas anteriores, y otras que pudiera hacerse, véase cuál es el verdadero o propiamente denominado *Calchaquí*, tanto más si tenemos en cuenta que los puntos de donde parten los generales castellanos, Cañete y Londres, encuéntranse allí mismo, en el gran valle Calchaquí, en el Calchaquí en un sentido más lato, el cual como ya dejé escrito, extendíase hasta los diaguitas de la Rioja.

Hay una región más pequeña aún, comprendida en la indicada, a la que, en un sentido más restrictivo quiere aplicarse el nombre de Calchaquí, propiamente dicho: "Por último, escribe el señor Lafone Quevedo, ocupándose de este asunto, vemos ese nombre aplicado a esa parte incluida en la región desde los nacimientos del río *de* Calchaquí hasta las juntas *de* éste con el río Yocavil o Santa María. Indudablemente éste es el verdadero valle de Calchaquí; pero basta que Lozano haya hecho uso de ese nombre en un sentido más lato para que nosotros veamos en ello una comprobación histórico-etnológica". (1)

Para terminar diré que la palabra *Calchaquí* háse modernamente traducido en esta forma: *ca'cha* bravo, y *quí*, por *qui-y*, los *re*, esto es: *los re-bravos* o *muy bravos* o sea, en buenos términos históricos, "Valle de los Alzados".

Yo no me explico por qué se olvida o se echa de menos la tradición que el P. Lozano da a la palabra en el siguiente párrafo, que transcribo a la letra: "de hecho los capitanes del Inca, dice, conquistaron dos veces a los naturales de este valle, pero que ellos, idólatras de su propia libertad, llevaron tan pesadamente el yugo de su propio dominio, que otras dos veces se rebelaron; por lo cual despachado por tercera vez sus capitanes al valle, les dió orden apretada que destruyese todos sus moradores; y de ahí le vino al valle el nombre de *Calchacui*, que quiere decir *asolados* usando la metáfora del verbo *Calchani* que usa el indio; cuando acaba la cosecha de maíz abate al suelo la caña y alterando poco el vocablo se llama el valle de Calchaquí".

Esta es para mí una interpretación auténtica, a pesar del respeto que me merece la autoridad del señor Lafone Quevedo, quien verbalmente me manifestaba que la alteración

(1) LONDRES Y CATAMARCA.

que Lozano quiere hacer se resiste completamente a la índole de la lengua quichua.

Finalmente, quizá, y es muy probable, la voz *Calchaquí* sea kakana, y entonces la cuestión quedaría cortada, y el histórico valle quedaría sin interpretación, pues yo no sé que haya nadie que conozca algunos sustantivos o verbos kakanos.

XVIII

Son famosos para la historia de Calchaquí los albores del siglo XIV, en que la dominación incásica comenzó a extenderse por el *Collasuyu*, o la región del sud del gran imperio de los hijos del Sol, que el muy celebrado Inca Yupanqui completó con la anexión del Musu, hasta las riberas de uno de los grandes ríos que forman el gran estuario del Plata, llamado entonces Parahuay, "llovedme", como lo asevera el Inca Garcilaso.

Los Incas tenían verdadera fiebre por extender su imperio hacia las cuatro partes del orbe iluminadas por el Sol, Pachacamac, el "sustentador del mundo", o sean: *Antisuyu* (oriente) *Contisuyu* (poniente) *Chinchasuyu* (norte) y *Collasuyu* (sud).

"Conquistar es gobernar": tal podía decirse que era el lema de la política incásica, pues muy mal mirado hubiera sido por sus vasallos el Inca que no hubiese añadido al imperio una nueva provincia o reino.

El primer emperador, Manco Capac I, dió el ejemplo con la conquista de Maseca, Chillquí, Papiquí y Caviña; su sucesor, Sinchi Roca, después de reunir en consejo de guerra a sus *kuracas* en el Cuzco, hizo su campaña, extendiendo sus dominios hasta Chuncara; Lloque-Yupanqui conquistó las provincias de Cana, Ayavirí, Coya, Chucuyto, siendo este Inca divinizado por sus hazañas; Mayta Capac, su sucesor, cruzando en balsas el desaguadero de Tixicaca, redujo a Tihuanaco, añadiendo más tarde a su imperio a Hatumpacasa, Cac-yaviri, en cuya conquista "las flechas y piedras y otras armas que contra los Incas tiraban, se volvieron contra ellos mismos y así murieron muchos collas"; el bravo Hatm Pacasa rindióse, así como Huarina, nombre que fué del lugar donde más tarde se dió la gran batalla entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno. Luego Llaricasa, Guancavan Huaychu (después de una batalla de todo un día), y pasando el Apurímac, aquel príncipe conquista otros pueblos. Su sucesor, habido en Mama Cuca, el famoso Yupanqui, salió a conquistar el *Contisuyu*, entre cuyas conquistas fué célebre la de los Aymaras y los Quichuas. Este mismo Inca, tomando hacia *Collasuyu*,

juntamente con su hermano Anqui Titu, conquistó varias otras provincias. Su hijo y sucesor, Inca Roca, empezó por conquistar los Chancas y Huaneahullu, enviando a su hijo Yahuar Huacac, a conquistar el *Antisuyu*. Este sucedió a Inca Roca, habiendo sido un príncipe supersticioso. Yahuar Huacac, o "llora sangre", envió a su hermano el Inca Mayta a conquistar el Collasuyu, consiguiendo hacerlo desde Arequipa hasta Tacama. Su hijo Viracocha o Huiracocha, el de la fantasma, destronando a su padre, sube al imperio, haciéndose famoso desde el día en que vence a los Chancas. Huiracocha extendió su imperio por el oeste hasta Sierra Nevada, por el poniente hasta el mar, por el norte hasta la nación chanca, y, finalmente, tomó rumbos al sud, hacia Chile, a dilatar su imperio por estas regiones.

Antes de emprender esta famosa expedición, el Inca legendario armó treinta mil guerreros, colocando a la cabeza de sus tropas a su hermano Pahuac Mayta Inca, el Aquiles de su tiempo, por su valor y ligereza, pues Mayta quiere decir: "el que vuela". Seis Incas más, en calidad de generales, acompañaron al ejército.

Esta expedición, no tanto por lo que nos toca de cerca, sino también por lo arriesgada e intrépida de la misma, es famosa, pues que el Inca habíase aventurado a regiones desconocidas, pobladas de millares de indios salvajes e indómitos, sin contar con lo penoso del viaje, cruzando desiertos como el de Atacama, y cordilleras como los Andes.

Una vez que Huiracocha Inca hubo terminado su larga y benéfica visita al norte del imperio, dirigióse hacia el Collasuyu al frente de sus guerreros. El pendón de arco iris, o sea el arco *chuychu*, entró glorioso en regiones desconocidas para sus antecesores. Después de visitar a Taracapa llegó a la antigua provincia de Chareas.

Fué al visitar esta provincia cuando del lejano reino de Tucma, o del Tucumán, se dice que partieron los embajadores de las tribus a implorar alianza, y a ofrecer sumisión al Inca, cuyo nombre había volado hasta estos países en alas de la fama.

El Inca, se añade, recibió a los embajadores con toda la política acostumbrada por sus antecesores. Les obsequió con fiestas, ordenando a sus generales que hiciesen con la embajada los brindis de estilo, sirviéndose de las bebidas del país. Mandó que se obsequiase con trajes para sus curacas y caciques, y prometió enviar, como se dice que lo hizo, algunos Incas y grandes de su corte a instruirles y prepararles a recibir su civilización.

El Inca Garcilaso, dándonos cuenta de la embajada, pone

un largo discurso en boca de los embajadores; y aunque indudablemente no es, como se ha dicho, sino una amplificación retórica del historiador de los Incas, creo que es oportuno transcribir algunas de sus partes, pues que en ese discurso están patentes los motivos de la embajada.

“Capa Inca Viracocha, dijeron, la fama de las hazañas de los Incas, tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros, y las grandes maravillas que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por ti, han penetrado hasta el último fin de nuestra tierra... De las cuales grandezas aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte hayas por bien recibirlos bajo tu imperio... Para lo cual en nombre de todo nuestro reino te adoramos por hijo del sol, y te recibimos por el rey y señor nuestro...”

Y diciendo esto “descubrieron mucha ropa de algodón y mucha miel muy buena...”

Es de esta manera, al parecer tan sencilla y natural, cómo los cronistas explican la anexión del Tucumán, y por consiguiente de nuestro Calchaquí, al imperio incásico.

Sin embargo, desde ya me declaro decidido opositor de la verdad de esta embajada, y pienso que los monarcas del Perú someterían de otro modo el país.

No es concebible, ni por un momento, que pueblos eminentemente salvajes, con su origen étnico perfectamente marcado, fuesen en demanda de civilización. El hecho mismo de llevar éstos la vida de la naturaleza, hace que instintivamente sintieran la repulsa más grande hacia la cultura quichúa, y en proporción a su crecimiento o desarrollo. Que un bárbaro vaya más allá de doscientas cincuenta leguas, y de quinientas, según otros, es algo tan extraordinario, que se necesita mucha credulidad para pensarlo, siquiera, o ponerlo en tela de juicio.

Para mí lo que hubo, lo que indefectiblemente hubo, fué conquista, y verdadera conquista, sea librando batallas o reduciendo los Incas a los naturales de este país por medio de terribles amenazas de guerra, las que, ante la fuerza incontrastable de sus armas, como de su número, harían doblar la cerviz al hijo de la tierra ante adversario tan poderoso, con el cual no se atrevería a medir sus armas; siendo esta última idea, de suyo inverosímil, cien veces más aceptable que la de embajada voluntaria.

Sostener lo contrario es por otra parte, no tener idea del genio de la raza calchaquí. Oigamos a Lozano: “En una

sola cosa concordaban todas las parcialidades, dice en su "Historia de los Jesuitas del Paraguay", y era el aborrecimiento al dominio extranjero, confederándose con maravillosa unión, cuando se temía alguna irrupción externa; por lo cual nunca los pudo sojuzgar la potencia formidable de los Incas y se mantuvieron exentos de aquel yugo, que fueron forzadas a cargar a otras naciones más numerosas, pero unidas en los intereses de su libertad".

Es sabido que los Incas construyeron grandes fortificaciones en el país, como el conocido *Pucará del Inga*, en la altiplanicie del Aconquija, como asimismo los naturales levantaron defensas de piedra, dispersadas aquí y allá. Sin que haya mediado una verdadera conquista armada, no es explicable esa rápida transformación de la vida calchaquí a la vida peruana. La lengua de toda una raza no puede desaparecer sin una verdadera irrupción, sin un completo avasallamiento. La sustitución del quichua al kakano, y demás lenguas nativas; el olvido a las divinidades de la tierra; la adoración a dioses extranjeros; la revolución en las tradiciones, método de vida y costumbres, no es aceptable bajo la hipótesis de una simple embajada amistosa en demanda de civilización y de dominio, mucho más si se tiene en cuenta el odio profesado por la barbarie a todo género de cultura, sobre lo que es necesario insistir a cada momento.

Aparte de estas consideraciones, no es concebible que el Inca saliese simplemente a visitar su imperio, acompañado de treinta mil guerreros y seis generales. Este hecho prueba a las claras que lo que el Inca se propuso fué conquistar, de la propia manera que lo había hecho en el *Chinchasuyu*; y si Huiracocha no acometió la empresa de la conquista del Tucumán, un conquistador, sin duda, ha habido, cualquier otro que sea; pero un conquistador incásico, que por la fuerza incontrastable de sus armas cambia una civilización por otra, o más bien dicho, da en tierra con la barbarie, imponiendo sus dioses, lengua, tradición, leyes y costumbres.

Sea lo que fuera de la embajada a Huiracocha, para mí es el *Inca Yupanqui*, sucesor de Pachacutec, (1) noveno monarca peruano, según la cronología del Maestre de Campo D. Pedro de Córdoba y Figueroa, a quien puede verdaderamente darse el nombre de conquistador de estos países.

Los historiadores chilenos, capitán don Alonso de Góngora y Marmolejo y Córdoba y Figueroa, sin contar los cronistas del Perú, nos relatan la gran expedición del Inca Yupanqui, diciéndonos uno de aquéllos que para emprender la

(1) No por esto dejo de advertir que *Pachacutis* hubo muchos. *Pachacutis* era también épocas de 500 años, 6 medio sol.

conquista de Chile, el monarca del Cuzco “nombró por general a un Inca de los de su real familia, y los demás oficiales fueron los de más crédito, y las tropas las mejores del Imperio; y porque la marcha había de ser por el despoblado... mandó que las tropas (entre otras cosas) se dividiesen en columnas de a diez mil hombres para que fuese más cómodo su tránsito”.

Yupanqui, según los historiadores chilenos, es conquistador de esas regiones, quien extendió sus dominios hasta el Maule, dejando únicamente mal sujetos a los promaucas. La crónica sólo nos habla de la batalla de Copapayú y otras para someter a los indios de Coquimpu.

El hecho de ser el Inca Yupanqui quien llegara a los extremos de la América Meridional, ligado a todos los rastros de cultura incásica que encontramos en estos países, hasta objetos de cobre y alfarería con el busto del Inca, háceme pensar, con justos motivos, que aquél, y no Huiracocha, es el conquistador del Tucumán.

Que Yupanqui tuvo por estos mundos grandes guerras, y dió innumerables batallas, vese claramente leyendo a los cronistas. Un otro hecho no debe pasar desapercibido: el tiempo de la conquista, el que debe ligarse al número de los soldados y a los continuos socorros de gente que llegaban.

“En todo el tiempo que duró aquella conquista, escribe Garcilaso, que según dicen fueron *más de seis años*, el Inca siempre tuvo particular cuidado de *socorrer los suyos* con gente, armas y bastimento... por lo cual vino a tener en Chile más de *cincuenta mil* hombres de guerra...”

Sin embargo, solamente en una ocasión, en las crónicas de la expedición de Yupanqui, hallo citado a *Tucma*, y es en el siguiente párrafo de Garcilaso, explicando de cómo el Inca se internó a Chile: “Desde Atacama, dice este historiador, envió el Inca corredores y espías... Los descubridores fueron Incas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes sino a los de su linaje, a los cuales dieron indios de los de Atacama y *de los de Tucma* (por los cuales, como dije en otro lugar, había noticia del reino de Chile) para que los guiasen...”

Esto de las guías *de los de Tucma*, es para mí toda una revelación. ¿Cómo el Inca, si cruzara a Chile por Atacama, podía valerse de los *de Tucma* cuando los de *Tucma* estaban a decenas de leguas de distancia? Y, ¿cómo, sin haber subyugado a los *de Tucma*, podía el Inca hacerse auxiliar de ellos? ¿Quién no ve en esto a las claras que el tránsito del Inca para Chile se hizo por el Tucumán, al que sub

yugó a la pasalla, hasta valerse de los *de Tucma* para cruzar a Chile?

Téngase en cuenta, por otra parte, que el Inca Paullu y Villac Umu, cuando guiaban a Almagro a su conquista de Chile, llevaríanle por el camino de antemano conocido de los Incas, y no se aventurarían por vías nuevas o desconocidas.

Es, indudablemente, en esta ocasión cuando los Incas realizaron la conquista del Tucumán, y una vez realizada ésta, recién pasaron a Chile, pues “por los de Tucma *había alguna noticia del reino de Chile*”, lo que prueba claramente que Yupanqui, después de conquistar el reino de Tucma, pasó los Andes guiado por estos indios. Así también queda explicado el porqué de la demora de *seis años* en la conquista de Chile.

El que objetase que bien pudo suceder que Yupanqui u otro Inca hubiese anteriormente tenido ya sujeto al Tucumán, por lo que sus indios prestaron auxilios a los conquistadores de Chile, no iría errado en el terreno de las conjeturas históricas. En efecto: dos son las expediciones de Yupanqui al Collasuyu: la de Chile y la que más antes efectuó al país de *los chiriguano*s y del Musu. ¿Sería en esta expedición cuando Yupanqui conquistara el reino de Tucma?

Nada más creíble que esto.

Yupanqui, después de recibirse del Imperio y ceñir la borla, cruzó la gran *Sierra Nevada* con el propósito de conquistar el *Musu*. A este Musu, según Garcilaso, se penetraba por un gran río que uniéndose a otros, “hacen un grandísimo río llamado *Amarumayu*”, el que sospecha que “juntándose con otros muchos se llaman *río de la Plata*...”

Esto parece decirnos claramente, pues, que antes de la conquista de Chile, en su primera expedición, Yupanqui Inca extendió sus dominios, indudablemente, por gran parte de lo que es hoy territorio argentino. Ahora bien: ¿cómo pudo hacer esa expedición sin cruzar por el reino de Tucma, o Tucumán, que está tan al norte, y que colindaba con los países que los Incas tenían ya conquistados? Y, ¿cómo pudo cruzar por estos países a fin de llegar a los ríos sin tener que luchar con sus naturales y subyugarles, pues que sin vencerles no le hubieran cedido el paso?

Es, pues, más que provable que en esta época los Incas dominarían nuestra provincia, y que la cultura quichúa penetró al Tucumán.

De todos modos, sea en una u otra de las expediciones de Yupanqui Inca al Collasuyu, este monarca es y será para mí el verdadero conquistador del Tucumán, poniendo, después de lo dicho, en cuarentena todo lo que el buen Garcilaso nos

refiere sobre la embajada a Huiracocha, en la que no es posible creer.

Qué clase de acontecimientos se hayan desarrollado con motivo de la invasión incásica; cuánta haya sido la intensidad del ataque y de la resistencia; cuál haya sido el papel desempeñado en ese entonces por nuestros calchaquíes, todo eso, y mucho más, ha quedado y quedará velado por el misterio y el olvido, y apenas si la tradición nos ha dejado vagas reminiscencias de la invasión, que aparecen como esfumadas en el seno de los tiempos.

Siempre me ha llamado la atención que en el pueblo de Zuma valle de Quiriquiri, y en tiempo de Núñez de Prado, había un cacique llamado *Topanguí*, tan parecido a *Yupanqui*.

Voy, para terminar, a dar cuenta de otros rastros de la invasión incásica, y a debatir, finalmente, la vieja cuestión de si los Incas alcanzaron o no a subyugar al país.

Refiriéndose el P. Lozano al título de Inca, que los indios dieron al aparecido Pedro Bohorquez, y aludiendo a la opinión de algunos cronistas, escribe que éstos aseguran "que de hecho los capitanes del Inga conquistaron *dos veces* a los naturales de este valle (Calchaquí). pero que ellos, idólatras de su propia libertad, llevaron tan pesadamente el yugo de su propio dominio, que otras dos veces se rebelaron, por lo cual despachando tercera vez sus capitanes al valle les dió orden apretada que destruyesen a todos sus moradores; y de aquí le vino al valle, en el idioma peruano, el nombre de *Calchaquí*, etc."

A más de esto, que viene muy en apoyo de la conquista armada, hay una verdadera antinomia entre la embajada amistosa y la opinión de los cronistas del odio profesado por los calchaquíes a los Incas, a los cuales, sin embargo, estaban subyugados después, según refieren, pues que "habían entrado sus armas victoriosas de esta parte de la Cordillera del reino de Chile, por los valles de Abaucan, Mafin y Andalgala hasta el de Famatina, donde descubrieron su opulento cerro, y por esta razón (los Incas) conservaron con grande empeño este sitio, poniendo en él una numerosa guarnición, para defenderle de las hostilidades e invasiones de los comarcanos, y aún asegurarle con este presidio de alguna sublevación de los naturales ya rendidos, y dicen se reconocen vestigios de la fortaleza..."

La opinión de estos cronistas viene, pues, en corroboración de la conquista armada, y vése que no han creído cándidamente en la tal embajada de Garcilaso.

Esta misma idea está de acuerdo con lo que otros cronis-

tas escriben, según Lozano, “de haber sido tradición entre los indios tucumanos que las milicias peruanas (las de Yupanqui?) entraron por la parte de Salta y prueban su dicho, lo primero por el lugar que en el valle de Calchaquí, hasta hoy persevera con el nombre de Tambo del Inga; y lo segundo con el pueblo y asiento que llaman de Chicoana que es de la misma jurisdicción de Salta, y dicen tomó este nombre porque para seguridad de la conquista, mandó el Inga poner en aquel paraje un fuerte presidio, cuya guarnición venía a sus tiempos desde el valle de Chicoana, cercano a su corte del Cuzco reanudándose unos en el lugar de otros y todos naturales de aquel valle por ser de los más fieles y por esta razón llamaron a aquel sitio el Asiento de Chicoana en memoria de su patria”.

Yo puedo agregar en Catamarca los nombres de lugar: *Incamana*, al comenzar el valle Santa María, y *Ccapac-ñan* o Capayan, en el departamento del mismo nombre.

En Tinogasta, persiste hasta hoy un río con el nombre de *Inga*, e *Inga* es apellido de una familia santamariana.

Si para llevar a cabo la anexión de estos países a su gran imperio no hubieran tenido los Incas que guerrear repetidas veces, y producir una invasión, que tácitamente niega Garcilaso, es verdaderamente inexplicable cómo es que encontramos divididos a los cronistas en la vieja cuestión de si los Incas dominaron o no del todo estos reinos, y si estos indios profesaban o no cariño a sus conquistadores, asunto de que se han preocupado, entre otros, Ruiz Díaz de Guzman, Diego de Lezana, etc.

D. Pedro de Córdoba y Figueroa, en su “Historia de Chile”, hablando, por ejemplo, de la expedición de Paullu Inca (a quien él llama *Pullu Inca*) en compañía de Almagro, dice lo siguiente: “Cinco españoles que vinieron con el Inca, intentaron internarse en *Jujuy*, para cuyo efecto pidieron al príncipe del Perú algunas tropas, a cuyos reyes *no estuvo bien sujeta esta deliciosa nación*”. El Obispo Maldonado, en carta contestación a Pedro Bohorquez, dirigida desde Córdoba, con fecha 20 de Septiembre de 1637, decía a éste: “Lo que siento en este caso es que Calchaquí *no amó ni conoció al Inga, sino sugetos con presidios...*”

Quede, pues, sentado que la anexión de Tucumán y nuestro Calchaquí al imperio de los Incas, fué fruto de invasión armada de estos y no el resultado de una supuesta embajada amistosa.

Ahora, por lo que respecta a la debatida cuestión de si en tiempo de la conquista los calchaquíes amaban o no a los Incas, adhiérome a la opinión de los que piensan que los años

fueron paulatinamente asentando la dominación incásica, y que por más odio que los naturales hubieran profesado a los peruanos en un principio, el hecho de hacer suya la religión, el habla, la política y costumbres de los Incas, debía establecer vinculaciones naturales y lógicas entre conquistados y conquistadores, mucho más si se tiene en cuenta la sabiduría de la política peruana para con las tribus subyugadas, a las que trataban como no hay ejemplo en la historia que lo haya hecho conquistador alguno.

Lo que, indudablemente, hace surgir justas dudas, es lo suave y pacífico de la dominación incásica; pero téngase en cuenta que los monarcas del Cuzco respetaban, generalmente, las antiguas leyes, costumbres y prácticas de sus conquistados, sin que haya ejemplo, en prueba de ello, de que los Incas hubiesen quitado su potestad política a los jefes, caciques o curacas de las tribus. De este modo los conquistados, como nuestros calchaquíes, en más de un sentido, conservaban su libertad y su vida autonómica como colectividad o nación.

Esta es para mí la manera de explicar este asunto, de que hase querido hacer un enigma.

Aparte de muchas otras pruebas más, que podría traer en apoyo de estas ideas, es para mí decisiva la que apunta uno de nuestros historiadores, el doctor Vicente G. Quesada. "Si los indios de estas comarcas, dice, no hubieran obedecido y reconocido a los Incas del Perú como a sus reyes, y amado su dominación, duro nos parece que el impostor Bohorquez hubiese podido hacer y realizar una sublevación temible... pero lejos de eso, el recuerdo amado de la dominación del Inca hizo fácil la pretensión de Bohorquez, pues aquellos indios odiaban a los conquistadores españoles, mientras amaban la memoria del Inca. Por otra parte, añade, Bohorquez no hubiese necesitado fingirse Inca, sino se habría presentado simplemente como un jefe de insurrección para sacudir el pesado yugo de los conquistadores españoles".

De aquí es también cómo se explica la visita cordial que, desde Chichas, ordenó Huayna Ccapac, el padre de Atahualpa, que hiciesen los grandes de su corte "al reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, y al de Chile", y que, por medio de los visitadores, el Inca, como lo refiere Garcilaso, enviase como rico presente "mucha ropa de vestir de la del Inca, con muchas preseas de su persona para los gobernadores, capitanes y ministros regios de aquellos reinos y para los curacas naturales de ellos, para que en nombre del Inca les hiciese merced de aquellas dádivas, que tan estimadas eran entre aquellos indios".

Finalmente, el envío que de Paullu Inca hizo Manco, para

que éste franquease el paso a Almagro, es una prueba más de que los indios respetaban al monarca del Cuzco. "El Inca, dice el cronista Herrera, le dió (a Almagro) a su hermano Paullo Topa y el Gran Sacerdote Vilchoma, cuya preferencia fué muy importante para que la Tiorra estuviese *con quietud*".

Para mí hay otra cantidad de pruebas, y no necesitaría, para convencerme de que los Incas dominaban absolutamente el país, otra que la de que el quíchua, lengua general del Perú, era hablado en la nación tucumana al iniciarse la conquista de estos países.

XIX

La vida calchaquí era la vida de la naturaleza.

Ya puede comprenderse cuán estrechas debieron ser en los primitivos tiempos las relaciones de nuestra raza con la naturaleza del suelo habitado, que cerraba sus horizontes con el cerro de granito de nuestras montañas.

El alma, comparativamente escarpada como éstas, habíase hecho a la vida transitoria de la materia.

El cerebro indígena estaba lleno de ideas caóticas.

De esto, en la vida colectiva, resultaban acciones, costumbres, hábitos, tendencias sin homogeneidad o norma sociológica. Esa vida de perpetua o constante orgía, de fuerza, de injusticia, traía el predominio de la violencia sobre la razón. El jefe de la tribu era el más poderoso. "En aquellos pueblos y habitaciones, dice Garcilaso, gobernaba el que se atrevía y tenía ánimo para mandar a los demás, y luego que señoreaba, trataba a los vasallos con tiranía y crueldad sirviéndose de ellos como de esclavos, usando de sus mujeres e hijas a toda su voluntad, haciéndose guerra unos a otros" (1).

Las guerras continuas, las luchas de tribu y tribu, de familia y familia, de hombre y hombre; el torpe instinto como impulso de las acciones; las lascivia o voluptuosidad como objeto causal de las tendencias y los sentimientos; la alimentación misma, consistente en algarroba, demasiado excitante y ardiente; el pequeño desarrollo de la vida agrícola, todo hacía de la vieja raza un pueblo con caracteres salvajes.

Para suerte de nuestros indios, especie de "bestias sin entendimiento", al decir de uno de nuestros cronistas, atraídos sin duda por fabulosos cuentos de riquezas y por el poder de fertilidad de la tierra para la producción de algo-

(1) *Comentarios Reales*, II.

dón (1), los hijos del Sol dejaron un día el Cuzco, y cruzando la barrera formidable de los Andes, el *Ritusuyu* (banda de nieve), llegaron a estas regiones con sus armas y su pendón de arco iris, en demanda de sumisión al Inca, el hijo del astro del día, que creíase con títulos divinos a toda la tierra bañada por sus rayos.

Bajo el impulso de esta idea, gran parte de nuestra América Meridional cayó en poder de los Incas, los que, por el norte habían añadido al imperio el reino de Quito, hasta el Ancasmayu, conquistado por el legendario Huayna Capac; por el sud, con Topa Inca Yupanqui, habían tirado la línea de denominación por el cauce del Maule (Maulli, escribe Garcilaso); hacia el oriente, hábiale extendido, según asevera Montesinos, hasta "los lejanos reynos del Paraguay, teniendo en todo el imperio mil trescientas leguas de largo".

Obedeciendo a la ley inflexible de la conquista incásica, Calchaquí entró a formar parte del *Tuvan-usuyu* (*Tavantin suyu*, escribe Garcilaso; *Tahuatin suyu* el P. Blas Valera), o sea de las cuatro partes del mundo.

A pesar de la resistencia, la civilización quíchua tuvo que ir contrarrestándolo todo, y los viejos y aguerridos jefes de las tribus viéronse en la necesidad, de buen o mal grado, de jurar vasallaje al Inca, dejando, sin duda, el país para ir a prosternarse a los pies del hijo del Sol en el Cuzco, y a permanecer algún tiempo en la Meca incásica, como era uso, costumbre y obligación.

La invasión quíchua, aunque apenas tuvo tiempo de echar raíces hasta la época de la conquista castellana, debía producir su revolución, con el consiguiente cambio radical en la vida de los pueblos calchaquíes, a los cuales puede muy bien aplicarse lo siguiente que dice Garcilaso, refiriéndose a lo saludable de la dominación de los Incas: "estos indios se mejoran con el imperio de los Incas, de manera que siempre les da la honra de haber quitado los malos abusos y mejorado las buenas costumbres."

Y este lógico fenómeno social tenía que producirse; en primer lugar, por el marcado sello de la dominación, y después por la superioridad inmensa de la cultura, pues como dice un escritor argentino, la nación quíchua "como todos los pueblos que se presentan a la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, tuvo sus instituciones especiales más o menos parecidas a las que nos enseñan las antiguas civilizaciones del

(1) Por un documento de 11 de Setbre. de 1699, véase que en ese tiempo en la jurisdicción de San Miguel habían ya plantíos de algodón y caña: "y conocí. dice, las tierras pobladas con casas, con robles, chacras, cañas, cereales y algodones..." (Escrib. Lauro Román).

Asia, de la Europa o del Africa; ella tuvo sus guerreros, organizados a semejanza de Roma, un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente deslindadas, su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imagen del Baco Helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de una confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria; ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la aegria, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde después de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos a lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides. y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va a ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia le movieron al llanto; ella, como todas las razas madres de cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *aravecs*, encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipus* de la escritura quichua, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revoluciones religiosas''.

La conquista empezó, seguramente, por transformar la vida política y el organismo religioso. „

Es de advertir que el juramento de sumisión imponía el deber imprescindible de modificar las creencias arraigadas en la conciencia: el olvido a los dioses nativos era la primera condición, imponiéndose el culto al Sol (1). Sin embargo, no eran objetos de profanación vil estos dioses, como lo hacían los romanos con las divinidades de sus conquistados, entregándoles a la burla y al escarnio del populacho, ebrio de fanatismo. Acosta y Garcilaso nos refieren que con toda pompa, a la vista del pueblo que les rindiera veneración, eran aquellas divinidades conducidas al templo del Cuzco, donde tenían altares, sacerdotes y culto, como si fuesen deidades propias, pues eran consideradas en la categoría de semidioses o dioses secundarios. Los Incas eran con los dioses extraños más misericordiosos que el Jehovah del Sinaí, quien ordenaba al patriarca la enemistad perpetua con el amorreo, el

(1) Los atributos de casi todas las divinidades peruanas son solares. (Véase el muy interesante *Culto de Tonapa*, de Lafone Quevedo, 1892).

caneo, el hetheo, el huveo y el jevuseo, a quienes debía derribar sus altares, quebrar sus estatuas y despedazar sus dioses.

De aquí que la conquista incásica no era mirada con esa tradicional repugnancia de todas las conquistas, y en esto, como en lo demás que transformaba, y aun cambiaba radicalmente, sus jefes mostrábanse hábiles y sagaces políticos. Y, sin embargo, los Incas imponían paulatinamente el olvido a todo lo que, siendo peculiar a la raza conquistada, no se avenía con la manera de ser del conquistador, conservando o más bien dicho, permitiendo la perpetuidad de usos y hábitos que no se opusieran a la propagación y estabilidad de la nueva cultura.

Como el idioma es la tradición, forzoso era cambiar la lengua nativa por el quíchua. Así se explica cómo los Incas, de un día para otro, hicieron desaparecer las lenguas de nuestro Calchaquí, asombrando a los conquistadores castellanos la habilidad de los monarcas cuzqueños para imponer una lengua a millares de habitantes, lo que no han podido realizar los conquistadores modernos, ni aun declarando oficial y obligatorio su idioma. Y es que los Incas, a la par que prudentes, han sido habilísimos conquistadores.

No nos daríamos cuenta exacta de ello, sin transcribir lo que sobre la política peruana dice el historiador de los Incas: "Trataban éstos, escribe, de ablandar los corazones de las tribus salvajes, atrayéndolas por medio de la condescendencia y la bondad. Lejos de provocar las hostilidades, dejaban obrar al tiempo para que produjese sus resultados el saludable ejemplo de sus propias instituciones, confiando en que sus vecinos menos civilizados se someterían a su cetro, convencidos del bienestar que les aseguraría. Cuando este sistema, añade, no producía el deseado efecto, empleaban otras medidas, pero siempre de carácter pacífico, y trataban de atraerles a su dominio por medio de negociaciones, de un trato conciliador y de regalos a sus hombres principales. Por fin, hacían uso de todos los medios tan familiares a los hombres políticos más hábiles de una nación civilizada para conseguir la extensión de su imperio". Y aun cuando declaraban la guerra no usaban de crueldades o, como dice Cieza de León: "mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor: presto serán éstos nuestros, como los que ya lo son; como esto tenían conocido procuraban que la guerra fuese la más liviana que ser pudiese".

En todo esto, naturalmente, está el secreto de cómo pudo extenderse la dominación quichúa sobre gran parte del continente, abriéndose camino sin poderosas resistencias, desde los tiempos prehistóricos de Manco Capac I, Huanacavi-

Pirhua y Sinchi Cozque, en que los monarcas fronterizos, en más de una ocasión, vinieron hasta ellos en demanda de alianza o amistad.

Con el patriarcal gobierno de los Incas la civilización quichúa adueñóse de nuestro Calchaquí, la que debió traer, no se sabe hasta qué punto, un verdadero cambio en la vida política, civil, religiosa, y hasta en las costumbres y usos domésticos de nuestros indios, debiendo ser objeto de enseñanza de parte de los cuzqueños a los conquistadores, desde el hilado y el tejido, que era tradición que Mama Oello hizo aprender a las matronas indias, hasta los sistemas nuevos para cultivar la tierra, puestos en práctica por Manco Ccapac.

El Inca, dice Garcilaso, “juntamente con enseñar a cultivar la tierra a sus vasallos y labrar las casas, y sacar acequias y hacer las demás cosas necesarias para la vida humana, les iba instruyendo en la urbanidad, compañía y humanidad, que unos y otros se habían de hacer, conforme a lo que la razón y la ley natural les enseñaba, persuadiéndolos con mucha eficacia, que para que entre ellos hubiese perpetua paz y concordia, y no naciesen enojos y pasiones, pusiesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos; porque no se permitía querer una ley para sí y otra para otros. Particularmente les mandó que se respetasen unos a otros en las mujeres e hijas, porque esto de las mujeres andaba entre ellos más bárbaro que otro vicio alguno. Puso pena de muerte a los homicidas y adúlteros y ladrones. Mandóles que no tuviesen más que una mujer... Mandó recoger el ganado manso que andaba por el campo sin dueño; de cuya lana los vistió a todos mediante la industria y enseñanza que la reina Mama Oello Huaco había dado a las indias de hilar y tejer. Enseñóles a hacer el calzado que hoy traen, llamado usuta. Para cada pueblo eligió un curaca... Mandó que los frutos que en cada pueblo se recogían se guardasen en junto, para dar a cada uno lo que hubiese menester, hasta que hubiese disposición de dar tierras a cada indio en particular”.

Tal hacían los Incas con sus conquistados en resumen, de acuerdo con la enseñanza que Manco había dejado a sus sucesores, y que intencionalmente acabo de transcribir, dada su importancia, más que social y política, humana y civilizadora.

Siguiendo su habilísima y generosa política, los conquistadores celebraban grandes fiestas nacionales, en las que tomaban parte los conquistados confundidos con los conquistadores. En los ruidosos y fraternales banquetes brindábase por la alianza perpetua de ambas razas; y en las fiestas populares, semejantes al *huaraco*, entonábanse los poéticos y melódicos *hailli*.

En todas estas bacanales populares tomaban preferentemente parte los caciques y curacas de las tribus, a quienes los conquistadores confirmaban en su mando y dignidad. Los jefes de los naturales continuaban gozando de sus privilegios, aunque juraban reconocer como inmediatamente superior a la suya, la autoridad del Virrey o Gobernador General de la Provincia, como lo hacían respecto de aquéllos los jefes de las tribus, quienes a su vez eran superiores en jerarquía a las justicias de las décadas, pues que después de verificarse un censo general, dividíase el pueblo por grupos de diez, cincuenta, quinientos y mil, con jefe a la cabeza. Se nombraba jueces en cada distrito, los que para sus resoluciones tenían el término perentorio de cinco días.

Los Incas eran tan hábiles políticos que comprendían cuánto no agradaría a los conquistados dejar a sus jefes en sus puestos con todos sus privilegios y jerarquías; y aun cuando aconteciera que el curaca o cacique se sublevara, los monarcas del Cuzco, aunque le diesen muerte, no privaban a sus herederos de la posición jerárquica de su antecesor. Refiriéndose a esto, dice Cieza de León: “Y tuvieron los Incas otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques a los que les venía de herencia y eran naturales; y si por ventura alguno cometía delito, o se hallaba culpado de tal manera, que mereciese ser desprivado del señorío que tenía, daban y encomendaban el cacicazgo a sus hijos o hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos”.

Como la conquista comenzaba por la conciencia, inmediatamente de ser ocupado el país, y después de rendido el vasallaje al hijo del Sol, el *Intip Churin*, procedíase a levantar un suntuoso templo al rey de los astros, colocándose el sol en los altares, y desplegándose con gran pompa por los sacerdotes cuzqueños todo el ceremonial religioso, con la magnificencia necesaria para cautivar los espíritus novedosos y ávidos de los indios.

En estas curiosas ceremonias de los sacerdotes del Sol, sacrifican éstos ovejas de la tierra, y después de quemar la yerba *cuca*, en hacimiento de gracia, “ofrecían en sacrificio mucho brebaje de lo que bebían hecho de agua de maíz... y a los primeros vasos mojaban la punta del dedo de en medio, y mirando al cielo con acatamiento desprendían del dedo, como quien da papirote, la gota de brebaje que en él se les había pegado, ofreciéndola al Sol en hacimiento de gracias, porque les daba de beber, y con la boca daban dos o tres besos al aire, que era entre ellos señal de adoración. Hecha esta ofrenda en los primeros vasos, bebían lo que se les antojaban sin más ceremonias...” Por lo demás, con Blas Valera, Montesinos,

Cieza, Garcilaso, y todos los otros cronistas de la época, hay que desmentir en absoluto lo que afirmaba Polo, de que los Incas hacían sacrificios humanos.

Después del templo, venían las construcciones de fortificaciones y presidios; y, sin duda alguna que nuestro *Catamarca*, el fuerte o presidio de la falda, fué obra de los del Inca. Lo mismo acontece, como ya dije, con el famosísimo *Pucará* del Aconquija, o *Pucará del Inca*, como sucedería con la fortaleza de *Watungasta*, quizá.

Las fortificaciones, levantadas aquí y allá, y esparcidas en lugares estratégicos, eran construídas con piedras macizas sin ligamento alguno, superpuestas unas sobre otras, y denominadas *pirkas* en el país, nombre de la lengua araucánica. Hablando del material de construcción, Acosta, en su "Historia Natural y Moral de los Incas", asegura que ha tenido ocasión de ver en Tiahuanaco que algunas de las piedras empleadas en las murallas tenían hasta treinta y ocho pies de largo, diez y ocho de ancho y seis de espesor.

Las fortificaciones servían para la defensa nacional, y estaban comandadas por jefes cuzqueños, a los que tan sólo, olvidé decir, podía investirse con la dignidad de Gobernador de la provincia conquistada, pues que estos gobernadores eran los miembros natos del Consejo General de los Incas.

Organizada la política, la religión y las milicias, procedíase a la aplicación de la ley agraria de los Incas. Al efecto, dividíase el territorio en tres porciones: una para el Sol, otra para el Inca y la restante para el pueblo. Cada ciudadano y cada familia debería tener su casa, adaptada en su extensión y distribución a sus comodidades necesarias. Organizadas las cuadrillas de trabajadores, el pueblo levantaba todo género de edificios, dando preferencia a las casas de las viudas, los ancianos, los huérfanos y los matrimonios. Es de advertir que el derecho de propiedad no existía como tal, sino la posesión o tenencia, que se extinguía cada año, a fin de facilitar un nuevo reparto agrario, teniendo en cuenta el crecimiento y desarrollo de la población urbana o rural, el número de hijos de los matrimonios, la mortalidad y las nuevas necesidades, que servían de base legal para una nueva adjudicación o reparto.

Todos los súbditos del imperio deberían trabajar. La ociosidad era un crimen de Estado. Es cierto también que sólo se trabajaba unas horas del día, y que el resto era para el descanso y las fiestas; y de aquí que los pobres indios, acostumbrados a trabajos moderados, perecieron por centenares en las tareas tan pesadas de las minas, objeto principal de la codicia castellana.

Las tierras del Inca cultivábanse año a año, celebrándose

grandes fiestas al comenzar a hacerse las sementeras, en las que se bailaba y se entonaban los triunfales *hailli*, a semejanza de las ruidosas bacanales de la Grecia, en las cuales aparecía la incitante figura del alegre Baco, con el pámpano en la frente. En Marzo tenía lugar la gran fiesta del *maíz*, imitando la de *collampa*, o del jardín del Sol. En Septiembre era la de *Citua Raími*.

Todo el producido de estos cultivos estaba destinado a atender los crecidos y fabulosos gastos de la corte incásica. Sin embargo, la benignidad del Inca respecto del tributo rayaba, a veces, en generosidad, eximiendo de él al pueblo en los años de carestía, y aun haciéndole parte de los frutos que al monarca correspondían, o tomando de los graneros del Sol para alimentar a sus vasallos necesitados. De este modo los graneros del Estado, como los del Faraón en los largos años de carestía, eran un depósito común y permanente.

Hablando de la solicitud del Inca para con sus vasallos, dice Cieza de León: “si en tal provincia no había mantenimiento, mandaba que de otra parte se proveyese, porque a los nuevamente venidos a su servicio no les pareciese desde luego pesado su mando y conocimiento, y el conocerle y el aborrecerle fuese en un tiempo; y si en alguna de estas provincias no había ganado, mandaba luego que les diese por cuenta tantas mil cabezas, lo cual mandaba que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proveerse de lana para sus ropas y que no fuesen osados de comer ni matar ninguna cría por los años y tiempo que les señalaba; y si había ganado y tenían de otra cosa falta, era lo mismo; y si estaban en collados y arenales, bien les hacía entender con buenas palabras que hiciesen pueblos y casas en lo más llano de las sierras y laderas, y como muchos no eran diestros en cultivar las tierras, abecábanlas como la habían de hacer, imponiéndoles en que supiesen sacar acequias y regar con ellas los campos; en todo lo había de proveer tan concertadamente, que cuando entraban por amistad algunos de los Ingas en provincias de éstas, en breve tiempo quedaba tal que parecía otra, y los naturales le daban la obediencia consintiendo que sus delegados quedasen en ellos y lo mismo los mitinaes...”

El Inca, a la vez que un jefe civil y religioso, con todas las potestades del cielo y de la tierra, era un padre amante de sus hijos, sus vasallos. En esa especie de comunismo en que los indios vivían, veíanlo todo, ordenábanlo todo, desde las minuciosidades de la vida doméstica hasta los actos más trascendentales de la vida política, religiosa y social. Con este propósito valíase el monarca peruano de visitadores o inspectores generales del imperio, que se acercaban al pueblo, a fin de dar-

se cuenta exacta de sus necesidades, deseos y exigencias. Velaba por la pronta y recta administración, dando cuenta al soberano de cualquier injusticia que cometiesen los tribunales o los guardianes del orden público, reprimiendo seriamente el Inca los abusos de sus inferiores. De este modo las quejas de los súbditos volaban a los oídos del monarca, sea por intermedio de los visitadores, o ya por los sabios de los *chasquis*, especie de correos a pie, que existían de trecho en trecho, y para los cuales se elegían a los indios más reservados y veloces en la carrera.

Si la población se condensaba, el Inca ordenaba la inmediata fundación de nuevos pueblos; y si las tribus se mostraban muy persistentes en los hábitos y costumbres de la tierra, el Inca ordenaba la traslación de las poblaciones de un punto a otro, con dos propósitos: el de hacerlas perder su apego a la tierra natal, tradiciones y costumbres, a la vez que con el de facilitar la cruzada de la raza, renovando su sangre.

Hay además que advertir que, según las leyes generales del Estado, el Inca debía visitar las provincias del imperio de tiempo en tiempo, acompañado de su corte, visitas memorables para los pueblos, porque tenían la inapreciable dicha de hospedar a su augusto y divino soberano.

Esta visita, muy pomposa en verdad, del Inca, nada de estéril tenía, sino que, al revés era dedicada a la satisfacción de las necesidades y bienestar de los pueblos.

El monarca solía llegar a las provincias entre estruendosas aclamaciones, y las fiestas populares sucedíanse en honor suyo. Después era conducido a otro punto en su litera, regiamente ataviada, al son de marchas militares, de cornetas y pingollos.

El que conozca cuánta era la veneración que el pueblo profesaba al gran monarca, ya puede darse cuenta de cuán grandes y entusiastas no serían las aclamaciones y ovaciones que recibiera durante todo el trayecto, las que, naturalmente, aumentaban en entusiasmo y llegaban hasta el delirio, cuando el Inca volvía victorioso y cargado de despojos, seguido de los reyes vencidos.

A propósito, es muy curioso lo que nos refiere Prescott sobre la entrada al Cuzco del monarca victorioso. "La población, dice, salía en masa a vitorear a su soberano... llevando banderas que agitaban en el aire, y cubriendo de flores el suelo que iba a pisar el vencedor. El Inca, llevado en su silla de oro en hombros de sus nobles, se adelantaba en procesión solemne, bajo los arcos triunfales que cubrían la carrera, al gran templo del Sol..."

Era grande la veneración del pueblo a su Inca, quien a su

vez ejercía paternal tutela sobre él dedicando su tiempo a su nación, con la solicitud de un verdadero jefe de Estado, presutando quizás, preferencia de atenciones a los países recién conquistados, como sucedería con nuestro Calchaquí.

Ya puede comprenderse, después de lo dicho, cuál no sería la transformación consiguiente que la cultura quíchua traería en sí misma; y esto que no he apuntado lo que los Incas sabían en ciencias y artes, como cortejo luminoso de una civilización que bien puede decirse que era algo más que embrionaria.

Con efecto: los amautas tenían conocimiento en astronomía, geografía y filosofía experimental. Sabían no poco del *Coyllur*, o sea el sistema planetario, en el cual eran preferentemente estudiados el *Inti* o Sol, la *quilla* o luna, *chasca* o el lucero, que presidían la aurora, el día y la noche, o sean *pacari*, *punchau* y *tuta*. El año o *huata*, era dividido en meses lunares. Alcanzaron los equinoccios y solsticios, los que cuenta Garcilaso que eran señalados por inmensas torres de piedra, que desgraciadamente fueron destruidas por los españoles, y que hubieran sido una verdadera curiosidad. Adelantados eran sus conocimientos geográficos, si se tiene en cuenta que hacían mapas figurativos de las diversas provincias conquistadas. Los españoles admiraron uno de ellos en Muyna, según refieren los cronistas. En geometría, eran las cuerdas con nudos sus medidas, para las cuales se tomaban dimensiones típicas. El sistema decimal era la base de la aritmética quíchua, según aseveran recientes estudios.

Lástima grande fué lo rudimentario de su escritura, por medio de los quipus, sin haber alcanzado a los caracteres o jeroglíficos mejicanos; pero en cambio los quipus les servían admirablemente para contar. En las oficinas administrativas del imperio llevábanse cuentas prolijas de todas las entradas, tributos o impuestos.

Por fin, un pueblo que canta a los héroes y sabe sentir, que tiene arte, música y poesía; que hace salir a la escena, entregándolos a públicos aplausos y ovaciones, a sus guerreros, a sus monarcas, a sus amautas o sabios; un pueblo que hace todo esto, no es un pueblo puramente salvaje, como algunas veces se ha pensado de la nación incásica. Añadamos la riqueza de su poesía épica, y la ternura y sentimentalismo de su poesía lírica, en la que la estrofa tenía todo el calor de la sangre y todo el arrebató de las pasiones nativas.

El P. Blas Valera refiere que el Inca Roca fué el fundador de escuelas en el Cuzco, de las que el famoso Pachacutec, se declaró más tarde protector. En las escuelas se enseñaba de acuerdo a lo que cada clase social podría y debería saber,

pues había cosas de que sólo tenían conocimiento los amautas, y otras, a su vez, reservadas al Inca, que éstos ignoraban.

Pero, sobre todo, nada han dejado los Incas que desear en materia de política y administración. El Inca comprendía que no se gobierna con rigor, sino con afabilidad y solícitud; así como que un buen gobierno depende en mucho del régimen administrativo en el manejo de la cosa pública.

La ley se cumplía con rigurosa exactitud, y ¡ay del juez que, faltando a sus deberes de magistrado público, se dejase cohechar o cometiese una injusticia con los débiles, los ancianos, las viudas o los niños! En este caso el Inca convertíase en un verdadero Dracón, y la sentencia hería la cabeza del delincuente. Robar, cometer homicidios, violar, blasfemar del sol o del Inca, tener contactos con una de las vestales, todos éstos eran crímenes de Estado, reprimidos con severa inflexible justicia. Sin embargo, quien compare el derecho penal mosaico con el peruano, verá que el primero tiene mucho que envidiar al segundo. Las leyes ripuaria, sálica, borgoñona y visigoda, eran un lujo de crueldad al lado del derecho represivo incásico. Con esto está dicho lo más, porque no es posible descender a los detalles.

Es verdaderamente admirable su filosofía moral de humanidad, fraternidad y justicia. Sus máximas son, quizá, tan sabias como las de los antiguos filósofos griegos o romanos, por lo cual los cronistas, sin poder salir de su asombro, manifiestan al estudiarlas que el conocimiento y práctica de tales principios morales era una vislumbre del cristianismo, un favor del cielo a estas naciones que vivían en tinieblas para la fe. Otros, al contrario, opinan que el demonio enseñaba estas máximas para mayor perdición de estos indios orejanos.

Yo, que no creo ni una ni otra cosa, y que no veo en las ideas religiosas, políticas o morales de un pueblo sino el reflejo de una civilización que se debe al esfuerzo propio, no puedo por menos que admirar esas ideas y reproducir a continuación las más importantes de las sentencias o máximas del famoso Inca Pachacutec, el Confucio peruano:

“Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud;

“La envidia es una carcoma que roe y consume las entrañas de los envidiosos;

“El que tiene envidia de los buenos, saca de ellos mal para sí, como hace la araña en sacar de las flores ponzoña;

“La embriaguez, la ira y la locura corren igualmente, sino que las dos primeras son voluntarias y mutables, y la tercera perpetua;

“El que mata a su semejante, él mismo se condena a muerte. En ninguna manera se debe permitir ladrones. Los adúlteros que afean la fama y la calidad ajenas, y quitan la paz y quietud a otros, deben ser declarados por ladrones;

“El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades;

“La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado y peor acostumbrado;

“Los jueces que reciben a escondidillas las dádivas de los negociantes y pleiteantes deben ser tenidos por ladrones...”

Estas, entre otras, son las sentencias de Pachacutec. Refiere el P. Blas Valera que son también famosos los dichos de Topa Inca Yupanqui, el conquistador de Quito. Hablando de que el Sol no es el hacedor del mundo, este Inca decía: “El Sol no es el hacedor de todas las cosas y no es libre... Es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco; o es como la saeta que va donde la envían y no donde ella quería”.

Basta ya con lo citado para que nos demos exacta cuenta de todos los elementos con que la cultura quichúa penetró a nuestro Calchaquí.

El influjo de esa civilización, rica en principios y en prácticas, revolucionaría la vida casi salvaje de nuestros viejos catamarcanos, que tanto habrían ya tomado de aquélla, cuando a mediados del siglo XVI, Diego de Rojas, internándose en nuestras montañas, llevara en alto el pendón castellano, estando de una nueva civilización, impuesto por la espada y la cruz, y que iba a hacer al revés de los Incas: exterminar la raza nativa y usurpar el suelo que habitara el hijo de la montaña.

Hoy, que la cultura quichúa duerme con sus progenitores el sueño de las huacas, recordemos respecto de ella la frase justiciera de Cieza de León: “Hicieron los Ingas tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación que pocas en el mundo les hicieron ventaja”.

XX

El valle de Andalgalá, en el corazón del Oeste de la provincia de Catamarca, hoy uno de los más importantes y ricos de la misma, es digno, por más de un motivo, de una página.

Lleno está este valle de antigüedades y antiguallas, vestigios del pasado, que el tiempo va haciendo desaparecer paulatinamente, cuando no las destruyen los habitantes del país, sin comprender su inapreciable valor histórico, por el mero placer de destruir todo lo viejo, e ignorando que las ruinas son las reliquias de una historia de heroísmos, que

debieran interesarlas doblemente: por ser el lugar donde nacieron teatro de bélicas hazañas, y por haber sido sus actores los viejos progenitores de la raza andalgalense, por cuyas venas circula 'torrentosa la sangre del calchaquí.

Erizadas están de recuerdos las montañas del valle; cubiertas están las eminencias y Manuras andalgalenses de restos de fortines, *pucaracs* y murallas de *pirca*, en otro tiempo baluartes y trincheras; desparramadas por el suelo están las piedras con que se construyeron el fuerte castellano de San Pedro de Mercado y el fuerte indígena de Chelemin, levantado sobre los cerros por el valeroso cacique andalgalense, que sufrió el doble martirio de perder su vida y de ver esclavizada su tierra.

Sepultadas están muchas otras antigüedades. Más de una vez en excavaciones que se han practicado para levantar una choza campestre, hase dado de repente con huacas, objetos y antiguallas curiosísimos, que denunciaban el secreto de toda una generación.

Tanto más preciosos son estos objetos cuanto que poco o nada nos dicen los viejos cronistas de estas civilizaciones muertas, destinadas como estaban sus páginas a ensalzar el valor castellano y ponderar los triunfos de la fe católica, que el guerrero imponía, cuando no enseñaba el misionero.

Entrando en el estudio de lo que era valle andalgalense en épocas remotas, debemos comenzar por descifrar ese nombre de *Andalgalá*, que se da al valle.

Nuestro historiador hace la siguiente división etimológica de la palabra:

An-dal-ga-la, o bien: *An-tulca-la*.

Talca es el nombre local que se da a las liebres, y que a no dudarlo, es palabra que consta de la radical *Tal* y el artículo final *ca*, mientras que las partículas *an*, de alto, *lla* de cariño, y *ao*, locativa, son muy conocidas (1).

El origen de la palabra, atendiendo algunas circunstancias, puede ser otro, para lo cual necesitamos escribirla con un ligero cambio de letras, o sea:

Antap-hualan, o bien: *Anta-huala*, de donde, por corrupción común del lenguaje, habrá venido *Andalgalá*, siendo de no extrañar estos cambios, cuando transformaciones de lugares hay sin cuento; y para no ir lejos, véase éste; de uno de nuestros pueblos más conocidos: *Huilla-pima*, *Billapima* y *Villaprima*, ya completamente castellanizado.

Yo hago derivar (sin asegurarlo de ningún modo) etimológicamente el nombre de *Andalgalá* de dos palabras: *Anta*,

(1) Lafone Quevedo. *Londres y Catamarca*.

cobre, y *Hualan*, nombre con que el famoso valle andalgalense era conocido en tiempo de la conquista, por el cacique *Guala*, de que habla Guevara; de tal modo que escribiendo el primero de estos nombres en genitivo, *Antaphualan*, tendríamos: "Hualan de cobre", o bien: "Andes de Hualan", porque el nombre primitivo de los Andes era *Antis* o *Anta*, por lo cual Andes significa "montaña de cobre" (1).

La palabra *anta*, con que se forma "Hualan de cobre", viene muy bien a Andalgalá, como que en este departamento hay riquísimas minas de cobre que se explotan con no poco beneficio, a pesar de la mala viabilidad. Es sabido que los indios andalgalás beneficiaban muy bien el *anta* o cobre, al que sabían fundir y convertir en objetos de arte. He visto un gran *maray* de cobre en la hacienda de Huasán.

Si la radical *gala* de la palabra significa otra cosa, puede que el *andal* sea *antap* o *anta*. Sin embargo, nada se puede asegurar, pues quizá busquemos traducción quichua a palabras *kakanas* o de algún otro idioma nativo. Esto, que quise averiguar en primer término, no me ha sido posible hacerlo.

En la cuestión de los nombres de lugares, debe buscarse, por otra parte, su etimología, teniendo en consideración todo lo que con el nombre puede relacionarse. De aquí que puede surgir una otra interpretación de la palabra que me ocupa. ¿Por qué, si nos remontamos a los tiempos de la conquista incásica, no podríamos conjeturar muy bien que el nombre de Andalgalá, corrompido ya, sin duda, no ha sido importado por los del Cuzco? ¿Quién podría asegurar que Andalgalá no fuese una corrupción de *Andaguayla*? ¿No es racional pensar que esta última palabra originó la primera, si tenemos en cuenta un notable acontecimiento histórico, ligado indirectamente a los sucesos del Tucumán? *Andaguaylu* es el valle donde habitaron los *changas*, que pusieron en jaque el trono incásico, y a los cuales el Inca pudo vencer después de cruentas batallas; y así dice Garcilaso: "los changas (que vencieron a un hermano de Pachacuti Inga Yupanqui) es la nación que poseía el valle de Andaguayla, que esta obra de treinta leguas del Cuzco camino de Lima". Estos changas o andaguaylas fueron vencidos por Huiracocha, el Inca de la supuesta embajada; y a cualquiera se le puede ocurrir que el nombre del valle de la tribu peruana y del lugar que nos ocupa están emparentados; que los valerosos capitanes del Inca, que tanto le veneraban, por congraciarse con el hijo del Sol, o por conmemorar sus hazañas y perpetuarlas en las tribus que ingresaban a su imperio, hubiesen dado el nombre

(1) No hace mucho, revisando manuscritos he descubierto que la *I* de Huasán, es *s*, probablemente.

de los vencidos del valle peruano a este valle, en el que, yo no dudo, estuvo al asiento de la corte del Tucumán incásico. Ejemplos de esto hay más de una vez en la historia, y para no ir lejos, citemos en el Tucumán el nombre de Chicoana (en Salta), el mismo de uno de los valles peruanos.

Sin duda que Andalgalá ha sido la gran región *kakana*, o la región clásica de los pobladores primitivos, y que por sus riquezas mentadas y el estado de su cultura, mucho tendría el país que hacer con el Inca, pues que los andalgalás "eran gente de buenos entendimientos".

Ante todo, recordemos que el cronista nos habla del poderoso cacique Tucumanao, quien hospedó al descubridor Diego de Rojas y al conquistador Núñez de Prado. Tucumanao, que hasta hoy existe casi despoblado, encuéntrase en la misma región geográfica de Andalgalá, en un departamento contiguo. Sábese, por más de una autoridad histórica, que el cacique Tucma dió su nombre a toda la provincia del Tucumán, y que Tucumanao no significa otra cosa que "pueblo de Tucma", donde indudablemente debió tener su asiento real este cacique, jefe de gran parte de las tribus tucumanas, pues que era *poderoso el Señor de Tucumanao* cuando Rojas. Este Tucma, debió ser el de la supuesta embajada a Huiracocha en demanda de civilización, que solo es concebible lo hicieran "gente de buenos entendimientos", o el Tucma que resistió al Inca.

Desde ya estos datos autorizannos a pensar que Andalgalá fué el verdadero Tucumán, el centro del Tucumán que los Incas añadieron a su imperio. Pero hay mucho más que sirve de sólido refuerzo a esta idea de que Andalgalá fuese el centro de la civilización cuzqueña, el foco de la colonia incásica, de tal modo que el Tucumán del Inca tuviese una parte de su representación política en el *Tucumangasta* de los llanos andalgalenses lo mismo que en Tucumanao. También es reveladora la fortaleza *del Inga*, algunas leguas más allá.

Debe tenerse muy en cuenta el hecho de que, a más de Tucumanao, haya habido otro pueblo de Tucma, o *Tucumangasta*, en Andalgalá, que con el anterior son ya dos pueblos del mismo cacique, distantes apenas unas cuantas leguas el uno del otro. Téngase bien presente que este hecho no se repite en región alguna del Tucumán, donde no existen, siquiera, lugares con el nombre de Tucma. (1)

Que la nación andalgalense era grande y poderosa, no hay duda, toda vez que constituían parte de la misma las tie

(1) Con excepción de *Yucumanita*, en San Miguel, como quien dijera *tucumanquito*. Hasta hoy los paisanos de Tucumán (actual) llaman a aquel lugar *tucumanita*, Contiguo a *Yucumanita* está *Yucu-cu*.

rras de los huasanes, huachaschis, tucumangastas, pipanacos, etc., siendo los yocahuiles sus aliados, tribus todas que tanta participación han tomado en las guerras de la conquista. Bien sabido es que Chelemin fué el gran cacique andalgalense, y que al frente de numerosas y fuertes tropas luchó porfiadamente al poder español, hasta ser el héroe de la resistencia, si exceptuamos a D. Juan de Calchaquí. Por los planes bélicos de Chelemin, por la dirección de la guerra, por la construcción del fuerte que llevó su nombre, situado en el corazón de la región andalgalense, véase que Chelemin no es un hombre vulgar, y un hombre sólo es la revelación de un pueblo.

Los *quipus*, desconocidos en todas las regiones del Tucumán, eran usados por los andalgalenses, lo que parece dar a entender que en el país que éstos habitaban debía encontrarse el centro del poder incásico, pues sabido es que por medio de los *quipus* los encargados de la cosa pública, los subalternos del Inca, llevaban las cuentas y todo lo relativo a la administración. La falta de *quipus* en el resto del Tucumán prueba que en ninguna otra parte sino en Andalgalá residían las autoridades del Inca. Por lo demás, cuando hasta el pueblo conocía *quipus* en Andalgalá, muy usados debieron haber sido por los grandes de la corte.

No hay en todo Tucumán, por otra parte, pueblo alguno que como el de Andalgalá haya heredado tanto de la cultura quichúa, cuyo mismo idioma era perfectamente hablado por estos indios.

En el viejo Andalgalá encontrábase artistas sin rival en todo el Tucumán, como dan de ello testimonio objetos de arte descubiertos hasta ahora, y que por sus grabados vese que han sido trabajados en la época antecolonial. Los objetos de piedra del Pucará son inmejorables.

Objetos de alfarería andalgalense parecen ser incásicos, y se ha dado con medallones de cobre que tienen grabado al Inca en su trono, con su sol y su *llautu*. Otros curiosos trabajos de oro, plata y cobre, con alusiones al Inca, delatan una civilización bastante adelantada. Sin embargo, es oportuna la observación que me hace el señor Lafone Quevedo en una carta que me dirige desde Pilciao: "No es probable, me dice, que los calchaquíes como tales hayan sabido elaborar el oro y la plata, porque estas pastas correspondían exclusivamente al Inca, y las prendas de oro y plata que a veces se encuentran deben ser procedentes del Perú, como regalos hechos por el Inca a los más *distinguidos* vasallos de su dilatado Imperio". Esto mismo, si así fuera demuéstranos que a Andalgalá ve-

nían los principales regalos del Inca, porque allí se encontraban sus *más distinguidos vasallos*.

Notables eran las obras hidráulicas de los andalgalás, así como sus construcciones, especialmente las militares.

Muchas *huaras* o fundideros de cobre, en que se beneficiaba este metal, nos dan clara idea de la importancia de esa industria.

Como en el país de los cuzqueños, no han escaseado en Andalgalá las famosas *huacas* de oro y plata, tantas veces objeto de la codicia castellana.

Hasta hoy no es difícil encontrar uno que otro fragmento de las torres derruidas de los guerreros andalgalenses, en un todo idénticas a las torres cilíndricas de los Incas.

Los caciques andalgalenses en su traje y porte llevábanse mejor que los curacas de las otras tribus, gastando adornos de oro y plata, y corona con orbe de este mismo metal. Esto del orbe de plata es sin duda herencia de los *amautas* del Perú; y a estar a lo que escribe Juan de Betanzos, este orbe o *patena* tiene su significación en la idolatría incásica.

Entre la numerosa colección de antiguallas existe en Andalgalá un disco en cobre que representa al Inca, el cual es una verdadera curiosidad artística, tanto por su fundición, cuanto por sus grabados y relieves. Las formas, posición y demás detalles en la lámina de altorrelieve que representa el Inca, tienen la más completa similitud con las de los grabados cuzqueños.

He aquí cómo describe el señor Lafone Quevedo el grabado del disco de que es poseedor: "Está, dice, el Inca en su escaño o *tiyana*; abajo de la barba se ve un curiosísimo copón o cáliz; sobre la cabeza tiene una *diadema muy galana*, que bien puede ser de *plumas*, y de ellas cuelgan dos *orejeras*; en la frente está una *patena*, y si faltan las *mamaconas*, con *plumas coloradas*, con las cuales *oxeasen las moscas*, están dos lagartijas que también *oxean moscas*".

El mismo señor Lafone Quevedo posee otra antigualla encontrada en Andalgalá. Su material es una arcilla negra muy bien embetunada; su forma un aguador sentado, desgraciadamente sin cabeza, y a cuestas carga un gran tinajón, todo cubierto de dibujos trazados a buril, que no son otra cosa que un monstruo como dragón policéfalo, cada cabeza con dientes y cuernos bien pronunciados, que no dejan de tener su semejanza con las cabezas de serpiente descritas por el doctor Le Plongeon.

Algunos centenares de alfarerías, muchas de ellas muy buenas, de Pilciano, Huasán, etc., datan la civilización andalgalense. (1)

XXI

Cuando voy a relatar lo que era la vida calchaquí, quiero referirme a las costumbres, tradiciones, medios de vida, instintos y genio peculiar de los indígenas de la guerra de la conquista, que, sin duda, llevarían dos largos siglos de civilización incásica, de la que muy poco, relativamente, habrían tomado, dado su carácter altivo y autonómico, así como su conocido apego a todo lo que es propio y peculiar a la raza.

Claro es que la civilización cuzqueña no tuvo tampoco demasiado tiempo ni medios para imponerse, en todas sus prácticas y detalles. No sólo el tiempo, por otra parte, sino la fibra natural, siempre persistente, así como la inmensa distancia que separaba a nuestro Calchaquí de la corte incásica, eran obstáculos y valladares para que la nueva cultura se impusiese sin el auxilio, que no se tenía a la mano, de otros elementos. Los peruanos, es cierto, al imponer su cultura a Calchaquí, mandarían, como lo hacían en todas sus conquistas, instructores y hombres entendidos en las prácticas de su religión, política y costumbres; pero ya puede comprenderse que un pueblo no se educa fácilmente, cambiando de hábitos y de tradición en una escuela donde no se escucha la lección del maestro, si no es impuesta por la fuerza y por prácticas diarias y constantes. Los incas, a más de esto, y como ya tuve ocasión de decirlo en otro lugar, eran sagaces conservadores de las viejas costumbres y prácticas de los pueblos sometidos, a los que no querían contrariar en todas las esferas y órdenes de la vida colectiva. De aquí que muchas costumbres primitivas persistiesen o ejercieran su natural contagio sobre las nuevas, análogas a aquellas. La vida distinta, por otra parte, de nuestras tribus agrestes y viriles, no podía fácilmente amoldarse a un método de vida más civilizado, más consistente y más afeminado, si se quiere, que el suyo. La resistencia debió haber sido inmensa.

Todo este conjunto de hechos y apreciaciones explica cómo, a pesar de la dominación incásica, el calchaquí fuese siempre calchaquí, más o menos modificado, pero jamás el

(1) El falo parece haber sido muy venerado, como en todo Calchaquí, en Andalgalá. Últimamente he encontrado en Pipanaco un miembro de barro, que a la vez es un ídolo con todas sus facciones, de cara ancha, ó *palla-huma*.

rana peruano, apático, afeminado, obediente, sumiso, acostumbrado a un gobierno mecánico, lleno de reglas, de prohibiciones y privaciones, apegado a su tradición que jamás cambia, estacionario como el de China, como entre otras cosas pruébalo el hecho de que a pesar de ser tan rudimentarios sus quipus, no hubo en el imperio una sola tentativa por adoptar los jeroglíficos mejicanos, medio infinitamente superior para conservar la historia del Inca y la de sus amautas.

Sin embargo, si no los detalles, algo de la esencia de la civilización cuzqueña se infiltró en nuestro Calchaquí, y prueba de ello es la casi desaparición del kakano, y la preferencia que dieron al sol y la luna sobre sus dioses nativos.

Peruana, sin duda, debe haber sido la vida agrícola que comenzaba a desarrollarse, pues es de presumir que nuestros indios llevasen anteriormente la vida nómada, cazadora o pastoril, por lo menos, en un país cuya naturaleza es tan agreste y tan fragosa, por sus montañas y selvas salvajes, llenas de huanacos, alpacas, llamas, vicuñas, liebres, aves, etc. El *suri* o *xuri* parece que no era comido, y que algo tenía de sagrado, a estar a la relación del indio Peralta.

Sin entrar en rigurosas distinciones de la vida Calchaquí antigua, contemporánea a los Incas o del tiempo de la conquista, es preciso dar una idea en globo de los usos, costumbres, organización social, política y religiosa de nuestros indios.

Como en todos los pueblos primitivos, tuvieron que haber sido, como lo fueron en efecto, los factores o potencias de la naturaleza los dioses adonados de nuestros naturales.

Las fieras — el tigre, el león, la pantera, la serpiente, — han sido también dioses de la India, la Persia, el Egipto y los pueblos primitivos. Que la serpiente fué deidad, y deidad muy adorada de nuestros naturales, no hay duda alguna, y en todos los viejos grabados aparecen las serpientes (1) de una o más cabezas.

Deidad de mucha veneración debió haber sido el imponente cóndor o *cuntur*, tan atrevido, de vuelos tan rápidos y gigantes, que bien merece, no sólo ser el rey de las aves, sino el mito de las tradiciones americanas. En el Museo de La Plata figura una hermosa tinaja, procedente de estos valles, de bellísimas formas, adornada de pinturas artísticas de negro sobre encarnado, “en que dos estrellas o cruces maltesas encierran otros tantos medallones, ocupados a su vez respectivamente por *serpientes de dos cabezas* y un *condor* como el pajarraco del escudo imperial de Austria”. En el medallón

(1) Véase “Yaguareté-Aba”, de Ambrosetti. (Anales de la Soc. Cient. Arg., Tomo XXI, pág. 321).

de cobre de la misma procedencia, que conserva el señor Lafone en su colección de antigüedades indígenas, no se ven ya serpientes, pero sí *humucutis*, lagartos o lagartijas, que en calidad de adornos rodean al Inca, sentado en su trono, con su sol y su *llautu*. En el Museo Nacional he visto también tinajones con *xuris* y con otras aves, muy bien dibujadas o pintadas, lo que es común.

Que en la época primitiva adorarían todos estos animales y otros semejantes, no hay duda de ningún género, toda vez que nuestros indios "no supieron, como los gentiles romanos, hacer dioses imaginados, como la esperanza, la victoria, la paz y otros semejantes, y porque no levantaban los pensamientos a cosas invisibles, adoraban lo que veían... yerbas, plantas, flores, árboles de todas suertes, cerros altos, grandes peñas, y los resquicios de ellas, cuevas hondas, etc.", al decir de un cronista (1).

Era dios todo lo que se presentaba con cierto misterio al hijo de la tierra, cuando no se daba cuenta de algún secreto de la naturaleza, a la que no concebía sino abierta y franca. Por eso las alturas, el abismo, las grutas, las cuevas oscuras, con los ruidos del viento que penetra a ellas por las endijas, todo, todo era objeto de veneración en sí mismo, o porque imaginasen los indios que en el fondo de ese abismo o en el interior de esa gruta morase alguna deidad terrible, espantable, como la oscuridad o la sombra. Entre todas las cuevas indígenas ninguna llegó a ser, que yo sepa, tan venerada como la de *Thotan*, donde se encontraban tesoros de la superstición nativa. El Obispo Nuño de la Vega recuerda de la cueva de *Thotan*, y hablando de su tesoro, dice: "El tesoro consistía en urnas de barro cocido en que habían grabado los signos de la cábala y brujería con muchas estrellas, como si hubiesen querido traspasar el cielo... en el fondo veíase el Sol y la Luna... y otras supersticiones y símbolos".

El P. Guevara decía muy bien que la nación calchaquí era la más supersticiosa de todas. El falo era muy adorado (2).

El indio, además, adora todo aquello que se parece a él; todo lo que tiene en sí alguna cualidad que es valor, fiereza, rabia, fuerza, astucia, agilidad: el tigre, el león, el oso, el zorro, el gato cervical, la serpiente, fueron dioses en casi toda la América primitiva. El cóndor, las águilas, los halcones, son las divinidades favoritas de las naciones andinas, entre ellas de nuestro Calchaquí. Refiriéndose a estas divini-

(1) En la América del Norte era también adorada la serpiente. Es famoso en Estados Unidos, el *Serpent Mound*, de propiedad del Museo de Peabody.

(2) Como puede verse en numerosos ejemplares, el triángulo es la representación de la matriz de la mujer, lo mismo que en el Viejo Mundo.

dades de nuestros indios, dice Garcilaso: “Al ave que ellos llaman *Cuntur* por su grandeza, y a las águilas adoraban ciertas naciones, porque se precian desendir dellas y también del *Cuntur*. Otras naciones adoraban los halcones, por su ligereza y buena industria de haber por sus manos lo que han de comer: adoraban al buho por la hermosura de sus ojos y cabeza; y al murciélago por su sutileza de sus vistas, que le causaba mucha admiración que viese de noche... A las culebras grandes por su monstruosidad y fiereza, que las hay en los Andes de a veinticinco y de 30 piés, y más o menos de largo, y gruesas muchas más que el muslo. También tenían por dioses a otras culebras menores, a las lagartijas, sapos y escuerzos adoraban”.

Se me olvidaba decir que los Indios adoraban la serpiente bajo el nombre de *Amaru*. Añadamos, ya que es oportuno que Garcilaso en medio de tantos dioses, de tanta variedad de divinidades, se consuela, porque él mismo vé que “es motivo que los griegos y los romanos, que tanto presumían de sus ciencias, tuvieron cuando más florecieron en su imperio, treinta mil dioses”.

Las divinidades que antes he citado, divinidades suministradas por los Andes, distintas de las que surgían en los bosques o los llanos, debieron haber sido también dioses calchaquíes, mucho más cuando tenemos una prueba de ello en que han figurado siempre en los grabados de nuestros naturales.

Ídolos de piedra y de madera eran también adorados. “Yo poseo uno muy bien tallado de madera, me escribe el señor Lafone y sé de otros; pero de ninguna manera los puedo atribuir a los calchaquíes”; y es, sin duda, porque serían dioses de los antiguos pobladores del país. En el Museo de La Plata hay buenas decenas de ídolos, de las que me he de ocupar en otro lugar.

Entre las yerbas, es, asimismo, indudable que se adoraría a la *Cuca* o *Coca*, por la gran estimación que por ella tenían los indios del Tucumán, y por las referencias de Garcilaso, de que era venerada en los *Antis*. Del *algarrobo*, hasta hoy se conserva la veneración de su sombra para las bacanales.

Muchas otras cosas propias del país servíanles, asimismo, de dioses. El Obispo Maldonado desde Córdoba, en carta fechada el 26 de Septiembre de 1637, escribía a Pedro Bohorquez: “Sé que son (los calchaquíes) los *mayores ídólatras* que hay en las indias; difícil raíz para que repentinamente den fruto de católicos”.

En Andalgalá se dice que existe una piedra terminada en punta, muy venerada de los indios, “de la hechura de

un pan de azúcar", para valernos de la expresión de Betanzos. Las petrografías deben ser símbolos del ritual.

No eran solo estas deidades. Rendían también culto, como escribe el P. Lozano en su historia de los Jesuitas del Paraguay, "a otros ídolos que llamaban *Caijile*, cuyas imágenes labradas en láminas de cobre traían consigo, y eran las joyas de su mayor aprecio; y así dichas láminas como las varitas emplumadas, las ponían con grandes supersticiones en sus casas, en sus sementeras y sus pueblos, creyendo firmemente que con estos instrumentos vinculaban a aquellos sitios la felicidad, sobre que decían notables desvaríos, y que era imposible se acercase por allí la piedra, la langosta, la epidemia ni otra alguna cosa, que les pudiese dañar". (1)

Al ocuparme de las alfarerías y objetos calchaquinos, he de hablar de los ídolos de piedra y tierra cocida, de los que nuestros indios poseían a millares.

Tenían gran veneración por el trueno y el rayo, al que denominaban *Illapa*. A estos teníanle dedicados pequeños templos, en cuyo interior clavaban unas varas llenas de plumas de distintos colores rociadas con sangre de las ovejas de la tierra. Esas eran sus varas de virtud, tan abundantes en la Edad Media.

La civilización incásica introdujo sus hermosos dioses a nuestro Calchaquí. El *Sol* entró a ser la primera de las divinidades.

Fácilmente fué admitida esta divinidad, por su belleza y esplendor, así como por presidir el día, cuando salía del oriente envuelto en mantos de fuego, y disparando sus rayos que iban a herir la frente del nevado Anconquiya, coronándolo de resplandores ardientes. Debido a él nacían las yerbas y las flores, amarilleaba la algarroba, daba fruto el *molle*, los algodóneros vestíanse de blanco capullo, ennegrecíase el *mato*, maduraba la verde *tuna*, pintábase el ala del pájaro, emplumaba la calandria, y la flor del aire daba a la brisa los perfumes de la selva y encantos de la montaña. ¿Y la *Luna*?... ¿Cómo no adorar a *Mama Quilla*, la viajera del cielo calchaquí, compañera de los sueños?

Si el sol es el padre de la tierra, la luna es su madre protectora. El indio tenía que amarles, como amaba todo lo que era factor poderoso de la naturaleza. La luna prestaba tal protección al indio calchaquí, tanta fe tenía en ella, que la mayor parte de sus empresas guerreras efectuábalas de noche. El viejo curaca de las tribus después de afilar la

(1) En Calchaquí había una grandísima superstición; y no habría indio que no llevase su *huancanquillo* o amuleto, siendo muy curiosos algunos de estos.

punta de sus flechas, y después de teñirlas con las raíces de la yerba *coro*, la cual tenía la virtud de ahuyentar al enemigo, escondíase en la selva como el león en actitud de asecho, permaneciendo horas y más horas en silencio, tendido sobre las yerbas; y apenas la luna se levantaba, el curaca daba un alarido, y a su voz, como brotados del suelo, alzábanse los guerreros, y como una jauría lanzábanse sobre el real de los castellanos.

Si el triunfo era suyo, la tribu vencedora volvía al bosque, y en sus festines salvajes libaba al numen propicio, entonándole un *hailli*.

Por lo demás, tenían sus ceremonias religiosas especiales, sus maneras de invocar a las divinidades y prácticas supersticiosas de todo género.

El demonio, según decían, solía aparecerse en casa del sacerdote idólatra, donde se le ofrecían licores, aves muertas y doncellas de catorce a quince años.

Creían que el lucero y las estrellas más resplandecientes eran los espíritus de sus curacas muertos, así como "los hombres más viles se convertían en demonios".

Nuestros calchaquíes tenían numerosos sacerdotes hechiceros, astrólogos, brujas y todo ese cortejo de la magia y la nigromancia. Y a propósito de hechiceros y brujas, recordemos en esta oportunidad que fueron ellos los que más resistencia opusieron a la despoblación de Calchaquí.

Ya he tenido ocasión, en otro lugar, de dar una idea del carácter calchaquí, comparándolo con la aspereza y accidentes de la tierra que habitó la raza.

Distinguía al calchaquí su genio guerrero y su bravura en el combate, su amor a la libertad, su apego a la tierra que le vió nacer, su orgullo de raza y su valor para resistir a las más amargas decepciones.

"Siendo los calchaquíes de genios montaraces, dice Lozano, se les aumentaba la ferocidad en la fragosidad del terreno, que todo se compone de altísimas y muy agrias cordilleras: en ellas ponían la mayor parte de su poder, ciertos a su parecer de que no les podrían hallar en asperísimos cerros, el valor de los españoles, vencidos en la batalla si lo grasen la fuga. Por esto, se resistieron siempre a rostro firme a la sujeción..."

Esto por lo que toca al carácter calchaquí, cuyos indios, según Lozano, "eran gente por lo común bien agestada, altos, blancos y fornidos". Eran, además, de inteligencia suspicaz, recelosos, desconfiados, supersticiosos, generalmente falsos cuando empeñaban su palabra, "que los bárbaros son por lo general primorosos artifices de engaños". La más mínima

desgracia abate sus ánimos por el momento, así como el más insignificante triunfo enardece su valor bélico: por eso los vemos estallar en inmensa algazara y hacer sonar cornetas y pingollos porque en un encuentro con los castellanos consiguen dar muerte a uno de los terribles caballos.

Para tener una idea del orgullo del indio, basta recordar que jamás permitía que se le cortase la cabellera, y que como en las antiguas leyes de los francos, miraban ese acto como un baldón, que sólo se borraba con la más atroz de las venganzas. La tijera, ejercitándose en las cabelleras lacias de los curacas, produjo un incendio de diez años. Sólo don Francisco Gil de Negrete, en 1650, pudo cortar impunemente las cabelleras de los indios, así como Pedro Bohorquez, cuyas insinuaciones acataban los indios, por congratularse con S. S. el gobernador Mercado y Villacorta. Asimismo, para ocultar la derrota, o lo sangriento de una batalla perdida, alzaban sus muertos y les escondían en el fragor de la pelea. Esta costumbre háse conservado en Pomán, y hará muy poco tiempo que los colpeños hicieron lo mismo en un desgraciado encuentro con fuerzas de la policía. Los despeñamientos de mujeres, los suicidios valerosos son otra prueba elocuente del culto profesado a la propia dignidad de guerreros.

La osadía, la doblez, la traición, todo esto se reunía en el indio y constituía su carácter. Lo que escribía don Martín del Barco Centenera, en *La Argentina*, queda bien aplicado a los calchaquíes:

“Usan embustes, fraudes y marañas,
También tienen esfuerzo y osadía,
Y así suelen hacer grandes hazañas,
Que arguyen gran valor y valentía.”

Eran también belicosos — que no vivían sino haciéndose diariamente la guerra, por el motivo más fútil; y sólo cuando se trataba de repudiar al extranjero, las tribus se confederaban, porque todo lo sacrificaban por su propia independencia.

Respecto a muchas de sus costumbres, poco o nada nos dicen los cronistas. En la vida de familia odiaban el adulterio, y respecto a sus enlaces y uniones sólo he encontrado este pasaje del P. Techo: “Pueri usu veneris interdicuntur, donec ab veteratoribus nefando prorsus ritu emancipentur. Virgines pietis vestibus utuntur, quas prastrato pudore in simplices vertunt.”

Tenían gran veneración por los muertos y pocas cosas dolíanles más que cuando los castellanos, por buscar tesoros escondidos, removían las huacas de sus abuelos.

Por casi todo Calchaquí uno se da con enterratorios y tinajas, o urnas funerarias, de las que yo poseo unas ciento, así como unos ciento cincuenta *pucos* o tapas de las mismas. En ellas, sin duda, se sacrificaban niños, pidiendo lluvia a la divinidad. Sobre estos enterratorios es curiosísima la nota del P. Ruiz de Montoya, (1) quien hablando de los *Tupys* brasileños, dice: "Juzgaban que el cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque separada; y así muchos enterraban los muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando a los cristianos enterrábamos en la tierra acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían, que en él sacaban el alma del difunto, para que no padeciese enterrada con su cuerpo".

Cuando el padre de familia moría, el duelo era inmenso, y las mujeres se entregaban a la desesperación. "Los naturales del valle de Lóndres de Calchaquí dice el P. Guevara, con supersticiosa observancia, abrían a los difuntos los ojos que cerró la muerte para descubrirle el camino que guía a la región de los muertos."

No tenían habitaciones fijas, las que eran de *quincha*, y las abandonaba la parcialidad de un momento a otro, "y de esta inconstancia nació la incertidumbre que hubo siempre del número de los Pueblos en que se dividía esta Nación".

Su traje ordinario era una toga o túnica talar, labrada con lana de carneros de la tierra, recogida, generalmente, a la mitad del cuerpo. "La gente de esa tierra, dice Herrera hablando de la Nueva Lóndres, anda vestida de lana y de cuero, labrado con policia, a manera de Guadamecí de Castilla: críase mucho ganado de la tierra por causa de las lanas, de que se aprovechan... son grandes labradores".

Una de las más arraigadas y admirables pasiones en el indio, es el apego profundo a la tierra natal. Todo sufre con resignación cuando está vencido: hasta sabe aprender a ser excelente esclavo en casa del amo, y resistente y sufrida bestia de carga en la encomienda; pero jamás puede resignarse a dejar la tierra donde nació libre, aunque la vea profanada por el conquistador. Es, refiriéndose a ese amor entrañable por la tierra, que el cronista dice: "en lo general de los indios predomina tan válido ese afecto, que escogen antes de dejar la vida a manos de la violencia que desamparar la tie-

(1) P. Ruiz de Montoya. *Conquista Espiritual del Paraguay*.

rra". El recuerdo de los *kilmes* desterrados es algo que con- trista.

Los indios de estas regiones eran tan huraños como super- sticiosos. El rumor extraño del viento, la forma de las nubes, los truenos, los relámpagos, los estremecimientos de la tierra, cualquier ruido, cualquiera de esos raros y poco fre- cuentes fenómenos de la naturaleza llenaban de turbación, de miedo y de espanto sus almas nacidas para aterrorizarse de todo lo que fuera fantástico y sobrenatural.

Ya puede suponerse el terror indecible que la supersti- ción movería en el alma del indio cuando la *Mama Quilla* se enfermaba, o sea cuando ocurría algún eclipse de la luna. Los indios creían que esa enfermedad podría causar su muer- te, que sería la extinción de la luz del astro protector de la noche, en cuyo caso caería del cielo, mataría a todos los nom- bres y se acabaría el mundo. "Por este miedo, dice Garcilaso, en empezando a eclipsarse la luna, tocaban trompetas, cor- netas, caracoles, atabales y tambores, y cuantos instrumentos podían haber que hiciesen ruido, ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que aullasen y llama- sen la luna, que por cierta fábula por ellos contada, decían que la luna era aficionada a los perros por cierto servicio que les habían hecho, y oyéndolos llorar habría lástima de ellos, y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba".

Semejante a lo que hacían los augures egipcios, los au- gures de la tierra y las brujas consultaban a las divinidades funestas, y en especial a *Raymi*, que, sin duda por ser peruana, entraría a Calchaquí con los conquistadores.

Cupay, es el diablo calchaquí, y nunca se sabe que este personaje haya hecho obra buena.

A propósito de estas invocaciones a las divinidades nativas, no debe olvidarse aquella famosa que celebraron los hijos de la tierra, consultando a sus dioses si debieran abandonar el suelo patrio, desobedeciendo la orden de destierro de S. S. el señor gobernador Alonso de Mercado y Villacorta.

Generalmente era en sus regias festividades cuando cele- braban aquellas grandes bacanales y orgías, que concluían en la embriaguez y desorden más completos. Las bebidas de al- garroba y de maíz, se tomaban en gran exceso. Cuando las be- bidas habían subido a la cabeza, el cuadro más repugnante se presentaba a los ojos. Unos blasfemaban, otros rabiaban, los de más allá lloraban amargamente; bailaban, corrían, daban saltos, cantaban o reían. Aquello era una algarabía infernal, que concluía con provocaciones, muertos y heridos, y era en esas grandes orgías donde las tribus se declaraban sus guerras de exterminio.

Las mujeres de los indios y las indiecitas corrían a ocultar todas las armas, porque a encontrarlas de seguro que la orgía terminaba en una verdadera hecatombe.

Es de este modo cómo se celebraba la conocida fiesta de *Raymi*, en la que se sacrificaba el primer día “para tomar los agujeros”; después se bebía cambiándose las copas, y una vez que pasaban las salvajes libaciones se entregaban a cantar y danzar durante nueve días de fiestas de perpetua bacanal.

La embriaguez es la más grande pasión del indio, y su estado normal.

Con la *chicha* de algarroba celebraban sus grandes parlamentos que habían de decidir de los destinos del país, hacer la paz o declarar la guerra; y ya se puede comprender lo que resultaría de semejantes asambleas. Si la guerra se declaraba, juraban todos “con juramento solemne a la usanza, que eran muy supersticiosas ceremonias”. Rociaban luego con sangre los arcos de sus flechas; *enviaban la flecha* en demanda de alianza que este era el signo de confederación de las tribus. Si la flecha se devolvía, señal inequívoca era que la alianza se rechazaba. Es de advertir que esto de enviarse la flecha es una coincidencia con el modo cómo algunos otros pueblos demandaban alianza; el hecho de pasarse algún objeto entre las tribus, por lo menos, era señal de llamado a las armas; hasta mucho después del cristianismo los húngaros enviaban una espada, los ingleses un bastón, los escoceses una cruz de punta carbonizada.

Grandes y estruendosas bacanales celebrábanse cuando se comenzaba la labor de las tierras del Inca o del Sol, o cuando los *Uactacamayus*, diputados del pueblo, ordenaban el beneficio de las tierras de los pobres, las mujeres, los inválidos o los huérfanos, para todos los cuales hacía singular beneficencia.

En tiempo de Huayna Capac, refiere Garcilaso, “en un pueblo de los *Chachapoya* porque un indio regidor (o diputado) antepuso las tierras *del curaca* que era su pariente a las *de una viuda*, lo ahorcaron por quebrantador del orden que el Inca tenía dado de labrar de las tierras, y pusieron la horca en la misma tierra del curaca”. Es de advertir que el Inca mandaba que se prefiriesen a las suyas las tierras de los vasallos, porque para él la prosperidad de los súbditos era su más grande fortuna y anhelo. Al beneficio de las tierras del Sol iban todos los indios “vestidos de vestiduras y galas que para sus mayores fiestas tenían guardadas, llenas de chapería de oro y plata, y con grandes plumajes en las cabezas”.

El arma predilecta de guerra del calchaquí es la flecha de punta aguda, generalmente de piedra de chispa, que dispara-

ba nerviosa, aprovechando de la tensión del arco, producida por la fuerza muscular del brazo.

Lozano dice que las puntas de las flechas tenían veneno, extraído del jugo de unas hierbas de los campos. “El veneno que tenían las flechas de aquellos bárbaros, dice, era de tal calidad, que aunque procede lento y tarda tres días en obrar después de recibida la herida, pero recompensa su lentitud con la certeza de su operación y crueldad de sus efectos, pues en los siete días siguientes acaba infaliblemente el miserable herido con tan estraños y acerbos dolores que hacen declinar el sentimiento en furiosa rabia, en la cual, comiéndose las manos y estrellándose de cabeza por las paredes se acelera a sí mismo la muerte”.

Yo no he sabido ni he podido atinar jamás qué yerba de nuestros campos pueda ser la que produzca tan terribles resultados. Lo cierto es que la crónica asegura que el veneno de una de estas flechas dió muerte al renombrado descubridor Diego de Rojas.

La flecha era un arma poderosa, manejada por el brazo nervudo del indio. Se cuenta que aún disparada de alguna distancia, atravesaba, a veces, el cuerpo de un hombre. En los encuentros de brazo a brazo, es natural que sería muy desventajosa; pero para estos casos estaban reservadas las lanzas, las macanas y las piedras. Los indios serranos hacían uso de las hondas, como que tenían la piedra, el proyectil a la mano.

De helar la sangre debiera ser uno de esos encuentros con nuestros indígenas, pues lanzábanse a la batalla ebrios de ira, dando alaridos, tocando pingollos y cornetas, y metiendo una algazara salvajemente estrepitosa.

Rudimentaria era la vida calchaquí en todos los otros órdenes de la existencia.

En organización política, como lo dejé dicho al tratar de la civilización quíchua, el jefe era el gobernador que enviaba el Inca, al parecer dignatario supremo, a quien los indios llamaban *Titaquin*, o sea el señor del país, título que dieron a Pedro Bohorquez. El *kuraca* es el jefe de la tribu, pues sabido es que los incas dividían el pueblo por decurias y centurias. Los decuriones eran una especie de encargados del registro civil, toda vez que llevaban cuenta de los matrimonios, nacimientos y defunciones, así como suministraban variedad de datos estadísticos. Cada pueblo tenía su juez, quien, por más complicado que fuese el asunto sometido a su deliberación, debería fallarlo en el término perentorio de cinco días. Para evitar demoras, perjuicios y dificultades, los litigantes, en caso de apelación, no se costeaban al lugar donde residía la autoridad superior, sino que los jueces mismos, en cada luna, iban

a dar cuenta de los asuntos a ésta, quien resolvía incontinentemente. Ni para los militares, ni para los caciques, ni para los allegados al Inca, había consideración alguna cuando de justicia se trataba. “Si hacían (los de la milicia), dice Cieza de León, en la comarca de la tierra algunos insultos y latrocinios eran luego con gran rigor castigados, mostrándose en esto tan justicieros, los señores Incas, que no dejaban de mandar ejecutar el castigo, aunque fuese en sus propios hijos”.

Tal era la organización judicial en las colonias del Inca, y, sin duda, que parte de ella sería práctica en nuestro Calchaquí, aunque no lo he podido averiguar.

Su derecho penal era cruel. La muerte era generalmente aplicada para la blasfemia al Inca, al Sol, la traición, el asesinato, el robo, el adulterio, etc. La prostitución era bien castigada, salvo entre las personas el acto carnal con las *pampayrunas*, las prostitutas, que el estado toleraba con tal que viviesen por los arrabales de los pueblos, formando un barrio aparte.

De los Incas, sin duda alguna, tomarían nuestros andalgalenses los *quipus*, que admirados contemplaran los padres Dario y Borja en 1611 y 1621, y que los indios empleaban en la confesión para recordar sus pecados, según refiere Lozano, y a propósito, es muy curioso e interesante el siguiente párrafo del señor Lafone Quevedo comentando este hecho: “En esta palabra de *quipos*, dice, hallo yo una prueba que buscaba de que el verdadero Tucumán se debía encontrar en las llanuras o valles del Fuerte de Andalgalá, antiguo asiento de los indios de aquella parcialidad. Al leer este párrafo en la Biblioteca del señor Lamas, me parecía ver la luz en las tinieblas que rodean hasta ahora a los conquistadores del Tucumán. Lozano, a no dudarlo, añade, tenía presente las cuentas rendidas de los propios Padres Misioneros en que sonsignaban el hecho inesperado del uso en Andalgalá de los *quipos*; y de la narración se desprende que no era lo usual entre los Diaguitas del Tucumán; pero ¿qué cosa más natural que lo que sucedía? Que la mayor civilización cuzqueña se hallase en el punto céntrico de la Colonia Tucumana, si como yo supongo, el Tucumán del Inca era el Tucumanao o Tucuman-gasta de los valles y llanos de Andalgalá”. (1)

Respecto de los caracteres jeroglíficos que parecen hallarse en los objetos de arte de nuestros indios, ya he hablado en otro lugar, debiendo sólo advertir que unos, como Lafone, los atribuyen a los naturales, y otros piensan que eran grabados por los españoles de la conquista. Para el señor

(1) *Londres y Catamarca*, cit.

Groussac esta última opinión es indiscutible, y así dice: "Se comprende que no pretendamos profundizar más este estudio conjetural de los signos descubiertos: pasaríamos aquí al terreno de la fantasía; la criptografía del *Escarabajo de Oro* no tiene interés sino cuando la expone Edgard Poe".

Nuestros indígenas, dije más antes, vivían generalmente errantes. Sin embargo, innumerables pueblos cuyas ruinas puede hasta hoy contemplar el viajero, servían de morada a nuestros naturales. Orden, regularidad y simetría arquitectónica, es claro que estos pueblos no tenían. Las casas eran generalmente de quincha y piedra, y las pirkas estaban levantadas por todos lados, teniendo estas tal firmeza y consistencia, que muchas de ellas han resistido a los embates del tiempo, y cuyos fragmentos, medio derruidos, he tenido yo mismo ocasión de contemplar en la montaña. En el destruido pueblo de Watungasta, al pie de la fortaleza, las construcciones son de barro, tanto las casas como las torres cilíndricas.

En la arquitectura se ha encontrado en algunas ocasiones vestigios de bóvedas, y torres en forma de cilindro, aunque esto es raro.

Para darnos una idea clara de lo que era uno de estos pueblos indígenas, basta transcribir lo que sobre Quilmes, en el valle de Santa María, dice el autor del *Ensayo histórico sobre el Tucumán*: "La forma general de la ciudad, escribe, es la de un sector cuyos extremos siguen las dos líneas de entrada de una quebrada inaccesible. En las laderas de las montañas subsisten aún ruinas de parapetos y otras obras de defensa. Un acueducto construido en el mismo flanco del cerro, y a una altura considerable, traía de muchas leguas el agua necesaria a la población. Todas las calles concurren al centro de la quebrada, formando radios del sector: admirable disposición en una plaza fuerte, como lo era Quilmes, pues en caso de retirada ante el enemigo, el mismo retroceso de las fuerzas trae la concentración".

Refiriéndose a los pueblos de Calchaquí, dice Herrera: "tienen muy cercanas las poblaciones unas de otras, y los pueblos son chicos, porque no hay más que una Parentela en cada uno: están en redondo cercados, con cordones, y árboles espinosos, por las guerras que entre ellos tenían..."

Conviene, porque llega la oportunidad, de que repita una vez por todas, confirmando lo que dije al tratar de los orígenes calchaquinos, que los calchaquíes fueron indudablemente una raza que invadió el país y dió en tierra con una civilización que encontraron, demasiado adelantada, que acusa una lenta elaboración. Pues bien: todos esos restos de fortalezas, esas ciudades que hasta hoy pueden contemplarse en

ruinas, todos esos hermosos monumentos de defensa, no son, a mi juicio, obra de los calchaquíes, sino de la antigua raza aborigen que ellos exterminaron, o de los Incas, como el Pucará y la Troya. Lo propio digo de los objetos de arte que se encuentran hasta hoy. Los arquitectos, los artistas, los estratégicos, sin duda que no han sido calchaquíes, sino dignos representantes de la extinta civilización, de cuyos trabajos las invasiones bárbaras se han aprovechado.

No corresponde, en efecto, lo salvaje de la vida calchaquí que nos pintan los cronistas, a todos esos monumentos, alfarerías y objetos que acusan una civilización mucho más adelantada. Los indios de tiempo de la conquista eran incapaces de hacer nada de todas esas hermosas antigüedades que poseían. Hasta hoy el indio de aquel tiempo, el indio inculto, existe en Tinogasta, Pomán, Belén y Santa María; y, francamente, a pesar del contacto frecuente con gente de la época, estos pobres representantes de la antigua raza no pasan de ser unos infelices, sin dotes intelectuales de ningún género, tan incapaces como sus abuelos, de hacer una construcción o elaborar cualquiera de los antiquísimos objetos de arte que exhumamos.

Sobre esta delicadísima e interesante materia he tenido ocasión de tratar en largas cartas con el señor Lafone Quevedo; y éste, de acuerdo con mis presunciones, escribíame hace poco, aludiendo a los objetos de arte indígenas de que somos poseedores: "Yo he pensado como Vd. me lo indica. Creo que todos esos objetos tal vez correspondan a la época anterior a los calchaquíes, y ellos probablemente *utilizarían cosas que encontraban hechas*... Estos bárbaros eran tan intrusos como los españoles en el valle de Calchaquí... Los calchaquinos sin duda que han destruído la primitiva civilización de estos valles: las pirca y objetos de arte que se encuentran corresponden a la raza que ellos destruyeron. Si algo hacían, aprovechaban los conocimientos de las pobres mujeres que robaban a los pobres habitantes anteriores de estos valles... Siempre le encargo mucha cautela en sus apreciaciones de la raza calchaquina, mientras Moreno y yo no concluyamos nuestros estudios. Moreno trabaja con los cráneos, y yo con la arqueología y la lingüística. La mezcla de razas ha sido grande, y falta de averiguar bien cuál ha sido la nación barbarizante y cual la civilizante".

Dicho esto, paso a ocuparme someramente de los objetos de arte encontrados.

En las ruinas de los pueblos y en lo interior de las montañas han halládose innumerables objetos curiosos, algunos

admirables como obras de arte, que dan la idea más acabada de la cultura nativa.

Curiosa por demás es la patena, hallada en Andalgalá, que representa al Inca. Muchos de sus adornos hábilmente cincelados en el metal, han sido trazados por mano maestra.

De la misma manera que el cobre, beneficiaban el oro, la plata y el estaño, cuyo uso está patente en el hecho de encontrarse algunas armas de bronce.

El P. Techo, refiriéndose a una especialidad de estos trabajos, hablando de nuestros indios, escribe: "se cubren los brazos hasta el codo con láminas de plata o bronce para servirse de ellas cuando pelean a flecha y en algo para adornar sus personas. Las principales del pueblo, añade, se ciñen las sienes con un orbe de plata o bronce asegurado en una corona".

Hermosísimos y variados objetos artísticos están a la espectación pública en los museos Nacional y de La Plata, donde, indudablemente, serán admirados.

En muchos de estos objetos de arte los grabados son sustituidos por la pintura. Notable es en este sentido la tinaja andalgalense que se encuentra en uno de aquellos museos. En la tinaja pueden contemplarse hermosas franjas negras sobre encarnado, en la cual se distinguen la serpiente y el cóndor, a que hice alusión.

En casi todos estos trabajos el barniz y el esmalte son empleados para dar brillo al objeto, así como para dejar lisa su superficie o facilitar el grabado o pintura. El empleo, pues, de óxido metálico, era hábil y frecuente.

Los adelantos en la cerámica se comprueba por infinita variedad de objetos. Hay tinajas, tazas, vasos de arcilla fina, de loza, de tierra mate, del color de los vasos etruscos; mucho de estos con las formas de las ánforas griegas. Estos objetos son generalmente pequeños, finos, consistentes y trabajados a mano, aunque a veces nótese el uso del torno. Sus adornos consisten en ídolos, estrellas, lunas, serpientes, lagartos, plantas o líneas que forman figuras simétricamente grabadas y perpendiculares al eje. Aunque, como digo, las tinajas son pequeñas, no sucede lo mismo con las que propiamente sirven de urnas cinerarias, que guardan cadáveres adentro, y de las que una buena cantidad se ha encontrado en el cementerio de Watungasta, donde yo tuve ocasión de dar con dos, aunque no enteras.

El Fuerte Quemado ha suministrado muchos ejemplares de tinajas y de jarrones, descubiertos por los profesores Liberani y Hernández. Infinidad de estos objetos son de pie-

dra; y, no solo conozco muchos, sino que he encontrado en las sierras otros idénticos, llenos de grabados. (1).

Otros curiosos objetos pertenecen a la espartería, en la que se empleaban la paja, el junco, el *chahuar* y la totora. Hasta hoy se hacen en el oeste de estas Provincias sombreros de paja, a veces de variados colores, y el uso de las *tipas* es tal que casi no hay una casa en las ciudades de Catamarca y La Rioja en que no haya alguna para aventar el maíz de la succulenta y frugal *mazamorra*.

Buenos eran los trabajos que se hacían de lana de huana-co, vicuña o algodón.

Del algodón del Tucumán, y especialmente del de Catamarca, es preciso recordar que lo era de superior calidad. (2). A pesar de que los algodones parecen ser nativos de nuestros valles y no obstante haber producido grandes rendimientos, y aún servido de moneda en la Provincia, la industria local está totalmente extinguida, sin que gobierno ni pueblo se hayan preocupado de hacerla revivir. En tiempo de la conquista, según el cronista, "eran grandes las cantidades de lienzo de algodón que se sacaban para el Perú". No hay que olvidar, tampoco, que en la supuesta embajada al Inca Huiracocha nuestros caciques llevaronle abundante miel y algodón. Esto era en el siglo XIV, seguramente. (3).

Siguiendo con la vida de nuestros calchaquíes, diré que se alimentaban con huanacos, liebres, conejos, aves, etc. El algarrobo, como el dátíl de la Arabia, es el árbol sagrado de nuestros calchaquíes: sus vainas amarillas molidas, puesta esa pasta en el agua hasta que fermenta o el maíz, producen la *chicha* o el licor indígena. Yo he comido muchas veces (y me gusta) el *patay* y el *machaco* de algarroba, elaborados por indios Colpeños de Pomán. El maíz era, igualmente, otra de las comidas predilectas de nuestros naturales. Con él se hace hasta hoy el *rocro* (locro) y la *maçamorra* (mazamorra), que diariamente se sirve en nuestras mesas. Los *tamales* son muy agradables y alimenticios.

Respecto del algarrobo, y las fiestas que bajo sus coposas ramas se celebraban cuenta el indio Peralta, del viejo pueblo del Pantano, "que para celebrar la fiesta del *Chiqui* ha-

(1) Esto se escribió antes que yo coleccionara mil y tantos objetos en el valle Santamariano. Pomán, Ambato, etc.

(2) En una merced de terrenos de los indios lules, el Rey D. Felipe II dona tierras con algodones, por Solapsila y Loratosita, camino de Yumanuma (Escrt. de 29 de Noviembre de 1594, M. S. de mi propiedad).

(3) Hablando el General Cabrera de su entrada a Calchaquí, y aludiendo a los vestidos de estos indios, dice: "Las camisetas que traen vestidas son hechas de lana y tejidas primorosamente con Chaquira, á manera de malla menuda de muchos labores en las aberturas y ruedos y boca mangas" (M. S. Relación en suma que de la tierra y población que D. Gerónimo Luis Cabrera ha descubierto, etc.)

erían reuniones de hombres y mujeres, que se juntaban bajo un algarrobo con varias tinajas llenas de *aloja*... y con la cabeza de los animales que cazaban daban vueltas alrededor del *Arbol*, entonando el canto o *vidala* de los indios y chupando *aloja* más y mejor". Después de las carreras, al triunfador se premiaba con una *huahua* o muñeca de masa. Del famoso *Chiqui* me ocuparé después.

Pasadas las grandes cosechas, el maíz era guardado en *pirhuas*, que hasta hoy son de uso común. El *cocavi* era una comida de maíz tostado.

Para las cosechas del maíz también tenían lugar grandes fiestas. "Cuando se cogían los maíces y sementeras dice Herrera, se tenía por costumbre hacer un gran sacrificio al Sol, y a todos los dioses en todos los adoratorios... y se hacían ocho días enteros dando gracias por la cosecha, y pidiendo que fuese favorable la venidera".

Al norte del Tucumán, en lo que es hoy Orán, Provincia de Salta, crecía un arroz silvestre llamado *quinoa*.

Era, asimismo, buen y nutritivo alimento la miel de palo de las abejas, *tio-simi*, la de *huanqueros* o *alpa-misqui*, así como la de la *lechiguana*.

Basta con todo lo dicho sobre la vida calchaquí para que nos demos una idea casi completa de ella.

Al terminar y después de todo lo escrito, necesario es que digamos que nuestros indios no eran tan salvajes como piensan muchos escritores. A los que tales cosas creen, hay que decirles con Peramas, en la "Vida de Juan Andreu": "*Eunt nunc vani, ac in pü etatis enostrae Philosophi, et dicant nulla inter Americanos Indos apparere peetatisi el justiciæ vestigia. No illis Semina aequ, rectique desunt, et mens et ratio sed cultura...*"

Aunque la cita es larga no me resisto a transcribir de Ambrosetti (1) estos párrafos sobre la vida calchaquí. Dicen así:

"La urna funeraria con su complicado simbolismo: la síntesis fría, pero elocuente de sus sacrificios humanos; la sequía espantosa que asola al país, la consternación general, el fantasma del hambre cerniéndose sobre la tribu, la voz del augur que reclama la cruel ejecución, el *Chiqui* airado que es necesario conjurar o mejor dicho, cuya maléfica influencia es preciso contrarrestar con otra; el niño enterrado vivo colmado de dones, después de haberle arrancado la promesa de su protección de ultratumba, un nuevo genio tutelar que velaría por todos y que imploraría la lluvia tan deseada,

(1) *Boletín del Ins. Geográf.*, Tom. XVII, nos. 7, 8, y 9 págs. 419 y 420.

alejando al genio adverso con auxilio de la serpiente, que profusamente pintada sobre las paredes de su ataud de arcilla, le serviría de égida y era símbolo del rayo que adoraban.

“Los collares de pequeñas piedras redondas, azules y perforadas en el centro, regulares y artísticas a veces, toscas otras; trabajo paciente del indio, la paciencia en la espera, tan característica en ellos, puesta a prueba de nuevo, en holocausto al amor; la india ataviada con el costoso y raro don, la afección correspondida, las ingenuidades del idilio amoroso, entre las breñas y las rocas, los dramas y comedias de la pasión universal, los celos, las envidias, la coquetería femenina todo eso que se desarrolla dentro del pecho y que se manifiesta generalmente con el lenguaje de los ojos o la mueca hiriente e imperceptible de los labios mordidos o la contracción involuntaria de ciertos músculos de la faz.

“Otros objetos más pequeños y de menos peso nos transportan al hogar, al centro de la familia, y entre risas infantiles e ingenuas exclamaciones de placer, grandes besos de cariño y estrechamiento de amor las cabecitas de los pequeños; los padres y las madres obsequiando al niño para hacerlo más bello siempre más y más, para que nadie lo supere y ese amor hacia los pequeños se encuentra a cada paso revisando las colecciones, cuando se tropieza con los cántaros, los yuros, las vasijas primorosas de tamaño diminuto que la alfarera confeccionaba con gusto y adornaba con colores y dibujos resaltantes o dándoles formas de animales, mientras fabricaba el grueso stock de la vajilla casera exactamente lo mismo que sucede hoy con muchas madres que mientras elaboran sus pastas con harina, se entretienen en hacer muñecos de masa para los pequeños tiranos de sus maternos corazones.

“Las puntas de flechas de piedras o de hueso, primorosamente talladas, con sus bordes dentados como serruchos, elaboradas al calor de la lumbre, con toda ferocidad, entre ensueños de gloria y de venganza; las heridas horribles, las carnes desgarradas, los dolores atroces que esas diminutas pero crueles armas producían en el cuerpo de los combatientes, lanzadas con violenta fuerza por las tirantes cuerdas de los arcos; y luego los muertos rodando por los flancos de los cerros hasta quedar suspendidos sobre el abismo por una roca saliente, brindando sus carnes cadavéricas a los famélicos cóndores, que desde temprano espiaban la batalla.

“Las partidas de caza; la vicuña traspasada, doblando sus rodillas y cayendo fulminada con el cuello estirado, la charqueada de sus carnes apetecidas, y el despojo de su piel lanosa.

“Los combates singulares con los pumas de las ásperas breñas o con los terribles jaguares de las faldas boscosas, cuyas pieles vestirían los jefes o se retobaban sobre marcos de madera para formar sus grandes escudos defensivos.

“El humilde tortero de piedra, hueso o barro, simple o adornado con dibujos caprichosos, con su forma circular y su agujero en el centro para colocar el vástago del huso, otra faz de la vida tranquila: la india hilando con su vellón de lana enrollado en el brazo izquierdo, cantando un *haravec*, detrás de sus llamas en pastoreo, o alrededor del fuego, mientras el viento de las cumbres azotaba la nieve con furia implacable contra la pirca de piedra que le servía de resguardo”.

XXII

Regia e imponente es la apariencia del cóndor andino, sobre todo cuando despliega sus alas renegridas y ensaya sus vuelos atrevidos; cuando en la hora crepuscular se despide de la tarde y lanzando graznidos roncoss se dispone a retornar a su nido de las rocas agrietadas de la cumbre, donde impacientes le aguardan sus polluelos con los picos abiertos, en infernal algazara.

Place por la mañana verle correr, saltando de un lado a otro, sobre la falda de la loma, haciendo repetidos ensayos, como si quisiera probar la potencia de sus alas, para lanzarse a sus atrevidas excursiones de acecho a la tierra, cuando su ávida mirada descubre en las profundidades de una quebrada estrecha la víctima que apetece, y plegando las alas se lanza sobre ella con la velocidad y rectitud de la flecha.

Salvaje es el espectáculo que el cóndor nos ofrece cuando picotea la res vencida y se vale de sus garras para devorarla en su festín, al cual asisten decenas de invitados.

El hombre de América, y especialmente el habitante de las montañas, no dejará de contemplar absorto al cóndor, en la tierra o en el aire, en la falda o en la cumbre, subiendo o descendiendo, volando o posando en la roca saliente del *mogote*, haciendo sonar con su pico el plumaje de sus alas fatigadas. Y es que, como dice tan elocuentemente el autor de la *Tradición Nacional*, “el Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal, es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambición de alturas: trasmite a los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cotidianas: el Cóndor es el profeta de la tierra

que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo''.

Las aves cantoras llenan de trinos los bosques. El cóndor, al revés, no canta. Dentro de su pico está el silencio, y cuando al abrirlo busca notas a su garganta, en vez de cantos lanza graznidos.

No toma para el vestido de sus plumas, como las otras aves, bellos colores al iris, sino el negro.

Por eso el poeta americano ha dicho del nativo cóndor :

Su garganta no da sino graznido,
Ni en su plumaje el Iris se refleja;
Más el Pampero al sacudir sus alas,
Mil armonías hasta Dios eleva,
Y el sol que brilla en el cenit cercano
Viste de luz al cisne de la sierra.

El ave de los Andes ha nacido junto con el hombre de la América. Desde lo más elevado del cielo ha contemplado con vista perspicaz y escrutadora los movimientos de los pueblos, con sus gérmenes de sociabilidad; ha visto batallar una raza contra otra, disputándose el dominio de la tierra, y ha escuchado los primeros llantos y las primeras alegrías de vencedores y vencidos; ha seguido a los ejércitos victoriosos, y se ha encontrado en sus batallas como testigo impasible, aleteando encima de los guerreros, inquieto, alegre, jadeante de hambre, esperando que pase el combate para devorar a sus anchas curacas y soldados, nobles y plebeyos, como si toda la trágica bacanal fuese preparada para el sangriento e implacable convidado; ha visto caer un pueblo y alzarse otro, y ha contemplado formarse los grandes imperios.

El ha asistido a las luchas de la conquista y la resistencia; ha visto morir a Moctezuma y Atahualpa, chocar ejército con ejército. Y luego cuando ha visto caer vencida la raza nativa, de la llanura o la montaña; cuando abajo ya solo miraba en esclavitud al hijo de la tierra, desciende, como melancólico, el viejo cóndor a pasearse en las rocas de sus Andes.

Y desde allí contemplaba derramarse
A sus plantas, el mundo de la América.

Ya no mirará más al indio tributarle adoración en la montaña; no le verá perseguir el venado de la cumbre, cuyos despojos le servían de alimento; no regalarán su oído los gritos estridentes de la turba salvaje; no verá escurrirse en el matorral al hijo de la tierra, ni oír el crujir de arcos, ni el silbar de flechas, ni el eco del *hailli*.

Siempre el cóndor será el ave de la leyenda americana como que siempre un ave obligada ha figurado en la leyenda histórica y religiosa de los pueblos, y es esta el ave de nuestra América. El ibis es venerado por los egipcios; los griegos tienen las águilas de Júpiter y los buitres de Prometeo; para Roma son inolvidables los gansos del Capitolio y las palomas de Citera; los israelitas tienen horror a los cuervos fáticos, que devoran los cuerpos inséptos de los maldecidos de Jehovah; aletean en la leyenda germánica las águilas del Rhin undoso y sus blancos cisnes, que arrastraban sobre la lina los barcos de sus Eneas gentiles; el gallo vigilante da el alerta en la historia de las Galias; en el orbe cristiano vuela la paloma del Espíritu Santo y anida en las murallas agrietadas de San Pedro o en los huecos de las peñas del Calvario.

El cóndor americano no es como el buitre que picoteaba las carnes del Titán encadenado, sino, para el indio, un anuncio de libertad, de fuerza y de atrevimiento.

Los curacas del gran imperio incásico, cuando no vestían la piel del león, encajando su cabeza en la de éste, colocábanse a las espaldas las alas abiertas del cóndor, en la misma disposición que el de los Andes las lleva al volar. Los curacas alados jactábanse de descender del cóndor, libres y poderosos como él.

Refiriéndose al vestido de los curacas, dice el Inca Garcilaso: "Otras vestían de la manera que pintan los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman Cuntur. Son blancas y negras y tan grandes, que muchas han muerto los españoles de catorce y quince pies de punta a punta de vuelos, porque se jactan descender y haber sido su origen de un Cuntur". (1).

Por lo que acabo de referir, patentizado queda que nuestro cóndor de los Andes había engendrado su aristocracia americana.

Curioso es por demás lo que en otro pasaje nos refiere el historiador de los Incas relativo a dos cóndores que figuraban en la pintura famosa de tiempo de Huiracocha, en la cara de una elevada roca que se encontraba en uno de los puntos en donde su padre, el Inca Yahuar Huacac, paró cuando su retirada del Cuzco, temeroso de los Chancas, pintara alegórica aquella "no menos mordaz contra su padre, que aguda en su favor".

Es el caso que en el referido peñasco el Inca mandó pintar dos cóndores, el uno con la alas plegadas y la cabeza baja

(1) Garcilaso, *Primera Parte de los Comentarios Reales*, etc., Ed. Madrid 1829 Tom. II, Cap. XX, pág. 490.

y encogida, como si quisiera buscar un refugio o escondite mirando hacia el *Callasuyo*, y dando la espalda al Cuzco; el otro cóndor, al revés, con las garras abiertas, y en actitud de volar, como si intentara ir a hacer alguna presa, mirando altivo al Cuzco. “Decían los indios, escribe Garcilaso, que un Cuntur figuraba a su padre que se había salido huyendo del Cuzco, iba a esconderse en el Callao, y el otro representaba al Inca Viracocha que había vuelto volando a defender la ciudad”.

Como manifiesto más, antes, el cóndor debe haber sido una de las más altas deidades de nuestro Calchaquí, especialmente en la región kakana, si se tiene en cuenta los dioses que los nativos adoraban y las causas de esta adoración. Baste considerar que la serpiente era tenida por Dios, y los motivos de su adoración eran su natural fiereza y el terror que inspira.

Motivos hay, entonces, para que el cóndor fuese venerado por nuestros naturales, tan supersticiosos y adoradores de todo lo que era grande, imponente, extraño y sobrenatural. La majestad del cóndor y su vistosa apariencia; el enigma de su vida en lo más inaccesible de las cumbres, donde rara vez posa su planta el hombre; lo impetuoso y rápido de sus vuelos; la potencia de sus garras, con las cuales despedaza la víctima para saciar su apetito voraz; el alcance de su mirada, que le permite ver desde lo más alto, lo más pequeño que se arrastra sobre la tierra, cuando arquea el cuello y clava con avidez sus ojos perspicaces sobre la llanura; el hecho de ser el ave más grande y poderosa en su fuerza y en sus vuelos que se conoce en la América; todo esto, y mucho más que pudiera decirse, nos demuestra claramente que debió ser deidad nativa el andino cóndor, y deidad de primera categoría.

Repito que nuestros indios eran tan impresionables como supersticiosos, y adorado por ellos todo lo que representaba fuerza, bravura, agilidad, misterio, siendo por motivos semejantes endiosadas las fuerzas de la naturaleza y los fenómenos de la misma, como el trueno y el rayo. El cóndor, por muchos de aquellos títulos, y con más que el *suri*, al que, como dije, se miraba con religioso respeto, debió, naturalmente, ser divinidad.

Recordemos la aseveración del Inca Garcilaso de que el cóndor era deidad entre las tribus que habitaban la gran cordillera.

Una prueba concluyente de la veneración de los calchaquíes al cóndor, es que éste aparece con mucha generalidad

en los grabados de objetos indígenas, al lado de las serpientes veneradas, de muchas cabezas. (1).

Sin duda que con la civilización quichúa, invadiendo el país, el cóndor habrá descendido a la simple categoría de un semi diós o deidad de segundo o tercer orden, pues ya hemos visto en páginas anteriores hasta qué grado de religiosa consideración tenía el cóndor entre los curacas incásicos, al que miraban como un real progenitor de ilustre prosapia.

Pero sea de ello lo que fuere, el cóndor andino será siempre un personaje de primer orden en la tradición de las montañas. Como el ave de Leconte de Lisle, el arte ha de hacerle relatar a las generaciones el secreto de las razas extinguidas. Su sola apariencia, al verle el viajero volar de la llanura a la cumbre, trae al instante a la memoria otros tiempos gloriosos de nuestra historia nacional.

Nuestro poeta Andrade, por ejemplo, le ha inmortalizado en su *Nido de Cóndores*, haciendo dialogar sobre la empresa de la libertad continental al vencedor de Chacabuco y al "calvo morador de la montaña", admirándose recíprocamente, pues al pasar el primero,

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: mirad! Esa es mi gloria!

(1) Yo poseo en mi colección una hermosa urna funeraria de Amaicha con dos hermosos cóndores pintados, como de diez centímetros de alto cada uno. Asimismo un pequeño amuleto-condor de Ambato, y un pequeño vaso orntoncorfo, que también es un cóndor con las alas abiertas.

LIBRO TERCERO

XXIII. Aventureros y héroes. España conquistadora. Los aventureros castellanos en el Tucumán. — XXIV. Los soldados de la Cruz. y la espada. El Evangelio y las tribus. Misiones religiosas. La piedad y el exterminio. — XXV. El heroísmo de la raza. La epopeya calchaquí. El sacrificio, la impotencia y el suicidio. Los ancianos, mujeres y niños. — XXVI. Los Césares. Las tierras del Rey Blanco. Los cuatro aventureros. Los Césares atraviesan el Tucumán. — XXVII. Almagro y Paullu Inca. El gran sacerdote Villac-Umu. Tránsito de Almagro. Resistencia a Paullu Inca. Consecuencias. — XXVIII. Presentimientos funestos. La planta castellana. Los calchaquíes en el Chaco. — XXIX. Diego de Roxas. Del Perú al Río de la Plata. El descubrimiento. Roxas en Tucumán. El señor de Capayán. Fin de la expedición. — XXX. El Tucumán bajo la jurisdicción de Chile. D. Pedro de Valdivia y los descubridores tucumanos. Conflictos sangrientos. Decisión de Felipe II. El Tucumán bajo la jurisdicción del Perú.

XXIII

Hacer la historia de la aventura castellana y sus héroes, de la conquista y la resistencia, es entrar en los límites mismos de la historia épica.

Los grandes héroes castellanos no pueden cobrar nervios en las páginas frías e insípidas de la crónica. Actuaron sobre el inmenso escenario de América, y sólo la fama puede dar a los vientos sus hazañas.

Desaparecidos los héroes de la aventura; alejados de nosotros por la distancia de tres siglos; desmenuzados sus huesos en sus tumbas, sus figuras gigantes, lejos de sepultarse en el olvido, han crecido con la tradición y la leyenda.

Muchos nombres, individualmente, se han perdido u olvidado; pero no es por la ingratitud histórica, sino porque han desaparecido interesantísimos manuscritos en los cuales están relatadas sus hazañas. Cortés, Pizarro, Valdivia, Alonso de Mercado y Villacorta, de un lado, y del otro Moctezuma, Guatimozin, Atahualpa, Lautaro, Juan de Calchaquí, representan a las dos razas geniales, luchando brazo a brazo, dando la una y la otra lugar a páginas luminosas en la historia.

Pasma, verdaderamente, contemplar a España conquistando este Continente. Sus guerreros, ora cruzan la llanura, atraviesan la selva o trepan la montaña inaccesible; muchas

veces cruzan desiertos y ríos, desnudos, con hambre, con sed, luchando con la naturaleza, con la inclemencia del suelo y del tiempo, con las fieras, con los salvajes, con la muerte, como aquellos compañeros de don Gonzalo, que, salidos del Perú, llegan a las cercanías de Quito, después de una travesía tan inútil como penosa; en todo esto, y mucho más, sobra para darse uno cuenta de la temeridad de las aventuras de esos Eneas de la tierra.

“Contemplados, como dice el autor de *La tradición nacional*, a través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aún hoy día el desierto nos resiste con su salvaje heroísmo, esas figuras se agitan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la pasión las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre. Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos anales trágicos, ya pereciendo en manos de las tribus sanguinarias, ya bajo el golpe de la traición o del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrastrado a las alturas excelsas de la virtud, o a los abismos más hondos de la maldad, la soledad le devora y el hombre se defiende; e inmolar a sus semejantes es también por desgracia, en esos momentos de solemne desesperación un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un medio de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado en frente de la muerte, se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, o es Dios en la exaltación del entusiasmo”.

Quien se lanzaba a tan ardua empresa era España, que necesitaba de aventuras y de combates después de tantos siglos de abatimiento y dominación, abriendo horizontes nuevos a la historia, como a la ciencia, como al arte.

Los valerosos hidalgos de Castilla han provocado grandes escenas. Sedientos de aventuras, y más aún de oro, apenas pisaban el suelo americano pedían conquistas al rey, a los virreyes, a los presidentes, a los oidores; demandábanles provisiones que les garantizasen la legitimidad y derechos de la conquista que iban a emprender. Después de la concesión, que llegaba del muy noble y valeroso hidalgo, éste contratava aventureros de la plebe, ofreciéndoles pingüe parte del botín, de las tierras, de las minas, porque esta América se había convertido de la tarde a la mañana en la piedra filosofal de la riqueza, a tal grado, que a veces causa risa leer

en los cronistas el entusiasmo con que describen la abundancia de oro de algunos países, todo lo más imaginario, por cierto. A propósito, es de recordar de aquel español a quien el Inca llevó con los ojos vendados a conocer sus riquezas, al que, después de mucho andar, sacó la venda, quedando estupefacto al encontrarse en un inmenso salón de oro macizo, sostenido por pilares de plata, lleno de objetos de oro, de los que cada uno podía constituir la fortuna de un pueblo, todo infinitamente más rico que la maravillosa descripción que hace Marco Polo del palacio del gran Khan, así como los de Camballi. Excusado es decir que el español éste debió haber sido andaluz. Garcilaso asimismo, se complace grandemente en exagerar las riquezas de sus predecesores, haciéndolo así en cuatro capítulos seguidos, refiriéndonos, entre otras cosas, que de un solo cerro del Perú se había llevado a España, hasta el año mil seiscientos, doscientos millones de pesos en plata, quedando para conducirse más de cien millones; que en una sola armada "trajeron en otra del Perú veinticinco millones de pesos de plata y oro" Es verdad que el buen Garcilaso, después de su entusiasmo por las riquezas que describe con labia fecundísima, lamentase de la abundancia de oro por los males que acarreó, pues esas riquezas, según él, "no ha aumentado las cosas necesarias para la vida humana (que son el comer y el vestir, y por ende provechosas) sino encarecídola y amujerado los hombres en las fuerzas del entendimiento y en sus trajes y hábitos y costumbres...."

Entre estas famosas expediciones, por lo que a nosotros toca de cerca, hay que recordar en primer término de la de Diego de Almagro en 1535 y 1536, tan célebre por la temeridad de la aventura y el tamaño de los desastres, siendo ella una prueba tangible de cuanto era capaz el arrojo castellano.

No menos lo fué la conquista concedida a don Pedro de Valdivia, después del fracaso de Almagro, siendo oportuno transcribir un párrafo de carta de este Adelantado al emperador Carlos V, el que nos suministra una idea exacta de los sufrimientos y penurias sin cuento del aventurero castellano, lanzándose por tierras desconocidas, desiertos inmensos y montañas fragosas. "Los trabajos de la guerra, invictísimo César, decía el Adelantado desde la Serena en Setiembre de 1545, puédenlos pasar los hombres, porque lo es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurren con ellos, para los sufrir más que hombres han de ser; pues tales se han mostrado los vasallos de V. M. en ambos, debajo de mi protección, y yo de la de Dios y de V. M., por sustentarle esta tierra. Y hasta el último año des-

tos tres que nos cimentamos muy bien, y tuvimos hasta comida, pasamos los dos primeros con extrema necesidad, y tanta que no la podría significar; y a muchos de los cristianos les era forzoso ir un día a cavar cebolletas para se sustentar aquél y otros dos, y acabadas aquellas tornaba a lo mismo, y las piezas todas, nuestro servicio y hijos con esto se mantenían, y carne no había ninguna; y el cristiano que alcanzaba cincuenta granos de maíz cada día no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo no lo molía para sacar el salvado”.

Lo cierto es que con todos estos sufrimientos los súbditos del monarca español dilataban su imperio, confirmándose lo que Pedro Martyr escribía en 1494 a Pompinio Loetus: “España está extendiendo sus alas, aumentando su historia, dilatando su nombre y gloria hasta los antípodas”.

La sola lectura del párrafo transcrito de Valdivia es capaz de helar la sangre del más intrépido y valeroso; y ¿a qué recordar, para abundar en tristes detalles, de mil y mil aventuras más infortunadas y trágicas con funestos desenlaces, en que la muerte sin tormentos es el mejor de sus fines? ¿A qué recordar, por ejemplo, de aquel infeliz aventurero que vivió años y años abandonado y mísero en una de esas islas de Chile, quien llegó a pasmarse de terror el día en que se le apareció otro hombre que hablaba el castellano, que él ya iba olvidando, desgraciado Robinson de la avaricia castellana?... ¿Y la excursión de los Césares, de los cuatro solos aventureros que tienen la osadía sin nombre de cruzar el continente del Atlántico al Pacífico, por entre centenares de tribus, llegando en 1529 a nuestro Calchaquí, y siguiendo lejos de su camino hasta cerca de Magallanes, atraídos por las fabulosas riquezas del *Rey Blanco*...?

Pero basta de ejemplos, olvidándome de intento de Cortés y Pizarro por que casi nada tienen que hacer con nosotros.

Y en medio de todo no debe, no puede olvidarse, que la avaricia, en unión a la aventura, son los factores, más que aguijones de la conquista de la mitad del mundo.

La Cruz es el pretexto, porque tras el predicador de amor y de fraternidad aparecen el guerrero que roba y despoja, y el encomendero que disfraza la servidumbre bestial con el nombre de encomienda. Por más buena voluntad que tenga el pobre fraile, el soldado al partir en el buque velero no ha cosido en balde su bolsa, que lleva colgada al cuello, juntamente con un relicario de huesos de santos, o un escapulario con el busto de María Santísima. El fraile predica,

y el aventurero mata; los dos mutuamente se complementan y hacen la conquista.

De todos modos la obra de la conquista es uno de los clásicos hechos del valor y del heroísmo humanos; y por más que la codicia fuese el móvil, la religión el cristiano pretexto, y el oro la aspiración de reyes, y prelados, y capitanes, soldados, y plebeyos, y chusma, España es y será en todos los siglos la gloriosa conquistadora de las Américas, y su nombre de época en época crecerá como el de los héroes con los tiempos; y la madre raza, con su falange de aventureros ambiciosos, avaros, hipócritas, y todo lo que se quiera, aparecerá en la historia tan heroica como Grecia, tan constante como Cartago, tan soberbiamente guerrera como Roma. Lo que quizá fuere un crimen se transformará en virtud; oro fundido se volverá la piedra, y con el acero homicida de las espadas se fabricará la Cruz.

XXIV

Tanto como el héroe de la espada, el soldado de la cruz desempeña su papel de primer actor en la historia de la conquista. Su figura se impone y pasa a la tradición mística y heroica orlada por la doble gloria de haber sido elemento civilizador y de haber tomado parte en la acción, sin más armas que la cruz, predicando la humanidad y la piedad y conteniendo el furor de la gente de guerra.

En la epopeya americana la personalidad augusta del fraile tiene forzosamente que destacarse, no con colores rojos y expresivos, sino con suaves tintas y contornos; pero, al fin y al cabo, ha de mostrarse allí al lado del guerrero indio y aventurero castellano con el Evangelio en la diestra.

Pintar al guerrero y olvidar al misionero es no comprender la dualidad necesaria que ha hecho la conquista, dualidad absurda de la guerra y la religión, de la espada y de la cruz, pero la sola que pudo domar y subyugar un mundo.

El guerrero castellano no cruza solo el suelo de la América, acompañado de arcabuceros; al lado suyo viene el fraile ayudándole y animándole a la conquista, para anonadar al gentilismo una vez que haya pasado la batalla. Aunque el fraile no haya tenido ocasión de acompañar al guerrero, el rey o la Audiencia, cuando decretan una conquista comprometen al misionero a que se vuelva aventurero a la par del conquistador. El rey, aunque no sea religioso, quiere un divino pretexto para santificar la obra de la conquista, pues nada había tan sano como imponer por las armas a las conciencias, quemar brujas y descuartizar herejes en

el potro. El rey sombrío y pérfido, el personaje tétrico del drama de Schiller, llamaría insensato a quien le hubiese observado cuando entregara el punal al viejo inquisidor para que lo clavara en el pecho del noble iniciado, del marqués de Passa. Sobre la autoridad de cortes y audiencias está el Santo Oficio. Una frase hiriente del Papa corta más que la tajante espada de Carlos V. Felipe II es la Inquisición de carne humana.

Así se explica cómo los católicos monarcas llevasen a cabo la conquista de América por la fe y para la fe, y ordenasen a los guerreros que hicieran compañero y consejero suyos al fraile.

Desde D. Alonso X de Castilla, en cualquiera empresa bélica el fraile acompañaba al guerrero, porque su presencia infundía fe y aliento, y era un nuncio de victorias; a más de eso, el fraile, que siempre sabía lo que ignoraban, iba de cronista encargado "de las historias de los grandes hechos de armas que los otros fecieran".

En la conquista de América, verificada a sangre y fuego, el rey se disculpa con el fraile, el fraile con Dios, y el guerrero con unos y otros. El misionero pisa la tierra americana con el propósito de santificar la conquista sangrienta que S. M. ordena. En cada una jornada predica a los soldados que es empresa cristiana vencer a las tribus, someterlas, subyugarlas, a fin de que, una vez maniatadas, sean iniciadas e instruidas en los misterios de la religión del crucificado. Muchas veces no hace caso de la sangre que se ha derramado a torrentes ni de los cadáveres, ni del incendio: todo esto no será para él más que un prólogo lamentable: después viene la primera lección: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Así inició en Atahualpa el P. Fray Vicente de Valverde, en la nueva religión.

El guerrero, a "a su vez, disculpa su avaricia, secundando los santos propósitos del misionero, después de escuchar los relatos fabulosos que se hacen de los diversos países no concedidos aún a ningún conquistador. Soñando en que el oro puede ser recogido a puñados en esta tierra de promisiones, demanda a S. M. que le conceda emprender la obra piadosa de subyugar ese país, para sacarlo de las tinieblas de la idolatría y librarlo del imperio del demonio. El fraile aplaude y el rey concede. A veces el humilde sacerdote es el socio capitalista de la empresa: ¿quién no conoce las cláusulas del contrato famoso de Francisco Pizarro y no sabe que un religioso alargó su bolsa a D. Pedro de Valdivia, quien hace la conquista "por servir a Dios y a S. M.?"

Es de advertir, después de lo dicho, que no hay piadosos

conquistadores para países estériles y pobres, ni que son gentiles las tribus que los habitan, ni que el Evangelio tiene que hacer por esos mundos. La fe va donde hay oro a puñados, y la cruz se clava allí donde se ha encontrado la primera huaca. En la travesía que hace el guerrero, trata de evitar combates con las tribus pobres, y se ensaña por Dios y S. M. con las tribus opulentas. Batalla con éstas, véncelas, y después que las ha vencido interroga al indio rendido dónde está el mineral, el tesoro del cacique, la huaca del guerrero, y si se convence que el indio nada sabe de oro, vuélvele de nuevo su libertad, sin demandarle siquiera que haga una reverencia a la cruz que el misionero ha tenido en sus manos durante la indagación profana. Si el tesoro se encuentra, el guerrero levanta su tienda, y el primero que penetra a ella es el misionero, y después el viejo cacique, a quien se fuerza a abjurar de sus dioses nativos, a oír el relato de aquél, y a recibir el agua del bautismo.

Así se explica cómo se demandara tantos misioneros para la conquista del Perú, donde los conquistadores antes que nada, saquean el tesoro del Inca y el *Inti-huasi*; así se explica cómo se emprendiera la conquista del Tucumán, por lo fabuloso de las riquezas de esta apartada provincia con su *Famatina* de oro y su *Trapalanda* encantado, aunque buen basco se llevaron por estos mundos los piadosos conquistadores.

El fraile, mientras tanto, no quiere oro. Quiere sólo hacer del mundo nuevo el pedestal incommovible de su dominación, que los piadosos e incautos monarcas fomentan con estudiado celo; quiere apoderarse del siglo, avasallarlo, rendirlo a sus pies, y entregarlo con toda su historia maniatado al rey-pontífice. Por eso, fraile y guerrero, cruz y espada, que se repudian y se odian, se dan beso de ángel. El fraile oculta sus proyectos de universal dominación bajo su hábito. No predica contra la avaricia, sino que la fomenta, porque comprende que el conquistador sin ese cebo no hará la obra premeditada de antemano. Cuanto más minas más gentiles, cuanto más gentiles más convertidos.

Para acentuar más su prestigio y llevar a cabo su obra con más acierto, el misionero interviene siempre en las reventas de los ambiciosos conquistadores, en el reparto equitativo de las riquezas, en el gobierno y en la decisión de los actos civiles y políticos de los magistrados, de modo que el consejero concluye siendo juez, cuando no árbitro supremo.

Para el indio el misionero es el único protector, desde el día en que cayó vencido en el campo de batalla hasta el día en que muere, postrado de fatiga, en el servicio de las encomiendas del amo cruel e inhumano.

Al terminar la batalla, cuando la soldadesca, ebria de sangre, se lanza a la cobarde carnicería, el buen misionero interpónese, clama por el indio vencido, impreca al verdugo o llora a sus plantas, y el guerrero guarda su ira para otra ocasión, y envaina el cuchillo homicida: el misionero ha salvado a los vencidos, quienes clavan sus ojos inquietos y herañs en su faz serena y humilde, y a aquella mirada de ansiedad y de gratitud el misionero contesta con una sonrisa cariñosa....

Basta recordar estos solos actos de los valerosos soldados de la cruz para que nosotros los que escribimos historia y sabemos sus hechos gloriosos, tributemos un recuerdo al fraile de las misiones, ya que todo se ha vuelto ingratitud y olvido para él, el único que habló de humanidad en América y que difundió el cristianismo, destruyendo los viejos ídolos.

El misionero ha sido el elemento civilizador del continente. Los aventureros no eran sino un rebaño de avaros. Todo se dice cuando se recuerda que el gran Francisco Pizarro era analfabeto, y que su ignorancia, más que nada, fué lo que decidió la muerte de Atahualpa, cuando el Inca cometió la imprudencia de reir del jefe, que no sabía leer una palabra de lo que sus soldados escribían.

Esto mismo explica la crueldad castellana, no tan sólo con los indios, sino entre sí mismo, porque el más fútil pretexto decidía ejecuciones capitales, tan bárbaras como injustas. El misionero tenía que intervenir diariamente, evitar esas crueldades y atenuar el rigor de las luchas, de la ambición y la avaricia. Si no son los misioneros, por ejemplo, en 1551 se matan en Barco los castellanos por las rivalidades ambiciosas entre Prado, el conquistador, y Villagra, el enviado de D. Pedro de Valdivia.

Entre estos nobles y humanitarios misioneros de nuestro Tucumán, recuerdo del célebre P. Alonso de Bárcena, quien acompañado del gobernador Velasco a la pacificación del Calchaquí, evitó matanzas estériles y sin cuento, aun cuando no predicó el Evangelio "porque entre el estruendo de las armas se dejan oír mal en ánimos agrestes y salvajes las verdades católicas". En la sublevación de 1593 el jesuíta Gaspar de Monroy arrebató centenares de víctimas a la crueldad castellana con su palabra apostólica, después de captarse el ánimo de los caciques Piltífico y Telui. El P. Hurtado contuvo en mucho al general Luis de Cabrera cuando el gran alzamiento, evitando crueldades y sacrificios estériles. Los padres Eugenio de Sancho, Juan de León y

Hernando de Torreblanca, este último especialmente, desempeñaron, asimismo, brillante papel en la conquista.

El misionero en América es un verdadero héroe. Sus peregrinaciones entre las tribus nativas son más famosas que las de los evangelistas de la Tebaida, las Galias y la Germania.

Hermosísimas son las frases que Estrada, en su "República Guaraní", ha dedicado al misionero, pintando su austeridad y sus sacrificios.

Hay que recordar de muchos nobles misioneros sacrificados por la saña de los hijos de la tierra. Nuestros calchaquíes no eran hombres flexibles a la confianza, y más de un misionero ha sido muerto cruelmente en el instante mismo en que comenzaba a predicar el amor y la misericordia. Si no recuerdo mal, en el ya citado año de 1595 fué sacrificado por los calchaquíes el primero de los misioneros, dando lugar este acto de impiedad salvaje a que les llevase la guerra el gobernador don Pedro de Mercado Peñaloza.

En 1627, al comenzar el alzamiento general, el mercenario Fray Antonio Torino, de la misión de los atiles de La Rioja, fué igualmente sacrificado por los indios sublevados, entregados a la idolatría. Es verdaderamente salvaje, y horrorizante el martirio que dieron al buen fraile. "Le llevaron a un algarrobo cercano que persevera hasta hoy, dice Lozano, y le desnudaron de su sagrado hábito, luego le colgaron, y vivo le fueron cortando miembro por miembro, poniendo debajo el hábito para que en él cayese la sangre que recogían para sus supersticiones. Toleró constante el religioso, añade, esta inhumana crueldad, hasta entregar a fuerza del dolor su dichoso espíritu en manos del Criador".

El sacrificio posterior del infeliz Fray Pablo, cuando despreciando todo peligro imploraba paz y concordia de los rabiosos capayanes, fué igualmente bárbaro y salvaje. "Echaron mano de él, dice el cronista, sin respetar a derecho de gentes, y le dijeron había de pagar él por todos los españoles la osadía de proponerles aquellas razones y quererles sujetar al aborrecido dominio, y pasando de las palabras a las obras lo despojaron de sus hábitos y desnudado le colgaron de un sauce... Allí, añade, hecho blanco de sus iras le cubrieron todo de saetas que parecía un erizo, tocando al mismo tiempo sus pingollos y cornetas con grande algazara, en señal de victoria".

"La predicación del Evangelio en la América, dice un escritor contemporáneo, refiriéndose a los misioneros, re-

viste todos los caracteres de una leyenda de martirio, digna de ser perpetuada, no ya sólo por los anales de la Iglesia, sino por la musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo, palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la evolución operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinados a seguir los impulsos repentinos de la fascinación y de temor”.

Es preciso explicarnos bien cómo los misioneros podían internarse solos a las selvas en que las tribus vivían, y cómo podían realizar su conquista evangélica sin perecer en manos de los salvajes, que odiaban mortalmente a los enemigos de su raza. Es necesario, antes que nada, tener en cuenta que los indios, conocedores por larga experiencia o por los relatos de los prisioneros escapados que entre los castellanos los hombres de largo hábito, que llevaban la cruz en la mano, no eran crueles, ni avaros, sino sus protectores y cariñosos hermanos, no profesan odio alguno a los misioneros; y si a veces se ensañaban contra los misioneros era por vengarse de la gente guerrera, por represalias o por desconfianza, como si pensasen que eran espías. El hecho mismo de ir solos, con la cruz, sin arma alguna, y demandar humildemente hospedaje, y hablarles de amor, alhagándolos, haciéndoles obsequios, preparados de antemano para los caciques y grandes de la corte, tocándoles música, entonando canciones, todo esto despertaba confianza y simpatía hacia el recién llegado. El Padre Juan de Andreu, en su predicación a los lules, alhagaba a los indios con regalos de géneros y objetos que de antemano sabía que eran apreciados por ellos: refiriéndose Peramas a este medio de catequizar infieles, dice: “Estas cosas no las aprobará tal vez algún descontentadizo, dirá luego, pues no era aquella obra de la divina gracia y de una vocación celeste, por cuyo medio se atraían los indios a la fe, sino de la naturaleza y la codicia”. “Sea así, añade en buen hora; los bárbaros tenían el lucro en vista; ello era sin embargo la ocasión para que prestasen luego un oído fácil a las cosas de la fe; como aquella Cananea que para la cura de su hija se acercó a Cristo, y ella misma después fué en seguimiento de la verdad, y vino a ser devotísima del Señor, y aun del mismo Cristo en el desierto, no sólo una vez dió de comer a las turbas, y habiéndose hartado les reprochó después aquello”...

Valía y auxiliaba mucho a los buenos misioneros la singular protección que les prestaban los guerreros castellanos, interesados más que nadie en la pacificación tranquila de las tribus, contra las cuales de este modo no tenían que exponer su vida; y si había que guerrear, utilísima era también la intervención de los misioneros, única embajada que

admitían las turbulentas tribus, que más de una vez se rendían a su consejo. Si la embajada no daba resultado, después de la victoria tenía el fraile la alta misión de consolidar la obra de la conquista, iniciando a los vencidos en la religión cristiana, y haciéndoles ver los peligros a que se exponían declarando la guerra a un monarca tan poderoso como el suyo, que se valía del rayo y del trueno, sus propias divinidades, para abatir a sus adversarios. El indio notaba que los rigores del conquistador se calmaban desde su iniciación en el nuevo culto; que sentía esperanza y resignación en el alma, y por lo mismo creía firmemente en la protección del Dios compasivo de los cristianos desde el día en que recibió el agua del bautismo, y aceptaba con la mayor sinceridad aquello que el P. Antonio Machoni escribe en su *Día Virgine* o *Sábado Mariano*, refiriéndose a la protección especial de María Santísima hacia el indio: "Trae un pobre indio, dice, nuevo cristiano, pendiente del cuello las cuentas del Santísimo Rosario de María, y no osa el espíritu infernal no sólo tocar su cuerpo, pero ni aun acercársele". De aquí que la devoción a María fuese tan grande como ferviente.

Lo que dificultaba mucho la obra de los misioneros castellanos eran los ejemplos de barbarie y de impiedad que la soldadesca, creyente en la fe, daba a los indios, quienes, por consiguiente, deberían desconfiar de la realidad práctica de la nueva doctrina. No comprendían los pobres indios cómo esa religión fuese de amor y de consuelo cuando los cristianos mismos se entregaban al saqueo, a la matanza, a la violación de sus hijas, y sin embargo se predicase la excelencia del nuevo culto por los mismos que le burlaban y escarnecían en sus bases fundamentales. "La experiencia ha mostrado en la conquista de las Indias, dice el P. Lozano, que la falta de buenos ejemplos en los cristianos ha sido el mayor estorbo de la conversión de los indios, que juzgaban nuestra ley por menos santa, porque notaban las costumbres estragadas de sus profesores, aunque no se puede negar que fueran de los menos malos estos soldados, (los de Núñez del Prado), cuyo celo debemos siempre alabar. Los misioneros mismos tenían que criticar a sus compatriotas ante los indios, a quienes aseguraban que había castellanos mucho más buenos, y que los guerreros eran generalmente hombres malos, acostumbrados como estaban a dar muerte al adversario. Para infundirles más esta convicción, ellos mostraban una conducta ejemplar y piadosa, y exigían humanidad al jefe de la conquista para cuando ellos la demandaran, a fin de que los indios viesen que en sus manos estaba contrarrestar la barbarie castellana. Cuando plantaban la cruz en las misiones decían a los indios

que los castellanos perdonaban cualquier delito, siempre que se abrazasen a ella o se acogiesen a su pena, y obligaban a los castellanos todas las mañanas y todas las noches a que rezasen contritos, doblando la rodilla delante del símbolo de redención.

El gobernador o jefe de las tropas era forzado por los misioneros a ser más prudente y humano que sus soldados, y muchas veces aquéllos han auxiliado con decisión y piedad la obra de los héroes del Evangelio. Núñez de Prado es uno de ellos, quien por eso ha sido objeto de tantos elogios de parte de los religiosos cronistas. Del mismo modo, Juan Pérez de Zurita, después de venir a los indios de Catamarca, a diaguitas y famatinas, que miraron de reojo las fundaciones estratégicas del general castellano, entrególos reducidos a los misioneros. Otro tanto hizo Aguirre en su segundo gobierno de 1564, cuando encontrándose en serios aprietos, atribuye a un milagro del cielo la oportuna llegada del capitán Medina, conductor de refuerzos, con los cuales se salva de una muerte segura, ordenando por ello gracias al Eterno, postrado de rodillas juntamente con todo el ejército vencedor. Prestaron, asimismo, decidida protección a los misioneros de Calchaquí los gobernadores Avendaño y Figueroa, después del gran alzamiento, como igualmente el gobernador Negrete en 1650, quien tanto hizo por la conversión de Calchaquí.

Verificada la conquista y pacificada la tierra, los religiosos comenzaban por echar los cimientos del templo y establecer misiones, como las que fundaron en Calchaquí. En las misiones, a semejanza de lo que pasaba en la República Guaraní, se establecía la vida casi comunal. El religioso ordenaba y el indio obedecía, como impulsado por el instinto ciego. En el templo se instruía al hijo de la tierra en el viejo testamento y los misterios del Evangelio, después de haberle bautizado, desde cacique de tribu abajo. El Obispo Maldonado en persona, en 1645, llega al fuerte del Pantano a promover estas predicaciones, acompañado de padres jesuitas, levantando rústicas iglesias de paja en los pueblos, y por pocas S. I., juntamente con los acompañantes, perecen a manos de los indios, no sin haber quedado en el campo el jefe de su escolta, el bravo militar y famoso quichuista, capitán Calderón.

Cada una de las misiones estaban amparadas por un santo, objeto especial de veneración de parte de los indios.

Es de advertir que los religiosos del Tucumán tenían sus santos protectores no sólo para sus misiones, pues había santos contra las pestes, contra las inundaciones, contra la langosta, contra los rayos, contra la ceguera, siendo éstos los santos Fabián y Sebastián, San Gregorio Taumaturgo, San

Gregorio Evangelista; Sta. Bárbara y Sta. Lucía. El apóstol Santiago era el patrón general de la provincia.

Pacificadas las belicosas tribus, y cuando las misiones prosperaban, los religiosos, conforme lo aconsejó don Alonso X. de Castilla, ocupábanse de todo lo relativo a la historia del país, de las antigüedades, de las lenguas, de la vida de las tribus, de la política de los gobiernos coloniales. La historia debe el más cumplido voto de gratitud a todos esos laboriosos y pacientes misioneros, que la han salvado de una muerte segura.

El P. jesuíta Diego de Lezana es el investigador de las antigüedades del Tucumán; y sobre todos los temas, heroicos, religiosos, políticos, sociales, hechos, cosas y lenguas nativas, hanse ocupado con singular ahínco e ilustración los padres Lozano, Techo, Guevara, Fernández, Torres Rubio, González, Dávila, Ramón, Rivera, Guillemos, Juan de Puga, Torreblanca, Maldonado, etc., en libros, folletos, crónicas, relaciones o cartas.

Cumpliendo con el generoso pedido del general Mitre, apunto el nombre del padre Machoni, misionero de los lules y sabio poseedor de las lenguas nativas, de quien el ilustre publicista argentino dice: "Misionero apostólico en los desiertos del Chaco, consejero espiritual y aun temporal de uno de los más famosos gobernadores, fundarlor de dos colonias en la frontera de Salta, educador de la juventud de Córdoba, filólogo en una de nuestras lenguas indígenas, editor de un libro interesante sobre historia y geografía del Río de la Plata, y autor de varias obras sobre la misma materia que con este país se relacionan, tales son sus títulos a la estimación de la posteridad."

Es el P. Machoni el autor de aquella famosa frase que condensa la historia de toda la labor de su vida: "Traigan otros de las Indias oro y plata, que yo más contento vengo a Europa y más satisfecho: traigo el oro de mis versos y la riqueza de mi historia."

Escribir sobre los misioneros y olvidar el nombre del venerable e inmortal Francisco Solano, es como suprimir los matices en el cuadro y la justicia en la historia. La figura de este fraile ilustre compendia la misión del religioso en América. El humilde y peregrino misionero, que había predicado la religión de Cristo a los lules, dirigióse al Tucumán con el propósito de continuar su obra santa, iniciando a nuestras tribus en la religión del crucificado.

Hablando Lozano de los beneficios que recibió Ramírez de Velasco, dice que fueron dos: la llegada de los jesuitas y la visita del Apóstol Francisco Solano. He aquí cómo se expresa respecto de este segundo beneficio: "Fué, dice, que

viniese a ella (la provincia) aquel prodigiosísimo apóstol *San Francisco Solano* que ilustró todas sus ciudades con su celestial predicación, pues predicó a los lules y otras naciones, obró grandes milagros, convirtió gran número de infieles y ejerció celosísimo su oficio de doctrinero en los pueblos de la Magdalena y de Socotania, donde abrió aquella fuente tan copiosa que bastaba para hacer correr dos molinos que se conservaba con el nombre de *San Francisco Solano* hasta el año 1670, según escribe su maravillosa vida, fray Tiburcio Navarro”.

El nombre de Solano llegó a ser famosísimo en la provincia; después, en tiempo del gobernador Figueroa, cuando el río Dulce inundó a Santiago del Estero, salvándose únicamente su iglesia, el nombre del ilustre fraile fué recordado como el del profeta, pues su talento había predicho la inundación del río Dulce, causa la cual en otra época determinó que la iglesia del convento de franciscanos se trabajase, no mirando al centro de la ciudad, que luego sería inundada, sino hacia la parte donde la población debería desarrollarse. “Conociáse ahora, dice la crónica recordando esta predicción, cuán anticipadamente penetró con la luz celestial los tiempos futuros, pues en esta desgracia del río se pobló la ciudad, por donde el santo sesenta años antes predijo, y sirvió este prodigio para aumentar la devoción con aquel portentoso apóstol del Perú...”

La mística unción de aquellos buenos tiempos hacía a los santos de la corte celestial tomar una participación directa en la obra de la conquista. En más de una ocasión ellos se han aparecido y dado aliento a los guerreros castellanos e infundido pavor a los naturales. Quién inventase tantas cosas maravillosas, no se sabe; pero ello es que los cronistas nos relatan como cosa muy cierta algo que se parece a la intervención de las olímpicas deidades en la guerra de Illión. Esos milagros y apariciones, dada la época, han tenido que ser hijos necesarios del espíritu místico exaltado y de la buena fe, que tenían que dar formas a seres sobrenaturales en los combates de raza a raza y de creencia a creencia, y, difícilmente, comenzando por Blas Valera, Cieza, Montesinos, Acosta y Garcilaso, se ha de dar con un historiador que no atribuya a la divinidad la conquista de la América. El historiador del Tucumán, por ejemplo, recordando la empresa de los primeros descubridores dice: “Más propiamente la llamaremos temeridad que empresa, si no estuviéramos persuadidos fué inspiración divina, que por su medio quería ir ya abriendo camino, para que penetrase con el imperio español la cruz del Evangelio a disipar las espesas nieblas de errores que tenían ocupado todo el país”.

De muchos hechos milagrosos y apariciones divinas podría recordar en nuestra propia historia. Cuando la familia Bazan venía de viaje de Tucumán, asediada ésta por los indios, invocaba la protección de San Antón y Santiago, y uno de estos santos, no se sabe bien cuál, aparecióse como elegante caballero vestido de blanco a defender a las damas, como lo hizo, pues la sola presencia del aparecido bastó para que el pavor hiciese desparramo en los indios asaltantes. A fines del año 1578, mientras el gobernador Abreu andaba en su excursión a los *Césares*, San Miguel de Tucumán es sitiado por los indios confederados, y la ciudad hubiera perecido, si hemos de creer a los cronistas y declarantes de una información de 1610, si no se hubiesen aparecido, flotando en el aire, los santos apóstoles Simón y Judas, "poniendo con su venerabilísima presencia, terror a los enemigos". Célebre es, asimismo, el tan mentado milagro de María Santísima durante el sitio del fuerte de San Bernardo, contiguo a la ciudad de Salta, el que acaeció en tiempo de Bohorquez. De los milagros de nuestra Virgen del Valle me ocuparé en otro lugar.

Las apariencias de santos, en la manera y forma que acabo de referir, comienzan desde la gran batalla de los Pizarro con los indios de Puná. He aquí la manera fantástica con que Montesinos en sus *Anales*, relata el hecho: "En la batalla de Puná, dice, vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que había en el aire otros dos campos uno acaudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y secuaces, mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeran los diablos, y formando un gran torbellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles voces que decían: ¡Vencístenos, Miguel, Miguel, vencístenos! De aquí tomó don Francisco Pizarro tanta devoción al arcángel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre; cumpliólo así".

Después de todo lo anteriormente dicho, ya puede juzgarse cuál no sería el prestigio y el poder que día a día ganaría el clero, convertido en una verdadera potencia en la época colonial. En tiempo de la conquista, no más, al peso de su palabra y sus consejos se quebraba la inflexibilidad del gobernante, del guerrero, y de la ley misma. Prueba de ello es lo que aconteció en 1570 con el gobernador Aguirre, quien, por desavenencias con el clero de la provincia, fué acusado ante la Inquisición de Lima, comisionándose de parte de este tribunal, de infausta memoria, a D. Diego de Arana para que redujese a prisión a S. S. y le obligase a comparecer a aquella ciudad. Bastó esto sólo para que Aguirre perdiese todo apoyo, no sólo del virrey y oidores, sino aun de sus propios partida-

rios. Con el gobernador Lerma, el fundador de Salta, tuvo el clero grandes desavenencias, aunque éste hizo por su parte uso de violentas represalias, las que, al fin y al cabo, minaron la base de su poder.

Es entre las tribus donde el prestigio del clero estuvo más acentuado, lo que era lógico, toda vez que aquél era el protector e instructor de los indios. La prueba palpitante del respeto profundo de los indios a los misioneros es el hecho, verdaderamente admirable, de que durante el gran alzamiento de 1657, cuando los indios estaban furiosos y hacían objeto de su saña salvaje hasta a las mujeres indias que habían tenido contacto con los españoles, los misioneros fueron la única excepción de la furia de capayanes y guandacoles, quienes decían: "Esos padres no nos han hecho mal alguno, ni quitado nuestras mujeres; antes bien, nos han mirado siempre con piedad y defendiéndonos cuando han podido de las vejaciones de los españoles".

Quedaría trunco este capítulo si no dijese algo relativo a la entrada de los religiosos al Tucumán y a nuestra provincia.

Sin duda alguna que los primeros misioneros que llegaron al Tucumán, vinieron agregados a la expedición de Núñez de Prado en 1550, los que fueron enviados desde Perú por el ónemérito presidente La Gasca. Entre ellos vino el P. Hernando de Gomar, prestamista del aventurero.

Discútese si dos de estos misioneros fueron dominicos o mercedarios; pero sin duda que serían de la orden dominica, a estar a una carta del monarca felicitando al presidente del Perú por el envío de religiosos de esta orden en Tucumán. Estos mismos parece que se fueron con Núñez de Prado cuando el conquistador es enviado preso a Chile por orden de Aguirre.

De los padres de la conquista y sus misiones me ocuparé en otro lugar.

En 1565 efectuóse la organización eclesiástica en Tucumán.

XXV

Hay honra para los descendientes de los viejos tucumanos en llevar en sus venas, confundida con sangre española, la sangre de la raza nativa, que en los trances angustiosos tenía el pecho descubierto por todo escudo y el suicidio como último recurso.

A cada década de la historia de la raza corresponde un acto de heroísmo. En su lucha de siglo y medio en defensa del suelo nativo, los acontecimientos forman la tela de la

tragedia. El curaca suicidado es la individual representación del heroísmo colectivo, toda vez que no es sino suicidio la lucha de la impotencia, por la superioridad de las armas del adversario, de la disciplina, de la organización, de la táctica, de la creencia y de la cultura. El Ambato y Aconquija son un Cáucaso a la vez luminoso y sombrío. El Titán es un pueblo, una raza retorciéndose impotente en la agonía. En esa lucha desigual va a surgir, de la sangre calchaquí, como de la sangre de los Gracos nació Mario, una otra raza, amasada con las lágrimas de cuatro generaciones.

Un hombre en sus actos de heroísmo, desfallecimiento o cobardía, es muchas veces el ejemplo palpitante de la colectividad de que es parte, con todas las formas del molde en que ha tomado vida, porque todos los rasgos típicos de la raza se heredan, cuando no se encarnan en los prototipos históricos. Los espíritus superiores se forman de la masa de las pasiones. El héroe suele a veces resultar ser una mujer, y es porque entonces los pueblos llegan al delirio por la libertad que perdieron, a pesar de sus empujes y esfuerzos de raza.

Para darnos cuenta exacta del heroísmo de un pueblo no precisamos muchas veces del relato monótono y a veces apasionado de la crónica. Basta que nos sobrevivan dos o tres personajes en la epopeya tucumana: bastan el valor y virilidad salvaje de Juan de Calchaquí; las desventuras de Chelamin; la rabia del viejo curaca; el suicidio del cacique de Hualfin; la inmolación de las tres indias; el despecho de la madre de Pivanti; el heroísmo infantil del batallón de los sesenta indiecitos...

En el escenario en que estos hechos se desarrollaron quedan en pie las ruinas, como testigo, y el hado parece sobrevivir en las leyendas, la tradición y la crónica. Falta sólo, artísticamente hablando, que un espíritu dotado de las vislumbres del pasado, y que un corazón que ame lo que es nativo y se emocione con los dolores de la raza, inicie la resurrección de los heroísmos clásicos. "La poesía, ha dicho el autor de *La Tradición Nacional*, que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adiós supremo a la patria, y la tradición que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, según las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realización del ideal grandioso, de esa epopeya que soñaron los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por qué la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan grandiosa como aquella".

Al encontrarnos a cada paso con acciones tan heroicas, que sólo ha podido engendrar la barbarie, que sólo la naturaleza salvaje de la América ha podido inspirar, es el caso de preguntarnos con el poeta:

..... ¡Qué habéis sido?
 ¡Héroes o tigres? ¡Pensamiento o rabia?

Y la respuesta es dudosa: los anhelos de la raza son incomprensibles, y su carácter, aún sometido a serio estudio, es misterioso, movedido, huraño, como las pupilas negras del indio. Sólo se conoce al calchaquí un anhelo infinito: el vivir la vida salvaje, gozar de la libertad natural, sin freno, sin espacios reducidos, ora en las fragosas cimas de las montañas o ya en los llanos donde baja a proveerse de algarroba, de plumas de avestruz y de arcos para sus flechas.

La duda es de más difícil solución cuando meditamos en su heroísmo desplegado en las batallas, en defensa del suelo nativo. Entonces sí que no atinamos si nuestros naturales fueron pensamiento o rabia, tigres o héroes. En sus arrebatos de raza hay mucho de la impotencia salvaje. Cuando se les quiere separar de la tierra donde nacieron, suplican, imploran, lloran mujeres y ancianos; cuando están peleando a brazo partido caen sin exhalar gritos de dolor en los trances supremos, aunque tengan el costado atravesado por la lanza y que se revuelquen en el charco de su sangre candente.

De ese mismo heroísmo han participado en los combates los ancianos, las mujeres y los infantes. Ni el trueno de las armas, ni la superioridad moral del adversario, nada detenía a veces a aquellas tribus sedientas de rabia y de venganza.

Los hechos que paso a citar demuestran hasta dónde llegaba el heroísmo de la raza extinta. Los cerros de los hualfines; la tierra de Tolombón; el pueblo de Deteium; el valle de Yocahuill; Quilmes, el último baluarte, han pasado a la tradición heroica.

Causa asombro el valor desplegado por los pequeños indios, que tomaban parte en los combates, lidiando al lado de los soldados. Sus padres les enseñaban a pelear, y en el saco de las ciudades de los españoles era donde se ejercitaban. Así sucedió en tiempo de la sublevación del famoso hermano de Chumpincha, D. Juan Calchaquí, cuando la destrucción y matanza de la Córdoba de estas regiones, donde después de pasar a degüello a los varones castellanos, "dejaron bien ensangretada sus manos como lo refiere Lozano, en los atroces tormentos que ejecutaron en las mujeres españolas y niños que sobrevivieron a la matanza de los suyos para ser más infelices, porque más morían hechos blanco lastimoso en que se adiestraban los hijos pequeñuelos de los bárbaros, al manejo de las flechas, a otras enclavaban en palos por

partes indecentes, por su constancia de resistir a su torpe afición, y a otras acabaron con todo género de atrocidad que causa horror, aun a la pluma”.

Tal era la educación monstruosa que los indios daban a sus pequeñuelos, enseñándoles en su odio a los enemigos de su raza y usurpadores de su suelo.

El espíritu niño de los pequeños soldados se encallecía con semejantes ejemplos de muerte y de terror. Así se explica cómo en aquellas almas jóvenes fermentasen pasiones salvajes, y aprendiesen a matar rabiosos y a morir con ánimo de hombres.

La toma de Deteium es un ejemplo palpitante de ello, Precisamente, para darnos cuenta exacta del hecho, daré algunos ligeros antecedentes.

Cuando la guerra de D. Juan de Calchaquí, después que éste hubo destruído varios pueblos, su osadía aumentó gradual y considerablemente. Todas las tribus tomaron parte en el alzamiento, armas en la mano, cebadas por los triunfos y alentadas por su propio engreimiento, mucho más cuando el estratégico D. Juan comunicóles su proyecto de destruir a Cañete, a cuyos indios envió la flecha en señal de que requería su alianza.

El gobernador Castañeda, entretanto, veíase impotente para contener aquella marejada que se lanzaba a barrer soldados y baluartes castellanos.

Reducido Cañete a ruinas, el bárbaro empuje de los naturales, el Gobernador, moviendo sus tropas, tomó venganza en Silípica, pasando a cuchillo a centenares de indios que cayeron en sus manos.

Los indios que escapan fortificanse en Acapianta; pero aterrorizados con la tragedia sangrienta de Silípica. huyen a refugiarse en los oteros apenas sienten las pisadas del enemigo blanco. De allí tomaron a Deteium, en cuya plaza fortificáronse, valiéndose para ello de una fuerte palizada, decididos a resistir hasta hacer volar la última flecha.

El empuje de los castellanos victoriosos estrellóse por esta vez en aquellos muros de madera. La resistencia se hizo formidable, y al parecer invencible. Las trincheras, como una línea divisoria, separaba los cadáveres cobrizos de los blancos. Por fin, después de una lucha encarnizada por ambas partes, aprovechando de lo ralo de las trincheras en uno de los costados del fuerte, descuidado por los sitiados, los asaltantes penetraron a la fortificación, a sangre y fuego.

Los españoles se adueñaron de la plaza después de una refriega que cubrió de sangre la tierra y pobló de ayes el aire, pues los heridos, que se quejaban dolorosos, eran más que los muertos, especialmente de parte de los españoles, a

los cuales las flechas no podían hacer el efecto de los arcabuces, disparados a una vara.

Mientras la plaza se rendía, las indias jóvenes, las esposas de los curacas y de los guerreros, juntamente con los indiecitos, habían sido conducidos más allá de las trincheras y colocados en medio del bosque, en lugar seguro para escapar, caso que la plaza sucumbiera, vencidos los sitiados.

Apenas llegó a los refugiados la nueva de la toma del fuerte, las indias prepáranse para la fuga, cargando sus pequeñuelos en brazos.

Los ayes de los moribundos; los gritos de los indios sacrificados erudmente atronaban los aires, y aquella larga y continua elegía, brotada del labio de decenas de víctimas, llegaba al lugar aquel en que las mujeres, hijas y madres de los guerreros disponíanse a tomar la fuga.

Ya debe comprenderse cómo latiría el corazón de las pobres madres, las hijas, las esposas de los guerreros, al oír tronar los arcabuces y escuchar el vocerío de los clarines, que tocaban a degüello.

No había ya instante que perder: la lascivia española estaba distraída en el saco y la matanza, y las indias tenían tiempo para fugarse. Un minuto más, y la deshonra o la esclavitud iban a cebarse en las mujeres. — Vamos, — exclamó la más anciana, y cuando ya la marcha estaba dispuesta, y se daba la espalda al fuerte. — nosotros nos quedamos para ir a morir al lado de nuestros padres, — murmuró sin duda una turba de indiecitos, de pequeñuelos, que no lloraban como sus madres, que sentían tanto como ellas, y que veían una ignominia desumparar a sus padres sacrificados, en la hora postrera, cuando luchaban para ellos, y por ellos caían, acribillados por el plomo, o heridos por la espada.

¿Qué podían hacer?... Las madres no pudieron contenerlos...

Esos nuevos guerreros son niños, infantes tiernos, que no se aterrorizan al escuchar los ayes de los guerreros nervudos, ni al oír los gritos de misericordia.

El temple de acero de la raza tucumana conócese perfectamente en este hecho.

Cuando hasta los niños se obstinaban en ser víctimas de aquella hecatombe de un puñado de héroes rendidos y maniatados; cuando lejos de amedrentarse van los pobres niños arrastrados a la muerte por el amor a sus padres, y sus hermanos, y a sus guerreros; cuando ni los pequeñuelos tienen lágrimas en el instante más bárbaro de los sacrificios: ¿qué podemos decir, qué podemos meditar de ese pueblo,

tres veces grande en la historia, por su amor a la tierra que les vió nacer, por su heroísmo en los combates y por su abnegación en la adversidad y el martirio?...

En medio de aquella feroz carnicería, que nos relata el cronista con su frialdad marmórea; en medio del ruido de tantos horrores, aquel acto llevado a cabo por los indiecitos, se nos presenta al oído como una nota tierna, impregnada, de sentimiento; como un acorde triste y melancólico, contrastando con el ruido ensordecedor de la catástrofe.

Marcialmente organizados, con arcsos y flechas y arcos militares, acercáronse al fuerte rendido.

Cuando un parlamentario fué enviado a saber qué significaba aquel movimiento, los indiecitos contestaron que venían por sus padres, a impedir su sacrificio, arrebatándoles de manos de sus verdugos.

El corazón de aquellas fieras humanas tuvo un latido de misericordia al ver a los pequeñuelos combatientes. Aquel acto de ternura contuvo la carnicería.

Llevados los indiecitos a presencia de los jefes, e interrogados por éstos, como única respuesta, pidieron, rogaron, clamaron por sus padres y hermanos que sobrevivieron a la matanza, mientras los pobres ancianos y los guerreros indios, aterrorizados, sorprendidos, absortos, mudos y suspensos, esperaban que la cuchilla les separase la cabeza del cuello...

Lo que nadie hubiera conseguido, ni el fraile, invocando la religión del amor; ni la ciencia atronada por la voz del remordimiento; ni la caridad, los pequeños guerreros obtuvieron, moviendo las fibras de aquellos corazones más duros que el acero de las armas vengadoras.

En esta ocasión los pequeños indios escaparon de la matanza de otras veces, pues cuando no los exterminaba el conquistador, sus padres mismos, antes que verlos arrebatados a su amor, los estrellaban contra las piedras. Y ya que cito estos hechos, es oportuno recordar de los *alcalianes* fugados de Esteco para volver a su inolvidable Calchaquí cuando estrellaban a sus hijos contra las rocas, en el instante en que el Gobernador Mercado y Villacorta les cerró la marcha con los arcabuces, intimándoles rendición.

La hecatombe de Deteium no arredró a los naturales, que tenían en peligro a Londres, viéndose a Castañeda, una vez trasladados a Cañete, obligado a enviar precipitadamente a Centeno en defensa de la ciudad. La estrategia y el valor desplegados por D. Juan de Calchaquí, así como el acierto de sus operaciones, hicieron que una conflagración inmensa amenazara no dejar de Londres, piedra sobre piedra. El

incendio cundió en los valles de Yacahuill, por entonces pacificados.

Amenazado Londres por los indios del valle santamariano, que juraron destruirlo, cuatro guerreros o comisarios castellanos atreviéronse a cruzar el despoblado llevando la fatal nueva a Castañeda a quien dejamos en Cañete, rogándole acudiese con auxilios.

En manos de estos mensajeros cayó, abandonado de los suyos, el curaca de una de las tribus de la resistencia.

La cobardía de los vasallos del monarca calchaquí indignó a unas indias, testigos de la prisión y captura del curaca. Estas son las tres indias heroicas, que insultando la cobardía de sus esposos, lanzando gritos de rabia salvaje enrostrándoles aquella villanía: — Salid, cobardes, decíanles, a defender vuestro cacique, que sólo cuatro son los españoles que les oprimen!

Pero sus esposos no salieron. Al revés: huyeron a ocultarse en las más fragosas cumbres. Entonces, armándose las indias de robustos gajos de árboles embistieron a los españoles, quienes se reían de ver aquella temeridad, sin antecedentes en la conquista; más viéndose comprometidos seriamente a tomar defensa, dispararon sobre ellas sus arcabuces.

El plomo fué certero; profundas heridas abrió en las carnes de las tres indias. La sangre manaba, y ni aún así cedieron. Con la herida, las fuerzas comenzaron a extenuarse y la vida se les escabapa por momentos; y, sin embargo, no cedían en su empeño.—¡Rendíos!—exclamó uno de los soldados castellanos, apuntando a aquel grupo femenino; y cuando ya las manos del conquistador iban a asir las melanas de aquella especie de gorgonas rabiosas, lanzaron un rugido, tornando la mirada del castellano al cielo y del cielo al abismo, y lanzáronse a su fondo blasfemando y maldiciendo!

La cobardía de los indios y el heroísmo de sus mujeres movieron a los españoles a vengar en ellos aquel suicidio glorioso; y así fué cómo perseguidos y capturados, se les castigó con el suplicio. “A los maridos, dice el cronista, se les dió la infame muerte que merecía su cobardía y pavoroso desaliento, y los cuatro prosiguieron su viaje, no acabando de engrandecer el valor de las tres indias, que es regalía de las hazañas señaladas merecerse los elogios aún de los propios enemigos”.

Este acto de heroísmo debe pasar a la historia al lado de los suicidios inmortales, raras veces acontecidos, con excepción de los pueblos primitivos, resistiendo a la conquista en defensa de su hogar, de su tradición y de sus dioses.

Sólo en los historiadores clásicos, en Tito Livio, César, Tácito y Valerio Máximo, encontramos ejemplos semejantes, al relatarnos la resistencia heroica de los Iberos, los Gialos, los Kimris y los Germanos. Entre estos relatos, que honra el heroísmo humano, recordamos del que nos hace Tito Livio, del suicidio de Sophonisba, mujer de Syphax, rey de Numidia y prisionera de Missimissa, ante de ceder a los apetitos de Scipión.

Los ejemplos de heroísmo en nuestra raza son frecuentes. El sacrificio de las tres indias, entre otros, tuvo su repetición en el cacique de Hualfin, quién, enseñándoles a morir, a la vez que maldecía a los conquistadores, que concluían con la sublevación de Bohorquez, lánzase al abismo, estrellándose en su fondo.

Hay, a propósito, que recordar que más antes, en 1561, cuando el ataque de D. Juan de Calchaquí a Córdoba, muchos soldados despeñáronse también, antes que rendirse.

El suicidio del curaca de Hualfin nos trae, asimismo, a la memoria un otro caso en la historia de la conquista peruana, cuando la sublevación de Manco, en el sitio del Cuzco, en el instante en que rendíase el último baluarte, defendido por uno de los incas más valerosos, lo cual "visto por este orejón, como escribe Pedro Pizarro, que se le habían ganado y le habían tomado por dos o tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo más de cien estados y así se hizo pedazos".

Preciso es también recordar, ya que se ha relatado el suicidio de las tres indias, de la anciana madre del cacique Pivanti, aliado de los Quilmes, en la toma de Tolombón, en ese crítico trance en que se abandonaba la defensa e iban los guerreros indios a prosternarse sumisos al real de los españoles. El historiador nos ha trasmitido las enérgicas frases de la valerosa anciana, insultando la cobardía de los tolobones: "Indignos, deciales, sois del nombre de calchaquí... Hemos llegado nosotras a ser escarnio de los españoles. Si así había de ser: ¿Por qué no nos entregásteis las armas y cogisteis las ruecas, que nosotras nos hubiésemos defendido de este ultraje? En adelante sabremos cuán poco fiar de vuestra arrogancia, si recobramos la libertad perdida". Y a la verdad es que, como decía la anciana madre de Pivanti, las mujeres de los guerreros hubieran combatido a la vanguardia, dados los actos repetidos de valor y de heroísmo con que los indios inmortalizaron el nombre de su raza.

En la lucha épica de la nación calchaquí, las mujeres, los ancianos y los niños han desempeñado un papel tal, que

por sí solo serviría para inmortalizar a la raza de las montañas.

XXVI

La historia del descubrimiento de la Provincia no puede escribirse sin dedicar la primera página a aquellos cuatro intrépidos aventureros castellanos, a quienes la crónica ha bautizado con el nombre de *Césares*, los cuales son los primeros europeos que pisaron territorio tucumano.

La famosa excursión de los Césares ha pasado hasta nosotros en alas de la tradición histórica, y la avaricia española se ha encargado de perpetuar doblemente su memoria, por lo prodigioso de la aventura y por el secreto, perdido con ellos, de fabulosas riquezas de oro, plata y piedras preciosas, tantas veces buscadas inútilmente y con solícito afán por el conquistador.

La larga expedición de solo cuatro soldados raya en lo increíble, por la temeridad de la aventura, desde que se les ve abandonar la fortaleza de *Sancti Spíritus*, lanzándose en seguida por caminos ignorados, por sendas desconocidas, por selvas, desiertos y montañas, hasta llegar a las cercanías del oeste de Catamarca, y desde allí dirigirse más tarde al Cuzco, sin otro propósito que la aventura, sin más fin que la temeridad, sin otro compañero que la fatiga, sin más bagajes que el hambre y la sed.

Los cuatro aventureros han dejado atrás a Hernán Cortés, quemando sus navíos, y a Francisco Pizarro, lanzándose con un puñado de bravos a hacer astillas el viejo trono de los Incas, conquistadores del mundo ignorado y desconocido. Y no quiera hacerse comparación alguna entre esta excursión y la de los otros cuatro zempoales enviados a Tlasecala, pues que éstos conocían las costumbres del país donde se dirigían, y por eso mismo, como refiere D. Antonio de Solís, vistieron el traje de embajadores "para cuya fundación se ponían sobre los hombros una manta o beca de algodón torcida y anudada por los extremos, y en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto y en el brazo izquierdo una rodeña de concha", mientras que nuestros Césares iban sin saber por dónde, en busca del mentado *Rey Blanco*, o el Inca del Perú, de quien los naturales hasta "estrañaban los trages".

De dónde salieron estos Césares, cuáles eran sus propósitos al emprender esta marcha y la razón de este nombre con que han pasado los aventureros a la historia, es cosa que la crónica ha conservado y transmitido de año a año y de siglo a siglo.

Desde que Sebastián Gaboto subió río arriba el Paraná, fletando un bergantín y una carabela, y llegando a la embocadura del Carcarañá fundó el fuerte de Sancti Spiritus, estableció relaciones con los timbúes y caracaras, en el propósito de que los naturales de las costas del "río como mar" le diesen noticias y le facilitasen los medios de comunicarse con el Perú, o "tierras del Rey Blanco", cuyas fabulosas riquezas habían llegado a oídos de todos los aventureros. Y verdaderamente que estos indios deberían saber mucho de los Incas, pues que en el siglo anterior Yupanqui había dilatado su imperio hacia el Este, llegando hasta las márgenes de uno de los ríos que contribuyen a formar el gran estuario del Plata.

Domíngalo constantemente por esta idea, el intrépido navegante púsole luego en práctica. Es él quien con tal propósito envió a los aventureros, a esos cuatro valerosos sobrados de su armada, cuya expedición denominase de *los Césares*, por llamarse César uno de ellos, que le servía de capitán. Lozano da otro origen a su nombre: "A estos, pues, dice, por haber sucedido su desgracia en el reinado del invictísimo César Carlos Quinto, llamaron *Césares*".

Son estos aventureros los primeros hijos de la raza blanca, presentidos por nuestros indios, que penetraron a Calchaquí; los primeros cuatro aparecidos a nuestros naturales, que como entre sueños les veían penetrar con el rayo en la mano, cuando en las altas horas de la noche, entre el zumbido de las *chicharras* y los *coyuyos*, el oído atento del indio creía escuchar algo más que los rumores de la hoja seca y el aullido del viento entre las selvas de molles y chañares.

El indio los mira estupefacto; y como quien sale de un sueño misterioso, no se dá cuenta exacta de quienes son esos extranjeros de cabellos cortos, de barbas, como el Viracocha que la conquista incásica les enseñara a adorar.

Es preciso, de estos primeros aparecidos en el suelo catamarcano, investigar de cómo llegaron al país, qué rumbos siguieran, y precisar la fecha en que, más o menos, hicieran su entrada.

Para mí no hay duda de que los Césares penetraron a nuestro Calchaquí el año 1529, algunos meses antes que Sebastián Gaboto partiera a España.

Pienso que la fecha haya sido 1529, y no 1530, como pudiera muy bien creerse, pues que en este último año ya había partido Gaboto de su fuerte, por cuya orden se verificó esta excursión, y hasta su sucesor, Nuño de Lara, había sido muerto en el ataque efectuado al fuerte por los naturales, a consecuencia de la pasión de Mangoré al contemplar el rostro en-

cantador de Lucía Miranda, la infeliz cautiva, que al lado de la tienda de pieles de Siripo sufriera el mismo suplicio Juana de Arco.

A más sabemos que después de dos expediciones recién llegaron los Césares al Cuzco, en los momentos en que Atahualpa fué prendido en Catamarca por Pizarro, hecho que se verificó en 1532. Bien, pues: no podían los Césares en menos de tres años ir de Sancti Spíritus a Calchaquí, regresar al fuerte, partir nuevamente en dirección a nuestro país, demorar un tiempo en él, luego, decidiéndose a emprender el largo viaje a las tierras del Rey Blanco, perdidos de rumbo, trepar a las encumbradas sierras del reino de Chile, 'hasta llegar a una eminentísima *muy cercana* al famoso estrecho de Magallanes'', y más tarde desde allí volver la cara al norte, hasta llegar a la ciudad del Cuzco-'.

Cuál sería el itinerario de esta expedición, y de cómo llegara a nuestro Calchaquí, la crónica castellana y especialmente Ruiz Díaz de Guzmán en *La Argentina* refieren que de Sancti Spíritus los Césares tomaron por unos llanos muy dilatados, en donde descubrieron varios pueblos de indios. "Su corto número les servía de salvoconducto, para no experimentar alguna hostilidad en los bárbaros, no pudiendo persuadirse se atrevieran cuatro solos hombres a entrarse por sus tierras con ánimo menos sincero aunque no se puede dejar de atribuir la mayor parte de su dicha a especial providencia del Altísimo, por los fines que esta jornada pretendía.

Los Césares, pues, dejando la embocadura del Carcarañá tomarían por los llanos de las que hoy son provincias de Córdoba y Santiago del Estero, hasta llegar a la región oeste del territorio catamarcano, atravesando, como dice Lozano, "la sierra de Tucumán *que corre entre norte y poniente*, hasta enlazarse con las encumbradas cordilleras del Perú y Chile, formando en sus senos "*muy espaciosos valles*, en que hallaron pobladas varias naciones menos esquivas que les recibieron con agasajos..."

El padre Lozano ha descrito, casi con precisión geográfica para quien conozca la topografía de nuestras montañas, la entrada de los Césares a Catamarca, yendo los aventureros a dar, sin duda alguna, a los valles de Andalgalá y Santa María. "El Padre, dice el señor Lafone Quevedo, aludiendo al párrafo transcrito de Lozano, reproduce la relación de Ruiz Díaz de Guzmán, acerca de este viaje de los Césares, pero como lo hace siempre, alumbrando su historia aunque no sea más que con una sola palabra; esto basta para hacer comprender que Lozano se daba cuenta de lo que copiaba, pues las cordilleras indefinidas del autor

de *La Argentina* quedan precisadas con el nombre de Sierra de Tucumán a la que llegaron César y sus tres compañeros". "Siempre fuí de parecer, añade nuestro historiador, que los Césares llegaron a *Santa María* y que de allí pasaron al campo de *Andalgalá*; hoy estoy más seguro de ello".

No admite duda, al parecer, que la "provincia menos cultivada de labranzas, pero más poblada de indios", es nuestro Calchaquí, donde la población indígena estuvo tan reconcentrada, como lo demuestra con tanta evidencia el hecho de haber podido D. Juan de Calchaquí, unos años más tarde, hallarse al frente de más de veinte mil guerreros.

Los aventureros, siguiendo la relación interrumpida, fueron perfectamente recibidos y hospedados por nuestros indios, hasta que regresaron luego al fuerte del Carcarañá, el que, como recordaremos, fué teatro de una gran tragedia, encontrándose los aventureros al regresar a él, no sólo sin Gaboto y Nuño de Lara, su sucesor interino, sino con castellano alguno, pues que todos habían perecido a manos de los salvajes ribereños.

Es natural que los Césares, al contemplar las ruinas del fuerte y las cenizas de la tragedia, regresasen a nuestro Calchaquí, temerosos de correr la misma suerte que sus desgraciados camaradas. Pero la vida de los expedicionarios entre nuestros naturales en nada podía halagarles; y como en busca de su tierra los aventureros clásicos del Ionto, lanzáronse por las ásperas y fragosas serranías de los Andes, entre cuyas enmarañadas eminencias se perdieron, tomando rumbo a Magallanes y dejando a su espalda el imperio de los Incas, donde querrían llegar, indudablemente, a fin de reunirse con los soldados castellanos que en ese entonces habían penetrado hasta Caxamalca, después del desembarco de Tumbes y paso de los Andes, pues es de suponerse que los cuatro aventureros tendrían conocimiento anticipado de la intrépida conquista que debía efectuarse del Perú.

De aquí que, convencidos de que habían tomado rumbo contrario, se volvieron al norte, y por esta vez siguieron las costas del mar, como el más seguro derrotero, hasta Atacama, y desde allí hasta el Cuzco, la metrópoli incásica.

De esta larga, penosa y aventurada expedición, la historia ha hecho con el tiempo una verdadera leyenda.

Trapalanda es la imaginaria provincia, en la región magallánica, donde ponen la tan ponderada ciudad o ciudades de que es fama las descubrieron esplendorosas cuando su atrevida excursión al sud del continente.

Oigamos lo que dice Guevara sobre este famoso Tra-

palanda: “Hacia los últimos años del siglo pasado se confirmó con la narración de uno que decía haber estado en la ciudad de los Césares, hablado y comunicado con ellos. Hacía galana descripción de la ciudad, y la pintaba hermosa como Sevilla, opulenta en plata, oro, pedrerías y otras preciosidades estimables. Los habitantes en color y modales imitaban a los europeos, de quienes procedían. El autor tuvo la fortuna de hablarles, pero con tanta desgracia suya, que sólo entendió estas cláusulas: *Nos Dios tener, Papa querer, Rey saber*. Palabras fueron éstas que llenaron estas provincias; que se oyeron en los reales estrados, en el reinado del Sr. Carlos II, y que dieron motivos para algunas cédulas”.

En papeles de D. Gerónimo Luis de Cabrera, confírmase la fabulosa noticia de la ciudad de los Césares, de la que más antes se hicieron solidarios los naufragos Oviedo y Cobo. “Hay, dice el mismo Guevara, quien cyó las campanas; hay quien comunicó y vió a los Césares; hay finalmente quien asistió a la fundación de la ciudad y habitó muchos años en ella”.

Misioneros jesuitas han también caído en lo de las ciudades de los Césares, y entre éstos se puede citar a Matías Estrover, quien dice desde la Pampa: “de la nación de los Césares no he podido averiguar cosa alguna”.

El nombre de estos Césares intrépidos ha sido recordado siempre por los castellanos, como en los antiguos tiempos, el de los argonautas, en busca del vellocino americano. En los sueños de la avaricia de los conquistadores, la ciudad de oro de los Césares aparecía resplandeciente, como esos inmensos palacios encontrados de la arrebatadora poesía oriental.

Tras de la mentada ciudad de los Césares, cimentada en bases de oro macizo, han ido varias expediciones, y entre éstas llevadas a cabo por los conquistadores de nuestros países, recuerdo especialmente de dos: la de Francisco de Aguirre, y, trece años después, la de Diego Abreu, ambas desgraciadas por sus consecuencias. La de 1565 hizo fracasar la expedición de Aguirre a los comechingones de Córdoba, pues que “como la codicia se sabía disimular poco entre las licencias de la milicia, les ofrecieron cebo adecuado en las noticias que (a los conquistadores) les dieron”. Estas noticias consistían en tierras muy opulentas hácia el sudoeste, o sean las de Trapalanda o los Césares y “cuyo descubrimiento nunca efectuado, fué polilla que consumió buenos caudales sin ningún fruto”. La verdad es que los soldados de Aguirre no quisieron saber más de comechingones, sino de los Césares, y que la repulsa de S. S. dió luego motivo para que Diego de Heredia y Juan de Berzocana hicieran

rodar por tierra el poder de Aguirre, sumiendo en el caos al Tucumán. La de 1578, de Diego Abreu, hubiera producido los mismos resultados con el motín de San Miguel, a no ser el valor desplegado por el viejo capitán Gaspar de Medina, mientras S. S. andaba en locas y desatinadas aventuras.

¡Tanto han llegado a costar en el futuro los pobres Césares, sin pensarlo, sin imaginarlo, siquiera!

Descargando a los Césares de esta culpa, que no es suya, los valerosos aventureros se han conquistado el honor indiscutible de figurar en la primera página del descubrimiento de la provincia del Tucumán.

XXVII

En la historia de los descubridores de nuestra provincia es necesario dedicar algunas páginas a Diego de Almagro, llamado por los cronistas Almagro el viejo, pues aunque es cierto que este famoso aventurero no se propuso descubrir estas regiones del Tucumán, también es verdad que, si es exacta la expedición de los Césares, Almagro es el segundo que haya puesto su planta en el territorio catamarcano.

Interesa, por tanto, a nuestra historia todo lo que con la famosa expedición del Adelantado se relaciona así como tener noticias exactas de sus compañeros Inca Paullu y el Sumo Sacerdote Villac-Umu.

Después que sin atender a las condiciones pactadas para la conquista del Perú, dos de los contratantes, el maestre escuela Hernando de Luque y Francisco Pizarro, haciendo a un lado a Almagro, se repartieron la nación del Inca, este aventurero quedó descontento, hasta que S. M. el emperador le hizo merced de "doscientas leguas del país, con el título de Adelantado del Nuevo Toledo".

Con el propósito de llevar a cabo la conquista de este país, y abandonando la de los chiriguanos (1), decidióse por la de Chile (2), preparando en el Cuzco la gente y armas para tan larga como arriesgada expedición.

El Inca Manco, que en ese entonces conservaba buenas relaciones con los castellanos, visto para proteger la conquista de Almagro, envió a que le acompañasen al famoso intérprete Felipe, al gran sacerdote del imperio y a un hermano suyo, a *Villac-Umu* y a *Paullu*, como les llama Garcilaso, y que, dicho sea de paso, otros escritores y cronistas les denominan *Villalcumu*, *Vilchoma*, *Villalcamu*, *Villa Oma*, y *Pau-*

(1) *Chiriguanaés*, escribe Herrera.

(2) Del pájaro *chibi*, según unos, debiendo consultarse al respecto á Toribio Medina, *Orígenes de Chile*.

lla, *Pullu, Paulo* o *Paullo Topa*, como le llama Herrera, quien a Villacumu denomina *Vilchoma*.

Mientras Almagro se prepara para la expedición, conviene que sepamos quién es Paullu y por qué le enviaba Manco Inca en compañía de Diego de Almagro.

Paullu Inca, o Cristóbal Paullu (nombre que tomó en la pila bautismal) fué uno de los muchos hijos de Huayna Ccapac, habido en Añas, una de sus mujeres. Separado Atahualpa del imperio, el partido adverso a este Inca, y algunos españoles, levantaron la candidatura de Paullu para sucederle, al que eligieron y dieron la borla; pero Paullu, que reconocía el derecho que otros pretendientes tenían, no quiso aceptarla, al no considerarse con títulos legítimos para ceñir el *Uautu*. Fué entonces cuando subió al imperio Manco Inca, hermano suyo, poniéndose ambos al servicio de los castellanos, bien que Manco sublevóse más tarde y apretóles en el sitio del Cuzco.

Esto mismo explica de cómo Manco diese por compañero de Almagro a Paullu. El Inca, que desde entonces mantenía buenas relaciones con los castellanos, con el propósito de hacer más fácil la conquista del Adelantado, envió junto con él a su gran sacerdote y su hermano paterno.

El claro designio de Manco era que Paullu hablase a las tribus, invocando sus títulos de Inca, e impusiese de parte de las tribus sumisión a los *huiracochas*. Y la verdad que este medio sirvió de poderoso auxilio a la conquista, pues como dice Garcilaso, refiriéndose a las tribus que se sometieron de este modo, como las de Copapayú: "en lugar de enemigos hallaron indios amigos, que les recibieron, sirvieron y regalaron con mucho amor como propios hijos... Los cuales sabiendo que Paullu, hermano de su Inca, y el sumo sacerdote de ellos iban con los españoles, salieron a recibirlos, y los festejaron en todo el extremo que pudieron: que si como hallaron amigos que les hicieran guerra, perecieran del todo según iban mal parados".

La compañía del hermano de Manco y del Sumo Sacerdote ha aumentado la fama de esta expedición, célebre por la temeridad de la aventura, la desgracia y desastre de los expedicionarios, luchando con la naturaleza, las tribus y lo desconocido. Famosa es también por su número, pues que a cuatrocientos castellanos de Almagro hay que añadir los quince o veinte mil indios que venían con Paullu, quien se unió al Adelantado en Topia (Tupisa, en Bolivia).

Algunos cronistas opinan que Manco, al enviar a Paullu, quería librarse de él; y así dice Herrera: "Entendióse (cuando dió a Almagro este compañero) que el Inga quiso apartar

de sí al Hermano, porque no quería tener quién le diese sospecha en el Imperio, y a Vilchoma porque le tenía por Poderoso, por medio de la Religión, y por inquieto”.

En Octubre de 1535 salió del Cuzco la expedición de Almagro, la que al siguiente año llegó a Chile, después de tantas contingencias. Iba en la expedición el renombrado Rodrigo de Orgañez.

No bien en Tupisa, según Garcilaso, Almagro no quiso seguir el itinerario de Atacama y la costa del océano, como le indicaban sus guías, sino hacer la entrada a Chile por nuestro país.

Llegado Almagro, juntamente con Paullu a la actual provincia de Jujuy, resistieronle sus naturales “que no le profesaban vasallaje (al Inca)”, según cuenta Lozano, enviando el Adelantado a los capitanes Salcedo y Chávez a que les batiesen, hasta que éstos dejaran al ejército expedicionario el paso libre, escenas que se repitieron en Chuquiaga. De Jujuy, a cuyo país entró por la *puna*, pasó naturalmente, a Salta, llegando a Chicoana, y (de allí por Escoipe cruzaría al valle de Calchaquí, más o menos en la altura de Cachi, y tomando, sin duda, por los Páramos de la Laguna Blanca, buscarían el portillo para cruzar la cordillera y pasar a Chile.

Es de advertir que la expedición debió haber sufrido hambre y sed, pues Herrera nos manifiesta que recién en el “campo de Xuní se halló alguna comida con que la gente se restauró algo”.

Respecto al itinerario que dejo señalado, hay que observar que el camino real del Perú al Tucumán seguía el mismo derrotero, pero más o menos en la Laguna Blanca bajaba por el río de Corral Quemado, o San Fernando, al valle que es hoy de Belén, cuyo río se pierde en los bañados de Tucumano.

La idea errónea de que nuestro Tucumán es el Tucumán de la conquista, ha sido causa para que Barros Arana haya dado en barranco pardo, como se dice, cuando hace la descripción de la entrada de Almagro.

En un ilustrado artículo sobre este tema, publicado por el señor J. Toscano, escribe lo siguiente (1): “Mientras tanto mantenemos nuestra palabra, y hacemos mover a Almagro desde Cuzco, punto de partida, el día 12 de Septiembre de 1535; caminó 130 leguas y llegó a Parí, en donde le esperaba Saavedra con la vanguardia del ejército; luego vino a Tupiza y se demoró algún tiempo, recibiendo aquí 90

(1) *La Actualidad* “El paso de Almagro por el Valle Calchaquí” (Marzo 4 de 1896).

mil pesos oro fino de las contribuciones impuestas a diversas provincias; arribó a Jujuy, y se demoró dos meses, según Cappa, y luego pasó por Salta a Chicoana. Lleva siete meses de viaje. Por el mes de Abril, probablemente a fines, levantó su campo y se dirige a Calchaquí por Escoipe, que ya había reconocido de antemano; remonta la Cuesta del Obispo y se encuentra en la extensa planicie de *Cachi Pampa*, tierra llana, salada, que corresponde a los "salitrales de tierra triste y estéril", de los historiadores, y a los del Campo de los Pozuelos del Sr. Lafone. La extensión de aquella planicie varía entre 8, 12 y 15 leguas, según el punto en que se la cruce. El aspecto que presenta es triste, lo mismo que, como dice Martín de Moussi, las sierras que borlan sus contornos, y están a la vista, por el Oeste el macizo de la Cordillera y por el Este las sierras menos elevadas y más áridas, como la de *Pacheta*, efecto óptico que se experimenta en aquella llanura, por efecto del espejismo de la parte salitrosa, la hace más fantástica y memorable.

"Almagro debió hacer algunas jornadas hasta llegar a los algarrobales de las islas, que se encuentran en abundancia, en la boca y contornos de la **Quebrada de Amaicha**, para reunir bastimentos, y luego remontarla para ir por *Tacuñ* o *Hualfin*, y seguir la ruta de Antofagasta o ladearse más a la izquierda para ir por el *Paso de San Francisco*, y llegar al boquete de *Paipote*, que lo puso en territorio chileno. Téngase en cuenta que al salir de la *Quebrada de Amaicha* (y saliendo de una quebrada) se avistan "las grandes sierras cubiertas de nieve" que consignan los historiadores".

Nuestros valerosos indios, salidos de la primera sorpresa, al contemplar los rostros blancos y barbados de los viracochas, como asimismo los briosos caballos de los castellanos, decidieronse a combatirles, para lo cual llamaron a reunión general, "haciendo solemne juramento por el alto y poderoso sol que era su primera deidad, de morir o dar muerte a todos los extranjeros".

El ataque fué tenaz, y el Adelantado mismo vióse forzado a entrar en combate, no sin riesgo de su vida, pues las flechas agudas dieron en tierra con su caballo; y cuando el resto de los capitanes castellanos vino a tomar parte, el estrépito de los caballos de cincuenta jinetes puso en desbande aquella inmensa y valerosa indiada, sin podérsela atacar, pues "los calchaquíes, como dice Lozano, contentos en la victoria, que juzgaban insigne en la muerte del bruto, se habían retirado a las mayores asperezas, desde donde daban espantosos gritos sin poder Almagro darles alcance".

En qué época más o menos, la expedición de Almagro

haría su entrada a nuestra provincia, no es difícil fijar. Con toda exactitud sabemos que el Adelantado salió del Cuzco en Octubre de 1535 y el año 1536 llegó a Chile, es decir, al siguiente. Ahora bien; por la descripción que los cronistas hacen de las peripecias del viaje, por la gran abundancia de nieve, y por las desgracias ocurridas a consecuencia de la misma, se ve que en lo más riguroso del invierno de 1536, por Julio o Agosto, la expedición llegó al corazón del oeste de la provincia de Catamarca. Hé aquí, para demostrarlo con claridad, lo que el famoso cronista chileno, Córdoba y Figueroa, dice de la abundancia de nieve en los cerros, y de los accidente a que este fenómeno de todos los inviernos dió lugar: “Era espectáculo lastimoso, dice, ver a unos sepultarse en la nieve discurriendo que era sólida, porque los valles se igualaban con los montes, y en éstos hallaba firmeza la huella, mas no siempre en los otros, y si la voz del ajeno trabajo hallaba compasión para el remedio, era exponiéndose al mismo peligro cayendo en la misma fosa por lo deleznable. Terribles incidentes se vieron, singulares cosas se notaron, émulos de una filiana amistad; quedaban muchos muertos arrimados a las peñas, a otros se les caían los miembros del cuerpo, y no pocos, a quienes la fatiga los retenía para tomar alientos, el aire frígido y sutil los penetraba, y morían”. No menos expresivo es el cronista Herrera, del que me permito transcribir este párrafo: “Estando Rodrigo Orgáñez poniendo su toldo, echando mano para tener el mástil, cayó tanta nieve, que le quemó los dedos, y se le cayeron las uñas, y mudó los cueros de todos los dedos, como si fuera fuego de San Antón; y estando dos castellanos debajo de un toldo, una ráfaga de viento se lo arrancó, y cayó tanta nieve que aquel lugar fué su sepultura con sus Negros, e Indios, y Caballos... 26 caballos con sus sillas, y aderezos, quedáronse muchas Petacas de Ropa y casi todo el Bagaje”.

Una vez en nuestra Provincia Almagro, no es difícil fijar con precisión por dónde tomara para cruzar la cordillera y pasar a Chile, a pesar de haber seguido la expedición por caminos desconocidos casi de todos, pues, como dice el cronista, los expedicionarios anduvieron por senda “ni en tal tiempo, ni antes ni después emprendida”.

El historiador chileno Góngora Marmolejo hace transitar a Almagro por el camino “que tenían los Ingas por *los Diaguitas*”, después de manifestarnos que se desechó el de Atacama. Yo ya señalé el itinerario más probable del Adelantado, haciendo a un lado opiniones de nuestros historiadores contemporáneos sobre itinerarios que es imposible

seguir, dada la topografía del país y los estorbos naturales de las grandes e inaccesibles montañas. Lo que nos resta saber es por qué paso cruzaría la gran *Cordillera Nevada* el nuevo huésped de nuestra provincia, tan desgraciado en este tránsito, pues que al llegar a Chile, había perdido “diez mil indios y negros, ciento cincuenta y seis españoles y cuarenta caballos”, advirtiendo que Garcilaso asevera que los españoles muertos fueron casi “dos cientos”.

La expedición ha llegado al pié de la cordillera catamarcana: ¿por dónde pasaría a Chile?

Fácil me parece contestar a esta pregunta, si se tiene en cuenta lo que dicen los historiadores y cronistas chilenos clásicos, de los que, gráficamente, podemos decir que estaban al habla con los acontecimientos.

Transponiendo el Adelantado la cordillera, dicen estos cronistas, que “por fin llegó a lo más encumbrado de la cima, de donde se vió el valle de Copiapó, que es uno de los más fértiles de Chile”.

La cuestión, entonces, se hace sencilla: basta saber cuál es el punto preciso desde donde se ve ese valle de Copiapó.

El señor Lafone Quevedo, en carta de Octubre 7 de 1891, que me dirige desde Pilciao, dícame que el punto de paso de Almagro por la Cordillera debió ser “el portillo de *San Francisco* o el del *Bonete*”.

Pero estos pasos no se avienen con el precioso dato de los cronistas chilenos; y hablando con los viajeros que van a Chile me han dicho:—es, señor, el paso de *Barrancas Blancas*, algunas leguas más al sud de los de San Francisco y Bonete, el único desde el cual se divisan las hermosas riberas del río Copiapó, a que sin duda aluden los cronistas.—Este paso hállase un tanto inclinado al sud del pueblo de Tinogasta, pues que para hacerlo tómate de Tinogasta a Troya, crúzase el río Loro, se llega a la cordillera, y al otro lado del mojón con Chile se da con el llamado peñasco de Diego. Por allí haremos transitar a Almagro.

De esta manera se efectuó la famosa expedición de Almagro, quien tiene forzosamente que aparecer entre los descubridores de Catamarca. Por lo demás, la desgracia que acompañó a la expedición la hace doblemente célebre. Oigamos un instante a D. Pedro de Valdivia, quien desde la Serena, en 4 de Septiembre de 1545, escribe a S. M., el emperador Carlos V: “Sepa V. M., decía el Adelantado, que cuando el marqués don Francisco Pizarro me dió esta empresa, no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trajo el Adelantado D. Diego de Almagro,

que como la desamparó, quedó tan mal infamado, que como la pestilencia huían de ella; y aun muchos que me querían bien, y eran tenidos por cuerdos, no me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú, y donde el Adelantado no había perseverado habiendo gastado él y los que su compañía vinieron más de quinientos mil pesos de oro...''

En la expedición de Almagro se inició la resistencia, la primera embestida de la raza calchaquí a la conquista castellana.

Otras de las especialidades históricas de esta expedición es la resistencia calchaquí al ejército castellano, siendo que con él venían, como ya lo dije, el Inca Paullu y el gran sacerdote Villac Umu, en garantía de sumisión de estos países, que se decían pertenecer al Inca.

La resistencia armada ha hecho surgir vacilaciones y dudas respecto a si estos países estaban o no sometidos a los monarcas del Cuzco. Si los calchaquíes resistieron a Paullu, dicen algunos, prueba es de que éstos no estuvieron sometidos a la autoridad del Inca.

Yo ya he tenido ocasión de opinar, en el capítulo en que trato de la invasión incásica, sobre el particular, reservándome explicar esta antinomia y rebatir el argumento nuevo que se hace por lo que no creen que el Inca sujetó a Calchaquí. Dije en aquella ocasión, y lo repito sintéticamente ahora: por los antecedentes históricos; por el cambio repentino de cultura; por la desaparición de los idiomas nativos; por el olvido a los dioses; por hablarse la misma lengua de los peruanos; por los nombres de lugares, como Casa del Inca, Tambo del Inca, Camino del Inca, (1) etc.; por la organización social y política; por todo esto y mucho más, no es posible, no es lógico, no es racionalmente histórico dudar que nuestro Calchaquí estuvo completamente subyugado por los incas del Perú, y todo lo que en contrario se diga no pasa de ser pura y simplemente una aberración ante los antecedentes y hechos apuntados.

Pero, ¿y la resistencia a Paullu?

La resistencia a Paullu: ¡siempre el mismo y el único argumento!

Digamos, ante todo, que no hay tal resistencia a Paullu, sino al conquistador Almagro, y que nuestros indios, valerosos, indómitos, celosos de su independencia, como pocas razas se vieron sobre el planeta, no podían escuchar lo que

(1) En los padrones de indios de Tucumán, hay apellidos de familia: *Inga, Inca, Incato, Illapa* (Padrones de Chicligasta, Colalao, Choronzoro y Famáillá—Esc. Lauro Román).

el *hermano* del Inca, del Soberano Manco, les mandaba, presionado por los desastres de su imperio y el poder incontrastable de las armas castellanas.

Nuestros naturales debían, sin duda alguna, tener exacto conocimiento de cómo cayó el imperio incásico, y de cómo Atahuallpa fué pérfidamente sacrificado por Pizarro, después que el pobre Inca hubo cumplido su palabra de satisfacer, como lo hizo, su hambre de codicia y su sed insaciable de oro. No debían ni podían ignorar que todo fué obra de la fuerza y la perfidia, y hasta de la cobarde conducta de los soldados del Inca, tomado por un puñado de aventureros castellanos, frente a su inmenso ejército de cerca de trescientos mil guerreros.

Sabrían, necesariamente, que el nuevo orden de cosas era forzado, y que el actual Inca, por miedo y no por voluntad, accedía a todo lo que le intimidaban los castellanos, como posteriormente lo probó el alzamiento del mismo Manco, por sacudir un yugo pesado y bochornoso, como asimismo lo demuestra la fuga de Villac Umu, luego no más y la de Paullu, abandonando a Almagro en Chile, según Gomara, aunque Agustín de Zárate, Garcilaso y otros manifiestan que este último quedó al lado de Almagro, es verdad que esperando un momento más oportuno, pues acordó “disimular su intención y servir a los españoles fielmente hasta que se le ofreciese alguna ocasión en que pudiese ejecutar su deseo”, como escribe Garcilaso mismo.

La resistencia a Paullu, compañero obligado de Almagro, no era, entonces, sino un acontecimiento lógico y natural; y quién sabe si el Inca mismo no incitaba sigilosamente a los indios en el propósito de ralea las filas del Adelantado de Chile.

Los calchaquíes, cien veces más bravos e indomables que los peruanos, se anticiparon a ellos. Si pelearon, no pelearon contra el Hijo del Sol, sino contra la tiranía.

Para el calchaquí valía más la libertad que el nombre invocado del Inca.

XXVIII

La caída tan estrepitosa del imperio incásico, así como el estruendo de las armas castellanas, resonaron potentes en nuestro Calchaquí, pues que aquellos acontecimientos llenaron hasta los últimos rincones de nuestra América.

El indio calchaquí, supersticioso como ninguno, como ninguno propenso a creer en lo sobrenatural, estremeciéndose en el instante de recibir las terribles nuevas que le transmitiría, sin duda, el subalterno del Inca. Hombres jamás vistos,

mezcla de fiera y divinidad, de blanco rostro y largas barbas, como Viracocha, habían dado en tierra con el trono secular del Perú, llevando la muerte en todas direcciones, con el rayo en la mano.

Pero cuando el indio calchaquí sintió que la sangre de sus venas se helaba, fué cuando en la media noche percibió el ruido seco que hacía en el suelo la planta castellana... ¡Almagro pisaba ya tierra calchaquí!

Ligados a la caída del imperio incásico, otros acontecimientos movieron la natural superstición del indio: los anuncios de la naturaleza, que eran oráculos para su espíritu. Oigamos al P. Lozano: "Había sido el caso, dice, que diez años antes de emprenderse esta coquista por los de 1532, precedieron en toda la provincia de Tucumán señales espantosas que llenaron de pavor y asombro a los naturales; fué general la seca, llegando a cortarse los ríos más caudalosos de su distrito y de aquí se originó un hambre cruel y tan voraz contagio que murieron millares de personas a su rigor... Estos (los magos tucumanos), tan ignorantes como la misma plebe, de que sólo les diferenciaba su mayor malicia, no supieron darles otro arbitrio, sino de consultar varios ídolos, para que dijera sería bien hacer una convocatoria general de aquellas gentes, que congregadas en cierto paraje determinado se empleasen en hacer sacrificios a diferentes deidades. Tres años duró esta abominación, sin que Satanás se dignase o pudiese darles respuesta, antes, cada día le experimentaban más sordo a sus súplicas... Entrarían presto (díjoles al fin, por medio de los magos) al país unos extranjeros de diferente color, valientes, belicosos y enemigos de la generación de los indios que los conquistarían y se harían dueños no sólo de la tierra, sino de sus hijos y mujeres y aún de su propia libertad..."

Decidieron nuestros indios fugar, pues, y buen número de ellos lo efectuó, abandonando las montañas, por donde debiera pasar el enemigo blanco, para guarecerse en las selvas del Chaco, refugio seguro, pues que a él no penetró jamás el pendón de la conquista.

Indudablemente que fueron varias estas emigraciones de la raza nativa, por cuanto hace Lozano referencia de ellas, como si se hubieran producido en la época en que resonó la caída estrepitosa del imperio incásico. Otros escritores nos dan cuenta de emigraciones posteriores; y así Guevara dice que nuestros *capayanes*, del actual departamento del mismo nombre en Catamarca, emigraron al Chaco en el instante mismo en que Almagro hacía su entrada en Calchaquí. He aquí cómo se expresa este historiador: "Por este tiempo, dice, de lo más interior de la provincia hacia Capayán, pertenecien-

te al valle de Catamarca, los indios convocados, y recelando caer en manos de los españoles, que ya se acercaban a Tucumán con sus conquistas, se internaron al corazón del Chaco, envueltos en un furioso huracán. Esta narración recibieron los primeros conquistadores, de algún indio y de ellos en pluma de antiguos escritores llegó a nuestros tiempos”.

Después de lo anterior, muy difícil me parece que los *calchaquies* de Santa Fe, que vivían en las márgenes del río Paraná, y que en 1632 destruyeron a Concepción, no fuesen nuestros emigrados, y no “distintos de otra nación del mismo nombre en la provincia de Tucumán”, para valerme de la expresión de Lozano. El hecho de la emigración al Chaco; la coincidencia de llamarse calchaquies los del Paraná, su bravura, su astucia, su fiereza, no parece indicar sino que éstos fueron nietos de nuestros indios.

El historiador de la Virgen del Valle, de la misma opinión que emito, refiriéndose a la ruta que nuestros calchaquies emigrados al Chaco tomarían, y queriendo demostrar que siguieron en derechura al Paraná, escribe: “Primero busquemos el rumbo que debieron tomar aquellos calchaquinos marchando al Chaco. No pudieron dirigirse a la occidental del Chaco, poblada por los chiriguanos, más feroces y caribes que ellos. Tampoco pudieron tomar derecho al norte, cruzando el Río Dulce y el Río Salado por los campos del actual Santiago; porque primero habían topado con los bravos y numerosos Juríes, y más al norte habrían chocado con los inconvenientes de lagunas, pantanos y médanos o bosques impenetrables.” (1).

“No quedaba, pues, añade, otro rumbo que al noroeste, por la orilla izquierda del Salado adonde los convidaba un terreno fertilísimo, un clima salubre; y con el tiempo, siguiendo la inclinación de la cuenca corográfica hacia las márgenes occidentales del Paraná, ya estaba establecido poco adentro entre el Salado y el Bermejo, por los años de 1632, es decir, un siglo justo de su salida del Valle de Calchaquí, y nótese que esa ruta era la más trillada por los indios y después por los conquistadores; y nótese también que en 1632, época fatal para la floridísima ciudad de la Concepción, cuando los calchaquies capitanearon la jornada, éstos debían tener continua relación con sus hermanos de Tucumán; y sabiendo las guerras sangrientas con que los Españoles les iban diezmando a la raza calchaquina, y la tiranía de los encomenderos, naturalmente debían sentirse por esto excitados más a la venganza contra los españoles de acá, que procedían con menor energía contra ellos”.

(1) Soprano, *Historia de las Guerras Calchaquies*, etc. (1896)

XXIX

La nueva entrada que van a hacer los castellanos estaba prevista, como acabamos de ver, por el indio de la montaña.

Los terribles augurios de los magos van a favorecer una vez más, a semejanza de lo que aconteciera en la metrópoli incásica, la entrada de los intrépidos conquistadores castellanos al país, al que apenas si traería fuerzas materiales suficientes para rechazar el empuje salvaje de sus hijos. Los indios al verles llegar, creen que el terrible augurio se ha cumplido; sus profetas se llenan de estupor, y amedrentan el espíritu de los viejos caciques de las tribus, que miran a los castellanos, montados en bríos y veloces caballos, como a seres sobrenaturales.

La personalidad de Diego de Rojas, natural de Burgos, "noble y honrado caballero, capitán experto y afortunado, constante en los trabajos y sufrido en las adversidades", al decir de Guevara, se destaca en la historia del descubrimiento del Tucumán, más por lo temerario e intrépido de la aventura que por los sucesos que su presencia produjo en el país, por el que pasó casi de tránsito, pues que la expedición se hizo en 1542, muriendo al siguiente año, 1543, el valeroso jefe de esta conquista.

No deja de ser curioso advertir que, sin duda, con Rojas entraría al Tucumán la primera mujer castellana, hasta que años más tarde llegara a establecerse en el país la familia del célebre conquistador Juan Gregorio de Bazán, a la que acontecieron tan trágicos sucesos en el viaje. Fué una mujer, que tenía Gutiérrez, la que atendió a Diego de Rojas en su enfermedad, cuando fué herido por la mortal flecha envenenada, de cuyas resultas pereció el hidalgo.

Los cronistas no fijan la época segura de la entrada de Rojas a los valles catamarqueños; pero yo no abrigo dudas de que fué en el año indicado, entre los meses de Noviembre y Diciembre. Que la expedición se hizo en el *verano* del 52, no hay que dudar, pues se recordará lo que el Padre Lozano dice de los terribles *calores* que sufrieron los conquistadores en su marcha hacia el litoral, después de abandonar el pueblo de Capayán; y es en este pueblo donde estuvo Rojas en los meses indicados, lo que resulta así si se tiene en cuenta lo que el mismo cronista dice cuando recuerda de la fuga de los capayanes, llevándose todos los alimentos y víveres para obligar a Rojas a retirarse del país, "sólo perdonando a los *maizales* que estaban *en berza*". Yo, que conozco Capayán, y he visto allí crecer los maizales, puedo asegurar que es de Noviembre a Diciembre cuando éstos están *en berza*, y hasta

hoy el maíz se siembra en este lugar de la misma manera y en las mismas épocas en que los capayanes lo hicieron.

Si Rojas entró a estos países fué puramente de tránsito; su intento no fué emprender conquista alguna en el Tucumán, como erróneamente asevera Guevara, que, "acreedor de gran premio, este le asignó Vaca de Castro en la conquista del Tucumán". Rojas iba soñando con las ponderadas riquezas del Río de la Plata, a cuyos márgenes dirigíase presuroso, mucho más cuando en Chicoana, distante cincuenta leguas al norte de estas regiones, "los Indios noveleros, habladores, y mentirosos, le dixerón que tenían nueva de muchas riquezas de la parte del Río de la Plata, y que andaban castellanos".

Famosas, por otra parte, fueron en el Perú estas tan ponderadas riquezas del inmenso río argentino. "Por las noticias, dice Herrera, que se tenía de las Provincias por donde corre el gran Río de la Plata, que están a la parte Occidental haciendo la fama mayores sus riquezas, de lo que eran, muchos deseaban aquella conquista creyendo, desde que el capitán Pedro Ansurez hizo la entrada en los Chunchos, que aquel río tenía su nacimiento en la laguna de Bombon".

Los capitanes del gobernador Vaca de Castro pedíanle en recompensa de servicios prestados, conquistas en todas direcciones. Rojas, sabedor de la abundancia de aquellos países, llegóse ante S. S. demandándole la gracia de que le concediera la del Río de la Plata.

La concesión no se hizo esperar para Diego de Rojas, lleno de méritos, militar famoso desde la conquista de Nicaragua, distinguiéndose en la guerra del Perú contra Almagro, y mostrándose práctico y bravo en la defensa de Guamanga y toma de Jauja. Vaca de Castro no tenía empacho en acceder a todas las peticiones de sus capitanes, pues que experimentaba vivos y ardientes deseos de deshacerse de tanto aventurero desocupado, que no serviría sino para atizar discordias intestinas en el Perú. Así lo dice Lozano. "Y porque juzgó (Vaca de Castro), manifiesta Herrera, por de gran inconveniente tener ociosa y valdía tanta Gente feroz, y atrevida, usada á las licencias Militares, y mucho della descontenta de mui buena gana se le dió y favoreció á cuantos a ella quisieron ir, con Armas, Caballos y dineros, i nombró á Felipe Gutierrez por Capitán General (esto es un error, pues lo fué Rojas)... i echar fuera esta gente hizo como el buen médico, que con las sangrías cura las enfermedades, que nacen en los cuerpos pletóricos para que por su plenitud no se ahoguen...".

Gutiérrez, a quien Herrera supone Capitán General, iba

en calidad de segundo de Rojas, siendo de advertir que ni Ruiz Díaz de Guzmán, ni Guevara, ni Lozano, han cometido este error.

Era este Gutiérrez, tan digno de ser jefe como Rojas, hombre hidalgo, por más que haya habido muchos que le achacasen el envenenamiento de Rojas, con el cual parece, en verdad, ser cierto que tenía sus celos y rivalidades por el hecho de haber andado más de una vez en la expedición detrás de Rojas algunas jornadas, y de haber tenido más de una vez reconciliaciones con éste.

Gutiérrez era hijo del Tesorero de S. M., y tomó parte en la conquista de Veragua, desde donde pasó al Perú en busca de aventuras.

En calidad de Maestre de Campo venía Nicolás Heredia.

Preparada la expedición, Rojas partió, sin duda a la cabeza de doscientos a trescientos hombres. Herrera dice que fueron "ciento setenta y cuatro soldados de a pie y de a Caballo".

El jefe de la famosa expedición, dejando por lo pronto a su segundo Gutiérrez, y partiendo para el valle de Xaguna, se adelantó con sesenta soldados a Chicoana, donde se detuvo algún tiempo. De Chicoana partió luego no más con sólo cuarenta hombres, dejando el resto en este lugar a fin de que se incorporasen a la retaguardia de su segundo, quien debía venir a su alcance.

Rojas, dejando el camino de Chile, cruza la gran Cordillera, y se dirige a Calchaquí, llegando recién a descansar en el pueblo de Tucumano, en el oeste de Catamarca, y en el conocido valle de los Paccipas, pueblo éste "donde había un poderoso cacique de quien se denominó toda la Provincia de Tucumán". *Canamico* era el nombre del cacique de Tucumán al entrar Rojas.

Rojas, a consecuencia de las supersticiosas profesías de los augures calchaquíes, que vieron su confirmación en la entrada de los castellanos, no encuentra resistencia alguna en el país, y es acogido como un ser misterioso por las nerviosas tribus, ante cuya presencia el bravo Capitán preséntase como objeto de sorpresa y de admiración.

El conquistador, por esto mismo, hácese acompañar de algunos paccipas, y emprende la marcha. Después de traspasar el grueso cordón del Ambato, indudablemente por la Quebrada de Pomán, único paso accesible en este punto a los caballos, entró al pueblo diaguita de Capayán, "pueblo numerosísimo para hacerle resistencia", el que está situado como a siete leguas de la Capital de Catamarca, y es hoy estación de ferrocarril.

El señor de Capayán, viendo que Rojas invadía tan

agresivamente sus dominios, sale al frente de mil quinientos hombres de pelea, y haciendo en el suelo una señal, que indicaba que esa era su tierra, prohíbele avanzar, manifestándole que le proveería de vituallas si no pasaba adelante. Rojas, por toda contestación, intímale que se rinda y obedezca la autoridad de los castellanos.

Lozano al relatar ese suceso, pone un discurso de varias páginas en boca de Rojas, el mismo que el cronista Herrera condensa en estas palabras: "Que aquellos Christianos iban de Tierras adonde se adoraba a un solo Dios, Criador del Cielo, i de la Tierra, i obedecían a un solo Rei; i que si ellos se querían conformar con eso serían Amigos, donde no, que no se podía escusar la Guerra, hasta vencerlos, y componerlos a esto".

Más, mucho más que las palabras de D. Diego, sorprendieron y embargaron al cacique los briosos y ligeros corceles de los caballeros y soldados castellanos. con los cuales, como los pintó la mitología helena, parecían formar un solo cuerpo. Pero los indios, con el pretexto de admirar los caballos, jamás vistos por ellos, fueron poco a poco acercando a los castellanos, quienes por fin véense obligados a disparar sus armas, poniendo con su estrépito en fuga a los aterrados naturales.

El cacique envía luego a Rojas una embajada de su misión. Una vez el monarca capayanense en presencia de Rojas, éste tratóle con singular deferencia; pero el jefe castellano, temiendo que sus agasajos no fueran suficientes para atraerle a su partido, notando por otra parte, el desagrado natural del invadido, mucho más cuando solo le guardaban cuarenta soldados, se decidió a enviar a uno de sus subalternos en busca de Gutiérrez, mandándole recado de que apresurase la marcha y se le incorporase. La vigilancia de Rojas mantuvo en la pasiva a los naturales.

Gutiérrez, a quien se pretendía hacer pasar por émulo de Rojas, escribióle rindiéndole obediencia y manifestándole que pronto llegaría a Capayán, cosa que luego efectuó, aunque tuvo que librar batalla cuando cruzaba Calchaquí.

Unido ya a Rojas, y viendo los capayanes que estos temibles huéspedes no pensaban retirarse, valiéronse de un ardid para obligarles a ello, alzando de pronto todos sus bastimentos, llevándose consigo toda vitualla o granos.

Rojas, sin tener qué comer, en esa tierra, de suyo tan árida, resolvió la retirada, prosiguiendo su camino en busca del Río de la Plata, con el propósito de ir a fundar pueblos a orillas del gran estuario. Al efecto, preparóse para conducir agua para la travesía, que se informó sería penosa, lo

que efectuó no sin sufrir mucho en el camino, hasta llegar a descansar al país de los juríes, con dirección al río Dulce, en cuyas márgenes detúvose su enviado, reconecedor del campo, López Ayala. Según Guevara, Rojas detúvose en Macacax.

Como a nosotros nos interesa todo lo relativo al país diaguita que Rojas acaba de dejar, transcribo del viejo cronista de Indias este insteresante párrafo relativo a los indios capayanes: "Son estos indios, dice, de cuerpo bien dispuestos: visten Mantas grandes de Lana, y de Verano otras de Pluma mui galanas: las Mugerres andas desnudas, salvo de la cintura abajo, que van cubiertas con faldones no largos: traen los cabellos crecidos, peinados y tendidos: comen Maíz i carne de Guanacos, i Ovejas: son grandes Hechiceros, ni piensan mas que hai de nacer i morir: aborrecen la Sodomía".

Prosiguiendo el relato, diré que los juríes lucharon a Rojas encarnizadamente, pues que solo una de las batallas duró tres días. Fué entonces cuando Rojas salió herido en una pierna, por una flecha empapada en el jugo de yerbas venenosas. Rojas murió a los seis días siguientes en Cacacax, habiendo pedido en sus últimos instantes a Gutiérrez que le sustituyese por Francisco de Mendoza. Este recíbese del mando de las fatigadas fuerzas, y luego no más entra en odiosas rivalidades con Gutiérrez, las que dieron por resultado que este último se retirase al Perú, donde murió en 1544, durante la rebelión de Gonzalo Pizarro, el que le condenó a garrote en Guamanga.

Mendoza queda de jefe, y prosigue su marcha a la hoy provincia de Córdoba (Calamochita, sobre el Río 3.º o Carcarañá). El plan de Mendoza era incorporarse a la expedición castellana al Río de la Plata, de que los indios le dieron noticias.

De Calamochita sigue Mendoza al pueblo de los timbúes. En Marzo de 1545 llega al Fuerte de Gaboto, en la embocadura, el cual se hallaba a la sazón destruído con la desgracia de Muño de Lara.

Mendoza, atento a lo que las circunstancias aconsejaban, decídese a emprender viaje al Paraguay, lo que no efectuó a causa de su violenta muerte, llevada a cabo a instigación del maese de Campo Heredia, su segundo.

Una vez Heredia comandando la expedición, abandona el primitivo proyecto de dar con el Río de la Plata, y decide la vuelta regresando, por fin, nuevamente, al país de los diaguitas, donde antes detuviérase Diego de Rojas. Heredia cruza nuestra Provincia, y llega a lo que fué la jurisdicción de San Miguel de Tucumán, acampando en los Lules, pasan-

do de allí a los llanos de Salta, dando con el viejo camino de los Incas, que desde el Cuzco conducía a Chile.

Después de avanzar, el jefe de la expedición intenta volver al descubrimiento de Tucumán, lo que no se efectuó.

La expedición regresó al Perú en la época aciaga del alzamiento de Gonzalo Pizarro, algún tiempo después de la muerte del Virrey Blasco Núñez Vela, en Arequito.

Al regresar la expedición al Perú, esta estaba compuesta de ciento cincuenta hombres, más o menos, que se pasaron, de común acuerdo, encabezados por su nuevo jefe, López de Mendoza.

Los restos de los descubridores del Tucumán toman luego no más participación en la guerra intestina, con desgraciado fin para sus jefes. Nicolás de Heredia no tarda en caer en manos de Carvajal, muriendo condenado a garrote. La cabeza de López de Mendoza fué colgada en la picota de Arequipa.

Así terminó la expedición de Rojas, a la que verdaderamente corresponde el título de descubridora de la Provincia.

Tras de Diego de Rojas vendrá ya la conquista, y valerosos aventureros tendrán como él una página en la historia..

XXX

Más de quince años hacía que el Tucumán tenía cerradas sus puertas a la aventura castellana, que con Almagro y Diego de Rojas había hecho el descubrimiento del país.

Por una parte, los desengaños del aventurero, que creía hallar el oro a montones en los países cuya conquista solicitaba, y por otra parte, las desavenencias y luchas intestinas en el Perú, que comienzan a diseñarse con colores de sangre el año de 1545, y que luego estallan en la inolvidable y pertinaz guerra de Gonzalo Pizarro, que entre otras grandes conmociones hace llenar de horrores los campos de Huarina y Xaquixaguana, hasta que rodaron las cabezas de Carvajal y de Pizarro; ambas causas, digo, dilataron por muchos años el tiempo de la conquista del Tucumán; y, recién en 1548, cuando La Gasca imponía su autoridad de Presidente, con plenos poderes de S. M., los conquistadores reaparecen en la escena del nuevo mundo tan aventureros como avaros, tan avaros como crueles.

Terminada la guerra, el famoso Presidente La Gasca quiso premiar a sus capitanes; y con tal propósito entre las conquistas decretadas, concedió en 1549 la del Tucumán a Juan Núñez de Prado.

El año siguiente entra Prado al Tucumán, e inaugura, como lo diré en lugar correspondiente, ese largo y épico período de la conquista de este pedazo de suelo argentino. Comienza también entonces la funesta discordia entre los gobernadores enviados por los Virreyes del Perú y la Audiencia de La Plata, con los de los Adelantados chilenos, discordia que divide el campo de los castellanos, que siembra la semilla de sangrientas e infructuosas luchas intestinas, que debilita el poder español, y que arma el brazo bélico de D. Juan de Calchaquí, personaje a quien dedicaré un capítulo, y quien arroja de la escena al impolítico y pérfido Gregorio de Castañeda, engendro raquíutico de esas reyertas de la ambición y la avaricia.

A la sazón gobernaba Chile, algunos años después de la desgraciada conquista de D. Diego de Almagro, de que he dado cuenta en otro lugar, D. Pedro de Valdivia, valeroso e intrépido guerrero a quien se había hecho merced de esa gobernación, no por el Presidente La Gasca, como aseveran Herrera y Lozano, sino por el Marqués Francisco Pizarro, quien por previsión de 1539 dió la conquista de estas tierras a Valdivia, en recompensa de sus servicios como Maestre de Campo de sus tropas, estando aquello claramente manifestado en carta de D. Pedro al emperador Carlos V, solicitando la confirmación de dicha merced: "Cinco años há, dice, que viene de las provincias del Perú con provisiones del Marqués y Gobernador D. Francisco Pizarro a conquistar y poblar estas de la Nueva Estremadura, llamadas primero Chile y descubrir otras adelante..." La Gasca, es cierto, confirmó la merced a Valdivia en los títulos que el Presidente le diera en 18 de Abril de 1548..

D. Pedro de Valdivia, en la época de Núñez de Prado, que nos ocupa, fundaba sus pretensiones a estas provincias en el hecho de habersele concedido por términos de su conquista "cien leguas de tierra adentro de este a oeste", partiendo del mar Pacífico, en cuyos términos el Adelantado comprendía al Tucumán.

Lo que el licenciado León de Pinedo asevera, de que Valdivia se declarase dueño de estas provincias porque enviara a Francisco de Villagra a descubrirlas antes que Núñez de Prado llegara a Tucumán, carece completamente de fundamento, pues que por el fragmento de carta de Valdivia, al Emperador, que luego he de insertar, se ve que Núñez de Prado, no sólo había hecho su entrada al Tucumán, sino que se había declarado dueño de estas regiones, y comenzado por el pueblo cerca de Tucumanahabo sus funciones, antes que Villagran viniese a tomar posesión del país. Es igualmente inexacta la aseveración de León de Pinedo de que Valdi-

via enviara con tal propósito a Villagra, pues que Villagran, cuando se dió con Pedro en Tucumán, venía de regreso de una comisión del Adelantado para el Perú, donde le envió a reclutar tropas, a la cabeza de las cuales regresaban. La única conquista que Valdivia ordenó a este lado de los Andes, fué la de Cuyo, o país de los *coyunchos*, después que el Adelantado levantara los fortines de Puren, Tucapel y Arauco; y es a este respecto lo que escribe el cronista chileno Córdoba y Figueroa, manifestando que Valdivia ordenó esta conquista para facilitar el comercio de Chile con las provincias de Tucumán y Río de la Plata. Adviértase que en el cabildo de 2 de Mayo de 1547 en Santiago del Nuevo Extremo, se donan tierras a Alderete "en el valle de *Acuyo*, jurisdicción de Santiago."

Prado, por una parte y Villagran, por la otra, son quienes discuten la jurisdicción del Perú y Chile sobre el Tucumán, después de una refriega nocturna, en la que no hubo muerto alguno, por más que el tiroteo duró unas horas.

Para darnos cuenta de la actitud de ambos capitanes, es preciso conocer los antecedentes que hacían tirantes sus relaciones.

Es el caso oportuno de manifestar que Prado y Villagra tuvieron con anterioridad sus motivos de rivalidad, que dieron lugar a provocaciones hostiles. Estando Prado en la conquista de los chiriguano, Francisco de Villagran, encargado de conducir a Chile el mayor número posible de fuerzas, hizo de modo que a Prado se le desertaran algunos soldados, que incorporó a sus fuerzas auxiliares, ofreciéndoles conveniencias en el servicio del Adelantado Valdivia Prado, que no pudo impedir el soborno, emprendió marcha con el resto de su tropa, atravesando la cordillera del Perú hasta entrar a Calchaquí, incorporándose luego a Ardiles, su segundo, a quien había destacado a la vanguardia, a la cabeza de treinta soldados, que desde Humahuaca comenzaron a abrirle paso.

Hecho este paréntesis, continuemos.

Prado, después de fundar a Barco, a orillas del río Escaba (1), ordenó su despoblación una vez que Ardiles regresó al Perú, verificando la segunda fundación en el centro del valle Calchaquí. Fué entonces, cuando después de señalar los solares de la nueva población, que salió con algunos soldados suyos a hacer reconocimientos y correrías de indios; y estando en este empeño en las comarcas vecinas, llegada la noche, y acercándose Prado y sus soldados a un río, divisaron un real de españoles: era su agresor, Francisco

(1) Según Lozano.

de Villagra, que por nuestro Calchaquí llevaba camino de Chile, en cumplimiento de la comisión del Adelantado, con las tropas reunidas, entre las que iban los soldados que ca-tequizó a Prado.

El conquistador del Tucumán, espinado aún por la conducta de Villagran, de que dí cuenta, resolvióse a dar un golpe a éste, para lo cual, aprovechando las sombras de la noche, dividió sus pequeñas fuerzas en dos grupos: uno comandado por Juan Mendez y Guevara, y otro por él mismo. Guevara llega y cae sobre el real de Villagra, al que encarándole frente a frente tuvo éste tiempo de asirle de la guarnición de la espada, arrebatándosela de la mano, aunque Guevara pudo hacerse de una espada que quitó a un soldado y acometer con ella a Villagra, juntamente con los suyos, mientras Prado, por otro lado, atacaba, reinando la confusión entre los de Villagra.

Prado, que solo había salido a recorrer la comarca con treinta soldados, antes que el día delatase su debilidad numérica, escapó de improviso, con el propósito de refugiarse en Barco.

Al día siguiente, viendo por los rastros lo reducido de las fuerzas de Prado, Villagra se encendió en cólera, cayendo sobre Barco, donde aquel sólo dejó sesenta soldados, que no tardaron en rendirse. Prado entre tanto, estaba refugiado con otros soldados en la aspereza de la sierra, mientras Barco se rendía; y, calmado Villagran, por el prudente consejo de Hernando Díaz y los religiosos que llevaba, hicieron a éste entrar en negociaciones amistosas con Prado.

Los parlamentarios de Villagra, con el orgullo de la victoria, van a entenderse con Prado, ofreciéndole todo género de garantías, y aún su título de gobernador, pero bajo la condición expresa "*de someterse a la obediencia del gobernador de Chile, reconociéndole por superior suyo en el distrito*"; y aún cuando chocó altamente a Prado tal imposición, bajo ostensibles bases de arreglo, éste tuvo por fuerza que aceptar el partido, y "*vino en sugetarse así y su provincia al gobierno de Chile, recibiendo en nombre de Valdivia la tenencia de la ciudad del Barco y la conquista del Tucumán*".

Respecto a la legalidad de ese formal compromiso, es oportuno transcribir ese párrafo de Guevara: "No es para omitido, dice, al derecho presunto que Villagra tenía a Tucumán, fundado en cláusula del Presidente Gasca, que señalaba a D. Pedro Valdivia cien leguas tierra adentro, este oeste, por término de sus descubrimientos. Palabras que ampliadas a favor de los chilenos, ocasionaron disturbios sobre el derecho a Tucumán: hasta que el señor Felipe II, en cédula de 29

de Agosto de 1563 destinó las dos jurisdicciones, declarando independiente de Chile la gobernación Tucumán”.

Es desde este instante que nuestro Calchaquí cae bajo la jurisdicción de Chile, y la provincia del Tucumán reconoce la superintendencia del Adelantado D. Pedro de Valdivia.

Pero Prado, apenas parte Villagra a Chile, junta su cabildo de Barco, y le manifiesta que aquello que se dice ser arreglo no es sino imposición; y entre otras cosas, le dice aludiendo a este segundo nombramiento de gobernador de estas provincias: “No puedo negar que vivo mal satisfecho de este segundo nombramiento (el de Villagran), por tener consigo mal disimulada la flaqueza de su origen, y muy patente la violencia que intervino en su expedición. No ignoran este defecto los soldados que en la conquista difícil que nos espera, podían protestar su obediencia con este color, si gustaren de obedecer. Por tanto, habiendo sido hasta aquí toda mi ambición, el deseo de acertar en esta empresa, que espera nos ha de utilizar a todos, me parece sería mejor prevenir los inconvenientes con anticipado remedio, que será renunciar ese título *ilegítimo de Villagra*, y publicar de nuevo *el del Presidente* que es más seguro, y esta acción, sería solo deshacer violencias injustas, y restituir a nuestra provincia y conquista, *la independencia* a que por un justísimo título es acreedora”.

Fué en estos términos como Prado desconocía, inmediatamente de partir Villagra, la superintendencia del gobierno de Valdivia, renunciando el título que Villagran le confería, y reservándose el que tenía por el Presidente La Gasca, que el cabildo de Barco reconoce como único honroso y legal, confirmándole en su carácter de gobernador dependiente del Perú, entre ruidosas aclamaciones.

Estas escenas tuvieron lugar en 1551, y están en sustancia confirmadas en una carta que el Adelantado Valdivia dirigiera a Carlos V, desde Concepción del Nuevo Extremo, en 25 de Septiembre del mismo año, de la que extracto este importante párrafo: “Escribióme, así mismo, dice, el teniente (Francisco de Villagra en 18 de Mayo 1551) y también me dió relación el capitán como en el paraje donde yo tengo poblada la ciudad de Serena, de la otra banda de la cordillera, halló poblado un capitán que se llama Juan Núñez del Prado, . . . que el Presidente, licenciado Pedro de la Gasca le dió comisión para que fuese a poblar a un valle de que tenía noticia que se llamaba de Tucuma, y pobló un pueblo y le nombró la ciudad del Barco. Parece ser que pasando el dicho teniente Villagra por treinta leguas apartado de la ciudad del Barco, que así se lo mandó el dicho Presidente en la ciudad de los Reyes, el Juan Núñez de Prado con gente de caballo dió de sobresalto

de noche en el campo de Villagra, disparando arcabuces, rindiendo y matando soldados, y apellidando viva el rei y Juan Nuñez de Prado, y la causa él la debe saber, y a lo que se pudo alcanzar, sería por deshacer aquella gente si pudiera y recogerla él, por que no se podía sustentar con la que trajo en su compañía, y convenientes dar la vuelta al Perú, e por hacer de las zalagalagardas que se habían usado en aquellas provincias. Después de puesto el remedio en esto, el Juan Núñez de Prado de su voluntad, sin ser forzado, se disistió de la autoridad que tenía y le había dado el Presidente, diciendo que no podía sustentar aquella ciudad, y el caballo y los vecinos y estantes en ella requirieron a Francisco de Villagra, que pues *ella cata en los límites desta mi gobernación*, que la tomase en su cargo y en mi nombre la proveyese de su mano para que se pudiese sustentar y perpetuar; y viendo él que si de esta parte de la mar del Sur de otra no puede ser favorecida, la redujo en nombre de V. M. bajo de mi protección y amparo; como si fuere servido, podrá mandar ver por el auto judicial que sobresto se hizo, asimismo por el traslado de la instrucción que yo envié al dicho teniente de lo que debía hacer y ordenar en pro de todo. . .”

Estas aseveraciones coinciden, más o menos, con lo manifestado por algunos cronistas.

El historiador chileno Góngora Marmolejo, con marcados tintes de parcialidad, refiere lo que más antes mencioné sobre el ataque de Prado a Villagra, aunque difiere con Lozano y otros en la aparición de los hechos sobre la manera cómo Prado reconoce la potestad de Valdivia y continúa al frente de la gobernación, confundiendo, además, a Santiago del Estero con el Barco de que se trata, y llamando a Prado, no Juan Núñez, sino Juan Martínez. Como estos pasajes son tan raros como interesantes para nuestra historia, aunque se me tache de difuso, no puedo menos que transcribirlos.

He aquí, pues, lo que Góngora Marmolejo dice sobre el reconocimiento de Prado al gobierno chileno: “Llegado el día, refiere después de relatar el ataque de Prado, Villagra recogió su campo dejando el servicio y tienda con los bagajes que llevaba: casi con cien hombres a la lijera fué en su seguimiento y aquel día entró en la ciudad de *el Estero*, en donde Juan Martínez de Prado estaba; el cual, como le vido venir, salió luego a recibirlo, y llegando a él se hincó de rodillas y como hombre rendido le entregó su espada: Villagra como era hombre noble y enemigo de gloria, le abrazó y trató muy bien. Después de haber recibido su disculpa capituló con él, que por estar aquella ciudad *en la gobernación de Pedro de Valdivia*, poblada como parecía por *los grados en que es-*

taba, contando la latitud, lo dejaba en ella para que en nombre de Valdivia la tuviese y le reconociese por su gobernador. Acetada esta condición y capítulo, tomando de él juramento aunque después no lo cumplió, le dejó allí algunos soldados que se quisieron quedar, y otros que se quisieron ir con él los llevó consigo”.

Con más o menos variantes, más o menos detalles, la verdad es que un hecho se produjo: la anexión violenta del Tucumán al gobierno de Chile (1).

Al siguiente año de verificarse esta anexión, por resolución de 14 de Noviembre de 1552, se pone a estas provincias bajo la inmediata dependencia de la ciudad de Santiago de Chile. Francisco Muñiz, procurador de Santiago, solicita del muy ilustre D. Pedro de Valdivia, gobernador y capitán general de las provincias de Chile, que: “habiendo la ciudad de Santiago ayudado tanto a las guerras, y que con sus contingentes y socorros la Concepción, Ciudad Imperial, Valdivia, Villarica y la Serena están pobladas y se sustentan, solicita, repito, entre otras cosas que a Santiago se aumente su jurisdicción”, y, “que desde Choapa vaya recorriendo el dicho término, pasada la cordillera de la nieve, con el valle de *Tucumá*, y corra todo lo que vuesa señoría tiene señalado por gobernación;” y S. S., don Pedro, contesta: “que se le conceden a la ciudad de Santiago por términos de longitud del este y este lo que S. M. le tiene echo merced, que son comenzando desde la mar cien leguas para la tierra adentro por el altura, y por las espaldas de la cordillera comienza desde los volles del Tucumá y Carca hasta Diamante; los cuales términos dijo que daba e dio... e sañoló su señoría...” (2).

Volvamos a Núñez de Prado, a quien dejamos nuevamente de gobernador, en nombre de las autoridades del Perú y no del gobierno de Chile, y recordemos que en este carácter fué rodeado de todos sus parciales, y en general de toda la Provincia, que nada quería saber con las autoridades chilenas, pues que ninguno de los conquistadores tenía vinculaciones con ellas.

(1) Ya en prensa este capítulo. llega a mi poder el muy interesante folleto del historiador chileno D. Toribio Medina “Juan Núñez de Prado y Francisco Villagrán”, el que se ha escrito teniendo a la vista documentos originales de los archivos de España. En resumen, en este folleto se consigna lo siguiente: El 20 de Marzo de 1551 Prado en la ciudad del Barco levantó la protesta contra lo que le hizo Villagrán. Confirma la relación de Lozano. El encuentro de Núñez con Villagrán tuvo lugar en la noche del 10. de Noviembre de 1550 en el lugar de Toamazasta. Huvó Prado, y tuvo que someterse á Villagrán. Retirado Villagrán levantó Núñez de Prado la información para probar que su sometimiento había sido forzado, y que no quería seguir como tal dependiente de la jurisdicción de Chile. Se queja de los destrozos que hizo Villagrán en las sementeras, y se funda en esto para promover la retirada de la ciudad al valle de Calchaquí. Sus declaraciones son muchas, y casi todas iguales. Es probable que Lozano tuvo algo parecido á la vista cuando escribió.

(2) *Colección de Historiadores de Chile, IV.*

Esta popularidad de Prado, después de repudiar el título con que Villagra lo investía gobernador en nombre de Valdivia, le hizo que se creyera seguro e inconvencible en su puesto, dedicándose nuevamente a la conquista, dirigiéndola esta vez a los llanos y trasladando la portátil Barco a las cercanías de la actual ciudad de Santiago del Estero.

Estos acontecimientos no pasan desapercibidos para el Adelantado Chileno, quien cree ver, más que perfidia, perjurio en la conducta de Prado, que tan sumiso había acatado su autoridad; fué con el propósito de establecerla de nuevo que Valdivia envió al capitán Francisco de Aguirre con apretadas órdenes de prender a Prado y restablecer su autoridad en la Provincia. Prescindiendo de los errores que páginas atrás critiqué al historiador chileno Góngora Marmolejo, quien nuevamente incurre en ellos, dice, confirmando la actitud de Valdivia: "Aguirre estaba en los juries; porque Juan Martínez de Prado, a quien Villagra había dejado en Santiago del Estero (sic) poblado *en nombre de Valdivia*, no reconociendo superioridad alguna *como hombre mal agradecido y perjuro*, envió Valdivia a Francisco de Aguirre que lo envasen preso y quedase él en el gobierno de aquella Provincia (el Tucumán), la cual *apartaba de su gobernación...*"

Estas últimas palabras son notables, pues prueban la intención de Valdivia de reconocer la soberanía del Tucumán, al cual añadió, dicho sea de paso, el lejano puerto de Coquimbo para que Aguirre pudiese "ser proveído de cosas de la mar".

Aguirre, con efecto, fué nombrado en Chile teniente del gobernador del Tucumán, pregonándose su nombramiento en Santiago, después de haberse dado pública lectura en esta ciudad y en Coquimbo de los autos de reconocimiento que levantara Villagra en Barco.

A fines de 1552 sale Aguirre de Chile, a la cabeza de doscientos soldados, entre los cuales venía el después célebre capitán Gaspar de Medina. A principios del 53 llega Aguirre a Tucumán, sin darse con Prado, ocupado de la conquista del famoso valle de Famatina.

Una vez Aguirre en Barco, el Barco de Santiago del Estero, como lo tengo dicho, éste reunió el Ayuntamiento, al que leyó las provisiones de D. Pedro de Valdivia, por las que le nombraba teniente de gobernador del Tucumán, así como los autos de Villagran; y sin dar tiempo al Ayuntamiento a meditar en su actitud, le obligó a que le reconociese como gobernador y justicia mayor de la Provincia. El Ayuntamiento acata luego la actitud de Valdivia; y una vez en posesión del mando el nuevo gobernador, preocupase de la manera de

prender a Prado, a quien el Ayuntamiento acababa de desconocer.

Aguirre, con el pretexto ostensible de ir a favorecer la conquista que emprendía Nuñez de Prado, marcha a la cabeza de sus tropas, con sus secretas y hostiles intenciones.

Como se comprende, fácil fué a Aguirre llevar a cabo su plan respecto a Prado, al cual toma preso, regresando con él a Barco, donde le instruye un proceso, lo mismo que a Ardiles, su segundo. Prado desaparece de la escena y es desterrado a Chile, como se explicará en el lugar correspondiente, y Aguirre comienza la administración y conquista de la Provincia.

El nuevo gobernador muda nuevamente la ciudad portátil al punto donde más tarde, en 1558, Zurita echa los cimientos de Cañete; pero Aguirre fué desgraciado en esta fundación, pues ante el fuerte asedio de los calchaquies el gobernador abandona su pueblo y se encamina al país de los juries, donde funda la ciudad de Santiago del Estero, lugar en que efectúa el gran reparto de los *ochenta y seis mil* indios juries y tonocotes.

Aguirre gobernó poco tiempo: en Marzo de 1554 deja el Tucumán y parte a Chile, después de la desgraciada muerte de Valdivia, llamado por sus amigos a que se hiciese cargo de este último país, pues que Valdivia le instituía gobernador interino en su testamento, gobernación que no consiguió a causa de las intrigas de Villagran, a quien ya conocemos y a favor de quien falló en última instancia la Audiencia de los Reyes, hasta que, por fin, el hijo del Marqués de Cañete, don García de Mendoza, es nombrado gobernador de Chile en propiedad.

Es oportuno advertir que Aguirre, antes de partir, al verificar la elección de alcaldes y regidores, hizo ante el Ayuntamiento la ratificación en *la obediencia al gobierno de Chile*, partiendo del Tucumán con el título de gobernador, por lo cual el año de 1555 desde aquel país ordena la reunión del Cabildo, intimándole que desconocía cualquier nombramiento que en su reemplazo hiciese la Audiencia de los Reyes, dejando Aguirre de lugarteniente de gobernador y capitán en sustitución suya a Juan Gregorio Bazán, quien estuvo dispuesto a abandonar para siempre Tucumán, asediado en todas partes por los indios, a no ser los oportunos esfuerzos y ruegos de Miguel de Ardiles, el que hizo ver al lugarteniente cuán bochornoso era para su nombre abandonar la conquista.

Resuelto Bazán a proseguir la obra romana de la conquista, su primera decisión fué solicitar auxilio de fuerzas a Chile, así como el envío de misioneros. La solicitud de Bazán

llegó a Chile cabalmente en esos días intranquilos de la rivalidad entre Aguirre y Villagran, negando aquél a éste toda ingerencia en el Tucumán, fundado en aquella declaración de Valdivia de que a esta provincia "apartaba de su gobernación", dado caso que pudiera tener legítimo derecho al gobierno de Chile, disputado con justos motivos por él.

Ante la solicitud del Tucumán, Aguirre hizo un esfuerzo, y como miraba con "amor de padre y fundador la ciudad de Santiago del Estero", envió las fuerzas solicitadas por Bazán, las que llegan a la Provincia al mando del capitán Rodrigo de Aguirre, sobrino de aquél, quien, además venía con especial encargo de ocupar en el gobierno el puesto de Gregorio Bazán.

Entre tanto, nuevos conflictos y disensiones intestinas prodúcense en el Tucumán: los parciales de Núñez de Prado, en Setiembre de 1557, teniendo conocimiento del fallo de los oidores sobre la gobernación en favor de éste, traman una conjuración, la que da por resultado la prisión del teniente Rodrigo de Aguirre y de los capitulares. Pero la revolución fracasa por sí misma, pues Prado no llega a Santiago, y sus parciales nada saben de él; y he aquí que, desconcertados los revolucionarios, libértanse los presos por sí mismos, y a su vez aprisionan a sus carceleros.

Poco tiempo duró este caso, pues que ni Aguirre ni Prado tomaron cartas en el asunto, y a más de esto Miguel de Ardiles es nombrado teniente de Goberandor por parte de Villagrán, el competidor de Aguirre, cediendo de buen grado don Rodrigo el cargo de Ardiles. (1)

Las agitaciones de Tucumán tienen un nuevo motivo para calmarse: las rivalidades en Aguirre y Villagrán cesan por esta vez, a causa de haberse hecho cargo ya del gobierno de Chile don García Hurtado de Mendoza, quien, para terminar todas las discordias de estos países, envía a Juan Pérez de Zurita a ocupar la gobernación del Tucumán, llegando éste a Santiago del Estero al frente de alguna tropa a fines de Mayo de 1558.

Zurita fué perfectamente recibido, hasta por los *pradis-*

(1) El señor Toribio Medina ha escrito un segundo folleto en las mismas condiciones que el anterior, con el título de *Francisco de Aguirre en Tucumán*. Lo que reza de los documentos, es lo siguiente: Depuesto Prado por Aguirre y orden de Valdivia, retirase el primero a Chile en 1553, y en 1556 levanta un Lorenzo Maldonado una información para probar que Juan Nuñez de Prado era un mal sujeto ("cruel y de muy mala condición") ni por una sola vez nombra a la ciudad del Barco y solo habla de "esta ciudad" (Santiago del Estero), y dice que estaba poblada en Tucumán. De aquí "la pasó al valle de Calchaquí que es en la Provincia de los Diaguitas... de donde también la despobló... etc." Los testigos, que declararon son diez, pero faltan tres de los que prestaron juramento.

En los documentos de este segundo folleto, parece que se trataba de mistificar. Aguirre no era muy santo, y contaba con amigos en Santiago que le servían bien.

tas, que aunque desconocían la ingerencia del gobierno de Chile, no se atrevieron esta vez a oponerse a las decisiones de Mendoza, hijo del entonces virrey del Perú, el Marqués de Cañete.

Zurita, en el propósito de apropiarse voluntades, principió a obrar en sentido contrario de Aguirre, derogando diversas disposiciones de éste, y anulando derechos ya adquiridos en virtud de las mismas, como ser la verificación de un nuevo reparto de tierras, en las que no tocó la peor parte a los capitanes de Aguirre.

Con mil doscientos indios de encomienda, o *piezas*, procedió a la fundación del primer Londres, el de 1558, en el valle de Quinmivil, hoy de Belén, congratulándose para el efecto la voluntad del valeroso don Juan, cacique de Calchaquí.

Con el propósito de honrar el nombre del virrey del Perú, marqués de Cañete, padre del Adelantado chileno, su superior, fundó el pueblo de Cañete en el valle de Huasán o de Andalgalá, siendo este pueblo nada más que una de tantas resurrecciones de Barco. Asimismo, procedió a la fundación de un otro pueblo en el valle de Santa María, en el corazón de Calchaquí, fundación que encomendó a Julián Sedeño.

A las buenas marchas de Zurita opúsose únicamente la sublevación de los diaguitas del valle de los paccipas, a quienes pudo derrotar a orillas del Bermejo, hoy río Colorado, subyugando al resto de las tribus, de igual manera que a los diaguitas del valle de Capayán y a los indios famatinas de Sañogasta.

Más tarde la paz fué alterada por un movimiento *aguirrista*, provocado por la turbulencia del teniente Berzocana, movimiento que dió por resultado inmediato la prisión de éste, así como un otro más tarde contra el alcalde Saldaña, que también sofocó la política del gobernador.

Los asuntos complejos y difíciles del Tucumán, ligados a la solución que ellos tuvieron, destacaron la personalidad política de Zurita, especialmente en los años 1559 y 1560, en que aquéllos se produjeron. Su rectitud hizose proverbial: no permitió jamás vejaciones ni humillaciones a los indios, todo al revés de la manera como después obrara don Felipe de Albornoz, quien con sus vejámenes da lugar más tarde al *Gran Alzamiento*.

Zurita, con su política y sus conquistas, fué quien pudo realizar el plan de los virreyes: de establecer por el Tucumán el comercio con el Perú, el que, a pesar de los tiempos no dejó de ser activo.

Los grandes méritos de Zurita hicieron que el nuevo

virrey del Perú, conde de Nieva, le diese el título de gobernador *independiente de Chile*.

La historia no refiere con claridad de cómo, no obstante las previsiones del virrey Nieva, volvió a imperar Chile sobre estas provincias, limitándose a relatarnos tan solo un acto de indisciplina manifiesta hacia el gobernador, que tuvo lugar en Londres, el que agrió de tal manera a Zurita que, a pesar de que Rodrigo de Aguirre y otros demandáronle perdón, Zurita llegó a ser tan inflexible que hizo ahorcar al alcalde Aguirre y al regidor Hernández, acto doblemente censurable, por la precipitación con que obró, así como por su injusticia notoria.

Fué esta la vez primera en que Zurita mostrábase accesible al dominio de sus pasiones, no obstante protestas de sumisión y consejos de prudencia.

Fuera de esta página negra, la personalidad de Zurita irradia luz.

Pero Zurita, a pesar de sus brillantes marchas, va a caer, confirmando lo que decía en La Argentina Barco de Centenera, comparando los gobernadores del Tucumán, con los del Paraguay:

De ver por cierto es, tucumanenses.
Nunca gobernador hallaron bueno;
Los nuestros Paragüenses cosa mala
Jamás confesarán que hizo Irala.

Zurita, como autoridad del Perú, fué luego no más intrigado en Chile; y como las intrigas hallan eco, un día del año de 1561 el gobierno de Chile envía a asumir el mando a Gregorio de Castañeda.

Traidoramente se apodera éste de Zurita en una conferencia al que veja, llevándole prisionero por todo el Tucumán, hasta el valle de Jujuy, donde funda una ciudad, buscando congraciarse con el conde de Nieva, virrey del Perú.

Los trabajos de la nueva ciudad comienzan en Agosto de 1561.

De Jujuy, Castañeda se dirige a visitar las otras ciudades del Tucumán, comenzando por nuestro Londres, llevando siempre tras sí a Zurita, su prisionero, a quien conduce como a un rey vencido, llenándole de vejaciones, hasta que al fin le hace la gracia de dejarle partir a Chile, tan humillado, como lleno de desengaños.

¡Así se pagaba a los conquistadores el cúmulo de sus hazañas!

Castañeda, en el prurito siempre de destruir la obra de su rival que tanto había hecho en honra de las armas castellanas, comienza por cambiar los nombres de Londres, Cañete, Córdoba de Calchaquí, a los que nuevamente denominó ciudad de Villagra, de Orduña y Ciudad Nueva de Espíritu Santo, así como Nuevo Extremo a la Provincia, nombre con que años antes don Pedro de Valdivia bautizará a Chile. Después de esto, todo fué desacierto, impolítica, injusticia.

Las vejaciones a Zurita, a más de enconar o predisponer el ánimo de sus partidarios, fueron, a lo menos en apariencia, la causa ocasional de esa guerra de exterminio de don Juan de Calchaquí, cuyos resultados se tradujeron en irreparables desastres para la conquista castellana.

Es de advertir que en medio de la lucha de don Juan, el adelantado Villagra envía desde Chile al visitador D. Pedro de Cisterna, vecino de Coquimbo, quien en tan grandes sobresaltos puso al espíritu inquieto de Castañeda, no bien tuvo conocimiento de su arribo al Tucumán, temeroso de que viniera a deponerle, aunque Cisterna no traía la intención, pues al revés, manifestó a S. S. que el gobierno chileno enviábale con él una palabra de aliento por su actitud. Y, en efecto, las cordiales relaciones estableciéronse entre S. S. y el enviado chileno de entre los cuales surgió la idea de trasladar a Londres al valle de Conando, como punto más seguro y estratégico, traslación que se efectuó en 1562.

Hecha esta advertencia, prosigamos en los asuntos de la guerra del Tucumán.

D. Juan de Calchaquí dominaba ya sierras y llanos, y Castañeda veíase en el caso de tocar a rebato que tales fueron los aprietos en que el cacique puso a S. S., humillando por esta vez el indio al castellano. Alas, por fin puso la victoria a la fortuna de don Juan: los ejércitos españoles eran despedazados donde quiera: Londres, Cañete, Córdoba de Calchaquí y Jujuy fueron destruidos, despoblados o aniquilados, y no pocos de sus moradores cruzaron presurosos las ásperas y fragosas serranías, hasta llegar a Chile, donde también vióse forzado a ir Castañeda en 1563, después de dejar la provincia sumergida en el caos y sembrada de ruinas, con odios para él en todos los pechos, a causa de su impolítica y desgobierno.

Castañeda fué el esclavo de su culpa: las puertas del Tucumán se le cerraron para siempre, y la muerte concluyó con su espíritu caótico. Dicen que pereció ahogado en el Bío-Bío.

El Tucumán perdido; las ciudades reducidas a pavesas; los ejércitos destruidos; el baldón y la vergüenza en los rea-

les castellanos; Castañeda, el gobernador vencido, humillado y en fuga; D. Juan de Calchaquí convertido en semidios; el suelo nativo sin rumor de una pisada, sin un eco de profanación en sus altares... Esos han sido los resultados de las rivalidades que suscitara el gobierno chileno en el Tucumán!

Con razón el cronista ha condenado tan acerbamente la intromisión de Chile en estas Provincias. "El haberse entremetido los de Chile en Tucumán, dice, fué mera pretensión fundada en sus imaginarios derechos, entendidos a su modo, y no derecho que estrivase en comisión que le hubiese dado para esta conquista el licenciado La Gasca, quien únicamente encomendó el descubrimiento de Tucumán a Juan Núñez de Prado, como fuera de escribirla así el gran cronista Antonio de Herrera... , consta manifiestamente por varias informaciones que en diferentes tiempos se hicieron en esta provincia, en las cuales los testigos que eran los mismos conquistadores, lo declaran así debajo de juramento..."

Después de retirarse Castañeda a Chile la Provincia queda casi abandonada en manos del capitán Manuel de Peralta, a quien luego no más sucede como teniente de gobernador Juan Gregorio Bazán, cuyo estrecho dominio puede decirse que estaba reducido a solo Santiago del Estero.

Todo este cúmulo de calamidades llega a oídos de las autoridades del Perú; y, por fin, decídense a ponerles eficaz remedio. D. García de Castro, que en ese entonces asumía el mando supremo, propónese cortar el mal de raíz y concluir con tanto descalabro, para lo cual envía de gobernador al Tucumán, con amplios poderes al famoso Francisco de Aguirre, de quien tanto me ocupé, cuando en nombre de Valdivia vino a estas regiones a asumir el mando.

Aguirre, por esta vez, venía a gobernar definitivamente *con independencia total de los gobernadores de Chile*, después de trece años casi no interrumpidos de disturbios.

En términos imperiosos, por mal provisión de 29 de Agosto de 1563, así lo declaraba S. M., el señor Felipe II, en Guadalupe, y mediante esta provisión vino para siempre "a ser esta gobernación de Tucumán, *perteneciente al distrito de la Real Audiencia de la Plata, y no al de la gobernación de Chile.*"

Luego, no más, el mismo monarca en real carta de 1° de Diciembre de 1575, declara: *que al Virrey del Perú y NO AL GOBERNADOR DE CHILE tocaba este gobierno como que estaba TOTALMENTE SEPARADO DE AQUEL REINO*".

LIBRO CUARTO

XXXI. Juan Nuñez de Prado. Ardiles y la expedición. Iniciación de la conquista. Fundaciones. — XXXII. Geografía de la conquista. Ubicaciones. Estrategia castellana. Lugares y pueblos. — XXXIII. El valle de Catamarca. Pucaraes y ruinas. Descubrimiento del valle. Colonia del Valle Viejo. — XXXIV. Capayán. Su importancia. Alfarerías y objetos de este valle. — XXXV. La conquista del Tucumán y la resistencia Calchaquí. Aguirre: reparto de indios. Castañeda. Córdoba de Calchaquí, Cañete, Londres y Jujuy. Bazán, Aguirre y Luis de Cabrera. Abreu de Figueroa: ordenanzas. Lermas y Juan Ramírez de Velasco. Alonso de la Rivera. Londres y el sometimiento de Calchaquí. — XXXVI. Don Juan de Calchaquí. Rodrigo de Aguirre y la guerra. Juan Pérez de Zurita. Castañeda y las hostilidades. Estrategia de D. Juan Julián Sedeño. Córdoba, Cañete y Londres. Francisco de Aguirre. Calchaquí libre. — XXXVII. Chumpicha y Chumpi-ch. Cacique Chumpicha. Refutación a Lafone Quevedo. Conclusiones. — XXXVIII. Albores del siglo XVII. El Visitador Alfaro. Varios gobiernos. — XXXIX. El Gran Alzamiento. Albornoz y los caciques. Los Andalgalas. El Gral. Luis de Cabrera y La Rioja. Cinco años de Guerra. Sacrificio de Coronilla. Rendición de los Paccipas. Fuerte del Pantano. Los pacciocas. El año 1637. — XL. D. Felipe de Albornoz y el hijo de Chelemin. Combates en Andalgala. Toma de Londres. Yucumana. Ejecución de Chelemin.

XXXI

La expedición de Juan Nuñez de Prado, es, sin duda alguna, la más importante entre las primeras que llevaron a cabo los castellanos del Perú. Lo es así, en primer término, por cuanto esta no es expedición de paso, como la de los Césares, que iban al Perú; Almagro, que dirigíase a Chile y Diego de Rojas, cuya intención era dar con el gran estuario del Río de la Plata. La expedición de Prado, al revés, es destinada al descubrimiento y conquista del Tucumán, concedida por las autoridades del Perú en nombre de S. M., el Emperador de las Indias. En segundo lugar, si Prado lucha con las belicosas tribus del Tucumán, no lo hace por accidente, por abrirse paso, como sus antecesores, sino para declararse señor de la tierra, por derecho propio y a nombre de la conquista española. Deben, además,

tenerse en cuenta que con la entrada de Prado comenzó la lucha de la raza nativa contra la dominación extranjera.

A Prado, y a nadie más que a él, corresponde la gloria de iniciar la conquista del Tucumán, la que ya en lo sucesivo no ha de interrumpirse sino transitoriamente, tanto por la importancia real de estas provincias, cuánto por lo fabuloso y ponderado de sus riquezas, como asimismo por ser el tránsito de comunicaciones entre el Perú, centro y foco de los reales castellanos, con el Río de la Plata. Además, por nuestro Calchaquí tenía un paso seguro para la conquista de D. Pedro de Valdivia del país de Chile.

Estos son, pues, los motivos del empeño castellano por la conquista del Tucumán, debiendo también influir en mucho la exuberante producción del algodón en el país de diaguitas y juríes, pues que posteriormente, en cédulas de Felipe II, que se registran en los archivos de Tucumán, he tenido ocasión de ver que los plantíos de algodón eran ricos donativos del monarca.

La conquista del Tucumán había pasado por la mente calenturienta de Gonzalo Pizarro, ejecutado en 1548, cuando comenzaron los desastres de su gran rebelión, con el propósito de encontrar refugio a las iras del rey entre las escabrosas sierras de estos países. Pero Pizarro, o abandonó voluntariamente su proyecto, o no le dieron ocasión los ejércitos del Presidente de llevarlo a cabo. Ello es que vencida la rebelión de D. Gonzalo, piénsase maduramente en no dilatar más esta importante conquista.

Triunfantes las autoridades legales del Perú, sucede al jefe vencedor lo que en tiempo de Diego de Rojas: la gente de guerra quedaba sin ocupación y era una amenaza constante para el mantenimiento del orden, que en tanto estimaba el Presidente La Gasca, prudente y pacífico como era. Era necesario, pues, deshacerse de tanto aventurero, y el único medio, ya que no había destino para tantos, era conceder conquistas a todos los que habiendo servido, pudieran descontentarse más tarde. Es por esto que el cronista Herrera escribe: "Pasados algunos días, después de lo sucedido, pareció al Presidente no dilatar más el cumplir con los que habían servido, pues ello lo deseaban, i la gratitud es parte muy necesaria para la conservación de los Estados". De ahí viene que La Gasca comienza por confirmar a Pedro de Valdivia en su nombramiento de Gobernador de Chile. Posteriormente decreta tres conquistas: la del Tucumán para Juan Núñez de Prado; la de Chuquimayo para el Capitán Diego Palomino; y la de los Chunchos para el Capitán Francisco Hernández Girón. Todo esto hacía el

Presidente con autorización del rey, quien, por cédula de Venlo de 26 de Febrero de 1546, autorizale para decretar conquistas.

El General Juan Núñez de Prado no tardó en decidirse a llevar a cabo la conquista del Tucumán. Era uno de los más bravos capitanes españoles, natural de Badajoz. Su comportamiento en la guerra de Gonzalo Pizarro, y especialmente en el paso del río Apurima, desertando de repente de sus filas y pasándose a la causa del rey, conquistó la voluntad del Presidente. A más de eso, era un militar experto, y tan prudente como valeroso y rico, valiéndole mucho esto último, pues que las conquistas hacíanse por cuenta propia de aquel en favor de quien eran concedidas.

El Presidente La Gasca, entre las condiciones con que concedía a Prado aquel descubrimiento, fijóle las consignadas en las llamadas instrucciones de 1549, relativas a hacerse acompañar de religiosos, como en efecto fueron cuatro misioneros en la expedición. Asimismo distingúense estas famosas instrucciones por la humanidad de sus disposiciones en cuanto al tratamiento de los naturales que conquistara, y así decíase en uno de sus más importantes párrafos: "que conquistada la Provincia y hecha la población, no consintiese que los naturales fuesen apremiados a ir a las minas de oro y plata ni a otros metales, ni a pesquerías contra su voluntad pero que si los dichos indios con su voluntad, quisiesen ir a trabajar, lo pudiesen hacer de manera que los conquistadores y pobladores que los tuviesen en encomienda se pudiesen aprovechar de ellos, como de personas libres, tratándolos como tales, no dándoles trabajo demasiado, procurando su vida y salud, como la propia de los castellanos..."

Prado prepara inmediatamente la expedición, que debía partir en 1550, alistando hombres y reuniendo capitales. El clérigo de Gomar, de Chuquisaca, que más tarde fallece en Chicoana, sobre fiar a Prado gruesas sumas, ofrécese de capellán de la expedición. Miguel de Ardiles, militar que peleó por Vaca de Castro contra Diego de Almagro, llamado por su piedad "el padre de los pobres", fué el Maestre de Campo, siendo Juan Gutiérrez, Escribano real de dicha expedición, para la cual consigue Prado alistar ochenta y cuatro castellanos, los que eran especialmente naturales de Talavera, Extremadura, Sevilla y Castilla la Vieja. Formaría parte también de la expedición el célebre Juan Gregorio Bazán.

Prado llevaba entre sus hombres de guerra veintiocho de los veteranos del descubrimiento de Diego de Rojas, de

que acabo de dar cuenta, por manera que la pericia iba a compensar la inferioridad numérica.

La expedición salió, por fin, de la Villa de la Plata, con rumbo a Potosí, donde debía verificarse el humanitario "registro de indios cargados", ordenado por la Audiencia de Lima. Verificado el registro, Prado demórase aún dos meses antes de la marcha definitiva; pero Ardiles adelántase con teinta hombres y algunos indios sujetos, con el propósito de facilitar al primero el paso de Humahuaca, donde luchó heroicamente muchas veces hasta hacer cejar a sus naturales, bravos e indómitos. Un refuerzo de cuarenta soldados más, que Ardiles contrató en Potosí y Chuquisaca, y que partió después de él, tuvo un fin el más desgraciado, pues que los humahuacas batieron a los expedicionarios inexpertos, matándolos a todos.

Prado sale luego, en pos de Ardiles, y después de fatigosas y largas marchas, llenas de accidentes, llega al Tucumán, penetrando por las sierras del Calchaquí (1), donde tuvo tantos encuentros parciales con los hijos de la tierra, hasta que Ardiles se le incorpora más tarde con los suyos, pues que éste había demorado mucho en el viaje, a pesar de adelantarse.

Fué en el país de los chiriguanos donde Prado se dió con Villagra, que marchaba a Chile al frente de unas tropas en socorro de Valdivia.

Prado llega a Tucumanao, donde antes detuviérase Diego de Rojas, siendo perfectamente recibido y agasajado por los naturales; pero permanece poco tiempo en este pueblo de los algarrobales; y, buscando mejores tierras, vuelve otra vez hacia el norte, y cruzando las altas sierras que actualmente separan las Provincias de Catamarca y Tucumán, detiénese en un lugar a orillas del río Escaba, donde fundó, en 1551, la ciudad portátil de Barco, en homenaje del Presidente del Perú, natural de Barco de Avila, en España. Prado levanta allí un fuerte y reparte lotes de tierra. Los vestigios de este Barco de Escaba creo haberlos encontrado (2)

(1) Por un testamento de 1712, vese que había una villa Calchaquí, pues dice: "... y al presente residente en esta villa Calchaquí, jurisdicción de la Ciudad de San Miguel de Tucumán" (M. S. Escrib. Lauro Román, Tucumán.)

(2) En Escaba me han asegurado que hay un paraje contiguo que se denomina Barco hasta hoy, pero, a pesar de todo, y de lo escrito por Lozano, yo dudo de esa ubicación si se ha de tener en cuenta un manuscrito de 1684, que es una protesta de 1684, oponiéndose a la traslación de la Ciudad de San Miguel al paraje de la Thoma, en el cual, enumerándose los ríos que hay que cruzar desde la vieja ciudad buscando el paso de los Lules, se escribe: "... Y comenzando a contar desde este sitio en que se halla esta ciudad son los ríos siguientes: el del Tejar, Mandolo, el de las Piedras, el de Manchala, el de Juan Núñez de Arila, el Colorado y el de los Lules". El nombre del subrayado dice mucho. Ese río está al sud del actual Departamento de Famillá, y es muy particular que el río lleve ese nombre, estando el pueblo en Escaba.

Ardiles, entretanto, a quien dejamos camino de Calchaquí, sigue la misma ruta de Prado, aunque con más incidentes, pues los calchaquíes viendo su poco número, le preparan celadas y emboscadas todos los días, hasta obligarle a retroceder, buscando la reincorporación de Prado, consiguiendo hacerlo en el fuerte de Barco de Escaba, recién fundado.

Prado, luego no más, no contento con la localidad que ocupaba en la fundación, abandónala para poblar en Calchaquí. Fué en esta nueva fundación donde chocó con Villagra, produciéndose encuentros de armas entre ambas fuerzas, concluyendo estos por el reconocimiento forzado que el jefe chileno impuso a Prado, por el cual reconocía la soberanía política del Gobernador Valdivia sobre el Tucumán, de todo lo que se habló detalladamente en el capítulo pertinente.

Pero luego que Villagra cruza la Cordillera, Prado desconoce la autoridad del gobierno chileno; y denominando a la Provincia "Nuevo Maestrazgo de Santiago", dedícase a la gran obra de su conquista. La gente del país mostróse pacífica con Prado y los suyos, aunque el hambre y las penurias consiguientes fueron sus adversarios de tres años. Prado, en tan penosas circunstancias, así como su segundo Ardiles, mostráronse generosos y hábiles políticos para con su gente, evitando el descontento, que parecía imponerse en las tropas avarientas de lucro y de riquezas, hasta que se llevaron a cabo otras conquistas que produjeron algunos resultados positivos para todos.

Cruzando las serranías del Ambato, Prado desciende a los llanos orientales y descubre el valle de Catamarca, y atravesándolo llega hasta reconocer las serranías de los ríos Dulce y Salado, de la actual Provincia de Santiago del Estero, pasando luego a la región lule, en la de Tucumán.

Para subsanar los obstáculos naturales del celo de los hijos de la tierra, que veían en el jefe castellano un usurpador de sus dominios, valióse éste de la palabra persuasiva de sus misericordiosos y hábiles misioneros, que convencían a las tribus y evitaban combates desgraciados.

Pero Prado, que de un momento a otro temía la intervención consiguiente del gobierno de Chile, cuya soberanía había desconocido al partir Villagra, decídese a volver al Perú a sostener sus títulos de conquistador y evitar una nueva irrupción de los de Valdivia; mas la Real Audiencia le ordena su permanencia en el Tucumán, manifestándole al mismo tiempo la conveniencia de que pueble los llanos y abandone las montañas. Dirigióse entonces al país de los juríes; y muy cerca de donde es hoy la ciudad de Santiago del Estero, funda otro Barco, sobre el río Dulce, dando a Ardiles el cargo de Teniente, sujetando éste a los comarca-

nos, mientras que Prado, con parte de las fuerzas, dirígese a la actual Provincia de La Rioja en busca de las ponderadas minas del Famatina, que en tantas ocasiones movieron la codicia castellana.

“Con esta prosperidad, dice el P. Lozano, caminaba la conquista, tenían comodidad los religiosos para alumbrar la ceguedad de estas gentes con la luz del Evangelio y se hubieran reducido con efecto a la fe y conquistádose toda la provincia, si no hubieran sobrevenido las ruidosas alteraciones del gobierno, de que se valió Satanás, para impedir los progresos de la ley de Cristo, que estos son los intereses que saca de semejantes lances la envidia del enemigo del humano linaje”.

El Padre, en el párrafo transcrito, alude a un nuevo incidente ocurrido con uno de los capitanes chilenos, Francisco de Aguirre, enviado, como ya lo preveía Prado, por Valdivia a legar sus títulos de soberanía sobre el Tucumán, fundadas en una lata interpretación de las cláusulas de la concesión del Presidente del Perú al Gobernador de Chile.

Aguirre llega al Tucumán a la cabeza de doscientos soldados.

Prado, a quien ni siquiera fué posible organizar resistencia, pues que le dejamos muy lejos del río Dulce, en el descubrimiento del majestuoso Famatina, fué después en nombre de D. Pedro de Valdivia.

El conquistador del Tucumán, ante tamaña injusticia, obra nada más que de la fuerza en la intromisión de Chile, marchóse inmediatamente al Perú a pedir justicia por tamaños agravios. Pero Prado no volvió más al Tucumán, alejándose para siempre del país este valeroso y hábil conquistador, que tanto de grande hubiera podido verificar, a no ser la poca fortuna que tuvo, dándose con vecinos ambiciosos y usurpadores, que tenían muchos más elementos de fuerza que él.

Todos estos lamentables acontecimientos ocurrieron en el año de 1553.

Este cúmulo de desaciertos, que la ambición atizaba entre los mismos hermanos y compañeros de causa; los celos, las rivalidades, las querellas, y cuando no sea más que el enfriamiento de muchos de los soldados, quitan fuerza moral y material a la conquista, para la que va a abrirse una era de sangre y exterminio. Las disensiones de los castellanos incitan primeramente a los naturales, pues ven en aquellos una jauría de ambiciosos que quieren arrebatarle la presa que creían tener entre sus manos, y posteriormente les alientan, cuando ya han dado el primer paso por su independencia y libertad nativa.

El teatro de las escenas de sangre va a ser Calchaquí. El indio de las montañas ha aguzado las flechas. Aguirre ha retado a los hijos de la tierra cuando funda la ciudad portátil en Calchaquí, en el corazón del valle de Andalgalá.

Los viejos caciques se han confederado, y el grito de guerra ha sido lanzado al pie mismo de los fuertes castellanos.

XXXII

Es indispensable, para darnos cuenta cabal de la epopeya calchaquí, conocer los pueblos, (sean aborígenes o castellanos) y los lugares históricos que han servido de teatro a los sucesos, en el sentido de conocer su ubicación e importancia relativa en la obra secular de la conquista.

Esto es tanto más indispensable cuanto que nos damos con lugares históricos, distantes los unos de los otros, que llevan el mismo nombre, por las diferentes traslaciones que han sufrido, así como hay lugares a los que de un momento a otro se cambia de nombre, como lo hizo Castañeda con las fundaciones de Zurita, émulo suyo; y así, por ejemplo, a los conocidos pueblos de Cañete y Córdoba de Calchaquí, bautizó nuevamente aquél con los de Orduña y Espíritu Santo. Respecto a las fundaciones que cambian de ubicación geográfica, con el mismo nombre, podemos citar las de Barco y Londres, verdaderos pueblos portátiles; y si creyéramos que no hubo sino un Barco y un Londres, jamás nos hubiéramos dado cuenta de la conquista, pues la confusión que asaltaría a nuestro criterio histórico aumentaría al enmarañamiento natural de la crónica castellana.

Existen pueblos indígenas anteriores a la conquista, que es utilísimo conocer, tanto por haber figurado más tarde en la lucha de las dos razas, cuanto porque su solo conocimiento puede suministrarnos la más provechosa enseñanza, y aun servirnos para hacer verdaderos descubrimientos prehistóricos. La investigación, únicamente, de lo que significan los nombres de esos lugares en la lengua de la tierra nativa, es un hilo de Ariadna en el laberinto de la historia anticolonial. Los rastros, por ejemplo, de una invasión araucánica al Tucumán se hallarán en nombres de lugares que no tienen traducción quichua sino araucánica; los de la gran invasión incásica, en los nombres quichuas de pueblos, cuyas etimologías dan luz vivísima, iluminando de tal manera la oscuridad de los hechos, que a nosotros mismos nos conduce, en más de una ocasión, a corregir errores en los que naturalmente han debido incurrir los cronistas de Indias, y aun a saber muchas cosas que han escapado a su suspicacia.

Los nombres de los lugares terminados en *ao*, *huil* o *gasta*, claro es que son indígenas, como asimismo que estas terminaciones, raíces o radicales diversas, llaman desde el primer momento la atención del historiador.

Algunos de los lugares indicados han desempeñado papeles importantísimos y característicos en la lucha de la conquista; pero faltan muchos otros pueblos nativos citados por los cronistas, cuya ubicación es preciso fijar, aunque no sea más que ligeramente. Muchos de estos lugares, por suerte, han conservado sus nombres y existen hasta el día; otros, o han desaparecido, o sus nombres se han cambiado, muchas veces por el placer inocente de cambiarlos sin tener en consideración que en esos cambios de nombres se han dejado verdaderos laberintos históricos, cuando no cuestiones geográficas, y aun políticas, lo que es peor, como he de indicarlo.

Son conocidos de todos los pueblos de *Huillapima*, *Capayan*, *Chumbicha*, ubicados en el Departamento del sud, denominado de Capayán, de Catamarca, y antes de 1683 de La Rioja. El *Huaco* es el lugar donde fueron expatriados los valerosos andalgalenses; *Masan* y *Machigasta*, cuyo cacique descubre la trama de Pedro Bohorquez en los pueblos de La Rioja; *La Sebila*, por donde ha cruzado, sin duda, alguna expedición castellana; de Calchaquí al valle de Catamarca, y recíprocamente, es el portillo frente a Chumbicha que da en los campos del oeste. *Poman* (Puma-an, alto de león); *Saujil* o Sahuill, y uno de los *Colpes*, conservan sus nombres en el actual Departamento de Pomán. El *Fuerte de Andalgalá* con los barrios de Tucumangasta, ahí mismo, *Huasan*, *Pitciao*, *Huachaschi*, en el Departamento de Andalgalá; *Fumayfil* y *Hualfin*, en Belén; *Tucumanao*, *Tinogasta*, *Pituil* (Copacabana), *Abaucan*, *Fiambalao*, *Huatungasta* en el Departamento de Tinogasta; *Yucumanita*, contiguo a la hoy ciudad de Tucumán; *Incamana* y *Quilmes*, en el valle de Yocavil; *Colalao*, como a trece leguas al noroeste de San Miguel.

Encuétrase, asimismo, al oeste de la provincia de Catamarca, el famoso valle de los *Paccipas*, al oeste del Departamento de Pomán; el valle de *Abaucan*, en Tinogasta; el de *Huasan*, en Andalgalá; el de *Yocahuill*, en el actual Departamento de Santa María. Los otros valles, algunos de ellos de segunda importancia histórica, son: *Vicioso*, de *Quimivil*, *Fumayfil* (llamado de Belén, desde 1682), *Ampujaco*, *Bisvil*, y el de *Conando*, cuya ubicación fija no se ha establecido, por más que parezca ser el de Hualfín, encuéntrase en los hoy departamentos de Tinogasta, Andalgalá y Belén. El anchuroso *Campo del Arenal* es la región que se encuentra al sud del de Yocavil.

Algunos otros lugares históricos parecen haberse perdido para siempre de la geografía histórica; de otros establécese dudosamente su ubicación. Yo conozco dos *Golpes*, el de Pomán y el de Ambato; pero hay un Colpes más, que con uno de aquéllos, eran encomiendas de familias castellanas. *Incamana* se cree que está ubicado en la Punta de Hualasto; sin embargo, en Andalgalá hay un lugarejo de este mismo nombre, donde, quizás, serían trasportados los incamanas de más al norte, dando su nombre al lugar. El *Tucumangasta* de Andalgalá no parece ser el Tucumangasta histórico. De *Anguinao*, dice Lozano, que estaba tres leguas abajo de Quilmes, quizás en la quebrada llamada del Chancho. La ubicación de otros pueblos de la conquista no ha podido fijarse con precisión rigurosa, por más que fuera conocida la región en que se encontraban, como sucedió con el viejo pueblo de Andalgalá, Córdoba de Calchaquí, Barco de Escaba, Londres de 1562, etc. *Calían* es un pueblo completamente perdido. Conocer su ubicación es de palpitante actualidad, por cuestión de límites. El citado Lozano recuerda de los *calíanes de Calchaquí* trasportados a Esteco.

Las fundaciones castellanas del Tucumán eran, antes que todo, puntos de estrategia militar, que les servía para actuar en la obra de la conquista. Estos pueblos, por lo mismo, eran fundados generalmente en las puertas de los valles o en el riñón de los mismos, o ya en los puntos por donde las comunicaciones estableciáanse, a fin de facilitar el libre tránsito de sus ejércitos, especialmente del Perú al Río de la Plata o Chile.

A primera vista debe notarse una singularidad geográfica, que no debe suponerse obra puramente de la casualidad: Santiago, Belén, Andalgalá y Copiapó, puerto chileno, están casi en línea recta.

Cuando una fundación ha dejado de prestar auxilios a la conquista o se modifica el plan de la misma, la ubicación del pueblo cambia inmediatamente. Esto se observa desde las tres primeras fundaciones de Núñez del Prado. El Londres, poblado cincuenta años en Pomán, el día que dejó de servir a la estrategia castellana, en 1683, fué trasportado al valle de Catamarca, o al menos sus pobladores sirvieron de base de población a la nueva y estable ciudad al pie del Ambato. Respecto de Barco, hay que comenzar observando que fué fundado en la metrópoli incásica.

Córdoba de Calchaquí fundóse con el propósito de allanar las dificultades que las razas oponían a la comunicación de Calchaquí con el Perú, lo mismo que Nieva, las que respectivamente se protegían, propósito que Lerma completó con la

fundación de Salta, que aseguraba a la vez las puertas de Huachipas, entre otras, hacia la parte norte del Tucumán. Esteco estaba de avanzada en la puerta de Choromoros, sirviendo a la vez para contener las invasiones del Chaco. El gobernador Albornoz funda el fuerte de San Bernardo, para contener, asimismo, a los calchaquíes de Salta. San Miguel de Tucumán guardaba las puertas de los tafíes y anfiemas, siendo fundada esta ciudad para detener la invasión calchaquí una vez abandonado el proyecto de repoblar los pueblos destruidos de Córdoba, Cañete y Londres. El Fuerte del Valle Viejo, en el valle de Catamarca, aseguró posteriormente las comunicaciones entre San Miguel y Santiago.

En una palabra: San Miguel y Todos los Santos de Nueva Rioja, fueron el círculo de hierro en que los castellanos encerraban a Calchaquí.

Hacia la parte sud del Tucumán, Ramírez de Velasco funda la Rioja para sofrenar a los *diaguitas* habiendo llegado este pueblo a servir de refugio a los castellanos cuando el gran alzamiento.

De los otros pueblos, Londres fué en toda ocasión centro militar de la conquista, especialmente el Londres de 1633 o de Pomán. "Todo el valle de Londres, dice el señor Lafone, todo el país de los diaguitas se extiende como en un mapa a los pies de esas faldas pedregosas. Allí abajo está Massan y en frente la puerta Occidental del portillo de la Sábila ¿Qué indios podrían moverse sin que los polvos llegasen antes que ellos a los divisaderos de Pomán? En Pomán sucumbieron la fiereza del Calchaquí y la noble altivez de los Andalgalas, héroes de estos alzamientos". (1) Doce leguas más abajo, hay que añadir, al sud de Pomán, levantábase, como baluarte militar, el Fuerte del Pantano, en las lagunillas del Río Colorado o *Mayu-Puka*.

El Fuerte de Andalgalá dominaba el riñón del antiguo Tucumán. D. Alonso de Mercado y Villacorta, domador de la raza de la epopeya, comprendió desde el primer momento que Andalgalá era el centro, o más bien dicho, la llave de operaciones sobre Calchaquí y es esto lo que le induce a fundar su Fuerte de San Pedro de Mercado, fundación que llevó a cabo el general don Francisco de Nieva y Castilla. En sus cercanías no más, levantóse el fortín de Julumao, que facilitaba actuar contra Bohorquez. El Tucumangasta andalgalense es algo como base de operaciones bélicas

Asimismo, la fundación de Cañete obedecía al gran plan

(1) LONDRES Y CATAMARCA—(1888. Bs. As.).

estratégico. Como punto de operaciones apoyábase en los otros pueblos, especialmente en Londres.

Hay que recordar de paso que el verdadero genio estratégico de la conquista fué Juan Pérez de Zurita, el fundador de pueblos en el Tucumán.

No se debe hablar de lugares de estrategia, sin mencionar los viejos *Pucaraes*, que también han servido a los españoles cuando los han tomado a los indígenas, y que estos construían con el tino bélico que los caracterizaba. Famosísimo, como ninguno, es el que se encuentra en la altiplanicie denominada hasta hoy del Pucará, "que muy bien pudo haber sido el cráter de algún volcán antidiluviano". Refiriéndose a este Pucará dice el señor Lafone Quevedo: "Desde allí se ve el costado naciente del cerro Nevado del Aconquija, y después de dos horas de camino bueno al andar de la mula, se llega a la aldea del Pucará, o plaza fuerte, que da nombre a todo el campo, y muchos otros grupos de pircas, que sin duda alguna fueron las habitaciones de los indios Mallis, o Mallengues, los mismos que se expatriaron al Fuerte de Andalgalá entre los años 1600 y 1616..." (1) Este Pucará está completamente lleno de antigüedades históricas, y de él he de ocuparme en capítulo aparte.

Es por demás famoso el hoy llamado Fuerte *Quemado*, antes denominado *Bacamarca*, según parece, el que se cree sería uno de los grandes pucaraes de los Incas para contener a quilmes y calchaquíes

Cerca de terminar el corazón del Aconquija, la punta de la sierra que se desprende de la otra que divide el valle Calchaquí del llamado Cajón, servía de base a la atalaya del Quemado. "Un general de nuestros días, que quisiese dominar todo el valle de Tafi, no podría elegir un punto más ventajoso para proteger todo el valle de Yocahuill, por donde pasaba el camino real que conducía a los territorios del Inca, desde los campos de Tucumanao y demás pueblos de los Diaguitas".

Este punto era la base de la estrategia indígena, cuyo complemento eran los Fuertes del Famatina y Catamarca, para contener a los diaguitas e indios de La Rioja y San Juan. El pucará de Aconquija, era el baluarte contra juríes y lules.

Paso en seguida a enumerar los pueblos más importantes de la historia de la conquista tucumana, de los que preciso es conocer su ubicación, acontecimientos que en ellos han tenido lugar y diversas fundaciones de los mismos,—esto último con el propósito de saber a qué lugar se alude en un momento histórico dado.

(1) LONDRES y CATAMARCA cit.

Trataré con especialidad de los pueblos de Calchaquí y de aquellos que se relacionan más con su historia, dejando la noticia de otros, como Salta, Santiago, etc., que no tienen sino un interés indirecto para nosotros. La lista que presento, en orden alfabético, es bien corta; pero con el exacto conocimiento de esas fundaciones, preparámonos para comprender muy bien nuestra historia de la conquista.

Andalgalá—El hoy Departamento del mismo nombre lleva el del viejo pueblo, cuya ubicación fija no se conoce aun con precisión.

De Andalgalá me ocupé ya, en capítulo especial, y baste repetir que parece haber sido el centro de la conquista incásica en el Tucumán. El Fuerte fué lugar de estrategia, como lo indica su nombre. Al Norte del Fuerte de San Pedro de Mercado hallábase en punto dominable, el famoso Fuerte de Chelemín.

Abaucán—Sobre el río de Tinogasta, hacienda del mismo nombre.

Anginan—Pueblo al Sud de Chilecito.

Aconquija.—El que existe actualmente. (1)

Barco—El primero de los conquistadores, Núñez de Prado dejando Tucumanahaho y trasponiendo las sierras catarmaqueñas, hizo la primera fundación de Barco a orillas del río Escaba, que baja a las llanuras de Tucumán, fundación poco distante del sitio que ocupa la ciudad de San Miguel. Barco fué fundado a mediados de 1551, dándosele este nombre en honor del Presidente La Gasea, natural de Barco de Avila (2).

La segunda fundación de Barco hízola el mismo Prado en Calchaquí, cerca de Andalgalá, después de despoblar a Barco de Escaba. La tercera fué efectuada en los llanos. La cuarta efectuóla su sucesor Aguirre en el valle de Guiqui, jurisdicción de Calchaquí; pero hostilizado por los naturales la mudó a orillas del río Dulce. Puede considerarse a Santiago del Estero como el último Barco.

Fué en el Barco de Andalgalá donde Prado atacó a Villagra, lo que ocasionó los disturbios con Chile y las autoridades del Tucumán, de que ya dí cuenta.

El Sr. Lafone Quevedo llama la primera fundación de Barco al pueblecillo improvisado por Prado junto a Tucumanao; y aunque a esa podíamos llamar la primera fundación de Prado, esa fundación no fué Barco, désele el nombre que

(1) En papeles de 1693 y 1721 está escrito Anconquija (Padrones. Archivo Tucumán).

(2) La fundación de Barco en Escaba, he pensado siempre que es un error de Lozano. Hoy tengo mayores datos para creer esto.

quiera dársele. El mismo padre Lozano dice que el *primero* de los Barcos fué la fundación de Escaba, y es así como debe entenderse.

Billapima -- Pueblo de origen indígena de la región diaguita, situado en el Departamento actual de Capayán. Se le llama erróneamente Villaprima, en vez de *Huillapima* (huilla es liebre).

Este lugar es notable por el gran empadronamiento de indios que hizo el visitador D. Francisco de Alfaro, reuniendo allí millares de naturales.

Cañete — Fundado después de Londres por Juan Gregorio Bazán, comisionado de D. Juan Pérez de Zurita en 1558, cerca del actual pueblo de Anlalgalái (1). Zurita, como en Londres y Córdoba de Calchaquí, repartió en Cañete doce mil indios en encomiendas.

Castañeda hace en Cañete reunión de fuerzas para atacar a D. Juan de Calchaquí.

A fines de 1562 Cañete se despuebla, asediado diariamente por los calchaquíes, aunque luego Castañeda vuelve a poblarle; pero la porfía de los indios obliga a los castellanos a dejarlo, dirigiéndose a Santiago.

Capayán — Situado en el centro del Departamento de Capayán. Su nombre es *Capacñan*, el "Camino del Capac, Señor, Inca", o sea "camino real".

Parece haber sido una de las cortes de la gran región diaguita, fuera de la *Marca* del Inca. En él tuvo una ligera batida Diego de Rojas en su tránsito al litoral. Cuando el gran alzamiento, el general Gerónimo Luis de Cabrera batió a los capayanes.

Chicoana — En la frontera norte de Calchaquí, jurisdicción de Salta. Unos creen que fué fundado por los indios cuzqueños del valle de Chicoana, que en 1552 trajo Diego de Rojas, lo que rebaten Herrera y Lozano; otros aseveran que fué antiguo presidio del Inca, lo que es puesto en duda por Lozano.

En Chicoana se detuvieron Diego de Almagro y Núñez de Prado. En este lugar fallece el Licenciado de Gomar, uno de los primeros religiosos venidos con Prado al Tucumán.

Córdoba de Calchaquí — Fundado en 1558 por Julián Sedeño, en nombre de Zurita, en el valle de Yocauill, al norte de Quilmes, después de Londres y Cañete, al parecer a orillas del río Santa María.

Córdoba fué asediado por don Juan de Calchaquí, quien fué rechazado por Julián de Sedeño antes de su llegada a es-

(1) O tal vez allí mismo. Lozano (pág. 198) dice que el valle de Conando distaba "veinte leguas de la ciudad de Orduña o de Cañete", y este valle no puede ser otro que el de San Fernando, Corral Quemado.

te pueblo. Don Juan le ataca por segunda y más veces, hasta que recién en 1562, después de varias repulsas el valeroso cacique toma el pueblo, destruyéndolo y matando a sus habitantes.

Espíritu Santo — Nombre que Castañeda, envidioso de las glorias de Juan Pérez de Zurita, dió, después de la caída de éste, a Córdoba de Calchaquí.

Esteco — En 1566, después de la caída de Aguirre, hácese esta fundación sobre el río Salado, a sesenta y cinco leguas de Santiago, según Lozano, y a cuarenta y siete, según Herrera.

En este pueblo se empadronan *treinta mil indios*.

Esteco fué tan famoso por sus riquezas, que si hemos de creer al historiador de la conquista, “aun los brutos se calzaban de herraduras de plata y tal de oro”. El gobernador Pacheco ordenó una nueva fundación de Esteco en 1567; sirvió para contener las invasiones del Chaco. Es despoblado en 1690, con el propósito de fundar el “Nuevo Esteco”. En este pueblo los *tonocotes* contábanse por millares.

Esteco fué destruído por un terremoto, y sobre esta catástrofe el padre Machoni ha escrito algunas líneas en su “Arte Tonocote y Lule”.

El cronista Herrera, de Esteco escribe diciendo que tiene “Viñas, Huertas, y Heredades, cogen mucho algodón, de que hacen gran cantidad de lienzo: algarroba, miel y cera, y las colores para teñir lanas, y mucha caza: tienen mucho Pescado, y no hay minas: está en altura de veinte y seis Grados.”

Fuerte del Pantano — Punto de estratégica militar fundado por el General Cabrera para actuar en el valle de los paccipas. Está algunas leguas al sudoeste de Pomán. En 1656 llega Bohorquez a este punto, y en él comienza a proclamarse Inca.

Fuerte de S. Bernardo — Está a seis leguas de Salta, fundándolo en 1634 el General Albornoz para contener a los calchaquíes.

Incamana — A la vuelta de la punta de Balasto, a la entrada del valle Yocahuill. Sus habitantes han tomado parte en las guerras.

Jujuy — (S. Salvador de) — Pueblo estratégico fundado por Velasco en 1593.

Londres — Lo que pasa con Bareo acontece con Londres, relativamente a sus distintas fundaciones. El primer Londres, en el valle de Quimivil, cerca de Belén, fué fundado por Juan Pérez de Zurita en 1558. Lleva este nombre, al parecer singular, en honor de Felipe II, quien aun era rey de Inglaterra, lo que dió origen a que al Tucumán se le

llamase "Nueva Inglaterra". Zurita reparte en este pueblo doce mil indios en encomiendas.

En 1561, Castañeda llega a Londres, de vuelta de Yocahuill, con los restos de su ejército despedazado por D. Juan de Calchaquí. En 1562 vuelve a Londres, y por consejo de Cisternas, el enviado chileno, muda a Londres al valle de Conando, distante veinte leguas de Cañete. Como casi al mismo tiempo D. Juan de Calchaquí toma a Córdoba, Castañeda, lleno de temores, ordena su despoblación en Diciembre del mismo año 1562. En 1607 hácese una nueva fundación de Londres en el actual pueblo de Belén. (1) De Londres de Pomán ocuparéme en capítulo aparte, en otra obra.

Como es de la mayor importancia para la epopeya calchaquí todo cuanto a Londres se refiere, copio del cronista Herrera lo que de este pueblo dice, al descubrir los pueblos del Tucumán. "El otro lugar, dicen, que havia de estar adonde estuvo un pueblo, llamado Londres, en el Camino de Tucuman, a la Governación de Chile, se despobló por la poca Gente que havia, es en Valle de Quinmivil, es tierra fértil para sembrar Trigo, Maiz, i Cevada, i hubo buenas Viñas, i Arbolebas, i de buen temple, i son todos los Naturales diaguítas, Gente vestida, i de mucho ganado de la Tierra, con muchas Minas de Oro, i de Plata; y con esto se hallaria bien poblada esta Governación, i seguros los caminos de Chile. y del Perú".

Nieva — Pueblo fundado en el valle de Jujuy. Fué trazado por Zurita y poblado por Castañeda en 1661. Al siguiente año, 1562, sirve de refugio a los castellanos harapientos que desde Córdoba de Calchaquí habían fugado, salvando de la muerte. En 1563 es despoblado de temor a los ataques de los naturales.

Nuestra Señora de Talavera — Es el nombre que a la ciudad de Esteco dió el Gobernador Pacheco.

Orduña — Nombre que Castañeda dió a Cañete.

Pacipa — A nueve leguas de Londres, siendo sin duda el *Paqapa* de Cabrera.

Pilsihao — En Andalgalá. Lugar en que Pedro Bohorquez paró siete días con su corte de curacas, por cuenta de D. Alonso de Mercado y Villacorta.

Quemado — Nombre del Fuerte de que ya dimos noticia en este mismo capítulo.

Quinmivil — A dos leguas de Londres.

Rioja — Hoy capital de la provincia del mismo nombre.

(1) En papeles sobre esta fundación de Alonso de Rivera, se dice que fundó el pueblo "a una legua y media de donde solía estar sobre un río que se llama de *fama-ñitil*" (*Famañil* o *Belén*). — Véase Lafone, *Refundación de la ciudad de Londres en 1607* (B. Aires, 1896).

Ciudad fundada para contener a los diaguitas y poner a raya por el sud a los calchaquíes. Fundóla Juan Ramírez de Velasco en 1591, bautizándola con el nombre de "Todos los Santos de la Nueva Rioja", para cumplir con todos los cortesanos del ciclo", como dice Lozano.

En esta ciudad refúgiáanse las fuerzas dieznadas del General Cabrera. Los calchaquíes la sitian y los castellanos salvan milagrosamente.

Salta — Fundada por Lerma. Es el primero de los pueblos estratégicos del norte del Tucumán, y base de comunicaciones con el Perú.

San Juan de la Rivera — Nombre que a la fundación de Londres de 1607 dió el Gobernador Alonso de la Rivera.

San Miguel de Tucumán — Fundado con la base de diez mil indios en 1565 por Diego de Villarreal, en comisión del Gobernador Aguirre. Como punto de estrategia sustituyó a Córdoba, Londres y Cañete. Herrera al describirla la favorece tanto que asevera que "el temple es el mejor que de los otros pueblos de la Gobernación" (1). El Gobernador Mate de Luna la mudó doce leguas más al norte, en el punto en que actualmente se halla, el año de 1685.

Santiago del Estero — Ha sido durante muchos años la capital política del Tucumán.

Talavera de Madrid — Es el "Nuevo Esteco", fundado en 1690.

Tucuman el Viejo — Nombre con que espécialmente se designaba a Calchaquí para distinguirlo de Tucumán el Nuevo, o San Miguel. Esto aparece en una cita de 1613 que hace Amunátegui. (2)

Tucumanahaho — Pueblo indígena del "poderoso cacique de Calchaquí", que hasta hoy existe en el Departamento de Tinogasta. A este lugar fué donde entró Diego de Rojas, y posteriormente el general Núñez de Prado, siendo perfectamente hospedado por el gran cacique.

Tafi — A catorce leguas al O. de San Miguel, al pie del cerro de Ñuñoreo.

Villagra — Nombre que Castañeda dió a Londres de 1558, por adulación al gobernador Villagra, de Chile.

Yucumanita — En la jurisdicción de San Miguel, y muy cerca de la ciudad de Tucumán. Fué destruido en el alzamiento general por el cacique andalgalense Chelemin, sorprendiéndolo indefenso.

(1) En un documento de 1684 (Protesta de la traslación a al Toma) se lee lo siguiente: "...dijo el señor D. Alonso de Mercado y Villacorta, antecesor de V. Sra., que solo por tener el inbierno de esta Ciudad se podía venir de partes muy remotas a ella" (M. S. Escrib. Lauro Román, Tucumán).

(2) Amunátegui, *Libétes*, Tom. I, pág. 362.

XXXIII

No se debe pasar adelante sin dedicar algunos ligeros párrafos al hermoso valle de Catamarca, que también tiene su importancia relativa en los acontecimientos de la conquista y sus recuerdos imperecederos de los tiempos de la conquista incásica. Es, asimismo, el valle de Catamarca, con sus verdes bosques, sus majestuosos cerros, el centro venerado de una tradición religiosa de siglos, única que de los tiempos del heroísmo de las razas ha pasado a la memoria del pueblo.

Ha dicho muy bien el señor Lafone Quevedo: "para el viajero estudioso, el Valle está lleno de recuerdos, y en él va buscando esa misteriosa ciudad de Catamarca, ese reino de Paititi, ese país de los Césares de los historiadores de nuestro siglo. El mito de la ciudad de Catamarca es la cruz de la historia de esa provincia. Todo ello resulta de que nos olvidamos que Catamarca no es como las otras provincias; ella tiene una existencia *sui géneris*, y es la verdadera representante de la Nueva Inglaterra del sud, que como su prototipo se ha formado quitando y poniendo, cambiando y recibiendo". (1)

La historia, tantas veces injusta, tantas veces desdeñosa y desmemoriada, no ha dado al valle de Catamarca la importancia que justamente corresponde en la vieja tradición. Sin estudiarse están aun las ruinas que en sus cerros o en las faldas de sus cerros se encuentran, en forma de un gran laberinto.— ¿Por qué existen esos baluartes inexpugnables? — ¿por qué, y para qué existieron? — ¿qué significaron esos fuertes, que coronan las más elevadas atalayas? — El valle de Catamarca en las épocas antecoloniales debió haber sido el teatro de una grande y activa epopeya, como lo atestigua el nombre del mismo.

Pero el valle de Catamarca en otros tiempos no ha sido lo que hoy, cuando el litoral porteño no era sino una larga playa desnuda, poblada de salvajes, sin civilización de ningún género, donde se mezclaban el alarido del querandí y el grito de guerra del guaraní. Tiene razón un historiador contemporáneo, cuya obra es recomendable en más de un concepto, cuando dice de nuestro valle, después de parangonarle con las entonces desnudas playas del hoy populoso Río de la Plata: "Hermoso era entonces, y fértil y perfumado el valle de Catamarca... no hubo guerra sin soldados del valle, campeones esforzados de la conquista. Era el punto céntrico, estratégico de todo el Tucumán; por el Santuario era el centro de la

(1) *Londres y Catamarca* (1888).

Religión; y por su fertilidad y amenidad y salubridad era también el Edén visitado de todo el Tucumán, con el que no podía competir ni Salta, ni San Miguel, ni Santiago, ni Córdoba, ni La Rioja. Y a esta altura estaba el Valle, cuando aun no existía Buenos Aires, dos veces fundada, dos veces destruida. Y en 1593 de Catamarca también salieron valientes soldados, que al mando del invencible Tristán de Tejada, cruzaron como rayo las trescientas leguas y más, erizadas de bárbaros belicosos; aparecieron en Buenos Aires, y fulminando con el solo terror de sus rostros a los corsarios ingleses con su famoso jefe Casadish, salvaron esta vez como otra a la tierna Reina del Plata que apenas contaba trece años de existencia. Ni los guerreros de Catamarca faltaron en la tropa del general Gerónimo Luis de Cabrera, que dos veces salvaron a la naciente Santa Fe y a su fundador Garay en 1594 y 1575, el mismo que en 1530 aseguró en Buenos Aires...''

El solo origen de la palabra Catamarca, más bien *Cata-Marca*, está pidiendo al historiador que descorra el velo de sus tradiciones bélicas. En efecto: *Cata*, significa ladera, falda, y *Marca* castillo, fortificación, fuerte; de modo que el nombre del valle se traduce por: *Castillo en la falda*, como que efectivamente lo fué, por el testimonio irrecusable que de ello nos dan sus famosos y seculares *Pucaracs* de *pircas*, aún persistentes muchos de ellos, aunque sea en ruinas.

El valle de Catamarca, como el de Singulí hasta el Sud de Valle Viejo, como el de Paclín, estaban encerrados en la jurisdicción de San Miguel, hasta el año 1633. De la misma manera el de Capayán, que perteneció a La Rioja hasta ese mismo año.

Dije que en el valle de Catamarca encontrábase rastros de la antigua historia de las tribus americanas, y así lo es, en efecto. Las destruidas y seculares construcciones que en él se hallan, datan del tiempo de los Incas del Cuzco. En el versante sud del Aconquija, y de este lado de las cumbres, encuéntrase el inmenso *Pucará*, que hasta hoy conserva ese nombre. Este *Pucará*, con murallas de kilómetros de largo, era el punto más notable de la estrategia incásica, tanto que sirvió de base o centro para guardar la frontera, que, comenzando en Paclín, va a concluir en el Famatina. En este *Pucará* vivía constantemente el Teniente del Inca, según es fama, afanoso siempre en conservar las conquistas de su señor. Complemento de éste, para la defensa y comunicación, alzábase soberbia la gran atalaya de *Pucarilla*, que a la vez vigilaba la entrada de Santiago. En el centro del valle encontrábase el otro *Pucará* de *Polco* o *Motimo*.

Aunque los famosos Césares pasaron de tránsito por el

valle de Catamarca, debe decirse que su primer descubridor fué el conquistador General Nuñez de Prado, como lo asevera Lozano, cuando ponderando los procedimientos humanitarios de este intrépido aventurero, dice: "Con este moderado proceder se hicieron bien quistos entre los bárbaros, y pudieron en solo tres años hacer grandes descubrimientos, como fueron el de *todo el valle de Catamarca*".

Después del descubrimiento, es sin duda cuando los españoles, allá por los años de 1552 a 1553, estableceríanse en Catamarca, aunque en corto número, sin fundar un pueblo, ni una aldea, sino simplemente una colonia, la del Valle Viejo.

Antes de la publicación de las obras de Lozano, háse tenido por muy corriente que el valle de Catamarca, esta importante sección de la región diaguita, fué solo poblado de españoles recién al alborear el siglo XVII. El conocido escritor Martín de Moussy da por sentado esto mismo. Pero esto no podía creerse: no es posible pensar que después de hecho un descubrimiento costoso y de un valle tan hermoso como el de Catamarca tan fabuloso, por otra parte, para la codicia castellana, por sus mentados minerales de oro y plata, se abandonase el descubrimiento y los castellanos no lo poblasen; por suerte, para cerciorarnos de que castellanos hubo en el valle de Catamarca antes del siglo XVII, buenos antecedentes tenemos ya. Sabemos, por ejemplo, que en una de sus campañas el general Zurita *sujetó* a gran parte de las tribus del valle de *Catamarca*; y que mal podía hacer esta sujeción sin suponer indios rebeldes, y que esta rebeldía no fuese otra que contra los castellanos establecidos en el valle. La campaña de Zurita fué en 1560. Sabido es asimismo, que en 1575 el general Cabrera para su expedición saca soldados de Catamarca. Consta en los viejos documentos, que se encuentran en la hoy ciudad de Catamarca, que Manuel de Zalazar, nieto de uno de los primeros pobladores del valle, declara que en 1685 su abuelo era habitante de Catamarca; y, más que todo, de la declaración del indio Lorenzo de Saujin (Pomán) dedúcese que en el valle había población antes de 1560, pues que a la imagen del valle se la llevó "un hombre viejo que vivía en el Valle Viejo". En 1593 el general de Tejada saca fuerzas de allí.

Dije que en Catamarca, sin embargo no hubo pueblo alguno, sino colonia y un presidio, lo que es preciso tener muy en cuenta para no incurrir en lamentables errores. Servía además el valle de lugar de destierro de indios; y así Pomancillo, pocas leguas al norte de la ciudad de Catamarca, es el lugar donde Nuño Rodríguez Beltrán condujo desterrados a los pomanes y bilichas. Estos bilichas discuten mucho sus derechos en 1644 y 1657, y no poco tuvo que saber del asunto

el famoso gobernador don Alonso de Mercado y Villacorta. Fuera de estos indios, poblado fué asimismo el valle de numerosos guasanes de Andalgalá, famafiles de Belén, Colpes de Pomán, y aun de indios del Chaco, de manera que el valle va a ser luego no más un verdadero laboratorio de una nueva raza híbrida o mestiza.

Durante el período de la conquista, desde que el valle fué poblado, la colonia y el fuerte defendiéronse por sí solos, pues fuera de la campaña de Zurita a sujetar a estos diaguitas, ninguna otra vez les han auxiliado las fuerzas castellanas, ni aun en los momentos más difíciles de prueba. Así aconteció en el alzamiento de 1672, cuando Londres fué tomado, vencidos los españoles, y La Rioja sitiada. Pero sus esfuerzos solos, no bastaron a contener a la indiadaalzada envalentonada con los desastres castellanos; los indios dan cuenta de sus encomenderos, siendo en ese tiempo cuando aquellos cayeron sobre el presidio y fuerte de Catamarca, época en que la tradición religiosa tendrá indudablemente que decidir qué tuvo el famoso milagro de la Virgen de estos valles. Lo cierto es que Catamarca no sucumbe cuando el desastre del trilátero calchaquí.

En el último ataque a Calchaquí, los de Catamarca se alistan en las tropas castellanas y vuelven triunfantes con encomiendas de indios.

Concluída la epopeya calchaquí con el destierro de los quilmes, los gobernadores castellanos propónense levantar las aniquiladas ciudades de la frontera Calchaquí, y por cédula de S. M. se da orden de fundar una nueva ciudad en vez de Londres de Pomán, fundación que llevó a cabo Mate de Luna en el año 1683, con la base de los indios londonenses. Recién va a haber pueblo o ciudad en el valle de Catamarca; y todos los que tomaron por tal a la colonia o presidio antiguos, han caído en lamentables errores, entre otros, nuestro renombrado Padre Esquiú, en un artículo suyo enviado desde Catamarca a la "Revista de Buenos Aires".

De este asunto trataré en otro lugar. Por ahora, entre las abundantes pruebas de que no hubo tal ciudad en el valle antes de 1683, transcribo del señor Lafone esta otra, que es irrefutable: "Esta circunstancia, dice el señor Lafone, ocupándose de este asunto, bastaría para dar a conocer que la ciudad de Catamarca no existía antes del año 1683; pero tenemos otro comprobante más, y es lo que consigna el Padre Techo en su libro XII, cap. 11, y son palabras del obispo de Tucumán en su carta al Rey Católico, más o menos del año 1637, cuatro años después de la fundación de Londres en Pomán. Al dar cuenta del estado de su Diócesis dice lo si-

guiente: "El Tucumán entero que abrazaba unas 400 leguas, contiene *ocho ciudades españolas* y algunos territorios poblados de muchos miles de cristianos nuevos". Veamos ahora cuáles eran estas ocho ciudades de españoles:

1 Santiago, 2 San Miguel, 3 Esteco el Nuevo, 4 Córdoba, 5 Salta, 6 Rioja, 7 Jujuy, 8 Londres. Aquí no más se ve que no hay donde intercalar una ciudad de Catamarca (1).

XXXIV

Breves serán, asimismo, porque los considero necesarios, estos apuntes sobre el valle de Capayán, hoy el Departamento del mismo nombre, al Sud de Catamarca, que le separa de la Provincia de La Rioja.

Así como el valle de Catamarca perteneció a la jurisdicción de San Miguel, antes de 1683, el valle de Capayán estuvo bajo la de La Rioja, a la que dejó de pertenecer después, en compensación de la cesión que se hizo de los pueblos de Machigasta, Aimogasta y el valle Vicioso, de la jurisdicción de San Juan de la Rivera de Londres, por real disposición (2).

En otros lugares ocuparéme de las tribus que habitaban el valle. Sabremos también que el señor de Capayán tuvo que hacer con Diego de Rojas, así como el cacique Chumpicha en uno de los grandes alzamientos posteriores. En Billapima, en el corazón del valle, el visitador Alfaro hizo el famoso reparto de indios. El valle, aparte de esto, está ligado a muchos recuerdos históricos, que en otras páginas se apuntarán. Por la sierra de Ambato, que lo separa de Calchaquí, existía el paso de las expediciones españolas, la quebrada de Pomán, que de este lado comienza en la aldea de Concepción y que desemboca del otro, en Londres. El de Sévila, que sin duda pasó antes desconocido o no transitado por ejércitos, está frente a Chumbicha.

La cultura primitiva de Capayán distaría mucho de la Calchaquí.

De ello me he preocupado más de una vez por el medio práctico de reconocerla, — las expresiones arqueológicas al valle.

En el Tembleque (quebracho de Pomán), en el Potrero de los Angeles, en Concepción, Billapima y pueblo de Capayán, he hecho excavaciones que han dado buenos resultados.

(1) *Londres y Catamarca* (1888).

(2) *Real Cédula* de Madrid de 16 de Agosto de 1679.—Auto de Jurisdicción de Londres, de 1633, vigente hasta 1683.—*Memoria* de 1863 (Tucumán).

En ninguna ocasión dí con enterratorios en tinajas. Los cadáveres hánse encontrado en tierra, a una buena profundidad, en sepuleros pircados a sus lados o formados, a manera de ataúd de madera, con piedras lajas.

He observado que los cadáveres, tendidos de espalda, miran por donde el sol sale. En tres ocasiones los encontré con yuros o tinajitas colocadas a uno de los lados, cerca de la boca.

En los Angeles hay numerosísimos morteros y conanas. Parece que el dios del mortero era muy venerado en la localidad. En este lugar hay ídolos de piedra que son morteros, con formas de animales.

La serpiente parecía haber sido igualmente muy venerada, y dos o tres *humucutis* de piedra he conseguido. En una olla encontrada en Capayán en un sepulcro, las serpientes se distinguen perfectamente. Este trabajo, es de barro negro, muy fino, perfectamente cocido. Sus figuras no son pintadas, sino grabadas en el barro.

En Billapima, he encontrado un ídolo típico, en una arada junto con un tortero, una rana y un quirquincho, los tres de piedra.

En los Angeles he conseguido dos amuletos de parto.

Una pequeña liebre que he encontrado, también tiene que ver con la procreación, y posible es que haya sido una *illa*, de las que tantas abundan en Calchaquí, — amuletos de reproducción de los ganados de la tierra.

Objetos de barro también los hay numerosos.

Hachas de piedra hay muchas así como piedras de libes, a cada paso, lo que atestigua que estos indios eran eminentemente cazadores. También se vé que tenían plantaciones de maíz, no debiendo olvidarse que cuando Diego de Rojas llegó a Capayán, en el pueblo del poderoso señor “los maizales estaban en berza”, al decir de Lozano.

Muchos y notables trabajos de irrigación han tenido estos indios. En el Potrero, hay un gran estanque hecho por los indios, que puede represar una buena cantidad de agua. Del río San Pablo vése que sacaban agua, y hasta ahora pueden distinguirse canales de piedra. Pero, en el distrito de los Angeles, más que en ningún otro lugar del Departamento, hay a cada paso fragmentos de trabajos de irrigación de alguna consideración.

Se me olvidaba decir que en este lugar de los morteros y las conanas, he encontrado tres cinceles de cobre y un fragmento de algún útil del mismo metal. La verdad es que estos trabajos son indicios, que dicen a las claras que no en balde se ha hablado tanto de minas en el imponente

Manchao, con su frente calva y muchas veces coronada de nieve.

Los objetos de piedra de este lugar son superiores a los que he encontrado en Santa María. Uno de ellos, un ídolo *sui generis*, con su *vincha* y su orla cayendo a un lado de la cara, es muy semejante al Ídolo de significación incásica que Ambrosetti nos describe en un muy interesante trabajo arqueológico suyo. (1)

De los objetos de Capayán, me ocuparé detenidamente en otra obra en preparación.

XXXV

La conquista del Tucumán, ligada a la resistencia de los montañeses de Calchaquí, ocupa una página en el gran libro del heroísmo que en América desplegaron conquistados y conquistadores. Calchaquí, como Arauco, háse distinguido por la constancia en la resistencia y la bravura en el ataque.

Los conquistadores penetran al Tucumán, y apenas si hallan resistencia en los países de los juríes y diaguitas del este y centro, mientras oponen barrera formidable a sus pretensiones los calchaquíes. No hay una sola guerra en la conquista del Tucumán, y casi no hay un encuentro en que la sangre haya corrido en los cuales no hayan tomado la parte principal los quilmes, los tolobombones, los pacciocas, los hualfines, los andalgalás, los encamanás, los alcalianes, desde la primera gran jornada histórica, hasta la despoblación de Quilmes, el golpe de muerte a la raza nativa, que si no desaparece de la tierra es condenada a las encomiendas, a la fundación de nuevos pueblos o al destierro.

Ninguna de las tribus indígenas o *naciones* que poblaban el suelo de la República ha resistido tanto y tan heroicamente como el pueblo calchaquí; más aún: en la historia de la conquista del país no hay más epopeya que la de esta raza, ni más escenario que el valle Calchaquí, muy especialmente el de Yocahuill. No hay más que un Juan de Calchaquí, vencedor, y un Chelemin vencido. Lo que es héroes de la conquista, los hubo tanto en tierra querandí, como en tierra de los comenchingones, en la Pampa o en el Chaco; porque el hecho solo de lanzarse por llanuras y bosques poblados de tribus salvajes, basta para hacer heroica la aventura.

No es, a mi juicio, Diego de Rojas, como aseveran cronistas e historiadores, el iniciador de la conquista del Tucumán y de nuestro Calchaquí. Si bien es verdad que a Rojas

(1) Ambrosetti, *Notas de Arqueología Calchaquí*, Inst. Geográfico, Tom. XVII, números 7, 8 y 9 págs. 436.

concedió el gobierno del Perú el dominio de esta Provincia, su propósito era abrir por el Tucumán un camino de comunicación con el Río de la Plata, lo que nada importaría si el aventurero castellano hubiese iniciado la conquista; pero nada de eso: Rojas, con paso acelerado penetra al territorio salteño, hace su entrada al valle de Yocahuill, córrese por la falda occidental del Aconquija, llega a Tucumanahabo, y en ninguna parte da batallas ni impone sumisión; lejos de eso, desdeñando la hospitalidad del cacique de este pueblo, traspone el Ambato y llega al país diaguita de los capayanes, donde si lucha, lucha porque se le impide el paso, para desdeñar nuevamente la victoria, pues solo hace alto hasta que su compañero Gutiérrez le alcanza, y de allí marcha hacia el sud, hasta que la expedición tiene un fin desastroso con la muerte de Rojas; y los aventureros que salvan de las fatigas y de las batallas llegan al destruído fuerte de Sancti Spíritus, y de allí dan vuelta al Perú.

Rojas, como se ve, está lejos de ser un conquistador; porque conquistar es imponer sumisión y batallar en su demanda hasta vencer y hacer permanente y constante el dominio de la tierra avasallada.

Es por eso que a Diego de Rojas he colocado entre los descubridores del país; pues si dijéramos que éste es conquistador, con más razón daríamos ese título a Diego de Almagro, quien, al fin y al cabo, tuvo sus encuentros con jujuíes y calchaquíes.

La conquista del Tucumán iníciase con Juan Núñez de Prado, después de pasada década y media sin que los aventureros hubieran pisado estas regiones, al ver desvanecidos sus sueños de avaricia, pues que en vano buscaron estos grandes tesoros que la fábula inventó y creyó aquélla.

Es de advertir que esta conquista, como todas las otras, era concedida por el estado, pero sin erogaciones de ningún género para el mismo, y que ninguno de nuestros conquistadores recibió en caso alguno recursos pecuniarios de la corona o de sus encargados o representantes en América, confirmandolo así el gran cronista Herrera respecto de los demás, cuando nos dice que la conquista se hacía a costa de los conquistadores, sin gastos de la real hacienda. Lo único que se solicitaba era la provisión del rey, la Audiencia o el virrey.

Conviene advertir al mismo tiempo, que nuestros conquistadores eran enviados por las autoridades del Perú, salvo la intromisión de Chile, y que la conquista del Tucumán y del Río de la Plata no tienen relación alguna entre sí; y si aparece que el gobernador del Río de la Plata viniera alguna vez a hacerse cargo de las guerras de Calchaquí, como

sucedió con el segundo gobierno de don Alonso de Mercado y Villacorta, no venía en calidad de autoridades del Plata, sino investido de nueva autoridad por el gobierno del Perú.

El Presidente del Perú, el inmortal y magnánimo La Gasca, fué quien, por provisión de 1549, concede a Núñez del Prado (1) esta conquista, en recompensa de sus hazañas en la guerra civil, que tanto renombre le dieron en el paso del Apurímac. El presidente, al mismo tiempo que recompensar a sus capitanes leales a la corona, con las tres conquistas que decretó, llevaba el político propósito de irse deshaciendo de tanto aventurero, cuya sed de botín tendría en constante intranquilidad el país que acababa de someter, después de la ejecución de Gonzalo Pizarro, como ya se dijo.

En 1550, Prado llegó al Tucumán a la cabeza de ochenta y cuatro soldados alistados por su cuenta, de los cuales solo veintiocho eran conocedores del país, pues habían acompañado a Diego de Rojas en su entrada a Calchaquí. Prado traía como segundo jefe al bravo Miguel de Ardiles, quien a la cabeza de tropas ligeras venía abriéndole paso a la fuerza al penetrar al territorio salteño, desde donde la expedición se dirigió a nuestro Calchaquí, y, sin duda, por el Valle de Santa María, penetró al territorio de Catamarca, la que siguiendo su camino natural, debió haber costado el pie del Aconquija y llegado a Andalgalá, después de atravesada la sierra de Atajo, hasta detenerse, tras largas fatigas, en el pueblito de Tucumanahaho, en el espacioso valle de los Pacipas, no sin haber perdido en Calchaquí parte de sus soldados, que se habían separado de la vanguardia.

Aunque los cronistas no lo digan con claridad, es lógico creer que Núñez de Prado hasta llegar al Tucumano, hubiese tomado como suyo el derrotero de Diego de Rojas, por ser el más natural y accesible, así como porque sus guías, los veintiocho soldados de este aventurero que acompañaban a aquel, debieran haberle llevado por el mismo camino por donde les trajo su antecesor.

Prado, con el pensamiento de conquistar el país, previendo las dificultades y el encarnizamiento con que esta conquista debería presentarse, hizo dos fundaciones estratégicas de Barco. Fué en el Barco de Calchaquí donde se dió con el descubridor Villagra, enviado por Valdivia al Perú, cuando éste regresaba a la cabeza de las tropas auxiliares.

Después de estos disturbios, Prado se lanzó de lleno a la obra de la conquista. Hombre humanitario, afable y político, el conquistador pudo contener sin rigores casi todas las tribus.

(1) Véase la Ley 5. Tit. 3. Lib. III. *Recop. India*, sobre facultades de los Virreyes—Solórzano, *Política Indiana*, Lib. V. Cap. I, II a XV.

Es él el descubridor del valle de Catamarca, así como de Santiago. Los caciques Chanampa, Velome, Cobe, Chupan, Huancheica, estos (los últimos de Albigasta, del otro lado de las sierras del este, lo mismo que los caciques Nuqui, Aquina, Golpa, Cambo, Asaccete, Topangi, etc., tanto del valle de Catamarca como de Santiago, recibieronle con la mayor cordialidad y respeto, hasta el grado de que fué sencillo someter casi todas sus tribus sin efusión de sangre.

Hizo una otra fundación de Bareo en Santiago, y fué a este pueblo donde Aguirre, enviado por el gobierno chileno vino en busca de Prado, quien después de partir Villagran desconoció la autoridad chilena, impuesto por la fuerza. El resultado fué la prisión de Prado, y que Aguirre, ante sus doscientos soldados traídos de Chile, fuese proclamado gobernador y justicia mayor del Tucumán: todo esto aconteció en 1553.

Durante el gobierno de Aguirre hay que recordar el asedio de los diaguitas, que le obligaron a dejar el valle de Andalgala y fundar en los llanos la ciudad de Santiago del Estero, donde verifica el célebre reparto de *ochenta y seis mil indios, o piezas*, con lo que los españoles mostraran a los naturales el aprecio que de ellos hacían, y los propósitos de la conquista.

Aguirre, luego, no más, en 1554, parte a Chile, donde Valdivia acababa de morir batallando con los araucanos, dispuesto a vengar su muerte, y tal vez aspirando al puesto de Adelantado, para volver algunos años después a gobernar el Tucumán con independencia absoluta del gobierno de Chile.

Con la partida de Aguirre, cuando Bazán quedó en su representación, comienzan los alzamientos, los síntomas de la gran tragedia. El cacique calechaquí empieza a comprender lo que debe esperar de la conquista, y en el seno de sus montañas mueve las tribus y anunciales que la hora de los combates y los sacrificios se aproximan. Los indios del Salado arrojan la primera piedra, y los provocadores chiriguano dejan sus bosques y levantan la primera gran polvareda, los que vencidos, a pesar de sus repetidas protestas de venganza, pensaron que era mejor no provocar más las iras del castellano, internándose nuevamente en lo espeso de las selvas lejanas.

Hay que advertir en todo esto, que Bazán vióse en serios aprietos y que sólo se calmó un tanto cuando Rodrigo de Aguirre, que venía como sustituto interino suyo, le trajo provisión de soldados, del otro lado de la Cordillera.

Bazán, asimismo, víctima de tantos asedios y mayores peligros, estuvo resuelto a abandonar el Tucumán y regresar al Perú al frente de las tropas castellanas de su mando. Si Bazán, impedido por el consejo valeroso de Ardiles, hubiera hecho abandono de la provincia, cuántos años y años no pasarían hasta que se ordenara una nueva conquista, con el fracaso de ésta, añadida a la disculpa natural de que este país abandonado era pobre, estéril y poblado de centenares de tribus guerreras, muchas de las cuales ni el Inca había subyugado!

Para suerte de la conquista, Bazán desistió de su propósito, más cobarde que prudente.

Miguel de Ardiles, por resolución de don García Hurtado de Mendoza, fué nombrado gobernador, cargo que no ejerció sino seis meses, porque luego no más vino en sustitución suya Juan Pérez de Zurita, quien entró a Santiago del Estero en 1558.

Es de advertir que Rodrigo de Aguirre era odiado por los calchaquies.

Zurita, contemporáneo de Prado, adquirió fama desde la guerra contra Gonzalo Pizarro, haciendo armas en favor del Presidente. Sus proezas, añadido a su fidelidad, prudencia y afabilidad sin estudio, rodearon de crédito su persona. Lo cierto es que Zurita es de lo más digno que, en calidad de gobernante, vino al Tucumán, y buena elección hizo de su persona don García de Mendoza, cuando le envió con el propósito de concluir para siempre con la rivalidad entre Villagra y Aguirre, cuyas pretensiones sobre el Tucumán tanto costaron a la paz y tranquilidad de la provincia.

Zurita, acompañado de bastante tropa, fué perfectamente recibido en Santiago, aun por los *pradistas*, que conservaban la esperanza de que Prado volviese a ocupar el gobierno del Tucumán, pues que la Audiencia del Perú había fallado el asunto sobre jurisdicción chilena en favor suyo. Los *pradistas*, en esta ocasión, comprendieron que nada podían contra el gobernador de Chile, pues era hijo del virrey del Perú.

Los primeros pasos de Zurita fueron tendentes a dar consolidación a la obra de la conquista, para lo cual se dirigió a la región de Catamarca, que hoy se denomina Belén. En estas regiones del oeste hizo tres fundaciones consecutivas; pero luego no más vióse forzado a volverse a Santiago del Estero a batallar con los diaguitas en el Bermejo, los de Catamarca y los de Sañogasta en el Famatina, repartiendo a las tribus subyugadas en encomiendas, de a decenas, cen-

tenas y miles, en las ciudades fundadas (1). Redujo además a varias parcialidades, viéndose luego forzado a volar a Londres, agitado por discordias intestinas, que llegaron hasta amenazar la autoridad del gobernador, restituyendo Zurita a unos y otros a la obediencia, después de pasar por las armas a dos de los sublevados y condenar a ocho a la pena de galera. Este movimiento sin duda obedecía a intrigas de los ambiciosos chilenos, que soñaban en un otro orden de cosas con el cambio de gobierno.

Es de saber que en esta ocasión el buen Zurita echó en olvido su calma y su prudencia, mostrándose impolítico y cruel con los españoles, mucho más que con los indios, a quienes trató siempre con afabilidad y blandura, consiguiendo a consecuencia de ello la alianza de renombrados y poderosos caciques, como Chumpicha, y especialmente su hermano, don Juan de Calchaquí, cuya épica figura tendré luego ocasión de esbozar. Fuera pues, de las ejecuciones en Londres, la obra de Zurita fué completa: su sucesor va a destruirla, sin embargo, a fuerza de impolítica y de perfidia, moviendo el avispero de las tribus, que van a lanzarse sobre la conquista, como los torrentes embravecidos de la montaña en tiempo de las creces de verano.

Las intrigas a Zurita ante el gobierno de Chile fueron oídas, y a pesar de que éste tenía la confirmación del mando emanada de las autoridades del Perú, un día, en 1561, se presenta al Tucumán, enviado por el gobierno de Chile a que asumiera el mando, el general Gregorio de Castañeda.

Castañeda, alevosa y traídoramente, porque faltó a la fe de caballero, se apodera de la persona de Zurita, a quien llena de vejaciones, hasta que el pobre conquistador es enviado a

(1) Por ser curioso, transcribo a continuación algunos párrafos de uno de tantos tratados que lleva el nombre de "Expediente de Pases", celebrado entre los españoles y los indios: "1.º Primeramente que por cuanto ocupan estos territorios que han poseído sus antepasados en los cuales como criollos en ellos gozan de buena salud por ser acomodado el benigno temperamento a sus pocas ropas que tienen para bestirse, y que de sus ríos y Lagunas se proveen de pescados, en los campos de cassa y de los árboles distintos frutos especialmente, de *algarrobo* y *chañar*, en que consisten sus alimentos: se los ha de dejar y mantener en dha. posesión que han tenido, sin despojarla de ellas para dárselas a otras naciones—2.º que con ningún motivo ni pretesto ahora ni en ningún tiempo se les haya de tener ni graduar con el ignominioso nombre de Esclavos ni tampoco darlos a ellos sus hijos...—8.º quedabaja de los antecedentes siete capítulos y cuanto en ellos se emprehende se entregaban con la mejor voluntad reconociéndose por vasallos del católico nuestro Rey y señor de España y de estas Indias Carlos tercero (que Dios guarde) prometiendo de buena fe estar en todo obedientes a sus órdenes y a todos su tribunales especialmente en este reino. ó las del Exn.º Señor Birrrey de Lima, Real Audiencia de la Plata y como más inmediato a las del Señor Gobernador de la Provincia de Tucumán y las de sus justicias...—11.º Aunque en este estado pidieron y suplicaron dichos caciques al Señor Gobernador que les mandase algunas armas, como pistola, Espadas, Machetes y Lanzas para defenderse de sus enemigos, les fue negada su pretensión por su señoría pero tambien les prometió atender á ella para cuando hayan dado pruebas de su fiel vasallage al Rey Nuestro Señor...—(Expdte. de Pases, 1774—Escrib. Lauro Román).

Chile, humillado y pobre, donde sus méritos le hicieron ascender al alto puesto de Maestre de Campo, obteniendo señaladas victorias sobre los araucanos y pasando posteriormente, insinuado por el virrey del Perú, a gobernar Santa Cruz hasta que murió lleno de glorias después de fundar una ciudad a orillas del Guapey.

Castañeda hizo un gobierno de emulación y de envidia, lo que equivale a decir que hizo un desgobierno. La obra de Zurita es destruída por él: los nombres de la provincia y de las ciudades de Zurita comenzaron por ser cambiados. Lo que posteriormente hizo sirvió sólo para acarrearle desprestigio entre propios y extraños, castellanos e indios. Quiso dar hierro en todas partes, y en todas partes recibió flechas. El valeroso cacique don Juan, sublevando todas las tribus calchaquíes, se declara vengador de Zurita: quizá no fué sino un pretexto: hacía tiempo que el león calchaquí bramaba y removía sus pupilas, encendidas por la cólera.

En esta guerra sin cuartel, cuyos resplandores siniestros se ven aún en las páginas heladas de la crónica, la raza calchaquí se muestra en toda la potencia bélica de su heroísmo, y aunque sufre a veces golpes mortales, retírase un instante no más a curarse la herida entre los espesos matorrales de granito, para volver luego más soberbia que antes a embestir al castellano usurpador, al aventurero que abusando de la hospitalidad roba sus heredades y sus hijos, y arranca del hogar los dioses nativos, vejándolos, insultándolos, haciéndolos pedazos. Ha bastado que el cacique dé el grito de alerta para que todas las tribus, todas las parcialidades, empuñen el arco y marchen a la batalla al rumor guerrero de los pingollos salvajes.

Cuatro mil indios confederados, calchaquíes y diaguitas dan comienzo a la tragedia. Primero atacan a Londres, y no pudiéndole rendir, lanzan después sobre Córdoba de Calchaquí, no sin haber librado un combate, en el cual la suerte protegió a las armas castellanas; después de la derrota y la evasión del cacique prisionero, Córdoba por segunda vez es puesto en aprietos, y el general castellano es despedazado cuando marchaba en su socorro, viéndose forzado a dar vuelta y reconcentrar sus tropas, que luego no más vengan el desastre con una victoria sin frutos a causa de su intempestiva retirada a Londres, lo que facilita a los indios la ocasión de dar un otro ataque a Córdoba, pueblo al cual S. S. dejó abandonado a sus escasas fuerzas, sin hacer a sus pobres moradores el envío de los socorros que urgentemente le demandaban, por lo cual éstos armáronse todos, como dice el cronista "hasta las mismas mujeres, que el peligro común ins-

piraba alientos aún en el sexo más flaco, y superiores a su debilidad, y aun a sus mismas esperanzas, quisieron acompañar a sus maridos en cualquier fortuna”.

Esos acontecimientos produjéronse entre 1561 y 1562, año en que el general castellano, con el propósito tal vez de acercarse a Calchaquí, mudó a Londres al valle de Conando.

Entre tanto, Córdoba cae en manos de don Juan; la guerra se enciende más y más; el entusiasmo del indio calchaquí aumenta, mientras S. S. en medio de la horrenda confusión, anda de Herodes a Pilatos, de Córdoba a Londres y Cañete, de Cañete a Londres, de allí a Santiago, de Santiago a Filipica...

El resultado final fué verdaderamente desastroso: Córdoba, Cañete, Londres, destruidos o despoblados, que da lo mismo; y más tarde Jujuy, quedando en pie solo Santiago, como testigo inerte de tantos desastres, ruínas y muerte!

En 1563 el inepto Gobernador, dejando en su lugar a Juan Gregorio Bazán, vuélvese a Chile, cargando con todas las vergüenzas que él quiso hacer gravitar sobre los hombros de Zurita.

“Al cabo de diez años de peligros, dice el P. Lozano, quedó la provincia de Tucumán en el estado mismo que la dejó Juan Núñez de Prado, con sola la diferencia de que los bárbaros se hallaban ahora orgullosos con las victorias, y sabían por experiencia que podrían ser vencidos los españoles, contra lo que al principio maquinaban, persuadidos de que eran de una naturaleza invencible tan superior y señora de los ejércitos, como lo fué Marte en las fábulas de los gentiles”.

En medio todo este cúmulo de desastres, y después de diez años de ausencia, en 1564 hace su entrada Francisco de Aguirre, a quien ya conocemos por sus rivalidades en la época en que el gobierno de Chile comenzó a inmiscuirse en los asuntos del Tucumán. Por esta vez Aguirre venía con provisiones de la Real Audiencia de la Plata y del virrey don Lope García de Castro.

El nuevo gobernador, como todo lo hallara hecho pedazos y convertidos en leones los que antes eran ovejas, indios sometidos a las encomiendas, empezó sus tareas militarizándolo todo, concentrando fuerzas, emprendiendo campañas, haciendo marchas forzadas, dando ataques parciales aquí y allá.

Desgraciada en sus resultados fué la entrada de Aguirre a Calchaquí, el país de los alzados, aunque la victoria coronó sus esfuerzos en la batalla. Apenas penetra al país de las montañas, cuando los calchaquíes le asedian de todas partes, presentándole, por fin, combate, en que vióse

vacilar por mucho tiempo al brazo castellano, cansado de asestar golpes y más golpes, porque si un calchaquí caía a los pies del guerrero blanco, otro ocupaba inmediatamente su puesto, sin entregarse a vergonzosa fuga. Para suerte de Aguirre, en el momento más recio de la batalla, llega en su socorro el capitán Medina, y atacando por la retaguardia a los pelotones calchaquíes, siembra en ellos el terror y la dispersión. La victoria es de S. S., quien manda perseguir a los fugitivos; pero siendo muerto su hijo, el joven maestre Aguirre, con el corazón dolorido, abandonó aquella tierra que tantos infortunios iba costando a la avaricia castellana.

Aguirre nada más quiso saber con los calchaquíes, a quienes con el propósito de cerrarle el paso de los llanos, puso de avanzada del lado oriental del Anconquiya a San Miguel de Tucumán, fundación que se hizo el "victorioso día de los arcángeles el año 1565".

Después sobreviene la anarquía: los soldados se fatigan en la campaña contra los comechingones, — y de la excursión quijotesca, el verdadero, el único resultado fué un motin de los descontentos, los que conducen a S. S. preso a Santiago del Estero. Parece que en esta prisión hubo perfidia de parte del clero. Lo cierto es que en 1566 Aguirre, sumariado y escoltado, fué conducido al tribunal de Charcas, mientras el caos reinaba en el Tucumán, el que solo pudo ser dominado por Medina, quien ejecuta a dos de los cabecillas.

Diego de Pacheco, sin nada digno de especial mención, si se exceptúa una expedición al Chaco, gobernó la Provincia inter se tramitaba la causa a Aguirre, quien luego vuelve absuelto a ocupar nuevamente su puesto, pero con el alma llena de rencores y de odios; de modo que en vez de conquistas se ocupa de venganzas y hostiliza a guerreros y a frailes hasta que el Santo Oficio le hace comparecer a Lima.

Sucédele don Diego de Arana, quien llega recién en 1570, y no hace otra cosa que nombrar a Ardiles en su lugar, quien a su vez renuncia a favor de su amigo Nicolás Carrizo, el que gobierna año y medio sin avanzar un solo palmo en el terreno de la conquista.

En Septiembre de 1571 viene a hacerse cargo del gobierno don Gerónimo Luis de Cabrera, hombre, al decir de los cronistas, "de nobleza, prudencia, valor, fidelidad, entereza y discreción". Don Gerónimo, sin acordarse de los calchaquíes, emprendió una expedición contra los comechingones, y fundó a Córdoba de la Llana, en Julio de 1573. Emprendió luego su expedición al Río de la Plata, con el propósito de dar con el camino buscado de océano a océano;

y cuando regresaba de ella a hacer una fundación en el valle de Jujuy, se dió con don Gonzalo Abreu de Figueroa, quien traía directamente de Felipe II su nombramiento de gobernador de la Provincia. Abreu manchó sus manos con la sangre inicuaamente derramada del fundador de Córdoba, a quien, sin causa alguna, ejecuta cobardemente en Santiago.

Abreu de Figueroa, al decir de Lozano, "siendo muy noble por nacimiento, manchó su esclarecida prosapia con acciones propias de la gente más soez, y con impiedades indignas de un caballero". En efecto: el nuevo gobernador sólo se ocupaba de persecuciones inauditas y de ejecuciones infames, haciendo uso del tormento. Odio sembró donde quiera, y cosechó disturbios con los castellanos y guerras con los naturales. Córdoba es amenazado: Jujuy destruído. Los indios se levantan, matan españoles, le atacan y le vencen. Frústrase su expedición a los calchaquíes, quienes aprovechan el momento de la confusión para amenazar a San Miguel. Con sus atroces ordenanzas, criticadas de inhumanas por los mismos castellanos, no hace sino provocar las iras de las tribus.

A propósito de estas ordenanzas bárbaras, es preciso aprovechar la oportunidad y anatematizar las inhumanidades de los conquistadores para con los indios, advirtiendo que los cronistas las ocultan cuanto pueden, sin darnos cuenta de las horrosas matanzas que aquellos hacían, no digo en batalla, sino después de la rendición. Para darnos una idea de la barbarie castellana en el empleo del tormento, basta recordar de un párrafo de carta del Adelantado Valdivia al emperador Carlos V, a quien da cuenta, con toda sangre fría, de haber cortado brazos y narices a los araucanos rendidos. Y esto es lo que se dice al invictísimo César. Hubiéramos llegado a conocer perfectamente hasta dónde era capaz la barbarie de los castellanos para con los pobres naturales, si Las Casas hubiera publicado su gran libro histórico, el que, según Wáshington Irving, no salió a luz a causa "de las horribles pinturas que contiene de las crueldades ejercidas contra los indios, que podrían escitar el odio hacia sus conquistadores".

Dicho ésto de paso, recibimos al cruel y sanguinario Hernando de Lerma, quien en 1577, por provisión de don Felipe, es designado para gobernador de la Provincia en sustitución de Abreu de Figueroa.

Lerma, para desgracia del Tucumán, llega en 1580, y su primer acto es prender a Abreu, dando luego tormento al gobernador, "que era de la piel del diablo", al decir de muchos, por no pertenecer con los rigores del suplicio, sino na-

turalmente. Después despoja a propietarios, burlándose de ayuntamientos y justicias, y soltando su lengua viperina contra la Real Audiencia, cidores, obispos y frailes, desobediendo órdenes y providencias, cometiendo sacrilegios, y vejámenes.

Lerma, era un digno sucesor de Abreu; pero al fin y al cabo hizo una obra de la cual tendrá que ser recordado: fundar a Salta, en el valle del mismo nombre con el propósito de poner por el norte un valladar a los indomables calchaquíes y humahuacas, que continuamente invadían la Provincia. Es de advertir que uno de los primeros pobladores de la nueva ciudad fué Ruy Díaz de Guzmán, el autor de *La Argentina*, uno de los arsenales históricos de los cronistas.

Los desaciertos de Lerma hicieron que viniera a ocupar su puesto don Alonso de Cepeda el año de 1584, y posteriormente don Juan Ramírez de Velasco, sobrino de aquel famoso Velasco, virrey de Méjico.

Entre tanto, Lerma fué a parar a la cárcel de la corte de Madrid, a donde el Consejo Supremo de Indias le destinó.

Velasco viene a ocupar un rango distinguido en la historia, más elevado aún que el del famoso Tristán de Tejada, que en ese entonces subyugaba con épico valor a los indios de Córdoba.

Precedido de fama aparecía el nuevo gobernador en el Tucumán: había encontrándose en las guerras de Milán, Flandes y en la conquista de Portugal.

En 1583 se hizo cargo de la gobernación de Tucumán. Velasco es doblemente célebre en nuestra historia local: por la lucha que sostuvo con los naturales y por la fundación de La Rioja.

Más que ninguna otra *nación*, Velasco la emprendió con la de Calchaquí

Los naturales de nuestras montañas del noroeste vivían más engreídos que nunca, por los infructuosos resultados de todas las expediciones llevadas contra ellos. Ya no se limitaban a defender el suelo nativo de las irrupciones castellanas, sino que comenzaron a lanzarse sobre las ciudades y pueblos de Tucumán, como lo hemos visto, teniendo en las actuales circunstancias en jaque a Salta, la que quedó poco guarnecida y poblada desde la vuelta de Lerma a Santiago.

De la defensa de esta importante cuanto estratégica población se preocupó inmediatamente el nuevo gobernador, quien, a la cabeza de cuatrocientos soldados, entre castellanos e indios, hace su célebre entrada a Calchaquí mismo a batir a los osados agresores. La intervención conciliadora de uno de los venerables misioneros hizo que los calchaquíes, escuchando su voz, no se lanzasen en combates: dos hijos del

cacique principal, seguidos de un cortejo de cien flecheros, penetraron al real de S. S. con el propósito de hacer las paces, a quien éstos no sólo no prometieron no tomar las armas en contra suya, sino que también se declararon sus aliados.

El valle Calchaquí, tanto por los buenos oficios de los misioneros, como por el ejemplo de la alianza y de los auxilios bélicos que los indios aliados prestan a Velasco, pacifícase por completo, imponiéndose al cacique Silpitocele y otros personajes de la corte calchaquí la obligación de vivir en Santiago del Estero, bajo la custodia castellana.

Velasco, después de recorrer cuatrocientas leguas imponiendo obediencia y paseando en triunfo el estandarte de Castilla, vuelve a Santiago, de donde posteriormente se dirige a hacer la fundación de Todos los Santos de La Rioja, punto estratégico que servirá para contener por el sud los avances de los calchaquíes, añadiendo con igual propósito la fundación de Jujuy, al norte, dos veces destruída más antes por los naturales. A más de esto, Jujuy valía por su importancia comercial en las relaciones entre el Perú y el Tucumán.

Ramírez de Velasco en su gobierno de más de siete años, hizo mucho en el país, hasta el instante mismo de abandonarle, cuando se le nombró gobernador del Paraguay, pues poco tiempo antes había sujetado otras tribus y llevado la guerra a los indios de Córdoba. En los viejos documentos se llamaba "gobernador de diaguitas, juríes y comechingones". Esto consta en unas escrituras de los archivos de Tucumán.

Fernando de Zárate, su sucesor, en 1593, siendo también gobernador del Río de la Plata, en los dos años de su gobierno se ocupó en enviar contingentes de fuerzas a proteger el rechazo de las invasiones inglesas de doña Isabel.

Sucédele Pedro de Mercado Peñalosa.

Bajo su gobierno, y probablemente al finalizar el siglo XVI, el Tucumán es objeto de una nueva irrupción calchaquí. San Miguel y Salta son atacados por los inquietos y valerosos indios de las montañas.

Los calchaquíes fueron rechazados al otro lado del Aconquija, después de ser batidos.

Por lo demás, Mercado de Peñalosa bien poco hizo; fué un carácter conservador, se limitó a atender la vida de las fundaciones existentes, sin añadir ninguna otra.

En 1600 sucédele don Francisco Martínez de Leiva, y tres años después, a éste, don Francisco de Barasa y Cárdenas, hasta que en 1605, llegó al Tucumán el famoso capitán Alonso de la Rivera, célebre por sus campañas en Flandes, defensa de Cambray y sorpresa de Amiens.

Rivera acababa de ser destituido del gobierno de Chile por arrojarle "a una acción en que echó menos su acreditada prudencia, rendido a la pasión del amor", pues casóse con una chilena, contrariando disposiciones que prohibían a los gobernadores contraer matrimonio con hija alguna del distrito que gobernaban. Como Rivera es para nosotros toda una personalidad histórica, me permito hacer un paréntesis al relato de la conquista y transcribir del historiador chileno, Córdoba y Figueroa, este sabroso párrafo sobre el particular:

"Una amorosa llama, dice, alteró el sociego del gobernador, causada al ver una hermosura. A vista de la de Elena abstuvo de matarla Menelao, como dice Virgilio, mas no el gobernador de casarse con doña Inés de Córdoba y Aguilera, nieta del ilustre Pedro de Olmos y Aguilera, vecino de la Imperial, cuya familia se veía en descarrío, habiendo perdido los muchos bienes que allí gozaban, y a su singular belleza, digna de que Tele la numerase entre las que solicitó para el mundo de órden de Marco Antonio, se añadían los dotes del alma, Procuraron varias personas disuadir al gobernador de su empeño, proponiéndole que ejecutara el matrimonio que intentaba sin licencia del Rey, en el tiempo de su gobierno, le traía por ley la privación de oficio, y que decaería del gran concepto y reputación en que se hallaba y en estado de quedar en la esfera de una vida privada y con cortos medios para subsistir con esplendor según su calidad y estado, y que con alguna dilación lo podía hacer pidiéndole permiso al Rey; mas el amor y saber apenas a los dioses se concede, como dice Séneca, y sin ninguna retardación se casó. El Rey, luego que lo supo, lo privó del gobierno de Chile, sin que ésto se lo dispensase por el singular servicio que había ofrecido, y según el sentir de Pedro Ugarte, le parece lo hubiera conseguido, y Felipe II atendiendo a sus mérito lo promovió al gobierno del Tucumán, año de 1605".

Hacia más o menos medio siglo, hasta Rivera, a que los conquistadores castellanos habían abandonado las fundaciones que levantarán en los valles del oeste de Catamarca, sin que hicieran una intentona seria de reducir a nuestros calchaquies de Yocahuill. Los pueblos fundados por los españoles, después de los desastres que el castellano sufrió en la guerra de D. Juan de Calchaquí, estaban reducidos a escombros y el musgo había nacido sobre sus ruinas. Si en este período de cincuenta años nuestros indígenas habían sido batidos, no era precisamente en el seno de sus agrestes y escabrosas montañas, que les servían de asilo, sino al trasponerlas y atacar ya a Salta o ya a San Miguel de Tucumán, persiguiéndoles hasta las puertas de las grandes serranías que cruzaban en cada una de esas ocasiones. De aquí que tantas veces

volviesen engreídos sobre los pueblos fundados en la llanura, y atacasen al español, que no pasaba a su guarida misma a imponerles sumisión y obediencia.

D. Alfonso de la Rivera comprendió perfectamente que en Tucumán no se libraría jamás de las invasiones osadas de los indios de Yocahuill, y que la conquista no sería una obra completa y terminada, sin penetrar al seno mismo de los valles calchaquíes, donde fermentaban todas las insurrecciones y continuos ataques de los naturales.

Es por eso mismo que, apenas empuña las riendas del gobierno, cuando marcha a trasponer las serranías de Ambato decidido a refundar el viejo y destruido pueblo de Londres, fundación que efectuó en 1607 en el valle de Belén, aldehuela que hasta hoy existe bajo la misma denominación.

La nueva fundación de Rivera obedecía al plan de estrategia que había concebido con el objeto de subyugar los valles alzados de la región de las cumbres.

Pero los indios, que ven de nuevo al castellano en el corazón de sus valles, revélanse, decididos a rechazarle.

La sublevación tuvo un fin desgraciado: los rebeldes fueron vencidos en todas partes. Pelearon como siempre, como héroes; pero faltábales un brazo nervudo y un espíritu animoso como el de don Juan. Los castellanos vuelven a penetrar triunfantes al valle de Yocahuill, y Rivera por escarmentar a los naturales suspendió de la horca los cuerpos inanimados de cuatro caciques calchaquíes.

Dos cosas hay que recordar durante el gobierno de Rivera: la llegada al Tucumán del famoso Oidor de la Audiencia de Charcas, don Francisco de Alfaro, con previsiones contra el mal tratamiento de los indios y una otra local: que es esta la época en que los castellanos comienzan a poblar el valle de Catamarca, ensanchando y colonizando el presidio del Valle Viejo.

Sometido Calchaquí y con el pueblo de Londres manteniendo la obra de la conquista en la región de las cumbres, Rivera deja en 1611 el Tucumán para volver a hacerse cargo de la importante gobernación de Chile, en premio de sus hazañas.

Con don Alfonso de la Rivera termina, sin duda, el período álgido de la conquista, que iniciara Núñez del Prado.

La raza está ya abatida: sólo tendrá alientos para alzarse dos veces más, en formidable insurrección. Estos dos alzamientos no serán sino las dos fuertes y últimas convulsiones de la raza que agoniza.

XXXVI

Asistimos al año de 1558 y los subsiguientes, llenos de acontecimientos para la epopeya catamarqueña, que, a partir de esta época se nos presenta, después de más de tres siglos, con los rojizos resplandores de una hoguera, que iría a extinguirse, dejando aún calientes sus cenizas, casi a fines del siglo XVII, cuando don Alfonso de Mercado y Villacorta, arrancara la lengua de la raza, con la despoblación de Calchaquí.

Esta época, en que hace su aparición el famoso don Juan, cacique-jefe de los calchaquíes, es doblemente memorable para la historia de nuestras montañas.

En efecto: recién en esta época la guerra secular podemos decir que comienza; recién la raza, rehaciéndose de las primeras sorpresas, cobra fuerza moral hasta el grado de lanzar el reto a muerte a aquellos desconocidos de largas barbas.

Es aún más célebre esta época, si consideramos que el orgullo español vióse abatido por primera vez en América, siendo rechazados los ejércitos aguerridos y aventureros de esa España que hizo pedazos un mundo, cuando éste se estrelló contra su pueblo.

Es necesario, por eso mismo, exhumar la memoria de D. Juan de Calchaquí, cuya personalidad de héroe apenas si aparece esfumada en las nubes de polvo del siglo XVI, la edad de hierro de las hazañas.

Acabo de decir que don Juan comienza el primer capítulo de la epopeya, y es cierto. Lo que antes de él aconteciera no fué otra cosa que los preludios, más o menos prolongados e intensos de la catástrofe. Verdad es que se resistió a Almagro; pero ésto, más que nada, láse considerado como un desacato al Inca Paullú y a Villacumu; es cierto que a don Diego de Rojas quiso detener el Cacique diaguita de Capayán; es verdad que a Núñez del Prado le despedazan una parte de la tropa que venía tras él; que a Bazán, sucesor interino de Aguirre, casi obligan los calchaquíes a abandonar para siempre el Tucumán; que los diaguitas de Calchaquí retan y atacan a Pérez de Zurita; pero es verdad también que todo esto apenas si es ligero obstáculo para los castellanos, a quienes los indios como a esos seres de que les hablaba la tradición de los augures y los astrólogos y a quienes, aunque embistan en el primer momento, ceden el paso franco imaginando que esos hombres son dioses, que llevan el rayo en la mano, y que los briosos corceles que obedecen al freno y al acicate del conquistador son fieras infernales; y por eso mismo la muerte del primer caballo, herido en el

corazón por la flecha envenenada, se celebra por los supersticiosos naturales como "insigne victoria".

Recién en la época aciaga de Castañeda estos hijos de América pueden rehacerse del estupor de los primeros momentos, reaccionando moralmente, despertando de ese sueño de espanto, en el que medraban, medio despiertos y ofuscados, como en los insomnios terribles, si todo aquello era o no realidad, a la manera del Segismundo de la tragedia calderoniana.

No hay que culpar como los cronistas de Indias, esta guerra memorable, este incendio devorador, a los errores de los conquistadores, a la saña y perfidia de Castañeda, ni a justos castigos del cielo.

Ya el indio sabe que aquellos, que aparecen montados en sus caballos, guerreros de largas barbas, de rostros blancos y de armaduras relucientes, no son dioses sinó hombres; no son amigos sinó usurpadores; no su raza; no su creencia, ni su tradición. Desde que aquel primer aventurero se internara por Chicoana a Cachalquí, van corridos veintidós años; y ni una vez, siquiera, han penetrado sumisos a la toldería del viejo cacique en demanda de hospedaje; han pasado muchos años y aquellos seres misteriosos, han ídose apoderando de sus tierras, de sus hogares, proscribiendo sus dioses, demandando sumisión, y lo que es más, levantando fuertes y fundando ciudades en medio de sus dominios, como si tierra, aire, cielo, todo fuera suyo!

Los fuegos de la guerra están prendidos.

La larga lucha de los naturales puede decirse que recién comenzó con don Francisco de Aguirre. Núñez del Prado, su antecesor, contemporizador con los naturales, empezó por tratarles bien, convencido de que ese era el medio más adecuado para contenerles y sujetarles.

Cuando posteriormente vinieron los naturales que Aguirre dejaba en Tucumán, dirigiéndose a marchas forzadas a Chile, y como quedara de sustituto suyo Juan Gregorio de Bazán con escasas fuerzas en Santiago, los indios empezaron a asediarse, viéndose el Gobernador forzado a enviar fuerzas, en su protección, desde aquel país, conduciéndolas el Capitán Rodrigo de Aguirre, quien sustituyó a Bazán en su puesto, conforme a instrucciones superiores.

Todo fué hacerse éste cargo del mando, cuando estalló la guerra de Calchaquí, destacándose en ella la personalidad de don Juan, el principal de sus caciques, quien posteriormente tomó este nombre en las pilas bautismales de los misioneros.

D. Juan, capitaneando a los naturales, que le habían reconocido como jefe, comenzó con ardor la guerra, que en un

principio fué desgraciada, y causa de la prisión de Chumpicha, el hermano querido de aquel, cacique, de algunas tribus, a quien Julián Sedeño capturó después de vencerle en la lid.

Hubiera arrebatado la vida a Chumpicha la crueldad castellana, que no necesitaba a veces ni pretexto para ensañarse en sus víctimas, si no se hubiera meditado en la conveniencia de retener en vida al cacique, como en rehenes de la paz de Calchaquí, que forzosamente hubo de venir, a menos de dictar la sentencia de garrote contra su jefe, al menor indicio de sublevación.

La captura de Chumpicha desbarató, por tanto, los planes guerreros de don Juan, a quien con este motivo no le fué posible ganar terreno, aprovechando de las disenciones domésticas de los castellanos, promovidas por los amigos y partidarios de Núñez del Prado, las mismas que dieron por resultado la cesación de Aguirre en el mando de Santiago.

Contribuyó también, en cierto modo, a la cesación de las hostilidades el hecho de recibirse Miguel de Ardiles de Teniente de Gobernador, en sustitución de don Rodrigo, a quien harto odiaban los calchaquíes por los rigores que usó con ellos, hasta que llegó al Tucumán el nuevo gobernador, Juan Pérez de Zurita.

He aquí en los términos en que Guevara se expresa respecto a Zurita, aludiendo a las disenciones con los chilenos: "Estas civiles discordias, dice, arruinarán la conquista si no llegara el general Juan Pérez de Zurita, nombrado por don García Hurtado de Mendoza, en cuyas manos entró el gobierno de Chile. Era Zurita natural de Xerez de la Frontera, caballero noble, tratable, humano y bien conocido por sus hazañas militares, en el Perú contra los Pizarros, y en Chile contra los Araucanos:—prenda que le conciliaron la voluntad del Gobernador Chileno, y le merecieron el gobierno de Tucumán. Venido a la provincia en los principios fué feliz, infausto y desgraciado en los fines".

Estos acontecimientos pasaban por los años de 1558, como lo enunciamos al principio.

El magnánimo Zurita trató perfectamente, no sólo al prisionero, sino también a Don Juan, con quien entró en las más cordiales relaciones, estrechando día a día su amistad. De aquí que Don Juan, lejos de mirar con desagrado las fundaciones, primeramente de Londres y después de Cañete y Córdoba de Calchaquí, contuvo a sus vasallos, que buenos deseos tenían de dar en tierra con la obra del Gobernador, convencidos de que cada una de esas fundaciones era un baluarte, de los que tanto se sirvieron posteriormente los valerosos conquistadores, en su lucha con el mismo don Juan

de Calchaquí. Hablando de estas fundaciones, dice el P. Guevara "que las tres se fundaron en el valle de Calchaquí: por contemplar a don Juan de Calchaquí que le profesaba afecto, y contaba entre los poderes de su autoridad el allanar en gente belicosa para admitir el vasallage de su íntimo familiar".

La amistad recíproca entre el cacique indio y el Gobernador castellano, fué estrechándose paulatinamente, hasta el grado de que parecían antiguos y queridos camaradas, llegando don Juan en su lealtad hasta profesar el más cumplido respeto a S. S., de quien tampoco escaseaban las consideraciones a su persona.

Sin embargo, el astuto Don Juan, que no tenía otro pensamiento y otra preocupación constante que la libertad de su hermano Chumpicha, aprovechó de la oportunidad de las guerras del Gobernador Zurita con los diaguitas y famatinas, a quién, sin duda, el mismo incitaría, así como de los disturbios civiles de Santiago, ocasionados por el Teniente Berzocana, sustituto de Zurita mientras éste anduvo en campaña. Así fué cómo en los momentos más críticos, don Juan acercóse al Gobernador en demanda de la libertad de su caro hermano Chumpicha, ofreciendo a S. S. los más grandes partidos en cambio.

Por más que premeditadamente el Gobernador tenía el pensamiento de dar libertad al prisionero, no quiso hacerlo, sin compartir las responsabilidades ulteriores juntamente con los capitanes, a quienes reunió en consejo en Londres, sometiendo a su decisión si se libertaba o no a Chumpicha.

La mayor parte de los jefes sostenían lo peligroso que era dar libertad al prisionero, cuyo rescate podría ser causa de que nuevamente se encendiesen los fuegos de la guerra, perdiendo los castellanos todo el camino andado; más el Gobernador, decidido por la libertad de Chumpicha, argüía al revés, sosteniendo lo peligroso que era que despechado don Juan, sin conseguir la libertad de su hermano, la tentase por medio de las armas, pues llevaba ya un año de requerimientos y súplicas.

Triunfó por fin, el dictámen del Gobernador Zurita; y Chumpicha y su hijo, compañero suyo de prisión, fueron restituidos al jefe de los caciques calchaquíes, quienes les recibieron con singulares muestras de contento y satisfacción.

Es preciso, en honor de D. Juan de Calchaquí, hacer notar que, leal en sus compromisos para con Zurita, dejó en empeño su palabra, durante todo el gobierno de éste, sin abrigar la más remota idea de rebelarse contra quien acababa

de poner cuanto estaba de su parte para el logro de sus deseos.

En efecto: los calchaquies, lejos de albergar en su espíritu odiosidad alguna para con Zurita, declaráronse, manifestándolo por actos, los más cumplidos y finos amigos de S. S.

Este rasgo fisonómico de D. Juan es sorprendente, si se tienen en cuenta las veleidades y natural falsía de los indios, más fáciles de quebrantar un juramento que de mantenerlo un solo día; tanto más si se considera que a D. Juan presentábasele conyunturas para poner en serios aprietos a S. S., como en esos días críticos en que sus gobernados amotináronse contra él, corriendo peligro en Londres el poder de su autoridad de gobernante.

Pero luego no más, los sucesos cambian de especie, con la alteración de las cosas, por la mengua que sufriera la autoridad de Zurita con la llegada de Castañeda al Tucumán. con aquél cumpliése la profecía de Centenera, en su "Argentina".

Castañeda llegaba enviado por el gobierno de Chile, instruido por Villagra, de desconocer la autoridad del buen Zurita, a quien Nieva, el Virrey del Perú, había confirmado en su nombramiento, eximiéndole de entenderse en lo relativo a su gobierno, con el de Chile.

Lo cierto es que se pasó por sobre la soberana voluntad del virrey, y Castañeda prende traidoramente a Zurita, a quién obliga a acompañarle, como en calidad de lacayo, por todo Calchaquí, llenando de vejaciones al famoso fundador de ciudades y diplomático pacificador de estas regiones, desterrándole después de dejarle sin gobierno y sin honra. "Así la inestabilidad de la fortuna, dice el P. Guevara, injustamente abate los beneméritos, y levanta indignamente a los culpados!"

Castañeda era un hombre terco, arrebatado, impolítico, tanto, que no fué capaz de comprender que las vejaciones a su ilustre antecesor no harían otra cosa que enconar los ánimos, a fin y al cabo justicieros, de los que contemplaban sus obras. Ello es que todos sus pasos sembraron la tempestad.

Hablando de Castañeda, y comparándole con Zurita, dice el citado Padre Guevara: "No fuera pequeña gloria de Castañeda conservar los adelantamientos de Zurita: pero no supo promover la conquista, ni conservar lo conquistado. Antes del año se despoblaron las ciudades de Córdoba, Londres y Cañete, y poco después la de Nieva. La ciudad de Córdoba experimentó más vivamente el furor del Calchaquí. Sustentó con gloria sus asedios. En el primero, Castañeda rompió felizmente por medio del enemigo, y metió socorro de gente en la ciudad: el segundo levantaron los sitiados en una

salida que hicieron contra los sitiadores: suceso en que tuvieron parte las matronas cordobesas, trayendo prisionera a la hija del cacique Juan Calchaquí: en el tercero los infieles rompieron los conductos del agua y redujeron los ciudadanos a extrema miseria”.

Los horizontes del año 1561 aparecen cargados de rojo.

Zurita era un gran contemporizador, y su misma generosidad para con los naturales había desarmado a éstos. Don Juan de Calchaquí no veía en el político gobernante al enemigo blanco, sino al protector oficioso. Los compromisos del celoso cacique de estos valles estaban ligados íntimamente con la persona de Zurita, vejada, humillada, desterrada, con temeridad, felonía e injusticia. Don Juan no estaba obligado a nada más. Las vejaciones al amigo de su raza, al libertador de su hermano y de su sobrino, al protector de sus vasallos, recibíalas como si fueran inferidas a su persona. Comprendió el astuto cacique que para él y los suyos toda garantía había ido con Zurita; meditó en lo que Castañeda era capaz de llevar a cabo contra él, habiendo hecho lo que hizo con el buen Zurita. ¿A qué pedir ratificación de su alianza con los castellanos, si este hombre pérfido, injusto y traidor había de violar la fe jurada?

Tenía razón el infeliz don Juan: demasiado había hecho con permanecer cruzado de brazos, viendo abatida la independencia de su patria, anulada y desconocida la libertad de sus vasallos.

De parte de los naturales, como dice con rigurosa verdad el P. Lozano, “lo mismo fué ver perseguido a su benefactor, que perdido el miedo a nuestras armas, soltaron la rienda a su furor, principalmente los diaguitas, que confederados con don Juan de Calchaquí, se juntaron en número de cuatro mil y fueron a dar en la ciudad de Londres, pero reconocieron tal vigilancia y prevención entre sus moradores, que se pasaron a sitiar la ciudad de Córdoba”.

Don Juan, cuando estos hechos se produjeron, hacía algún tiempo que se preparaba para la guerra, convocando a todos sus vasallos y enviando la flecha a los indios amigos, que la aceptaron en señal de alianza. Su plan estratégico fué de atacar y destruir las ciudades fundadas por Zurita, que eran verdaderos baluartes, si se tiene en cuenta su situación y la topografía del suelo; porque es claro que si consiguiese arrollar las fundaciones, inmensa ventaja llevaría a los castellanos en las operaciones militares en los valles y montañas, cuyo bosques, asperezas y dificultades naturales eran para el indio las mejores fortificaciones y las trincheras.

Don Juan comenzó la guerra ofensiva a sangre y fuego, sin perdonar la vida a cuantos prisioneros caían en sus ma-

nos, a los cuales se sacrificaba con esa crueldad sin ejemplos de que hacían uso los indios para castigar la insolencia castellana. Es verdad que era esta guerra la primera grande explosión de ira, después de años de abatimiento y vergonzosa inercia y sumisión.

¡A Londres!—se dijeron todos; pero tal fué la vigilancia y el número de las fuerzas londonenses, que don Juan, antes que exponerse a perderlo todo en el primer empuje, decidióse a tomar al Norte, hacia su valle de Yocahuill, poniendo sitio a Córdoba, lo que le traía la ventaja de dividir las fuerzas castellanas.

Pero el meditado ataque a Córdoba de Calchaquí fué más desgraciado que el de Londres. El solo nombre del bravo Julián Sedeño, vencedor de Chumpicha, infundió temor a los naturales, a quienes había hecho sentir el peso de su espada, tres años antes.

Al enfrentarse a los reales Calchaquíes el esforzado capitán, éstos corrieron a refugiarse en las fragosas serranías del valle, creyéndose seguros en los baluartes de granito; pero allí mismo, donde solo asienta el pie el guanaco, Julián Sedeño trepó con los valerosos conquistadores, donde libró batalla, hasta desbaratarles, aunque con pocas pérdidas por parte de los vencidos, que sabían buscarse guarida en la más inaccesible de las cumbres. Es la primera vez que el estampido de trueno de las armas de fuego hubiese despertado el silencio genésico de aquella larga y fragosa morada de los cóndores andinos!

D. Juan, después del desastre, tomó por caminos extraviados; y como no apareciese más, creyeron por un momento los vencedores que había perecido en la refriega, despeñado de alguna cumbre.

Nada de eso: D. Juan estaba vivo, con el espíritu tan fuerte y entero como el cuerpo, sin sentirse abatido por ese desastre, como es prueba evidente de ello la resistencia de Bayardo que él casi solo hizo contra toda una compañía, que le había rodeado, cortándole el paso.

No hay para qué decir que la suerte no acompañó al valor desplegado, pues que él, juntamente con sus caciques, que le defendían, cayó prisionero en manos del conquistador, mostrando toda la entereza de su espíritu indomable en la desgracia.

No aconteció lo mismo con los vasallos del valeroso cacique, a quienes, sobre el terror de la refriega, añádiase el nuevo y verdadero desastre de la captura del jefe idolatrado.

D. Juan fué conducido a los reales castellanos; y todos, a una voz, jefes y soldadesca, desde el primero al último,

pidieron la inmediata muerte del cacique calchaquí. Don Juan, que veíase con la sentencia sobre la cabeza, tan fuerte de brazo como ingenioso en sus desgracias, mostróse por esta vez, más que astuto, sutil y artero. Erale preciso vencer aquellos odios y los justos y claros razonamientos de los que pedían su muerte. Pasaba por el trance más difícil y funesto de su vida: y, sin embargo, consiguió su libertad!

Castañeda estuvo indeciso en el primer momento: su muerte era la venganza de sus armas; pero, por otra parte, temblaba ante los resultados que pudieran sobrevenir al país, pues que si se procedía con Don Juan de aquella manera, era seguro que se produciría una gran sublevación entre los indios, que le tenían un cariño entrañable.

Pero difícil es, dado el carácter precipitado, terco y vengativo de Castañeda, que se hubiese hecho semejantes reflexiones; y si D. Juan quedó con vida y aún dióle libertad, provendría, indudablemente, de que el astuto cacique hubiérale metido miedos, haciendo sublevar los suyos, que amenazantes y furiosos por la captura de su jefe, demandaran el rescate o lanzáranse al saqueo, el incendio y la matanza.

Prueba esto mismo la conducta posterior de Don Juan, tan diversa de la que empleó con Zurita cuando el rescate de su caro hermano Chumpicha; pues que, libre Don Juan, comenzó a seguir esa política de reservas del indio, tan astuta como silenciosa, deslizando sus intenciones en la sombra, como la serpiente, hasta el instante de dar caza a su presa.

Fué así cómo, con el propósito premeditado de extraviar a los castellanos, se hizo bautizar con el nombre de *Juan*, nombre con el cual le conocen sus contemporáneos y ha pasado a la historia este personaje tan famosamente singular. Lo mismo hicieron algunos caciques, amigos suyos.

Valido de este ardid, pudo engañar a la desconfianza castellana, y partiendo a Cachalquí, manifestó a sus enemigos que iba a entregarles su país, a fin de que le convirtiesen sacándole de su gentilismo y de su natural libertad, hasta someterle al rey, el Señor de estas Indias.

Nada de eso: Don Juan desaparece, cuando al tiempo llega al pueblo la noticia de que Julián Sedeño había sido vencido y sacrificado con horrible muerte, lo mismo que Bernal, de paso a Santiago, en una estrechura donde habíase apostado un destacamento indio, en el valle de Yocahuill.

“Estas muertes, dice el cronista, fueron como el clarín, que esparció por todas partes el rumor de la guerra.”

Los castellanos volaron inmediatamente a sus cuarteles, y empuñaron las colgadas armas. La indignación que causó

la muerte del bravo Julián Sedeño fué tanta, que nadie pensaba en otra cosa que en vengar su cruento sacrificio.

Los indios, por su parte, cebados con la desaparición del hombre que les hizo retroceder, cerrándoles las puertas de Córdoba de Calchaquí, celebraron sus acostumbradas orgías y bacanales, llenando de rugidos, de cólera y de alaridos de venganza el famoso valle de Yocahuill.

La importancia de adueñarse en absoluto de este valle y tomar a Córdoba, situada al parecer en el corazón mismo, no puede escapar, mucho más si se tiene en consideración que era por Yocahuill uno de los pasos precisos a Santiago y otros pueblos, a donde los españoles enviarían pregoneros en demanda de auxilio, de guerreros, armas y municiones. Los calchaquíes así lo comprendieron; y es por eso que Córdoba fué sitiada inmediatamente, exponiéndola al más inminente riesgo de sucumbir, pues eran relativamente poco numerosas las fuerzas que resistían al sitio.

Llegaron los aprietos de Córdoba a ser tales, tanta la energía del ataque, que el general Castañeda corrió apresuradamente en su socorro.

El estratégico D. Juan, sabedor de la llegada del Gobernador, apresuróse a tenderle una celada, que interrumpiese su marcha, si no le desbarataba por completo. Al efecto simulando un ataque más encarnizado a Córdoba, dejó una pequeña parte de su tropa a las puertas del pueblo, para apurar el sitio, mientras que él sigilosamente se corría a emboscarse en un paso preciso, por donde Castañeda debiera forzosamente marchar, asaltándolo de improviso.

Tal como lo proyectó D. Juan, el sitio se apretó más, llegando noticias de ello al gobernador, quien creyendo allí a D. Juan con todo su ejército, apresuró la marcha, sin preocuparse de otra cosa que de llegar cuanto antes a Córdoba.

La escena ocurrida hacía poco con Julián Sedeño se repitió: el incauto Gobernador cayó en la celada, que produjo el efecto deseado por el cacique Calchaquí.

D. Juan, con la mayor parte de sus tropas, habíase apostado en un sitio montuoso a alguna distancia de su campamento. Al pasar por allí el Gobernador, la emboscada le envistió de improviso, cayendo una granizada de flechas certeras sobre el pecho de los castellanos, que en todo pensaban menos en esa sorpresa del adversario.

El campo quedó poblado de muertos; el paso fué cerrado; los españoles acorralados; y antes de perecer todos, no sin recio batallar, el Gobernador pudo salir de aquellas Termópilas.

Castañeda quedó hecho pedazos.

En vano desde Córdoba le enviaban mensaje sobre mensaje y aviso sobre aviso, a fin de que redoblase la marcha. El instante por que pasaba el pueblo castellano era crítico; las vidas de sus moradores peligraban y el incendio cundía.

Castañeda no dió un solo paso adelante. Redujo todos sus planes a uno nuevo: el de amedrentar a los naturales por actos de crueldad, esperando de ese modo reducirlos a la obediencia.

Al efecto, el impolítico y cruel Gobernador hizo cortar la cabeza a algunos prisioneros que cayeron en sus manos, enviándolas como presentes de guerra al campo enemigo.

Pero este acto de verdadera barbarie, por la crueldad de las ejecuciones, recrudeció la venganza, despertando hasta el último resto de ira que guardaban los pechos de los salvajes calchaquíes. D. Juan, lejos de amedrentarse, fué demasiado suspicaz para comprender toda la impotencia que aquel acto revelaba; y de aquí que recrudecen las hostilidades y que Castañeda, desbaratado, deshecho, convencido de que hasta la resistencia era imposible, hizo subir a la tropa en sus caballos, para retirarse cuanto antes de aquel campo de carnicería, de aquellos valles funestos para las armas castellanas, las que nada hacían, a pesar de vomitar fuego y muerte a toda hora.

La retirada a Londres fué penosísima, pues que momento por momento era picado por la retaguardia, y las montoneras indias no dejaban por un instante de asediarle. Muchos de los soldados perecieron; otros llegaron heridos o enfermos.

Tal fué el resultado de la desgraciada expedición a Calchaquí que hiciera el General Castañeda.

Llegado a Londres, lleno de vergüenza, su pensamiento del momento fué rehacerse y penetrar por segunda vez a Calchaquí a borrar el baldón a sus armas y vengar sus desastres en la guerra. S. S. volvió, en efecto, de su susto, comunicando nuevo ardor y vida a sus desmayadas tropas, siempre dispuestas, como los ejércitos castellanos, a reaccionar.

Reuniendo nuevos elementos, disciplinando la gente que le había quedado, demandando recursos de tropas a Santiago del Estero, nuestro Gobernador volvía a tener soldados y ejército.

Córdoba, entre tanto, agonizaba.

Apenas llegaron los refuerzos de Santiago, Castañeda ordenó la marcha en protección de la ciudad sitiada, la que se efectuó, aunque esta vez llena de precauciones, aleccionado como estaba por los desastres anteriores.

Las medidas tomadas le valieron escapar de nuevas emboscadas que D. Juan le había preparado, con el propósito de desbaratarle antes de su llegada a Córdoba de Calchaquí, propósito que fué funesto en esta ocasión, pues S. S., cayendo sobre los ejércitos de los naturales, los desbarató con grandes pérdidas para éstos, de los cuales se apoderó el pavor.

Don Juan de Calchaquí vióse obligado a levantar el largo sitio de Córdoba, con la adversidad de los combates.

El Gobernador hizo su entrada triunfante al pueblo, en medio de los públicos festejos y aclamaciones de sus moradores, que a no haber sido socorridos tan a tiempo, hubiesen perecido todos.

Don Juan vencido en Córdoba, como Atila en Chalons, retiróse a los montes, a meditar otra empresa y otro ataque. Sus soldados ocuparon, como en ocasiones semejantes, las más fragosas de las montañas del país.

Hasta las cumbres inaccesibles pretendió llegar la osadía castellana, y sin duda que Castañeda fué rechazado varias veces al intentarlo, lo que parece que queda plenamente confirmado y comprobado con las proposiciones de paz que varias veces hizo a los indios, las que fueron rechazadas por los naturales, a pesar de que los castellanos dominaban los valles y talaban las mieses que les servían de alimento.

Castañeda no supo sacar el provecho que debieran darle sus victorias sobre D. Juan. En vez de tratar de reducir a los naturales, amedrentados por recientes desastres, o dejar suficientes fuerzas a Córdoba para poder contrarrestar en cualquier momento los ataques que posteriormente debieran llevar los naturales sobre el pueblo, decidióse en 1562 a regresar a Londres, con general descontento y hasta protesta de los vecinos de Córdoba, a los que dejaba en desamparo, renunciando voluntariamente a las ventajas conseguidas con sus triunfos, toda vez que dejar nuevamente indefenso al pueblo era soltar la presa, conseguida con afanes y peles.

Decidido a dar la vuelta, sin atender a ninguna súplica, los habitantes de Córdoba pusieronse inmediatamente a levantar un fuerte de *pircas* en los alrededores del pueblo, a fin de poderse defender con ventajas, pues no escapó a la previsión que infunden los peligros, que apenas regresase Castañeda, D. Juan debía aparecer de nuevo, más torvo, airado y amenazante que otras veces. Y en verdad que éste fuerte, en la irrupción de D. Juan, salvó a los habitantes desamparados de Córdoba.

Con efecto: habiendo el cacique Calchaquí asediado nuevamente a los castellanos, viendo por esta vez que todo ataque era infructuoso por la defensa artificial y eficaz del

fuerte recién construido, resolvióse a rendirlo por hambre, como lo verificó, siendo tales los aprietos de los sitiados, que enviaron a Londres y Cañete en demanda de fuerzas, que no llegaban.

Lo cierto es que Don Juan se apoderó de Córdoba, y cortando las acequias que conducían el agua al fuerte, cuando la sed apuró a sitiados, éstos viéronse obligados a abandonarlo, y presentan batalla campal, la que comenzaron con éxito feliz, pues que sorprendieron el campamento de Don Juan, introduciendo *de* confusión, hasta el grado de que los calchaquíes no pudieron organizarse, declarándose la victoria en contra de ellos, y dejando entre otras cosas, en manos de los castellanos a una hija del valeroso D. Juan, "suceso, dice Guevara, en que tuvieron parte las matronas cordobesas".

Prenda de guerra, y muy estimada, fué esta hija de D. Juan, pues que los castellanos recordaron todo el partido que se sacó con la captura de Chumpicha, su hermano.

Por el rescate de esta prenda quisieron los españoles comprar la paz. Pero D. Juan, lejos de aceptarla a ningún precio, y sin mostrarse dolorido, ni aun pesaroso por la captura de su hija, decidióse a encender nuevamente los fuegos de la guerra sin cuartel.

A todas las tribus fué enviada la flecha, y las tribus todas acudieron solícitas al llamamiento del jefe calchaquí. La consigna era el rescate de la querida hija de D. Juan.

El Gobernador, entre tanto, en medio de la general conflagración de Córdoba de Calchaquí, ocupase en transportar a Londres al valle de Conando, de lo cual se aprovecharon los naturales para llevar repetidos y briosos ataques a Córdoba.

Fué tal por esta vez el número de los asaltantes y el arrojó de D. Juan, que los españoles, atemorizados, previendo un fin trágico, demandaron del cacique la paz varias veces, hasta el grado de enviarle a su hija, con gran pompa, para congratularse con él. Pero este acto de generosidad o cobardía castellana, lejos de inclinar a la calma el espíritu turbulento de D. Juan, una vez recuperando la presa de manos del adversario, sin los temores de antes, de que el ataque pusiera en jaque la vida de la joven hija del cacique, éste se lanzó con los ímpetus del león *de* las montañas sobre Córdoba, desamparada, abatida y sin alientos para una lucha tan prolongada como desigual.

Todas estas circunstancias decidieron a sus moradores, como lo verificaron, a aprovechar las sombras de una noche negra, para tomar camino de Jujuy, dejando los hogares

hospitalarios de Córdoba. Pero sentidos por las avanzadas del cacique, éste les batió con tanto éxito como crueldad, que no escaparon con vida sino seis castellanos, los que después de muchas penurias llegaron a Nieva a descansar de sus fatigas y del terror que se había apoderado de sus espíritus.

¡Por fin, después de tantos anhelos, de tantas fatigas, de tantos insomnios, de tantas batallas, de tanta sangre derramada, pudo el viejo cacique ver a la imagen de la libertad de su patria esparcir por el aire los girones del estandarte castellano, que simbolizaba esclavitud y muerte para su raza!

Con tan señalado triunfo tomó alas el engreimiento de Don Juan, quien proyecta asolar los otros pueblos.

Pensó comenzar por Cañete, como que al efecto envió la flecha a estos indios; pero ella le fué devuelta. Esto no era sino un ligero contratiempo para el cacique: tenía demasiado ejército y valor para llevar a cabo su plan de liberar el país entero, abatiendo la soberbia española.

Castañeda entre tanto, después de la desgraciada suerte de Córdoba y matanza de sus pobladores, toca a rebato apenas llega a su conocimiento la infausta nueva.

A pesar del reducido número de soldados con que S. S. contaba, no quiso dilatar por un instante más la venganza, temeroso también de que aquella dilación fuese mirada como cobardía de su parte.

Empresa magna y atrevida era la de S. S. que nos haría pensar en que nacieron de nuevo los doce pares de Francia, con todas sus hazañas, si por un momento diéramos crédito a lo que, tan candorosamente, nos cuenta el P. Lozano, de que el Gobernador con solo seis soldados atacó al ejército de Don Juan que no contaría con menos de doce mil guerreros; pero lo admirable es que el cronista hace desbaratar con media docena de hombres gran parte del poderoso ejército de D. Juan!

Desde ya digamos que esto es tan inexacto como inverosímil, si no inconcebible. Seis soldados no tendrían tiempo en todo un día de sembrar los campos de cadáveres, aunque los adversarios sirvieran de blanco a los arcabuces. La prueba de la inexactitud de esta aseveración, la encontramos en el Padre mismo, a vuelta de página, pues que dice textualmente, refiriéndose de cómo Castañeda después de la victoria se retiró a Cañete "para curar los heridos que fueron muchos, fuera de algunos muertos".

Claro es que cuando los muertos son *algunos y muchos* los heridos, no se quiere aludir a solo seis soldados que son *muy pocos* para heridos o muertos.

Recordaremos a propósito, que Castañeda retiróse con todas sus fuerzas de Córdoba de Calchaquí; que tenía soldados en Londres, y que seguramente uniría a estos elementos toda la indiada de Cañete, dada la coincidencia de librarse batalla quizás en sus dominios mismos, y haber poco antes devuelto la flecha a D. Juan en señal de repulsa de su alianza. Es probable, entonces, que S. S. hubiese atacado al cacique Calchaquí con dos o tres mil hombres, entre ellos *solo seis* españoles, por más que los indios de Cañete fuesen forzados a la lucha en pos de los castellanos, más que con desabrimiento con contrariedad, pues que debía serles muy simpática la causa de Don Juan, a quien luego no más prestan auxilios.

Después de la victoria que dejamos consignada, el Gobernador hizo en Cañete la reunión general de sus tropas, inclusive fuerzas de Santiago, y con todos estos elementos marchó a Calchaquí, con el propósito de concluir de una sola vez con los insurrectos y someter al alzado valle de Yocahuill.

La entrada al valle verificó el Gobernador sin plan de ningún género. En estrategia cometió el error de dividir sus fuerzas, de tal manera que algunos de los destacamentos fueron arrollados, sin conseguir S. S. en algunos encuentros otro trofeo que hacer unos cuantos prisioneros.

Asediado día a día, sin dirección, sin plan, fatigado por las luchas continuas contra un enemigo más conocedor quizás del arte de la guerra, el ejército castellano tuvo forzosamente que abandonar el valle de Yocahuill, deshecho y desmoralizado con las fatigas y las derrotas.

Entre tanto, la región del centro, los indios del valle de Huasan, alzaronse en armas: la chispa de la rebelión había producido también el incendio en él, y Cañete veíase amenazado de ser consumido por el fuego y destruído por la matanza y la carnicería. Sus pobladores, temerosos de que les pasase lo que a los de Córdoba de Calchaquí, huyeron a Santiago, picados a la retaguardia por los indios, a pesar de verse favorecidos por un pequeño refuerzo que Castañeda envió en socorro suyo.

El Gobernador, que entre tanto venía de regreso de su desdichada expedición contra Calchaquí, librando combates aquí y allá con las montoneras indias que le asediaban a cada paso, una vez en el valle donde Cañete estaba situado, volvió a poblar la ciudad que los naturales destruyeran aunque por esta vez los antiguos moradores no se atrevieron a traer de Santiago sus familias, que fueran a este pueblo en busca de refugio, de temor a un segundo asalto.

En seguida volvió el Gobernador a batir a los indios de Silpica, que habíanse alzado armas en mano, desbaratándolos en Detium, regresando inmediatamente a Calchaquí en socorro de Londres amenazado, enviando con tal objeto a uno de sus segundos, el que llegó a este pueblo después de batallar en todo el trayecto.

Péro todo fué en vano: D. Juan en alianza con las tribus de los diversos valles, dispúsose a dar una ataque formidable a Lóndres, convocando al efecto a todos sus guerreros, y esparciendo ese terrible pavor que había enseñado a infundir a los orgullosos castellanos.

Por todas las regiones del oeste de nuestro Catamarca no se oyó sino un solo grito de guerra, y no se veía otra cosa que avance de tropas, desfile de ejércitos, marchas forzadas, campamentos, hogares, puntas de lanzas.

Mejor es que en el año 1563 de la libertad, Castañeda, el amo inepto, vengativo y cruel, parta a Chile, a no volver jamás a poner la planta en este suelo, donde hasta los vientos le echarían en cara sus desastres y las calamidades, que en gran parte precipitó con sus injusticias para con la virtud y el heroísmo: mejor es que abandone para siempre una empresa que no es capaz de llevar a cabo, y que deje a Calchaquí, libre como el guanaco de las montañas.

Córdoba de Calchaquí no será de entonces en adelante sino un montón de ruinas, que dirán a los siglos lo que apenas ha relatado la crónica fría, descarnada, parcial e injusta; Cañete y Londres quedan abandonados, como mudos testigos de la vergüenza castellana; la ciudad del valle de Jujuy queda despoblada, y solo restan en pié los gloriosos vencedores.

Cuando Francisco de Aguirre entró por vez segunda al Tucumán, en 1564, tuvo la ocasión e intrepidez bastantes para penetrar a Calchaquí con todo su ejército; y aunque la fortuna le hizo soñar con ilusiones los primeros días haciéndole vencer en la lid, fué para desengañarle acremente más tarde, cuando envió el batallón aquel, capitaneado por su propio hijo, que marchaba ansioso por recoger los laureles de su padre.

Pero la muerte aguardaba al ambicioso e incauto joven Aguirre. Calchaquí era entonces la tumba de los castellanos. Los naturales a jornada y media más allá de la derrota, lucharon hasta vencer a las bizarras tropas invasoras, exterminando no tan solo a los soldados sino también a su jefe, y apenas si el Gobernador escapó con vida, acompañado de unos cuantos, convencido de que todo ataque a los valerosos indios de este país era imposible, decidiéndose a fundar casi a las puertas de Calchaquí, el pueblo de Tucumán.

Recién de 1586 a 1590, Ramírez de Velasco, antes de fundar La Rioja, entraría por aquella puerta, acompañando a los pendones de Castilla con los himnos de la victoria, que no consiguieron ni Castañeda, ni Aguirre ni posteriormente Abreu de Figueroa con su desgraciada expedición.

Es verdad que en tiempo de Ramírez de Velasco ya no existía un Juan de Calchaquí y que el Cacique Silpitoce era demasiado pigmeo para substituir al personaje épico.

Vendrán luego el alzamiento troyano de diez años y la guerra del falso Inca; pero Calchaquí no será ya libre; sus hijos caerán en esclavitud, y con la tragedia de Quilmes concluirá la existencia de la raza.

XXXVII

No es mi mente ocuparme del cacique Chumpicha, ni de sus hazañas (que parece no las tiene), ni menos, por ahora, de su famoso hermano, D. Juan de Calchaquí, cuya aparición en 1558 acabamos de ver que ha dejado rastros indelebles de sus hazañas bélicas.

Mi objeto es buscar el origen de esta palabra, repetida a cada instante por los viagueros, porque el nombre de Chumpicha o Chumbicha es conocido de los habitantes de esta República, desde que la locomotora hiciera su entrada a tierra de Ambato.

La villa de Chumpicha, hoy con tendencias de llegar a ser pueblo algún día, se encuentra como a cinco leguas al sud de Villapina, frente a la famosa quebrada de la Sévila, pertillo por donde comunican la región central con el oeste de Catamarca. Chumpicha existió ahora más de tres siglos; y aunque no ha sido un pueblo o ciudad de la importancia de Londres, Barco, Cañete, Quilmes, Córdoba y Yucumanita, donde se han desarrollado las escenas de la guerra, es preciso, no obstante, dedicarle un capítulo especial, ya que no por sus vinculaciones con la historia, por su importancia actual y por la curiosidad natural que tiene que despertar el nombre, nada español, de este pueblo. Y, aunque es cierto que está en la boca de la Sévila, enseñándonos esto mismo que debía haber nacido para ser punto de estrategia militar en tiempo de la conquista, también es cierto que ésta se llevó a cabo en la región del otro lado del Ambato, en el memorable valle Calchaquí.

¿Por qué el lugar de que nos ocupamos lleva este nombre tan singular?

Esta es la primera pregunta que nos hacen los viajeros

curiosos al acercarse a Catamarca, la clásica ciudad de los milagros.

En lo único que caerá todo el que sea un poco avisado, es en que el nombre de Chumpicha es quichua, en lo que no estará errado.

En el "Arte y Vocabulario de la Lengua Quichua", pág. 81, que compuso el P. Torres Rubio (1619) encontramos que la palabra *chumpi* significa *faja o ceñidor*, de modo que *chumpi-cha* o *Chumpi-chac* quiere decir *hacer la sogá*. El verbo *cha* (quichua) es *hacer* (castellano), propuesto al sustantivo, la cosa hecha, según Lafone.

Otras veces *cha* (para los terminados en vocal) o *ch* (para los en consonantes) suele ser una partícula añadida a las palabras, de modo que ellas las hacen compuestas. Así tenemos: *maypi-ch*, *mayman-cha*, *quiman-cha*, etc. En lugar de *cha*, suelen usarse también las partículas *cca*, como *chayruna-cca*; la *ari* como *paymi-ari*: la *chu*, como *ruray-chu*, etc.

En el idioma de Arauco la palabra Chumpicha tiene una significación semejante a la que dimos, pues como lo asegura nuestro ilustre americanista, Sr. Lafone Quevedo, "en ese idioma *chumpi* es faja o ceñidero y *cha*, pueblo; de suerte que podría traducirse por *pueblo de la faja o ceñidero*".

Pudiera acontecer, sin embargo, que la palabra fuese *Chumpi-chaca*, que significa *puente de sogá o de cuerdas*, que dígame lo que se quiera, los Incas los construían en cada río o quebrada, habiendo más de una vez no podido resistir éstos puentes al peso de los caballos del conquistador. A'guien, al ver el color pardusco del cerro de Chumpicha, podría creer que la palabra primitiva, también compuesta, es: *Chumpi-ch* siendo *Chumpi* color pardusco, y *cha* o *ch* una de las denominadas "partículas de ornato" que hacen "dubitación", como si dudase del porqué del color del cerro.

Sea de ello lo que fuere, el nombre de Chumpicha lo encontramos en un cacique de Calchaquí, que lo llevaba, en tiempo del gobierno de D. Francisco de Aguirre, en la época de la sublevación de D. Juan, hermano de Chumpicha, mientras D. Francisco marchó a Chile, en protección de Valdivia, asediado por los araucanos.

Después de una batalla con los castellanos, capitaneados por Julián Sedeño, el Cacique Chumpicha cayó en sus manos, prisionero de guerra.

El actual pueblo de Crumbicha, indudablemente debe tener un parentesco de consaguinidad con el nombre del cacique prisionero en ese entonces, ahora tres siglos, pues es seguro, o que el pueblo ha dado el nombre al cacique, o viceversa, el cacique al pueblo.

El Sr. Lafone Quevedo, en su "Londres y Catamarca",

por buscar a Chumbicha (pueblo) parentesco con Chumbicha (cacique), piensa que el cacique, que diez y seis años antes de la captura de Chumbicha, recibiera en Capayán armas en mano a Diego de Rojas, era *hijo* de este último, y que el cacique de Calchaquí recibió su nombre de este lugar.

Yo no acepto ni una ni otra hipótesis.

A mi modo ver, en la época de la entrada del descubridor Diego de Rojas, en 1542, con excepción de Coneta y talvez de Huillapima, sólo Capayán existía al sud de la provincia. Con efecto: ni Herrera en sus *Décadas*, ni el P. Lozano hacen mención alguna del pueblo de Chumpicha, el que si hubiese existido forzosamente lo hubiesen recordado, dada su situación estratégica, a las puertas del oeste, lo que hace pensar, por más de un motivo, que este pueblo hubiese sido una plaza fuerte. El cacique de Capayán, sintiendo que el conquistador Rojas invadía sus dominios, y en el propósito de buscar el punto más natural para su defensa, hubiérase guarecido en Chumbicha, plaza fuerte; y dado que no fuere sino simplemente un pueblo, allí hubiese aguardado al conquistador, porque tenía las montañas como último refugio a su espalda, y la boca de la Sévila como puerta de escape. Nada de esto sucede, y el cacique de Capayán espera a Rojas en este pueblo, con el arco en una mano y unos *manojos de paja* en la otra (que nada tienen que ver con la sogá o *ceñidor*, así como no hay relación entre *Chumpi* y *cha* con *maytu*, manojos, ni *ychu*, pajal sin duda para lanzarlos prendidos en las bolas arrojadizas sobre el campo enemigo.

Hay más aún: si Chumpicha existía, fuese o no plaza fuerte, constaría que Rojas la hubiese tomado, ya para defenderse en lugar estratégico, ya para de allí partir al sur, pues su pensamiento no era ir hacia Capayán, sino en dirección al Río de la Plata, o ya, en fin, para favorecer la entrada de Gutiérrez al país de los diaguitas.

Aparte de esto, cuando los capayanes huyen con las vituallas. Rojas vése obligado a ir en busca de ellos al país de los juríes. ¿Por qué, si Chumpicha existía, no se fué directamente a buscarlos en este pueblo, donde a lo menos había plantaciones de maizales, pues que era época de verano? Pero ni esto hizo Rojas, ni nada nos dicen los historiadores al respecto.

Creo fundadamente, entonces, contrariamente a lo que opina el Sr. Lafone Quevedo, que Chumpicha no ha existido ni podido existir en tiempo de la entrada de Diego de Rojas.

Creo asimismo, como lo dejé manifestado, que el nombre de Chumpicha, pueblo, si bien tiene parentesco con el de Chumpicha, cacique, no lo es bajo la suposición de que fuera hijo de este último, el curaca de Capayán que recibiera a Rojas armas en mano, como piensa el Sr. Lafone.

Al mismo tiempo que refuto esta opinión, voy a emitir la mía, sosteniendo que Chumpicha fué fundado posteriormente a la salida y muerte de Diego de Rojas, vinculando de una manera sencilla y natural el nombre de este pueblo al del Cacique de Calchaquí.

Me explicaré.

La cuna del Chumpicha, el hermano de D. Juan, era *Calchaquí*, donde tenía autoridad de cacique. Los habitantes de Capayán eran *diaguitas*; y siéndolo así ¿cómo hubiese admitido que un *Calchaquí* (el hijo de Chumpicha) los gobernase, cuando, por el contrario, encontramos en la historia anticolonial de que *diaguitas* y *famatinas* eran enemigos irreconciliables de los *calchaquíes*, así como de las otras naciones, pues, según entiendo, no aceptaron jamás ni la dominación incásica, y siempre jactábanse de ser libres? Y, tan es cierto esto último, que al ordenar Diego de Rojas la sumisión, el Cacique de Capayán, como única respuesta, intimóle “que no pasasen los castellanos ni fuesen osados a hollar la tierra de su dominio, que ellos poseían *por largas serie de siglos*”.

A estas palabras, que prueban hasta dónde llegaba la soberanía del monarca de Capayán, hay que agregar que mal pudiera intimar a Rojas y levantarse en armas un *vasallo*, como lo sería este cacique, del Titaquin de Calchaquí, cuando este franqueó el paso al descubridor, siendo más poderoso; lo que prueba que el cacique de Capayán obraba de su propia cuenta, como soberano que era de las tierras de su dominio, que ellos, los *diaguitas*, con independencia, poseían *por larga serie de años*.

De esta época es muy probable que debe datar la fundación de Chumpicha como fruto, quizá, de la alianza entre *diaguitas* y *calchaquíes*, lo que paso a demostrar con los antecedentes históricos de la época.

Después que Rojas sometió al cacique de Capayán, éste comenzó a impacientarse al ver que aquél y los suyos, lejos de abandonar el país, como lo había dicho, se estacionaban en él. El cacique no halló otro medio de despedir a tan peligrosos huéspedes sino haciéndoles carecer de alimentos para lo cual los indios “se valieron de un pernicioso ardid para compelerlos a la retirada, y fué *alzar de improviso los bastimentos* en que anduvo muy apresurada su cautelosa diligencia... barriéndolo de tal suerte todo género de grano u otras vituallas que solo perdonaron a los maizales que estaban en berza”.

Los capayanes se retiraron, pues, del pueblo, sin dejarse sentir.

Como Rojas quedara sin tener cómo alimentar su gente,

dispuso la marcha inmediata al país de los juríes, proveyéndose "de unos zurroneos de oveja cargados con agua", porque catorce leguas más allá encontrarían "la tierra en extremo seca" (deben ser las cercanías a las Salinas).

¿Qué fué de los capayanes? ¿hacia dónde se dirigieron? No debieron, indudablemente, haber marchado en dirección al Sud de la Provincia, toda vez que tomando Rojas ese mismo rumbo, no hubiera perdido su tiempo en proveerse de alimentos ni de zurroneos de los que no tenía necesidad, puesto que hubiese volado a caballo mientras los indios marchaban a pie a alcanzarles, cosa que no hizo. Es oportuno, además, repetir de paso que tampoco hubieran hecho tales provisiones, si como piensa el Sr. Lafone, Chumpicha hubiera existido en ese entonces, pues lo natural hubiera sido ir a proveerse en este pueblo, distante a lo más cuatro horas de marcha regular, partiendo de Capayán, donde habría alimentos y agua.

La decisión de Rojas y sus precauciones para su viaje hacia el Sud o el Este, dicen demasiado claro que los capayanes debieron haber tomado camino contrario, hacia el Noroeste; e indudablemente por temor de ser perseguidos por los conquistadores, pasarían por la Quebrada de Pomán a Calchaquí, donde fueron a refugiarse, dando cuenta a Chumpicha, su cacique, de todo lo acontecido, confederándose con él para pelear a los españoles; y, sin duda, fué al regresar los capayanes a su país cuando fundaron a *Chumpicha*, llave de la Sévila, dándole el nombre del cacique que les brindó hospitalidad y les prometió alianza.

Esto me parece completamente explicable, tanto más si se tiene en cuenta la posición de Chumpicha.

En efecto, respóndaseme, si no es así: ¿por qué este pueblo lleva el nombre del Cacique de Calchaquí? ¿por qué fué fundado en la boca de la Sévila, paso preciso, portillo que deja el Ambato para internarse a Calchaquí? ¿por qué más tarde diaguitas y calchaquíes hacen causa común?

Aun suponiendo que los capayanes no hubieran fugado a Calchaquí, es completamente probable, natural y lógico, que hubieran solicitado la alianza de los fuertes y bravos caciques de este valle, quienes la aceptarían de buen grado, rabiosos como estaban precisamente en esos momentos a causa de haberse abierto paso a sangre y fuego por el valle Felipe Gutiérrez, que venía con su gente a unirse a Diego de Rojas, pues es sabido que a aquel valeroso castellano más de una vez quisieron los bravos e indomables calchaquíes atajar el paso, y que libraron batallas con sus soldados.

Para mí es verdaderamente incomprensible cómo Chum-

picha (pueblo) haya podido dar su nombre a Chumpicha (cacique); pero que el pueblo tome nombre del cacique, de esta manera es del todo verosímil, mucho más si se tienen en cuenta los acontecimientos posteriores, en tiempo de Zurita y Aguirre que vienen a corroborar lo que hasta este momento parecer no ser más que una simple conjetura de mi parte.

No es posible, para quien conozca hasta dónde llegaba el orgullo de la raza, que un cacique tan poderoso como el de calchaquí llevase el nombre de un pueblo de los diaguitas. Lo que sí es creíble, sencillo y natural, es que, como un gaje por la alianza y protección ofrecidas, los diaguitas le bautizaran con ese nombre, mucho más cuando el cacique calchaquí aconsejaría a estos la fundación del nuevo pueblo, o más bien dicho fuerte, en lugar estratégico, el pasaje preciso, la puerta de entrada a las regiones del Oeste, que permitía el regreso a Chile de los expedicionarios.

Hay también que tener muy en cuenta que los nombres de los lugares llevan, generalmente, el de los caciques, y no los caciques el nombre de los lugares, inmortalizando de este modo el nombre de sus guerreros o de sus hazañas. En el momento se me vienen algunos de estos nombres de lugar a la memoria: *Chicoana* (por el Valle de Chicoana, cerca del Cuzco en honor de los peruanos); *Tambo del Inca*, *Incahuasi*, recuerdan de los Incas; *Tucumanao*, en el valle de los Pacipas, en memoria de uno de los caciques de Calchaquí de este nombre; *Hualán* (indudablemente Huasán), en el valle de Guiqui, donde Aguirre trasladó a Barco, en honor del cacique Gualán o Huasán. *Chumpicha*, del mismo modo, en gratitud de la alianza prometida por el cacique de Calchaquí, Chumpicha, hermano de D. Juan, al jefe de los diaguitas.

Dijimos que los hechos posteriores probaban de una manera inconclusa la alianza entre diaguitas y calchaquíes, con el objeto de hacer frente al enemigo común: así con efecto resulta de los acontecimientos producidos quince o diez y seis años después.

La prueba de esta alianza o confederación, la tenemos claramente demostrada en dos hechos, que conviene recordar en esta oportunidad.

Prendido Chumpicha por Julián Sedeño en una batalla, hacía más de un año que permanecía en la cárcel, cuando en 1558 vino a hacerse cargo de esta Provincia el magnánimo Gobernador D. Juan Pérez de Zurita, quien desde recibirse no más entró en guerra con *diaguitas* y *famatanas*.

Sin duda alguna que D. Juan incitó a sus aliados, los diaguitas de Capayán a sublevarse, toda vez que, como refiere

el historiador. D. Juan sacó gran partido de esta guerra, pues viendo en aprietos al Gobernador, vino ante S. S. a solicitar la libertad de su hermano Chumpicha. Zurita, después de varias conferencias, ante las promesas de D. Juan y la conducta generosa de éste permitiéndole la fundación de Cañete y Córdoba de Calchaquí en sus dominios, decidió al consejo de notables castellanos a dar libertad no tan solo a Chumpicha sino también a su hijo (de D. Juan o de Chumpicha?)

Si como nuestro amigo, el señor Lafone Quevedo asevera, este hijo de Chumpicha fuera el cacique aquel de los diaguitas de Capayán que envistió a Diego de Rojas: ¿cómo se explica que los españoles no le matasen, cuando los prisioneros, cabalmente, estaban detenidos en rehenes, o sea bajo la condición de la vida por la paz?; ¿cómo sabiendo esto sus vasallos lanzáronse a una guerra que costaría la cabeza de su jefe?... Estas preguntas no tienen contestación alguna, y la coincidencia de la sublevación de los diaguitas y la libertad concedida al hijo de Chumpicha, prueban de una manera casi concluyente que éste no era su jefe, toda vez que buen cuidado tendrían los previsores y desconfiados castellanos en dar puerta franca al jefe de los insurrectos, cuando con la sola amenaza de su decapitación sus vasallos hubiesen rendido las armas, como aconteció con los de D. Juan de Calchaquí, respecto a su caro hermano Chumpicha. Tampoco, al ver la espada de Damocles sobre la cabeza del sobrino de D. Juan, hubiese éste consentido que sus aliados se sublevasen, ni ellos le hubieran contrariado, toda vez que la primera condición impuesta por Zurita en compensación del rescate de los dos prisioneros, era la paz absoluta y la más cordial amistad, como desde antes lo ordenó D. Juan a todos sus vasallos y aliados, a pesar de sus anhelos de guerra, y como éste lo cumplió estrictamente, al decir de los historiadores, hasta el día en que cayó en desgracia D. Juan Pérez de Zurita, a cuya sola persona estaba moralmente vinculada su promesa de paz y concordia entre naturales y castellanos.

Estos hechos prueban clara y sencillamente que el hijo de Chumpicha no ha sido jamás ni ha podido ser el cacique aquel de la entrada de Don Diego de Rojas, y que por ese lado no hay que buscar parentesco entre los nombres de Chumpicha (pueblo) y Chumpicha (cacique).

Dije, para dar fuerza a mi aseveración, de que el nombre de Chumpicha provenía de una confederación entre capayanes y calchaquíes, que esta alianza habíase llevado a cabo, valiéndome de una segunda prueba, la que encuentro

en un párrafo de Lozano, hablándonos de la sublevación de Calchaquí, después de la conducta traidora y perversa de Castañeda para con Zurita, a quien vejó y desterró, teniendo lugar dicha sublevación el año 1561. Son estas palabras de Lozano, que no pueden ponerse en duda, y a las cuales hago referencia: lo mismo, dice, fué var (los calchaquíes) perseguido a su benefactor (Juan Pérez de Zurita), soltaron la rienda a su furor, principalmente los *diaguitas* que “confederados” con D. Juan de Calchaquí, se juntaron en número de cuatro mil y fueron a dar en Londres...”

Todo esto nos prueba a las claras la independencia de los *diaguitas* respecto a los calchaquíes, amén de que no se *confedera* un pueblo que depende de otro, que respeta su autoridad y su poder.

Al terminar estos ligeros apuntes sobre Chumpicha, el ayer pueblo de unas cuantas labranzas y unos pocos centenares de habitantes, hoy estación de ferrocarril con tendencias de progreso, debo prevenir que, dada la escasez de antecedentes, todo cuanto dejo consignado no son conclusiones rigurosamente históricas, por más que en ello me haya esforzado, sino que he buscado y elegido entre lo menos hipotético, tanto sobre el origen del nombre de Chumpicha, cuanto respecto a la época en que esta importante población pudo haber sido fundada. Lo que parece que ninguna duda admite es que el nombre del pueblo de Chumpicha y el de *cañique* de Calchaquí tienen un parentesco de consanguinidad.

Si he errado, perdón a la verdad histórica y al viejo pueblo de Chumpicha, al que al fin y a la postre, con darle algunos años de menos de existencia, no he hecho otra cosa que arrancarle unas cuantas canas.

XXXVIII

Alborea el siglo XVII y Calchaquí con su libertad perdida, con su independencia arrebatada, duerme ese sueño moral, histérico y prolongado del esclavo que aún no ha perdido la conciencia de que un día fué libre y de que otro puede volver a serlo.

La vida de un pueblo depende a veces de un solo hombre: la de Calchaquí estaba fuertemente vinculada a la de D. Juan. D. Juan, el bravo y estratégico batallador, fué libertad e independencia para los naturales, que le seguían con verdadero ardor bélico y entusiasmo a todas las batallas, a todos los encuentros, a todas sus irrupciones, que dieron

por resultado la destrucción o aniquilamiento de tres pueblos: Córdoba de Calchaquí, Cañete y Londres.

Solo la figura de D. Juan pudo mantener la libertad de Calchaquí, a pesar del arrojo temerario del español y de las batallas en que luchaba brazo a brazo con un adversario doblemente más esforzado que él, por el poder de las armas y la influencia de la civilización.

Después de la guerra de D. Juan, en que solo Santiago del Estero quedó de pié, Aguirre hizo una entrada desgraciada a Calchaquí. Los gobiernos posteriores del General Pacheco, Diego de Arana, Nicolás Carrizo, General Cabrera, no movieron un hombre sobre el país de los alzados. Gonzalo Abreu de Figueroa, efectuó una expedición sin resultado de ningún provecho para la conquista castellana. Tampoco hicieron nada Hernando de Lerma y Alonso de Cepeda...

Toca la honra de penetrar a Calchaquí, paseando victoriosos los pendones castellanos por más de cuatrocientas leguas, a Ramírez de Velasco, quien en la penúltima década del siglo XVI subyuga al pueblo indomable, valiéndose ora de las armas o ya de la persuasión, la diplomacia o el celo cristiano de los misioneros que le acompañaban en todas sus expediciones.

Luego va a expirar este siglo, cuando en 1595 se hace cargo de la gobernación del Tucumán el famoso hidalgo don Pedro de Mercado Peñaloza, época en que los calchaquíes hacen una nueva tentativa para reconquistar su suelo, comenzando por dar muerte a un religioso y a cuatro castellanos, y lanzándose impacientes a destruir y arrasar a Salta y San Miguel. Pero las batallas se deciden a favor de las armas castellanas, y Calchaquí vuelve a ser encadenado. Luego, rebélanse los humahuacas, y son reducidos; con los diaguitas de La Rioja se ejercita la espada del legendario Tristán de Tejada.

Con el Gobierno de don Francisco Martínez Leiva, en 1600, sucesor de Peñaloza, ábrese el siglo XVII, sin que ningún acontecimiento notable haga recordar su gobierno de tres años, pasados los cuales sucedióle Barrasa y Cárdenas, hasta que se hizo cargo de la gobernación del Tucumán en 1605 el famoso capitán Alonso de la Rivera, en cuyo gobierno vino en calidad de visitador general de estas gobernaciones el doctor don Francisco de Alfaro, Oidor de la Audiencia de Oharcas.

No es posible pasar adelante sin hacer especial mención del nombre de Francisco de Alfaro, el humanitario visitador, quien con sus múltiples y sabias ordenanzas, si no puso freno a la crueldad castellana, por lo menos la mitigó, de-

jando sabios antecedentes, que muchas veces seían invocados por el indio mitayo, y que muchas también, según el temple moral de los gobernadores, servirían de apoyo a la justicia y de valladar a la iniquidad. El solo acto de derogar las inicuas ordenanzas del Gobernador Abreu, que parecían no ser dictadas para hombres sino para fieras, merece que la historia recuerde su nombre, coronado por la triple aureola de la justicia, la piedad y la misericordia, mucho más cuando tuvo que luchar de frente con los sostenedores del "servicio personal", sin encontrar otro secundador de su obra cristiana que el Gobernador Rivera, inspirado en sanas doctrinas y en piadosas prácticas, por más que manche su nombre con la crueldad de las ejecuciones de los caciques prisioneros. Es cierto, también, que el derecho de gentes de entonces, era un derecho de hierro, si se me permite la expresión, y que la menor causa autorizaba a aplicar la última pena, la pena de muerte a garrote vil, lo que no debe admirarnos tanto si se tiene en cuenta que recién en la reforma penal de 1870 España haya suprimido la de la argolla.

Pero volvamos al Gobernador de la Rivera.

D. Alonso adquirió renombre desde la defensa de Cambray contra Enrique IV, y en la sorpresa de Amiens. En América se hizo famoso por la guerra llevada contra los araucanos. Es notable la causa por la cual dejó su empleo en Chile o más bien dicho, la razón por la cual S. M. le separó del gobierno, la que fué expuesta en otro lugar: el amor a una chilena.

Los frecuentes aunque parciales alzamientos de los calchaquíes, que más bien bien podemos clasificar de rebeliones o asonadas, decidieron a Rivera a fundar una ciudad en el Valle de Londres, siéndole fácil pacificarles.

Luego verificanse en el valle Calchaquí sublevaciones parciales, moviéndole en guerra los indios de Córdoba; pero el Gobernador, lejos de arredrarse por ello, marchó a Calchaquí, y después de algunos encuentros venció a los rebeldes, condenando en el valle (de Yocahuill a cuatro caciques a la horca, habiendo conseguido escarmentarles por algún tiempo, llevándose algunos indios a aumentar las poblaciones de Salta y Santiago del Estero.

En 1611, después de muchas hazañas dignas de su valor, Rivera pasó por orden del rey de España a Chile, a luchar con las belicosas tribus de allende los Andes, consiguiendo señaladas victorias del bravo Loncothegua, cacique araucano.

En 1611 sucedióle en el mando del Tucumán el muy místico y devoto del augusto misterio de la Eucaristía, Don Luis de Quiñones Osorio.

En su gobierno se ocupó generalmente de asuntos relativos al culto, prestando todo su apoyo material y moral a la orden de los padres jesuitas, a fin de facilitarles la propagación del catolicismo entre los indios, a los que en este tiempo se enseñaban ya todos los oficios y rezos en su propio idioma, siendo muy curiosos algunos de ellos que conservo en mi poder, como el Ave María, el Credo, la Salve, el Padre Nuestro, las Virtudes teologales, los Enemigos del alma, los Catecismos mayor y menor, el Confesionario, la administración del Viático, la letanía de Nuestra Señora, el himno y Oración de Ceapac Eterno y otros, entre ellos algunos en idioma lule de Machoni.

Es en esta época cuando puede decirse que comienza la conversión de los indios calchaqués, al propio tiempo que la de las tribus jujeñas, ocoyas, paipayas y otras.

El gobierno de Osorio fué de los más pacíficos que recuerda el Tucumán. Debido a su voluntad paternal para con los indios, las disposiciones del visitador Alfaro pusieron en práctica; y lo que antes no podía hacer la espada, lo remedaban la persuasión, el buen trato, las misiones y el Evangelio. Condenó como inicuo el "servicio personal", contra la voluntad de todos los encomenderos.

Justiciero con las hazañas de los conquistadores, al revés del envidioso Castañeda con las obras magnas de Zurita, su antecesor, premió a los descendientes de aquellos, haciéndoles mercedes de tierras.

En 1619 sucedió a Osorio en el gobierno, D. Juan Alonso de Vera y Zárate, Adelantado del Río de la Plata.

Vera y Zárate dedicóse especialmente al descubrimiento de los ponderados e imaginarios minerales de los Césares, objeto constante de la codicia castellana y de más de una empresa aventurada. En estas famosas minas habla Ruiz Díaz de Guzman, relatando el viaje de los Césares, o sea de César y sus compañeros, que parece llegaron hasta el hoy Departamento de Santa María, en cuyo viaje se dieron con una provincia poco cultivada de labranzas "pero abundante de oro y de plata y con gruesos atos de carneros de la tierra".

Pero estas minas, en esta ocasión, como en las demás en que fueron en su busca los aventureros, no se encontraron, pareciéndome que su existencia es tan fantástica como los sueños de oro de los conquistadores.

Su gobierno es notable por el envío de tropas que hizo al puerto de Buenos Ayres, al mando del general Gil de Oscañiz, con el propósito de salvar del peligro en que se en-

contraba, asediado por los holandeses, que se habían apoderado de Bahía.

Ocho años gobernó el Adelantado, sin ningún acontecimiento, fuera del que he indicado, que merezca llamar la atención.

En 1627 sucédele en el mando D. Felipe de Albornoz, de triste memoria. Con él comienza el segundo cuarto del siglo XVII, tan memorable en la conquista por el *Alzamiento general*, que inició en los comienzos de su gobierno, y que constituye por sí solo uno de los actos sangrientos más memorables en la historia catamarqueña.

Lástima grande es que de esa general sublevación de los naturales la crónica haya enmudecido en los momentos más difíciles, cuando los ejércitos castellanos, reforzados por las tropas venidas del Perú, penetraron a Calchaquí. (1)

Sin embargo, ha llegado hasta nosotros lo bastante para que formemos una vasta idea de lo que fué en ese entonces la resistencia Calchaquí, muy semejante a la del famoso Don Juan, por más de un punto de contacto.

El alzamiento general, que duró tantos años de luchas continuas, es uno de los grandes estallidos de rabia de aquel pueblo indomable, que, con un pretexto cualquiera, olvida que cayó en la esclavitud, para levantarse nuevamente.

Allá en las cumbres lejanas; allá en los horizontes donde las montañas ponen límites al espacio y donde el blanco de la nieve se mezcla al azul confuso del cielo, vese subir el humo en lentas espirales: los fuegos de la guerra están nuevamente prendidos; los albores del siglo se han diluido poco a poco en las luces rojizas del día de las batallas!

XXXIX

Calchaquí ha estado sumiso muchos años. Las espadas del conquistador, colgadas de la pared, se han llenado de orín. El arcabuz está arrinconado y sin carga. Pero aparece el año de 1627, época en que el muy leal y noble D. Felipe de Albornoz sucede en la gobernación, por gracia de S. M. Felipe IV, a D. Alonso de Vera y Zárate. Entonces truenan el arcabuz, el acero hiere y la flecha parte veloz y rabiosa, como si tuviera nervios.

Ramírez de Velasco, Pedro de Mercado Peñalosa, Alonso de la Rivera!.. Ha llegado para los hijos de Calchaquí el instante de recordar con vergüenza esos tres nombres.

Un pretexto cualquiera, y la raza vuelve a armar sus

(1) El jefe de las fuerzas venidas del Perú fué D. Antonio de Ulloa Chaves, quien fundó en el valle Calchaquí, y lugar de Samalamala, un gran fuerte.

arcos, retorear las cuerdas y empuñar sus lanzas. El cacique da el grito de libertad; y toda esa inmensa corrida de valles y de sierras, del Famatina a Jujuy, es un escenario de guerra.

Nuestro Calchaquí, el inmortal valle de Yocahuill, es el corazón de la tierra estremecida por el Gran Alzamiento. Santa María, Andalgalá, Belén, Pomán, Tinogasta y hasta Capayán de los diaguitas son los miembros de ese cuerpo que cobra vida al rumor de las batallas.

No es una tribu, ni dos, ni diez las que se levantan. Al llamado del viejo cacique concurren calchaquíes, aconquijas, pipanacos, andalgalenses, fiambalaos, pacipas, pacciocas, abaucanes, malfines, colpes, capayanes, famatinas, atiles, guandacoles... Jujuy, Salta, Yucumanita, San Miguel, Londres de 1607, La Rioja, van a ser destruidas por los naturales o a sentir los rigores del ataque o del cerco.

¿Cuál fué el motivo visible del alzamiento de 1627?

Apenas D. Felipe de Albornoz recibióse del gobierno del Tucumán, los caciques y jefes de las tribus de Calchaquí, entre otros como embajador un hijo de Chelemín, a la cabeza de doscientos de sus vasallos, vinieron a rendir homenaje y reconocimiento de estilo a S. S. El gobernador D. Felipe, que sin duda no conocía bien hasta donde llegaba la altivez y el orgullo de nuestro indio, recibió descortésmente a la embajada calchaquí; y quizás porque éstos hicieran uso de esas represalias de la diplomacia, S. S., envalentonado por el mando y ante la apariencia humilde del hijo de nuestras montañas, mandó azotar a los caciques y al mismo tiempo cortarles el cabello, acto que les irritó más que los azotes y demás vejaciones, "cuando la cabellera era entre ellos, la mayor gala, y el ídolo en que adoraban en su gentilidad".

Ya puede comprenderse cómo regresarían a su país los jefes de las tribus después del acto tan cruel, vejatorio e impolítico como el que S. S. había cometido, para desgracia propia y de los suyos.

Apenas los astutos indios se alejaban de las tiendas del nuevo gobernador, cuando transformándose con todas las líneas y caracteres de la cólera sus rostros sumisos, juraron venganza sangrienta hasta lavar la mancha de tamaña afrenta. El sentimiento casi muerto de independencia surgió de aquellos pechos varoniles, que si se habían mostrado sumisos en la tienda del jefe castellano, iban a tener en la pelea la rabia de la fiera embravecida.

Llegados a Calchaquí los caciques, el incendio cunde por los ángulos de los valles y las cumbres de los cerros. Las tribus todas envíanse y reciben mutuamente la flecha. Los curacas organizan sus tropas, y se cortan los gajos de los árboles para armar los arcos.

Ni una sola voz habló de paz, si exceptuamos a los viejos misioneros, cuyos acentos de mansedumbre se perdían entre el rumor de la ira de la raza alzada.

Los jesuitas impotentes por esta vez, viéronse forzados a abandonar los valles en donde sus misiones iban prosperando. Con esto está dicho todo, porque era lo único que el indio veneraba aun en medio de sus odios a la conquista y a los conquistadores.

Cunde el incendio, y los indios de las encomiendas se sublevan y matan a sus amos; en las minas quedan las azadas y los picos; los rebaños se dispersan por los campos; el mitayo y el yanacón hablan como si fueran señores; el minero no sabe de barretas, sino de lanzas; al buen pastor le place más ser guerrero.

El bravo Chelemín es el jefe de la insurrección calchaquí. Al frente de sus tropas proclamadas cruza las grandes sierras e invade Tucumán, hasta poner en duros aprietos a San Miguel, a cuya ciudad se esfuerzan en poner sitio. Los pueblos pacíficos de Salta, Jujuy, Londres y La Rioja están amenazados.

Los españoles, valerosos siempre en los momentos del peligro común, corren a las armas. El bravo Alonso de la Rivera es nombrado jefe militar de las tres ciudades de Jujuy, Salta y Esfeco, así como Don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, de las de Londres y Rioja.

Apenas Cabrera se recibe del mando de las fuerzas que debían actuar contra los indios de Catamarca, se dirige a Calchaquí, al cual penetró a sangre y fuego, sacrificando a los prisioneros que hacía en los encuentros campales, con el objeto de subyugar el país por el miedo. Pero al revés: los calchaquíes hicieron vengativas represalias con el adversario que caía en sus manos, y su furor iba en aumento a cada matanza de los suyos, y atacan con más brío al castellano, al que, por fin, sitian en su propio fuerte, el mismo que cae rendido entre una granizada de flechas, pereciendo los soldados que le defendían.

Envalentonados y soberbios los indios con ese triunfo, celebran entre todas las tribus una gran confederación, a fin de poder rechazar, unidas y compactas, las fuerzas castellanas; y en verdad que la victoria en diversas ocasiones coronó los esfuerzos de los hijos de las montañas.

Hacia la parte de Londres y La Rioja el ataque fué vehemente: contra estos pueblos acudieron unidos andalgalás, capayanes, famatinas, atiles y guandacoles.

Ebrio de entusiasmo y de venganza, el indio celebraba orgías y bacanales, invocando la protección de sus viejas divinidades. La lucha llegó a enconar tanto los odios de los natu-

rales, que no solamente cometieron todo género de horrores y tropelías en el saqueo y la matanza, sino que "aun llegaron en algunas partes a dar cruel tormento a las indias que habían concebido de español solo por este respecto, como sucedió antiguamente en las vísperas sicilianas con las mujeres que se presumía haber tenido ayuntamiento con franceses: tan fieros a veces el ciego apetito de venganza que se ofende a sí mismo con lo que parece que se satisface".

Ya puede comprenderse, después de lo dicho, lo que sería de estas regiones con tal formidable sublevación.

Las haciendas eran saqueadas; las casas destruidas; taladas las mieses; los templos robados e incendiados.

Los caciques atiles Cativa y Atimín, ejercitan sus furores hasta en los misioneros y profanan las cosas sagradas: Fray Torino es una de sus víctimas; en el templo ruedan las imágenes despedazadas y los vasos sagrados, bebiendo en ellos "la asquerosa chicha", como indignada refiere la crónica.

Para suerte de los castellanos, los indios atiles son batidos por el General Cabrera, quien inmediatamente del triunfo marcha a sujetar a los andalgalás, con el propósito de hacer desde su tierra una entrada a los calchaquíes, cuya actitud, al principiar el alzamiento, conocemos ya.

Cabrera, llevando a cabo sus planes, fué desgraciado con estos indios valerosos e indomables, quienes, derrotándole en varios encuentros, obligaron al jefe castellano a buscar pronto refugio en Londres de Belén. Es de advertir que durante su retirada, los calchaquíes le venían picando por la retaguardia, hasta que concentró sus fuerzas en el pueblo, preparándose para la defensa del sitio que inmediatamente le pusieron.

Los esfuerzos de Cabrera fueron inútiles, y con sus fuerzas aniquiladas por los combates y fatigadas por las marchas, vióse en la necesidad imperiosa de volar a La Rioja, en busca de asilo y protección (1).

Hasta allí le persiguió la fiera y encarnizamiento de nuestros calchaquíes, obligándole a cruzar el despoblado entre Lóndres y aquella ciudad con paso acelerado, sin darle tiempo ni de aplacar bien la sed de los fatigados y diezmados guerreros, llegando "más muerta que viva la gente de Lóndres a la Rioja", y esto con el auxilio del valeroso Juan Diego de Herrera y Guzmán, nieto del célebre Ramírez de Velasco, quien firmemente tuvo que oponerse a la briosa vanguardia calchaquí.

El sitio de La Rioja fué desesperante, tanto que los

(1) Cabrera fué herido en Lóndres y lo llevaron en camilla a la Rioja, quedando la división al mando de D. Francisco de Nieva y Castilla.

castellanos desesperanzados de su vida no se ocupaban ya sino de evitar la profanación de las imágenes y vasos sagrados, ocultándolos del invasor.

Tres ataques consecutivos debilitaron la resistencia, hasta que los sitiadores decidieron a poner fuego a la ciudad, lo que pudo evitar la vigilancia de sus defensores y el valor nunca bien ponderado del General Félix de Mendoza Luis de Cabrera, quien llegó hasta obtener una victoria sobre los indios. Pero el sitio no se levantaba y ya el hambre iba a hacer más estragos que las flechas, pues los pobres riojanos hasta viéronse en la necesidad imperiosa de alimentarse con perros. A la miseria había que añadir la peste, aunque ésta vino a salvarles, pues los calchaquíes levantaron el sitio de temor al contagio.

Nuestros valerosos naturales dejaron La Rioja después de muchas victorias sobre las armas castellanas, a contar desde el reto de Cabrera y regresaban a encender más la guerra en el corazón de Tucumán después de haber recorrido decenas y más decenas de leguas, desde las faldas del Nevado de Aconquija (sin duda) hasta la ciudad de Todos los Santos, a la que, dicho sea de paso, ninguno de ellos se tomó la molestia de auxiliar.

En iguales extremos se encontraba San Miguel de Tucumán, al que dejamos asediado por los calchaquíes de Chelémín. Salta y Jujuy estaban para expirar, y como si todo se conjurase, Talavera de Madrid caía en tierra sacudida por espantoso terremoto.

Entre tanto descalabro me voy olvidando de las repetidas disensiones civiles de los castellanos, que no cesaban ni entre las angustias y horrores de la guerra.

El Tucumán iba a perderse para siempre.

Tan fatales nuevas no tardaron en llegar a oídos del Virrey del Perú, Conde del Chinchón, quien en 1632 apresuróse a enviar fuerzas en protección de los castellanos del Tucumán, extenuados y debilitados por las marchas, las vigiliias y las derrotas. El ejército, comandado por el Fiscal de la Real Audiencia, Dr. Antonio Ulloa, penetró a Calchaquí, después de haber prestado los socorros del caso a San Miguel y Salta auxiliado tan solo por los pulares. Al tirar Ulloa su línea de fronteras, levantó un fuerte, que luego no más vióse obligado a abandonar.

Qué proporciones haya asumido la guerra de Calchaquí; cuántos fueron los encuentros y batallas, nada de esto se sabe. Los cronistas se limitan a decir que el ejército que marchó a operar sobre las tropas Calchaquíes hizo una campaña de cinco años, y esto engrosando sus filas con nuevos

refuerzos que llegaron del Perú. Sin embargo, la historia tiene derecho de juzgar que la adversidad perseguiría como antes a las tropas castellanas, si se tienen en cuenta tres hechos: la duración de la guerra, el abandono del fuerte de la frontera y el envío de refuerzos o socorros.

Mientras la crónica ignora la suerte que corriera durante largo espacio de tiempo el ejército del Perú, nos refiere la entrada a Calchaquí que por el sud hizo el General Luis de Cabrera, quien partió de La Rioja al país de los alzados. Es curioso lo que el P. Lozano cuenta del religioso general al decidirse a hacer esta nueva expedición: "habló en público dice, con admirable energía a todos, y poniéndoles adelante los argumentos manifiestos que casi se palpaban de estar Dios Nuestro Señor muy enojado contra los cristianos, los encendió a todos en muy vivos y eficaces deseos de aplacarle, y darle alguna satisfacción con una verdadera penitencia y enmienda de sus vidas: por tanto, dando un ejemplo muy cristiano el mismo general, que fué el primero en las lágrimas y demostraciones de dolor, se confesaron todos, y muchos de ellos generalmente con extraordinaria emoción y sentimiento, que más parecían las reales romerías de devotos peregrinos, que alojamiento de soldados, sin dejar al padre tomar de noche el reposo necesario, ni descansar un punto de día, en algunos que se dedicaron para solo estos santos ejercicios y convenientísima disposición".

Antes que nada, el General Cabrera atacó con toda energía a los famatinas, ahoreando caciques y haciendo ejecuciones inhumanas.

Hasta hoy nos llena de horror la salvaje ejecución del infeliz *Coronilla*, valeroso cacique calchaquí, a quien condenó "a ser descuartizado por cuatro potros", a pesar de los grandes tesoros que el pobre indio ofrecía poner en sus manos, saciando su avaricia. Pablo Groussac, con ese estilo que le es característico, pinta aquel horrible cuadro. "Era a principios del verano, dice, cuando la tierra tropical enardecida por el sol rajante hiere por ser fecunda, y parece agitarse bajo un inmenso y misterioso estremecimiento de pubertad. Tal vez hasta el pie de los cadalsos, llegara el estridente silbido del *coyuyo*, anunciando que la algarroba estaba madura, que habrían podido ir, como antes, a perderse las parejas en la gran fiesta de la cosecha. Oh! última mirada de tristeza del indio condenado, hacia los bosques sombríos llenos de zumbidos de picaflores, de rumores de alas y de gorjeos! — El cacique principal, *Coronilla*, fué descuartizado vivo por cuatro potros, suplicio bárbaro que sufrió también más tarde el desgraciado descendiente de los Incas, *Tupac-Amarú*. Si-

quien no dice la historia que tuviera mujer e hijos el desgraciado calchaquí". (1)

La ruta que siguió Cabrera para dar en nuestro Calchaquí, es a mi juicio, muy sencillo comprender. De La Rioja tomó hacia el Norte hasta dar con las últimas ramificaciones de nuestras serranías que van a terminar en el territorio de esa Provincia; y siguiendo un camino paralelo a las mismas, enfrentóse a Capayán, cuyos indios con la ejecución salvaje de Fray Pablo, que acercóse a ellos a hablarles de sumisión, vengaron la cruel e inaudita muerte de Coronilla, sometiendo al buen fraile a un tormento casi tan horrible como el del cacique calchaquí.

A más de este acto aislado de barbarie, los capayanes presentaron varias batallas, quienes, vencidos, cedieron el paso a Cabrera.

El General español, en mi modo de entender, dirigiéndose al Oeste de la Provincia y dando en lo que es hoy el Departamento de Pomán, tomó el camino de la actual villa de Concepción y siguió por la *Quebrada del Potrero*, hasta traspasar las serranías del Ambato. Pruébalo con toda evidencia sus batallas con los capayanes que indica haber dejado a espaldas el pasaje de la Sévila, y el hecho de ir a dar con Pomán, donde la quebrada del mismo nombre desemboca, a más de la fundación que Cabrera hizo del pueblo de Londres (1633) en las planicies occidentales de las faldas de la gran serranía, en el pintoresco lugar en que hoy está situado Pomán.

El General, continuando su plan, dirigióse de Londres al gran valle de los Pacipas, hacia el noroeste, el que ocupa toda la extensión comprendida entre las salinas y el destruído pueblo de Londres de Belén (1558).

El sólo renombre del vencedor de los capayanes bastó para que los pacipas se rindieran. En su valle, con el propósito de contener a los abaucanes, fundó el Fuerte del *Pantano*, en los desaguaderos o lagunillas del *Mayu-puka* o Río Colorado.

Las tristes disenciones entre el poderoso General vencedor y el Gobernador Albornoz, no tardaron en producirse, dando ellas por resultado que la conquista se retardase.

S. S., mientras los acontecimientos anteriores se desarrollaban, desde el fuerte de San Bernardo, que había construído muy cerca de la actual ciudad de Salta, llevaba el ataque a nuestros valerosos calchaquíes, que continuaban constantemente la guerra. Por el norte y sud, pues, los intrépidos

(1) *Ensayo Hist. de Tucumán.*

hijos de la tierra estaban invadidos; y mientras Cabrera avanzaba, el Gobernador ganaba terreno en dirección al valle de Santa María, hasta que en 1634, con las fuerzas unidas de Esteco, Tucumán y Salta, S. S. invade a Calchaquí y sujeta y doma a los bravos *pacciocas*, que tanto rol desempeñan en la historia antecolonial, aunque no al jefe calchaquí, que al frente de sus guerreros trasmonta el Aconquija y hace su entrada a Yucumanita, en los llanos orientales de esta sierra adonde baja el hoy río de las Cañas, decretando aquel la matanza en este pueblo, sin perdonar edad ni sexo.

Las fuerzas que en auxilio de la población llegaron luego no más de San Miguel, se dieron con escombros; los calchaquíes no habían dejado piedra sobre piedra.

El General Cabrera, que traía la invasión por el sud, dirigióse por los valles a marchas forzadas cuando tuvo noticias de los calchaquíes que intentaban un segundo ataque a Yucumanita, sin haber escarmentado con una derrota que hacía poco acababan de sufrir.

Con estos triunfos de las armas castellanás, colpeños, pipanacos y aconquijas se sometieron sin condiciones, siguiendo su ejemplo otras parcialidades.

Algunas ejecuciones llevadas a cabo por el General Cabrera al regresar con sus prisioneros de guerra a Londres de Pomán, calmaron el furor de los naturales, siéndole desde entonces más fácil proseguir el sometimiento, siguiendo el recto y seguro camino de las victorias.

Las tropas castellanás no encontraron ya tropiezo alguno en su engreída marcha. Los ejércitos de la insurrección estaban despedazados y disueltos. La paz se iba poco a poco imponiendo en aquellos valles donde tanta sangre se había derramado, y de los cuales apenas si nos han llegado confusos los ecos de las batallas sangrientas.

Fuera de lo que he referido, y que la crónica nos transmite, hay que añadir que el General Cabrera, arreglando sus disidencias con el Gobernador del Tucumán, continuó junto con él la larga guerra de Calchaquí, que hasta ese momento llevaba corridos diez años de recio y continuo batallar.

Los ejércitos castellanos unidos consiguieron su propósito: Calchaquí cayó por fin, al mortífero fuego del arcabuz, bañado en su propia sangre. En el año de 1637 en que sin duda concluyó la guerra, las parcialidades estaban abatidas; y si es verdad que las armas castellanás no habían aun penetrado a los valles de Abaucán y Bishuill, también es cierto que sus pobladores, los abaucanos, fiambalao, mal-fines y otros, sea por estar contenidos las dos primeras de

estas parcialidades por el fuerte del Pantano, o ya por su distancia y aislamiento de las plazas castellanas, se abstuvieron de provocar a los vencedores, aunque tampoco acataron su autoridad.

Recién en 1646, talvez a comienzos de año, las tribus de los valles de Bishuill y de Abaucán fueron forzadas por el General Pedro Nicolás de Brizuela, da orden del Gobernador D. Gutiérrez de Acosta y Padilla, a reconocer los deberes de vasallaje a las armas y autoridades de la conquista, sin grandes resistencias, pues que el cacique Calchaquí, Utimba, se negó a confederarse con ellos.

Todo el cúmulo de acontecimientos desarrollados en la tragedia del alzamiento general o el gran alzamiento, como le llaman algunos historiadores, hace famoso el gobierno de D. Felipe de Albornoz, tanto más cuanto que recién puede decirse que la raza recibe el golpe mortal que la dejó prostrada a los pies del conquistador, sin dar signos de vida sino más tarde.

Es, pues, un error el que se ha cometido por algún escritor de hacer partir la vida colonial del año 1627, cabalmente la época en que la verdadera conquista comienza, pues antes del gran alzamiento la raza podría estar transitoriamente caída en abatimiento pero no vencida.

XL

Intencionalmente, al relatar los acontecimientos desarrollados durante el Gran Alzamiento, he omitido el nombre del valeroso cacique andalgalense, el héroe de la larga contienda de los diez años. (1).

Aludo al bravo cacique Chelemín, figura que se destaca en la historia envuelta por los resplandores del incendio.

Es Chelemín, caudillo de Andalgalá, cacique de numerosas tribus, quien en 1634, apenas se escucha el rumor bélico de clarines o pingollos, se lanza al lado oriental de las sierras, con la impetuosidad del torrente, por las espaldas de granito del escarpado y majestuoso Aconquija.

Con efecto: apenas llegan a oídos de Chelemín los ecos de venganza de los caciques y curucas calchaquíes, cuando el formidable caudillo andalgalense convoca a sus guerreros y se lanza a batallar, sin esperar que el castellano llegue a sus dominios. Los nevados del Aconquija, que miran norte perderse entre las nubes, no le detienen el paso. sabe el secreto de sus valles; y, sin duda alguna, precipi-

(1) Esto no quiere decir que de ningún modo aseguro qué Chelemín fué el cacique de Andalgalá, por más que llevó sus indios a la guerra.

a la cabeza de sus guerreros por la quebrada por donde corre el llamado río de las Cañas, que va a dar en el valle de Alpachiri e invade la jurisdicción de San Miguel de Tucumán. Sabe que otra porción importante del ejército castellano le amenaza por la espalda y desanda el camino, donde ha sembrado el pavor; y ora en las sierras, en las llanuras o en las trincheras de su fuerte, presenta combate al general Cabrera.

Las condiciones que caracterizan la personalidad del Chelemín andalgalense, hacen que su nombre se escriba juntamente con el de los demás guerreros de la conquista y la resistencia, porque, como éstos, es Chelemín uno de los batalladores por la libertad de la tierra natal, que desdeñaba la civilización española por su propia independencia, por más mísera y triste que fuese su vida de salvaje. Al valeroso cacique, por tanto, puede muy bien aplicarse la frase de un escritor de nuestros días: "El Calchaquí quiso más bien parecerse a la esbelta vicuña, que pide a las ásperas cumbres una yerba escasa y pobre, bebe el agua del ventisquero y corre riesgo de sucumbir bajo las garras del cóndor; pero que es libre, y juzga que ningún peligro es mayor que la servidumbre, pues muere de cierto en el cautiverio".

Chelemín está formado de esa pasta que da al cuerpo la consistencia del hierro.

Sin duda que Chelemín, por lo poco que de él nos refiere la crónica, o porque sus hazañas son limitadas, no es una personalidad como la de D. Juan de Calchaquí; aunque también es cierto que en la historia de los hombres, el infortunio empequeñece las dimensiones del héroe.

Es por esto mismo que, prescindiendo de sus hazañas, D. Juan de Calchaquí, estará siempre por encima de Chelemín: aquél pudo arrojar a los abuelos de la raza blanca, y éste tuvo que ser sacrificado por sus nietos: en Calchaquí el héroe encuentra ovaciones, y en Londres se alza el patíbulo para la víctima.

Calchaquí antes de Chelemín, ha estado mucho tiempo arrojado a los pies del vencedor. Por eso apenas D. Felipe Albornoz llega a hacerse cargo de la sumisa gobernación de Tucumán, cuando corren centenares de caciques a doblar ante él la rodilla y a sufrir baldones y vergüenza.

Sólo Chelemín se ha quedado en sus valles.

El hijo que porfiara por rendir homenaje al nuevo señor de D. Felipe, vuelve tan colérico como abatido, lo mismo los doscientos vasallos que le acompañaran, con las señas del látigo en el rostro, y sin la espesa y larga cabellera

lacia, que la esposa del cacique trezara orgullosa con sus manos.

Chelemín se llena de ira por la afrenta que ha recibido su hijo y los curacas de las tribus amigas; hace suyo el baldón a su estirpe, y estalla, dando gritos de guerra.

Chelemín es el arma de la insurrección, que cruza las montañas y pone en peligro a San Miguel, que cerraba las puertas de Calchaquí y tenía en constante asecho a tafies y anfamas, mientras el incendio cunde hasta Salta y Jujuy, por un lado, y Londres, y aun La Rioja, por otro.

Las tribus todas están de pie, faltando sólo a la consigna los ocho pueblos de los pulares de Salta. El Gran Alzamiento que he descrito, tiene entonces lugar, durante el cual sucumbe Yucumanita; y el valeroso capitán Ubina y sus compañeros son las primeras víctimas de Chelemín, quien hace a un lado todos los estorbos, con el propósito de apretar el cerco de San Miguel, el cuartel general del ejército castellano en ese entonces.

La crónica nos refiere la horrible confusión que reinara. Los andalgalás, vasallos de Chelemín, más que cualquiera de las tribus, hacen lujo de bravura y de furor, si exceptuamos a los atiles de La Rioja, sus aliados, que sacrificaron bárbaramente a Fray Antonio Torino, a quien quisieron hacer arrodillar ante su ídolo y beber en el cáliz la chicha de sus bacanales.

Como el centro de operaciones de los naturales era en el corazón de Calchaquí, el general D. Jerónimo Luis de Cabrera fué enviado a sujetar a Andalgalá, o el valle de la tribu de Chelemín. Sus tentativas de vencer a los adalgalenses, con el propósito de pasar a Santa María, fueron estériles, pues que éstos "le hicieron tan vigorosa resistencia, que le obligaron a retroceder y retirarse a la ciudad de Londres".

Es de pensar, y con justos motivos, que en esta época debe haber sido cuando Chelemín construyó su fuerte a inmediaciones del actual pueblo de Andalgalá, cuyas ruinas se conservan en largas murallas de piedra suelta. A propósito, es oportuno advertir que no debe confundirse el fuerte de Andalgalá "de Chelemín" con el Fuerte de Andalgalá de "San Pedro de Mercado", desde donde posteriormente salió en campaña contra los calchaquíes el bravo general D. Francisco de Nieva y Castilla, llevando el propósito de secundar los planes del gobernador Mercado y Villacorta, de quien este último fuerte tomó el nombre.

La expedición de Cabrera contra los andalgalenses no pudo tener resultados. Chelemín, engreído por la victoria, siguió en persecución del general, picándole la retaguardia hasta sitiarse en Londres, al que los indios dejaron en seco

con el desvío que hicieron de las acequias que proveían de agua al pueblo, y al que los españoles viéronse obligados a abandonar, dejándole en poder del enemigo.

Así sucumbió Londres.

Es probable, aunque nada diga la crónica, que Chelemín fué a la cabeza de las tropas andalgalenses que sitiaron la Rioja y que sufriría también los azares del sitio, y la batalla que les dió el otro Luis de Cabrera, D. Félix de Mendoza, hasta que los vencedores de Londres y los cercadores de la ciudad de Todos los Santos, se vieron obligados a abandonar el sitio y regresar a su país, de temor al contagio de la peste que se desarrolló.

En la oscuridad histórica de las largas campañas que hicieron sobre Calchaquí, en 1632 y en Septiembre de 1637, las fuerzas enviadas desde el Perú en socorro del gobernador del Tucumán, Chelemín debió forzosamente haber desempeñado el rol más importante, y obtenido victorias que anunciaban los repetidos envíos de refuerzos al beligerante castellano.

Muy dura debe haber sido en esta época la lucha para los andalgalenses, pues hay que tener en cuenta que el general Gerónimo Luis de Cabrera, cortó a los famatinas, aliados de aquéllos, toda comunicación, a más de haberles obligado a pedir la paz. Aterrorizaría asimismo a los andalgalenses la ejecución que el general Cabrera hizo del pobre Coronilla, cacique Calchaquí, haciéndole despedazar por cuatro potros lanzados a la carrera, los que al llegar a Famatina separaron en cuatro partes el cuerpo del valeroso cuanto infeliz cacique.

Más crítica tuvo que hacerse luego la situación de los guerreros calchaquíes por la entrada que a su valle iba a hacer el general al comando de las tropas castellanas, entrada que efectuó después de atravesar el valle de Capayán, donde ocurrió la muerte bárbara, casi tan bárbara como la de Coronilla, de Fray Pablo, el embajador oficioso a los indios capayanes.

Llegado Cabrera a Calchaquí y fundado Londres de Pomán en 1633, emprendió la conquista del valle de los paccipas, fronterizo por la parte sur con el del cacique Chelemín, sometiendo a aquéllos inmediatamente.

El general Albornoz, con diferencia de corto tiempo, sujetaba a los pacciocas.

Quedaba en pie Chelemín al frente de sus tribus, oyendo en todas direcciones los fuegos del arcabuz castellano; y aunque los pacciocas estaban sometidos por lo pronto, no por eso dejaron, al parecer, de alargarle recursos de tropas, las que vinieron muy oportunamente a Chelemín, a quien

“sólo le habían quedado treinta vasallos”, que con éstos “pu-
do juntar hasta cuatro cientos... que se tenía barruntos
de que eran dados por los pacciocas.”

Fué con tropas tan poco numerosas con las que el
bravo Chelemín atravesó las montañas; y amparado por las
tinieblas de la noche asaltó a Yucumanita, uno de los pue-
blos de la jurisdicción de San Miguel, pasando a degüello a
sus habitantes.

Este ataque se hizo con tal furor salvaje, que el P. Loza-
no describe del modo siguiente tan desastrosa escena: “fué-
les, dice, lastimosísimo espectáculo (a los españoles) ver que-
madas las casas y la misma iglesia, donde estaban muertos
muchos que allí se habían ido a guarecer, y no pocos reduci-
dos a cenizas en el incendio; otros esparcidos por las calles,
sus cadáveres horriblemente mutilados, muchos ya hombres
y mujeres y aun criaturas de pecho arpadados en flechas, es-
tos derramadas las entrañas, revolcándose en su propia san-
gre y luchando con la muerte entre las últimas agonias,
aquéllos divididos por los campos vecinos donde con las an-
sias mortales se habían retirado a probar si podían salvar
la vida en algunos escondrijos”.

Cuando los castellanos quisieron tomar venganza de
Chelemín, éste, atendiendo a lo reducido de su tropa, huyó
a los cerros más fragosos, donde, después de algunos días,
dándose con ellos el español, les mató ochenta soldados.

Chelemín, lejos de atemorizarse por el desastre sufrido,
cruzando nuevamente las altas montañas y rehaciendo sus
tropas, presentó batalla campal a don Antonio, el hijo de D.
Félix de Mendoza Luis de Cabrera, venido a Calchaquí des-
de La Rioja, juntamente con su padre.

Chelemín fué vencido en la refriega; y después de dis-
persado su ejército, fácil fué al joven y valiente militar cas-
tellano rendir a los aconquijas, pipanacos y colpes, dados
estos mismos más tarde, en 1651, en encomienda a don Félix,
en recompensa de esta hazaña.

Este desastre de las armas de Chelemín fué precursor
de otros nuevos, hasta que el valeroso cacique cayó prision-
ero de guerra.

Chelemín fué sentenciado a muerte. ¡Para qué hablar
después una palabra más de Calchaquí libre!...

El bravo cacique fué traído a Londres de Pomán, don-
de fué muerto, “con rigor bien merecido” ya debe compren-
derse cómo...

LIBRO QUINTO

XLI. Consolidación de la conquista. Misiones. Gobierno de Don Alonso de Mercado y Villacorta. — XVII. Calchaquí sumiso. Predicción de los Jesuítas. Síntomas de guerra. — XLIII. El nuevo personaje (1657-1666). Pedro Chamijo o Bohorquez. Bohorquez y los Virreyes. Su expedición a Paytiti. Su destierro. — XLIV. Bohorquez en el Tucumán. Hualpa Inca. El Titaquín Calchaquí. El cacique Pivanti y las tribus. Recepción de Pomán. Bohorquez en Tolombón. Conferencia de Taff. El Inca en Famatina. — XLV. Preparativos bélicos. Fuerte de Andalgala. Planes de Bohorquez. Los Pulares. Aprietos del Gobernador. Sitio y ataque de San Bernardo. Indulto y tregua. Prisión y ejecución del falso Inca. — XLVI. La Necrópolis calchaquí. Ruinas de Kilmes. Bravura de los quilmes. — XLVII. La guerra. Planes de los beligerantes. Tolombón y Colalao. Pacciocas y Pulares. Los Quilmes. Ataque y retirada. El cacique de Hualfin. D. Gerónimo Luis de Cabrera. — XLVIII. Segundo gobierno de Mercado y Villacorta Fuerte de Talavera. Combates con los Quilmes. Capitulación de Ichín y Ochoca. Los Quilmes en Buenos Aires.

XLI

No estoy conforme con el señor Groussac en hacer partir la vida colonial de los albores del siglo XVII, por más que nos asevere que la conquista del Tucumán está asegurada y casi concluida, y agregue que “el dique levantado por los españoles puede resistir el embate de las crecientes embravecidas que, si logran abrirse paso en un punto aislado y desprevenido, tiene muy pronto que retroceder cuando el esfuerzo de la defensa converge al punto amenazado. No es aventurado tampoco decir que poco a poco las ondas se aquietan y ensanchando su lecho el torrente, contiene y divide su corriente en cien hilos de agua inofensivas y útiles”. (1).

La deducción lógica de lo que acabamos de apuntar es que la conquista se consolida, y que con el gobierno de Rivera, que recién en 1611 termina, sucediéndole en el mando Luis Quiñones de Osorio, comienza lo que podemos denominar el segundo período de la conquista, la obra de la subyugación de las tribus vencidas en los combates. No hay que olvidar tampoco que algunas parcialidades, como la de los quilmes y las de Abaucán y Famayfil, no han entrado aún

(1) *Ensayo Histórico*, IV.

en lucha, y que recién el año 46 y aun después de la mitad del siglo van a ser subyugadas, no sin mediar crueles combates, victorias y derrotas de una y otra parte. La raza está abatida, es cierto; pero aun no lleva en la frente el sello indeleble de los pueblos subyugados, y en prueba de ello que los sacudimientos formidables van a mostrarnos a las claras que la idea de la independencia no vive solamente en el pensamiento, sino que se manifiesta en acciones, en alzamientos y en guerras.

Plantar el primer jalón de la colonia en los albores del siglo XVII, es olvidar que entonces, cabalmente, Calchaqui se pone de pie aunque es cierto que cae bañado en su propia sangre. ¿Cómo se explica, por otra parte, esa vida colonial, cuando los caciques y curacas tratan con S. S. de potencia a potencia, y un acto descortés de éste enciende la hoguera de 1627, que dura diez años de constante batallar, durante los cuales las tropas del gobierno del Tucumán son arrolladas y se vuelven impotentes para contener el incendio que cunde por todas partes, y por dos veces tienen que venir fuerzas auxiliares del Perú, sin las cuales la obra de la conquista se hubiera perdido por muchos años? ¿Cómo es, si es que la vida colonial impera, que apenas Pedro Chamijo se proclama Inca y habla de libertad a las tribus, el gran levantamiento se produce, levantamiento que hubiera dado en tierra con el poder castellano si Chamijo hubiera tenido tanto valor como labia, y hubiese sabido del arte de la guerra tanto como del arte de la mojigatería?

El afán de los castellanos durante todo ese tiempo no ha sido el de colonizar sino de consolidar la obra del primer período de la conquista. Sus pueblos no eran de colonización sino de estrategia militar.

Par mí la vida colonial, que dura hasta 1810, en que alborea la independencia de la raza mestiza o criolla, si se quiere, no comienza sino después de la sexta década del siglo XVII, cuando los quilmes son vencidos y la pacificación de la tierra se impone fatalmente con la expatriación de la raza o de sus cambios forzados de domicilio.

Dicho esto, expliquemos cómo los castellanos consolidan la obra del primer período de la conquista del Tucumán.

Después que don Alonso de la Rivera abrió ancha herida en el pecho de la raza, la paz se impone por algunos años en casi todo el territorio de la provincia. Los dos gobiernos de Quiñones de Osorio y Juan Alonso de Vera y Zárate, ocúpanse en consolidar la obra de aquél. Los misioneros parten en todas direcciones y predicán la religión cristiana. levantan iglesias o instruyen a las tribus en los misterios del

culto, en lo más espeso de los bosques o en el seno de las montañas. En las encomiendas, cuando se trabaja, se reza y se entonan salmos. Expedicionarios parten de los pueblos a aquietar a las razas turbulentas o a sellar su dominación.

Así andan las cosas del Tucumán hasta pasado el primer cuarto del siglo, advirtiéndose que los gobiernos de Osorio y Zárate duraron diez y seis años, ocho cada uno de ellos, hasta que en 1626 se hace cargo del gobierno de la provincia don Felipe de Albornoz.

Albornoz, lejos de obrar con la política y prudencia de sus antecesores, provoca a los caciques del Calchaquí, quienes sin demandar siquiera una satisfacción, mueven la más desastrosa de las guerras, que dura años y más años.

La figura del Chelemín andalgalense, de parte de los naturales, y la de los Luis de Cabrera, más que la del gobernador imprudente, de parte de los castellanos, se destacan con colores vivos en el fondo oscuro del cuadro trágico del *Gran Alzamiento*.

En este gran alzamiento del que se ha dado minuciosos detalles, tomaron parte todas las tribus, sin excepción, casi desde los confines de La Rioja hasta las serranías de Jujuy, y especialmente los valerosos indios de nuestro Calchaquí. Los andalgalenses dieron señaladas pruebas de bravura y se mostraron en heroísmo dignos rivales de los indios de Yocavil.

La insurrección por esta vez cunde también en la región oriental de las sierras: la colonia del valle de Catamarca, o sea el Valle Viejo, vese en serios aprietos, y la ciudad de San Miguel, con el ejemplo de Yucumanita, tiembla ante los rigores del cerco.

La refundación de Londres en 1633, en el centro del valle de Pomán y en posición elevada, fué un acto de estrategia militar, pues desde esta verdadera fortificación los castellanos operan sobre el oeste, hasta rendir a los bravos andalgalenses de Chelemín, a quien ejecutan en el nuevo pueblo.

La otra mitad del ejército castellano actuaba en el norte de la parte de Salta y Jujuy, ciudades que, como San Miguel, Esteco y la Rioja, sufrieron los rigores del miedo y del hambre.

Sin duda que en 1637 la tierra se pacifica, después de sostener una guerra desesperada con todas las tribus; pero es oportuno advertir que el poder español hubiera sucumbido si el virrey de Chinchón no envía desde el Perú fuerzas auxiliares al Tucumán, las que guerrearon cinco años en Calchaquí.

Con las paces entra al gobierno D. Francisco de Avendaño y Valdivia, quien, prosiguiendo en el plan de los an-

tecesores del impolítico Albornoz, ordenó y protegió la predicación evangélica a las tribus.

Los cinco años de su gobierno fueron tranquilos, hasta que fallecido en Córdoba, la Real Audiencia designa como su sucesor a don Gil de Oscariz Beaumonte y Navarro, quien apenas llega, muere en el valle de Catamarca, sucediéndole don Baltazar Pardo de Figueroa, famoso por sus hazañas en la guerra de Francia. Pardo de Figueroa da incremento a las misiones, convencido de que éstas eran la mejor manera de consolidar la conquista.

En 1644 sucede don Gutiérrez de Acosta y Padilla, quien a causa de hostilizaciones hechas por los naturales a los padres de las misiones, declara la guerra a los indios de Malfin, Abaugean y Sungín, a quienes después de vencer hace trasladar al pueblo de Pichana, de la jurisdicción de Córdoba. Contuvo algunos ligeros movimientos calchaquíes, y entró en las más cordiales relaciones con el cacique Utimba de Encamana.

Después de seis años de gobierno, don Francisco Gil de Negrete sucedióle en el mando, quien entró en tan cordiales relaciones con los caciques calchaquíes que se mostraron asequibles a su pedido de cortarse la cabellera.

D. Roque Nestares Aguado, sucesor de Negrete, fué tan injusto como codicioso. En atención a los abusos cometidos por él en las arcas fiscales, de las que se cuenta que sustrajo más de "sesenta mil pesos", S. M., separándole del gobierno, nombró en su lugar a don Pedro Montoya, hasta que, por fin, llega a hacerse cargo de la gobernación del Tucumán el famoso hidalgo don Alonso de Mercado y Villacorta.

Villacorta hizo cargo el 24 de Junio de 1655 del gobierno de la provincia.

El nuevo gobernador era un hombre valeroso y liberal, de corazón noble y justiciero, aunque su carácter presuntuoso y voluntarioso, así como su codicia de conquistador amenguan la personalidad más distinguida de la conquista castellana en el Tucumán.

Apenas llega, emprende una lucha sorda contra los jesuitas, que mostraban marcadas tendencias a la dominación del país, especialmente contra el entonces obispo Maldonado. Mercado y Villacorta quería mantener el justo imperio de su autoridad civil contra los avances clericales; y es por eso mismo que el P. Lozano, a quien es preciso censurar siquiera esta vez por su fanatismo e intransigencia, trata a Villacorta con tanta acritud, en decenas de páginas. El pecado capital de S. S. fué declarar en aquellos benditos tiempos que las visitas políticas de la provincia correspon-

alían sólo al gobierno y no a los preladados, que indudablemente se valdrían de ellas para asegurar su preponderancia.

El gobierno de Mercado y Villacorta será siempre famoso por la gran aventura de Pedro Chamijo o Pedro Bohorquez, instigador de un gran alzamiento, producido por dos causas principales: la avaricia y credulidad del gobernador del Tucumán y las quijotescas pretensiones del aventurero andaluz a la corona de los Incas, seduciendo a las tribus con promesas halagadoras de independencia y libertad.

Al año siguiente de recibirse Mercado y Villacorta, Bohorquez, el quijotesco huésped, se presentó al Tucumán con el propósito de seducir a S. S. con las mismas patrañas y cuentos de ciudades encantadas llenas de fabulosas riquezas, con que regaló el oído de los grandes dignatarios de la opulenta ciudad del Rimac.

Seducido y fascinado el gobernador con el inmenso enjambre de riquezas que Chamijo ponía ante sus ojos, fomenta su propaganda y da alas a sus sueños ya despiertos de ambición. La ostentación del título de Inca entre las tribus en cambio de las riquezas de las huacas, que los mismos escondían: tal fué el pacto celebrado entre Chamijo y el incauto gobernador, el mismo que debía producir ese alzamiento que ha dado lugar a portentosos milagros, que hasta ahora cree el pueblo y que hasta el presente han hecho de la ciudad de Catamarca la Meca argentina, por su maravillosa tradición religiosa.

Ello es que la pasmosa e incauta credulidad de S. S. dió ocasión a que Bohorquez se abriese paso entre las tribus y prestigiase su nombre de caudillo. En alas de la fama este singular aparecido recorre el territorio de La Rioja, los valles de Catamarca, las llanuras de Tucumán, las cumbres del Famatina y las cimas del Aconquija; y no contento con eso hace la entrada diplomática y cortesana a Londres de Pomán, en el invierno de 1657, para mostrarse el más refinado de los políticos y el más astuto y adulado de los monarcas ante las tribus, que comenzaban ya a pronunciar con singular veneración el nombre de *Huallpa Inca*.

No se contenta con eso, y reúne consejos de caciques, perora a las tribus, cimenta las bases de su imperio rural y elige al pueblo de Tolombón, del valle de Santa María, como la corte de su nación, a la que dota de ejércitos y de fortalezas artilladas... Y mientras tanto las arcas de S. S. están más vacías y exhaustas que nunca.

El alzamiento del falso Inca no tarda en producirse, cuando el incauto gobernador ve confuso y aterrorizado que

su castillo de sueños se desploma y que la obra de la conquista pelagra como en la más aciaga de las ocasiones. Cartas de Mercado y Villacorta, provisiones del virrey, denuncias del obispo, intrigas de frailes y de beatas, todo prueba que el gobernador se ha perdido en un laberinto sin salida que levantó la magia y la quimera en consorcio, como siempre, con la credulidad y la candidez de los incautos y fascinados.

El falso Inca desarrolla su plan, porque aunque hubiera sin duda, querido contener a las belicosas tribus, éstas le hubieran arrastrado a la conquista de una libertad obtenida en apariencias y sellada por el conquistador con una falsa promesa. Bohorquez ya nada respeta, y comienza a derrochar altanería.

De aquellos tiempos data la fundación del Fuerte de Andalgalá, que hasta hoy subsiste con ese nombre, y es una de las poblaciones más importantes de la provincia de Catamarca.

En septiembre de 1658, se encuentran, por fin, los ejércitos del falso Inca con las tropas de don Alonso de Mercado, y después de un combate de más de cinco horas, la victoria se decide por parte de S. S. Otros encuentros parciales tuvieron lugar en los que el *Titaquín* no se mostró tan estratégico como embaucador; de modo que asediado por los desastres resuelve entregarse a los castellanos, abandonando cobardemente a los suyos, que continúan la guerra emprendida a pesar de su desaparición.

Los rebeldes invadieron el pueblo de Londres, y el valiente Luis Henríquez hace su irrupción al territorio riojano: tal fué el plan de los abandonados vasallos del falso Inca.

Como Calchaquí era el foco de la insurrección, decídese la entrada al valle alzado por dos partes: por las fronteras de Salta y de Londres, dejando guarnecida la de Tucumán bajo la custodia de don Felipe de Argañaraz y Murgia. D. Francisco de la Nieva y Castilla fué encargado para dirigir el tercio de Londres, llevando bajo su comando las fuerzas de La Rioja y cuatro compañías del valle de Catamarca.

Entre otras tribus, vióse a quilmes, yocahuilles y anguinahaos, independientes y alzadas. Recién después de cinco años los bravos quilmes doblegan la cabeza.

En Febrero de 1660 sucede al gobernador Mercado, don Gerónimo Luis de Cabrera, quien tanto papel hizo bajo el gobierno de Albornoz. Pero el nuevo gobernante, recibido en Jujuy, nada obró en contra de las tribus sublevadas, preocu-

pado de la invasión holandesa al Río de la Plata, contra la cual envió tropas.

Después de dos años de gobierno pacífico, sucédele respectivamente don Lucas de Figueroa y Mendoza y don Pedro Montoya, en 1663, de quienes nada digno hay que hacer mención, hasta que vuelve al gobierno don Alonso de Mercado y Villacorta, de quien tendré mucho que hablar en seguida.

XLII

Los últimos esfuerzos de la resistencia Calchaquí habían cesado. Bajo el gobierno tutelar del engreído y bizarro capitán don Alonso de Mercado y Villacorta la raza de los bravos, tan silenciosa como sumisa, pasaba la vida en sus valles.

Nada le hablaba ya del suelo nativo. Sus dioses y divinidades habían enmudecido; los profetas y magos no aparecían ni por asomo.

La libertad vivía proscrita más allá de los antemurales de piedra. Ya no había necesidad de esgrimir la espada.

Al soldado sustitúíase el jesuíta: el misionero Eugenio de Sancho estaba al frente de las reducciones. El astro-rey no se levantaba al compás de los cantares idólatras de los Incas. Donde estuvo el fuerte alzábase la modesta iglesia; el salmo religioso sustitúíase al eco agorero del vivac o al alarido del salvaje; en vez del guerrero que cubre la cabeza con el yelmo, defiende el pecho con la cota acerada, guarnecida de arabescos y lleva al cinto la adarga, el misionero hacía la segunda conquista con la cruz, exhortando a la paz y la mansedumbre; en lugar del eco agudo del clarín, oíase el tañido de la campana, que resonaba en las lomas como la elejía pausada y monótona de los olvidos de una fe, apagada por el soplo de una creencia nueva; en vez de la libertad salvaje, la disciplina mística ordenaba el régimen de la vida, sin novedades ni atractivos; donde antes se escuchaba al curaca, apostrofando, oíase al fraile enseñando la oración de la tarde y el rezo de la mañana.

Un siglo de batallas transformó por completo la escena de la vida natural; el dominio de una civilización sobre otra civilización, de una raza sobre otra raza, de una creencia sobre otra creencia, hicieron desaparecer los personajes e impusieron desenlace a la tragedia. El indio parecía transformado.

Ya no se cortaban las ramas para arquearlas y atar sus extremos con la cuerda. Ya no penetraba el salvaje a los matorrales a llenar de flechas el careax y machacar las hierbas para contagiar de muerte las puntas de sus flechas.

En el valle Calchaquí el aire iba a los pulmones como im-

pregnado de abatimiento. Los indios aclamaban el nombre de España aventurera, victoriosa, homicida y usurpadora. De los labios brotaba el nombre del rey, como seguido de cortejo. No hay para qué decir que se pronunciara el de Inca, cuando se derrochaba el de Felipe IV.

El español, ocupando las más fértiles comarcas y las faldas verdes y llanas, repartíase el botín. Las tierras pasaron a sus manos y se dividían en mercedes. Los encomenderos repartíanse la familia. Los unos tomaban a los niños; los otros a las mujeres. A las chozas indígenas faltaban pedazos de corazón. Los indios jóvenes y los viejos estaban ocupados en las mitas, cultivaban la tierra o elaboraban las minas de Alcaý. Si no había labores en Paytti, la Sal, Culumpajao, era porque aun no se había dado con esos famosos minerales, en cuya busca la avaricia de oro sembraría tempestades de hierro.

Los españoles estaban tan seguros de que su dominación no sería turbada un solo instante que entre ellos comenzó a crecer pasto para las disenciones, a causa del reparto del botín de los vencidos.

Estas disenciones marcáronse aun más, a causa de la lucha de potestades empeñada entre el gobernador Mercado y Villacorta y los jesuitas, cuyo poder era incontrastable en aquellos buenos años en que todo lo dominaban y absorbían.

Hastiado estaba don Alonso de las exigencias diarias del clero, y comenzó por levantar su dignidad de gobernante, dirigiendo amonestaciones, reproches y aun amenazas a los jesuitas, los que, como el obispo Maldonado, no hablaban sino por boca de Dios o exhortaban por mandato suyo.

No es entonces extraño que el clero de aquellos tiempos vaticinase acontecimientos funestos, a causa de la intromisión de don Alonso en las cosas del orden religioso. Pero Mercado, lejos de amedrentarse, tomó diversas medidas tendientes a menospreciar la potestad divina de la gente de sotana. Fué así como, entre muchas otras cosas, se atrevió a empeñarse en que todo el clero había de presentarle los títulos de sus beneficios y prevendas; amenazó (y en día de pascua) al Obispo con ejecutar la pena de las temporalidades; pretendió que en la Iglesia le diese la paz con la Patena y que el Preste le había de hacer la venia a la entrada y salida de la misma; exigió que sus armas habían de colocarse nada menos que en el altar mayor; revocó autos de Su Ilustrísima, mandando a las justicias, ayuntamientos y moradores de las ciudades que no permitiesen las visitas de los prelados; notificó, en más de una ocasión, a los Obispos en persona, faltando de este modo a su sacra dignidad; declaró guerra abierta a los jesuitas, tirando a desacreditarlos con la publicación de una cédula que contra

ellos vino de manos de Su Majestad; y, debido a sus maquinaciones, el rey don Felipe, a no mediar categórica retractación, hubiera tomado cartas en el asunto, a causa de que el P. Rector atrevióse a afirmar que S. M. habíase *retractado* del contenido de aquella cédula vejatoria, teniendo el mismísimo Obispo Maldonado que dirigir al rey una misiva curiosa, de la que son dignos de leerse estos párrafos: "El Padre Rector, Señor don Alonso, es un varón candidísimo que estudia más en el temor y servicio de Dios, que en las palabras con que habla, y en esta Provincia todos le tenemos por padre y madre de los pobres, ricos y toda condición de gente; él nos riñe, él nos halaga, él llora con nosotros; con estos hombres y con otros semejantes no repara el Señor don Alonso en lo material de las palabras, repara en la sustancia de ellas, que mayor servicio y respeto es a S. M., servirle con las obras que testifican, que no poner este respeto y verdadero servicio en tildes de materiales palabras y más de varones cándidos y de vida santa"...

Se comprende muy bien que en aquellos benditos tiempos todas estas cosas debieron malquistar al Gobernador con los Prelados, quienes vaticinaron todo género de desgracias y calamidades, que la cólera divina debía acarrear en justo castigo a la altanería y soberbia de Mercado y Villacorta.

Los astutos jesuítas comprendieron bien la verdadera causa de sus pronósticos, teniendo en sus manos, como acontecía, los hilos de los sucesos. Un personaje extraordinariamente audaz mezola de profesamago y de brujo *embaydor*, asomó la cabeza por entre el cortinaje de la escena, turbando con su sola presencia la paz y tranquilidad del Tucumán.

Las cosas cambiaron de pronto; el panorama apareció con otros colores; el cielo caliginoso se empezó a cargar de electricidad... ¿Qué acontecía en el sumiso Tucumán y en los Valles Calchaquíes?...

A pesar de su vida de sumisión y silencio, dentro del corazón de aquella raza turbulenta la idea de libertad permanecía escondida, como en una catacumba, esperando asomar en el instante propicio. Bajo la capa de aquel mutismo, fingido en lo real; bajo la máscara de las fisonomías serenas, ocultábanse las formas del despecho, el rubor de la vergüenza, las líneas con que la ira cincela los rostros. Todo aquel mutismo, aquella sumisión, aquel aire de esclavitud, aquel abatimiento velado por la indiferencia son momentáneos y estudiados. ¿Qué anhelan, qué esperan? ¿Qué no anhelan, qué no esperan?...

El indio Calchaquí; la raza indomable, esclava hoy, pero en el fondo de su alma, "libre como el venado de la Pampa", la nación de pieles de guanaco y plumas de avestruz no se ha

acabado aún. Todavía alienta el valle de Calchaquí, “cuna de los indios más indómitos y feroces que se han conocido en estas tres gobernaciones”, al decir del cronista.

La escena se presenta de golpe, preparada para la catástrofe. ¿Qué va a acontecer?...

XLIII

Preciso es, a fin de imponernos y empaparnos en los sucesos de los valles Calchaquíes, pacificados completamente por el gobierno de D. Felipe de Albornoz, que conozcamos al personaje que los precipitó; que hagamos un esbozo de la personalidad moral del profeta y redentor de estos naturales, hacia tiempo subyugados, pero aun no domados en espíritu, donde la libertad había alzado sus tiendas de refugio.

La figura de nuestro personaje destácase en el cuadro con vivos colores, en el fondo de una era de silencio y de mutismo. El actor de la redención es un personaje originalísimo, de esos que pocas veces aparecen en la historia de la conquista y emancipación. Como aventurero compite con el más audaz; como profeta puede colocarse al lado de los de Múnster. Y lo más particular, lo más novelesco, es que no era hijo de esta tierra, sino que era español, y más que español buen andalúz, oriundo de *Arabal*, en los estados del Duque de Osuna.

Esto, no obstante, con sus años de América había llegado al conocimiento de las costumbres y carácter de estos pueblos, y congeniaba con americanos, y americanas sobre todo. Hacía mucho tiempo que había dado el adiós a su tierra natal, en busca de aventuras y fortuna. Un tío suyo, el *Bellaco*, trájole a estas indias a la edad de diez y ocho años.

Desde niño viósele inclinado a las aventuras, los cuentos fantásticos de las hadas y espíritus malignos; y como buen andaluz, ensartaba más embustes que palabras. Espíritu inquieto, anhelaba horizontes más amplios donde agitarse y desplegarse a sus anchas. Por los navegantes vueltos de América, y por lo que las crónicas contaban, pasó muchas noches sin dormir, pensando en estas lejanas regiones del oro y la riqueza, donde todos podían recoger a manos llenas los más ricos metales y las más preciosas piedras. La avaricia le entró los dedos en el cráneo; y ya no tenía sino una resolución: ir a América.

Con el relato de las aventuras y las descripciones fantásticas de estos países, ya puede comprenderse lo que pasaría en el espíritu inquieto de nuestro personaje. Si antes era embustero, ahora lo era mucho más, — causa que motivó re-

preensiones continuas de su padre. Su carácter novelesco, voluble e inconstante, está pintado por un escritor de su tiempo: "siempre en toda la comarca, dice, fué reputado por hombre bullicioso, embustero, mentiroso, hablador, inconstante y sin firmeza, sagaz en lo que trataba, sin temor ni vergüenza de ser cogido en mentira, de eficaz persuasiva, amigo de traer y llevar chismes con que enredaba a muchos. Y para mejorar las costumbres, tenía muy pocos auxilios en el género de vida que pasaba; porque la indecencia de su traje retraía la comunicación de gentes cultivadas, pues ordinariamente andaba descalzo de pie y pierna sin alcanzar más que un mal juboncillo y un capotillo de cordillate, por lo cual pocas veces acudía aun a misa, los días festivos".

Es con estas recomendaciones de sus contemporáneos como tenemos que presentar a nuestro héroe, llamado en su tierra Pedro Chamijo o Clavijo, y Pedro Bohorquez en el Perú, pues en Pasco, arrastrado por sus propias conveniencias, se decidió a cambiar de alcurnia, usurpando el apellido de Bohorques Giron, cuya genealogía, por cierto, estudió hasta la primera generación. Chamijo no se contentaba con ser Chamijo, ni menos con llevar apodo de embustero y *embaydor*, ser sobrino del *vellaco*, ni ser esposo de una *mitaya o baladi*, "cuyo padrino era, al decir de Lozano, una persona tan calificada, como el Ventero de la Quinga".

Llegado a Pisco con el tío suyo que le conducía a las Indias, separóse de él, yendo a dar a Quinga Tambo, donde hizo prodigios amorosos, dignos de D. Juan, no ocupándose sino del nuevo Lovelace las damas de aquel pueblo, antes tan pacífico y tranquilo, y ahora inquietado por más de un motivo, pues hubo maridos destronados de sus tálamos, hermanos ofendidos, niñas seducidas, viejos burlados y todo lo que quiera añadir la crónica sobre las aventuras eróticas de nuestro personaje.

Ya se comprende que Pisco se hizo peligroso para nuestro hombre, quien pasó a Guancabélica a hacer ensayos en sus embustes, de donde tuvo que salir el andaluz, retirándose a los Andes, en seguimiento de una india, de quien se enamoró perdidamente. El panorama de aquellas montañas gigantes; las cumbres, las hondonadas, los llanos, las selvas que guardan en su seno el aspecto salvaje de la naturaleza; la libertad sin límites ni freno que mora en aquellas soledades de los cóndores y las águilas, todo lo encadenó a aquella tierra virgen y hermosa, donde decidió permanecer algún tiempo, pasando año y medio en compañía de sus salvajes moradores. Allí captóse la voluntad de los indios, a los que fascinaba con sus embustes, cuentos fantásticos y su-

persticiosos, amoldándose a las costumbres de los naturales estudiando su tradición, su modo de ser, su índole, su idioma, del que apenas masticaba una que otra palabra o frase.

Es, sin duda, bajo aquel cielo, y entre aquellas montañas, donde comenzó a fraguar sus planes. Con rara dedicación inquiría diariamente noticias sobre *huacas* y minerales. Los indios, con su labia especial le ponderaron los célebres minerales de Paititi y la Sal, conocidos por su nombre tradicional en todas aquellas regiones, aunque quizá ojo humano jamás los había visto ni por asomo. Pero, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que entre los españoles corría ya la fama de aquellos tesoros, los más ricos y valiosos que poseyeron los Incas.

Con su india por compañera y con algunas piedras minerales que los indios le suministraron, tomó camino de los pueblos del Perú, llegando, después de largas travesías, a Lima, la ciudad de los virreyes, donde en ese entonces no se hablaba de otra cosa sino de huacas, minerales y tesoros escondidos. El campo se presentaba abierto para nuestro héroe.

La sultana del Rimac llenóse con los maravillosos relatos de Pedro Bohorquez, tanto más cuanto que sabía que había pasado casi dos años entre los salvajes, indagándole los secretos de sus tesoros. Aquel hombre consiguió hacerse popular, y adquirió tal nombradía, que, movido por la avaricia el entonces virrey, Conde del Chinchon, le dió especial audiencia, invitándole y pidiéndole encarecidamente que por sus propios labios le refiriese todo lo que en la ciudad era ya fama sobre los preciosos minerales, cuyos secretos él era el único que poseía.

Es así como al poco tiempo nuestro personaje tomaba camino de los Andes al frente de veinticuatro arcabuceros, pasando por las provincias de Tacama, Shinchaycochea y Moyobambas.

Pero de esta expedición, para nosotros que sabemos el secreto de sus secretos, fácil nos era pronosticar su resultado. Después de duro y penoso viaje, a través de las serranías ásperas y escarpadas, nada vió de minas ni cosa que se pareciera, resistiendo sus soldados seguir adelante en empresa tan aventurada como imaginaria. Ni sus amenazas, ni sus ruegos, contuvieron a los soldados, al frente de los cuales entró de nuevo a la Ciudad de los Virreyes, tan vacío de bolsa, como de estómago.

Mucho tuvo Bohorquez que hacer para contener las iras del Virrey, quien llegó al convencimiento de que éste no era otra cosa que un andaluz, y un andaluz de los más refinada-

mente natos y embusteros, por lo mismo. Disculpado ante el Virrey, tuvo bastante habilidad para que el pueblo no lo tomase por ladino embaucador, haciendo uso de su abundante labia y de sus embustes y mojigaterías a fin de desmentir cualquier sospecha que pudiera eclipsar su reputación de aventurero afortunado. Y, para hacerse más popular entre los paisanos, mulatos, indios y cholos, hizo su aparición de un día para otro como astrólogo, prestidigitador, mágico, metamorfoseador, y hasta adivino. El populacho lo seguía de día y de noche en numerosa procesión escuchando sus palabras, no perdiéndole de vista un solo instante, admirando su su rara y singular habilidad, su destreza y ligereza de manos. El pueblo todo sabía que sacaba huevos de los fraques y chupetines de los nobles y las chaquetas de los plebeyos; que hacía desaparecer palomas encantadas de entre sus manos; que barajaba las balas que le tiraban, apuntándole al pecho; que comía fuego y sacábase rollos de cinta de la boca. El era el único que sabía el movimiento de los astros y conocía sus secretos, previendo catástrofes que se realizaban, y adivinando el destino de cada uno de los admiradores de este hombre, engendro de habilidades, especie de Cagliostro y Mesmer, más hábil, charlatán y refinado saltimbanqui que sus modelos (1).

Se dió por hombre de inmensos caudales; y con la boca bien abierta y circunspecta entereza, contaba a todos su estadía en un gran pueblo, escondido entre las serranías el cual estaba asentado en cimientos de oro y de zafiro. Las casas, columnas, pórticos y monumentos de este pueblo, eran de plata maciza, hábilmente pulimentada. Su pueblo era, pues, una Jauja, en toda la extensión de la palabra.

Refiriéndose a su estadía en Lima por esta época, dice nuestro historiador, Dr. López: "El pueblo se electrizaba con aquellas historias; no ordenados renunciaban a su santísima carrera, los frailes y los ordenados, no pudiendo renunciar, tiraban los hábitos, dejaban poblarse la corona y crecer la barba; formaban especie de mesnadas entre ellos, para ir en busca de aquel pueblo, más famoso que los de Mil y una Noches. Olvidaban las beatas las novenas y las setenas y andaban embarulladas con los cuentos del andaluz. La historia, pareca en sus narraciones, no dice como la crónica que hubo hasta monjas a quienes llegaron las historias y se mandaron a mudar de sus conventos vestidas de caballeros, con las ropas del sacristán que las prestaba gentilmente para la escapatoria. En fin, toda Lima andaba alborotada con el forastero y las tapadas se encargaban de alborotarla más,

(1) Todas estas aseveraciones las hace el Dr. López en su artículo *Huallanca. ó El Emperador Andaluz* (Buenos Aires).

pues se dice que Bohorquez, además de embaucador de hombres, era embaucador de mujeres y tuvo muy buenas fortunas, así en las bajas como en las altas clases, sociales debido no sólo a las habilidades de su lengua, sino también a su hermosa y gentil apostura.

“Llegó el renombre del recién llegado al palacio del Virrey, y la Vireyna lo recibió en su Cámara, y los oidores de la Real Audiencia no quisieron ser menos y lo llevaron a sus casas y se entusiasmaron con él las *oidoras*; y lo buscaron los fiscales de cámaras y los miembros del Tribunal de Cuentas y los Alcaldes y demás Concejales. Andaba Bohorquez de un lado a otro, como Niño Dios, y todos lo adulaban y todos lo festejaban: bebido, alimentado, agasajado en todas las casas llevado a bodas y bautismos, a saraos, a toros y cañas, a cuanta fiesta se daba en Lima por aquellos días de benévola credulidad”. (1)

Para dar visos de misterio a su vida de aventurero, volvió de nuevo con mil patrañas, sobre sus famosas minas, con el objeto a la vez de conseguir dinero y bagajes a fin de llevar a cumplido término su premeditada empresa. Con ambos objetos, creyó conveniente dejar a Lima, pasando a Aricaja, Sahagun, Apolobamba, hasta internarse a la región habitada por los indios Chumchos, a los que no tardó en seducir, fascinando sus imaginaciones calenturientas.

Después de algún tiempo, pasó a la Plata, donde por esta vez no escapó de la saña de corregidores y alcaldes, a causa de sus repetidos embustes y nocturnos jaleos y aventuras. Pero no tardó mucho, y las puertas de la prisión le fueron abiertas de par en par, porque consiguió sonsacar al Presidente de la Real Audiencia, que por entonces lo era Lizarasu, al cual enseñóle un mapa de Paytiti, que con su propia mano y habilidad singular había imaginado y confeccionado.

Como una buena muestra de su sagacidad para seducir al Presidente de la Audiencia, no resisto a la tentación de transcribir este sabroso párrafo: “Mostró pues, dice el cronista, al Presidente un mapa que había formado del gran Paytiti, provincia o provincias que decía ser vastas, y ricas de numerosas poblaciones y ciudades fértiles en todo género de frutos, abundantes de especería y varias drogas, aves y animales exquisitos, cuya existencia afianza sobre su palabra, y con el débil fundamento de traerlos pintados según su capricho. Mostraba también en dibujo reyes Ingas, bárbaros o indias señoras poderosas, ocupadas las manos con vasos de oro y plata, y ataviadas con riquísimas joyas y preseas, señales de la grande opulencia que poseían en sus dominios, los cuales expresaba y

(1) López, *op. cit.*

dividía con individuación muy puntual, señalándolos con términos y distritos en que ejercitaban su soberanía. Creyóle el incauto Presidente, y sacándole de la cárcel le dió su lado y su mesa para tenerle más grato, dejándole andar libre a su voluntad; ni paró en eso, sino que para acreditarle ante su Magestad, y su Real Consejo de Indias, escribió a su favor cartas, ponderando las grandes conveniencias que se seguirían al bien público de la monarquía, en que a este hombre se le diese fomento, para emprender la entrada por los Andes y el descubrimiento de aquel riquísimo imperio”.

De la Plata pasó a Potosí; pero menos crédulos los magnates de este pueblo, viéndose nuestro personaje burlado en sus empresas, retiróse nuevamente a Mayobamba volviendo a la vida salvaje, y permaneciendo dos años entre los indios. Entretanto, llevaba gastados doce mil pesos, lo que no le pesaba pues ya comenzó su propaganda entre las belicosas tribus indianas. Nada le pasaba desapercibido; apenas se desparramó por esos mundos apartados la noticia del recibimiento del nuevo Virrey, el Marqués de Mancera, nuestro Bohorquez despidióse de sus amigos, los hospitalarios indios, y regresa otra vez a Lima, de donde hacía tiempo que faltaba.

Aun la Sultana del Rimac no había olvidado a aquel hombre singularmente extraordinario que por tanto tiempo llenó con su solo nombre plazas, y calles, y chozas y palacios, llamando la admiración del Virrey, Alcalde de primer voto, Oidores, Preboste de la Hermandad, Gran Inquisidor, y cholos, paisanos, indios, negros y mulatos.

No es extraño, entonces, que nuestro hombre fuese perfectamente bien visto y recibido por sus Altezas, a cuyos palacios diósele entrada y en cuyas casas ofrecíasele hospitalidad; ni tampoco llamó a nadie la atención de que el Virrey, por intermedio de su Secretario y su hijo, don Antonio Sebastián Toledo, le diese audiencia, y lo que es más particular, le creyese todos sus embustes, historias, fábulas, y encantamientos sobre el famoso y nunca bien ponderado Paytiti, objeto de todas las crónicas de la avaricia y la ambición de los aventureros.

A los pocos días todo se arregló entre el Virrey y nuestro hombre. Quedó solemnemente pactado que Bohorquez se lanzara a la mayor brevedad a la conquista del gran Paytiti, con minas, y curacas y cuanto tuviese, volviendo a los idólatras a la fe católica, comprometiéndose el Virrey a proveerlo del dinero y equipo para la famosa expedición, así como de cuarenta soldados perfectamente armados dándole a más una buena porción en las minas y tierras del descubrimiento, con la promesa, por añadidura, de emplearle en el servicio de Su Magestad, honor el más alto al que podría aspirar un “zapatero saparrastroso”.

como le comenzaba a calificar la envidia, que, mordiéndose los labios, hablaba muy por lo bajo sin atreverse a aquel hombre sorprendente y extraordinario declado de ciencia y de conciencia.

La satisfacción y el contento pintábanse en el rostro del ladino andalúz, quien, entre aclamaciones ruidosas, salió de la ciudad de los Virreyes a la cabeza de sus cuarenta hombres bizarros y bien montados, tomando rumbos hacia la reducción de Fray Triviño.

Los soldados apresuraban la marcha; y en las paradas de campamento, alrededor de la hoguera oían con asombro los relatos maravillosos de su jefe y la narración de sus aventuras. Aquella vez el sueño mismo hablábales de riquezas.

El intrépido andaluz vadeó con su tropa el Chinchomayo, trabando fuerte lucha con los bárbaros, que querían detenerle en las riberas; y después de recia carga y mejor batida, fundó no lejos del río un pueblecillo teatro de sus hazañas, nombrando, como si se tratase de una ciudad, alcaldes, regidores y alguaciles. Los soldados se mostraron contentos los primeros días.

Como la estada se alargase y no aparecieran las tan famosas y ponderadas minas, la gente comenzó al principio a refunfuñar entre dientes, hasta que estalló una especie de motín, que dió por resultado la deserción de algunos de sus soldados más valerosos, y sobre todo, menos crédulos. A los que quedaron fieles, prometiéndoles un porvenir más halagüeño, decidiéndoles a marchar adelante. Los crédulos soldados dejaron el pueblo llenos de satisfacción y de esperanza. Desde lejos divisábase el cerro de Guancabamba, cuyas riquezas ponderó. Una vez en las quebradas y hondonadas de escarpada serranía, los rastros de las minas no aparecían. El hambre y la sed fueron el único hallazgo de aquellos aventureros ilusos y crédulos.

En vano nuestro hombre, con su labia, abundosa, tentó de nuevo a engañarles, pintándoles tesoros y maravillas unos pasos más allá; los soldados le arguyeron, rebatieron y contradijeron en sus vistas, y, no pudiendo convencerle con raciocinios, aun después de probarle que era imposible de hallar atadero a la madeja de sus quimeras, arremetieron a su jefe espada en mano, el que, ante tal demostración, cedió por fin, dejando volver a los aventureros los que al pasar por su pueblo *La Sal*, fundado en los cimientos de sus sueños, lo incendiaron, a fin de que no quedase ni rastros de aquella expedición quijotesca, en la que no habían ganado sino miserias, desengaño y ridículo.

Nada detuvo ni arredró al andaluz. Por el contrario, solo y desamparado, regresó a Lima, y tuvo la desgraciada audacia de presentarse en el palacio del Virrey, al que embistió con quejas y aun reproches por la indisciplina de los

soldados y mal éxito de aquella aventura, la más famosa, por lo quimérica, que se hubiera llevado a cabo en aquellos tiempos en que el Dios (de la credulidad imperaba.

Terminó su largo y elocuente discurso solicitando más gente. Pero el Virrey, fustigado con las burlas de palacio y de la corte, lejos de acceder a sus repetidas y ardientes súplicas, desidió desterrarle perpetuamente a Chile, a la provincia de Valdivia, conduciéndole a una saetía que estaba próxima a zarpar (de la rada de Callao.

“En vano, dice el cronista, pidieron por él casadas y solteras, de alto y bajo cuño, beatas y reclusas; todo fué en vano: fué desairado el bello sexo de Lima; y cuando el crepúsculo caía sobre las aguas (del Callao, desde lo alto de sus fuertes, pudo verse a la saetía cubierta de velas, que aprovechando las brisas panamaenses, salía viento en popa, llevando a su (bordo aquel Lovelace y hechicero que llenó con sus hazañas y aventuras el salón limeño del siglo XVII’.

Llegado a su presidio de Chile, después de larga y penosa navegación, nuestro héroe fué encerrado en su celda, bajo la celosa custodia de un guardián portugués. Bohorquez, una vez allí, miró con tristeza lo inaccesible de los muros y comenzó a mover los cerrojos con la llave maestra de sus aventuras y cuentos de Paytiti. Nuestro guarda, que ya sabemos que era portugués, con lo que todo está dicho, se llenó (con tanto maravilloso relato, enseñando en cambio a su prisionero a labrar piezas de artillería forradas con cuero, y con las cuales podía disparar con seguridad y ventaja.

La fama del hechicero no tardó en llegar a palacio; y el día menos pensado, el entonces Virrey, don Antonio de Cabrera Vázquez y Acuña, se le presentó a las puertas de su prisión, quedando asombrado de aquel hombre tan ingenioso como útil, qua aparte del relato de sus minas y desgracias, le sedujo con su reciente descubrimiento de los cañones de madera, tan necesarios en aquellos tiempos para la propia defensa contra infieles e idólatras.

Hacer el primer ensayo y captarse la voluntad del Virrey fué obra de un momento. De aquí que a los pocos días, lejos nuestro hombre de hallarse entre cuatro paredes, respiraba el aire puro de la atmósfera chilena, y los leales soldados de S. M. inclinaban la cabeza en señal de respeto, reconociéndole capitán de infantería.

Luego no más, a poco andar, tuvo que fugarse a Santiago, donde a la sazón había llegado un pliego de providencias del Perú, ordenando prontamente su prisión, lo cual sabido al instante (por nuestro hombre, decidióle a cruzar los Andes,

camino de Cuyo, desde cuya provincias encaminóse al viejo Tucumán, donde hemos dejado gobernando a don Alonso Mercado y Villacorta, en paz y gracia de Dios, por más que los reverendísimos padres de la sacra Compañía, más absolutos y engreídos que el mismo Mercado, habían vaticinado a éste descalabros sin cuento.

XLIV

Hemos llegado con nuestro singular personaje al Tucumán, después de acompañarle en todas sus maravillosas expediciones.

Ya tenemos a nuestro héroe de este lado de los Andes, sano y salvo, sin que justicias y ayuntamientos pudieran apoderarse de él, por más que lloviesen, unas tras otras, órdenes, exhortos, mandamientos de prisión, en el empeño de asegurar nuevamente al audaz presidiario.

La estadía en Cuyo se hizo peligrosa para el andaluz pues tenía conocimiento de que en San Juan habíase abierto un pliego del Virrey en que se ordenaba su inmediata prisión. Como en esas provincias nada tenía que hacer nuestro hombre, tendió la mirada hacia el valle de Calchaquí, donde tanta tragedia había tenido lugar, con motivo del Alzamiento General; donde la lucha aun debería persistir por más tiempo, pues que estaban calientes las cenizas de la libertad arrebatada a los naturales, y donde tanto y tanto se decía y se mentaba sobre famosas minas, como las de Acay y Casablanca, que darían a nuestro héroe un tema facundísimo para sus patrañas y embustes. Algo, a lo menos, podía sacarse de este río revuelto. Así lo comprendió nuestro hombre, y así sucedió, efectivamente.

No tardó en emprender la marcha; y tomando por el despoblado de Pismanta, salió al Valle de Guandacol y Campanas, yendo a parar a Famatina, sin hacerse presente en la ciudad de La Rioja.

Fué en esta ocasión cuando nuestro hombre comenzó a desarrollar sus planes de proclamarse Inca, legítimo heredero de estos Valles y de este Imperio, como descendiente en línea recta de los hijos del Sol.

Sin penetrar a las ciudades, dominadas por el español, internábase en los bosques de talas y chañares, o tomaba hacia las montañas, a fin de relacionarse y hacerse conocer de los indios, a los que hablaba de sus títulos, de su gobierno en el gran Paytiti, de sus riquezas y poderío así como de su inmenso anhelo de reconquistar el suelo natal, hollado sin derecho y con barbarie por la planta del extranjero.

Bohorquez tocó a los indios en la cuerda sensible. Los naturales abatidos y subyugados, destinados a las encomiendas o las minas, ya debe suponerse cómo escucharían a este hombre extraordinario, que les tocaba el alma y fascinaba la imaginación, ora deplorando su perdida libertad, o ya empleando toda su labia, fecunda y seductora, para describirles las riquezas de su gran Paytiti, donde había dejado de monarca a un hijo suyo.

Aquel hombre extraordinario que conocía todos los secretos de la atracción de los naturales hacia su persona, prontamente fué adquiriendo decidida popularidad entre los indios, quienes veían en *Huallpa Inca* a su redentor, su jefe y su monarca.

Los indios reservados como la boca de una tumba, apenas si en la soledad del desierto o de la noche, contaban en misterio al resto de los naturales lo grandioso y magnánimo de los planes del aparecido.

Prendado, como el que más, quedó el esforzado y popular Cacique Pivanti de aquel hombre colosal, que tales planes meditaba y que tantas hazañas llevaba hechas. Fué este indio valeroso uno de los primeros en jurarle obediencia y reconocerle Inca, una vez que penetró Bohorquez al Valle de Calchaquí, por el cual corría su nombre en alas de la fama.

Acompañado de Pivanti, tomó a Calchaquí mismo, subiendo por la cuesta de Choromoro, como si se dirigiera al Perú, para extraviar a los españoles que, sagaces, y desconfiados, pudieran darse cuenta de sus designios sediciosos y hostiles, tanto más cuanto que entonces a los indios viejos y los indiecitos no se les caía del labio la frase de la sumisión: "No hay otro Inga en la América que el rey de Castilla y de León", que los españoles tenían buen cuidado de grabarla en la conciencia de los naturales, a fin de quitarles hasta la más remota idea de la reconquista del suelo nativo.

El Cacique Pivanti se encargó de las regias presentaciones del nuevo Inca en todo el país por donde atravesaban contando muy en secreto los designios del grande y poderoso monarca. A Pivanti uniéronse pronto en su propaganda numerosos Caciques y Curacas los que seguían tras de Bohorquez, admiradores de su talento, sabiduría y patriotismo.

Nuestro héroe, en tanto, presentábase rodeado de misterios a los ojos de aquellas razas turbulentas, que en el fondo de su alma guardaban odio eterno a la dominación extranjera. Rodeado de los caciques, y al lado de una india chilena, a los que todos aclamaban como a la *Coya*, nuestro hombre penetraba a valles y montañas. Una vez en medio de los indios, ceñida la

frente del llauto, parábase airoso en medio de las turbas fanatizadas con su sola presencia; y antes de exigirles la sumisión de vasallos, hablábales en elocuentes palabras de la historia esclarecedora de sus antecesores, los Incas muertos, y más que todo de la sabiduría del Inca Pachacutec, que daba la explicación de los movimientos diurnos del sol y las estrellas, del misterio de los días y las noches; de los encantos de la luna, que siempre envolvía su gloria en los cenadales de su luz tibia y mortecina; referiales de cómo Huaina Capac, saliendo al frente de la invasión del Cuzco, había cruzado los Andes, sus ríos y montañas, hasta llegar a la cabeza de trescientos mil guerreros a conquistar el rico Tucumán, célebre por sus minerales, pieles y algodones; de cómo los españoles dieron muerte afrentosa y traidora a Atahualpa, saqueando sus tesoros y derrumbando los templos, destinados al culto del Sol, lleno de ira al dilatar su pupila ardiente y tender la vista hacia estos países subyugados, sometidos y esclavizados.

Después hablábales de su gran Paytiti; de las riquezas contenidas en este pueblo fabuloso, que habíase conservado independiente de las invasiones castellananas, estrellándose a sus puertas todo el poderío de su armas victoriosas. De este tema deslizábase hábilmente a su objeto, cual era imbuir en el espíritu tumultuoso y atribulado de la raza catamarcana, la idea de libertad y de rebelión.

Fácilmente se comprende que Bohorquez, con tales prédicas y enseñanzas, debía abrirse paso entre esas multitudes, ébrias con las maravillas de sus relatos sin fin.

Son, pues, los momentos en que olvidamos a Pedro Chamijo, y saludemos a Huallpa Inca, al grande y valeroso Titaquin de las regiones calchaquíes; al hijo del Sol, aclamado y reconocido por todos los pueblos, en valles y montañas, y por los caciques y curacas, sabios e ignorantes, indios e indias. El astrólogo y metamorfoseador veía cumplidos sus sueños.

Si en el espíritu indomable de algunos de los naturales surgió la idea de que los Incas hollaron el suelo natal y que fueron los enemigos de su raza, a los que combatieron a sangre y fuego, sin doblar jamás la frente ni rendir el brazo, también es cierto que este Inca venía a hablarles de libertad, de emancipación, y que los naturales debieran mil y mil veces preferir su dominio antes que la esclavitud de los señores de la raza blanca.

Sin esta explicación es difícil darse cuenta de esta especie de anacronismo histórico.

El prestigio del Inca lo prueba una carta dirigida por el Padre Eugenio Sancho al Gobernador Mercado y Villacorta fechada en trece de Abril de 1657, en el pueblo de Santa María,

de los Angeles de Yocavil, de la cual sacamos este párrafo: "Los días pasados dí cuenta a las justicias del Tucumán y Londres del estado de este Valle, y al presente he juzgado darla a V. E. y avisarle como vino el General Don Pedro Bohorquez conducido de los curacas, que teniendo noticia de su persona fueron desolados en busca suya a los Choromoros (1), de donde con alborozos y regocijos extraordinarios, le condujeron al pueblo de Tolombón, y de allí a los demás pueblos del Valle, festejando y aclamando su venida, como lo hicieron en uno de sus antiguos Incas, reconociendo en él su sangre".

Su ilustrísima el obispo señor Maldonado, pronosticando en otra carta lo que después iba a acontecer, en uno de sus párrafos confirma la idea que acabo de emitir sobre por qué titulándose Bohorquez Inca fuese recibido con sumisión y homenaje por los calchaquíes. Dice así: "Por carta que tube y relación del señor D. Alfonso, gobernador de esta provincia, veo el lleno de lo sucedido hasta aquel día, y las personas y esperanzas de Calchaquí. Lo que siento en esto es que Calchaquí no amó ni conoció al Inca, sino sugeto con presidios, y así me parece que menos le conocerán muerto, *si no es valiéndose de esa noticia en su amparo contra nosotros*".

Esto mismo nos muestra por las claras que los españoles conocían sus designios de sublevar y dominar estos países. La nueva del aparecido corrió de boca en boca, llegando hasta Lima, la ciudad del Virrey, esparcida por la Quebrada de Humahuaca, Oruro y Potosí.

Bohorquez comprendió al instante que para salir más airoso en su empeño y obtener el logro completo de sus aspiraciones sin límites, le convenía por entonces entrar en estrechas relaciones con los españoles, y muy especialmente con D. Alonso, el Gobernador del Tucumán.

Fué así como acompañado de algunos curacas y gente de la servidumbre imperial, penetró a la misión del P. Eugenio de Sancho al cual no se presentó a nuestro héroe sino después de haber visto a los Caciques de esas comarcas y puéstoles en completo conocimiento de sus planes. Como el P. Eugenio le pidiera explicaciones del por qué de su título de Inca, Bohorquez con profunda sumisión y unción mística, manifestó al jesuita que su intento era captarse la voluntad de aquellas naciones a fin de incitarlas al servicio de S. M., como leal y humilde vasallo, así como de propender a su conversión, facilitando la predicación de la fe del Crucificado, en prueba de su fervor católico.

(1) En un documento de 1699 aparece que en Choromoros, vivían los indios *Béjétnes y hatacas*,—y así dice: "En el valle de Choromoros, jurisdicción de la ciudad de San Miguel de Tucumán, donde residen los indios de Béjétnes y Hatacas que fueron de Esteco, etc." (M. S. Escribanía Lauro Román, Tucumán).

Más que perplejo quedóse el misionero con el celo del aparecido; y cuando éste decidióse a escribir al Gobernador, que a la sazón se encontraba en Córdoba, nuestro Rdo. Padre prometióle una recomendación en el sentido en que Bohorquez lo hacía a D. Alonso. La carta de nuestro héroe fué un tejido de ponderaciones y de maravillas. Hablábale de su poderío, de su popularidad entre los indios, de sus grandes planes, de su Paytiti, de huacas descubiertas, de minerales y tesoros de los que él solo podía saber el secreto, de la conversión de las tribus.

El Gobernador, inmediatamente de concebir los vastos planes que la avaricia le sugería, llamó a su cámara al ilustrísimo Fray Melchor Maldonado de Saavedra, a fin de tomar consejo de él. Menos ambicioso que D. Alonso, y con sus veintidós años de conocimiento de esta Diócesis del Tucumán, Fray Melchor opúsose obstinadamente, como toda persona sensata a quien consultó el Gobernador, a entrar en relaciones de ninguna especie con el falso Inca, que había ya en Córdoba quien le conocía de antes en Lima, cuando no pasaba de ser un embustero y saltimbanquí.

Pero por más que a D. Alonso se le entraran las razones por los cinco sentidos, nadie le pudo arrancar su idea de acoger con alma y corazón los planes del Titaquin, ni aun después de las severas reflexiones del valeroso y experto Capitán D. Pedro de Soria Medrano, quien veía a las claras que Bohorquez era el peligro en casa, y que al menor ademán o palabra del falso Inca, todos aquellos pueblos, todas aquellas tribus, le seguirían ansiosos de libertad a los campos de batalla.

Así, pues, nuestro Gobernador desapareció de Córdoba una noche, y después de algún tiempo sabíase que había tomado camino de Calchaquí, atravesando el atajo de Quilino a fin de precipitar la marcha y darse cuanto antes con su hombre en las fronteras de Londres, donde éste debía aguardarle.

A los pocos días de dejar Córdoba, tenemos a nuestro D. Alonso de Mercado y Villacorta en el pueblo de Poman, preparando la recepción del famoso Inca, al cual había enviado presurosamente un *chasque* con el objeto de darle audiencia en el pueblo.

Entretanto, preparábase el pueblo de Pomán para hacer público festejo por la honrosa vitita de Huallpa Inca, moviéndose todo, desde el sacerdote hasta el sirviente, el hidalgo, y el plebeyo y el mulato. La ansiedad por conocer al aparecido era inmensa, indescriptible.

El obispo Maldonado, ordenó que en la Catedral y todas las iglesias de la provincia se tocase las campanas. En los templos de religiosos se celebraron solemnes misas, patente el Santísimo Sacramento.

El gobernador por su parte, encargábase del arreglo y limpieza del pueblo; juntaba la chusma y le enseñaba ejercicios militares; forma dos batallones, con sus jefes y oficiales, uno de caballería y otro de infantería; hace trabajar arcos de triunfo; prepara todo lo necesario para banquetes; adiestra una pareja de caballos para el coche de gala, que hasta de coche se proveyó en esos tiempos para tal objeto nuestro buen Gobernador; y lo más sorprendente, lo más admirable es que nuestro Gobernador manda construir *un teatro* y hace ensayar dos comedias o dramas que figuraban en el programa de los públicos festejos al tan popular como famoso Titaquin; dispúsose el lugar del hospicio para él y los caciques; preparóse el cortejo oficial, ordenando que todos los vecinos de Londres y hasta los de la Rioja, concurren al acto solemne de la recepción; aumentóse la guardia de honor con ochenta soldados que se trajeron a marcha forzada del presidio de Andalgalá.

El Titaquin, por su parte, que no quería quedar en menos que el Gobernador, dispuso la reunión general de caciques, curacas y grandes de las Cortes Calchaquíes. Al llamamiento de Huallpa acudieron presurosos todos los caciques, con excepción de dos de los Pulares, que se encontraban enfermos, y los de la parcialidad de los Pacciocas, por conveniencias políticas, a indicación de Bohorquez.

Con ciento diez y siete caciques llegó el Inca a Pilzihao en Andalgalá, deteniéndose una semana a pedido del Gobernador a fin de darse tiempo para organizar mejor la recepción a tan ilustres como augustos huéspedes. Es claro que durante toda la estadía todos los fuertes y crecidos gastos ocasionados corrían a cuenta de S. E.

El Inca llegaba a Pomán. Desde lejos divisábanse las verdes colinas y hondonadas de este pintoresco pueblo, situado en la falda occidental del cerro de Sijan.

¿Quién no deseaba conocer al personaje novelesco?... De repente suenan los clarines, y la caballería e infantería, ordenadas en dos alas, con banderas desplegadas, entre músicas y aclamaciones, marchaban a encontrar al Inca.

Montado en un brioso caballo, con un inmenso séquito de caciques, curacas y grandes de las Cortes Calchaquíes, lujosamente vestido, el Titaquin deteníase a legua y media de la Capital.

En filas ordenóse la marcha; y cuando caciques, curacas, jefes, oficiales y arcabuceros partían paso a paso en

acompañados y marciales movimientos, vése por entre las filas de los hombres de armas, volar un carruaje descubierto, adornado convenientemente. El Gobernador preparó a Borhoquez la primer sorpresa, invitándole a tomar asiento en un vehículo que había dispuesto para ambos.

Así entraron al pueblo, donde viejos, mujeres, niños, indios y cholos, confundidos y mezclados en una masa enorme, esperaban al Aparecido, al cual aclamaban en todo el trayecto, una, diez, cien, mil veces, como si se tratara de un gran general que regresara a su país con los laureles de una gran victoria.

La entrada se hizo por entre aquel gran tumulto, ebrio de regocijo, que seguía luego al carruaje y ocupaba en las avenidas del trayecto que debía recorrer los costados donde se habían colocado buen número de arcos triunfales, llenos de colgaduras de colores, de gajos de árbol y ramos de flores.

De pronto la comitiva llegaba a la Iglesia. Las campanas, como bocas de mujeres que saludan la llegada del ausente, llenan los aires con sus ecos.

Bohorquez, que preparaba golpes de efecto a las mil maravillas, al enfrentarse al santo recinto, descendió del carruaje, saludó sumiso a los altos representantes del clero y a las justicias del pueblo. Manda que caciques y curacas se acerquen, y antes de las afectuosas saluciones y cortesías, la tijera comienza a desempeñar sus oficios en las melenas de los monarcas indios, cortándoles el cabello a la raíz, acto que implicaba, más que amistad, rendimiento y sumisión ante las cortes y las altas dignidades, que allí obraban en representación de S. M.

El acto de cortarse la melena, fué perfectamente mirado por los españoles, pues es sacrificio el más grande que en honor y rendimiento suyo podía hacer la nobleza calchaquí, toda vez que para los indios cortarse la melena, era más que deshonor, ignominia y baldón. A causa de haberlo verificado en algunos caciques y curacas, por resentimiento o desprecio, más de una vez estalló la guerra, para borrar esa vergüenza. Recuérdase que ésta y no otra, fué la causa del *alzamiento general*, que duró diez años consecutivos, de luchas diarias. ¡Tan caro costaban las melenas de los caciques y curacas, cortadas aquel día sin precio ni menoscabo de la honra, en señal de amistad y reconocimiento!

Nuestro personaje y los caciques, al son de música y repiques, acompañados de justicias e hidalgos, penetraron al recinto del templo, comenzando el "Te Déum" de gracias al Señor de los ejércitos, patente el Santísimo Sacramento del altar. En medio de la función religiosa, el orador subió a la

cátedra de San Pedro y por vez primera se predicó en el idioma de los Calchaquíes.

Después hubo recepción soberbia, desfile de tropas; corrióse a la sortija, lidiáronse toros; jugáronse cañas, imitando los jugadores españoles el traje de los Incas. Y, por último, por más que parezca un anacronismo, por la noche la comitiva de los caciques y curacas, ocupaba los asientos del teatro, donde se representó una comedia, repitiéndose otra al día siguiente.

¡Quién pensara que, al escribir la historia de las representaciones dramáticas en la República Argentina, se tenga que buscar los albores de nuestro teatro en Londres de Pomán, a mediados del siglo XVII, con caciques y curacas por espectadores, y lo más particular es que desde entonces hasta nuestros días apenas si los pomanistas saben de oídas lo que es teatro, y difícilmente alguno de ellos sabe que en su pueblo se representaron comedias antes que en ninguna otra parte, y se pronunciaban discursos y arengas en las fiestas públicas y en los banquetes. Ya se ve bien, pues, que el arte se derrochaba en Pomán en esos buenos tiempos, y que en nuestros días llegan de cuando en cuando al pueblo saltimbanquis, maromeros y payasos.

Quince días consecutivos duraron las fiestas de recepción de nuestro Bohorquez, con el programa, que hemos indicado, amén de recibos, banquetes, bailes y saraos.

Grande fué el contento de los españoles al escuchar a Bohorquez sus relatos, y mucho mayores las ilusiones de los avaros, que por lo general lo eran todos, al oírle contar de minas, tesoros, huacas y riquezas. Nadie hablaba de otra cosa que del Inca; y nuestro hombre veíase mil veces más admirado y agasajado que en Lima. El Gobernador D. Alonso, más que ningún otro se deshacía en cortesías y adulaciones al Titaquín, creyendo con toda candidez todo el enjambre de fábulas, patrañas y embustes que abortaba aquella boca, nacida para mentir cada día que se abría. Una plena confirmación de ello encontramos en la carta que desde Poman dirigiera en ese entonces al Ilmo. Fray Melchor de Maldonado y Saavedra, en el cual entre otras cosas le decía: "Los calchaquíes le han prometido unos lavaderos de oro, a las espaldas de su tierra, y el descubrimiento de las labores de la Casablanca, tan solicitada de la porfía de los españoles, y el de algunos entierros de capitales del Inga, de los cuales ha visto dos que dejó manifestados ante mí, y son los que dimos por el primer aviso. Los pulares, le aseguran una riqueza de minas, en sus términos, que por haber de ser, si se consigue, tan vecina al ingenio de San Bernardo de Acay, tendrá esta conveniencia más. Los caciques de Famatina a

quienes heae venir con este intento, examinándolos de vuelta al despedirles, le han ofrecido no dejar nada oculto de aquel cerro de suyo tan noticioso y decantado, y le aseguraron particularmente cuatro noticias, que le dí por memoria de las que por acá se tenían. . .”

Terminadas las fiestas, fué oportuno tratar con Bohorquez y los caciques. Al efecto el Gobernador convocó diez y siete personas para las juntas, con asistencia de justicias, alcaldes provinciales y ordinarios, teniente gobernador, alférez real, regidor, licenciados, consejo de notables y jesuítas, entre los que se encontraba el conocido P. Torreblanca, sin los cuales nada se podía deliberar, mucho más cuando debía tratarse de la conversión de los infieles. Las reuniones tuvieron lugar en el recinto del cabildo de Londres.

Nadie puso en discusión la influencia del aparecido sobre las tribus calchaquíes. Al revés todos abrigaban temores de que aquella pudiera más tarde acarrear descalabros sin cuento; pero la palabra persuasiva del Gobernador calmó los ánimos, los que se exaltaban a medida que trataba sobre el tema de los grandes secretos y riquezas de que el Titaquín era poseedor. Lo de la conversión de los infieles, servía de exordio a los discursos de la avaricia.

Indudablemente que el celo de los jesuítas interesaba la conversión de los idólatras; pero nuestro gobernador y el real consejo de notables no pensaba ni soñaba en otra cosa que en tesoros, minas y huacas.

Sin embargo, fué de lo espiritual de lo primero que se trató, arreglando este punto con entera satisfacción de creyentes y preladados. En el punto tesoros y minas, objetivo de las juntas, Bohorquez se comprometió solamente a descubrirlas y entregarlas a los españoles, denunciando de antemano algunas, como su gran Paytiti, tan famoso como las quimeras del aparecido.

Donde las juntas estuvieron disidentes, trabándose largas y penosas discusiones, fué al tratarse de si debía o no de conferírsele a Bohorquez el título de *Inga*. Para el gobernador no cabía vacilación posible, toda vez que con ese título, al aparecido se le abría el camino para captarse la decidida voluntad de los indios, aumentando su prestigio. Pero en el seno de las Juntas se levantó una voz de protesta, murmurando que “no había otro Inca que S. M.”, opinando un segundo que conferir ese título era complicarse “en el delito de lesa majestad”, hasta el grado que uno de los frailes hizo a nuestro gobernador el siguiente argumento, que lo dejó suspenso por un instante: “¿cómo, decía, se quiere sobre una mentira entablar la verdad de la fe”.

Sin embargo, inclináronse las Juntas a la voluntad del gobernador, que se encontraba nervioso con tantas dilaciones y temores imaginarios, cuando se trataba de inmensas riquezas y fortuna. Así fué, pues, cómo después de muchas sesiones pusieron los notables de acuerdo sobre las siguientes bases de arreglo, concediéndose en reciprocidad al Titaquin: que Bohorquez entrase al Valle de Calchaquí; que tuviese jurisdicción de “teniente de gobernador y justicia mayor y capitán de guerra del Valle de Calchaquí; que usase el título de Inca, por último. En fe de lo cual, garantiendo bajo su palabra de caballero de ser súbdito sumiso de S. M. y de abandonar Calchaquí a la primera insinuación, firmóse el tratado, prestando el nuevo Inca juramento en la plaza pública, delante de los notables, y rindiendo “pleito homenaje” a los pies del Gobernador.

Tan famoso arreglo fué celebrado solemnemente, entre otras cosas con un banquete, al que asistieron todos los notables, Bohorquez, el Gobernador y los caciques y curacas. Ello es que en el banquete todo fué aplausos, agasajos y ovaciones al Inca. Tocó el instante de brindar al gobernador; y copa en mano, después de hablar del tratado y su significación, así como de la persona del monarca indio, hizo uso de toda su elocuencia en la peroración, exhortando a los caciques que presentes estaban, a la obediencia y respeto a su jefe, así como de la perpetua alianza entre nativos y españoles, no sin dejar de amenazarles con guerra, caso que las cláusulas del tratado no se observasen estrictamente.

Por fin, llegó el momento de dejar a Londres y decidióse la partida a Calchaquí, con el mismo acompañamiento e iguales honores y ovaciones que a la entrada. Al darse unos y otros el último apretón de manos, espinado quedó el corazón del gobernador, pensando en aquel inmenso cortejo de caciques y en el poderío del falso Inca, vislumbrando, sin duda, lo que más tarde acontecería. Pero la codicia vendió las sospechas y desconfianzas. Los jesuitas, más que nadie, por si las cosas andaban mal, no dejaban de prevenir el espíritu novedoso del Gobernador, aconsejándole tino y prudencia, sin hacer mucho caso de las promesas del falso Inca, a quien tampoco tuvieron embarazo en decírselo claramente, como lo prueba este sabroso párrafo de carta que el Obispo de Córdoba dirigiera al monarca de Calchaquí: “No hay huacas, señor D. Pedro, ni minas, y las que hay y las riquezas que nos han de dar son flechas. No estribe en que se cortaron los cabellos, que cada día se los cortan. Vmd. viva con cuidado, porque le han de matar, y si la flaqueza humana se nos rinde con alguna india (que somos

hombres) se han de abrasar en celos, o la otra que Vmd. trae de Chile... Y si la mestiza se pica, qué no le harán decir los celos, sobre ser mestiza le levantarán a Vmd. mil testimonios y celosa les meterá a los indios en la cabeza que todo lo que Vmd. les dice son embustes; y no se descuidará de los españoles que les dirá peores cosas, y que Vmd. viene huyendo de Valdivia y que Chile queda alzado... ¿Quién señor D. Pedro tapaná la boca a una muger celosa?...

Pero Bohorquez estaba lejos de prestar oídos a ninguna observación, que la apartase del camino andado; ni D. Alfonso estaba para escuchar ni una sola palabra, que no fuese en encomio de un hombre, en quien veía un dechado de maravillas. El gobernador se quedó esperando los tesoros; y el fabuloso Inca, por voluntad de las Juntas y grandes de la corte castellana, volvió al seno de sus montañas, comenzando por adueñarse de todos los caminos y euercejadas, a fin de sorprender todos los planes, movimientos y correspondencia de los españoles. Y la verdad es que cartas iban y venían; y sin embargo, casi ninguna llegaba a su destino. De este modo Bohorquez estaba en todos los secretos del gobernador y los jesuítas, para los cuales no comenzó a ser muy simpático, a causa de su vida licenciosa de mal cristiano.

Una vez en el seno de las montañas, en los valles y quebradas de las sierras, Bohorquez comenzó a maquinare en el sentido de desarrollar sus planes.

El gobernador escribióle, manifestándole que pedía la aprobación de los compromisos firmados al virrey y la audiencia, esperando que no tropezarían con ningún obstáculo. Al mismo tiempo remitióle más de un presente, enviándole entre otras cosas, vestiduras bordadas, trajes de Inca, juntamente con un *llauto*, guarnecido con un sol.

Fué así como, lujosamente vestido y ataviado, se presentó a las tribus, deslumbrándolas con su magnificencia y poderío, mucho más al verlo ligado con el enemigo blanco.

Entretanto, Lima estaba llena de que Pedro Chamijo se había coronado de Inca en los valles calchaquíes, acarreando zozobra a Virrey y Audiencia tan inesperada como extraña noticia, que se confirmó al abrir el pliego de Villacorta. Por poco las justicias no cayeron desmayadas al considerar cuán incauto era el Gobernador de Tucumán, y a cuánto peligro no se exponía todo el virreynato con el astuto presidiario al frente de las tribus calchaquíes.

Fácil es comprender, entonces, que apenas llegara el pliego del gobernador de Tucumán, cuando el virrey por decisión unánime del Real Acuerdo, envióle otro pliego, re-

probándole acerbamente su conducta inexplicable, previéndole, por si ignoraba aún quien era Pedro Chamijo, el deportado a Valdivia, brujo, embustero, embaucador y revoltoso. “No hay más Inca que S. M. Sr. D. Alonso”, decía el Virrey al ordenarle la inmediata prisión y envió a Potosí de nuestro Titaquín, que era bien zorro para comprender que sólo podía pasarlo seguro en los breñales de las sierras, en medio de sus vasallos, en las fortificaciones de piedra, amparado por el valor y el cariño de los suyos.

Las cosas cambiaron tan de pronto, que las órdenes del virrey llegaron en los primeros días de Diciembre, a los cuatro meses después que el falso Inca dejara Londres, entre aclamaciones estrepitosas y ovaciones sin ejemplo.

Avergonzado, y más que avergonzado, quedó D. Alonso con semejante repulsa y con tan apretadas órdenes, “que a semejante mortificación se esponen lo que pagados de su juicio, desprecian el ajeno, como si al suyo propio estuvieran únicamente vinculados los aciertos”.

A la primera orden y a la primera requisitoria, sucedieron otras. Pero ya la cosa no era tan sencilla, como lo imaginaba el virrey, por más que las noticias llegaban abultadas a la sultana del Rimac. Empresa magna era tomar a Bohorquez, quien en ese entonces podía disparar cien flechas contra cada pecho. Obra de un general más que experto y valeroso era la de reducir al Inca; tan prestigioso en las tribus, como lleno de soberbia; y de aquí es que el gobernador desenvainó el arma de la astucia. Pero Bohorquez era a la fecha más zorro que Pedro Chamijo para dejarse prender, y menos por D. Alonso, quien le acababa de rendir pruebas de exquisita candidez y credulidad. A más de eso, bien que conocía Bohorquez las órdenes de Lima, pues había sorprendido varias comunicaciones en que se trataba del asunto, y de la manera cómo podía realizarse, en el sentido de darle caza.

No quedaba al Inca otro camino expedito a su salvación que armarse hasta los dientes y prepararse a la resistencia. Prácticamente se había dado cuenta del valor de los tolombones, únicos indios también que desde antes de la conquista eran partidarios de la dominación incásica. Es por esto que, como primera medida de seguridad, decidió trasladarse a su país, a fin de buscarse entre esos indios su guardia de palacio, y formarse su estado mayor.

Los tolombones habitaban una zona enteramente montañosa (1). Pocos son los llanos y muchas las quebradas y hondanadas que lo surcan. Las cimas de los cerros rara vez

(1) Tolombón está en el corazón del Valle Calchaquí (1600 m.).

han sentido la planta del hombre, pues sólo veíanse las sendas de los guanacos y venados, que eligen las cumbres más fragosas e inaccesibles. Sólo la boca de una quebrada, por donde salía el río, daba acceso al país de los tolombones, que conocían perfectamente la topografía del suelo, y que andaban sin reparo ni peligro por los más ásperos cerros. Para ellos era, pues, sencillísimo defender la entrada a su país y contener la invasión de los enemigos blancos.

Fue allí donde, por lo pronto, sentó sus reales nuestro Titaquín, en medio de las más grandes aclamaciones y general contento de los tolombones.

Al instante de penetrar a este país, echó los cimientos de un gran fuerte, de esos que construían tan artísticamente los indios, rodeados de elevadas y macizas *pircas* de piedra bruta. Para rechazar el ataque al fuerte, construyó cuatro piezas de artillería de madera, de las mismas que le enseñó a fabricar el portugués aquel del presidio de Valdivia. Las piezas defendían las murallas del fuerte. Proveyóse de hacienda y de víveres, para el caso de un sitio; tomó todos los caminos, llenó de espías todas las sendas; armó cuatro arcabuceros españoles; alejó a los indios del trato de los jesuítas; incitóles a la desobediencia a los sacerdotes de sus pueblos; envió mensajes secretos a los caciques y curacas; ofreció visita real a los indios de Londres y Famatina; incitó a la libertad a los indios de las encomiendas; tomó por intérprete a un lenguaraz; y, por fin, para burlarse sangrientamente de los españoles, a vista y paciencia de jesuítas y dignatarios, se hacía llevar en hombros de los indios, con toda la prosopopeya de los Incas, y llegó hasta el grado de sacrificar a las divinidades de los naturales, con todo el arte de la ritualidad pagana.

Impacientóse grandemente D. Alonso con las denuncias, y más aún, con la conducta de su hombre, pues llegó abusivamente hasta el grado de llamar caciques y curacas a conferenciar en consejo, sin intervención de las justicias y sin la aquiescencia del gobernador. Esta ha sido la causa u origen de la conferencia de Tafí (1), celebrada al poco tiempo entre D. Alonso, que asistió a la cita solo con tres personas, y Bohorquez que se fué seguido de su estado mayor, en previsión, para en un caso desenredar la madeja de la celada o astucia.

(1) En una escritura de 1674 (Del archivo de Temporalidades existente hoy en el convento de Predicadores de la ciudad de Tucumán) se lee lo siguiente, en un pedimento de tierras de *Tufingasta*, hecho por el Sargento Mayor Francisco de Aragón, añadiendo a sus títulos: "y así mismo por haberlos tenidos el enemigo *Calchaquí* por suya más tiempo de cuarenta años y en este alzamiento y cuestión de D. Pedro Bohorquez".

El gobernador iba preparado a hacer al Inca todo género de cargos, por sus abusos y absolutismo. Bohorquez desplegó lujo de razones; y después de tanto decir y tanto contestar las réplicas de D. Alonso, con admirable sagacidad y tino, perplejo quedóse nuevamente el gobernador escuchando las vistas y pareceres de su hombre, a las cuales aparejaba su conducta. Por lo demás D. Alonso, que era poco escrupuloso, ni hizo siquiera referencia de los escándalos, orgías y bacanales con la muflata chilena y las indias criollas; y ni aunque reprochables fueran estos desmanes, eran más que imprudencia tratar de mujeres cuando asuntos de Estado y finanzas habían invadido el cerebro del gobernador.

Bohorquez justificóse completamente, volviendo a la confianza de S. S., quien, como única restricción, le impuso la condición de que no podía hacer citaciones de caciques, curacas o indios de armas, sin consentimiento previo suyo o de las justicias de su país.

Así concluyó la conferencia de Tafí. Pero viendo Bohorquez lo asequible del gobernador a oír prevenciones contra él, y temeroso de que tarde o temprano las diese crédito, sedujo a su servidor más íntimo, a fin de que lo tuviese al corriente de todo lo que S. S. pensase, dijese o resolviese hacer o llevar a cabo, respecto a la persona y los asuntos de aquél.

A comienzos del 58, algún tiempo después de la conferencia de Tafí, el Titaquín pasó a Famatina, a cumplir con la visita anunciada a los caciques, bajo el pretexto, para los desconfiados de sus proceder, de que iba a buscar minas y tesoros en esos famosos cerros. El objeto era mover en su favor esa indiada, que tan poderosos auxilios podía prestarle en caso de guerra.

Perfectamente recibido y mejor hospedado por los indios famatinas, y de Machigasta, su prestigio y renombre volaron en alas de los cuatro vientos. A la cooperación de los caciques y curacas, añadióse la del famoso mestizo Henriquez, que tanto ha de dar que hacer más tarde, así como la de Casalpi. A Henriquez, al bajar de Machigasta al Valle Vicioso, cúpole la honra de ser designado y reconocido general de su ejército.

Por fin, después de dejar todo arreglado, partió con el mestizo, veinte indios y quince nuevas concubinas a Calchaquí.

Tanto había crecido hasta entonces su prestigio; su poder era tan inmenso, y tan múltiples los elementos con que contaba el Emperador Andalúz, que ya vociferaba al aire libre contra los españoles, a los que llamaba usurpadores de los dominios de sus mayores. Para entusiasmar a los indios y presentarles más odioso el yugo castellano, un día mandó construir un altar, y tomando flechas y haciéndose una herida en el brazo,

las roció con su propia sangre, en señal de odio al enemigo blanco; luego brindó con chicha de algarroba, mezclada con judo de oro, que hacía más efervescente la fermentación del licor de las libaciones indias. Las flechas volvían a ser colocadas en los altares, y entonces comenzaba la adoración a ellas, con todas las formalidades y prácticas eternas del culto.

Najla escapó a la previsión de Bohorquez, haciendo lo posible por que los indios se alejasen de los españoles, evitando especialmente todo contacto con los jesuitas, como le ordenó a Henríquez, que deseaba visitar a Pedro Torreblanca, quien le bautizó, casó y dió su propio nombre al primer hijo del mestizo. Luego se proveyó de cabalgaduras, que públicamente hacía arrear, e hizo venir nuevos curacas, dándoles instrucciones hostiles contra los españoles.

Recién, entonces, el gobernador despertó de su sueño de avaricia y candidez, mucho más, una vez que se instruyó de las denuncias del Padre Herrera y Guzmán, Cura de Machigasta, de las revelaciones del Cacique D. Luis, a quien por desconfianzas Bohorquez pretendió asesinar, y por último, tan luego de tener en sus manos el expediente del Teniente Gobernador Nieva y Castilla, pues en Londres inquirió sobre el caso, resultando de todos los antecedentes el inminente riesgo que corría la gobernación del Tucumán y tal vez el virreinato, desde el Rimac a Famatina.

XLV

En estos momentos, para hacer más crítica la situación de D. Alonso, llegaron nuevas y apretadas órdenes del Perú, de prender inmediatamente a Bohorquez.

Para dar comienzo a tamaña empresa, nuestro gobernador tomó la resolución de enviar a Nieva y Castilla a fundar el Fuerte de Andalgalá, a fin de hacerle el centro de las operaciones, solicitando auxilios de Catamarca, de donde sólo le enviaron veinte hombres mal armados, y requiriendo del Justicia Mayor de La Rioja más fuerzas, que no llegaban porque éste estaba lleno de miedo. Ello es que S. S., más apurado y solícito que nunca, andaba de uno al otro lado en busca de auxilios, de brazos y pertrechos.

Como el caso urgía, y como tratándose de los reales derechos de la corona todos los medios son buenos, S. S. decidióse a tomar a Bohorquez con engaños, o a quitarle del medio valiéndose de un veneno activo.

Con su intención por delante, el Gobernador invitó a nuestro hombre a conferenciar en Choromoros sobre las misiones y las minas. Pero Bohorquez, pretextó encontrarse enfermo, y la conferencia no se llevó a cabo. Entonces S. S. se valió de dos personas, facultadas para arreglar los asuntos de la gobernación, con instrucciones de hacerlo desaparecer. Comprendiendo Bohorquez el intento, vengóse desairándole públicamente, haciéndose conducir en andas al templo y gastando los arreos del Inca. Cuando la tercera tentativa, el Titaquín reunió el consejo de los curacas ancianos, y su respuesta fué que su salida a las conferencias solicitadas por el español, era peligrosa. He aquí cómo relata el historiador la respuesta del viejo curaca a su Inca: “había entre sueños visto aquella noche, dijo, que a un despoblado campo muy anchuroso, salían a combatir dos águilas, una menor que otra, siendo el motivo de la lid, sobre cuál de ellas había de llevar no sé qué presa. Combatieron largo rato, y aunque la menor se defendía bastante, más con maña que con fuerza, pero al fin hubo de perder la presa, y quedó vencida por la mayor, que llena de saña por la pasada resistencia, la acosó hasta dejarla sin vida... El águila mayor es el gobernador y los españoles; tú y nosotros la menor; conque si sales al despoblado de Cachipampa, será cierto quedaremos vencidos, y tú preso y perseguido hasta perder la vida a manos del gobernador”.

El sueño prevaleció en el consejo: fué la revelación del amauta y la profecía para el indio supersticioso. La respuesta fué la negativa a S. S., quien a la sazón había ido a parar a Salta. A más de esto, y violando la fe jurada públicamente en Londres, postrado de rodillas a los pies del Gobernador, el Inca hizole decir que no abandonaríá Calchaquí ni la protección a sus vasallos.

Como las hostilidades debían romperse ante tan categórica manifestación, el Titaquín ordenó la junta general de caciques y curacas; y una vez en asamblea, pendientes las resoluciones de una palabra suya, tocóles el corazón con un largo y meditado discurso, que duró dos horas. Recordó a los indios su antigua libertad, la vida de las selvas y las montañas; las alegrías del pasado y el dolor del presente; la sumisión de hoy y la altivez de ayer; el orgullo de la raza y la mansedumbre del rebaño. Y después de agitar el espíritu turbulento de aquella raza incomprendible recordándole que era su rodentor y que el español quería llevarle a la cruz de los martirios, dijo a la mitad de su peroración, cuando los ojos negros e inquietos de los indios estaban clavados en su faz: “¡Para qué creéis que me enviaba llamar! Para quitarme la vida y juntamente a los curacas y otros que me

acompañasen, y luego entrar a este valle y degollar viejos y viéjas, y llevar a los demás y repartirlos por esclavos. No lo tengo de consentir mientras alentase sangre en mis venas; la vida perderé mil veces ante que permitirlo, porque vosotros sois mis parientes, sois mi sangre, os miro como hijos muy queridos, según me lo tiene bien merecido vuestra fineza y lealtad, y os tengo que defender hasta rendir el último aliento en la demanda”.

Con un grito salvaje de alegría fueron saludadas aquellas frases del Inca.

Estamos en los momentos del alzamiento general.

Bohorquez, que conocía el temple del adversario y los recursos con que debía contar para batirlo, apresuróse a enviar la flecha a todos los curacas y caciques, no sólo de Calchaquí, sino también de Salado y Dulce, de Casavindo y Cochinea, de Chinchas y Potosí, en las fronteras del Perú. Todas las naciones y tribus contestaron a su llamado, con decisión y entusiasmo. Su popularidad se dilató tanto, que más tarde se batieron en alianza con los españoles; todos los indios estaban listos a secundar los planes del Titaquín. “¡Viva el Inga y mueran los mitos!”, era el santo y seña, de Londres a Potosí.

Como medida precaucional a fin de evitar la deserción de los timoratos o indecisos, prohibió a los indios, bajo la pena de muerte, todo trato con los jesuítas. Pero el gobernador no pudiendo valerse de los Padres de Calchaquí, tentó a la indisciplina, enviando indultos para el mestizo Enríquez, su familia y demás indios que no siguieran al falso Inca, al que denunciaba como andaluz, valiéndose de un indio de Bombolán, el que estaba encargado de hacer la historia de Pedro Chamijo. Entonces Bohorquez, fingiéndose temeroso de entrar en lid con S. S., y aprovechando la remisión de los indultos a Calchaquí, envió a solicitar indulto para todos, valiéndose a su vez de los religiosos de la Compañía. Su objeto no era otro que desterrar a los jesuítas, como lo demuestra el acto hostil de ahorear al cacique Casalpí, aliado de los españoles, desde que tentara contra su vida en Famatina.

Lejos ya del país los jesuítas, ebrios los indios de rabia y de botín, al grito de “¡Viva el Inca; muera el rey!”, incendiaron conventos e iglesias, robando campanas, retablos, láminas, imágenes, Cristos de bronce, cajas de ornamentos, cálices, ejecutando todo género de sacrilegios, como indignado no los refiere el P. Simón de Ojeda. En estas herejías se distinguieron los pulares. Destruyeron, asimismo, las misiones de San Carlos y Santa María.

Borhorque comenzó a mover sus fuerzas. Anunció a los

indios que los franceses habían invadido el puerto de Buenos Aires, y que los españoles tendrían que acudir a defenderlo; de modo que la hora del ataque había llegado. Destacó un cuerpo de más de 500 hombres sobre Andalgala, fuerte fundado y defendido por el Capitán Nieva y Castilla; repartió mil hombres en la frontera de Tucumán, cuya defensa estaba encargada al capitán Morales, a quien pronto destruyó, después de felices encuentros; asoló las estancias de Choromoros; y convencido Bohorquez de que era Salta el centro de las operaciones del Gobernador, decidióse a marchar sobre ella, a la cabeza de mil quinientos soldados más o menos.

El Gobernador, entretanto, no podía encontrarse en peores condiciones: casi sin municiones, con pocos soldados, y en la quebrada de Escoype, de dónde tuvo luego que salir. Añádase a esto que sus soldados estaban un tanto desalentados con las noticias recibidas de Londres, el ingenio de Arcay, la mala ventura de Arias Velázquez en el ataque de los pulares y la poca suerte del cuerpo que atacó a los indios de los pueblos de Tucumanao, Abimano, Ampache, Abimana y Aquingasta, el que fué rechazado con bravura por estas tribus.

D. Alonso, ante tan tristes perspectivas y peores augurios, ordenó la inmediata incorporación de las fuerzas que le habían venido de Salta, Jujuy y Esteco, que es la Talavera de Madrid, destruída más tarde por el temblor de 13 de Septiembre de 1692.

Todos estos casos y accidentes metieron desconfianzas e irresoluciones en el ánimo de S. S., quien por lo pronto, no encontró otro recurso a la mano que enviar al P. Torreblanca a ofrecer la paz a Bohorquez, quien a la sazón invadía a Salta. Su Ilma. desde Córdoba, en carta de fecha 8 de Septiembre de 1656, rogaba al Inca que no traicionase de ese modo a su rey y que depusiera sus ambiciones en aras de la paz. Y, como si no bastasen todos los poderes de la tierra contra el Inca, ordenó al venerable Deán del Cabildo que impetrase las divinas misericordias, y que los curas vicarios y religiosos de todas las diócesis tocaran rogativas e hicieran procesiones, sacrificios y novenarios en la catedral e iglesias del revuelto Tucumán. El venerable Deán del Cabildo Eclesiástico hizo promesas de celebrar todos los años la fiesta de María Santísima, renovando el juramento al cabildo secular, con músicas y salvas, cantando cinco salmos, correspondientes a las cinco letras del nombre de la madre de Dios.

Tenía más que motivos para semejantes demandas su Ilma., quien por carta que en ese entonces dirigiera al Presidente de la Real Audiencia de Charcas, que era D. Fran-

cisco Nestares Marín, puede juzgarse de la crítica situación de los castellanos en el Tucumán. He aquí alguno de sus párrafos: nos han atacado, decía, “con tanta resolución que los bárbaros que jamás supieron esperar a los españoles, hoy nos buscan y acometen en nuestras casas, y en los domésticos, sin dejar piedra, que no mueva; tiene hecha tantas diligencias (el Inca) que todos le tienen en el alma (según lo brotan en sus borracheras) y esperan a que se empeore contra nosotros los sucesos para declararse también. Y es de suerte su altivez, que *servi dominati sunt nostri*, y son muy raros los que pueden hacer oficios de amigos, tan necesario en aquellas guerras. Por el contrario, señor, es nuestro desaliño tan grande, que apenas hay arcabuces, ni municiones para la precisa defensa, por no haber querido el Gobernador que se dijese con tiempo que Bohorquez estaba alzado, el abrir las Cajas Reales (para que no falte dinero para sus salarios) por cuya causa no se han comprado arcabuces, municiones ni víveres... Señor, la provincia clama *hominem non habeo*, y se pierde sin remedio... Y no atiende a las reclamaciones del dicho gobernador, porque son todas paliaciones y cautelas, por salvar el motivo que dió para la guerra”.

Tan convencido quedó el presidente con estos razonamientos, que hizo el envío de las armas y municiones, que tan necesarias fueron al Gobernador en la defensa del fuerte de San Bernardo, sirviéndose de ellas para salir de los aprietos que lo habían colocado su imprevisión y las circunstancias.

Pero es preciso que olvidemos a S. Ilma. y al Presidente de la Audiencia, y volvamos a Escoype, donde hemos dejado a S. S., en serios apuros, a la cabeza de sólo ciento veinte arcabuceros y de algunos indios amigos, los ocoyas de Jujuy.

En esta garganta de montañas, verdaderas Termópilas, si hubiese sido asediado, el Titaquín tenía lo rodeado por todas partes, y apenas si valiéndose de la astucia que da el peligro, pudo escapar sin riesgo, e ir a guarecerse en el fuerte de San Bernardo, fundado en 1634 por el Gor. Albornoz, a tres leguas de Salta, construído en otro tiempo para defenderse de los calchaquies.

El fuerte estaba rodeado por dos ríos, grandes barrancas y macizas murallas de piedra suelta o pircada.

No tardaron los pueblos y campos de los pulares en estar llenos de enemigos. Mil doscientos indios acercábanse a Salta.

Los españoles viendo el número de los adversarios y lo que no retornaban diez soldados desprendidos a observar al enemigo, más que al arma, tocaron a confusión. La resistencia era obligada; y por esta vez Villacorta no “tomó las de Villa

Diego", como azerbamente lo asevera la crónica, desde su retirada de Londres a Salta.

Un tiro de uno de los guardias dió la señal del ataque, contestando el enemigo con tres tiros de arcabuz de los que llevó Bohorquez a su fortificación del fragoso país de los tolombones.

El ataque fué llevado con tal vehemencia, tanto fué el valor desplegado por los asaltantes, que, como dice Lozano, el Gobernador "tuvo tragado que moriría o quedaría prisionero, y por eso entregó al P. Torreblanca las llaves de sus escritorios de papeles, cédulas reales y negocios de importancia, con prevención de que si fuese vencida su gente, procurase hacer fuga en un buen caballo".

El valor desplegado tantas veces por los españoles, se redobló ante el peligro.

Durante las cuatro horas largas de la refriega, arcabuces y cañones vomitaban fuego y muerte, mientras lluvias de flechas caían al fuerte, hasta en el momento que a los indios "les iban faltando las armas, porque habían disparado tantas flechas, que con ellas *se cebaba el fuego, para calentar el mate*, o bebida de la yerba del Paraguay".

Solo al no tener una flecha más para disparar, y ver llegar al mismo tiempo un refuerzo para los españoles, los asaltantes retiráronse del fuerte, en orden, sin que el sitiado se atreviera a dar un paso en persecución suya.

Como Bohorquez había protestado una y mil veces la victoria a los indios, la retirada causó descontento en el ánimo de los naturales. Hasta hubo un brazo regicida que se alzó sobre el pecho del Inca. La deserción comenzaba; pero quedándole fieles trescientos pulares y más de mil indios en Calchaquí, después del consejo de caciques y curacas, decidióse dejar pasar unos días y dar un ataque formidable a Salta, asediándola de improviso.

El desaliento de los indios; lo fuerte del ataque y lo enérgico de la resistencia; el abandono de algunos caciques; la falta de elementos; los nuevos preparativos del Gobernador: el desastre de San Bernardo; el anuncio del pronto arribo de fuerzas del Perú; el temor de verse traidor a su vez y de la pena merecida, todo esto y mucho más abatió el espíritu contrariado de Bohorquez, asaltándole ideas agudas que, como abrojos, le espinaban la conciencia.

Estas causas fueron las que le decidieron a alejarse por un momento de los suyos, hasta llegar al pueblo de Acapsi, en la frontera de Calchaquí, desde donde entendiéndose con un viejo amigo español, envióle a que ocurriese por indulto para él y los indios a la Real Audiencia de

Charcas. Era la primera vez que el emperador andaluz cejaba en su empeño, por la fuerza de las cosas y el poder de los desastres. Comprendió que su temeridad rayaba ya en delirio, y que un pueblo entero iba a sacrificarse por él, a más de llevar por siempre el estigma de traidor a su Dios, a su patria y a su rey. Cuando más se ha andado en el camino del delito, parece que más lejos se está de él.

D. Alonso, por su parte, viendo aquel inmenso rebaño de fieras rabiosas, dándose cuenta exacta del peligro y de la culpa que él tenía, más que nadie, en cobarde la ambición de Bohorquez, saludóle con el nombre de Inca e hizo que caciques y curacas le prestasen obediencia y jurasen sumisión. Vivía tan intranquilo como el emperador andaluz, y no pensaba en otra cosa más que en la pacificación de Calchaquí. Así es como se explica que mientras se negociaba el indulto del falso Inca, aceptase sin vacilación la tregua que éste le propuso, por más que el aparecido infestase la frontera de Tucumán, atacase personalmente el fuerte de Zevallos y lanzase a los indios a Andalgalá a sacrificar españoles indefensos.

El Virrey del Perú, Conde Alba de Lista, de conformidad con el Real Acuerdo de Lima, no vaciló en otorgar el indulto solicitado para el Inca y los Indios, siendo su portador un ministro de la Real Audiencia.

Bohorquez, después de leer el original a las belicosas tribus y de incitarlas a la paz, despidióse de ellas; y acompañado de los principales caciques llegó a Salta a entregarse al Oidor del Perú, quien saliendo a recibir a Bohorquez al frente de dos compañías de arcabuceros, tuvo que prohibir las salvas de este estilo, temeroso de que los soldados, rabiosos al ver al Inca, disparasen con proyectiles, causándole la muerte u ofendiendo su persona.

Ya Bohorquez estaba en manos de los españoles. ¡El sueño del viejo curaca habíase cumplido! ¡El águila pequeña caía bajo las garras del águila castellana!...

Recién entonces, respiró el Gobernador D. Alonso (1) el aire de la tranquilidad y los insomnios huyeron de su lecho, dejándole cerrar los párpados. Cobró alegría y quedó

(1) En un curioso documento de 1653 (del archivo de las Temporalidades, existente hoy en el Convento de los Predicadores de la ciudad de Tucumán) encuentro lo siguiente, en una petición de tierras en *Tajigasta* del Sargento Mayor Francisco de Aragón, aduciendo, entre otras razones, para que se le entreguen las tierras, que el enemigo Calchaquí las había poseído cuando Bohorquez (Bohorquez dice el documento), y agregando: "... y para su conquista publicó un auto general el Sr. Don Alonso de Mercado en declara por *vacas todas las tierras que el enemigo Calchaquí tenga poblado, remunerarían a los soldados que entraron en dicha conquista, en cuya conformidad debe V. S. de justicia hacerme la merced que pido, pues es público y notorio he gastado mi caudal de más de dos mil pesos en todas las correrías que se hicieron y tres entradas que hizo el Sargento Mayor Don Alonzo de Mercado entré á mi costa compuesto de Teniente de caballo y capitán*".

en calma cuando vió a Bohorquez trepar a una tribuna, que en la plaza de Salta habíase construído para que nuestro hombre perorase, como lo hizo, exhortando a los caciques allí presentes a la paz y al reconocimiento de S. M., como único y absoluto dueño de estas Indias.

Despedido de los caciques y curacas, que retornaban a principios de abril, el ex Inca, hoy simplemente Pedro Chamijo, fué conducido en dirección a Potosí. Pero nuestro hombre, que comenzaba a arrepentirse viendo los efectos del indulto solicitado y concedido; que en nada pensaba sinó en Calchaquí; que no dormía recordando de su imperio, tentó por dos ocasiones, fugarse, por lo cual fué cargado de cadenas y encerrado en un calabozo.

Ni aun así pudo evitarse que hablase a unos calchaquíes, conocidos suyos, a los cuales dió secretas y sediciosas instrucciones. Su intento era mover de nuevo la guerra de Calchaquí, esperando que los españoles comprasen la paz por el precio de su libertad. Al efecto habló también con dos de sus hijos, partiendo uno de ellos con recado para el jefe de los pulares, quien habiéndose entendido hacía poco con los españoles, los traicionó, pagando su arrojo y temeridad en la horea.

La llegada a Lima de Pedro Chamijo, Pedro Bohorquez, Huallpa Inca o Titaquín de los Calchaquíes, — que de distintas maneras era conocido — fué anunciada por un pregón, encargado de calmar la ansiedad del pueblo, pues abultadas llegaban las noticias a la ciudad de los Virreyes.

Cargado de cadenas y seguido de arcabuceros, nuestro hombre penetró a la metrópoli peruana, camino del presidio, donde habíasele preparado tan estrecha y segura celda, que por esta vez Chamijo, no sólo no escaparía, sino que también apenas tendría espacio para moverse y respirar.

Grande alboroto causó su entrada en Lima. El entonces Virrey Conde de Santisteban, se turbó al darse frente a frente con el aparecido del valle Calchaquí, no atreviéndose a fulminar contra el traidor, y usurpador, y revolucionario, la pena capital, que bien merecida la tenía por decisión unánime de inquisidores, que harta ingerencia tomaban en los asuntos de las justicias, en esos buenos tiempos en que un obispo mandaba más que un Virrey y un lego tanto como un oidor.

Consultada fué la sabiduría y soberana voluntad de S. M., en asunto de tan capital importancia. La reina Doña Mariana de Austria, que ocupaba el trono por fallecimiento del rey, a minoridad de Carlos II, abismada quedó con semejante consulta, tratándose de Pedro Chamijo, el cual tenía con sus

altezas tantas cosas que arreglar. Así, pues, fué que sin dar categórica respuesta a tan extraña pregunta, escribió al Virrey diciéndole: "os mando obreis conforme a justicia y gobierno, lo que fuere de mi mayor servicio".

Si no se muere tan pronto el conde de Santisteban, helado como una estatua hubiese quedado con tan lacónica e intencionada respuesta de la augusta soberana. El Oidor Iturrizarra, que estaba hecho cargo del Virreinato, hizo andar el sumario con pies de gamo, de tal modo que unos cuantos días después, Pedro Chamijo golpeaba las puertas de la eternidad. Ni el *requiescat in pace* le echaron los frailes, cuando lo mataban, ni aun al cortarle la cabeza para ser expuesta en paraje público, que así castigaba S. M. y la Real Audiencia a los que cometían el atroz delito de lesa majestad.

El Dr. López duda si a Chamijo se condenó a la pena de garrote, cuando así nos lo aseveran los Padres Lozano, Rodríguez y Claudio Clemente, a más de que es conocida la sentencia, pronunciada en los Reyes, a 3 de Diciembre de 1666, de la que copiamos la parte resolutive, que dice: "Falla-
"mos atentos a los méritos del proceso, y a la culpa, que de
"ellos resulta contra el dicho Pedro Bohorquez, que le debemos
"condenar y condenamos, a que en la cárcel de Corte y pri-
"sión donde está, se le dé garrote hasta que muera naturalmen-
"te, y de allí sea sacado el cuerpo y puesto en la plaza pú-
"blica de esta ciudad donde estará puesta una orca, y en ella
"estará colgado en el tiempo de veinticuatro horas, y pasado
"se le corte la cabeza y se le ponga en el arco del puente que
"mira al barrio de San Lázaro, y perdimiento de todos sus
"bienes aplicados a la cámara de S. M., lo cual se ejecute sin
"embargo de suplicación, ni otro recurso alguno, y de la cali-
"dad del sin embargo".

Así concluyó este personaje extraordinario, que llenó el siglo XVII con su nombre, después de haber sido profeta y redentor. "¡Raro capricho de hombre! dice Lozano. Indios que quieren pasar a vender por españoles, añade, se ve más de una vez en América; pero español que se haya querido como desgradar de su nación y venderse indio, no se haya habido otro como Bohorquez, y como fué extravagante y descabellado en esa idea, así lo fué en sus operaciones infames. ¡Dichoso él, si en el breve tiempo que se dió para disponerse. ¡Horó de corazón el cúmulo de sus maldades!" (1).

(1) Los desastres de la guerra que incendió Bohorquez fueron tales, que en el acto de protesta de la traslación de San Miguel, se dice: "Y si alguno o algu-
"nos replicaren diciéndlo que como siendo el comercio bién ordenado, esta Repú-
"blica no solo ha ido adelante, sino vuelto atrás y cada vez á menos, se responde
"que la causa fue el alzamiento que exitó Bohorquez de todos los indios calchaquies
"quienes siendo tantos en número la mayor parte o por mejor decir todos ellos
"combatieron esta ciudad y su jurisdicción por tantos años, matando tanta gen-
"te, robando y destruyendo todas las haciendas de los vecinos de esta ciudad.

XLVI

El viajero que cruce las regiones del oeste y norte de la provincia se encuentra a cada paso con los últimos fragmentos de la inmensa necrópolis.

En este inmenso panteón de raza extinta sorprenden, más que nada, las ruinas de la región que hoy denominamos Santa María, en la parte Occidental del Aconquija. Allí se encuentra la ciudad desierta, las ruinas del viejo e histórico Quilmes, doblemente célebre y memorable para la epopeya tucumanense.

“El legítimo pueblo de Quilmes, dice uno de nuestros ilustre viajeros, se haya como a tres leguas al norte del valle de Santa María, sobre la falda este de la sierra que divide con el valle del Cajón no muy distante con el lugar denominado Huaschaciénega. Las ruinas, añade, nos parecieron vizecheras descomunales, porque, vistas de la distancia se presentan como montones de escombros con sus entradas correspondientes; más luego que penetramos a lo edificado comprendemos lo que había, pues todo ello era una serie de casuchas de piedra, apiñadas como los panales de una colmena, de suerte que con la mayor facilidad y sin el menor riesgo marchábamos a caballo sobre las cimas de las murallas que en parte tenían dos varas y en lo general más que una de ancho. De trecho en trecho llegábamos a unas sendas angostas que parecían ser las calles”.

Esas ruinas nos atestiguan la existencia de un pueblo, y necesario es que lo recordemos. Muchas de sus sólidas y seculares construcciones nos enseñan que ese pueblo ha batallado, y es preciso que sepamos de esas batallas.

Los quilmes, habitantes de la ciudad de su mismo nombre, fueron una raza emigrada de allende los Andes. Cuando la gran invasión del Cuzco, donde el Inca venía a la cabeza de trescientos mil hombres, si hemos de creer a la tradición, sus flechas volaban por el aire, clavándose en el corazón de los pueblos que a su paso encontraba aquella marejada de guerreros. Los quilmes, como las demás razas aborígenes, batallaron hasta el último momento, sin poder contrarrestar, no tanto la fuerza del número, como el poder de la civilización cuzqueña que refluía en el arte de la guerra, y, convencidos los

“para cuya defensa y resguardo, para hacerles frente y ponerle algún freno bien se deja entender que cantidad de hacienda gastará esta ciudad por tan contados y dilatados años. Hasta que llegó el feliz año del sesenta y cinco en que convocada toda esta Provincia, se avasalló y conquistó todo el dicho valle de Calchaquí donde fácilmente se puede percibir el esfuerzo grande que haría esta ciudad con la cortedad de hacienda que le quedó, como la más interesada para hechar de sí sobreguero tan pesado y molesto y de tantos años.”—(M. S. de 1684 — Archivo de Tucumán).

quilmes, que toda resistencia era imposible e infructuosa, decidieron un día a dejar la tierra natal, antes que sufrir el yugo.

En el momento menos pensado, defendidos por las sombras y la vanguardia de sus guerreros, hombres, mujeres y niños cruzaron las escarpadas y fragosas cimas de los Andes, hasta llegar a estas regiones calchaquíes.

Los hijos de ese suelo, que odiaban asimismo la dominación incásica, que jamás aceptaron moralmente, a estar a las referencias del P. Diego de Lezana, recibieron a los fugitivos armas en mano, creyendo que las hordas cuzqueñas invadían su territorio.

Los pobres quilmes no tuvieron al principio sino que aceptar la lucha; pero apenas cayeron algunas víctimas, los calchaquíes, dándose cuenta que embestían a sus compañeros de causa, ordenaron la cesación de las hostilidades, recibiendo tan hospitalariamente como huéspedes que eran, y como si con ellos hubiesen estado relacionados desde muchos años atrás.

Los calchaquíes fueron tan generosos con ellos, que les cedieron ocho leguas de sus valles, desde los Quilmes hasta Encamana, donde vivieron también los yocahuiles y anguinahos.

Es de esta misma manera como se cree que se trasladaron a estas regiones los indios Chicoanas, que han dado nombre a uno de nuestros pueblos, contrariamente a la opinión del referido P. Lezana, quien atribuye la fundación de Chicoana a indios traídos por Diego de Rojas y Juan Núñez de Prado, opinión rechazada con justo motivo, pues en 1536 ya hace el cronista Herrera referencias de aquel pueblo.

Los quilmes fueron perfectamente bien vistos por las demás razas, que no se mostraron celosas con su presencia, olvidándose posteriormente de su procedencia, mucho más cuando se cruzaron con ellas. También es cierto que ellas conservaron su odio a la dominación incásica, y que sólo los indios del fragoso país de Tolombón hicieron más tarde los adictos al Inca, a consecuencia del continuo trato que tenían con los prisioneros peruanos en ese lugar, lo que, conocido de Bohorquez, fué a este país donde vino a formar su estado mayor y su guardia real.

La prueba más evidente del origen de los quilmes la encontramos en la manera como éstos construían sus baluartes. Ellos son en un todo semejantes a los que levantaban los indios de Chile, en la forma que nos los describe Ulloa. La estructura cilíndrica de las torres, que existieron hasta la mitad de este siglo aunque truncadas; la forma de los viejos castillos; las altas murallas; los anchos parapetos; el sistema

de los picados; los caminos militares: todo indica la procedencia de la raza (1). A más de esto puédesse observar la identidad de todas las casas de piedra, lo que indica que allí existía una especie de igualdad comunal, en mucha parte desconocida por los calchaquíes, que estaban divididos en castas, en nobles y plebeyos, diferenciándose notablemente la morada de los unos y de los otros.

Los quílnes han sido tan valerosos como estratégicos. Dueños absolutos de su libertad, jamás admitieron ningún dominio de su territorio. La boca de sus montañas, fué lo que la senda oscura que conducía al infierno, para los Incas, que todo lo dominaban y subyugaban. Del mismo modo han sido para con las otras tribus en sus guerras civiles, no dejando ni rastro, siquiera, de la planta del extranjero.

A la defensa de la tierra natal, connaturalizados con el país, han contribuído más de una vez, y el brazo de los quílnes jamás se movió en vano en los encuentros a mano armada.

Mientras todo el país parecía estar pacificado, los quílnes gozaban de su libertad natural, encerrados en la fragosidad de sus montañas seculares, burlando el arrojito castellano.

Desde su escondrijo presenciaron todos los acontecimientos de la conquista, sin que el enemigo blanco hubiese vengado su negativa de respeto y sumisión. El relato de las tragedias que no presenciaron, o en que no tomaron parte, llegó a sus oídos. Ellos conocieron el drama de 1627, cuando entró a gobernar D. Felipe de Albornoz, drama sangriento que duró 10 años; vieron al bravo Chelemín andalgalense, alzado: a sus indios invadir La Rioja; a D. Gerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, asolar las regiones Calchaquíes; a los Grandacoles, Andalgalás, Capayanes, Famatinas y Atilés, enviarse recíprocamente la flecha; a los caciques Cativa y Asimin encender la guerra, después de martirizar al misionero Fray Antonio; a Londres peligrar; a D. Félix de Mendoza Luis de Cabrera poner a raya a los indios frente a La Rioja; a Esteco, más que con el temblor de 1632, estremecerse con erupción de los naturales; a los pacciocas esparcir pavor; a Famatina pacificado; a Coronilla destrozado por cuatro potros; a los capayanes ferozmente batidos, a consecuencia del sacrificio de Fray Pablo; a los paccipas sometidos; a Yucumahita cruelmente vengada; a Chelemín ejecutado en Londres... a todo calchaquí abatido nuevamente.

Mientras todo era sumisión, abatimiento, esclavitud, los quílnes quedaron con las armas en la mano, burlando la obe-

(1) Sin embargo, cuando entraron los españoles, seguramente estaban canchizados.

diencia impuesta, juntamente con los indios de los pueblos de Abaucan, Malfin, Fiambalá, Sungin y Sanagasta.

El sacrificio, con perfidia, de los jesuitas en 1644, enviados por el nuevo Gobernador D. Gutierre de Acosta y Padilla, a exigirles sumisión, decidió el vengativo ataque español, que después de largas refriegas dió por resultado la traslación de Malfin, Abaucan y Sungin al pueblo de Pichana, de la jurisdicción de Córdoba, terminándose casi toda la pacificación con la captura del bravo y esforzado joven cacique Utimba.

El Gobernador Negrete sometió de tal manera el país, que los curacas, sufriendo la mayor de las vergüenzas, cedieron a su empeño de cortarse la trensa y olvidar el culto a sus ídolos.

Cuando la aparición de Hualpa Inca, a pesar de su pretendida descendencia de los hijos del Sol, un sentimiento de libertad nativa levantó a los quilmes a aliarse con los calchaquies, mucho más cuando el preámbulo de su programa de redentor era la reconquista del suelo natal, abatiendo y arrojando a los españoles, los enemigos más encarnizados y poderosos de su raza, mil veces más odiados que los Incas.

Su alianza con el Titaquín era tanto más lógica, cuanto que el imperio Inca estaba desmoronado en ese entonces, pues hacía más de un siglo que Manco Inca, el último hijo del Sol, fuera asesinado por una partida de la facción de Almagro, terminando con La Gasca el último aliento de los peruanos y la vida en el postrer momento, habiendo sido todo esto, como refiere el Inca Garcilaso "obra de influencia de signos y planetas que le cegan y le forzan a que pusiesen la garganta al cuchillo".

De aquí es que durante la sublevación del emperador andaluz, que he dejado descrita, los quilmes desempeñaron su papel, en alianza con el falso Inca-Bohorquez quien congratulose con ellos desde su partida a Famatina, ofreciéndoles visita, cuando construía el fuerte de Tolombon, del que no recuerdo que aquel hiciera uso.

Los quilmes, por esta vez, no vacilaron sintiéndole pasar, en saludar al Inca con la frase consagrada: *Ancha atunapo indichiri campa capalla apatuco pacha cambia balla Yulley!*

Mientras Bohorquez partía al Norte a asediar a S. S.. los quilmes quedaron en el país dispuesto a guentrear con los españoles de Calchaquí, no sin haber suministrado elementos al falso Inca, quien, entre otros guerreros valerosos, congratulábase siempre de tener a su lado al célebre quilmes, *El Sargento*, el cual con tanto valor y riesgo le acompañó en

todas las empresas, hasta que cayó en manos de D. Alonso, a su regreso a Calchaquí.

XLVII

Para darnos cuenta de la nueva escena y de los actores nativos de esta época, y como para relatar al mismo tiempo lo que aconteció después de la muerte de Bohorquez, pues que dejamos a los calchaquíes sin Inca y con las armas en la mano, precisamos referir los acontecimientos posteriores, en los cuales los quilmes desempeñaron un rol tan importante en la historia de la conquista tucumanense.

Habiéndose entregado Bohorquez voluntariamente en manos del Oidor de la Real Audiencia del Perú, de conformidad a lo pactado sobre las bases de la amnistía, y concluida la gran revolución al Norte de estos países, el Gobernador, a fin de terminar con el sojuzgamiento de los rebeldes, dispúsose invadir Calchaquí por dos partes: por la frontera de Salta y Londres, mientras se desplegaban sobre Tucumán fuerzas suficientes para abatir a los pueblos fronterizos que habitaban los bravos *taftes*.

Pero el gobernador iba a darse en Calchaquí con un verdadero plan estratégico, que Bohorquez había confiado a los curacas y caciques antes de su partida de estas regiones. Las puertas del valle debían abrirse de par en par, con el propósito de que los españoles invadiesen libremente hasta la mitad del mismo en derechura a Tolombón, y una vez allí los invasores, los indios le sitiasen, dejándoles entre desiertos y frágiles cerros, quitándoles el agua y haciéndoles perecer de hambre y de sed, mientras las tribus de Yocahuil, Anguinahao y los quilmes, escogiendo un punto ventajoso, atacarían a Nieva, llevando adelante la invasión por la frontera de Londres.

A la previsión del gobernador no escaparon estos planes, que de antemano comprendió, por más que los indios con asombrosa reserva y acostumbrada astucia, quisieron darle a entender todo lo contrario de sus designios.

Llegados a Tolombón (1), como los indios no tuviesen aún noticias del triunfo de los invasores de Londres, no llevaron el premeditado ataque; y el gobernador previendo que estos debieran ser batidos, dispuso la marcha a la mañana siguiente, hasta llegar a Quilmes, viéndose atacado al enfrentarse a Colalaho.

S. S., advertido que Tolombón se prestaba más fácilmente para una resistencia, volvióse hacia este lugar, libran-

(1) D. Alonso véase que penetró a Calchaquí por Trancas.

do batallas y obteniendo el triunfo definitivo, no sin riesgo del jefe.

A estas victorias añadióse otra nueva, con las halagadoras noticias del feliz éxito de la invasión de los londrinos, la que había costado cruentas batallas y no menores sacrificios.

Emprendida la marcha, los tercios de Tolombón y de Londres diéronse en el camino, recibiéndose recíprocamente con salvas de fusilería, y dispensándose honores mutuos. Después de esto, unidos y compactos, atacaron a los pacciocas, a quienes les fué fácil subyugar, una vez aprisionado el cacique Pivanti, cuya valerosa madre inculpaba la cobardía de sus guerreros que le habían abandonado en el trance más crítico.

El gobernador, que conocía la bravura de pacciocas y tolombones, teniendo a más en cuenta que iba a habérselas con adversarios tan valerosos y temibles como los quilmes, hizo las paces con estos dos pueblos, devolviéndoles sus prisioneros en cambio de alianza, que aceptaron gustosos, mucho más temerosos de que les pasase lo que a los indios de Malfin, Abaucan y Sungin, a quienes se obligó a abandonar el suelo nativo.

Los quilmes, en tanto, y aún en medio de tan recios desastres, dispuestos a no cejar en su empeño sino con la muerte, encerráronse en sus valles, tras de sus fortalezas de piedra. Enviaron flechas a pacciocas, tolombones, pulares y demás tribus: las flechas fueron devueltas, prueba infalible de que desdeñaban su alianza.

Si exceptuamos a los yocahuiles y anguinahaos de Quilmes a Encamana, solo un otro pueblo permaneció armas en mano: los imponderados hualfines (1).

En efecto: en vano se exhortó a los hualfines a deponer las armas: ellos, rechazando no solo la paz sino la tregua, lanzáronse a la guerra.

Vencido por lo pronto este verdadero baluarte del valor salvaje, los españoles propusiéronse atacar seriamente a los quilmes y sus aliados, los yocahuiles y anguinahaos, para lo cual lanzaron contra ellos a sus nuevos compañeros de armas, — las tribus de Tolombón. Engreído el gobernador con este poderoso contingente de valor y conocimientos prácticos en la guerra contra los naturales mismos, movió sus reales, pasando la raya de los Quilmes en Colahao, en donde tolombones y pacciocas empeñaron porfiada lid con éstos, sostenidos a la retaguardia por las experimentadas y victoriosas tropas castellanas.

La resistencia fué heroica; y a pesar de la sangre de-

(1) El Gualfin de que se habla, no es el de Balén, sino el de Santa María.

rramada y del número siempre creciente de los combates, la invasión no dió un paso adelante.

Enojo, despecho y preocupación constante apoderáronse del espíritu inquebrantable del gobernador, acostumbrado a que las derrotas no le contrariasen jamás en sus propósitos. Formado en los triunfos, no podía resistir tamaño ultraje, que le asaetaba el corazón.

Pero todo fué en vano, por más que luchase día y noche a la cabeza de centenares de veteranos y un número más crecido aún de indios amigos. Preciso fué reconcentrar todas las fuerzas; atacar con más bravura y bizarría todos juntos, — castellanos e indios; penetrar a viva fuerza a lo más escarpado y fragoso de las serranías de Quilmes y ahogar la garganta de la tribu indomable.

Ayudábales a este designio la crudeza del invierno, que llegó a ser tanta, que las nieves habían cubierto las cumbres, hasta el grado de que, cerrados los pasos precisos, la retirada sería imposible, si no para los guerreros, para sus mujeres e hijos, a los que ciertamente no abandonarían un solo instante.

Así, efectivamente, aconteció al principio. Los españoles, desarrollando su nuevo plan de guerra, comenzaron a escalar colinas y montañas; pero en cada boquete la resistencia era desesperada y formidable.

Sin embargo, veintisiete de las treinta y tres leguas del valle estaban ya subyugadas por el enemigo blanco.

Faltaba la región de las cumbres donde lanzáronse a su vez valerosos los castellanos. Pero en esta parte y en esta ocasión, tan grande fué la resistencia, que el mismo historiador español de esos tiempos lo confiesa categóricamente, a pesar de su parcialidad: “Empeñándose los Quilmes, dice, más que los demás, en la resistencia, se arrojaron a disputar el paso a los vencedores y atajar el curso de sus victorias, arres-tándose con obstinado valor a ésta, que en las circunstancias parecía temeridad; pero les salió felizmente, por los accidentes que se fueron eslabonando, unos con otros a su favor. Fué el caso, añade, que hecho el consejo de guerra se reveló *dar asalto a su pueblo*, y repartidas las órdenes, se reconoció la ejecución *notable resistencia de parte de los defensores*, por haber sido acometido por el dictamen del Gobernador por parte muy peligrosa y defensible”.

Como se ve, de lo anteriormente transcrito se desprende con claridad que los españoles, en más de una ocasión, fueron rechazados por las tribus de los bravos, tanto más si se tiene en cuenta que el gobernador, estrellándose en la resistencia formidable, mandó retirar su gente a fin de disponer

en mejor forma el ataque, o, más bien dicho, asalto, no sin haber perecido una compañía entera en manos de los quilmes, sin que salvase uno solo de los soldados que la componían.

Con este sangriento ejemplo, poco deseo quedó a los españoles de penetrar nuevamente al pueblo indomable; y fué así como la tropa comenzó a murmurar que ya llevaban corridos cuatro meses de ataques infructuosos.

El Gobernador no pudo cortar las alas a la murmuración, la que degenerando en una especie de motín un tanto manifiesto, le obligó a tomar medidas más enérgicas y severas. Fué así cómo, alejándose momentáneamente del seno de sus soldados, prorrumpió a grandes voces: "*Los fieles servidores de S. M., pónganse a un lado, para proseguir la guerra*".

Semejante frase, nacida de los labios de un general en jefe, nos da una idea clara de que la disciplina no se mantenía en todo su vigor y de que la soldadesca ansiaba mil veces más el descanso y las comodidades de La Rioja, Capayán o Esteco, que las contingencias y sufrimientos de una guerra tan larga como estéril.

Solo una parte de los militares de graduación y los soldados pundonorosos, dejando el incendio del motín, pusieronse del lado del gobernador; otros desobedecieron; muchos resistieron, y desertaron los demás.

El gobernador Mercado tuvo un instante de vacilación: no sabía si tomar medidas muy severas o sufrir resignado aquel desacato de la soldadesca timorata, cuando, como dice Lozano, "le vino bien la orden del virrey, para que se partiese luego a su gobierno de Buenos Aires, que de nuevo le había conferido con S. M., entregando el de esta provincia a su sucesor en interin".

Desde este momento ya no se pensó en otra cosa que en la retirada, mucho más cuando tan oportuno pretexto librábales de aparecer ante ojos propios y extraños como cobardes o vencidos.

Todo estaba dispuesto para la marcha, cuando enfretáronse al gobernador los caciques y curacas de los pacciocas y tolombones, seguidos de real séquito, quienes venían a interponer su queja por el abandono en que los dejaban.

Con mucha justicia reclamaban los indios aliados, pues que los Quilmes propalaban contra ellos, los traidores, voces de venganza a los cuatro vientos, mucho más cuando estaban éstos tan engreídos, y con sobrada razón, por la retirada de los españoles.

Sus ruegos, sus súplicas y hasta sus amenazas de abandonar la alianza castellana, fueron casi desoídos por el español,

que al ver los fieros rostros de los guerreros quilmes, no pensaba en otra cosa que en regresar a los valles pacificados. Mas el gobernador, por fin, accedió en parte a los ruegos de sus pobres aliados pues concedió a pacciocas y tolombones (1) el derecho de que en el espacio de las veintiseis leguas conquistadas pudieran, dejando su país, vivir acercados a las guarniciones y fuertes españoles, desde donde obtendrían pronto socorro, caso que necesario fuera.

El ejército hizo, por fin, su retirada.

A su regreso es memorable su última batalla con los hualfines, los que dejando los llanos ocuparon cimas frago-sísimas, que al anoecer parecían, con el fuego de los campamentos, orladas por una corona de llamas.

En las eminencias creíanse seguros; y así se explica cómo rechazaran del P. Torreblanca todo género de garantías, caso que se rindieran; pero enviado éste por segunda vez, y a pesar de las resistencias del viejo curaca, que a las insinuaciones castellanas contestaba con retos y provocaciones, sus guerreros comenzaban a flaquear. Fué en esta ocasión cuando el anciano jefe de los hualfines, creyéndose burlado de los suyos, y ante la vergüenza de presenciar una rendición segura, lanzó dos retos de muerte, uno al español y otro a sus vasallos, precipitándose con furor salvaje al abismo sin fondo conocido, en un arrebató sublime de ira!

Los españoles, con un valor que pasma, si se tiene en cuenta lo escarpado de esas montañas, subieron hasta la cima, después de fuerte y duro batallar, obligando a setecientos hualfines a rendir las armas, cortándoles las cuerdas de los arcos y haciéndoles bajar al valle. Los pacciocas aliados, entregáronse con encarnizamiento al saqueo y al pillaje, arrebatando las vestiduras hasta de las indias viejas, las cuales huían, implorando el auxilio de los jesuítas, a quienes los indios tuvieron siempre el más profundo respeto. A los pies de los padres, de temor que fuesen sacrificados por los bárbaros, arrojaban sus pequeñuelos, a fin de que les librasen de la furia de los vencedores.

Subyugados de este modo los bravos hualfines, el ejército tomó en derechura del pueblo de Chicagasta, haciendo alto en Pompoma y disolviéndose al llegar a Londres, desde donde los soldados tomaron a Córdobba, Catamarca y Rioja.

Los tolombones y pacciocas, que dejaron el centro del valle, su patrio suelo, se acompañaron de los españoles

(1) Tolombón, por una escritura de 1864, vése que era de la jurisdicción de San Miguel la que entre otras cosas, dice: "...menos los pueblos de Colajao, Tolombón y Chincas, los cuales están adelante treinta leguas antes más que menos de esta Ciudad (S. Miguel), que aunque están en su jurisdicción, mitan a la Ciudad de Esteco..." (M. S. Archivo Tucumán).

hasta la comarca del pueblo de San Carlos, donde se establecieron y donde al momento de asentarse levantaron una fortaleza a fin de resistir a los quilmes, si hasta allí tenían la osadía de venir a atacarles, lo que parecía indudable.

Con efecto: apenas los castellanos salieron del valle, los quilmes, coaligándose con las demás tribus independientes, lanzáronse rabiosos sobre los traidores. Pero no obstante el daño que les hicieron los quilmes, matándoles gente y tomándoles prisioneros, fué tan heroica la resistencia, tanta la valentía desplegada, que D. Alfonso y paccicas vivían acurrucados en Salta.

Los españoles, descontentos al recordar que los quilmes no habían podido ser subyugados, mucho antes de moverles nueva guerra, comenzaron los preparativos, tomando contra ellos todo género de medidas precausivas, como fueron, entre otras, la de asegurar las fronteras de San Miguel, extrayendo a los indios taffes y anamas, que hubiéranse coaligado con los quilmes; la de asaltar a los belicosos malfines y, por fin, la de hacer salir al mestizo Luis Enriquez y a las familias de indios que vivían en Londres.

A Mercado y Villacorta, que partía al Río de la Plata, sucedió en esta gobernación del Tucumán el ex-gobernador de Buenos Aires y Alcalde mayor de minas de Chicuito, D. Gerónimo Luis de Cabrera, bastante conocido en estas regiones durante el mando de D. Felipe de Albornoz.

En la guerra empeñada en este último gobierno, Cabrera se distinguió por su tirantez y crueldad para con los naturales, quienes con justa razón llegaron a tenerle horror. Así es cómo se explica que apenas se hiciera cargo de esta gobernación, todas las naciones y pueblos de Calchaquí enviáronle mensajeros en demanda de paz; mas el nuevo gobernador recibíoles con desabrimiento, sin tener empacho en manifestarles lo indispensable que era que abandonasen sus valles.

Los indios, ni contestaron palabra alguna, ni él tampoco movióles guerra, ocupado como se hallaba en los asuntos internos y embarazos propios del gobierno; mucho más cuando se vió forzado a enviar las fuerzas de la Provincia al puerto de Buenos Aires amenazado por los holandeses, que con siete naves habían invadido las aguas del Plata.

Los gobiernos posteriores de Figueroa y Montoya, que sucedieron al de Cabrera por fallecimiento de éste, no tuvieron nada de notable, a no ser la invasión de los indios del Chaco, en el primero. Es este mismo Montoya quien, siendo posteriormente jefe de Valdivia, batió la invasión francesa de doce navíos en 1670, evitando el desembarco, y contribuyendo eficazmente a desbaratar los planes de los

ingleses, con la prisión de Mr. Clerk, ejecutado en Lima en 1680.

XLVIII

Las hostilidades contra los indios rebeldes no se movieron hasta el segundo gobierno de Mercado y Villacorta, a quien Felipe IV, habiendo revocado la gracia de hacerle Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires, le confirió por real cédula segunda vez la gobernación del Tucumán.

D. Alonso, a quien había desacreditado tanto su fiasco con Bohorquez, no pensó en otra cosa que en enmendar la plana, decidiéndose a concluir con los calchaquíes.

Llegado a estas regiones, por esta vez tomó rumbos opuestos en su política, adulando a los jesuítas, y trayendo como acompañante y consejero privado suyo al conocido P. Torreblanca y decretando suntuosas exequias al entonces extinto Obispo Maldonado, al mismo tiempo que nombraba Teniente General de Santiago a un sobrino de éste.

Dando comienzo a su plan de atacar a los sublevados, comenzó por echar los cimientos del fuerte de Talavera, en la ciudad del mismo nombre, haciéndola a la vez su plaza de armas, con el particular objeto de poner a raya a la invasión mocoví, mientras lanzábase a la pacificación de los quilmes.

Comenzó por reunir milicianos, echando generala en todos los pueblos, aparte de los elementos que de Santa Fe mismo le vinieron, al mando de Montiel, y fuera de los pertrechos de armas, que con tanta oportunidad le enviaba el Virrey del Perú. Pasó a las fronteras de Salta, represando nuevamente a Talavera, donde a las fuerzas con que contaba de antemano, replegáronse las de Catamarca, Rioja y Córdoba, y posteriormente las de Tucumán, que llegaron después que el pueblo de Quilmes estuvo tomado. Con soldados hechos, condujo gran cantidad de bastimentos a las sierra de Choromoros, donde proveyóse de armas, haciendas y todo lo necesario. Luego procedió a la fundación de dos fuertes: en uno de ellos colocó, en calidad de sus defensores, a los pacciocas y tolombones.

Recién entonces emprendió el Gobernador Mercado y Villacorta su entrada a Calchaquí.

Los tolombones, sus aliados, diéronle inmediata cuenta de que los quilmes ocupábanse en la roza para sembrar los trigos. Sabedor de esto, su primera decisión fué ordenar que prendieran algún quilmes y lo trajeran a su presencia, a fin de informarse de la acción y planes del adversario.

Averiguóse que los quichúas estaban completamente desprevenidos, y que muchos no habían aún bajado de las cumbres.

De Alonso invadió su país secretamente; y viéndose sorprendidos, apenas si los bravos indios tuvieron tiempo de trepar a las cumbres más fragosas y ásperas, donde creían que la persecución, más que arriesgada, sería imposible.

Abandonados de los quilmes casi todos los llanos y los bajos, los tolombones y pacciocas entraron a su pueblo a sangre y fuego, apoderándose inmediatamente de sus víveres, a fin de reducirles por hambre.

D. Alonso, sin atreverse a atacar a los quilmes en las cumbres, donde habíanse guarecido, fundó una fortificación en su pueblo abandonado, pasando luego a Tafi a fin de apurar las fuerzas de Tucumán, Londres, Catamarca y Rioja, que ya demoraban demasiado.

Con todos estos elementos reunidos, atrevióse recién a atacar de frente a los bravos quilmes, que permanecían armas en mano, sin querer saber nada de paz y menos de sumisión.

Al principio de la guerra los tercios españoles fueron los asaltantes, que morían los unos despeñados, los otros heridos por las rocas, largadas desde la cumbre, y muchos atravesados por las flechas. Entre los muertos quedó el bravo capitán, Mateo de Farías, y con riesgo de perder la vida, el teniente Juan de Soria Medrano.

Ello es que los bizoños se acobardaron con resistencia tan obstinada, y fué necesario que los veteranos marchasen a la vanguardia de las tropas, en cada uno de los combates. Pero, asimismo, cundió el desaliento en las filas realistas, resolviéndose en consecuencia, a dejar el ataque de las cumbres, llenando de soldados la falda, de manera que, acosados por el hambre, se viesen forzados a librar batalla en los bajos.

Esta medida produjo bien pronto los resultados apetecidos. El hambre impuso la ley; y aunque los aguerridos quilmes hubieran soportado todo género de privaciones hasta proveerse de alimentos, el llanto de los pequeñuelos en demanda a las madres, decidió al esforzado cacique Igún a bajar a los reales castellanos, con el propósito de hacer las paces.

Atendidas las proposiciones del Cacique, capitulóse.

Una vez rendido este pueblo, los españoles lanzáronse a la conquista del valle de Anguinahao, a tres leguas de Quilmes. Su Cacique Occhoca, con la rendición de sus aliados, capituló del mismo modo, aunque bajo mejores condiciones,

pues que no se le forzaba a abandonar la tierra natal, como a aquellos.

Con esas condiciones como base de la capitulación, claro es que los soldados empezaron a refunfuñar en secreto lo que no se procedía al reparto de los indios conquistados, cuando cada uno habíase pensado llevarse numerosas piezas y rico botín, en recompensa de sus sacrificios.

Para aplacar el descontento de los unos y la aversión de los otros, el Gobernador propuso a sus soldados que, lanzándose por cuenta propia a la conquista del resto de las tribus que llenaban el valle, hiciesen suyos a los indios que tomase cada cual.

Contentos y satisfechos quedaron los soldados con esta medida ideada en el momento por D. Alonso; y así fué cómo, dividiéndose por compañías, cuya formación pactábase de antemano, lanzáronse dispersos y divididos los soldados castellanos, cada grupo con su jefe, a emprender la conquista definitiva de Yocahuill, Encamana y Tucumangasta, cuyos indios no estaban aún reducidos, aunque eran ya impotentes para hacer armas contra el adversario, envalentonado con esta victoria y halagado por el botín.

Con el empeño de las parcialidades del ejército castellano, Calchaquí quedó pronto subyugado. Las razas que lo poblaban fueron dejadas en el país bajo la condición de que se ocupasen del descubrimiento de minas y labores en las ya existentes. Especialmente hizo buscar la tan famosa de la Casa Blanca, muchas veces ponderada por Bohorquez.

Algunos minerales fueron descubiertos por los indios, en los cuales se les obligó a duro trabajo y constante ocupación; pero tanto odio tenían a este género de labores, que, a pesar de su amor a la tierra donde nacieron, los naturales rogaron al Gobernador les señalase cualquier otro país donde vivir, antes que continuar semejantes tareas, que más que abatimiento, les causaban la muerte. El Gobernador se aprovechó de esta coyuntura para llevar a cabo su propósito premeditado de despoblar Calchaquí, designando a los naturales como nuevo lugar de residencia Chorumoros, Esteco y Salta, donde debían pasar con sus familias a fundar pueblos, o a aumentar los habitantes de los ya existentes.

El reparto no tardó en hacerse: ciento cincuenta familias fueron destinadas a Salta; ciento cuarenta a Esteco; doscientas a Tucumán; ciento ochenta a La Rioja; ciento sesenta a Londres; doscientas sesenta a Santiago y muchas a Córdoba y Jujuy.

Los indios supersticiosos, antes de decidirse a abandonar la tierra natal, consultaron a sus oráculos y sacri-

ficaron a sus divinidades. Consultaron, asimismo, a los astros, por medio de los que los astrólogos y augures descifraban el porvenir. El Inca Garcilaso, nos refiere que Huayna Capac, anunció la destrucción de su imperio, pronóstico que no tardó en cumplirse.

He aquí, como nos refiere Lozano el resultado de aquellas conferencias de los alcalíes con el demonio: "el día antes de la partida, dice, se retiraron los más ancianos de esa parcialidad con un hechicero, ministro de Satanás a una quebrada, para ofrecerle sacrificio con sus gentílicas ceremonias, a la hora del medio día. Los indios amigos, añade, que pasaron por allí, y acertaron a verles, les preguntaron la causa de aquella junta en dicho paraje. Respondieron hacían el último sacrificio, despidiéndose de su Deidad, para no volverla a ver más. ¡Cosa prodigiosa! añade finalmente, que a lo mejor de aquella función, estando el cielo muy sereno, se oyó allí un espantoso trueno, que los dejó a todos llenos de asombro, y se tomó por demostración que hacía el príncipe de las tinieblas, por dejar la asistencia de aquel lugar, y ver el fin de los cultos supersticiosos, que hasta allí se habían consagrado en él, aquellos obstinados idólatras".

Para los quilmes, acostumbrados a la fragosidad de las montañas y a la libertad natural de los valles, fué más duro que a ninguna otra de las tribus, verse obligados a abandonar la tierra natal, donde el encanto de la naturaleza virgen y salvaje había cautivado el alma del indio errante y donde los múltiples espectáculos del cielo y de la tierra, de los torrentes del suelo, de la nieve de las cumbres, de las tempestades del espacio, constituían su pasión de todos los días.

Es preciso vivir en nuestras montañas para darse cuenta del apego que se les toma. El que ha nacido y se ha criado entre ellas, admirando las formas caprichosas con que la naturaleza las ha cincelado; el que tiene hábito de contemplar diariamente las grandes moles, alzadas por un esfuerzo interno de la tierra, y las ha bajado y subido, y ha dádose cuenta de las bellezas y majestades, así como de la poesía que encierran o guardan; el que está poco acostumbrado a abandonarlas, ¡qué misteriosa tristeza siente, cuando alejado de sus montañas, ve el horizonte abierto, en inmenso círculo, o contempla esa monótona pampa teatro inmenso que jamás cambia de decoraciones, y que siempre se nos presenta con sus mismos horizontes, su mismo silencio, su misma túnica de trébol, su misma soledad, su misma tristeza de desierto!

Los salvajes, más que nadie, tienen apego al suelo que

les vió nacer, y por eso es que, refiriéndose a los quilmes, decía el historiador de estas Indias: "Bastábale a los miserables el sensibilísimo trabajo de abandonar el nativo suelo, a que los indios sobre todas las naciones del orbe tienen particular, y aún increíble amor y afición, de suerte que, aunque la breña más inculta, no la trocará por la ciudad más populosa y opulenta: ¿Pues qué sería ahora haber de desterrarse por fuerza?..."

De aquí que los quilmes no pudieron conformarse jamás, ni por un momento, con la más leve idea de dejar el suelo nativo, a lo que veíanse forzados por las exigencias repetidas, y aún por mandato expreso del conquistador.

Pensando los naturales que podrían frustrar los planes del Gobernador hicieron grandes sementeras, pretextando que por entonces se quedarían a cuidarlas. Pero el astuto gobernador, demasiado aleccionado para sufrir nuevos engaños, no pensaba en otra cosa que el alejar cuanto antes del Tucumán a estos bravos y valerosos indios.

Todo quedó resuelto a los pocos días, entendiéndose directamente con Salazar, entonces Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires.

Nuestro gobernador convino con él en que llevara doscientas familias quilmes, destinadas a fundar en aquella Provincia un nuevo pueblo. Por eso es que el día menos pensado, reunió a todos los quilmes: hombres, mujeres, niños y ancianos, y comunicándoles su resolución, entrególes al Maestre de Campo, D. Gerónimo de Funes, a fin de que él los condujese a aquellas lejanas colonias, destinándoles a las obras comunes de aquella ciudad, con el abono de un jornal de dos reales plata por día (1).

Acompañaron a los quilmes desterrados mil seiscientos indios calianes, que de Esteco fugaron a Calchaquí, por evitar la marcha forzada, dejando a la espalda del país que guardaba las cenizas de sus abuelos, la región de sus padres, las reliquias de su pasado. (2).

Alboreó el año de 1669 y ya todo Calchaquí estaba subyugado, sumiso y mudo para siempre... Alonso de Mercado y Vilacorta!—tú arrancaste la lengua de la boca de la raza, que immortalizará en la historia hasta la última piedra de las montañas de mi país! A tí te cupo la triste suerte de ba-

(1) Junto al Salf, como a seis leguas al S. E. de la ciudad de Tucumán, existe una población llamada *Quilmes* (Depto. de Leales). Esos descendientes de los viejos quilmes, asegúranme que fueron una caravana vuelta de Santa Fe, que allí la ubicaron.

(2) Los españoles continuamente llevaban, a fin de pacificarlos, las tribus de un lado a otro, como los mallis a Andalgalá, los pomanes a Catamarca, los quilmes a Buenos Aires y los de Alijilán jurisdicción de la ciudad de San Fernando, valle de Catamarca, a Amberes (Estancia en la jurisdicción de San Miguel) según reza del padrón de "Los Indios de Alijilán que existen en Amberes" 1699) (M. E. Archivo de Tucumán).

rrer con todo un pueblo, con toda una tradición, con todas las hazañas del inmortal Calchaquí, al cual solo te contentaste al verle sin sus hijos, dejándoles para siempre, sumido en el silencio, "como tumba que el muerto ha abandonado!..."

Calchaquí, después de 1669, es una verdadera Necrópolis vacía.

Doscientos y tantos años han pasado desde entonces sobre la tierra, con sus inviernos y sus otoños; y aún persisten las ruinas de sus pueblos y los fuertes aunque cada hora mueva una piedra, cada día abra una grieta, cada año derrumbe una muralla.

Con los habitantes de la ciudad desierta fundóse el nuevo pueblo de Quilmes, en Buenos Aires, que fué paulatinamente desarrollándose.

Los indios fueron perfectamente tratados en él. Concediéronseles privilegios, donáronseles tierras, diéronseles jueces, admitiáseles un representante que obrara por sus intereses ante el poder general.

Cuando el tiempo pasó, aquel pueblo, formado puramente de indios, fué renovando la base química de su sangre, con las corrientes de la imaginación europea, que han hecho cauce en el territorio argentino.

A principios del presente siglo, apenas si nos daríamos con algún rastro que indicase la procedencia de Quilmes, de la raza nativa que pobló las fragosidades de los hoy llamados cerros de Santa María.

De aquí es que los derechos y privilegios del pueblo de indios caducaron más tarde. En la Gaceta Ministerial, puede leerse una resolución al respecto, fechada en 14 de Agosto de 1812, con motivo de lo solicitado por el Cabildo de Quilmes, de la que me permito transcribir lo siguiente: "Declárase al pueblo de los Quilmes libre a toda clase de personas; su territorio de la propiedad del Estado: se derogan y suprimen todos los *derechos y privilegios* que gozaban los *pocos indios* que existen en dicha población y en su virtud se extingue en los citados naturales toda jurisdicción, amparándoles por ahora en la posesión de los terrenos que ocupan y cultivan.

Hoy ese pueblo tiene el aspecto de una ciudad europea. La estadística del 93 nos habla bien alto de la cultura que ha alcanzado, cuando nos suministra el dato de que existían en él once escuelas públicas, donde se educaban ochocientos setenta y un niños de ambos sexos.

¡Qué contraste tan singularmente raro el que nos ofrecen los dos Quilmes, el de Santa María y el de Buenos Aires! Aquí el silencio y allí el vértigo; en las montañas las ruinas

y en los grandes ríos la colmena. Allí las fábricas y las máquinas, y aquí los restos de las trincheras de piedra y las torres. El himno y la oda allá; la epopeya aquí!...

Adelante el pueblo nuevo... Ruinas del viejo Quilmes: salve!

LIBRO SEXTO

XLIX. Los Jesuítas y su expulsión del Tucumán. Misiones. El Santo Oficio. Cédulas de Felipe II y Carlos III. Provisión de Bacarelli. — L. El Padre Lozano. Su historia del Tucumán. Noticias biográficas. — LI. La colonia y el elemento criollo. Despoblación de Calchaquí. Esteco y San Esteban de Miraflores. Cédula de 1674. Fusión de razas. — LII. Londres y Catamarca. Documentos. Real cédula de 1679. Don Fernando de Mendoza Mate de Luna. La algarroba y la fundación de Catamarca. Su escudo de armas y el porvenir. — LIII. Fundación de San Miguel de Tucumán. Antecedentes históricos. El San Miguel de Techo. Aguirre y su carácter. San Miguel y el valle de Huasán. — LIV. Traslación de San Miguel de Tucumán al sitio de la Toma. El coto y la traslación. Cédula Real de 1680. Protesta de 1684 de los del Pueblo Viejo. Auto de Mate de Luna de 1685. Toma de posesión. Fecha de la fundación. Documentos y actas.

XLIX

No soy de los que miran con ojeriza a los jesuítas de Tucumán, por lo menos a los nobles misioneros de la conquista, que tan señalados e importantes servicios han prestado a la causa de la humanidad en la guerra con la raza mártir. Es para mí la más negra de las injusticias, sugerida por el fanatismo liberal exclusivamente, descargar sobre ellos el anatema de la historia parcial y apasionada, en el odio profesado a la injusticia, desconociendo todo lo bueno que los padres de la campaña han hecho, por más abominable que ésta pueda ser. Los jesuítas del Tucumán en los azarosos tiempos de la conquista, eran los consejeros humanitarios de todos esos soldadotes que se llaman conquistadores o gobernadores de la Provincia. (1)

La natural avaricia y la crueldad castellana eran templadas en mucho por la palabra prudente y persuasiva de los padres de la Compañía de Loyola. Más de una vez carnicerías horrendas han sido evitadas por ellos en la guerra de Calchaquí, ya estimulando a los conquistadores a la piedad o insinuándoles sobre sus propias conveniencias, haciéndoles recordar la esterilidad de estas hecatombes de natu-

(1) El Pbro. Pablo Cabrera (Córdoba, 1897) ha publicado un interesante folleto de su conferencia en el Ateneo, y cuyo título es: *Primeros Sacardotes que pisan el suelo de Tucumán*, etc., en el que se hace cumplida justicia a los nobles e infatigables misioneros cristianos.

rales, que destruían por su base al axioma de las cortes españolas: *Indias sin Indios no hay*.

Tan grande, como arriesgada, es la obra de los misioneros jesuítas de pacificar las tribus, estimulándolas a la paz y al sometimiento, bajo la garantía de su palabra y de su influencia. Tan noble, como cristiana, era después su conversión a la religión del crucificado, substituyéndola a la idolatría, hasta conseguir modificar, por el ejercicio práctico de doctrinas santas, el carácter impetuoso, vengativo y selvático del hijo de la tierra.

Incalculables son los beneficios prestados por los padres de la Compañía desde su llegada al Tucumán, en 1586, durante el gobierno de Ramires de Velasco, a los diez y ocho años después del arribo de aquellos a Lima. Desde que pusieron su planta en el Tucumán comenzaron con sus piadosas e insinuantes predicaciones; y la historia sería bien ingrata si olvidara a los venerables padres Bárcena, Monroy y Viña, quienes en el año 1589 y subsiguientes anunciaron el Evangelio a los lules, insistinés, toquistinés y oristinés. El P. Bárcena, especialmente, llamado el apóstol del Tucumán, en el año indicado y en 1592 predicó a los diaguitas, extendidos desde el Pucará de Aconquija, Belén y Andalgalá, hasta los confines del valle de Catamarca y parte de la Rioja. Así como el P. Bárcena, el P. Añasco predicó a los tonocotes. El P. Darío hace también su predicación a los diaguitas, y al nombrar a este venerable religioso no debe dejarse de transcribir lo que de él dice el sabio P. Techo: "Con un influjo arcano, escribe, se hizo tan venerable a los bárbaros, que a veces presentándose en medio de dos facciones enemigas en el acto de agredirse, pudo con su autoridad hacer caer sus iras y las armas y retirarse todos a sus casas".

Más que ejemplar, humanitaria y piadosa, fué la conducta de los jesuítas en las misiones de Calchaquí en 1608, predicando el santo Evangelio a las tribus indomables, burlándose a cada instante de la muerte como el buen P. Morelli, cuando teniendo noticias de que los indios debían sacrificarle una noche, el religioso con singular unción, plantó en el suelo la cruz de su fe, durmiéndose a su amparo, acto tan piadosamente poético que infundió religioso fervor a los salvajes homicidas.

El mejor éxito tuvieron las misiones de Calchaquí de 1637, cuando el gobernador D. Felipe de Albornoz acababa de dominar el gran alzamiento, obligados como fueron por una cláusula del tratado los indios vencidos a instruirse y practicar la religión del crucificado.

Los venerables jesuítas en todas estas misiones iban y

venían de una parte a otra, donde su presencia era necesaria o reclamada cruzando a pie las llanuras, atravesando las ásperas montañas, con el fervor de San Vicente de Paul, para prestar auxilio espiritual y aún material a las tribus, que tarde o temprano tuvieron que convencerse de que eran aquellos los consoladores de sus penas y los defensores de las injusticias cometidas por los guerreros. El P. Techo, a quien he citado recordando de las misiones del Jesuita italiano Morelli y sus compañeros, ponderando su celo, constancia, resignación y fe, escribe lo siguiente: "Tres veces a pie cruzaron aquel valle (Calchaquí) y las cumbres fragosísimas de aquellas sierras, despedazando y quemando una infinidad de ídolos. Dormían en el duro suelo bajo una ramada improvisada: toleraban los fríos agudísimos, cubriéndose con una sábana delgada y medio desgarrada, vivían de poco maíz, y legumbres y en medio de bárbaros furiosos, en medio de guerras, carnicerías y peligros innumerables, escribían al P. Provincial que sus almas rebosaban las delicias del cielo".

Hay por otra parte, que tener muy en cuenta que a los padres de la Compañía de Jesús debemos todos los tesoros históricos de la conquista del Tucumán, así como las gramáticas de las lenguas nativas, quichua y lule y demás trabajos todos de mérito inapreciable. Adviértase que los padres escribían en el teatro mismo de los sucesos; que relataban en sus crónicas lo que sus propios ojos habían visto o lo que habían escuchado de los labios de los actores de los acontecimientos. Por otra parte, nadie si no ellos debían estar en posesión de los secretos históricos, cuando eran los consejeros natos de guerreros y gobernadores y tenían entre sus manos el hilo de los sucesos. Su ilustración, laboriosidad y perseverancia servíanles de natural aguijón para escribir sus historias. Muchos de nuestros jesuitas, al revés de lo que decían los inquisidores peruanos: "en estos años no se ha cobrado blanca", repetían como el buen Lope: "las letras dan honor, mas no dan plata."

Debe tenerse en cuenta que los mismos soberanos encargaban a los jesuitas de los más delicados asuntos de estas Indias, y eran los interventores obligados en todas las continuas desavenencias de los avaros conquistadores. El rey de España presentábalos con singulares recomendaciones a los representantes de su autoridad en América, cuando no lo hacía por medio de reales disposiciones. Es de esta última manera cómo los padres de la compañía fueron recomendados al gobernador del Tucumán, Ramírez de Velasco, por cédula de Felipe II, expedida en Toledo, en 12 de Junio de 1591, en la cual el fanático monarca después de ponderar

“el mucho fruto de su predicación, vida y ejemplo”, añade, imperativamente: “os mando que tengáis particular cuidado con honrarlos y favorecerlos, para que viendo ambas Repúblicas de los españoles e indios, lo que vos lospreciáredes y estimáredes les tengan todo el respeto y reverencia que se debe a su estado y profesión, y mediante esto, y la ayuda y disposición que hallaren en vos, prosigan su santo ejercicio, como el mucho fruto que espero y vivan con contentamiento, que de ello me tendré en vos, por servido”.

Después de lo dicho, ya podrá calcularse cuánto no sería el respeto profesado en el Tucumán a los padres jesuitas, tanto que todos los religiosos eran poco menos que venerados por su sangre, su ciencia y su poder el cual todos ellos trataban de dilatar más y más, propendiendo a la organización eclesiástica en todos los lugares de la conquista, habiéndose efectuado una organización en el Tucumán en el año 1565, época en que fué instituído el obispado de la provincia con asiento en Santiago del Estero, haciéndose cargo del mismo Fr. Francisco Victoria. Adviértase de paso que este obispado solo dependió del de la Plata hasta 1577, aunque ya más antes el Papa Pío V despachó una bula estableciendo esta diócesis con independencia de las autoridades eclesiásticas del Perú.

La Compañía de Jesús, llegó a Lima en 1568, durante el gobierno de García de Castro. El año siguiente, en 7 de febrero de 1569, apareció una real cédula de Felipe II, de tristísima memoria, estableciendo el Santo Oficio en América. El fanático y despótico monarca nos introdujo de este modo esta institución. Refiriéndose a este hecho del monarca ultramontano, un escritor contemporáneo, Vicuña Mackena, escribe con razón: “este monarca cuyo corazón fué una hoguera y un infierno su conciencia, arrimando a un lado la lanza de Carlos V, asió con ambas manos el tizón de Torquemada y se fué por todo el orbe buscando herejes que quemar”. Para mayor desgracia, el Papa Urbano III acrecentó ya el inmenso poderío de la Inquisición limeña.

Los jesuitas del Tucumán, ya lo he dicho y lo repito, no son sino dignos del más justiciero encomio; pero el establecimiento del Santo Oficio en el Perú y Chile desacreditó a los miembros de la compañía en general, o cuando menos acarreó sobre ellos miradas de justificadas desconfianzas.

Las hogueras de Torquemada prendidas y avivadas fueron por los jesuitas en América. En el Perú, el inquisidor Solarano empuñaba el estandarte de la fe, mientras arrojaba infelices a la hoguera; y el condenado llevado a contemplar la bárbara ejecución, hasta que le tocase su turno,

permanecía en el tabladillo de los reos, vestido con una coraza en la que se veían pintadas mil monstruosas y fantásticas figuras; de su cuello pendía un grueso cordel y en su diestra tenía una vela verde apagada, como símbolo de la fe que había dejado de iluminar su espíritu.

Célebre llegó a ser la acusación del Fiscal del Santo Oficio, que, por los años del siglo XVI hizo a Antonio Rodríguez Correa, a quien se denunciaba "reo de judío, judaizante, hereje, apóstata, rebelde, fautor y encubridor de herejes". Estos cargos, si hemos de creer a J. H. Scrivener, fundábanse en lo siguiente: "era Correa, dice, apóstata, porque habiendo sido bautizado había sido después instruido en la ley Mosaica: era judaizante, porque en la isla de la Margarita había ayunado todo un día, en Lima dos o tres y en Arequipa rezaba los salmos de David sin gloria patri: era judío, porque guardaba los Sábados y rezaba los salmos en la forma que acostumbraaban los hebreos: era rebelde, por que tenía un libro de horas en romance prohibido por el Santo Oficio: era, por último, fautor y encubridor de herejes, porque durante un viaje que hizo a Huancavélica rezaba unas oraciones... lavándose de pie a cabeza, usando ropas, cantando salmódias, y comiendo pescado, guisado con aceite y pan sin levadura".

Por tamaños crímenes el Fiscal del Santo Oficio, pedía para Correa: "que mandasen relajar su persona a la justicia y brazo seglar, declarando sus bienes ser confiscados!..."

Ricardo Palma, ocupándose de la inquisición, describe nos todo lo relativo a la fórmula del tormento, la polea, el fuego y la compurgación (1).

En Chile la Inquisición hizo de las suyas: en 1636 armó un gran conflicto religioso, que tuvo inquietas a todas las poblaciones.

El Santo Oficio, que todo lo absorbía, luego no más la emprendió con el poder civil, tanto en el Perú como en Chile. En tiempo del inquisidor uJan de Mañosca prodújose en Lima un gran conflicto con la Real Audiencia, lanzándose el reto con una bula de Pio V. En 1639 en Lima el obispo no respetaba al juez "y maltrató dicho señor obispo a dicho juez, diciéndole que le daría mil bofetadas y otras cosas de amenazas, mandando a todos los clérigos que no le hablasen ni obedeciesen sus censuras". En Santiago de Chile, en tiempo del buen obispo Villarroel, llegó a tal grado la lucha con la Inquisición, que se formaron dos partidos, de los cuales el uno decía: — aquí el rey! — mientras el otro contestaba: — aquí la Inquisición!"

(1) La Inquisición de Lima (Revista de Buenos Aires).

Errázuris, sin embargo, el último de los inquisidores, chilenos, fué tan afable como patriota.

Los jesuitas del Tucumán, por suerte, no organizaron Santo Oficio, como en Lima y Santiago, y demasiado lejos la provincia de estos dos pueblos, se encontraba inhabilitada la bárbara institución para que directamente actuara sobre nuestros religiosos. Por otra parte, hay que tener muy en cuenta que, los padres jesuitas venidos del Tucumán debieran ser de reconocido desinterés, porque en todas las instituciones, por más malas que sean, hay hombres buenos. ¿Qué podían aspirar los venerables religiosos en estas provincias, en donde la avaricia castellana sufrió el más cruel de los desengaños? ¿dónde estaban las riquezas que los misioneros podían apetecer? ¿qué han hecho, si las hubo, por acumularlas?

Lejos de eso, excepción sea hecha de los jesuitas de Córdoba, que poseían tierras, conventos, oro, los jesuitas del Tucumán apenas adquirían lo suficiente para pasar una vida sin regalías, cuando no les encontraba el mediodía sin un pedazo de pan. Es justo observar, ya que nombro a los jesuitas de Córdoba, que si bien ellos eran poseedores de verdaderas riquezas, también son los autores casi exclusivos del adelantamiento intelectual de aquel pueblo, fundando entre otros establecimientos la famosa Universidad en 1622 con bulas de Gregorio XV y Urbano VIII, así como la beneficencia pública, atendiendo el hospital de Santa Eulalia, siendo más tarde una lástima que los jesuitas de Córdoba todo lo hubieran absorbido, convirtiéndose, más que en una rémora, en un peligro constante para las autoridades civiles.

El poder inmenso, acumulado y cimentado por el tiempo, de los padres jesuitas, en lo que tuvieron su culpa los monarcas mismos; la absorción completa de todos los resortes sociales, políticos y religiosos; la anulación absoluta del poder civil que habían conseguido, apoyándose en las masas ignorantes, que siempre ven en América con ojeriza todo lo que es autoridad; por fin, razones de estado bien conocidas, decidieron al rey Carlos III a ordenar su expulsión del continente, por edicto de 2 de Abril de 1767.

Gobernaba a la sazón los reinos del Perú el virrey Amat y Juniet, a quien llega un pliego secreto del monarca, en el cual decía: "en mi real persona quedan reservados los justos graves motivos, que a pesar mío, han obligado mi real ánimo a esta necesaria providencia". En un otro pliego, fechado en 7 de junio de 1777, del señor Marqués de Grimaldi, dirigido a D. Francisco Bucarelli en Buenos Airse, se le ordena la expulsión de los padres de la Compañía del Paraguay, o sea los jesuitas.

Bucarelli, sin duda, veríase en grandes aprietos para hacer su expulsión de nuestro país, pues la orden era tan poderosa que, a más de su natural influencia en todos los pueblos, los jesuitas a la sazón eran más de quinientos y poseían doce colegios, cincuenta estancias, treinta y tres pueblos de indios guaraníes con más de cien mil almas, a más de otros doce de abipones, mocovies, lules y varios de chiquitos.

Bucarelli mismo se daba cuenta exacta de todas las dificultades para cumplimentar la real orden, y en su contestación al marqués de Grimaldi decíale: "Miraba la real voluntad tan justamente resuelta como indispensable y conveniente su pronto cumplimiento; pero también conocía la disposición del Reyno que *el poder de los de la Compañía ha sido absoluto* manejando a su arbitrio a mis antecesores en particular al último por cuyo medio dieron los principales empleos a sujetos de su facción no digo ni con méritos para obtenerlos..."

De todos modos, la sentencia de muerte ejecutóse en todo nuestro país a la institución jesuítica, destruyendo sus misiones, dominación y poderío. La expulsión de éstos se verifica.

Los jesuitas de nuestro Tucumán tuvieron, de buen o mal grado, que abandonar el país, no sin las más ardientes protestas, no solo de los de la Compañía, sino especialmente de parte del pueblo, sobre el que llegaron a tener un ascendiente tan grande o mayor que el del rey. Aun, en Córdoba, está en boca de los viejos el relato de las amarguras del pueblo cordobés, del universal duelo de la docta ciudad, el día en que los padres de la Compañía le dieron el último adiós!

Lo que aconteció en el Tucumán con motivo de la expulsión de los jesuitas, fué tan grave, que no me resisto a transcribir un otro párrafo de Bucarelli, dando cuenta del cometido de su misión; dice así: "En la provisión de curatos de los pueblos de indios estoy de acuerdo con los obispos de esta provincia y la del Tucumán, en los que reconozco cuanto S. M. puede desear, y desde luego certifico que en lo posible se pondrán eclesiásticos que cumplan con su ministerio, aunque siempre estoy persuadido que será forzoso pasar yo en persona a establecer este y el nuevo gobierno, para allanar las dificultades que se han de ofrecer o para *conquistar aquel estado que los de la Compañía han tenido solo comprensible y sujetos a su absoluta dominación*".

Es de advertir que Córdoba, desde 1699, pasó a ser la cabeza de la iglesia del Tucumán, pues en aquel año se trasladó a la ya docta ciudad la Capital y sede de gobernador.

El Tucumán quedó largo tiempo sin jesuitas. Los que han llegado posteriormente a cualquier punto de la vieja Pro-

vincia, no han sido ya temidos, dedicándose con especialidad a las atenciones del culto o de la educación.

L

Ya que acabo de hablar de los jesuitas en el anterior capítulo, injusticia grande sería no dedicar una página al ilustre padre de la Compañía D. Pedro Lozano, aprovechando la oportunidad que se me presenta.

El P. Lozano con su obra sobre la "Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", nos ha legado un caudal inapreciable, especialmente a nosotros, a quienes nos interesa la historia del viejo Tucumán, tanto más cuanto que tan poco se ha escrito sobre esta última gobernación, pues que si exceptuamos los trabajos de los P.P. José Guevara y Techo, quienes se valieron de los manuscritos del P. Juan Pastor, Lozano es la única fuente en que podemos beber los contemporáneos, fuente inagotable y rica, pues las páginas de la historia del ilustre jesuita, como se ha dicho de los poemas de la India, manan leche.

Antes que Lozano, no había historia del Tucumán, y éste con grandes esfuerzos, tino y sagacidad, con espíritu imparcial y justiciero, dió cima a un trabajo cuyo valor es inapreciable. "De la gobernación del Tucumán, dice el P. Lozano en su prólogo, no hay cosa impresa en nuestra lengua, habiendo sido forzoso recoger lo que aquí se escribe de papeles manuscritos de aquel tiempo, que ha tenido sepultados el olvido y casi comidos la polilla, poniendo en eso un despreciable trabajo como también en señalar la fundación de las ciudades y la introducción primera de la fe..." Respecto a su imparcialidad, tan difícil de guardar en aquellos tiempos en que ante todo era preciso cargar la mano en alabanza de la fe y del rey, él mismo pide "que solo se gobierne mi pluma por el seguro rumbo de la verdad, que es la senda que en tales asuntos encamina al acierto".

Azara asegura que esta fué la causa de que la obra histórica de Lozano no fuese publicada, pues que este escritor se distinguía por su *mordacidad contra los españoles*. Esto nos prueba cuán difícil era en aquellos tiempos ser imparcial, tanto más si se tiene en cuenta que Lozano no se cansa de glorificar en cada página la audacia y el valor castellanos, así como los triunfos de la fe católica, y esa mordacidad contra los españoles, a que alude Azara, es porque de vez en cuando Lozano critica su avaricia y crueldad, borrones indelebles de la conquista. Nunca le perdonarían, por ejemplo, este pasaje de su historia de la Compañía de Jesús: "y en

vez de servir de guía a los indios, dice aludiendo a los españoles, con sus cristianas costumbres para encaminarlos al Paraíso, les eran tropiezos y fomentaban su ruína espiritual con sus vicios escandalosos, además de las continuas vejaciones con que ejercitaban su sufrimiento”.

Muy pocas noticias tenemos de la persona del P. Lozano.

El ilustre jesuíta nació en Madrid en 1697. Al Río de la Plata parece que arribó allá por los años de 1717. Su residencia habitual es Córdoba del Tucumán, donde fué cronista de la orden, dictando además las cátedras de teología y filosofía. Sin embargo, consta que hizo repetidos viajes para escribir sus historias, y sabido es que estudió los archivos de San Miguel y Santiago del Estero.

En la Compañía de Jesús, en Córdoba, era amigo íntimo del famoso P. Machoni, a quien dedicó una de sus obras.

Que gozaría de gran respecto y estimación entre los jesuítas, no hay duda, cuando estos le encargaron la redacción de las reclamaciones de la Compañía de Jesús contra el tratado de 1750 entre España y Portugal.

Lozano escribió varias obras, concluyendo su renombreada “Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán”, en 1745. Entre otras obras escribió también: la “Descripción de las Provincias del Gran Chaco Gualamba”, “Historia y vida del jesuíta Lizarde”, “Cartas sobre las misiones”, “Carta al P. Azola sobre los Césares del Estrecho de Magallanes”, “Provincia del Paraguay”, “Diccionario Histórico Indico”, fuera de otras cartas y trabajos más, revelando en la confección de todas estas obras una labor constante y no interrumpida.

Después de esto, las noticias del P. Lozano son sumamente escasas. Qué se haría antes de 1797, es cosa que no se ha podido averiguar; y, sin duda, que habríase vuelto a España, toda vez que en la nómina de los jesuítas desterrados por Bucarelli no aparece su nombre. Sin duda que se iría a Europa a imprimir sus obras, pues que en 1755 aparece en Madrid, su “Historia de los jesuítas del Paraguay”. Posteriormente, en 1788, vió la luz pública una traducción suya de los “Ejercicios de San Ignacio”.

Cuándo y dónde murió el P. Lozano, es cosa que no sabemos; pero esto importa poco cuando de su gloriosa vida nos quedan sus obras. Es como dice el distinguido historiador y bibliógrafo señor Andrés Lamas: “Si queda definitivamente ignorado el pedazo de tierra en que se ha perdido el polvo de los restos mortales del P. Lozano, su nombre vivirá entre nosotros perdurablemente, porque fué uno de los obremos más diligentes de nuestra historia, y la historia, solicita

y cariñosa para los que la sirven, repara los olvidos y los descuidos contemporáneos”.

Es como historiador profundo, como el P. Lozano se ha distinguido. Leyendo las páginas de sus obras, de estilo sobrio y sencillo, limpio, monótono y abundante, nótase al instante su versación en todo lo relativo a la historia de estas Indias, descollando en ella a mi juicio, la que se refiere al Tucumán, siendo únicamente sensible que el P. Lozano no poseyese con profundidad la lengua quíchua, dándonos etimologías que hubieran iluminado puntos oscuros de la historia de nuestros naturales. Podría criticársele el hecho de que no haya casi una página en que por cualquier motivo no hable de la fe, refiriendo al cielo los sucesos de la conquista; pero este era el estilo de la época, y más el escritor era un jesuita y fervoroso católico, aparte de que los castellanos tenían la creencia arraigada de que María Santísima era la verdadera conquistadora del nuevo mundo, sacando de este modo del gentilismo a millones de hombres.

De Angelis, criticando a Lozano, decía de él que compromete “la dignidad de la historia por la facilidad con que ha acogido las tradiciones vulgares, por más extrañas y absurdas que fueran”. A esto contesto como antes: es un vicio de la época. Lozano, lo repito, era un fervoroso creyente, y por nada de este mundo hubiera contradicho cualquier cosa que hubiese sostenido alguna vez la iglesia: de aquí que creyera en milagros, portentosas apariciones y todo lo que se quiera. En aquella época las brujas y los espantos estaban de moda, y no había sabio o ignorante que no creyera en ellos, mucho más cuando aquel era un jesuita del siglo XVII, que veía consignada sus creencias supersticiosas en los sagrados libros. La adivinación, por ejemplo, está admitida en el libro de Moisés y la Vulgata; el Deuteronomio castiga el encantamiento y el Levítico la adivinación, no debiendo tampoco olvidarse a la pitonisa de Endor y Manases, ni a los magos de Faraón. El Papa Sixto V castigaba la invocación a los muertos, y durante toda la edad media se quemaban poseídas, brujas y magas. En esta época, y aun posteriormente, se levantaban los muertos y bajaban las almas del cielo a la tierra.

Por lo demás, al lector moderno le sobra criterio para saber qué cosas ha de tomar o no como históricas, y cuales son preocupaciones o creencias supersticiosas de la época, aprovechando lo uno y descartando lo otro.

Las obras del P. Lozano, de todos modos, son la Biblia de la historia nacional colonial.

LI

La epopeya Calchaquí ha concluído con la despoblación del valle que habitara la raza indomable. En las cumbres de las montañas ya no se ve al hijo de la tierra; los pueblos indios están desiertos; las torres y las fortificaciones han caído destruídas... ¿Qué se ha hecho el hijo de la montaña?

Ya es oportuno recordar de la suerte que cupo a la raza de la epopeya, porque no todas las tribus duermen el sueño en las huacas. Aun alientan millares de corazones indígenas, esclavizados en las encomiendas. Los vivos piensan a toda hora que mejor suerte ha cabido a los muertos. Ellos, no sufren destierros, ni lloran ostracismos, ni ven despoblados sus nativos valles, ni inclinan la frente, abrumada por infortunios, ante el ceño del amo, en el *servicio personal*.

Veamos qué fué de los vivos.

Expatriados los valerosos Quilmes al Río de la Plata, de acuerdo con la resolución de D. José Martínez de Salazar, Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires, procedióse a la inmediata despoblación y reparto de los indios del Tucumán. La población indígena distribuyóse entre los diversos pueblos de la gran Provincia, donde debieron servir en las *encomiendas*. (1).

A los indios se separaba para siempre de la tierra nativa, a fin de que perdiesen hasta la idea de reconquistarla, y al mismo tiempo se les hacía poblar las diezmadas ciudades, que iban a ser focos de la *Colonia*. La adjudicación de las familias indígenas se hizo de la siguiente manera: tocaron ciento cincuenta familias a la ciudad de Salta, doscientas a Tucumán, doscientas sesenta a Santiago, ciento ochenta a La Rioja, ciento cuarenta a Estero, ciento sesenta a Londres de Pomán, y las familias restantes a Córdoba y Jujuy. Como los calalagos, pacciocas y tolombones traicionando a sus compatriotas, habían seguido al estandarte real de los castellanos, en recompensa de la alianza y los auxilios prestados, no se les condenó del todo a abandonar los valles amados, pues permitióseseles que poblaran las fronteras de Tucumán, pero con la condición expresa de no volver jamás al valle de Calchaquí.

De esta manera el valle de la epopeya queda completamente despoblado; y a la verdad que a no quedar así, quizá el pueblo andino hubiera estremecido otra vez más la tierra en los extertores de su agonía prolongada.

Mercado y Villacorta en su segundo gobierno se ha vengado de las afrentas de Pedro Bohorquez!

(1) Sobre restricciones a los *encomenderos*, véase Solórzano. *Política Indiana*. Lib. II, Cap. VII. No. 46 y sigtes.—Id. Id., Lib V, Cap. XIII, No. 21.

El período secular de la conquista del Tucumán está cerrado para siempre, y no más las flechas calchaquíes traspasarán el estandarte real, ni el pecho de un solo castellano. Con el pueblo de Calchaquí sojuzgado habíase hecho lo que con los judíos, condenados al cautiverio. Ya a los castellanos no queda sino guardarse las espaldas: contener las irrupciones de los bárbaros del Chaco, que a veces han asaltado poblaciones, y saqueado, y dado muerte a centenares de sus moradores. Para eso Villacorta fortifica a Esteco, el mismo que fué destruído por un espantoso terremoto, sucedido durante el gobierno de don Martín de Jáuregui. Por eso, en la primera década del siglo XVIII, el gobernador don Esteban Urizar y Arespachaga fundaba la plaza fuerte de San Esteban de Miraflores, que hasta ese tiempo y el del gobierno de D. Baltazar de Abarra, y aun después, los indios del Chaco no cesan de hacer irrupciones sobre el Tucumán sojuzgado (1).

Es por demás conocida la vida de la Colonia para añadir una palabra a todo lo que sobre ella se ha escrito. (2) Es bien sabido que el indio vegetaba y sufría en ella, condenado a las más rudas tareas, odiado como era del amo, quien sólo quería aprovecharse de sus fuerzas y gastaba actividad. El indio, asimismo, guardaba rencor profundo al amo; pero mudo y reconcentrado, porque el indio en las ciudades es lo mismo que el condor enjaulado. Fuera de sus cumbres nada aspira, nada ambiciona, y la vida, cuando más le es indiferente. Sus recuerdos de otros tiempos solo sirven para espinarle el corazón. (3)

(1) Por un documento de 1684, la protesta de la traslación de la Ciudad de San Miguel, al parage de la Thoma, veese que los mocovíes hacían sus invasiones a la provincia.—una de las razones oponiéndose a la traslación de la vieja ciudad contigua a Monteros, era las invasiones *mocovíes*; y así dice este documento: "No es también conveniente dicho sitio por acercarse catorce leguas a un extremo de su jurisdicción y consiguientemente a la Ciudad de Esteco, y al riesgo de las inundaciones del enemigo *Mocoví*, principalmente por la parte del Zavalbar, por donde más amenaza, por la poca distancia que ai que no llegan a diez leguas, desde dicho sitio a dicho parage del Zavalbar, adonde algunas veces ha dado asalto dho. enemigo". (Archivo de Tucumán—documento B del Apéndice).

(2) Véase Antunez y Acevedo, *Mems. Hísts. sobre Législ. y Gobn. de la Esp. en sus colonias* (1707).

(3) Por un documento de 1758, veese que en el tiempo de la colonia no se podía llevar fuera de la Provincia gentes de las encomiendas; y así, en una reclamación hecha, recae el siguiente auto del Señor Justicia Mayor de San Miguel: "Por presentado vistos y admitase en todo lo que lugar tenga en derecho: vistas la relación que hace el cacique del pueblo de Chiquigacá y no poderse entrar ni llevar fuera de la Provincia conforme a ordenanzas gentes de las encomiendas, ni que estén fuera de su pueblo, y que por la relación que me hizo el Capitan, Francisco de Sueldo aver que en distinto modo se llevó la familia y "personas que se nombran y estando como está para pasar a Buenos Aires le "mando con pena de Documentos aplicados en forma ordinaria los recoja y traiga a su naturaleza y manifestados en este juzgado se entregarán al dho. Cacique y a si mismo entregará la india y su hijo que se le demanda vajo de la "misma pena inpuesta y se le notifique por mí ayudante general y lo firmé.—"Josef Ctas".—(Testimonio de Pedro Lindon—M. S. Archivo de Tucumán).

Sin embargo, transcurrido el tiempo, los indígenas van poco a poco aclimantándose en las ciudades, y raras veces se fugan de ellas, buscando libertad en las montañas. Los alcalianos, no obstante, jamás olvidaron su país, y una noche, de la ciudad de Salta fugóse casi toda la tribu; sin detenerse hasta llegar a su Calchaquí. Las autoridades militares de la Provincia siguen inmediatamente sus huellas y los arrancan nuevamente del valle; pero, temerosos de otra fuga, corren la misma suerte de los quilmes, pues una caravana de más de mil seiscientos alcalianos marcha a Buenos Aires, para no volver más al país.

Todo esto acontecía durante el gobierno de Mercado y Villacorta, que termina recién en Junio de 1670, habiendo sido el más memorable de todos los del Tucumán.

Una vez que el abatimiento se ha apoderado del indio de la ciudad, y que dobla la cerviz ante el amo; cuando ya no queda hombre, sino cosa, que obedece a los más singulares caprichos de su dueño; cuando ya ha adquirido hábitos de trabajo y comienza a producir para el amo pingües ganancias, éste se vuelve gradualmente menos cruel con el indio, y el trato continuo con el hijo de la tierra hácele comprender que no es un ser irracional, y que el cariño, aunque se le brinde por mendrugos, es capaz de transformar su naturaleza salvaje.

Las autoridades después, compadecidos de la triste suerte que ha cabido al hijo de la tierra, al que ya jamás puede temer, comienzan por dictar disposiciones tendentes a hacer más llevadera la vida del indio de las ciudades. D. Angel de Peredo, gobernador del Tucumán desde Junio de 1670, y sucesor de Mercado y Villacorta, compadecido de la suerte de los pobres indios de Calchaquí, comunicó todo lo que a ellos podía referirse, y S. M. dió oído a sus requerimientos, y más que liberal fué la reina de España, quien mandó por cédula de 20 de diciembre de 1674 que no se esclavizase ni obligase a los indios al servicio personal. El año anterior había expedido S. M. ya otra cédula, por la que castigaba los excesos de los encomenderos. Está demás decir que Peredo dió cumplimiento exacto a todas las reales disposiciones, no teniéndose noticias que hiciesen otra cosa los gobernantes que le sucedieron. D. José del Garro en 1675 y en 1681 el famoso D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, "caballero de muy notoria nobleza, que esmaltó con sus proezas en la guerra y ejemplos ilustres de virtud, y prudencia en el gobierno", al decir del historiador del Tucumán; repito, Mate de Luna, veló con solicitud por la suerte de los indios, haciendo efectivas todas las garantías concedidas a los mismos,

y prohibiendo a los dueños de encomiendas que viviesen en ellas, sino que poblasen en la ciudad. Todo esto y lo demás obrado en alivio de los indios fué plenamente aprobado por el rey, en cédula de Madrid de Abril de 1687.

Desde el primer momento se comprende que todo este cúmulo de circunstancias, cuyo punto de partida era la franquicia que a los indígenas se daba año a año y que la práctica hacía eficaces, poco a poco pondrían en contacto la raza blanca y la nativa de modo que la fusión ha comenzado en la Colonia. La base indígena, que iba a engendrar un nuevo elemento social, era más densa en el Tucumán que en las demás regiones del país, toda vez que los indios sometidos duplicaban los habitantes de las poblaciones urbanas, y la inmigración guerrera había cesado, pues que ya no había enemigo que combatir.

En la sangre de las familias del Tucumán comienza a correr torrenciosa la sangre indígena, y con su base química engendrase un tipo social nuevo, con caracteres a la vez castellanos e indígenas; y por eso en los hábitos, las costumbres, las prácticas religiosas y políticas, siéntese la influencia directa de la vida nativa, que hasta hoy mismo la civilización no ha podido extirpar. La fusión de las razas se acentúa día a día más y más. Es inútil buscar ya poblaciones puramente castellanas: el elemento mestizo casi domina en ellas. Poblaciones indígenas puras más bien se encuentran, y hasta el día puede verse en su pureza la raza nativa en los actuales departamentos de Pomán, Tinogasta y Santa María. Los hijos de los castellanos nacidos en el país y los mestizos, aunque esta denominación se dé sólo a los hijos de españoles, en América tienen menos repugnancia de ligarse y construir la familia; y todos aquellos elementos y los nuevos que engendran van a constituir el elemento que convencionalmente se denominó *criollo*, que más tarde ha de actuar en la gran lucha separatista de la colonia y la madre patria.

Escuchemos a propósito al General Mitre. (1)

“Empeñada la lucha de la independencia, las razas intervinieron en ella obedeciendo a sus afinidades. Los criollos tomaron la dirección política y la vanguardia en el combate entre las colonias insurreccionadas y la metrópoli. Los indígenas emancipados por la revolución de las servidumbres que sobre ellos pesaban, se decidieron por ella como auxiliares, aun cuando nunca fueron contados como fuerza militar a excepción de Méjico, donde este elemento figuró como primera línea. En el resto de la América, los mestizos constituyeron la carne de cañón y el nervio de sus ejércitos.

(1) *Historia de San Martín.*

El gaucho argentino, especie de árabe y cosaco modificado por el clima, y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro, dió su tipo a la caballería revolucionaria que debía llevar una gran carga a fondo desde el Plata hasta el Chimborazo. En el extremo opuesto, los llaneros de Venezuela, raza mestiza de indígenas españoles y negros, en que empezaba a producirse el carácter criollo, formaron los famosos escuadrones colombianos, acaudillados por héroes de su estirpe, que en sus campañas desde el Orinoco hasta el Potosí por sus proezas eclipsarían a los de Homero. Los rotos de Chile, en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos españoles, vencedores de los soldados de Napoleón en la guerra de la península... Los criollos formaban el núcleo de esos elementos de fuerza en el combate de las razas y de los principios”.

La Colonia representa la paz, el trabajo, la organización política y social, así como la fusión de las razas. Disueltos los ejércitos, sin enemigos que combatir, la idea de ciudad nace y se desarrolla. En los pueblos establécense, con facultades propias y muchas veces automáticas, el gobierno, el cabildo, justicia mayor, los alcaldes de primero, segundo voto y de la hermandad, procuradores aguaciles, alférez real. A los cabildos, elegidos anualmente, correspondía el gobierno municipal y la administración de la tierra pública. El gobernador del Tucumán nombraba tenientes gobernadores y justicias mayores, quienes ejercían los poderes políticos militares y administrativos. Los alcaldes eran los jueces civiles, y los aguaciles estaban frente de las policías. El alférez real guardaba el estandarte castellano y tenía voz y voto en el Cabildo. Los oficiales reales cobraban las rentas. (1)

La organización política recién se cimentaba del todo en el siglo siguiente; en el año de 1786 se crea el virreynato del Río de la Plata y el Tucumán pasa a formar parte de él.

LII

Terminada la gran epopeya; concluída definitivamente la obra de la conquista, acabo en breves renglones de explicar qué fué de la raza vencida, subyugada por los encomenderos vencedores en la vida pacífica y de lenta transformación

(1) Véase Solórzano, cit. Lib. V. Cap. I, No. 2. Y id. No. 3, Al Síndico Procurador de la Ciudad estaba encargada la reclamación de los intereses del municipio. El Alcalde de 1er. voto era el juez civil y comercial, y el de 2o. voto el del crimen. El Aguacil Mayor ejecutaba los impuestos municipales—El Regidor Juez de Policía velaba por el orden y la higiene.

y fusión de razas de la colonia. Preciso es saber, asimismo, qué fué del famoso Londres de Pomán, centro político y militar de los castellanos durante las últimas décadas de la epopeya, desde donde los ejércitos invasores actuaron sobre Calchaquí, después que el genio estratégico del general Luis de Cabrera, durante el gobierno de don Felipe de Albornoz, eligió el pueblo de Pomán para refundar a Londres, en 15 de Setiembre de 1633. Cuando esta importante fundación estratégica se hizo, recordaremos que ardía el incendio del gran alzamiento, y que apoyándose en ella, el Gral. Cabrera sometió a las tribus del valle andalgalense, y Chelcmán, su famoso cacique, fué ejecutado para escarmiento de los alzados, en la nueva fundación, bautizándola con sangre nativa. Recordaremos que en Londres se hospedó amigablemente a Pedro Bohorquez en Julio de 1657, y que este pueblo, apoyado en el reciente fuerte del Pantano, fué una de las principales bases de las operaciones bélicas contra el Aparecido. Cuando la despoblación de Calchaquí cupo a Londres un buen número de familias indígenas en el reparto de los once mil naturales que se efectuó durante el segundo gobierno de don Alonso de Mercado y Villacorta.

Concluída definitivamente la guerra de Calchaquí, Londres, que debió únicamente su fundación a necesidades imperiosas de estrategia militar, perdió toda su antigua importancia. Como no ocupaba una posición geográfica aparente para capital política del país, y ni tenía vitalidad propia para su futuro desarrollo, Londres debía irse aniquilando paulatinamente, hasta convertirse en pueblo de tercera o cuarta orden. A más de ésto, aquella población, a causa de los accidentes naturales del suelo, "era estéril y de mal terreno".

Todas estas razones, sin duda, influían en el ánimo de D. Angel de Peredo, gobernador que fué del Tucumán desde Junio de 1670, quien propuso a S. M. la traslación de la ciudad de Londres al valle de Catamarca. A consecuencia de esto, el rey de España despachó más tarde un real oficio, pidiendo que se informase sobre la proposición de trasladar a Londres a este valle; y el gobernador del Tucumán, D. José del Garro, quien sucede a Peredo en 1675, en 10 de junio de 1678 satisface al real oficio manifestando, "que en él (el valle de Catamarca) se podía fundar una ciudad populosa por la capacidad que tiene de tierras de pan fertilísimas, y que producen toda semilla, y el Río que la Riega y Vaña, y saludables Aires, y temperamento."

En consecuencia de estos antecedentes S. M. el rey Carlos II, en 16 de Agosto de 1679, entre el interinato en el

gobierno del Tucumán de D. Juan Diez de Andino y D. Antonio de Vera y Mujica, despachó otra real cédula desde Madrid, en la que decía al gobernador del Tucumán: "he resuelto ordenaros y mandaros que juntándoos con el Obispo de esa provincia ejecuteis la *mudanza de la ciudad de Londres al valle de Catamarca*, en conformidad de los informes que se han hecho, y con las prevenciones que hace en el seno el provincial de la Compañía de Jesús de esas provincias, que lo mismo encargo por otro despacho de la fecha de este al dho. Obispo".

D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, recibido del gobierno de Tucumán dos años después de expedida la real cédula, en Marzo de 1681, fué quien debiera cumplimentar la orden de S. M.

D. Fernando de Mendoza Mata de Luna, recibido del gobierno de Tucumán dos años después de expedida la real cédula, en Marzo de 1681, quien debiera cumplimentar la orden de S. M.

En consecuencia, el gobernador Mate de Luna, desde la ciudad de Santiago del Estero, en 28 de Enero de 1683, diríjese al Obispo de Córdoba, Dr. Fray Nicolás de Ulloa, a fin de que se traslade al valle de Catamarca a verificar juntamente la traslación de la ciudad, y al mes siguiente S. Illma., contestó disponiéndose a cumplimentar la real cédula.

Antes de pasar adelante, es curioso tener en cuenta un detalle que contribuyó en mucho a desidir de la suerte de Londres. El algarrobo, el árbol consagrado de nuestros indígenas, que hacía entre ellos el oficio que el dátíl en Arabia, tuvo en gran parte la traslación del referido pueblo al valle de Catamarca. Es el caso que Londres estaba rodeado de tupidos y frondosos algarrobales, y que los indios, desde que oían al silbo melancólico de los *coyuyos*, que anunciaban la madurez de las vainas de algarroba, se embriagaban con la alhoja, el licor fermentado que da el árbol del sueño sin que hubiera poder humano ni divino que les pudiera contener, haciendo teatro al pacífico pueblo de Londres de bacanales infernales, que duraban meses y más meses.

Grave, gravísima debió haber sido la cosa, cuando hasta S. M. D. Carlos, en su real cédula de 1679, habla de las borracheras de los indios londonenses, manifestando entre los motivos fundados de la traslación "los inconvenientes que resultan de asistir en ella y particularmente el de continuar los indios la idolatría antigua y *otros vicios de embriagues que ejercitaban con brevaes fuertes que hacían de la algarroba* que había en abundancia en aquella jurisdicción, y huían de los españoles, y ministros espirituales que les en-

señaban la doctrina, y administraban los Santos Sacramentos...”

El obispo de Tucumán, asimismo, en su carta al gobernador D. Fernando, a que antes me referí, hace reflexiones semejantes a las de S. M., y se adhiere a la idea de la traslación de Londres, pues que trayendo aquellas almas “a Mejor Sitio dejarían sus Ritos antiguos, *embriagueses*, o idolatrías”.

En 1683 se decidió la traslación definitiva de Londres, ordenándose que el real estandarte que se hallaba en San Juan Bautista de la Rivera de Londres, fuese traído al valle. El estandarte fué conducido a la chacra del Sargento Mayor Sebastián de Nieva, siendo recibido al son de cajas de guerra.

En 16 de Junio del mismo año, Mate de Luna reúne en el valle de Catamarca a todos los vecinos de Londres y de la Colonia, en su casa, a fin de tratar “de asuntos en pro de esta República”, para decidir sobre el sitio más a propósito para la nueva fundación. La cuestión versó sobre si ésta debía o no hacerse en los Mistoles, así como donde debieran poblarse los indios de Londres, las dos o tres reducciones, para lo cual se indicó los pueblos de Choya, Collagasta, o Colpes. Posteriormente se procede al nombramiento de las autoridades, de la futura ciudad: el Alférez real y Regidor, los Alcaldes de primero, segundo, y de la Hermandad, Regidores, Alguacil Mayor, etc., quienes prestaren juramento, recibiendo las altas varas de la real justicia, que el gobernador les entregó. El Alférez real y Regidor recibió el estandarte, puesto de rodillas, con sus manos dentro de las de S. S., para lo cual dijo: “que juraba a Dios y a una Cruz y hace pleito homenaje a la ley de caballero y según los fueros de Castilla de guardar al dho. Rl. Estandarte y enarbolarlo todas las veces que toque hacerlo en defensa de S. M.” Luego se procede al nombramiento de Procurador general de la ciudad, Juez de Menores, Mayordomo de la ciudad y medidor de tierras.

La fundación de la ciudad de Catamarca efectúase recién el 5 de Julio de 1683.

En este día el gobernador Mate de Luna, quien habíase definitivamente reservado la elección de sitio para la nueva población, cruzando el río del valle llegó al lugar en que esta misma se encuentra hasta hoy, como capital de la provincia. Una vez en el sitio elegido, S. S. “señaló en nombre de su majestad el dicho sitio para la dicha Población y traslación de la ciudad de Londres”. Hecho esto, procedió a tomar posesión del local, y en presencia de los habitantes de la Colonia del valle y muchos de los futuros habitantes de la nueva ciudad, con asistencia del Cabildo, Justicia, regimientos,

visitador de la orden franciscana y otras autoridades civiles y eclesiásticas, se plantó el árbol de la justicia, dándose estruendosos vivas al rey, denominándose la nueva fundación *San Fernando de Catamarca*, anteponiéndose al nombre del valle el del ilustre gobernador, D. Fernando de Mendoza Mate de Luna. Hecho todo esto adjudicóse a la ciudad fundada los terrenos que debieran pertenecerle, y ordenó que los indios de Londres acudiesen al trabajo de las obras decretadas por S. M., la Matriz y el Convento de San Francisco; pero estos trabajos no se comenzaron sino en 1689. Ordenóse, asimismo, la construcción de edificios para los capitulares, jueces, archivo y cárcel.

Conviene una vez por todas, y es la oportunidad de decirlo, extirpar el lamentable error que la tradición ha inventado, especialmente la tradición religiosa, de que antes de la fundación de Mate de Luna hubo otra ciudad en la banda opuesta del río, en Valle Viejo, respecto a la cual parecen hacer referencias las actas de fundación. Pero la pequeña ciudad a que estos se refieren no es otra que la Colonia del Valle Viejo, y nada más. Hubo también un presidio; pero nunca una ciudad destruida por indios, ni menos por las inundaciones del río. En este lamentable error han incurrido los más ilustres catamarqueños, entre otros el P. Esquiú, en una correspondencia a la "Revista de Buenos Aires", que tengo a la vista.

Curioso fué el escudo de armas de la nueva ciudad de San Fernando de Catamarca, el que debiera usarse en todos los pliegos emanados de las autoridades. Dos letras, una S y F unidas; a la izquierda de estas letras una *espada*, y una *media luna* a la derecha indican simbólicamente el nombre de la ciudad, San Fernando, representando el de su fundador la espada y la luna, *Mate de Luna*. La corona real de España remata la parte superior del escudo y en la inferior vense dos altos cerros, que dejan un valle en medio, y un otro que corre a la izquierda. En los primeros de estos valles vese una planta de algodón y en el otro una viña, cubierta de hojas, con un racimo de uvas. Ambos valles, con sus plantas respectivas, representan los valles del oeste y de Catamarca, siendo el primero el de la viña y el segundo el del algodón, que efectivamente eran sus preciadas producciones. Hoy ya no se ve algodón en el valle de Catamarca, y ha muerto hace tiempo la más productiva de sus industrias, que constituyó la fortuna de sus antepasados, y cuya representación en el escudo de San Fernando de Catamarca es un reproche perpetuo a nuestra decadencia, u obstinación en sustituir a los viejos algodoneros los modernos higuerales, que apenas dan exígua producción.

Pero día ha de llegar, cuando se fomente la agricultura, en que han de llenarse otra vez de algodoneros las fértiles labranzas de este valle.

Hecha esta ligera y necesaria digresión, diré, para terminar, que recién en 1687 la nueva ciudad comenzó a poblarse, y que Londres, dejando de ser la capital política del país, con la emigración consiguiente que le quitara sus habitantes, perdió toda su importancia. En 1688 la ciudad y su jurisdicción contaba con cuatrocientos habitantes.

Lo que antes fué el Londres de la conquista, es hoy el pintoresco pueblito de Pomán, en el departamento del mismo nombre, entregado a una vida vegetativa.

LIII

Es por demás, sabido que las fundaciones del Tucumán obedecían, en su ubicación geográfica, a necesidades estratégicas del momento, ya sirviendo ellas de jalones para seguir el camino del Perú al Río de la Plata, o ya de baluarte contra el enemigo calchaquí, persistente, tenaz y valeroso.

Es por eso que las fundaciones del Tucumán no tenían carácter definitivo, y sus ciudades son portátiles, como las tiendas de los guerreros.

La fundación de San Miguel de Tucumán, en 29 de septiembre de 1565, en el lugar hoy denominado el Pueblo Viejo, al Sudoeste de Monteros y contiguo a este lugar, tampoco fué definitiva; y aunque no se haya podido dar con el acta de fundación de la Ciudad, tenemos sobrados antecedentes para aseverarlo, entre otros, la cédula real de 26 de Diciembre de 1680, en la que S. M. al decidir su traslación dice, alegando en pró de este acto, “cuya fundación fué *con el cargo de mudarla en cualquier tiempo conveniente a sus avitadores*”.

Respecto a la necesidad militar de la fundación de San Miguel, como refundación de las ciudades de Barco y Cañete, que no pudieron, por los desastres de la guerra, restaurarse en los valles andalgalenses, en el corazón de Calchaquí, aludiendo a lo obrado por Aguirre, el Padre Lozano (1) dice: “Resolvió para ir asegurando el país, hacer nueva población que sirviese de frontera por la parte de Calchaquí, contra el orgullo de aquella nación ferocísima, no queriendo por entonces fundarla dentro de aquel valle, como estuvieron las ciudades destruidas, porque todavía eran cortas las fuerzas españolas para tanta empresa, y era más acertado plantarla

(1) *Hist. del Río de la Plata*, tom. IV. Cap. IX, pág. 227.

a espaldas de él, en los llanos, donde deteniendo sus avenidas, pudiese fácilmente ser socorridos si llegase la necesidad como llegó más de una vez, y tomando cuerpo la población, tenía ánimo de adelantar por allí la conquista, con otras nuevas colonias que acabasen de avasallar aquella gente indómita, bien que no pudo cumplirse sus deseos, por los sucesos que después le acacieron”.

Para darnos cuenta exacta de esta interesante cita de Lozano, necesitamos volver ligeramente unos años atrás en el propósito de encontrar la cuna de “esta noble fundación”.

En el año de 1550, Núñez de Prado entra por Chicomana al Tucumán, hasta llegar a la margen del río Escaba, en la jurisdicción de esta Provincia, “y en un sitio distante cuatro leguas de donde años después se fundó la ciudad de San Miguel de Tucumán, delineó la planta de la primera ciudad que quiso llamar del Barco... (1).

Prado quería aproximarse a la región del oro, y por eso se decidió a plantear un pueblo en Calchaquí; pero como con tal disposición contrariaba la real voluntad, que quería tener en estas provincias un punto de apoyo para el descubrimiento del Río de la Plata, la Audiencia decidió que se volviese a los llanos, y de aquí originó la fundación contigua a la hoy ciudad de Santiago del Estero.

Luego viene la intromisión de los de Chile en el Tucumán, en tiempo de D. Pedro de Valdivia, y mientras Prado andaba reconociendo la opulencia del Famatina, Francisco de Aguirre, en 1553, entró a la ciudad del Barco y apresando después a Prado, lo envió con segura custodia a Chile, quedando Aguirre de dueño de la Provincia, o nuevo Maestrazgo.

Aguirre, so pretexto de que los indios lo inquietaban, como dice Lozano (2), hizo trasladar la ciudad del Barco al valle de Quiqui (no Guiqui), en el territorio del cacique Gualan; y molestado nuevamente por los indios, buscó un sitio a orillas del Dulce y efectuó la quinta y última fundación, con el nombre de Santiago del Estero.

Hasta aquí no tenemos nada de fundación de *San Miguel* de Tucumán, ni de un supuesto río (que jamás existió) de Tucumán, cuando el Padre Techo (3) nos sale con esta cita que podría dar en tierra con toda la verdad, o enredar por lo menos la madeja de la historia de la conquista del Tucumán: “En el año 1549, dice, después de la derrota de Pizarro, con facultad de Pedro de La Gasca a nombre del Rey,

(1) Lozano cit., Tom. IV, pág. 144.

(2) Lozano cit., Tom. IV, págs. 336 y 337.

(3) Techo, Lib. I, Cap. 20—Lafone Quevedo, conferencia *Tucumán*, en Octubre del corriente año.

Juan Núñez de Prado, aconsejado por unos siete de los asesinos o camaradas de Srancisco de Mendoza, que se le habían reunido, se acompañó de un buen lote de gente de *Tucumán*; y en las márgenes del río de *Escava* fundó la *Ciudad de San Miguel* (!) a *Castro dictam*, ciudad que muda da primero al *Valle de Calchaquí*, y después a otra parte, al poco tiempo fué destruída...”

Este dato de un *San Miguel* anterior a 1565, no es otra cosa que un error lamentable del Padre Techo. Ello resulta evidenciado por las probanzas y demás documentos de lo obrado por Prado y Aguirre, publicados por un distinguido historiador chileno (1), siendo aquellos documentos fechados ciento y tantos años antes que escribiera el Padre Lozano, que se ve que al confeccionar los documentos y citas para su obra, tuvo por delante a Techo, no hace caso del error de éste, como si hubiera pensado que ni merecía siquiera los honores de una refutación. Es como dice muy oportunamente Lafone Quevedo (3): “Prado en 1551 tenía que saber cómo había llamado a la ciudad que fundó en 1550, y en el instrumento citado está *Barco y no San Miguel*”.

Conste, pues, que Techo ha tomado a Barco de Escaba por la ciudad de Tucumán en el Pueblo Viejo, en el sentido de la confusión de sus nombres, aunque no de su ubicación geográfica.

Es en la segunda entrada de Aguirre al Tucumán cuando se echan los cimientos de la ciudad de San Miguel.

Veamos cómo:

Llega el año de 1558, el de la entrada del magnánimo Juan Pérez de Zurita y funda la ciudad de *Cañete* en el valle de Hualán (Huasan) y la de Córdoba en el de Calchaquí a cuarenta leguas al norte de Londres, entre Angastaco y Tolombón. Techo agrega, volviendo a su error, y dejando a Cañete en el tintero, que Juan Gómez de Zurita “restauró la Ciudad de *San Miguel*”, lo que hace vislumbrar que había confusión de Cañete con San Miguel.

En 1531 entra Castañeda, enviado por Villagrán, Adelantado de Chile en ese entonces. Como aquel despojó a Zurita, la indiada, que amaba al fundador de pueblos, se alza en guerra, y con los desastres que produjo la misma sobrevino el abandono obligado de las ciudades de Londres y Cañete, quedando los calchaquíes dueños de los reconquistados valles.

Termina en 1563 el desastroso mando del peor de los gobernadores del Tucumán, y le sucede Francisco de Aguirre,

(1) Toribio Medina. *Juan Núñez de Prado y Francisco Villagrán* (1896).

(2) Conferencia Tucumán, cit.

quien entró en 1564, conteniendo los avances del enemigo Calchaquí.

Uno de los primeros actos, obedeciendo a sus planes militares, fué fundar a San Miguel de Tucumán, como frontera a Calchaquí, encomendando "esta noble fundación" a su sobrino Diego de Villarroel, quien obró como delegado suyo.

Digamos, entre paréntesis, que Aguirre era un hombre díscolo, envidioso y despótico, el revés de Núñez de Prado, a quién calumnia en las informaciones levantadas contra éste, siendo inexacto lo que dice el Procurador de Barco de que Aguirre era "Caballero bien cristiano, celoso del servicio de Dios, aumentador de la fee é muy leal vasallo e servidor de la Corona Real de Castilla", y menos "que Dios Nuestro Señor y los ángeles le trajeron a esta tierra para su santísimo servicio y aumentamiento de la Santa Fe Católica y bien de todos" (1) pues que, como puede verse en la abjudicación de Aguirre, citada por Zinny, una de las cosas que se permitió decir en esos buenos tiempos este caudillo de la conquista, era aquello que "no había otro papa ni obispo sinó él" (2)

La ciudad de San Miguel de Tucumán en el Pueblo Viejo, después de todo lo dicho, resulta que era la refundación de las abandonadas ciudades de Barco y Cañete, que no pudieron restaurarse en el valle de Guasán, de modo que la región andalgalense es la cuna de la Ciudad de San Miguel.

La nueva fundación, por espacio de ciento veinte años, vivió vegetando en el lugar denominado el Pueblo Viejo, no obstante que al hacerse el padrón de los indios pacíficos que se hallaban en el distrito adjudicado a la nueva ciudad, se contaron hasta el número de diez mil, según nos refiere Lozano. (3)

Con la traslación de San Miguel al sitio de la Toma, la ciudad de Aguirre florecerá y a don Fernando de Mendoza Mate de Luna cabrá la gloria de haber refundado al hoy pueblo el más industrial del interior de la República.

LIV

En el año de 1679 se inició oficialmente la idea de la traslación de la ciudad de San Miguel a su sitio actual de la Thoma, no obstante lo que se decía de lo privilegiado del suelo elegido para la fundación primitiva de una ciudad destinada a un hermoso porvenir.

(1) "Probanzas" de Lorenzo Maldonado, cit. por Toribio Medina, Lafone Quevedo conferencia Tucumán.

(2) Lafone, id. id.—Zinny. *Historia de los Gobernadores*, tom. II, pág. 50.

(3) Op. cit. Tom. IV pág. 229.

He aquí como se expresa el padre Lozano, describiendo la región en que se fundó el viejo pueblo de San Miguel: "El terreno fuera de lo dicho, era abundante de trigo, cebada y maíz, de bellos pastos para engordar ganado mayores, la casa copiosa, las maderas robustas y corpulentas; producía también mucho algodón y lino de que tegía escogido lienzo; teníase noticias de minerales de oro, y, sobre todo, el topie era el mejor de toda la gobernación." (1)

Los que protestan en 1684 de la traslación de la ciudad, hácenle también cumplido elogio, cuando queriendo probar sus excelencias, dicen: "Es bueno y a propósito y mejor que otro ninguno este sitio en que oi día se halla esta ciudad; porque se compone de tales cualidades que no se experimenta destemple alguno ante sí, apasibilidad tan grande principalmente en tiempo de invierno que dijo el Sr. Don Alonso de Mercado y Villacorta antecesor de V. S.^a que sólo por tener el invierno de esta ciudad se podía venir de partes muy remotas a ella. En la sierra en sí tan fecunda que sin regadío de haciendas se siembra y se cojen sementeras grandiosas por llover tan atiempo, que no solo ai para el abasto de esta República, sino también para la de Santiago del Estero, Valle de Catamarca y Nueva Rioja. En ninguna parte de Provincia ai tan bello país de tanta variedad de árboles y maderas para arquitecturas y otras obras ingeniosas, y tantos árboles frutales de castilla y de la Tierra que con sus flores en la primavera rodean y hermocean esta ciudad, y en el verano la sustentan y regalan con sus frutos". (2)

Esto no obstante, para Lozano tiene su pero, — la calidad de las aguas que producen el *vocio* o *coto*;—o como él dice después de ponderar el sitio en que estaba ubicada... "aunque con el contrapeso de tener las *aguas* del país *tal calidad*, que erían ciertos tumores en la garganta siendo llamados por acá *cotos*, los cuales además de causar bastante fealdad y pe adumbre, sofocan o dificultan la respiración". (3)

No deja de ser singular que el *coto* sea uno de los motivos fundamentales para la traslación de San Miguel, como lo fué de Londres en el valle de Catamarca por la abundancia de algarroba; con la que los indios "hacían su brevaxes".

Su majestad el Rey, sin duda que tuvo muy en cuenta este motivo, cuando en la cédula ordenando la traslación repite lo de Lozano respecto a la mala calidad de las aguas que se bebían: "Hegaba a ser, dice S. M., el *agua tan dañosa* como el temperamento tan nocivo..." (4)

(1) Lozano, Cong. del Río de la Plata, etc. Tom. IV, Cap IX, pág. 228.

(2) *Protesta sobre traslación al parage de la Thoma*, etc. (15 de Marzo de 1684. Archivo de Tucumán).

(3) Lozano, op. y lug. cita.

(4) *Cédula Real* de 26 de Dbre. de 1680.—Archivo de Tuc.

Repito que en el año de 1679 se inició formal y oficialmente la idea de la traslación de la ciudad, lo que resulta de la Cédula Real, en la que se dice que el Gobernador de la Provincia de Tucumán insinuó dicha traslación en carta de Junio de aquel año (1). En esta fecha quien gobernaba el Tucumán era Don Juan de Diez Andino, por nombramiento del Conde de Castelar, virrey de estos reinos, pues Don José del Garro, terminó su gobierno en 1678 y don Fernando de Mendoza Mate de Luna entró a gobernar en Marzo de 1681.

La carta del gobernador del Tucumán decía a S. M. que la ciudad de San Miguel estaba con resolución de trasladarse a un paraje llamado la Toma, como a doce leguas al Norte de dicha ciudad, donde se comenzó a edificar, con motivo "del manifiesto peligro que les amenazaba en ella de ser arruinados del río que pasa por la ciudad y aviéndose explavado tanto que no alcanza la vista sus márgenes...", habiendo derrumbado ya en 1678 la iglesia de San Simón y Judas, los patronos de San Miguel, y llevándose una calle real con algunas casas. El gobernador añadía que el agua era tan dañosa, como el temperamento, "que todos vivían enfermos y con la color tan quebrantada que parecía difuntos causas que les obligava a vivir en el campo lo más del año para reconocer fuera de aquel temple la mejoría..." (2)

Estas razones y otras más convencieron a S. M. entre ellos "de que se atajarían los extravíos que pasavan sin ser sentidos así al Perú como al puerto de Buenos Aires por ser la situación en parage tan cómodo que se juntan todos los caminos en él" — por lo cual, previa consulta al Consejo de Indias y petición Fiscal, el rey, por cédula de Madrid (26 de diciembre de 1680) dice a su gobernador del Tucumán: "he resuelto (como lo hago) la mudanza de la dha. ciudad de San Miguel del Tucumán al parage llamado de la Toma doce leguas de ella como referis para que vos la hagais executar en la forma que tubieredes por más conveniente".

A los vecinos de San Miguel, unos años después de la real provisión, pesó lo solicitado relativo a la traslación de la ciudad, y en 15 de Marzo de 1684, bajo el título de "Protesta sobre la traslación de la ciudad al parage de la Thoma" el Cabildo, Justicia y Regimiento con asistencia de su merced, D. Miguel de Salas y Baldés, lugar teniente y capitán de guerra, así como el cura y vicario y prelados de todos los conventos pidieron al gobernador D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, a la sazón en la ciudad de Salta, que no efectuase la referida traslación por las razones que en el documento se apuntan, añadiendo que si bien mediaba disposición real,

(1) Cédula cit.

(2) Cédula cit.

el despacho de la traslación no era imperativo, sino que por sí se accedía a lo solicitado por los vecinos de la ciudad. "Instarán algunos, dice este documento, y dirán que no puede dejar de mudarse esta ciudad al dho. sitio de la Thoma, pues su magd. ha despachado cédula fomentando y mandando la ejecución de dha. mudanza al tal sitio. A que se responde que la tal cédula de su Magd. que Dios guarde no es mandato sino concesión y permiso que da S. M. mirando la mayor conveniencia de sus vasallos, según el informe y súplica que se le hizo, y siendo concesión y permiso pueden valerse o no valerse de él sus vasallos". (1)

Este documento es importantísimo y revela talento quien redactó.

Me limitaré a hacer un extracto de las principales razones alegadas por el Cabildo de San Miguel en oposición a la traslación de la ciudad.

En primer lugar, sosteníase que el paraje de la Toma no era apropiado, por su destemplanza, sus vientos y tormentas. La falta de agua era la segunda razón. Luego se alegaba que se acercaba la ciudad al enemigo mocoví, que podía invadirla; que se dejaban a trasmano las tierras cultivadas y las estancias; que la multiplicidad de ríos al sud, imposibilitaría muchas veces el tránsito por el camino de los Lules siendo estos ríos: "el de Tejar, Mandolo, de las Piedras, el de Manchala, el de Juan Núñez de Avila, el Colorado y el de Lules"; que la única ventaja de la traslación sería el aumento ponderado del comercio, pero que al tráfico lo harían los de afuera; que el pueblo está beneficiado por ríos caudalosos al Sud, siendo éstos: "el río Seco, el de Guicambo, Eldeta, Macopa, Marapa, San Ignacio y Huacra"; que encontrándose más cerca del valle de Catamarca, mantendrá mejor su comercio, pues necesita de sus géneros, "que son el algodón y sus efectos de pañito y Lienzo"; que si la ciudad no había adelantado, la causa era la guerra de Bohorquez y la contribución de hombres y demás para otras guerras; que si se dice que el sitio no es a propósito por la indicaciones del río se arguye que más fácil es cambiar el curso de éste que mudar una ciudad, siguiendo el ejemplo de Córdoba, que si muchos vecinos de esta ciudad "firmaron que convenía la dha mudanza de esta ciudad, esos mismos viendo el desengaño y el peligro en todo o en la mayor parte quitado y la imposibilidad grande que ai para dha. mudanza con mejor consejo han retrocedido de su parecer"; que no hay medios para mudar una iglesia Matriz, ni un convento de San Francisco o

(1) *Protesta de 1684.*

una compañía de Jesús, lo mismo que no hay elementos ni recursos para la construcción de las demás obras públicas, etc., "por lo cual (dicen los protestantes) juzgamos Sr. Gdor y los le este Ayuntº., como es nuestra obligación por la conservación de esta República que está a nuestro cargo, y por descargo de nuestras conciencias que debe S. Sº. determinar y mandar que se repare esta ciudad y se adelante mandando con penas graves que los vecinos que falten de ellas edifiquen sus casas en este sitio donde está la ciudad, desvaneciendo y desarraigando de algunos ánimos pertinases toda aprehensión de mudanza de ciudad.

Pasados unos años y dos meses de la protesta, viene la contra protesta de quienes querían el traslado de la ciudad, los que ofician pidiendo a Mate de Luna el cumplimiento de la real cédula de traslación. Este documento lleva fecha 27 de Julio de 1685. Quienes constituyeron el Cabildo, Justicia y Regimiento que lo inspiró, fueron: el capitán Don Luis Toledo Pimentel, alcalde de primer voto; el capitán Don Antonio de Toro, alcalde ordinario de segundo voto; el sargento mayor Don Felipe García de Valdés, alférez real propietario, y el capitán don Juan de la Lastra, alcalde de la Santa Hermandad y provincial de la ciudad, por no haber más capitulares y no hallarse el Justicia Mayor.

La petición tenía por fundamento principal lo que acontecía en ese momento: que con motivo de la indecisión si la ciudad se mudaría o no, nadie trabajaba casas en ella, sino en sus estancias, y las que allí se venían al suelo no eran reconstruidas, de modo que San Miguel iba muriendo de un día para otro.

Al mes siguiente, en 18 de Agosto el gobernador Mate de Luna dicta su auto de traslación, fechado en Salta. El gobernador para ello invocaba la cédula de S. M., lo que beneficioso que la traslación es, pues la ciudad del Pueblo Viejo se inundaba y su clima era nocivo; y en vista del informe del Dr. Pedro Martínez de Lezana, y atento lo expuesto por el Cabildo, Justicia y Regimiento, y el resultado de la inspección ocular al sitio de la Toma, ordena que se traiga a este sitio el Estandarte Real "para que se enarbole *el día del Patrono*, y se ponga y haga poner el árbol de Justicia en la plaza pública del dho. sitio señalado teniéndola por ciudad, y que como tal se haga y tenga". En el auto se fijan las graves penas en que incurrirán quienes no sigan al real estandarte, estando el auto refrendado por el Escribano de S. M., don Tomás de Salas.

El Procurador General de la ciudad de San Miguel notifica el auto al lugarteniente de Gobernador y Justicia Mayor

don Miguel de Salas y Valdés (el que antes firmó la protesta), quien a su vez dicta una providencia en la cual se dice que, habiendo el gobernador de Tucumán ordenado la traslación de la ciudad al lugar de la Toma, “y mandando se traslade y lleve el Estandarte Real desta Ciudad a la dha traslación y se enarbole el día del patrón Arcángel San Miguel y se lleve juntamente el árbol de justicia y se ponga en la plaza... y habiendo visto todo atento a ser mero ejecutor, (dice) que se guarde y cumpla en todo y por todo lo que su Magestad que Dios guarde manda...” En consecuencia, ordena que el día 24, cinco días antes del día del Patrón, se lleve el estandarte al nuevo sitio, y para que nadie ignorase, se publica en el mismo día el auto “a son de caja de guerra y por voz de pregonero” (que lo fué Diego, negro esclavo suyo), estableciéndose las penas en que incurrirían los desobedientes al mandato gubernativo.

Al día siguiente, 17 de Setiembre, el Cabildo, Justicia y Regimiento, reunidos en casa de don Miguel de Salas y Valdez, y manifestando el objeto de la reunión, el Alférez Real declaró que obedecía con veneración y rendimiento la real orden y despacho del gobernador, y que estaba dispuesto a ser portador del Estandarte Real. Los demás de la reunión hicieron manifestaciones de acatamiento, agregando que al mismo tiempo se condujeran a la Toma la Caja del Archivo y el árbol de Justicia, fijándose el día 24 para la partida. En el mismo día 17, Francisco de Olea, Escribano de S. M., notifica a don Pedro Martínez y Lezana, cura rector y vicario, leyéndole previamente los obrados.

En 24 de Setiembre, a las ocho de la mañana, más o menos, se arrancó de la plaza el árbol de la Justicia, “y se metió en una carreta, y, asimismo, la caja del archivo de los papeles de esta ciudad y su cabildo cerrando con tres llaves, que una la tengo yo (Valdéz) el dho. justicia mayor la segunda el dho. alcalde Hordinario de primer voto, y la tercera el dho. alférez Real y serrada como estaba con las dichas tres llaves y liada con un laso de cuero fresco se sacó de la casa del Ayuntamiento y cargó en dha. carreta con más el Zepo que son las prisiones que tiene la cárcel donde se hacían los cavildos y todo junto en dha. carreta se embiaron y llevaron al parage llamado la Toma señalado para la traslación de esta ciudad...”

El día 25, a eso de once a doce, después de pasar el Estandarte por la plaza de la ciudad con asistencia de Valdéz y los capitanes don Luis de Toledo y Velasco y Antonio de Toro, fué conducido solemnemente, seguido de los vecinos, al lugar de la Toma.

El 27 de Setiembre, como a dos leguas antes de llegar a la Toma, don Juan de la Lastra salió de este punto a encontrarles, acompañado de vecinos, quienes saludaron al Estandarte Real. Llegada al término del viaje, la comitiva entró a la capilla a hacer oración, bajándose el archivo y cepo en casa de don Bernabé Aragón, Bájase el árbol de la Justicia, y se toma posesión del terreno *jure domini vel quasi*, reservándose para después echar los cordeles de las calles, trabajo de las casas, iglesia, convento y señalamiento de rondas, ejidos y estancias, resolviéndose que al día siguiente, 28, se enarbolase el Estandarte Real, y el 29, día del Arcángel San Miguel, se sacase públicamente aquél, llevándolo a la iglesia, donde se oficiaría como es de estilo en el día oficial de la fundación definitiva.

Respecto a la fecha de la segunda fundación, debe recordarse que hasta el año pasado ha perdurado un error: creer que ésta era el día cuatro de Octubre, como lo escribían todos los que de estos asuntos hánse ocupado, desde Posse hasta Groussac y Correa, el que también consigna la fecha errada en su mapa de Tucumán. Es de advertir que ya desde el 28 los documentos hablan de la *nueva* ciudad.

Los documentos que facilité para dilucidar una cuestión suscitada al respecto, resolvieron el asunto, quedando desde entonces establecida la verdad: que el 29 de Setiembre, o el día del Patrón San Miguel Arcángel, es el de la histórica fundación.

En resumen: el San Miguel del Pueblo Viejo y el San Miguel de la Toma, o sitio actual de Tucumán, han sido fundados el día del Arcángel San Miguel, hasta hoy patrón de la muy noble y muy leal capital de la provincia.

Y es de advertir, finalmente, que las dos fundaciones fueron efectuadas por delegados, Villarroel, Salas y Valdéz, pues ni Aguirre, ni Mate de Luna encontráronse presentes en los actos respectivos.

INDICE

Pág.

PRÓLOGO.	7
INTRODUCCIÓN. — I. — El mundo pre-colombiano y el suelo argentino. El Continente Austral sumergido. — II. El autóctono americano. Fósiles de Patagonia, Ceará y Lagoa Santa. La teología y el Génesis. — III. De Continente a Continente. Inmigración de razas. — IV. Asiáticos y pelagos en América. Comparaciones filológicas. Mitos, tradiciones, lenguas, arqueología. El cristianismo precolombiano.	11
LIBRO PRIMERO. — V. — Importancia de la historia y geografía catamarcanas. Valles calchaquinos. Reseña de las fundaciones. El verdadero Tucumán. — VI. Orígenes calchaquinos. La raza de la montaña. — VII. Rastros araucánicos. Comparaciones filológicas. Posibilidad de una irrupción araucánica. — VIII. Las lenguas extintas. Kakan y araucano. — IX. Lule y Tonocote. El Lule de Machoni, no es el Lule de Tucumán. Opiniones de Lafone Quevedo. La verdad lingüística. — X. Lengua keshua. Su estructura artística. Formas gramaticales. — Las <i>naciones</i> tucumanas. Calchaquies. Diaguitas y Juries. — XII. Nombres de lugares. Su importancia. Inconveniencia de los cambios de nombres. — XIII. La historia de las razas. Una opinión de Sarmiento. — XIV. La montaña y el genio de la raza. El Ambato y Anconquija. . .	43
LIBRO SEGUNDO. — XV. — Tradición de la raza. Ruinas y leyendas. La epopeya Calchaquí. — XVI. El Tucumán. Tucumán de la conquista. Límites geográficos. Tucma, Tucumano y Tucumán. — XVII. Calchaquí. Extensión de los valles Calchaquinos. Sus acepciones geográficas. — XVIII. La invasión incásica. Embajada a Huiracocha. El Inca Yupanqui. — XIX. La civilización quichua. Sus caracteres. Los quichuas en Calchaquí. — XX. Andalgalá. Cultura Andalgalense. Andalgalá y la política incásica. — XXI. La vida Calchaquí. La raza de las montañas y su genio guerrero. Cultura nativa. — XXII. El Cóndor. La deidad alada. El cóndor y la leyenda andina.	87
LIBRO TERCERO. — XXIII. — Aventureros y héroes. España conquistadora. Los aventureros catsellanos en el Tucumán. — XXIV. Los soldados de la Cruz. La Cruz y la espada. El Evangelio y las tribus. Misiones religiosas. La piedad y el exterminio. — XXV. El heroísmo de la raza. La epopeya calchaquí. El sacrificio, la impotencia y el suicidio. Los ancianos, mujeres y niños. — XXVI. Los Césares. Las tierras del Rey Blanco. Los cuatro aventureros. Los Césares atraviesan el Tucumán. — XXVII. Almagro y Paullu Inca. El	

gran sacerdotisa Villac-Umu. Tránsito de Almagro. Resistencia a Paullu Inca. Consecuencias. — XXVIII. Presentimientos funestos. La planta castellana. Los calchaques en el Chaco. — XXIX. Diego de Roxas. Del Perú al Río de la Plata. El descubrimiento. Roxas en Tucumán. El Señor de Capaván. Fin de la expedición. — XXX. El Tucumán bajo la jurisdicción de Chile. D. Pedro de Valdivia y los descubridores tucumanos. Consuetudines sangrientas. Decisión de Felipe II. El Tucumán bajo la jurisdicción del Perú. 151

LIBRO CUARTO. — XXXI. — Juan Núñez de Prado. Ardiles y la expedición. Iniciación de la conquista. Fundaciones. — XXXII. Geografía de la conquista. Ubicaciones. Estrategia castellana. Lugares y pueblos. — XXXIII. El valle de Catamarca. Pucaraes y ruinas. Descubrimiento del valle. Colonia del Valle Viejo. — XXXIV. Capaván. Su importancia. Alfarrerías y objetos de este valle. — XXXV. La conquista del Tucumán y la resistencia Calchaquí. Aguirre: reparto de indios. Castañeda. Córdoba de Calchaquí. Cañete. Londres y Jujuy. Bazán. Aguirre y Luis de Cabrera. — Abreu de Figueroa: ordenanzas. Lerma y Juan Ramírez de Velasco. Alonso de la Rivera. Londres y el sometimiento Calchaquí. — XXXVI. D. Juan de Calchaquí. Rodrigo de Aguirre y la guerra. Juan Pérez de Zurita. Castañeda y las hostilidades. Estrategia de D. Juan Julián Sedeño. Córdoba. Cañete y Londres. Francisco de Aguirre. Calchaquí libre. — XXXVII. Chumpicha y Chumpi-ch. Cacique Chumpicha. Refutación a Lafone Quevedo. Conclusiones. — XXXVIII. Albores del siglo VII. El vislaador Alfaro. Varios gobiernos. — XXXIX. El Gran Alzamiento. Alroz y los caciques. Los Andalgalás. El Gral. Luis de Cabrera y La Rioja. Cinco años de guerra. Sacrificio de Coronilla. Rendición de los Paccipas. Fuerte del Pantano. Los Pacclocas. El año de 1637. — XL. D. Felipe de Albornoz y el hijo de Chelemin. Combates en Aldalgalá. Toma de Londres. Yucumanita. Ejecución de Chelemin. 209

LIBRO QUINTO. — XLI. — Consolidación de la conquista. Misiones. Gobierno de Don Alonso de Mercado y Villacorta. — XLII. Calchaquí sumiso. Predicción de los Jesuitas. Síntomas de guerra. — XLIII. El nuevo personaje (1657-1666). Pedro Chamijo o Bohorquez. Bohorquez y los Virreyes. Su expedición a Paytiti. Su destierro. — XLIV. Bohorquez en el Tucumán. Hualpa Inca. El Titaquin Calchaquí. El cacique Pivanti y las tribus. Recepción de Pomán. Bohorquez en Tolombón. Conferencia de Taffi. El Inca en Famatina. — XLV. Preparativos bélicos. Fuerte de Andalgalá. Planes de Bohorquez. Los pulares. Aprietos del Gobernador. Sitio y ataque de San Bernardo. Indulto y tregua. Prisión y ejecución del falso Inca. — XLVI. La necrópolis calchaquí. Ruinas de Kilmes. Bravura de los quilmes. — XLVII. La guerra. Planes de los beligerantes. Tolombón y Colalao. Pacclocas y Pulares. Los Quilmes. Ataque y retirada. El cacique de Hualfín. D. Gerónimo Luis de Cabrera. — XLVIII. Segundo gobierno de Mercado y Villacorta. Fuerte de Talavera. Combates con los Quilmes. Capitulación de Ichín y Ochoca. Los Quilmes en Buenos Aires. 285

LIBRO SEXTO. — XLIX. — Los Jesuitas y su expulsión del Tucumán. Misiones. El Santo Oficio. Cédulas de Felipe II y Carlos III. Provisión de Bucarelli. — L. El Padre Lozano. Su historia de Tucumán. Noticias biográficas. — LI. La colonia y el elemento criollo. Despoblación de Calchaquí. Esteco y San Esteban de Miraflores. Cédula de 1674. Fusión de razas. — LII. Londres y Catamarca. Documentos. Real Cédula de 1679. Fernando de Mendoza Mate de Luna. La algarroba y la fundación de Catamarca. Su escudo de armas y el porvenir. — LIII. Fundación de San Miguel de Tucumán. Antecedentes históricos. El San Miguel de Techo. Aguirre y su carácter. San Miguel y el valle de Huasán. — LIV. Traslación de San Miguel de Tucumán al sitio de la Toma. El <i>coto</i> y la traslación. Cédula Real de 1680. Protesta de 1684 de los del Pueblo Viejo. Auto de Mate de Luna de 1685. Toma de posesión. Fecha de la fundación. Documentos y actas.	348
---	-----

